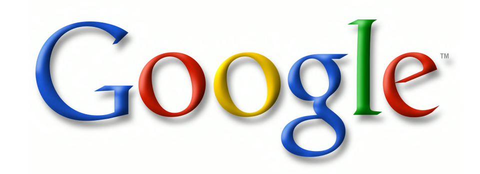
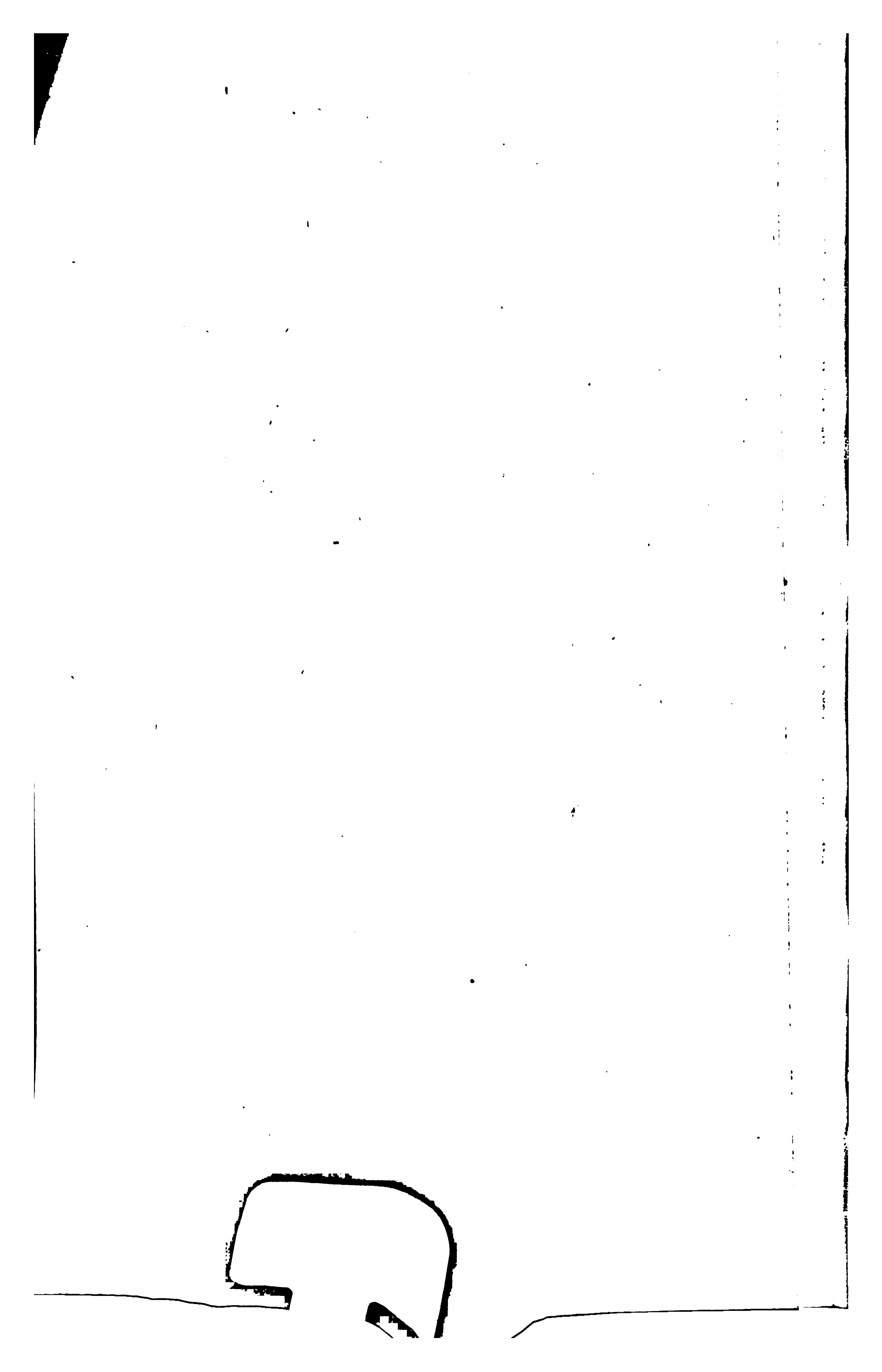
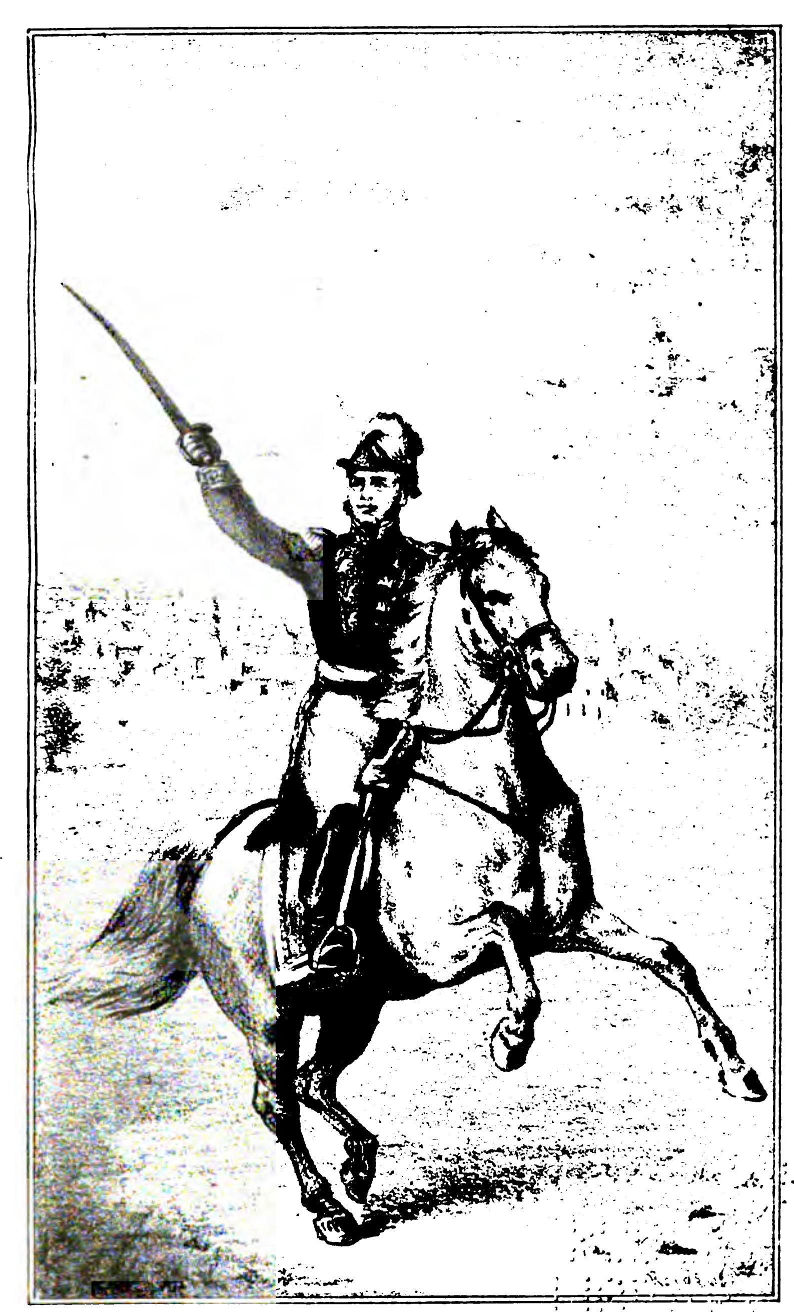

Google





Lit. P. Cadot

O'HIGGINS

VIDA DEL CAPITAN JENERAL

DE CHILE

DON BERNARDO O'HIGGINS

Brigadier de la República Arjentina
i Gran Mariscal del Perú

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

ILUSTRADA CON PLANOS, RETRATOS ETC., ETC.



SANTIAGO DE CHILE
RAFAEL JOVER, EDITOR

1882.

SANTIAGO.—IMP. CERVANTES.—1882.

ADVERTENCIA A LA PRESENTE EDICION.

La primera parte de la vida del jeneral dictador de Chile don Bernardo O'Higgins, que comprendia desde su nacimiento hasta su caída del mando supremo en 1823, fué publicada hace veintiun años (1861), en Valparaiso, por la imprenta del *Mercurio*, con el título de *Ostracismo del Jeneral O'Higgins*.

La segunda parte, que abraza su largo destierro, su verdadero ostracismo, desde 1823 hasta su fallecimiento ocurrido en octubre de 1842, se habia mantenido inédita por varios motivos, hasta el presente.

Por consiguiente damos hoi a luz por la primera vez la vida completa de este ilustre ciudadano, escrita toda sobre documentos orijinales, auténticos e inéditos, resumiendo las dos partes, la publicada i la no publicada, en un solo libro, con el título comprensivo que el presente lleva en la carátula.

En su forma material i tipográfica ambos trabajos se hallan en este volúmen mas o menos equilibrados, correspondiendo diez i seis capítulos a la primera época de la existencia del ínclito chileno que estas pájinas recuerdan i trece a la última.

Asimismo i a fin de guardar la uniformidad de las dos obras jemelas que hoi se dan a la estampa, nos ha parecido

conveniente i aun indispensable, con mejor acuerdo, suprimir todos los documentos, notas i aun epígrafes que aparecen en la primera edición del *Ostracismo*, bastando que queden allí para la debida compulsa de la historia.

Somos de los que creemos i hemos practicado siempre la creencia de que ni el público ni la posteridad están obligados a creer a los historiadores bajo su palabra, i por esto, dejando ya justificada la primera porción de la combatida vida que narramos, creemos útil conservar a la última parte unas pocas notas i lijeras ilustraciones.

Por manera que si este libro mereciera mas tarde una tercera edición, desapareceria por igual motivo la necesidad de conservar la última documentación.

I dicho de prisa todo esto, que era esensial, damos gracias al cielo no solo por habernos permitido consumar esta labor patriótica, sino porque en hora oportuna i ya hoi lejana quiso que fuésemos instrumento para devolver a tan grande hombre, despues de su fama, su lejítima tumba en el suelo de la patria agradecida.

Esta parte de nuestro trabajo, que comienza en el destierro de 1823, terminará por consiguiente en la repatriación i apoteosis de 1869–72; i, así en el lapso de un siglo se habrá exhibido en todas sus faces la existencia de uno de los mas grandes i preclaros servidores de la república.

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo de 1882.

ADVERTENCIA

A LA EDICION DE 1861.

Parécenos acertado anticipar al lector, en este prefacio, una idea sucinta de la estructura de esta obra, pues en ella, es decir, en sus fuentes, su argumento, sus pruebas, consiste esclusivamente su mérito histórico, siendo su estilo, por la naturaleza misma de un trabajo documentado, una parte mui accesoria de su composición. En el presente caso, como se verá, puede decirse, si se acepta la vulgaridad de la frase en razón de su exactitud, que el lenguaje que viste la obra, es solo como la insulsa goma empleada por el encuadernador que compajina las magníficas pájinas de un libro de lujo.

Si la forma de un libro debe, por otra parte, asemejarse al tema que aquél encierra, nunca será demasiado modesto i llano el lenguaje en que intentamos escribir la vida del eminente chileno que, si fué ilustre por sus hechos, mas lo fué por su modestia i por su completo olvido de toda pretensión, i aun de aquellas exijencias de simple hábito o de la etiqueta en el teatro de los hombres.

Como ensayo histórico i orijinal, esta obra comprende, pues, la *vida* completa del jeneral O'Higgins, i si lleva por título el de su *ostracismo*, es solo porque aquella está escrita bajo el punto de vista de su largo destierro, con materiales acopiados principalmente durante esa época, en los sitios mismos en que aquella se deslizó, i porque una gran parte de la existencia de aquel ilustre chileno, fué consumida en países estranjeros, donde murió i donde descansan todavía sus cenizas. En verdad, 32 años de los 62 que duró aquella, pasólos lejos de Chile, desde 1789 a 1802, a causa de su educación, i desde 1823 a 1842, en su destierro político.

Mas, como acabamos de decir, esta *vida escrita* no puede tener aquella unidad de forma que, literariamente hablando, se requiere para darle con propiedad tal título. En nuestros países i en nuestra tradición, donde cada hecho es una disputa, cada idea una contradicción, cada gloria una envidia, no es posible vaciar la figura de un hombre que haya figurado conspícuamente en nuestra política, en un solo cuadro compacto i trabado. Ni el molde austero de los varones ilustres de Plutarco, ni los retratos acabados en que Quintana ha hecho revivir a los héroes españoles, ni aun los ensayos mas libres en que Macaulay i Lamartine han trazado a grandes rasgos la carrera de los jénios de varios siglos, ninguno de esos sistemas es adaptable a nuestros turbulentos campeones, que no caben en ninguna fórmula trazada por el arte, o que, mas bien, se salen de ella por las particularidades de su índole, arrastrando al escritor en su turbión incontenible i desbordado. La vida de los grandes hombres de la América del Sur exije, para delinear sus bruscos contornos con exactitud, un taller aparte de toda regla establecida, en el que el conjunto como los detalles han de ser forzosamente orijinales. Por esto la vida de Simón Bolívar, está propiamente escrita en los 23 volúmenes que comprenden las piezas históricas publicadas con el título de *Documentos para la vida del Libertador*.

Los americanos del Norte se han visto forzados a adoptar también una senda nueva para componer la biografía de los ilustres jenios de su revolución; i así, para narrar los hechos de Washington i los ensayos de Franklin, han escrito obras que por sí solas llenarian un estante, pues cada palabra de su relato requeria una entensa comprobación.

En vez de un solo cuadro unido i colosal, esta obra será, por consiguiente, una serie de cuadros en que, sin perder la jeneral unidad del argumento, se dé cabida a todos los incidentes que lo corroboren o lo espliquen. La contribución histórica será así mucho mas rica i copiosa, i si la obra no adquiere ni el brillo ni la orijinalidad de una creación literaria; constituye sin disputa un verdadero monumento histórico.

Una imajinación ávida de impresiones no encontrará, por otra parte, en estas pájinas, pábulo apropiado a su deseo en oposición a lo que acaso sucede con la lectura de otra obra nuestra, rápida i trájica que, con un título análogo a la presente, corre en nuestra naciente literatura histórica. Allí brilla con la luz del relámpago el patriotismo exaltado, el atrevimiento de las hazañas, la grandeza de los contrastes i la amarga piedad de las espiaciones; aquí deslízase, al contrario, una existencia pacífica i laboriosa, dada de sí a las tareas del ciudadano, mas que a las fatigas i glorias guerreras, heróica a veces, por momentos sublime; pero sin el atropellamiento ni la variedad del drama trasandino que cautiva los sentidos. Esta es una lección. Aquel un castigo. Ambos enseñan; pero aquella a la manera de la cartilla que va dando nombre a las cosas, ésta como en los golpes que en la noche oscura marcan los abismos de la senda al inesperto caminante. La vida de los Carreras, durante su destierro, es, en fin, una série de fragmentos manchados de sangre i de lágrimas, en que para leer cada acontecimiento, es preciso apartar con la mano el filo de los cuchillos o la soga con que los verdugos atan a sus víctimas. La vida del jeneral O'Higgins, proscrito, es solo un taller de las artes pacíficas: no hai novedad, no

hai tumultos, no hai proezas. El héroe fatigado se habia sentado en el rústico banco del labrador, i allí contaba como al acaso las afanosas glorias de su juventud, o con mas frecuencia, vertia sobre el papel los pensamientos que le dictaba el engrandecimiento de una patria, de cuyo olvido parecia vengarse a fuerza de consagrarle su amor desdeñado i sus servicios prácticos, mirados como sueños.

Pero mas que esto, lo que constituye una diferencia esencial entre ambas producciones, es que en aquella hai una incoherencia imposible de evitar en una obra escrita sobre recuerdos, o mas bien, consultando los epitafios de los sepulcros e interrogando a los muertos i a sus inmoladores. Aquí, al contrario, cada testigo es llamado a deponer sobre los acontecimientos en que su testimonio es requerido, i son sus propias palabras las que figuran en el prolijo proceso de la historia. Nosotros solo somos su eco, o si se nos permite una espresión mas humilde, pero mas exacta, el *actuario* que compulsa i da fé.

La *autenticidad* es, pues, la principal recomendación que hacemos de esta obra, i en obtenerla ha consistido nuestra ardua labor, que dura ya un año mal contado. Dos carretones en Lima con diez enormes cajas de papeles; una carga pesada de mula que nos llevamos desde Montalván en marzo; mas de veinte mil documentos que era preciso leer para entresacar los de interés público; de éstos, cinco mil consultados por su valor histórico, i aun de esta suma, muchos centenares empleados en formar el cuerpo de la obra por su valor biográfico i personal, hé aquí la tarea sacada, fuera de las traducciones de todo jénero, i la necesidad de descifrar borradores inintelijibles o mutilados, o de leer por claves enigmáticas, adivinando éstas. La cosecha puede ser acaso menos opulenta que lo que tan árduo afán ha prometido; pero siquiera el humilde sembrador que ha limpiado el grano en el eriazo podrá exijir sin jactancia que si el título de *monumento histórico*,

reclamado para su obra, es demasiado pretencioso, se le conceda al menos el de ser un *monumento de paciencia*.

Por otra parte, nó hemos encontrado nada organizado, nada que halagara en el trabajo como las pintas de la veta que guia la esperanza i el esfuerzo del operario en la frijida i oscura cabidad de las labores, ningún hilo para ir desenredando aquel *mare magnum* de papeles inconexos. No habia un diario, ni una serie de cartas, ni siquiera un bosquejo hecho a la lijera sobre una época dada.

Al contrario, el precioso archivo del jeneral O'Higgins, conservado con tanto esmero i dilijencia por él i por su hijo, sufrió serios menoscabos, primeramente por haber perdido en Rancagua la mayor parte de sus papeles relativos a los acontecimientos anteriores a 1814, de los que recobró unos pocos en Lima en épocas posteriores; por las dádivas que hizo su señora hermana, mientras ella fué heredera, i particularmente por la confusión que introdujo en él un estranjero, especie de secretario que tuvo el jeneral O'Higgins, durante los veinte años de su destierro, llamado don Juan Thomas, hombre notable, en cierto sentido, pero escéntrico i versátil, de quien después hablaremos largamente. Tuvo aquel caballero, respecto de la historia de Chile, la desgraciada manía de verter al inglés sus principales documentos, estraviando por descuido sus orijinales, así es que nos ha sido preciso volver a traducir algunos de los mas interesantes de aquellos, a fin de incorporarlos en el presente trabajo.

No hemos alcanzado tampoco la ventaja de tener a la vista, al tiempo de nuestra redacción, las obras históricas que, como los trabajos de nuestros distinguidos colegas, Amunátegui, Barros Arana i otros, nos habrian ofrecido una amplia contribución de datos; pero esta misma circunstancia, al parecer adversa, favorece a la novedad de esta obra. Todo está basado sobre piezas orijinales, i aun a las que existian en el archivo del jeneral O'Higgins, hemos podido añadir algunas de no pequeño mérito, recojidas en Lima, en los establecimientos pú-

blicos, o recibidas de particulares, i entre éstas nos complacemos en citar con especialidad, una interesantísima coleccion de documentos, que el señor don Mariano Balcarce se ha dignado enviarnos últimamente de Paris, copiada de los papeles orijinales de su ilustre padre el jeneral San Martín. No es poca fortuna, por consiguiente, el encontrar así, asociados como contribuyentes a este ensayo, a dos hombres tan eminentes, que juntos fueron grandes, juntos cayeron, i que se profesaron hasta la última hora la amistad de los leales, rara entre los modernos, i casi desconocida en los ciudadanos que han figurado en épocas críticas o aciagas.

En cuanto a las obras especiales que han aparecido con anterioridad a ésta, sobre la vida del jeneral O'Higgins, son bastante conocidas para necesitar una mención en este lugar. Sin disputa la mas notable entre ellas, es la biografía que publicó en la colección de Desmadryl, el malogrado Juan Bello; pero la fogosidad natural del escritor, irritada por un espíritu de secta, hizo que aquel trabajo, notable por su estilo, fuese completamente desnaturalizado como ensayo histórico. Mas que una biografía, es un canto al héroe que ensalza, abatiendo sin piedad a todos sus grandes émulos, que él solo denomina «cabecillas». En cuanto a la Memoria que el señor canónigo Albano publicó en 1844, en un fuerte volumen (cuya mayor parte se compone de documentos), por encargo de la *Sociedad de Agricultura de Santiago*, no se nos acusará de poco caritativos, en nuestra censura, si decimos que todo lo que necesita este libro para ser una perfecta homilia, es que diga *amen* en cada una de sus descosidas pájinas.

El cuaderno dado a luz por el doctor Asencio, en 1833, no es un sermón; pero exhala tal olor a rábula i al pido i suplico, que merece ser entregado a toda la severidad de los alguaciles. Si el libro del señor Albano tiene, como dijimos, algunos documentos descosidos del cuerpo principal, los del doctor Asencio están apenas hilvanados: tan grande es su desgreño.

Hubo otra obra escrita sobre el jeneral O'Higgins i la revolución de Chile. Constaba de 800 pájinas, en folio de manuscrito, i comprendía la era revolucionaria de 1810 a 1818. Escribióla el citado don Juan Thomas, con el ausilio de un antiguo cirujano de la «Escuadra libertadora», llamado Hanna, quien la llevó a Inglaterra, con el objeto de imprimirla, en marzo de 1828. No sabemos, empero, sobre esta obra inédita otra noticia posterior, i lo único que de ella hemos encontrado, son algunos borradores i fragmentos de letra de Mr. Thomas, escritos en inglés. Acaso sea esta misma la obra manuscrita que existe en la biblioteca de Santiago, en idioma español i que se atribuye al jeneral O'Higgins. Es mui probable que no pudiendo darse a luz en Europa, fuera devuelto a su autor, i este la enviara a Chile en nombre del jeneral O'Higgins que, digámoslo de paso, si cuidaba mucho sus papeles, no parece haber tenido jamás intención de poner en orden sus apuntes, ni su correspondencia, i mucho menos, por consiguiente, el escribir su autobiografía.

Un atractivo de otra especie ofrecerá a ciertos espíritus esta obra, i nos será permitido señalarlo porque, a nuestros propios ojos, reviste estas pálidas hojas de un color tierno i simpático. Esta vida ha sido escrita en los mismos sitios en que habitó, magnánimo i olvidado, el hombre ilustre cuya memoria la inspira. Su propia mansión nos ofrece un albergue de patriarcal hospitalidad; la sombra de los árboles que su propia mano plantara, nos alberga del estío tropical de estas comarcas, i cada objeto, el panorama del valle, como el cortijo del *yanacona*, el horizonte del mar como los campanarios de los *Injenios*, la sierra como el rio; todo, todo recuerda aquí el nombre del jeneral O'Higgins, i el corazón chileno se regocija al oirlo citar con respeto, por do quiera que se consulta una memoria o se interroga una gratitud.

Un viajero del Norte (Brackenridge) que encontrara a José Miguel Carrera en su destierro, nos dice que creyó ver en él el alma de Coriolano. Pero el jeneral O'Higgins vivió como

Cincinato, labrador i filósofo, patriota i ciudadano, vestido con el *poncho* de Chile, traje de tantos héroes, olvidado de los galones i de la banda de la dictadura, que cambió por el arado, por el retiro doméstico, por la soledad de estos campos estranjeros, que él fecundó con su sudor i su industria, no menos que con sus buenas obras.

I en verdad, hoi mismo en nuestros solitarios paseos de la tarde, cuando desde lo alto de las colinas que baña la tibia luz del poniente, divisamos diseñarse en el crepúsculo los senderos que cruzan la amena *pampa* de Montalván, parécenos descubrir a lo lejos la sombra de su antiguo dueño, del viejo guerrero del Roble i Chacabuco que vuelve ahora de sus rústicas faenas, i que al divisar como nosotros el ocaso del sol, allende el mar que sus armas conquistaron un dia a Chile i a la América, detiene su caballo i descubre a la brisa i a los reflejos su venerable frente... I entonces, como en un sueño, se agolpan a su memoria los años de su belicosa juventud, cuando vadeaba todos los rios de la patria batiéndose brazo a brazo, como jeneral o guerrillero, con los godos invasores; cuando descendia de los Andes para echarlos fuera de sus lares con las bayonetas de Chacabuco; cuando desataba a los vientos del Pacífico, henchidas de mil triunfos, las velas i las banderas de la fraternidad para rescatar la última familia americana todavía entre cadenas, i cuando caido en la plaza de Santiago, se levantaba mas grande que antes de caer i escalaba la meseta de Junín para divisar las polvaredas de las últimas huestes enemigas, ya para siempre vencidas... I recordando ahora sus lustros de pobreza i abandono, su soledad i su destierro, sus canas i su ausencia, sentia que su corazón se abatia dentro de su pecho con angustiosas pulsaciones, i daba vuelta a la brida, i entraba a su desierta mansión, i pensaba todavía al pisar sus umbrales que aquel techo de su vejez era el don de una estraña caridad...

¡Cuánto, cuánto ¡oh patria! debieron amarte aquellos hombres que te prohijaron en la cuna cuando, apenas balbucie

pronunciabas tú tu nombre de nación; cuánto debieron amarte aquellos sublimes i desinteresados tutores que velaron tu frájil niñez, desnudos sus sables i sus pechos, peleando por tu derecho i por tu patrimonio de libertad i de justicia; cuánto debieron amarte aquellos tus gallardos paladines que besaron tu frente de desposada de los libres, i al estruendo de sus victorias, te aclamaron nación soberana, batiendo a tus piés los estandartes para tí conquistados, cubriendo con ellos tu virjinal espalda i arrancando de tus tímidos senos la túnica de la esclava!... ¡Cuánto, cuánto debieron amarte ¡oh Chile! los que fueron tus padres i tus campeones preferidos, si los que no vieron de tí sino tu ceño de madrastra i tu látigo de persecución, te aman también hasta creer una dicha el padecer por tu nombre, en aquellos sitios consagrados en que sufrieron, una vez tras de tus montañas, i otra vez mas allá de tus mares, los mas grandes nombres de esas listas de tu ostracismo que jamás el odio acabó de llenar!

I siquiera nosotros, que nada somos, tenemos delante de nuestros dias el porvenir i el aplauso de los buenos, mientras ellos solo han dejado tras los suyos el polvo de la calumnia i sus huesos olvidados en un cubo de ladrillos, sin una lágrima, sin una justificación pública, sin una antorcha espiatoria...

Pero ya es preciso concluir i volver de esta digresión ajena, porque todos los objetos que en estos lugares vemos, arrancan cada dia a la mente i al alma una eficaz lección cuando nos remontamos de nuestro oscuro i egoista dolor, a aquel dolor de veinte años que no abatió ni con su duración, ni su injusticia el espíritu de la noble víctima que nos sirve de modelo.

Una reflexión esencial solo haremos al concluir.

Quizá nazcan agravios i violentas recriminaciones para nosotros por los hechos graves i desconocidos que sacamos a luz; pero protestamos solemnemente que de éstos solo hacemos valer aquellos que son un corolario esencial de la historia i no una personalidad supérflua i ociosa. Escribimos la verdad de la tradición, no los chismes de la maledicencia. De éstos

podriamos hacer un libro de tristes pájinas, comprobadas con mas tristes documentos, pero queremos que toda honra se salve cuando la justicia i el esclarecimiento de los hechos públicos no exija aquella inmolación de pasadas nombradías que hoi duermen en la tumba del olvido o solo en el corazón de sus nietos.

Tenemos, empero, todo el valor civil que esa responsabilidad requiere, i por cierto que no la esquivamos, si se llega a desafiarnos con armas permitidas Duélenos el alma de ello; pero los que escriben para la posteridad ejercen una especie de sacerdocio cuyo templo es la propia conciencia, en la que ni el odio ni el amor hallan albergue i sí solo la justicia.

Repetimos que en cuanto sea posible, evitaremos las alusiones personales, i aun los documentos que las condenan solo figurarán, en lo que de nosotros dependa, cuando los que hoi vivimos seamos como aquellos acusados, polvo i compasión de otras jeneraciones, que nos juzguen a la par con nuestros abuelos al pedirnos cuenta de la herencia que de ellos recibimos. Con tal fin, esas piezas serán relijiosamente guardadas, i bajo alguna garantia pública, hasta que aquella época llegue i se lea el testamento, no de una revolución de ayer, sino de la misión de todo un siglo.

I entretanto, a los que a pesar de estas declaraciones esplícitas se sientan ofendidos, les decimos humildemente que nos perdonen, i a los que por ofendidos nos ofendan, les anticiparemos también que ya están perdonados, pues nos deben mas gratitud por lo que dejamos en silencio que no enojo por aquello que sacamos a luz (1).

Cañete, noviembre de 1860.

(1) I como estaba previsto, sucedió.—Envueltos en amargas recriminaciones, fuimos arrastrados a un jurado que tuvo lugar en Valparaíso a mediados de 1861; pero los jueces oyeron leer los documentos que jenerosamente habíamos reservado i plenamente nos absolvieron. Nunca hubo triunfo mas espléndido de la historia contra la peor de sus plagas: el familismo.

AL SEÑOR

DON DEMETRIO O'HIGGINS

I A LA MEMORIA DE

DON J. MIGUEL CARRERA I FONTECILLAS.

«Ojalá hubiera vivido la señora doña Luisa, que no dudo la tenga el Supremo Ser de las misericordias en aquella sociedad inmortal, entre sus escojidos, en eterno descanso, para haber dado pruebas evidentes que no hai en mi corazón cosa alguna que lo ajite, sino puros deseos de paz i prosperidad en favor de su familia, pues pruebas evidentes se han dado al mundo que Chile ni yo tuvimos parte alguna en el desgraciado suceso de su finado padre don José Miguel Carrera, a quien, ni a sus hermanos, mi gobierno no proscribió, ni nada dijo en contra de sus clases militares; antes por el contrario, les propuso por medio del Director Pueyrredón el pago de sus sueldos íntegros, anualmente, como se verá en los libros copiadores de Relaciones Esteriores.»

(Palabras del jeneral O'Higgins sobre la muerte de la señora doña Luisa Carrera de Vial, acaecida en San Juan de Matucana, 20 leguas al oriente de Lima, en setiembre de 1839, i dirijidas al jeneral don Joaquin Prieto en carta fechada en aquella capital el 3 de octubre de 1839).

E– estos tiempos en que la moda todo lo puede, i puede con alidad lo absurdo, i cuando aun las mas íntimas afec-

ciones gustan enganalarse con los atavios de la publicidad, háse convertido en oficio tan vulgarizado el dedicar libros, que algunos autores, cuando ya no tienen nada que decir, suelen poner como homenaje la sola cifra de la persona a quien lo consagran, a la manera del que escribe el rótulo de una carta o de una factura.

Pero en el presente caso, al inscribir sobre la portada de este libro, destinado a dar a conocer a un soldado que fué mas grande por su magnanimidad que por su jenio, los apellidos de dos familias que dividieron en feudos de odio a nuestros antepasados, llenamos una misión mas alta; i esta ofrenda que tributamos al parecer a dos nombres, deja de ser una dedicatoria para iniciar una reconciliación. Obra santa i necesaria que el historiador debe a la posteridad reparadora, encargándola de acercar por el amor i la clemencia aquellos espíritus que dividió, no la justicia, sino un error, una pasión o una calumnia.

¿Qué condición esencial falta ciertamente con mas intensidad i con mas urjencia a nuestra sociabilidad i a nuestra política hispano-americana, preñada de mil rencores, sino la lei del amor, el principio de la fraternidad?

Los américo-latinos somos en verdad perezosos para agruparnos al servicio de todo bien tranquilo i modesto, pero tenemos una ajilidad prodijiosa para reunirnos a las huestes del esterminio; tenemos el amor como pasión, pero no como deber; sentimos en nuestras venas el aguijón del apetito, pero no aceptamos en la conciencia la resignación del sacrificio; albergamos la ira del orgullo i no damos culto a la clemencia magnánima:—I hoi porque uno dice a la puerta de la parroquia *viva la virjen de Merced!* i otro responde *viva la virjen del Rosario!* (histórico) afuera los puñales, i caen sobre el umbral del templo los pechos traspasados de las víctimas: —I mañana, porque en la plaza pública unos gritaron *viva O'Higgins!* i otros contestaron *viva Carrera!* corren a los cañones, clavan sobre las cureñas pendones improvisados con un trap

i vomitan la metralla sobre campos i ciudades con carnicera porfía. Somos todavía los hijos de aquellos soldados que habian venido hermanos de la misma aldea, navegando bajo la misma vela, durmiendo bajo la propia tienda, i que en el dia del enfado de sus caudillos, fundadores de nuestras naciones, se daban mortal batalla al grito de *El rei i Almagro! El rei i Pizarro!*

I tanto es ya nuestro sangriento afán, tan insaciable la sed de la matanza, tan inmenso el holocausto, tan rápida la obra de la desolación, por todos los ámbitos de nuestro continente, que ya la América, que el mundo antiguo saludara como una deidad aparecida del cielo, presenta hoi la horrible imajen de una de esas colosales serpientes de nuestras montañas que, cortados a trozos cual nuestras repúblicas, revolcara sus ensangrentados anillos en la convulsión de una jigantesca agonía, salpicando todos los corazones con la lepra de ese odio incurable que enjendran entre nosotros, cada dia, cada hora, las guerras civiles, que son las que tienen los pueblos entre sí propios, i las guerras fratricidas, mas culpables que aquellas, que son las que tienen los pueblos con sus vecinos.

I cuidado que esa relijión del odio ha tenido en Sud-América sus sacerdotes o demonios como los Rosas i los Belzus, miéntras que ¿dónde están los emisarios de la paz, dónde los apóstoles de la concordia, dónde los mártires de la abnegación, dónde los Washington del Sur? Acaso la vida del hombre de quien vamos a ocuparnos en estas pájinas, ofrece la mas alta lección de ese sublime ejemplo de salud, i justo es por ello que bendigamos su memoria.

Sobrado tiempo es, pues, de iniciar delante de las jeneraciones que vienen tras de nuestros pasos, una era nueva de paz i de reconciliación. Pasado el largo invierno en que ha llovido sangre, siendo en realidad de pólvora las nubes que encapotaban nuestro dilatado firmamento, es llegada ya la hora de poner en olvidado surco la semilla del porvenir i confiar su jermen, su vida, sus frutos, a la primavera de espe-

ranzas que los que tenemos fé creemos entrever en no lejanos horizontes. Paz i amor! Olvido i justicia! i entonces nacerás tú, oh santa unión de las naciones americanas que has de venir, Mesias del Nuevo Mundo que ya anuncian sus profetas i santifican tus mártires, no de la diplomacia pigmea de tus *gobiernos*, sino de la fraternidad de tus *pueblos*, si es que esos gobiernos habrán de dejar pueblos cuando terminen su horrendo ciclo.

I nosotros, humildes obreros, si hemos de comenzar desde luego, comencemos hoi por el pasado, que el pasado es el porvenir cuando se rompen sus mortajas para cubrir con ellas el altar de las ofrendas de la paz, cuando se levanta la losa de sus sombrias tumbas para que las alumbre la luz de un nuevo dia, cuando se llama a sus sombras errantes i malditas para pedir sobre ellas la bendición que las aplaque en la mansión del sueño eterno.

I que valgan siquiera esos sepulcros cuando el corazón de los hombres i la voz de los vivos nada puede o nada anhela! Venid entonces, hermanos en la patria, i entremos a leer en los ataudes del jeneral O'Higgins i del hijo de los Carreras separados en el cementerio de Lima por unas cuantas hileras de ladrillos, ese arcano de la proscripción i de la muerte, que en su lúgubre mudez nos está diciendo la nulidad de las pasiones personales delante de la lei niveladora de los siglos....

I perdónesele al que estas líneas escribe, el alegar también por su parte, al justificar esta dedicatoria, que a las almas vulgares parecerá una contradicción, un título fúnebre i solemne como aquellos. La sangre del jeneral *Mackenna*, derramada por el brazo de un *Carrera* i en nombre de la causa de *O'Higgins*, no cayó, no! como una maldición sobre los que heredaron su nombre, símbolo del honor en las mas acerbas pruebas de la vida. Dos techos han albergado por esto, en el destierro, estas pájinas que hoi van a Chile a pedir la hospitalidad de su bienhechora luz, vedada al que las traza, i es

techos han sido el del hijo del jeneral O'Higgins i el del hijo del jeneral Carrera. Como tributo de fraternidad, les debia, pues, a ambos, como a hombres, lo que en nombre de sus mayores les he consagrado como a patriotas.

Que el heredero del nombre ilustre, cuya vida es el noble argumento de este libro, en sí mismo tan modesto, lo acepte entonces como suyo, pues a su celo en conservar los preciosos documentos que comprueban su verdad, a su amor puro i entusiasta por la memoria de sus gloriosos deudos, i a la noble confianza que ha sabido depositar en la hidalguía del hombre i en la sensatez del historiador, Chile i la América serán deudores de este trabajo, digno de figurar, no por su forma ciertamente, sino por la esencia de sus propios hechos, justificados hasta la evidencia, entre los mas altos anales de nuestro pasado.

I tú, sombra querida, a quien un voto de mi amor hace partícipe de este pobre recuerdo, fruto de la proscripción que partí contigo; a tí, que caistes ¡ai! en el centro de nuestras filas en que te habíamos confiado el pabellón de la fraternidad, i donde todos agrupados, cuando vimos palidecer tu frente, no pudimos salvarte con el calor de nuestros pechos juveniles; a tí, en fin, que moriste perdonando; a tí sombra del mártir, reclamada en la hora mas hermosa de tu noble destino, por la lei del martirio de tu raza, a tí te pido que aceptes, en lo alto, este voto del hermano que recojió tu último aliento para devolverlo al suelo de la patria, como un testamento digno de tu amor por Chile, cuando hubiere de besar sus playas con el ósculo del proscrito.

I vosotros, también, hermanos, que leereis estas hojas a la vislumbre de vuestras celdas, olvidados de todos, escepto del duro carcelero, i vosotros los que errantes i perseguidos, no teneis en el destierro otro bien que la memoria de la patria i el reposo de vuestras conciencias, que os absuelven de la iniquidad de los perseguidores, contemplad en estas pájinas, que también os dedico desde el fondo de mi alma, un ejemplo

grande i lejítimo de como empleó su vida uno de los mas ilustres padres de la patria, durante un ostracismo que se prolongó tanto como la vida entera de muchos de vosotros.

San Juan de Arona, en el valle de Cañete, noviembre 26 de 1860.

B. Vicuña Mackenna.

CAPITULO I.

Nacimiento de don Bernardo O'Higgins.—Noticias inéditas del virrei su padre.—Doña Isabel Riquelme i Mesa.—Abuelos maternos del jeneral O'Higgins.—Su propio juicio sobre su nacimiento.—Es conducido a una hacienda del Maule.—Hace en Chillán sus primeras letras.—Frai Francisco Javier Ramírez.—Es enviado a Lima.—Sus condiscípulos.—Su viaje a Europa.—Don Nicolás de la Cruz.—Pensión de Richmond.—Sus apoderados en Londres.—Cuentas de éstos.—El «primer amor.»—Paseo a los baños de Margate.—Dificultades financieras.—Disgusto i rompimiento con sus apoderados.—Se refujia en casa del capellán de la legación de Nápoles.—Su angustiada situación.—Quejas que dirije al conde del Maule.—Escribe por la primera vez a su padre.—Reserva del virrei.

I.

Nació don Bernardo O'Higgins, el primer soldado de Chile, i sin disputa el mas grande de sus hijos, si solo hubiese de tenerse en cuenta en el juicio de su vida las virtudes del patriotismo, en el pueblo de Chillán el 20 de agosto de 1775 según unos i de 1780 según otros. Fué hijo *ilejítimo*, conforme a la espresión del mundo, pero desde su cuna, ilustre aunque furtiva, hubo aso-

mos de que una alta estrella alumbraria sus dias. Eran sus padres el entonces coronel de dragones i mas tarde virrei del Perú, don Ambrosio O'Higgins, barón de Ballenary, i doña Isabel Riquelme, beldad de quince años, que formaba el mejor adorno de la villa natal, i que entregó al viejo soldado su fé i sus atractivos bajo un empeño solemne que, sincero o falaz, nunca fué cumplido.

II.

En el año de 1773 habia llegado a Chile un militar ya entrado en años, de nación irlandés, i que venia a servir en aquel país con el título de «capitán delineador» de las fortalezas de Valdivia. Este injeniero era don Ambrosio O'Higgins, o Higgins, como se firmaba entonces. Contaba en aquella época cincuenta i tres años de edad, i su vida anterior era tan desconocida, que hoi mismo pasa en cierto modo como un misterio. Pero sábese sí, con evidencia, que habia nacido en la aldea de Summerhill, condado de Meath, en Irlanda; que su niñez fué pobre i destituida hasta obligarle a servir de postillón a la vieja condesa de Bective, señora feudal de Summerhill; que mui joven todavía pasó a España i bajo la protección de un pariente clérigo, que mas tarde fué uno de los confesores de Carlos III, hizo algunos estudios en Cádiz i trabajó con mediana suerte en e

comercio; que ya en una edad madura pasó al Perú, donde, según la tradición perfectamente autorizada, ejerció el oficio de buhonero i pagó, como estranjero, su tributo a la Inquisición, siendo encerrado en sus sótanos por sospecha de secta, aunque él siempre fué católico acendrado; que después de algunos años se dirijió a Concepción con ciertas especulaciones que terminaron mal; i que por último, tomó servicio en las armas reales como oficial científico, el año de 1773, época de que data su primer despacho auténtico.

En su calidad de injeniero, para cuyo ejercicio, a nuestro entender, contaba mas con su injenio que con sus conocimientos, consagróse desde su llegada a la reparación del camino que por una de las cordilleras mas ásperas i mas tempestuosas de América conduce desde Santiago de Chile a Mendoza; i las *casuchas* de invernar que hoi existen, nos atestiguan todavía sus labores i su arte.

Mas, para su ventura, por aquel mismo tiempo ocurrió en las fronteras del sur uno de los mas formidables levantamientos de los araucanos, provocados por el fogoso e imprudente jeneral Gonzaga. El empuje de las hordas sublevadas fué tan brioso i sus avances tan rápidos, que barrieron todos los puestos militares de ultra Bio Bio, se hicieron dueños de la estensa isla de la Laja, riñón de la frontera i núcleo de su línea de defen-

sas, derrotaron sucesivamente todas las divisiones que se les opusieron al paso, i en verdad tan serio fué el conflicto, que llegó a temerse la pérdida de todo el reino.

En tal emerjencia, el capitán O'Higgins fué llamado al cuartel jeneral de Concepción para ser empleado en el servicio de las armas. Este cambio de teatro, fuélo también de su fortuna i de su engrandecimiento, porque aquel hombre llegaba ya a la vejez sin que el jenio poderoso que constituia su carácter i su intelijencia hubiera encontrado hasta entonces ni campo ni ocasión.

Al hacerse cargo del estado de la guerra i de los constantes reveses de las armas españolas, la mirada sagaz i escrutadora del injeniero O'Higgins se apercibió de que el centro del mal estaba en la imperfecta organización de las fuerzas ocupadas en el servicio, las que se componian solo de algunas compañías de infantería, unos pocos cañones pesados i las milicias de caballería de la raya fronteriza. En el acto el cabiloso capitán concibió una reforma completa de aquel sistema, la propuso, fué aceptada i púsola por obra tan aprisa i con tal fortuna, que en pocos meses se cambió el aspecto de la campaña. Consistió aquella idea en combinar las fuerzas veteranas de manera que contrabalancearan el elemento militar mas importante de que disponian los araucanos, cual era su estraordinaria movilidad. Con este fin, creó un fuerte

rejimiento de infantería montada, que denominó *Dragones de la frontera*, i anexando a la composición de esta columna dos piezas lijeras de montaña, armonizó de tal modo las tres armas, que bajo la organización de un cuerpo de caballería, las reunia todas del modo mas espedito i eficaz. Desde entonces los *Dragones de la frontera* fueron la salvaguardia de la línea divisoria de los bárbaros.

Apenas disciplinada su nueva tropa, i teniéndola bajo su inmediato mando, aunque con la graduación de simple capitán en comisión, O'Higgins penetró en la tierra, despejó la isla de la Laja en varios encuentros felices, pasó la raya i dió una batalla campal a las masas araucanas, que derrotó completamente (1775) por un movimiento de flanco, en cuya maniobra, marchando atrevidamente a la cabeza de su tropa, recibió una lanzada en la cabeza que le derribó al suelo tan aturdido, que sus soldados le creyeron muerto. Pero recobrado en breve, i ufano con la victoria, persiguió a los deshechos enemigos hasta las sierras de Boroa, mas allá del cantón dejándolos amedrentados si no pacíficos.

Revolvió entonces contra los aliados mas temibles de las tribus sometidas que eran, como hoi, los Pehuenches i Huilliches que habitan los valles de la cordillera i sus faldas orientales, i después de una campaña prodijiosa por sus fatigas, en-

cuentros i dificultades opuestas por los elementos i la bravura de los salvajes, regresó a Chile. Dos años duró esta guerra de ultra-cordillera, i como un testimonio de sus triunfos i de sus talentos militares, el capitán O'Higgins dejó construido al sur de la provincia de Cuyo, el importante fuerte de San Carlos, que hasta hoi dia resguarda las fronteras meridionales de Mendoza.

En premio de estos servicios O'Higgins fué ascendido a teniente coronel. Mas como la tierra quedase en paz i su espíritu creador sin actividad ni pábulo, solicitó poco mas tarde (1777) pasar a Buenos Aires, a prestar sus servicios en la guerra que entonces se hacía a las tribus semi-patagónicas del sur i a las feroces indiadas del Chaco. Mas el célebre ministro Gálvez, que como conocedor práctico de las cosas de América, se habia apercibido de los servicios i de la intelijencia del viejo oficial irlandés, le negó su permiso con términos tan lisonjeros, que la repulsa parecia un mayor honor que lo hubiera sido su misma aceptación. O'Higgins quedó entonces al cargo de su cuerpo con la graduación de coronel i ocupado en formar un plan práctico i especial del sistema de defensa que debería adoptarse para la protección del medio dia de Chile, no solo en sus fronteras internas, sino en sus dilatadas costas, amagadas constantemente de invasiones por la eterna guerra que la España sostenia, a despecho de to-

razón i conveniencia, con la Inglaterra, cien veces mas poderosa, entonces como hoi, en el dominio de los mares.

Ocupado de este trabajo, cuyas operaciones militares i topográficas se estendian desde el Maule a los castillos de Valdivia, O'Higgins tuvo ocasión de visitar con reposo todas las poblaciones intermedias, pues empleó dos años en este desempeño. Con tal motivo, i en esta misma época (1779), conoció a la joven doña Isabel, i siendo acaso el huésped de su padre, que era uno de los vecinos mas importantes de Chillán, dió a su familia el ilustre vástago cuya vida vamos a narrar.

III.

Era doña Isabel Riquelme en aquella época, como ya dijimos, una hermosura de quince primaveras que lucia con el primer albor de la inocencia los mas seductores dones de la pubertad. Era pequeña de estatura, pero poseia un donaire ájil i esbelto en todo su comporte. Su rostro era ovalado i su cabellera tan negra como era blanca su tez i rosadas sus mejillas. El color de sus ojos, grandes i rasgados, era de un azul profundo, su boca pequeñísima i afable, i la espresión de su rostro, reflejo de la de su alma, tenia tal dulzura, que aun en los últimos años de su vejez, i contemplándola en un retrato de miniatura, que

tenemos a la vista, no habia perdido ni su embeleso, ni sus airiosos perfiles, ni siquiera los matices de la cutis, que la edad descolora tan aprisa en la mujer como en las flores.

El coronel O'Higgins era, al contrario, un hombre de aspecto agrio, de modales tercos i militares, pero sin arrogancia i de una corpulencia deslucida i mediana, según échase de ver por su retrato de cuerpo entero, trabajado cuando era virrei; i estaba ya además privado, por la fatiga i los años, de la ajilidad i vigor que tan bien sienta a los soldados. El coronel de dragones de la frontera rayaba por aquella época en los 60 años.

¿Cómo sucedió entonces que se hiciera dueño del amor de doña Isabel, tan joven i tan alabada por los suyos? Solo las grandes cualidades morales del futuro virrei del Perú, esplican, a nuestro juicio, aquel triunfo singular. La tierna belleza fué, empero, suya! Era la flor del *copihue* arrimada al añoso tronco del roble que reina en nuestras montañas meridionales.....

Fruto único de aquella unión desigual fué don Bernardo O'Higgins, que hubo de alcanzar por sus altos hechos la lejitimidad de su nombre, que el acaso o una bendición de ceremonia le habia negado.

Vivia entonces doña Isabel al lado de sus padres, don Simón Riquelme de la Barrera, que se decia descendiente de aquel célebre tesorero

Francisco Pizarro, cuya corpulencia llamó la atencion del inca Atahualpa, cuando dijo de él i de Almagro antes de su suplicio:—«De ese *gordo* i de ese tuerto temo que me maten». La familia de Riquelme reclamaba por esto una ascendencia ilustre, pues Alonso de Riquelme dejó en Lima casa solariega. Su madre llamábase doña Manuela Mesa.

Al cuidado de estos abuelos, i de su joven prometida, dejó el coronel O'Higgins al hijo único conocido de su amor i su vejez; i partió otra vez a sus espediciones.

Solo cuando habian pasado algunos meses, presentóse en la casa de Riquelme un oficial de dragones, con el encargo de trasladar al hijo de su jefe, al seno de una honorable familia que merecia toda la confianza del virrei; i ponia de esa suerte a salvo el decoro de la madre i de los suyos. El tierno O'Higgins fué llevado así, sobre los brazos de un soldado i a lomo de caballo, hasta una hacienda en la vecindad de Talca, propiedad de don Juan Albano, confidente íntimo de su padre en aquella época. De esta manera fué como en los blandos arrullos de la cuna, hizo su primera campaña en los campos de Chile aquel soldado que mas tarde los llenaria de gloria i de renombre!

Su digna madre casóse al poco tiempo con un vecino de su pueblo llamado don Félix Rodríguez, de cuya union nació la hermana mas notable del

jeneral O'Higgins, la conocida doña Rosa, que asumió el apellido de su ilustre hermano, por amor o por orgullo, pues, como mas tarde veremos, descollarian estas cualidades entre las mas sobresalientes dotes de aquella digna señora.

IV.

Mientras el niño O'Higgins crecia en la soledad de aquellas selvas del Maule, cuya majestad jamás se borró de su memoria, su padre se levantaba en crédito i poder hasta donde podia ser imajinable a la mas impetuosa ambición, en el teatro mezquino de las colonias. El mismo año del nacimiento de su hijo (1780) habia sido nombrado comandante jeneral de las fronteras; tres años mas tarde (1783) era ascendido a brigadier, i por último, en 1785 recibia los títulos de intendente de la provincia de Concepción, que, como se sabe, era entonces el segundo puesto político en el apartado reino de Chile.

Ignórase cómo se deslizaron los años infantiles de quien fuera hijo de una categoría tan encumbrada de la colonia. Mas es de creerse que el hospitalario techo de la familia de Albano no disputó siempre al regazo de la madre su tierno fruto, acaso mas querido, por la privación i por la ausencia. Ello es cierto que O'Higgins nos refiere que aprendió sus primeras letras en el pueblo na-

tal, bajo la direccion del padre misionero Fr. Francisco Javier Ramírez, a quien pocos años mas tarde aquél daba en su correspondencia doméstica los cariños títulos de *maestro* i de *taitita*. Sábese tambien que cuando ya el tierno pupilo del buen misionero estuvo en estado de asistir a una aula, frecuentó la que en el convento de su orden tenian aquellos misioneros. El mismo jeneral nos dice en una serie de pensamientos varios que escribió para su propio entretenimiento en 1837, que «la primera escuela pública a que asistió, fué la que su propio padre habia fundado para la educacion de los caciques araucanos.»

Ignórase cuáles fueron los progresos científicos de aquel alumno que debió pasar como el favorito de los frailes; pero es suficientemente sabido que ninguno correspondió mejor, en cierto sentido, con sus buenos hechos posteriores al objeto de la institucion; i si en 1813, cuando los patriotas asediaban a Chillán, existia todavía alguno de aquellos reverendos que tanto se distinguieron por su fanatismo, no dejaria aquél de pensar que el niño O'Higgins habia sido un discípulo mas que aventajado entre sus jóvenes i libertosos caciques....

En 1788 el brigadier O'Higgins fué elevado a la capitanía jeneral de Chile, i sin duda con este motivo se resolvió, segun la costumbre del dia en la alta aristocracia del país, a enviar su hijo a Lima, capital política de las colonias del sur i que

por su afamado San Marcos, era considerada entonces la Salamanca de la América española. Cuando el niño Bernardo hubo cumplido apenas nueve años, pasó en consecuencia a la capital del Perú, donde bajo su apellido materno de *Bernardo Riquelme*, que por orden de su padre conservó hasta la muerte de éste, fué inscrito en los rejistros del colejio del *Príncipe*, situado en el claustro de San Pedro, que hoi ocupa la biblioteca nacional, i en el que, según el nombre lo indica, cursaban solo los hijos de la nobleza o de familias de alta alcurnia, fuera ésta castellana o indíjena. Tuvo don Bernardo por compañero en su nuevo claustro a un joven peruano que, por un destino singular, debia ocupar el primer puesto de su patria cuando aquél desempeñara la mas alta majistratura de la suya. Era éste el después célebre marqués de Torre-Tagle, que tenia el mismo nombre de su condiscípulo chileno, i fué además su pariente, casándose con la viuda de un primo de aquél. Lisonjeábase también mas tarde de haber sido camarada del director de Chile un cacique de Chilca, que aun vive, i que en sus cartas a su antiguo condiscípulo, solicitando su caridad, acostumbraba firmarse con el pomposo título de «Juan Nepomuceno»-*Manco Inca*.

V.

Cuando el joven alumno del colejio del *Prínci-*

pe estuvo capaz de soportar aquel trance, que después de la muerte era para los americanos el mas serio i el mas penoso por aquellos años, «el viaje a Europa,» emprendiólo aquél por la vía del Cabo de Hornos, en uno de los navíos que de tarde en tarde navegaban del Callao a Cádiz. Albergóse en este puerto en la casa del chileno don Nicolás de la Cruz, mas tarde conde del Maule, i que era entonces un opulento comerciante, amigo del presidente de Chile, i además hombre de algún mérito, dado al cultivo de la literatura i a los viajes, pues de solo su peregrinación por el continente escribió no menos de trece volúmenes.

De Cádiz pasó pronto el joven O'Higgins a Inglaterra, habiendo endosado don Nicolás la recomendación que de su amigo el capitán jeneral de Chile habia recibido, a unos relojeros residentes en Londres, de relijión judíos, i cuya denominación mercantil era Spencer i Perkins. Estos, después de examinar los libramientos que les enviaba su corresponsal de Cádiz, junto con la persona de su pupilo, enviáronle al vecino pueblo de Richmond, distante tres horas de camino de Londres, siguiendo la ribera del Támesis hácia su nacimiento. En este sitio ameno i sosegado, aparente para la niñez i los estudios, comenzó los suyos el joven chileno, que a la sazón no contaba sino quince años de edad, pues corria el año 1795 cuando arribó a las playas de Inglaterra.

De los tres primeros años de estudio i de encierro que corrieron para el alumno chileno en la pensión de Richmond, no tenemos ninguna particular notícia, i acaso en verdad no ocurrió durante ese período hecho alguno digno de memoria. Don Bernardo era entonces un niño, i todas las infancias se parecen, particularmente cuando están emparedadas en una aula. Un biógrafo pomposo del héroe cuya vida contamos, ciñéndonos hasta en las formas del estilo a la modestia que nunca desmintió en su larga carrera, ha querido revestir, sin embargo, aquellos oscuros dias de su infancia con el aparato de entrevistas rejias i de presentaciones oficiales; pero a los que hoi mismo han visto una sola vez las cortes, comparativamente democratizadas de Europa, les parecerá aquella pintura de grandeza un simple cuentecillo de canónigo. Es verdad que el modesto estudiante de Richmond, era hijo de un virrei (pues su padre habia sido elevado a esta dignidad un año después de su llegada a Europa, en 1796), pero ignorábanlo todos i acaso el mismo que se conocia a sí propio, como ya dijimos, solo con el apellido de su madre. Verdad es también que era chileno i que talvez por esta circunstancia aparecia como el único sér de una raza que entonces pudo despertar la curiosidad de aquellos rincones de mundo, en los que acababa de saberse, por la historia recientemente publicada de Molina, que habia en

el universo un rincón oscuro i remoto que se llamaba Chile. Prboablemente por estas singularidades, una vez que el niño O'Higgins paseaba por el jardín real de Kew, colindante con Richmond, el director de aquel, Mr. Butler, lo trajo delante de Jorje III, que visitaba las curiosidades de su conservatorio, i su botánico quiso hacerle conocer al joven chileno, como quien mostrara una robusta planta de las selvas araucanas. Un encuentro de esta clase ha sido probablemente lo que dió orijen a la real conseja del buen chantre Albano.

Lo único que sabemos de esa época con alguna exactitud, es que el joven O'Higgins pagaba de pensión sesenta libras esterlinas, i que el monto de la renta anual que le habia sido asignada por su jeneroso padre, era de mil quinientos pesos, mas que suficiente para un niño en aquella época. Pero cónstanos también que de esta suma los dedos de los relojéros, tutores del pensionista, adiestrados sin duda por el ejercicio de la mecánica, deducian una parte no pequeña, además de su comisión, cargando partidas exhorbitantes por los gastos de vestuario i otros superfluos de su recomendado, lo cual aparece de una curiosa cuenta que tenemos a la vista, con anotaciones marjinales del joven don Bernardo, espresando su sorpresa por la magnitud de aquellos desembolsos, pues en el solo artículo de «zapatos» le cargaban en un año los judios sus patrones, la suma enorme de

«doce libras, siete chelines i seis peniques,» o sea sesenta i cuatro pesos, caudal fabuloso para el que haya tenido ocasión de vivir en pensiones inglesas i usado el robusto i durable calzado británico.

VI.

Pero llegamos ya a una época en que la oscuridad de los dias de la niñez desaparece a la par con ésta. En 1798, O'Higgins era ya púber, i precisamente desde esa edad comenzamos a encontrar las huellas visibles de su carácter, de sus trabajos, i aun de sus dichas i dolores. Un cuaderno precioso en que el joven don Bernardo acostumbraba copiar sus cartas i que da principio en octubre de 1798, va a abrirnos el corazon i la intelijencia de nuestro joven compatriota i a contarnos en su propio lenguaje sus alegrías i sus cuitas de juventud i de colejio.

VII.

Habitaba el estudiante de Richmond por el año de 1798, cuando ya habia cumplido los diez i ocho de su edad, en la casa de un honrado vecino de aquel pueblo, llamado Mr. Eels, que recibia huéspedes de distinción, proporcionándoles profesores, además de los que existian en la academia de aquella ciudad, tan pequeña como culta i pin-

toresca. En medio de una alegre compañía de jóvenes franceses, alemanes i americanos del norte, el alumno chileno se habia adquirido, al juzgar por una carta del dueño de casa que tenemos a la vista, de fecha de 11 de setiembre de 1798, un lugar de preferencia. Pero bajo el mismo techo palpitaba otro corazón que no parecia ajeno a las emociones nacientes del simpático i modesto sud-americano.

Vivia al lado de su padre i en la vecindad de aquella brillante i juvenil compañía masculina, una de esas bellezas que el cielo de Inglaterra prodiga por entre sus nieblas como apariciones anjélicas, haciendo lucir, cual si fuera milagro, bajo un firmamento opaco i desabrido, esos astros fulgurantes, únicas estrellas que se ven en su hemisferio. O'Higgins amaba pues con esa emoción de duda i ansiedad que se llama amor primero, en el que todo es luz, sin que haya ni fuego, ni humo, ni cenizas, como en las pasiones que forman mas tarde el desengaño i el cansancio de la vida; i por su parte, Miss Carlota Eels no era insensible a aquel afecto.

Comprendiólo así, al parecer, el propio padre de la joven, pues en la primera ausencia de su alumno le reconvenia quejándose porque no le escribia a él directamente, i ya lo habia hecho dos veces a *alguien* de su familia....

En cuanto al amador chileno, nunca olvidó aque-

lla simpatía, ni apartó de su corazón la imajen de su primer ensueño. Cerca de veinticinco años mas tarde, uno de sus antiguos camaradas de gloria i de fatigas en el suelo de la patria, le enviaba el retrato de aquella niña que recibió el tímido juramento del que habia de ser mas tarde el primer guerrero de su país. «Os envío, le decía el jeneral O'Brien en carta de marzo 26 de 1823, desde Dublín, el retrato de Miss Carlota Eels, vuestra antigua bien amada *(your old sweet heart)*.» I esta es la última palabra que sabemos de aquel amor que sobrevivió de esta suerte a tantos acontecimientos estraordinarios i al trascurso de tantos años, pero que solo ha llegado hasta nosotros como un misterio de la juventud.

Pero hemos dicho que aquella afección fué solo un sentimiento tierno i leve, porque el que era su cautivo se mostraba dueño de huirlo. I así vemos que en el otoño de 1798, el colejial de Richmond dejaba su aula i su nido, para ir a recrearse a los baños de Margate, puerto de mar situado en la embocadura del Támesis, que era entonces el punto de cita del mundo elegante, sino aristocrático, de la sociedad inglesa. De ahí fué donde el joven amante dijo sus ternezas a la ausente amiga, i donde en cambio debió recibir las suyas, según esa dichosa costumbre de los lares frios i caballerescos de la vieja Albión, haciéndose, es verdad, reo aquella de un delito epistolar, que p

entonces habria sido en Chile tema de la Inquisición.

VIII.

Mas desde aquel paseo a la orilla del mar en que el joven estudiante respiraba la dicha de sus emociones i de su amor correspondido, dataron tambien las primeras dificultades que debian amargar su juventud, i obligarle a dejar con fastidio los sitios en que se habia deslizado su lozana i laboriosa pubertad, aunque aquellas dificultades no fueran de amor, sino de lo que mas se le parece hoi dia, pues fueron de dinero.

Agotados sus escasos fondos en los pasatiempos lícitos que ofrece un pueblo alegre a todo colejial en vacaciones, pidió algún socorro estraordinario a sus inexorables banqueros; i estos cometieron la bajeza de negárselo haciéndole una acusación calumniosa i mezquina. Era ésta la de haber vendido sus propios libros de estudios para emplear su producto en fútiles disipaciones, lo que fué tan falso i aleve, que aun hasta nosotros han llegado algunos volúmenes del aula infantil, como el primer testimonio que debe servir a la historia para refutar esta calumnia, precursora de tantas otras en la vida de este eminente chileno.

El alma honrada i pundonorosa del joven pupilo se arrebató con aquel insulto, i contradiciéndolo

al punto, escribió a los relojeros estas vehementes palabras: «Si no me encontrase en la situación que me hallo, yo os haria ofrecerme una esplicación de esas acusaciones indignas de las palabras i del oido de un caballero.» Pero a renglón seguido, i dando en esto una temprana muestra de una de las dotes mas preclaras i mas constantes que puso en evidencia durante su carrera pública, la de la induljencia i la de la magnanimidad en el olvido i en el perdón, el ofendido don Bernardo añadia esta oferta de jeneroso avenimiento. «Pero si por acatar nuestro común honor, quereis que olvidemos este lance, estoi pronto para daros la mano en la primera ocasión que os vea».

Sin embargo, los judios de Londres solo se prestaron a una reconciliación aparente, enviando unos pocos chelines (20 o 30 pesos) a su caballeresco recomendado para que regresase a Londres.

Apenas, en efecto, hubo llegado aquel a la presencia de Mr. Perkins, que era accidentalmente el jefe de la casa, cuando con semblante airado reconvínole éste por lo sucedido, haciéndole ver que el solo medio para entrar en su buena gracia, era el consentir en encerrarse en la pensión de un amigo suyo, judío como él, que dirijia una pensión protestante, i abandonar en el acto su grato retito de Richmond, en cambio de cuyos atractivos el astuto i grosero israelita le ofrecia, por via c

compensación, dos o tres libras esterlinas, ademas de la guinea que recibia todos los meses para el bolsillo «i unas cuantas botellitas de vino.» A una proposición tan indigna, saltó de ira el corazón del joven O'Higgins, que siempre fué vehemente en sus primeras impresiones, i la rechazó con desprecio, pero con cortesía.

Dejemos contar a él mismo este lance con toda la injenuidad de un espíritu que aun no ha hecho dócil ni el engaño ni la intriga, i que refiere a su apoderado de Cádiz, con fecha 19 de octubre de 1798, esta primera cuita de su vida de colejial en país estraño:

«Le dije que le agradecia su atención (cuenta, en efecto, el alumno a su apoderado sobre la oferta de ir a la escuela del judío), pero que no podia absolutamente hacerlo. I ahí tiene Usted, añade, que comenzó a maldecirme i a decirme mil indignidades en una tienda donde vende pedazos de fierros viejos, que este es su oficio, i delante de todo el mundo me dijo que me fuese de su casa; que no queria tener mas cuidado de mí; que no recibia ningún beneficio por mí, i, en fin, que el señor Romero le debia una gran cantidad de dinero, i que esto era lo bastante para que él no me avanzase dinero alguno. Le dije que era una contradicción mui grande de lo que me ofrecia por ir a la escuela protestante. Me contestó que no le hablase i que me fuese en hora mala. Como yo no

tenia dinero, le dije que me diera algo para pagar por mi comida; como no habia comido todavia, me respondió: que me muriese de hambre, que no queria darme nada. Salí i me refujié en casa del señor Murphy, a quien conozco bien, donde pasé el dia, sin haberle dicho nada de lo que habia pasado. Al dia siguiente fuí otra vez a casa de Mr. Perkins, i me dijo que escribiese a España, que no queria tener mas cuidado de mí; que, en primer lugar, no recibia ningún beneficio i que el señor Romero le debia mucho dinero, i que me daria para esto dos meses de plazo, i en el medio tiempo no pagaria sino por la casa, comida i nada mas...... Ahí tiene usted, señor don Nicolás, qué vida es la mia, si es posible aprender de esta manera, cuando los maestros se me quitan tan amenudo, i con todas estas brutalidades. Espero que usted lo remedie para vuelta de correo, pues hai miles en Londres que se alegrarian de hacerlo, señalando tanto al mes, que esto hecho, lo prometo a usted, no necesitar mas de seis meses para perfeccionarme en mi educación. Me hallo absolutamente sin ayuda de algún maestro; lo siento mucho principalmente por el dibujo, que ya comenzaba a tirar retratos. No hai mas que tener paciencia hasta tener órdenes de usted. Espero que usted escuse las grandes incomodidades que le causo, pero mi gratitud se lo agradece a usted cordialmente i busca medios para merecer

Mientras tanto, mande usted a su mas sincero paisano—*Bernardo Riquelme.*»

Pero el digno joven, desamparado ahora por guardar la fe a su corazón i a su hidalguía, apelaba en vano de la infame conducta de los judíos de Londres al buen conde del Maule, porque éste, embebido cual otro judío errante, en sus eternos viajes, tenia a su pupilo relegado al mas completo olvido.

Vióse éste, entonces, en el duro caso de ir a golpear a una puerta ajena i caritativa, para encontrar un techo i su sustento; pero deparóle la suerte el mas jeneroso albergue en la casa del capellán de la legación de Nápoles, que según parece era un señor Morini, residente en Londres, calle de York, número 38.

Ahí aguardó el joven O'Higgins, rodeado de duras privaciones i de una mortificante incertidumbre, la respuesta del ajente directo de su padre, de quien esperaba consejo i socorro. Pero pasaban los meses tras los meses i no le venia una sola palabra que le prometiera un cambio en sus contrariedades. Al fin, su paciencia se agotó i resolvió en consecuencia hablar a su olvidadizo apoderado un lenguaje claro, sin faltar a sus respetos:

«Usted me envió a Londres, señor don Nicolás (le escribia en consecuencia con fecha de 19 de marzo de 1799, cinco meses después de su primer

aviso) para que aprendiese i me educase i me hiciese hombre con la ayuda de Usted, i no para pasar bochornos i miserias que con mucha facilidad se podian haber remediado, a lo que me veo ya casi acostumbrado, i de esto son testigos en Londres comerciantes de mucho respeto, quienes han sido bastante jenerosos para hacer una corta suscrición de dos guineas (10 pesos 2 reales) al haber sido informados de mi vida i país i al verme a tantas leguas de mis padres i amigos, lo cual les es mui raro, pues aquí no creo que hayan conocido otro de Chile que yo.

»Señor don Nicolás: en dos años i medio que han pasado, no he tenido noticia de Usted sino una vez que Usted me escribió de Turín, i esto mas de un año há. No sé a qué atribuirlo; o mis padres me han desamparado, o alguna cosa debe haber acontecido, pues de otra manera me parece imposible el que Usted me olvidase i abandonase. Mi situación es tal que en lugar de aprender i adelantar en las varias cosas a que me he aplicado, las comienzo a olvidar por falta de instrucciones, i todo se vuelve distracción i disgustos al verme tan mal tratado por aquellos que creo mis mayores amigos.

»Espero que para vuelta de correo me haga Usted el favor de determinar alguna cosa de mí i si me lo permite su consentimiento, mi intención es irme de aquí en derechura a la América, pues

tengo algunos amigos comerciantes, quienes me prometen darme pasaje gratis de aquí a la isla de Trinidad o Filadelfia, i de allí puedo pasar a buscar mi vida en la América española, donde, por mui mal que lo pase, nunca puede ser peor que aquí.

»No quiero molestar a Usted mas con mis quejas: solamente quisiera no estar bajo la necesidad de hacerlo, aunque sé que me servirá de mui poco uso.—Memorias al señor don Vicente i a don Luis, etc., etc.

»Dios guarde la vida de Usted muchos años. Su mas afectísimo i verdadero paisano

»*B. Riquelme.*»

I en otra carta mas confidencial todavía, porque era dirijida a un camarada de su edad, un sobrino del conde, llamado Vicente, le decia, contándole sus pobrezas, que le mandaran dinero, «porque sin él, añadia, en Inglaterra un perro no mirará a uno la cara.»

IX.

Fué por esta época de angustia i aislamiento cuando el hijo del virrei del Perú, ya mancebo, osó por la primera vez levantar el velo de su des- e interrogar al autor de sus dias por su suer-

te, en nombre de sus propios infortunios i de la jenerosidad verdaderamente paternal con que aquél le habia prestado su ayuda en su carrera.

Ignórase de qué manera i en qué época supo el joven O'Higgins cuál era su nombre, cuál su cuna, cuál el alto prestijio de su casa i la encumbrada i estraordinaria posición de su padre. Sea por la reserva natural de su carácter, sea por las exijencias de la política colonial que miraba con mal ceño el que sus empleados tuvieran hijos americanos, ello es que el viejo virrei guardó siempre, aun hasta en sus últimas horas, el sijilo mas inviolable sobre aquella existencia que, sin embargo, era grata a su corazón, tanto mas cuanto don Bernardo era el único fruto dado a su ternura en su larga i afanosa carrera de hombre público i de soldado en las Américas.

Pero su hijo no podia albergar, por su parte, aquellos tristes, aunque acaso graves motivos, para esconder en su corazón un sentimiento en sí tan poderoso i tan inestinguible, que de él ha hecho la naturaleza su primera lei. Rompiendo, pues, por toda consideración doméstica o conveniencia pública, el joven O'Higgins quiso revelar a su padre su amor i su respeto no menos que pintarle su situación trabajosa i sus esperanzas para el porvenir, i por la primera vez de su vida le escribió de esta manera, con fecha 28 de febrero de 1799:

«Amantísimo padre de mi alma i mi mayor favorecedor:

»Espero que Vuestra Escelencia escuse este término tan libre de que me sirvo, aunque me es dudoso si debo hacer o no uso de él para con Vuestra Escelencia, pero de los dos me inclino a aquel que la naturaleza (hasta aquí mi única maestra) me enseña, i si diferentes instrucciones tuviera, las obedeceria.

»Aunque he escrito a Vuestra Escelencia diferentes ocasiones, jamás la fortuna me ha favorecido con una respuesta, como que ella siempre se muestra contraria mia en este particular; pero al fin espero ella se cansará i dará oidos a mis súplicas. No piense Vuestra Escelencia que con esto pienso quejarme, porque en primer lugar, seria en mí tomarme demasiada libertad, sin derecho alguno, i en segundo, sé que Vuestra Escelencia ha dado hasta aquí todos los requisitos para mi educación. Me considero a lo menos de 21 años, i aun todavía no he emprendido carrera alguna, ni veo semejanza de ello. Me voi a incorporar a una «Academia militar de navegación,» si puedo conseguirlo, para aprender esta carrera, como a la que mas me inclino, por lo cual, i mediante a lo que he comunicado a Vuestra Escelencia en mis anteriores, que confio habrá Vuestra Escelencia recibido, espero que decidirá lo que encuentre mas propio i conveniente, en la intelijencia que me

hallo apto para ello; pero considerando las ventajas i honor que al presente resultaría de la carrera militar, la cual ciertamente conjenia con mis inclinaciones i me muestra señales de suceso, solamente espero con ansia las órdenes de Vuestra Escelencia para obedecer i emprender lo que Vuestra Escelencia disponga, seguro de que mi deber e intención no es sino agradarle. Le haré a Vuestra Escelencia una corta relación del mediano progreso de mis estudios en este país, cual es el inglés, francés, jeografía, historia antigua i moderna, etc., música, dibujo, el manejo de las armas, cuyas dos últimas cosas, sin lisonja, las poseo con particularidad; i me sería de grande satisfacción si varias de mis pinturas, particularmente en miniatura, pudieran llegar a manos de Vuestra Escelencia, pero las presentes inconveniencias lo impiden.»

El reservado virrei guardó un profundo silencio respecto de esta carta i muchas otras que su hijo le dirijió, principalmente con el objeto de hacerle ver los progresos de su educación i el estado de los negocios públicos de Europa; i al contrario, pronto veremos cuán opaca nube levantó el destino o un complot entre la tímida pero profunda afección del hijo i el altivo i severo corazón del que le diera vida.

X.

Pero al menos como un pasajero halago, aquel joven, desposeido ya de todo amparo inmediato i en tanta lejanía de su patria, recibió luego la autorización i los recursos necesarios de su apoderado de Cádiz para dirijirse a aquel punto, ya que no era dable avanzar mas en su educación. En consecuencia, a fines del mes de abril de 1799 se hizo a la vela del puerto de Falmouth, i dando un adios que debia ser eterno a las playas de Inglaterra, que siempre miró con respeto i afección, llegó a Cádiz, por la vía de Lisboa, en junio de aquel mismo año, habiendo permanecido tres semanas en esta última capital.

CAPITULO II.

Educación literaria de don Bernardo O'Higgins.—Su predilección por la música.—Su escuela política.—El jeneral Miranda.—Vida de este jenio americano, sus viajes, sus planes revolucionarios sobre la América del Sur.—Enseña matemáticas a O'Higgins en Londres.—Le descubre sus proyectos.—Emoción de O'Higgins al saberlo, descrita por él mismo.—Acta de insurrección de los comisionados de Sud América suscrita en 1797.—Miranda la confía a O'Higgins para que la trasmitiera a la sociedad revolucionaria establecida en España.—Instrucciones que le da por escrito i sus consejos sobre la misión que le aguardaba en Chile.—Opinión de Bolívar sobre los destinos de este país en 1815.

I.

Al dejar la Inglaterra, después de cinco años de residencia i de labores, el joven O'Higgins no podia considerar como malogrados sus afanes de colejio, pues su aprendizaje literario, así como su educación política, habian alcanzado todo aquel desarrollo que a su edad i a su situación era dable obtener.—En el capítulo anterior nos hemos ocupado solo de los detalles domésticos de la infancia del jeneral chileno. En el presente cúmplenos ya dar cuenta de su juventud.

II.

Echase de ver por los párrafos de cartas dirijidos a su padre, copiados anteriormente, que los estudios jenerales del alumno de Richmond tenian aquel jiro peculiar a la educación inglesa que constituye la carrera del hombre social, del joven de familia i de fortuna, del *gentleman*, en fin.—Algunas ideas de matemáticas i filosofía, el estudio práctico de las lenguas vivas mas usadas, como el inglés, francés e italiano, la pintura i la música. Del cultivo de aquellas artes solo la última conservó hasta sus postreros dias, en que endulzaba su soledad con las tocatas de su armonium; pero poseia también la esgrima, i la equitación, en la que, a pesar de sus hábitos de *huaso* i sus predilecciones «araucanas,» nunca nuestro héroe hizo grandes progresos. Tales fueron los ramos a que con preferencia consagró el joven chileno sus años de pensión i de niñez.

No deja de ser curioso que en la pintura hiciera tales adelantos, que él mismo llegase a considerarse capaz de trabajar retratos de miniatura, de lo que desgraciadamente no nos ha quedado ningún recuerdo. En cuanto a los estudios militares que en su pacífica aula pudo hacer, i de los que también habla a su padre, solo encontramos entre sus papeles algunos borrones sobre el sist

ma de táctica del jeneral alemán Keivenhuller, i sobre el arte de la guerra del famoso mariscal de Sajonia; pero no podemos aseverar con exactitud si estos ensayos pertenecen o no a aquella época de la educación de nuestro caudillo. Es un hecho, sin embargo, honrosísimo para éste, el que toda la educación que tuvo en su vida privada, i de que mas tarde hiciera uso en su carrera pública, fuese solamente la que adquiriera en aquel primer quinquenio de una edad que por lo común es consagrada a fútiles pasatiempos. Después de su encierro en Inglaterra, el jeneral O'Higgins, como es sabido, por la vida de campesino que llevó antes de la revolución, i después por sus campañas i sus servicios públicos, no tuvo ocasión de cultivar sistemáticamente su intelijencia.

III.

Pero si en sus adelantos literarios el joven O'Higgins no pasaba mas allá de la medianía, común a su época, en su educación política entraba en un teatro singular que le haría subir mas tarde, como ciudadano, hasta la revolución, i como héroe, hasta la epopeya.

Don Bernardo, en verdad, habia nacido en un pueblo oscuro i en la mas remota de las colonias españolas; habia sido educado en sus primeros años por frailes atrasados; su razón i su juicio

comenzaron a formarse en el claustro de una institución aristocrática en la nobilísima corte de Lima; i mas que esto, era el hijo único del virrei del Perú, el mas alto potentado de los dominios ultramarinos de la España. Pero apesar de todo, aquel mancebo era ya un revolucionario antes de ser colono, un conspirador antes de ser hombre.

Cábenos ahora, con la sonda del criterio i la luz do los hechos, el descubrir cómo se operó tan aprisa i tan hondamente aquel cambio estraordinario. I nótese que si bien pudo influir mucho en la impresionable imajinación del estudiante chileño el contraste del mundo en que vivia con el que había dejado—el pueblo inglés i el de las colonias, la *Propaganda* de Chillán i la *Academia* de Richmond, Lima i Londres,—no fué tanto a la influencia de aquellas magníficas libertades, recargadas por la constitución inglesa con una ociosa pompa, sino a la tutela de un jenio elevado a lo que debió O'Higgins la transformación de su espíritu, que de súbito pasó, no de vasallo sin lei a monarquista puro, sino a republicano i a demócrata.—Fué discípulo de un discípulo de Washington.—Fué el alumno del jeneral Miranda, ese faro casi divino por su altura, que brilló entre los dos mundos de la América, cuando sumerjida la una en profundas tinieblas, alzábase la otra en espléndida alborada reflejando al modiodia luces de redención i de esperanza.

Vamos a contar este episodio, sin duda el mas interesante i mas característico de la vida del jeneral O'Higgins. La chispa que incendió los cañones de Rancagua i Chacabuco, brotó veinte años antes, en el contacto de aquellas dos naturalezas que iban a personificar la sublevación de su raza en los dos estremos de su continente, en Penco i en Caracas.

IV.

El jeneral don Francisco Miranda habia nacido en Caracas en aquel año fatídico (1758) en que la osada mano del marques de Pombal daba a los jesuitas, los reyes de las conciencias de América, como los Borbones lo fueron de sus quintos i alcabalas, el primer sacudón que debia derribarlos; i cuando aun era niño, embarcóse para la Península, queriendo su destino que aquel viaje se emprendiera precisamente el año (1775) en que se tocaba al norte del mundo de Colón la campana de la rebelión americana.

Oyóla también, como es sabido, la indiscreta España, ciega i sorda, empero, cuando su interés lo requeria, i envió a los colonos sublevados un ejército de ausilio. Con esas fuerzas pasó Miranda a los Estados Unidos, hecho ya capitán del ejército español. Ahí peleó por los libres, ahí amó a Washington como a su caudillo, ahí durmió bajo

la misma tienda con su camarada Lafayette. I en esos campamentos de la rebelión anglo-americana, asaltaron el pensamiento del joven soldado aquellas magníficas visiones en que contemplaba a su patria alzándose a su vez i rompiendo sus cadenas. Un siglo no ha pasado todavía; aquel primer ensueño es ya un hecho inmenso e indestructible; i la América independiente puede llamarse ahora políticamente el *Mundo de Miranda* como llamóse el *Mundo de Colón*, cuando fué descubierta i conquistada.

Concluida la guerra i emancipados los Estados Unidos, Miranda dejó de ser soldado para convertirse en apóstol; renunció su empleo, regresó a Europa, i elijiendo para su residencia el país que mas halago ofrecia a su sublime quimera, establecióse en Inglaterra. Ahí le encontramos en 1784, i al año subsiguiente, cuando el capitán venezolano contaba solo 27 años, un periódico inglés, le señalaba como un huésped importante i se decía por la prensa la primera palabra que se oyera, i no sin asombro, en la publicidad del mundo sobre la emancipación de las colonias españolas.

Pero los esfuerzos del joven emisario que tomaba sobre sí i por su propio albedrío la representación de toda la América española, no podia pasar entonces de un voto secreto, de una palabra audazmente lanzada como un meteoro desconocido entre los espíritus i las jeneraciones des-

apercibidas. Él mismo no tenía sino su nombre, ni mas prestijio que el de un simple capitán que habia hecho las campañas de Washington. Resolvióse, en consecuencia, a emprender un largo estudio i a robustecer sus convicciones con la comparación de otros países i el contacto de otras sociedades. Con este fin viajó cuatro años (de 1786 a 1790), i fué entonces cuando insinuó atrevidamente a la czarina de Rusia Catalina II el primer plan político de una insurrección en Sud-América. —Catalina era ambiciosa, novelera, veleidosa en sus gustos, desalada en sus pasiones.—La Rusia era además el único país de los antiguos continentes que se tocaba por la mano con la América, i ya desde aquella época, lisonjeábala la adquisición de las Californias en que hoi otra nación, su jemela en opuesta grandeza, la ataja interponiendo sus fronteras. Háse dicho por algunos que en la aquiescencia de Catalina a los planes del joven oficial americano, hubo un secreto de alcoba; otros suponen que lo fué solo de gabinete; otros una simple conversación política; pero, sea como quiera, Miranda vino de San Petersburgo a Inglaterra con recomendaciones especiales de aquella corte para su embajador en Londres, i provisto de una credencial autocrática para todos sus ministros en el estranjero.

Sostenido por un apoyo tan eficaz, Miranda llega a Londres; solicita pronto una audiencia del

ministro Pitt; la obtiene, i resueltamente le propone un plan de sublevación i de ausilios militares, que debia estenderse desde la isla de Trinidad hasta el istmo de Panamá, abrazando toda la zona norte de Venezuela i la Nueva Granada.

Un proyecto que tenia por base las operaciones de una vasta estensión de costas, no podia menos de ser asequible a la política i a los medios de acción de un país hostil a la Península, i que siempre fué dueño de la mar.—Mas en esa misma época reventó la revolución francesa, i la Inglaterra, concretándose sobre sí propia con su inmenso e intelijente egoismo, comenzó a ocuparse solo de buscar naciones que por su oro defendieran su causa en los campos de batalla.

Miranda, desengañado en esta segunda tentativa, acordóse entonces de sus camaradas en la guerra americana; supo que Lafayette mandaba en jefe la guardia nacional de París, el dia en que el último rei Borbón abdicaba su corona, i corrió a reunírsele. Se alistó en sus lejiones, ascendió por sus servicios i sus campañas, mandó ejércitos, ganó un inmenso prestijio, i se trataba ya entre sus colegas de enviarle a Méjico con un ejército de doce mil hombres que comenzó a alistarse en Tolón, cuando el directorio torció el cauce de la revolución i persiguió a sus principales corifeos.—Miranda, como tal, comprometido en el proceso de Pichegru, sufrió una larga prisió

en la que cada uno de sus dias amenazaba ser el último de su existencia, hasta que consiguió fugarse i se asiló en Inglaterra, dedicándose al profesorado para ganar honrosamente su sustento. Esto sucedia a fines de 1797.

En el curso de sus estudios, el joven O'Higgins necesitó los servicios de un profesor de matemáticas, i sabiendo que un jeneral americano, ilustre ya en Europa, se ocupaba de hacer un curso particular a varios de sus compatriotas i españoles, se incorporó entre éstos bajo el nombre convencional que usaba entonces de «Mr. Riquelme.»

Miranda, sin embargo, no tardó en descubrir que aquel joven, al parecer oscuro, era el hijo de un hombre eminente, i que además desempeñaba el empleo mas alto en el sistema colonial de España.—La activa mente del patriota venezolano comprendió lo que aquel encuentro podia valer para sus planes, i como su adolescente discípulo fuera de una índole afable i de un modesto comporte, tomólo en afección i le prestó desde luego toda su deferencia i casi su amistad.

El jeneral republicano era, a pesar de esto, demasiado cauto para entregar de lleno sus secretos a su inesperto i espansivo alumno. Acostumbraban reunirse para celebrar sus sesiones de estudio, en las que la política i el mapa de la América tenia acaso mas parte que la áljebra i la pizarra, en un espacioso gabinete de lectura, i ahí en los lar-

gos inviernos de Londres el jeneral profesor tenía ocasión de ejercer su propaganda.

Gradualmente iba conociendo cuán dócil era su alumno chileno a aquella especie de enseñanza, i para penetrarlo mejor, o revestirlo de la importancia que a sus fines era precisa, se hizo su asiduo compañero. Introdújolo en consecuencia a sus mas notables relaciones, i entre otros, al embajador ruso, al encargado de negocios de Estados Unidos, al duque de Portland, ministro entonces de la corona, i en cuanto pudo, le dió a conocer en los altos círculos ingleses como un hijo digno de un virrei del Perú, súbdito antes de Inglaterra.

Cuando el patriota caraqueño estuvo persuadido de que su amigo era digno de ser su confidente, i cuando habia pasado cerca de año i medio desde su primer conocimiento personal, resolvióse a contarle los azares de su vida revolucionaria, los pasos que habia dado cerca de las cortes europeas, i por último sus planes para lo futuro, descorriendo así delante de los ojos deslumbrados de su entusiasta amigo, el panorama de los magníficos destinos de esa América, patria común de una sola familia que llevaba entonces apellidos diferentes.

No es fácil imajinarse el gozo de aquella alma espansiva i capaz de las mas jenerosas impresiones. —«Cuando yo oí, nos dice él mismo en su fragmento citado, aquellas revelaciones i me p

sesioné del cuadro de aquellas operaciones, me arrojé en los brazos de Miranda, bañado en lágrimas i besé sus manos.»—I luego añade que, estrechándole aquél con efusión contra su pecho, le dijo estas palabras que copiamos testualmente:—«Sí, hijo mio, la Providencia Divina querrá que se cumplan nuestros votos por la libertad de nuestra patria común. Así está decretado en el libro de los destinos. Mucho secreto, valor i constancia son las éjidas que os escudarán de los lazos de los tiranos.»

V.

Don Bernardo encontrábase entonces en vísperas de su regreso a América, i por esta incidencia sus relaciones con Miranda eran mui importantes, pues equivalian a la iniciativa práctica de sus planes.—Un año antes se habia firmado en Paris, con fecha 22 de diciembre de 1797, una especie de acta de unión, santo bautismo de nuestras nacionalidades, hoi perdido para la historia, por los emisarios de la emancipación americana que como Caro, Nariño, Bejarano, Iznardi i otros solicitaban ausilios de las cortes europeas con el fin de que Miranda, que era el director de aquellas combinaciones, la presentase al ministro inglés como un documento fehaciente de los votos de los sudamericanos por alcanzar su independencia.

Miranda resolvió en consecuencia hacer a O'Higgins el ajente de aquellas combinaciones en Chile, i como de tránsito debia pasar a la Península, le comunicó sus instrucciones reservadas para los asociados que en aquella época existian en la Metrópoli.

«Partió O'Higgins en consecuencia, según nos refiere él mismo en el fracmento citado, para España con los planes convenidos en Londres con los americanos del sur, Bejarano, Caro, Iznardi i otros, los que presentó a su ingreso a la Península a la *gran reunión americana*, reservando para la *comisión de lo reservado* de ésta lo mas secreto i que no se podia revelar al común de la *gran reunión*. Fijó ésta su cuartel jeneral en las mismas Columnas de Hércules, i de allí partieron las centellas que vinieron a despedazar el trono de la tiranía en la América del Sur: O'Higgins para Chile i Lima, Bejarano para Guayaquil i Quito, Baquijano para Lima i el Perú, los canónigos Fretes i Cortés también para Chile, aunque el último tomó i se le encargó la».... (1)

---

(1) En esta frase termina este interesante trozo histórico que, como dijimos, consta de un pliego de letra del jeneral O'Higgins, pero sin duda debia decir en esta parte la espresión *de la de Venezuela*... que fué a donde el canónigo Cortés llevó su misión revolucionaria. —Esto último está de acuerdo con lo que se ha publicado mas tarde (1882) sobre Cortés Madariaga con el título de *El tribuno de Caracas*, por B. Vicuña Mackenna, etc.

VI.

Antes de dar el adios de despedida a su joven emisario, quiso todavía Miranda, como una prueba de su alta prudencia i de la especie de paternidad revolucionaria que habia asumido sobre aquél, ofrecerle un decálogo secreto de sus creencias, en el que resumia toda su sublime doctrina de amor para la América. Consistia aquél en una serie de indicaciones, profundamente reservadas, que hacía a su discípulo, puestas por escrito, pero que le encargaba confiar a su memoria destruyendo el orijinal. Hízolo así el fiel comisionado, i solo de una manera mui indirecta han llegado hasta nosotros aquellos altos preceptos de un espíritu tan prudente como esforzado, i que se contienen en los siguientes:

«*Consejos de un viejo sud-americano a un joven compatriota al regresar de Inglaterra a su país.*

«Mi joven amigo:

«El ardiente interés que tomo en vuestra felidad, me induce a ofreceros algunas palabras de advertencia al entrar en ese gran mundo en cuyas olas yo he sido arrastrado por tantos años. Conoceis la historia de mi vida, i podeis juzgar si mis consejos merecen o no ser oídos.

»Al manifestaros una confianza hasta aquí ilimitada, os he dado pruebas de que aprecio altamente vuestro honor i vuestra discreción, i al trasmitiros estas reflexiones os demuestro la convicción que abrigo de vuestro buen sentido, porque nada puede ser mas insano, i a veces mas peligroso, que hacer advertencias a un necio.

»Al dejar la Inglaterra, no olvideis por un solo instante que fuera de este país no hai en toda la tierra sino otra nación en la que se puede hablar una palabra de política, fuera del corazón probado de un amigo, i que esa nación son los Estados Unidos.

»Elejid, pues, un amigo, pero elejidle con el mayor cuidado, porque si os equivocais sois perdido. Varias veces os he indicado los nombres de varios sud-americanos en quienes podríais reposar vuestra confianza, si llegárais a encontrarlos en vuestro camino, lo que dudo porque habitais una zona diferente.

»No teniendo sino mui imperfectas ideas del país que habitais, no puedo daros mi opinión sobre la educación, conocimientos i carácter de vuestros compatriotas, pero a juzgar por su mayor distancia del viejo mundo, los creería los mas ignorantes i los mas preocupados. En mi larga conexión con Sud-América, sois el único chileno que he tratado, i por consiguiente no conozco mas de aquel país que lo que dice su historia p

co há publicada, i que lo presenta bajo luces tan favorables.

»Por los hechos referidos en esa historia esperaría mucho de vuestros campesinos, particularmente del sur, donde, si no me engaño, intentais establecer vuestra residencia. Sus guerras con sus vecinos deben hacerlos aptos para las armas, mientras que la carencia de un pueblo libre debe traer a sus espíritus la idea de la libertad i de la independencia.

»Volviendo al punto de vuestros futuros confidentes, desconfiad de todo hombre que haya pasado de la edad de cuarenta años, a menos que os conste el que sea amigo de la lectura i particularmente de aquellos libros que hayan sido prohibidos por la Inquisición. En los otros, las preocupaciones están demasiado arraigadas para que pueda haber esperanza de que cambien i para que el remedio no sea peligroso.

»La juventud es la edad de los ardientes i jenerosos sentimientos. Entre los jóvenes de vuestra edad encontrareis facilmente muchos prontos a escuchar i fáciles de convencerse. Pero por otra parte, la juventud es también la época de la indiscreción i de los actos temerarios; así es que debeis temer estos defectos en los jóvenes, tanto como la timidez i las preocupaciones en los viejos.

»Es también un error el creer que todo hom-

bre, porque tiene una corona en la cabeza o se sienta en la poltrona de un canónigo, es un fanático intolerante i un enemigo decidido de los derechos de los hombres. Conozco por esperiencia que en esta clase existen los hombres mas ilustrados i liberales de Sud-América, pero la dificultad está en descubrirlos. Ellos saben lo que es la Inquisición i que las menores palabras i hechos son pesados en su balanza, en la que, así como se concede fácilmente induljencia por los pecados de una conducta irregular, nunca se otorga al liberalismo en las opiniones.

»El orgullo i fanatismo de los españoles son invencibles. Ellos os despreciarán por haber nacido en América i os aborrecerán por ser educado en Inglaterra. Manteneos, pues, siempre a larga distancia de ellos.

»Los americanos, impacientes i comunicativos, os exijirán con avidez la relación de vuestros viajes i aventuras, i de la naturaleza de sus preguntas podeis formaros una regla, a fin de descubrir el carácter de las personas que os interpelen. Concediendo la debida induljencia a su profunda ignorancia, debeis valorizar su carácter por el grado de atención que os presten i la mayor o menor intelijencia que manifiesten en comprenderos, concediéndoles o no vuestra confianza en consecuencia.

»No permitais que jamás se apodere de v

tro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dais entrada a estos sentimientos, os pondreis en la impotencia de servir a vuestra patria.

»Al contrario, fortaleced vuestro espíritu con la conviccíón de que no pasará ni un solo dia, desde que volvais a vuestro país, sin que ocurran sucesos que os llenen de desconsolantes ideas sobre la dignidad i el juicio de los hombres, aumentándose el abatimiento con la dificultad aparente de poner remedio a aquellos males.

»He tratado siempre de imbuiros principalmente este principio en nuestras conversaciones, i es uno de aquellos objetos que yo desearia recordaros, no solo todos los dias sino en cada una de sus horas.

»¡Amais a vuestra patria! Acariciad ese sentimiento constantemente, fortificadlo por todos los medios posibles, porque solo a su duración i a su enerjía debereis el hacer el bien.

»Los obstáculos para servir a vuestro país son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles, llegaré a decir, que solo el mas ardiente amor por vuestra patria podrá sosteneros en vuestros esfuerzos por su felicidad.

»Respecto del probable destino de vuestro país, ya conoceis mis ideas, i aun en el caso de que las ignoraseis, no seria este el lugar apropósito para discutirlas.

»Leed este papel todos los dias, durante vuestra navegación, i destruidlo en seguida.—No olvideis ni la Inquisición, ni sus espías, ni sus sótanos, ni sus suplicios.

(Firmado)

FRANCISCO MIRANDA.»

Tal fué el pasaporte verdaderamente profético, con que, a la edad de 21 años, el hijo del virrei del Perú entró en la vasta revolución que se tramaba contra la monarquía española en las colonias, i en la que él por el espacio de 40 años fué a la vez soldado, caudillo i mártir.

CAPITULO III.

Don Bernardo O'Higgins a los 20 años.—Solicita alistarse en el ejército español.—Se opone su apoderado i entra a su servicio como «dependiente a méritos».—Don Bernardo llena su misión revolucionaria.—Tertulia de don Nicolás de la Cruz.—El canónigo Fretes i don José Cortés Madariaga.—Nuevos estudios i descubrimientos sobre este ilustre chileno.—Carácter apostólico i revolucionario a la vez de aquellos dos insignes sacerdotes.—El capitán don Juan Florencio Terrada.—O'Higgins descubre a aquellos los planes de Miranda i deja cumplidos sus encargos.—Su fastidio i leves distracciones mientras aguarda ocasión de embarcarse para Chile.—Escribe a su madre una tierna despedida.—Se hace a la vela para Buenos Aires en la fragata *Confianza*, i es apresada por los ingleses.—Su carta al virrei en que da estensa cuenta de aquella malaventura.—Regresa a Cádiz i se encuentra en una situación lamentable.—Ensaya embarcarse en el convoi de Lisboa al Janeiro, pero no lo consigue.—Aparece la fiebre amarilla en las Andalucías i O'Higgins es atacado en San Lúcar de Barrameda.—Escapa milagrosamente i vuelve a Cádiz, donde sabe la muerte de su abuelo materno i la destitución de su padre del virreinato del Perú.—Se aumentan sus tribulaciones.—Da cuenta a su padre de su desesperada situación en casa de su apoderado.—Este le anuncia que el virrei le retira su protección i lo abandona.—Tierna carta de don Bernardo protestando su inocencia i su digno proceder.—Se engaña sobre las causas de la irritación de su padre, que solo descubre diez años mas tarde.—Sus relaciones con Miranda habian sido denunciadas al gabinete español.—Caida del virrei O'Higgins en consecuencia.—Su muerte.—Respetos que le tributó su hijo i esfuerzos que siempre hizo para honrar su memoria.—Continúa residiendo en Cádiz.—Su entusiasmo por tomar las armas en la guerra de 1801 contra el Portugal.—El teniente don José de San Martín en Cádiz.—O'Higgins se embarca para Chile i llega a Valparaiso en 1802, escapando de un naufrajio en la Tierra del Fuego.—Cortés, Fretes i Terrada se trasladan a América.

I.

Cuando don Bernardo O'Higgins desembarcaba

en Cádiz a mediados de 1799, era ya un apuesto mozo de 19 años de edad, aunque él por su corpulencia, i la cuenta siempre larga de los años de colejio en lejana tierra i estranjera lengua, creyera, como lo decia a su padre en su carta ya citada, que habia cumplido los 21. Su porte era algo menos que mediano, pues su estatura no pasaba de cinco piés i seis pulgadas, medida inglesa. Aunque imberbe, era ancho de espalda, levantado de pecho i de formas proporcionadas, si bien no esbeltas, a semejanza de su padre, consistiendo su principal belleza en la que le daba su lozana juventud. Una espesa cabellera castaña, un tanto rizada, adornaba su espaciosa i noble frente, peinada en desorden, según la moda de la época, pero que mas tarde, cuando era brigadier chileno, alzaba arrogantemente sobre sus sienes, en forma de tupé, cual se ve en su mejor retrato conservado en la sala principal de Montalván. El conjunto de su rostro era simpático i varonil, teniendo en él fuertemente impreso el tipo irlandés de su raza. Sus ojos eran de un hermoso color azul pero medianos, i de contínuo tomaban un tinte desapacible por la influencia de una irritación de párpados que padeció desde la niñez i que abultaba éstos dándole un enojoso ceño; su nariz era corta i desairada, pero en su boca i barba, calcadas sobre los esquisitos perfiles de su madre, tenia toda la gracia i simpatía que daba a su semblante

la espresión injénua i casi candorosa del hombre de bien.

II.

Bajo aquella apariencia modesta, pero franca i despejada, presentóse don Bernardo a su respetable apoderado don Nicolás de la Cruz, solicitando, no ya la hospitalidad que antes concediera a su tímida infancia, sino sus órdenes e instrucciones para entrar en el mundo elijiendo una carrera. Don Nicolás le habia llamado de Inglaterra lisonjeándole con una pronta colocación de cadete en el ejército español, a lo que, como hijo de padres nobles, aun por la línea materna, tenia suficiente derecho. Mas, llegándose a tratar de aquel punto, en el que el joven cifraba sus mas ardientes esperanzas, el buen don Nicolás opuso objeciones de tan poca monta que mas bien parecian pretestos de una voluntad mal dispuesta para con su pupilo, pues nunca le diera pruebas de tener su suerte ni su ventura mui a pecho. La mas séria de aquellas dificultades, era la carencia de *fe de bautismo* del joven aspirante a la milicia, requisito es verdad indispensable en casos comunes, pero del que, en esta ocasión, con el influjo del tutor, la distancia de la matriz i la calidad del pretendiente, hubiera podido fácilmente prescindirse.

No hubo, pues, arbitrio, i don Bernardo, encontrándose profundamente contrariado, solicitó entonces pasar a Chile, a lo que se allanó su apoderado ofreciéndole los recursos suficientes i prestándole su consentimiento.

Mas como la España se encontraba en guerra a la sazón con los ingleses, hervian los mares adyacentes a la Península con corsarios i buques de la armada hasta el estremo de tener a Cádiz en un estrecho bloqueo. Mientras se presentaba, de consiguiente, la oportunidad de un convoi o se aguardaba a que por la entrada del invierno sobrevinieran las nieblas que de contínuo favorecian el escape del puerto i los cruceros a los paquetes, fué cosa acordada que don Bernardo se mantuviese en Cádiz como huésped del conde del Maule i ayudándole gratuitamente en su escritorio. De esta suerte, el hijo del virrei de Lima, después de 60 años trascurridos, entraba en el puesto que aquél desempeñara en la misma plaza mercantil, pues consta que a su salida de Irlanda, cuando era todavía mui joven, estuvo aquél en Cádiz empleado de dependiente en una casa de comercio.

En aquella situación precaria i enfadosa para su ánimo, se mantuvo don Bernardo los seis últimos meses de 1799, acechando la ocasión de emprender su regreso a Chile, única i ardiente aspiración de su espíritu, desde que sus esperanzas de ser soldado salieron fallidas.

III.

Una compensación encontró empero O'Higgins a su fastidio i a sus mezquinas tareas en la romana i el callejeo de las cobranzas de su apoderado; i por cierto que aquella era en sí misma bastante enérjica para preocupar intensamente su espíritu: tal fué el cumplimiento de la comisión revolucionaria i secreta que habia recibido de Miranda.

Residian entonces en Cádiz dos notables sacerdotes americanos que frecuentaban la casa de don Nicolás de la Cruz, amigo natural de sus paisanos, banquero de muchos, i acaso Mecenas de algunos de los errantes injenios que de las colonias solian aportar al puerto de Cádiz, núcleo entonces de las relaciones de Sud-América con la madre patria, pues don Nicolás era rico i tuvo además la virtud de amar las letras, a las que él mismo daba culto. Eran aquellos los célebres canónigos don José Cortés i Madariaga, chileno de nacimiento, i don Juan Pablo Fretes, natural del Paraguai.

Nunca el acaso o un destino singular en sus arcanos habia reunido i puesto en contacto dos espíritus semejantes, dos almas mas ardientes, dos intelijencias mas osadas i convencidas que las de aquellos dos clérigos que bajo un oscuro manteo ocultaban el corazón i la mente de verdaderos

tribunos populares, pues tales lo serian un dia en climas apartados, i ámbos lejanos de sus cunas i sus pueblos.

Cortés Madariaga era nacido en Santiago, de familia tan ilustre como opulenta, i habia hecho viaje a la Península a fines del último siglo, para dirimir ciertas controversias de prerogativa eclesiástica que se suscitaron entre él i un digno colega que fué mas tarde el intejérrimo fiscal Eizaguirre, muerto por el año de 1821 en Lambayeque.

Regresaba ahora a Chile con una prebenda de canónigo para su querida capital, que era entonces grande i silenciosa como un coro de privilejio, con diezmos, alcabalas, siestas i aquellos otros requisitos que, según la espiritual espresión del virrei Amat, constituian al perfecto canónigo, de los cuales solo mencionaremos al primero i último, que eran *voz*..... i *sentarse*.......

Pero contrariado por los ingleses que tenian a la Península enmurallada entre sus cañones, habíase visto en el caso de aguardar, como O'Higgins, i en el intervalo pasaba sus noches en la casa de su paisano don Nicolás, platicando en la *tertulia*, a la que no era dable faltase ni el mate, ni el cigarro, ni el rosario por su puesto.

Su colega Fretes residia entonces en la isla de Leon, por motivos diferentes, pues era capellán del jeneral español Alvarez, que estaba en aque-

lla época empleado en la guarnición de Cádiz. Mas como americano i como colega de Cortés, era también uno de los tertulios del conde del Maule.

Aquellos dos hombres, llamados a un rol tan ilustre en la historia de América, solo tenian de común con la mayoría del clero de su época, el traje i la tonsura. Su fe relijiosa les llevaba, a ejemplo de aquel que muriera en el Calvario, hasta la redención de la conciencia humana, encorvada i embrutecida por el error, la avaricia i las torturas de una nueva secta de fariseos, que se habia estendido otra vez por el mundo con el nombre de «Hermandad del Santo Oficio», i de otras imposturas, cuyo fin verdadero era el lucro material de sus empresas, por medio del jiro espiritual de las conciencias, que eran otras tantas libranzas a la vista para el clero (no los párrocos) de las colonias. Cortés i Fretes eran como los sacerdotes de la antigua lei: pobres, viandantes, predicadores, i no poseian ni capellanías ni curias en su espiritual doctrina. Ambos vivian mas para el amor, para la enseñanza de los hombres, que es la verdadera iglesia de Dios i la verdadera relijión de sus discípulos, que para la sacristía, sitio donde entonces se vendian las bulas por fardos, las induljencias por siglos i las misas a ocho reales.....

Eran confesores pero hacian penitencia junto

con aquellos a quienes la imponian i ayunaban sus ayunos, oraban en sus oraciones, i les ayudaban en la caridad de sus limosnas. Eran creyentes, i porque lo eran, amaban a sus feligreses, no como al rebaño que se trasquila por pascua i la cuaresma sino como a las almas que se depuran con la lejanía de los bienes materiales i que se hacen mas ricas por el ejemplo, el estímulo i la pobreza del Pastor.

Creian por esto que los americanos podian ser hombres según Dios i cristianos según el Redentor, sin que para esto se les forzara a santiguarse cada vez que se decia el nombre del monarca, ni a despedazarse las carnes con disciplinas de rosetas, cada vez que el cura apagaba las velas de la iglesia parroquial i daba la señal, mas no el ejemplo, de aquellas infernales zahurdas en que se insultaba al Dios de la clemencia con el escándalo de la desnudez en su templo i el crimen de la sangre vertida a latigazos en su inmaculado tabernáculo..... En relijión como en política eran, pues, aquellos dos insignes varones reformadores i revolucionarios: eran en una palabra aquellos mismos sacerdotes que Miranda habia profetizado a su joven discípulo deberia encontrar alguna vez en su camino. Anuncio tan verídico que la América entera desde Hidalgo a Medina, desde Luna Pizarro a Camilo Henríquez, se levantó a su hora por la palabra i la absolución de sus párrocos, q

eran la mejor parte de la grei eclesiástica harto dispersa i pervertida entonces, según los graves testimonios de Juan i de Ulloa.

IV.

El empeñoso emisario de Miranda no tardó pues en acercarse a aquellos patriotas que a su vez reconocieron en el hijo del virrei del Perú un confidente digno de sus empresas. Las credenciales de Miranda eran, por otra parte, un título mas que suficiente de la fe revolucionaria de su discípulo, i así sucedió que luego trabóse una estrecha comunicación entre éste i aquéllos. El salón de don Nicolás Cruz, que en apariencia pasaba solo por una de esas rancias tertulias de aquel tiempo, aun a los ojos de su propio hospitalario dueño, era en realidad un club revolucionario en que se discutian ideas de innovación, se insinuaban planes atrevidos en forma de quimeras o deseos i se recibian o comunicaban noticias en el sentido de los trabajos semi-masónicos de los patriotas americanos residentes entonces en Europa. O'Higgins era acaso el mas joven de aquellos afiliados, i a la par con él figuraba otro mozo, capitán entonces en el ejército del rei, i que debia llenar mas tarde uno de los puestos mas altos de la patria ya independiente. Fué éste el Brigadier don Juan Florencio Terrada i Fretes, natural de Men-

doza, i sobrino del canónigo de aquel nombre, a cuyo influjo con el jeneral español Alvarez, se debia acaso el rápido ascenso de su deudo.

V.

Pero no por la poderosa distracción que aquellas tareas secretas i vedadas ofrecieran al joven chileno, dejaba el tedio de invadir su corazón impaciente, a influjos del ardor juvenil, i encendido a mas por la larga ausencia del regazo de la madre i la incertidumbre misma de su situación que le constituia prisionero dentro de Cádiz, por el bloqueo inglés, i esclavo de una ocupación mezquina i rutinera, cual era la de un mostrador o escritorio de comercio. El pobre dependiente no tenia, además, ningún emolumento por su trabajo, i estaba empleado tan estrictamente por el sistema que se llama *a mérito*, que durante los seis primeros meses no recibió de su patrón ni un solo duro, ni una sola de esas pesetas dominicales que entonces solian ser el maná de los bolsillos. El mismo O'Higgins hacia presente a su padre, poco mas tarde, aquella situación lastimera de sus finanzas, pero sin quejarse por esto de la rectitud de su apoderado. Todo el caudal de don Bernardo consistia entonces en un piano que habia comprado para su madre, en 150 pesos; pero que él respetaba como una alhaja querida, pues

era el único que podia ofrecer a su familia al regresar a su seno.

Mientras llegaba la hora suspirada de la partida, don Bernardo se fastidiaba, pues, sin poderlo remediar en la hermosa Gades, donde, sin dinero no tenia otros goces que el que pudiera proporcionarle la vista del onduloso mar de Andalucía, mas no el trato de sus vaporosas náyades. Solo de ciertas «ninfas» hable él, en su correspondencia íntima, contando su fortuna a un amigo, cuyo nombre no aparece en el borrador de aquélla, i a las que debió un grato solaz en una de esas noches de noviembre en que el otoño del medio dia de España derrama por los horizontes i las venas su apacible luz i su voluptuoso ambiente. «A sus queridas musas Urania i Euterpe, dice O'Higgins a su corresponsal, en el estilo anglo-español de que se resentia, i en la carta que acabamos de citar, fecha 8 de noviembre de 1799, me tomé la libertar de hacerles una visita; habia alguna compañía, i me forzaron a bailar *minueto* i un par de contradanzas, lo que desempeñé como mejor pude».

VI.

Pero al fin llegó otro año, otro siglo, otra fortuna; i ya por febrero de 1800 O'Higgins estaba listo para hacerse a la vela, dando la vuelta a la patria, que recordaba solo como una aparición

querida de su primera niñez, mientras su corazón latia con aquel intenso regocijo que solo pueden concebir los que tuvieron madre i no la vieron, i la amaron mas por lo mismo que no la vieron......

Sin duda, por la dificultad casi invencible de enviar cartas de Chillán, nunca tuvo don Bernardo, al parecer, durante los largos años que residió en Inglaterra, la dicha de ver letra de su madre. Su corazón se dolia de aquella doble orfandad en que sus padres, por razones tan opuestas, le mantenian, cada uno a pesar suyo, relegado; i así, cerrando ya aquella triste cuenta de silencio i de abandono moral, el sensible joven exhalaba sus quejas en esta tierna manera, al escribir a su madre, con fecha de febrero 1.° de 1800, para pedirle su bendición antes de partir.

«¡Cuán grandes tristezas, señora mia, no he pasado yo por usted, le decia, sin tener una sola cartita de usted para mi consuelo! yo que tanto me he esmerado en escribirle, no solamente a usted sino también a mi *maestro, el reverendo padre frai Francisco Ramírez,* procurando saber de usted de todos modos. Pues ahora le pido, por aquel amor de madre debido a un hijo, por mis trabajos, por mi amor, i en fin, por el padre que me dió vida, que no me deje usted de escribir a Buenos Aires, donde espero recibir carta de usted, dirijida a casa de don Juan Ignacio Escura, a quien iré recomendado.

»Le pido me encomiende a Dios, como yo la encomiendo a usted en todas mis oraciones, pues los peligros que tengo que pasar son bien grandes, pues las mares están llenas de corsarios i buques de guerra ingleses. No obstante, nuestra embarcación va bien armada».

Como la hora de partir ya estaba próxima, O'Higgins escribió también a su padre pidiéndole respetuosamente sus órdenes; i después de dar a sus amigos un adios, de gratitud para los unos i de esperanzas para los otros, hízose a la vela el 3 de abril de 1800 en la fragata *Confianza*, con rumbo a Buenos Aires.

VII.

Mas, no estaba decretado que el joven patriota viera las playas de Chile, ni tan pronto como eran sus deseos, ni sin pasar primero por crueles pruebas, que le prepararian, sin embargo, para las que debia encontrar mas allá de la juventud, en su ardua misión. Apenas habia trascurrido, en efecto, una semana, cuando la *Confianza* era dócil presa de los ingleses, i toda su tripulación prisionera de guerra.

Mas dejemos contar aquí al mismo don Bernardo esta su primera campaña que fué mas tarde un constante tema a su buen humor, por la memoria de los lances de susto, carreras, escondites

i otras averías que aquel acontecimiento le hiciera presenciar, sin que a él le tocara poca parte de la calamidad i ninguna de la gloria, pues aquello «de que fué enviado en una fragata de honor a Cádiz, etc., por el Almirante su captor» que nos refiere su biógrafo Albano, no es, como se verá, sino una estrofa de la larga fábula que de sus hechos nos cuenta. Oigamos, pues, este primer boletín de las aventuras guerreras del jeneral O'Higgins. Es una carta a su padre, fechada en Cádiz el 18 de abril de 1800, en la que le refiere todo el lance i dice así:

«Mi mui querido i amado padre:

»Espero que al recibo de ésta goce Vuestra Escelencia de aquella salud i felicidad que su hijo le puede desear. Con bastante dolor i sentimiento anuncio a Vuestra Escelencia mi desdichado fin. Como tenia ya escrito a Vuestra Escelencia de mi regreso a Chile i de como habia tomado mi pasaje en una fragata mercante, la *Confianza*, para Buenos Aires, i después de haber aguardado mas de tres meses para que saliese, al fin dimos a la vela el 3 de abril, en convoi de las fragatas de Su Majestad *La Carmen* i *Florentina*, para Buenos Aires i Lima, i la *Sabina* para Canarias, como también la *Divina Providencia*, *Madre de Dios* i el bergantín *Barcelonés* para Lima

la *Confianza*, la *Bartonera*, el *Tártaro*, la *Joven María Josefa* i la goleta *Jesús Nazareno* de la Compañía de Filipinas i una balandra para Buenos Aires, la *Caraqueña*, i cuatro buques menores mas para Vera Cruz. El 7 a las tres de la mañana, estando durmiendo, me vinieron a despertar dándome noticia que se divisaban algunas velas por la popa; apenas me habia medio vestido cuando se nos tiró un cañonazo con bala que nos pasó por encima de la vela mayor haciéndonos mui poco daño, por lo cual habiendo nosotros descubierto ser ingleses, hicimos fuerza de vela, pero aun esto no nos salvó, porque en menos de diez minutos se nos vino encima una fragata de guerra inglesa i dos navíos de a 74, i habiendo considerado el gran peligro a que íbamos espuestos por el contínuo fuego que se nos hacia de la fragata i de los navíos, dispusimos de amainar para enterarnos de si eran ingleses o españoles. En un instante se nos pusieron a barlovento uno, la fragata de a 46, i a sotavento los dos navios de a 74, como a tiro de pistola, que con motivo de estar oscuro no se podia distinguir bandera alguna ni nosotros izar la nuestra. La fragata de guerra inglesa nos llamó en su lengua; yo con motivo de saber su lengua, tomé la bocina para responderles: su conversación se dirijia a darnos a entender que si no nos rendíamos nos echarian a pique i otras semejantes amenazas; al mismo tiempo, de

cuando en cuando, haciéndonos fuego. Ya de nuestra marinería no quedaba un hombre solo sobre el alcázar: todos se habian ido a esconder en la Santa Bárbara: el capitán i yo, con la bocina, eramos los únicos que mostrábamos las caras. Estando ya casi cerca de ser abordados por la fragata i los dos navios, nos rendimos. Cuando el Almirante inglés envió su bote bien armado para tomar posesión del buque i trasbordar todos los prisioneros a su bordo, a mí, como a intérprete, me llevaban arriba i abajo. Al dia siguiente los dichos navios i la fragata inglesa amanecieron como a tiro de fusil haciendo fuego a las fragatas de guerra españolas la *Carmen* i *Florentina*, a las que tomaron después de una acción algo viva, matándoles un oficial, otro herido de muerte, el primer piloto muerto, i como 20 mas entre muertos i heridos. Después se siguió la toma de todo el convoi, esceptuando el *Tártaro* i la *María Josefa*, barcos mercantes para Buenos Aires i dos bergantines para Vera Cruz, quienes pudieron huir; i la fragata de guerra *La Sabina*, que conducia tropas para Canarias, tuvo la buena fortuna de meterse en Cádiz, aunque le vino dando caza un navio de a 74. Este fué el fin del desdichado convoi, una pérdida tan sensible al comercio de Cádiz. Después de haber cruzado algunos dias, nos llevaron a Jibraltar: a mí me robaron todo lo qu tenia (aunque poco), dejándome solamente c

lo que tenia encima. Los trabajos pasados en esta ocasión no son imajinables: hasta tres dias me he llegado a estar sin comer, durmiendo en el suelo por espacio de ocho dias, todo por no haber embarcado ni siquiera un real, como que no he recibido dinero alguno desde mi salida de Londres.

»Desde Jibraltar me vine a pié a Aljeciras, medio desmayado de hambre, calor i cansancio, donde tuve la buena fortuna de encontrar al capitán don Tomás O'Higgins, quien también fué hecho prisionero en la fragata *Florentina*, donde iba de pasajero: me dió *un peso* por hallarse también corto de dinero; i como pude tomé mi pasaje a bordo de un barco que iba para Cádiz, ofreciéndole pagar a mi llegada. El dia después de nuestra salida fuimos otra vez perseguidos por ingleses. Un buque de guerra nos venía dando caza a toda vela, pero le sobresalimos en andar i tuvimos la buena fortuna de meternos debajo de la protección del castillo de Santi Petri, donde, llegada la noche, levantamos el ancla i con la oscuridad de ella nos metimos en la bahía de Cádiz, donde he venido a parar otra vez a casa del señor don Nicolás de la Cruz, a quien siento en el alma molestar en lo menor. Al presente no sé que hacerme. Me han abandonado todas las esperanzas de ver a mi padre, madre i mi patria, frustradas en los mayores peligros. Mis angustias eran si

moriria sin ver lo que tanto estimo, mas aun no pierdo la esperanza. Dios me lo consiga, i dé a Vuestra Escelencia bastante salud i le cumpla todos sus deseos. Dios guarde la preciosa vida de Vuestra Escelencia. Adios, amantísimo padre, hasta que el cielo me conceda el gusto de darle un abrazo: hasta entonces no estaré contento ni seré feliz. Reciba Vuestra Escelencia el corazón de un hijo que tanto lo estima i verlo desea.

»*Bernardo Riquelme.*»

VIII.

Después de aquel lance, que no por lo que tuvo de grotesco dejaba de ser el mas serio contraste para el malbadado don Bernardo, su situación no pudo menos que empeorarse hasta convertirse en una verdadera calamidad. El resto de los duros dias que aun su mala estrella le reservaba en Europa, no sería, en efecto, como vamos contando. sino un tejido de crueles adversidades.

Don Bernardo no tenia ciertamente en Cádiz amigos de confianza. El *duro* que le habia dado su primo don Tomás en Aljeciras era todo su caudal. Don Nicolás Cruz le habia recibido bajo su techo solo como por una especie de caridad que contristaba su alma. Se modesto equipaje, galas de la juventud i de la moda, que soñaba lucir a las beldades de sus lares, estaba ahora en pod

de sucios marineros. En una palabra, su situación de estranjero i de náufrago equivalia casi a la mendicidad.

«También me aflije, decia a este propósito a su padre con una franqueza que, si bien revela sensibilidad, no descubre abatimiento, en carta de 29 de junio de 1800, dos meses después de su regreso a Cádiz, el verme encarcelado en esta triste Europa sin poder encontrar un solo remedio o amigo que me pueda asistir o libertarme de ella. Desde que estoi en España no he sabido lo que es manejar un real; pero también tendré la satisfacción de no haber molestado a nadie en lo que toca un alfiler; mas bien sobrepasando todas las incomodidades imajinables hasta privarme últimamente de salir de mi cuarto por falta de recursos para la decencia de un hombre de vergüenza, pues como tengo escrito a Vuestra Escelencia en mis anteriores de haber caido prisionero i perdido los pocos trapos i frioleras que traje de Inglaterra, así para mí como para mi madre, aun todavía me hallo con aquello poco que me dejaron encima, sin tener otro recurso que el que la jenerosidad de Vuestra Escelencia me pueda proporcionar, i hasta entonces, paciencia.»

I luego pensando en su profunda soledad, esclamaba con melancólica tristeza. «Envidia me da de ver a todos mis paisanos recibir cartas de sus padres. Mas yo! Pobre infeliz! De nadie.....»

Sus esfuerzos por remediar su malestar se frustraban además, uno en pos de otro, apesar de su tesón en promoverlos. Aguardaba algún socorro, probablemente de manos de su madre, para poder comprar de nuevo su pasaje; pero si aquél vino, colíjese de una carta que cayó en manos de los ingleses en el navío *Cortés* que lo conducia; jirar letras sobre Chile era imposible porque el cambio estaba en tan estraordinario pié por los riesgos de la mar, que para conseguir *treinta duros* en Cádiz era preciso librar *ciento* i *setenta* a Chile. En tal conflicto no le quedaba al pobre náufrago otro arbitrio ni otro tesoro que su querido piano-forte, el que felizmente habia dejado en Cádiz para que marchase a Chile por la via del Cabo, i con todo el dolor de su alma resolvióse a venderlo.

Con este fin solicitó el permiso necesario de don Nicolás, por medio de una respetuosa carta, el 14 de agosto; decíale en ella que con el importe de aquél i con treinta pesos que podria pedir prestados, tendria lo suficiente para llegar a Buenos Aires, en el convoi portugués que por aquellos dias debia partir de Lisboa a Rio-Janeiro. Pero Cruz cometió una mezquindad tan ajena de un noble carácter, que O'Higgins se vió privado aun de aquellos tristes recursos, que eran su única, aunque dolorosa esperanza. Su apoderado añadió el valor de su piano-forte a las cuentas con el virrei, i dejó a aquél mas destituido todavía, dable fuera.

IX.

Pero una calamidad mayor vino todavía a visitarle, i ésta fué tan séria, que acaso debió ser la última en sus dias. La *fiebre amarilla* se pronunció en Cádiz a las entradas de otoño con tal violencia, que en pocos dias hizo en aquel puerto mas de diez mil víctimas, siendo una de éstas un primo hermano de O'Higgins, de nombre don Tomás (no el coronel) que el virrei acababa de mandar de Lima para que se incorporase en el ejército español. Don Bernardo no abandonó a su infeliz pariente en los tres dias que duró su aciago trance. Pero su apoderado don Nicolás habia abandonado su casa i huido apresuradamente arrastrando a su familia a San Lúcar de Barrameda i ahí ofreció un asilo a su desamparado huésped.

Morian en San Lúcar casi por familias como en todas las ciudades i aldeas de Andalucia en que el azote se cebaba mas i mas; pero don Bernardo no podia separarse de su caritativo favorecedor i fuése con él. Tuvo éste luego el cruel ataque, pero de una manera tan benigna, que en dos horas estuvo salvo. Mas en breve siguióle el joven don Bernardo, cuya robustez era un aliciente antes que una resistencia al mal, i éste le asaltó con tal violencia, que desesperando del todo por su vida,

llegaron a comprar su ataud i disponer su pronto entierro. Mas, según nos refiere él mismo, salvóse por la aplicación de un remedio fácil que él mismo acordara. «A mí me atacó con toda su furia la calentura amarilla, (son sus palabras en una carta a su padre) i al tercer dia de mi enfermedad, el vómito negro. Inmediatamente se me administraron los sacramentos i el Santo Oleo. Los médicos me deshauciaron, hasta que, de mi propio acorde, pedí me administrasen la quina; i cuando esperaban por horas que acabase de espirar, después de tomada la quina, comencé a recuperar mis alientos, se me contuvo el vómito negro, i, gracias al Todo Poderoso, comencé a sentir el alivio que deseaba.»

X.

Recobrado prontamente de su dolencia, mediante los cuidados que le prodigara la familia de Cruz i un antiguo amigo de su padre, don Felipe Hoche, residente en Cádiz hacia ya mas de 60 años i que en consecuencia es probable hubiera conocido a aquél en España antes de su partida a América, don Bernardo regresó a Cádiz a la casa del señor Cruz, pero fué solo para verse sometido a nuevas aflicciones que por su prisa en llegar i su agolpamiento parecian tener algo de fatal. Supo ahí luego por una carta de su madre, de fecha

de mayo de ese año (1800) que habia fallecido su abuelo don Simón Riquelme, lo que no podia ménos de ser un trance doloroso, pues que era una aflicción de su hogar i acaso una desgracia irreparable en la familia porque doña Isabel vivia a su lado con sus hermanas Rosa, Fermina i Lucia, i ahora éstas iban a quedar a sus espensas, siendo ella apenas medianamente acomodada.

Pero otra noticia no ménos funesta no tardó en llegar al acongojado espíritu de nuestro compatriota. El virrei, su padre, habia sido destituido i el marqués de Avilés, su émulo mezquino e insidioso, pasaria a sucederle después de haber ayudado sordamente a derribarle. Cuanto esta nueva alarmante llegó a oídos de O'Higgins por conducto de un padre de la Recolección de Chillán que se encontraba entonces en Cádiz, llamado Alejandro García, habria querido volar a Lima para dar o su padre oportuno aviso, i así se lo escribia, añadiendo que si hubiera podido disponer de cuatrocientos pesos se habria embarcado por el Janeiro i Buenos Aires, ganando así un mes a las comunicaciones oficiales que iban por la vuelta del Cabo; pero ni aun este sacrificio le fué dado poner por obra.

Su situación personal, en cuanto a sus recursos, corria parejas con aquellos golpes morales, i ya su existencia iba haciéndose un martirio prolongado en que la desnudez i el hambre del cuerpo le aco-

saban tanto como las torturas del espíritu. Inspira una tierna compasión la suerte de aquel infeliz joven, i casi es un alivio para el narrador de su vida poder contar sus penas con su propio lenguaje, lleno de íntima franqueza, pero no menos digno de la posteridad por la enseñanza que ella ofrece a los que no conocen por esperiencia propia las alturas i abismos de la vida.

«Sigo en casa del señor don Nicolás, escribia, en efecto, al virrei, en diciembre de 1800, con toda la conformidad necesaria para sobrellevar la vida de un hombre abatido i abandonado a la miseria humana, sin un solo amigo a quien uno se pueda arrimar para su ayuda i consuelo, que sola la idea de que he de continuar en dicha casa, me mata. En el espacio de dos años que estoi en su casa no he tenido una sola palabra con dicho señor, encerrando en mi pecho todos los agravios, ni he pedido ni recibido de él un solo real ni aun cuando me embarqué para Buenos Aires. En lo tocante a ropa para mi embarque, me compró seis camisas, que costaron siete duros, i un par de calzones. Después de mi venida de Jibraltar, que no traje mas que lo que tenia encima, por haber caido lo demás en manos de los ingleses, no me ha comprado ni dado un solo trapo; de manera que me veo obligado a encerrarme en mi cuarto por no tener los requisitos para aparecer delante de jentes, i con su sentimiento he vendido mi f(

te-piano que casualmente habia dejado en España a mi embarque, i con parte de dicho dinero he suplido las faltas de la temporada epidémica. Del resto, que llegaba a cien pesos, los puse en manos de don Nicolás, quien los quiere abonar a cuenta de los gastos antiguos, i de este modo privarme de estos pocos reales, sin ser siquiera para comprarme un capotón en estos tiempos de invierno. Todos los ramos de mi educación han quedado abandonados por falta de necesarios para fomentarlos, por no aparecer ridículo.»

XI.

Pero aun quedaba en aquel cáliz de la juventud, que para algunos es de perfumes i ambrosía i para otros de amargo acíbar, el trago mas amargo que apurar.

Un dia, a principios de 1801, don Nicolás hizo llamar a su abatido huésped, entró con él a su gabinete, i tomando una carta que acababa de recibir de América, hízole saber que ya el virrei del Perú no lo reconocia por hijo i que le echaba de su casa, ordenando a don Nicolás que por su parte lo despidiera también de la suya.....

¿Cuál sería la emoción de aquel desgraciado que lo perdia todo a la vez: padre, nombre, hogar i aun el techo que por caridad le cobijara?

Permítasenos describirla con sus propias pa-

labras, escritas en una carta que publicamos íntegra i que él dirijió a su padre al parecer el mismo dia de tan triste lance, que era el 8 de enero de 1801. No puede evitarse una tierna i dolorosa simpatía al leer esas líneas en que la dignidad del hombre disputa al amor filial cada palabra, i en la que se descubre con mas evidencia el alma de nuestro joven caudillo que en todas las demás circunstancias de su ajitada vida. Hé aquí, pues, esa carta, acreedora acaso a una lágrima del corazón de aquellos que creen que en el destino terrenal del hombre hai algo que vale mas que la pompa de sus grandezas históricas, cual es la dignidad que no se quiebra delante de los grandes infortunios, i la virtud que no se abate en presencia de la calumnia omnipotente.

«Amado padre mio i mi solo protector:

«Incluyo a Vuestra Escelencia esas dos cartas que he recibido de Ayamonte del capitán don Tomás O'Higgins. Acabo de saber por el Señor dos Nicolás que Vuestra Escelencia seguia en buena salud, de lo que he dado gracias a Dios. Al mismo tiempo me leyó una carta de Vuestra Escelencia (cuya data ignoro) que decía: «*que en atención a que yo era incapaz de seguir carrera alguna e ingrato a los favores que se me hacian, que desde luego me despidiese i echase de su casa...*»

señor, no sé qué delito haya cometido para semejante castigo, ni sé en qué haya sido ingrato (uno de los delitos que mas aborrezco), pues en toda mi vida he procurado con todo ahinco el dar gusto a Vuestra Escelencia, i al ver ahora frustrada esta mi sola pretensión, irritado mi padre i protector, confuso he quedado. ¡Una puñalada no me fuera tan dolorosa! No sé cómo no me caí muerto de vergüenza al oir semejantes razones! Jamás he temido ni a la muerte ni a la pobreza; pero en este instante he quedado acobardado, considerándome el último de los hombres i el mas desgraciado. No sé quién haya sido el que tuvo tan mal corazón para tirar a arruinarme en la opinión de Vuestra Escelencia, mi padre i protector. Lo cito para ante la presencia de Dios, ya que en este mundo no le conozco para pedirle la satisfacción requerida.

»El Señor don Nicolás me dice que no sabe de qué haya resultado tanto enojo en Vuestra Escelencia, pues él siempre ha escrito en mi favor, hablando con justicia de mi proceder i de haberme portado con honor i conducta en su casa. Si en tiempos pasados, mal informado por los correspondientes *(corresponsales)* de Londres, dos judíos relojeros, quienes corrian conmigo, habia escrito que me habia escedido en dichos mis gastos, pero que después de enterado quiénes eran dichos correspondientes, ha variado, pues todavía no han

dado cuenta de cómo se ha gastado el dinero que han recibido, i de los últimos tres mil pesos, no han dado ni aun recibo ni se han dado por entendidos, pues ya va para dos años que estoi aquí i no quieren responder a las cartas que se les escriben. Yo de mi parte no he recibido mas que una guinea mensualmente para pagar mis gastos menudos, para lo cual tuve orden del señor don Nicolás, i ha habido tiempos que no me han dado ni aun para comer. Valiéndome del Señor don Diego Duff i de don Bernabé Murphy para este efecto, el primero me ha ofrecido colocarme en su escritorio. Yo, con motivo de las órdenes de don Nicolás que me llamaba a España para colocarme en el ejército, no lo hice.

»En atención a todo esto, habia dicho don Nicolás, últimamente informado a Vuestra Escelencia en mi favor, por lo que confio quedará Vuestra Escelencia desengañado de mi modo de proceder, como también lo probarán cerca de dos años que estoi aquí, en cuyo tiempo no he molestado ni pedido al Señor don Nicolás dinero alguno, ni se ha gastado en mí no mas que lo que es lavado i zapatos, pues desde que dicho señor me dijo que tenia órdenes de Vuestra Escelencia para no avanzar dinero alguno, que fué a mi llegada aquí, he procurado pasar sin él: Yo soi mi mismo *barbero, peluquero, me coso i remiendo, i en fin, en todo el año no he gastado un ochavo, no sien*

do por falta de que no haya quien me lo dé, pues me lo han ofrecido varias casas irlandesas de aquí, pero no he querido que se diga que ha habido una sola fea acción en mí; pues sé que el menor descuido mio llegaria inmediatamente a los oidos de Vuestra Escelencia i por esta misma razón he sufrido i sufro en esta casa mas que un santo mártir, humillado i abatido al mas ínfimo criado de la casa, sin mas ropa que un simple vestido que cuatro años há que le tengo, sin tener siquiera un capotón para estos tiempos de invierno, después de haber pasado la enfermedad tan severa de la epidemia, de la que estuve a la muerte.

»Ya verá Vuestra Escelencia que he tenido motivo bastante para procurar salir de este país, aun cuando no fuera mas que para mirar por el mismo honor de Vuestra Escelencia, pues aquí nadie ignora muchos de sus secretos, i no por mi boca, que a persona viviente aun no he abierto mi pecho, sino a mi mismo padre; pero suele suceder que los mayores amigos abusan de la amistad. Bastante me parece lo que he dicho sobre el asunto: solo esperaré a que llegue el tiempo en que Vuestra Escelencia quede desengañado, así de mi modo de proceder humilde, desinteresado i mui agradecido a los favores que se me hacen, como de la conducta de quien haya dado los informes contrarios.

»Demasiado claro, señor, me he atrevido a es-

cribir a Vuestra Escelencia; pero como lo conjeturo de una alma noble, mui capaz de perdonar i protejer al abatido, confio que Vuestra Escelencia olvidará todas las faltas que haya habido i haya en su pobre Bernardo, quien, aunque, no tenga nada que ofrecer ni en qué poder mostrar mi amor, constantemente pido a Dios premie a mi señor padre i benefactor por el corazón liberal que ha tenido en alimentarme i educarme hasta la edad de poder ganar mi vida; es acción de un gran corazón que merece todo el aplauso de los hombres en esta vida i premio en la otra.

»Señor: no quiero ser mas molestoso, quedo rogando a Dios guarde su preciosa vida muchos años.—De Vuestra Escelencia su mas humilde i agradecido hijo.

»BERNARDO RIQUELME.»

XII.

Mas, ¿cuál pudo ser aquel motivo tan poderoso i tan averiguado que obligara al virrei del Perú, justiciero i probo antes que todo en su carrera pública, i en su proceder de hombre, a echar lejos, no solo de su corazón i de su amparo, al hijo único de su vejez, sino a pedir una maldición ajena para él? Su confidente don Nicolás no lo sabia o lo callaba. No habia a quién hacer una pregun-

ta de consuelo, de quién solicitar un consejo de amistad. La situación de O'Higgins no podia ser mas desolada. Perdia su bienhechor, su patrimonio, el sustento de su hogar, las ilusiones de su porvenir, los medios mismo de salir de su angustiosa posición, i todo esto no sabia por qué habia caido sobre él con la velocidad de un rayo. Atribuyólo al principio, como se ve en su carta, a cuestión de dinero. Pero su padre tenia demasiada elevación de alma para reñir con su hijo de una manera tan cruel i terminante, por el valor de unas cuantas guineas, dado el caso que éste las hubiera disipado, lo que en verdad no era evidente. Supuso después en su confusión que la austeridad catoniana del virrei se hubiera irritado porque emprendiera su viaje a Chile sin su consentimiento espreso. Mas tampoco era dable que por esa razón fuese tan grande su encono, mucho mas cuando le habia prestado su plena autorización su apoderado en Europa, de quien en lo absoluto dependia.

En ambos temores padecia, pues, el azorado don Bernardo un manifiesto engaño. La verdadera causa de la irritación del virrei, estaba en un hecho profundamente interesante para la historia colonial, que él no sospechó siquiera, i solo supo diez años mas tarde por la confidencia de un amigo. El hecho fatal habia sido el de que sus relaciones con Miranda, durante su residencia en

Londres, habian sido denunciadas al gabinete de Madrid, por los espías españoles que acechaban a aquel caudillo.

El Ministerio de Indias, en su recelosa política, añadió luego tan estraño descubrimiento a las quejas i acusaciones que venian haciéndose a don Ambrosio O'Higgins, desde que se sentara bajo el dosel de los virreyes. Mas como este mismo mantenia, por su parte, en la corte altas intelijencias que le apadrinaban contra sus émulos, sin duda por un aviso de ellas, supo precisamente al tiempo que comenzaban sus atribulaciones, aquella funesta coincidencia; e irritado por la temeridad que en ella habia, dió aquel paso violento, que luego, sin embargo, olvidara, muriendo en paz con su hijo i legándole la mejor parte de su pingüe fortuna.

Don Bernardo, según dijimos, ignoró, toda aquella intriga tenebrosa, i solo en 1811, por una carta que le escribió el coronel Mackenna, desde Valparaíso, con fecha 20 de febrero, documento del que hablaremos mas adelante, pudo comprender lo que habia acontecido. Mackenna le reveló, en efecto, que sus relaciones con Miranda habia sido desnunciadas a la corte de España, hecho que él debió saber con certidumbre por la inmediación i casi intimidad en que estuvo con el virrei, apesar de la distancia, i por la singular afección que aquel le dispensó.

XIII.

Pero, a decir verdad, no fué solo aquel hecho aislado lo que trajo al suelo el crédito i el poder del virrei octojenario. Acaso solo sirvió para precipitar una caida desde largo tiempo preparada. Desde su recepción del mando, en la quisquillosa i arrogante metrópoli del Perú, el ex-presidente de Chile habia comenzado a pisar un terreno resbaladizo i mal seguro. Era estranjero, i tamaño crimen, si era grave para los colonos desacostumbrados, no tenia nombre para los arrogantes españoles domiciliados en América, i que por su opulencia i su influjo, eran dueños de imprimir sus pretensiones a la política colonial. Diéronle, desde luego, el apodo de «virrei inglés», para manifestar su desapego; i tan pronto como comenzara aquél a poner en práctica algunas de sus grandes miras, principiaron a formarle en secreto un proceso de iniquidad para perderle.

Porque fomentaba la colonia de Osorno, i habia enviado a ella algunos marineros irlandeses, náufragos o hechos prisioneros en la naciente guerra con los ingleses, decian que queria abrir una puerta a aquella nación enemiga para burlar las defensas inespugnables de Valdivia; porque habia dado ocupación a algunos de sus parientes, como al intelijente don Demetrio, a quien ocupó

en la intendencia de Guamanga, le atribuian planes de una elevación bastarda i personal; i por último, le acusaban hasta de un insolente orgullo por su carácter severo i porque conservaba a su lado en calidad de asesor al doctor don Ramón Rosas, chileno de nacimiento, quien habia tenido la mala estrella de no caer en gracia a la nobleza limeña. Así fué que el incidente de su hijo i Miranda, cayó cual chispa sobre los combustibles ya preparados del incendio, i como el virrei de Buenos Aires, don Gabriel de Avilés, hombre mas santurrón que santo, aunque solo dejara fama de lo último i de su ineptitud, soplara el fuego por su propio logro; sucedió que la desgracia de su rival en Lima fuera súbita i completa como una catástrofe.

Cayó, en efecto, el virrei O'Higgins, en virtud de una ominosa destitución; se abrió en seguida su *residencia*, en la que acreedores ávidos se cebaron apropiándose treinta mil pesos que le hicieron otorgar por fianzas de resultas, i por último se le llamó a España a dar cuenta de su conducta i de los cargos de sus enemigos. A tanto golpe, i después de una ingratitud tan negra, abatióse el espíritu del venerable anciano, i espiró en Lima el dia 18 de marzo de 1801, a las doce i media del dia. Acaso fué su último pensamiento consagrado al hijo a quien dejara tan lejos de sí, lleno de agravios, i acaso en su justísima indignaci



Lit. P. Cadot. RAFAEL JOVER, EDITOR

JENERAL DON RAMON FREIRE

con la España, pensó que dejaba en él un vástago digno de su nombre i que habria de vengarle. Si tal fué su último voto, a fe que se cumplió, i de aquella manera que es solo propio de las almas grandes el concebir i ejecutar.

XIV.

Entretanto don Bernardo no recibió la herencia de los altos hechos de su padre, sino después que él mismo se habia puesto a su nivel, campeando por sí en la mejora de los destinos de su patria, a guisa de buen soldado i leal americano. Entonces supo por su amigo el brigadier Mackenna i por su primo el coronel don Tomás O'Higgins, cuál habia sido la vida i cual el carácter de su padre, i se propuso imitarlo en cuanto de él dependiera. «Siempre tuve delante de mis ojos, decia mas tarde, al razonar sobre sus propios hechos, el luminoso e instructivo ejemplo de un padre que por su solo mérito se levantó desde los sótanos de la inquisición de Lima, en que estuvo preso, al encumbrado puesto de virrei de aquella capital, en cuyo palacio murió cubierto de años, de honor i de nombradía.»

XV.

Mientras aquellas complicaciones, en que el

joven O'Higgins era solo un ajente desapercibido, tenian su desenlace en Lima, vejetaba él todavia en Cádiz en la misma mortificante ansiedad. Sin duda don Nicolás Cruz le tuvo compasión, i no le negó su techo en su desgracia, mientras que él, por su parte, escribia a su madre empeñándola tiernamente para que si el virrei pasaba por Chile, en su viaje a la Península, le pidiera que no lo abandonase sin justicia, i a mayor abundamiento repetia sus comunicaciones a su padre, sincerándose de las calumnias que en su concepto habian provocado su enojo, protestándole su sumisión i haciéndole ver cuán destituido se hallaba, viviendo de la caridad en un pueblo estraño, lejano de todos los suyos.

Hubo un dia en que aquel desgraciado joven creyó ver el término de sus angustias i de aquellas humillaciones insoportables a que su mala ventura le sometia; mas fué solo una ilusión fugaz de su entusiasmo. La guerra estalló entre el Portugal i la España; llamó a las armas a toda la juventud; el ejército se puso en marcha a las fronteras lusitanas, i los rejimientos del Mediodia comenzaron a pasar por las calles de Cádiz, tambor batiente i banderas desplegadas. I al verlos desfilar desde su modesta boardilla, el futuro héroe de Rancagua, incógnito ahora i abatido, escribia estas palabras dignas de su fama i de sus hazañas militares: «Me hierve la sangre en las venas de

envidia, decia a su propio padre, al ver tanto joven marchar para la raya, destinado a una carrera pronta, de la que puede dimanar, o bien empleo fructuoso sirviendo a la patria, o una muerte gloriosa. Parece que la desgracia me ha destinado a vivir en un rincón desconocido, lleno de necesidades i de todas las infelicidades imajinables, sin encontrar por donde comenzar ni como hacer carrera, desconocido a todo el mundo, sin empeño i ningún arte en la adulación, una de las primeras ciencias de estos países.»

Uno de aquellos jóvenes cuya suerte hacia palpitar el corazón de nuestro héroe, hasta hacerle apetecible «un puesto de cadete en que morir con gloria», era don José de San Martín, entonces teniente del rejimiento de Murcia, i que un dia sería, a la par con él, capitán jeneral del ejército de Chile, i como él, libertador i padre de la América.

XVI.

En los postreros meses de la residencia de don Bernardo en Europa, ocurre una laguna que no nos ha sido dable llenar, respecto de su regreso a América. La última carta que se contiene en el curioso cuaderno de sus borradores, que tanta luz íntima nos ha dado sobre su juventud, es de julio 9 de 1801, en cuya fecha se encontraba todavía en Cádiz; i como esta nota fuera dirijida a

sus antiguos apoderados de Londres, los relojeros judíos, sobre arreglos de cuentas i reproches de iniquidades judaicas, parece que se preparaba entonces a partir, pues ya en esa época seguramente supo el fallecimiento de su padre i la cuantiosa herencia que le legaba.

Solo en una carta mui posterior dirijida al célebre navegante Fitzroy, en 1836, encontramos el dato cierto de que don Bernardo, autor de aquélla, llegó a Valparaíso en 1802, habiendo estado a punto de naufragar en las costas de la Tierra del Fuego, en el barco que le condujo desde Cádiz. Su partida de Europa debió tener lugar en diciembre de 1801 o enero de 1802, pues en otro apunte dice él mismo que pasó en Cádiz treinta meses.

El joven chileno volvia, pues, a su patria, de la que habia salido niño, después de una ausencia de trece años, de los que cuatro habia pasado en Lima, en el claustro de un colejio, cinco en Inglaterra labrándose en educación liberal, empleando cerca de un año en sus lentos viajes por el Cabo i habiendo residido en Cádiz dos años i medio, rodeado de profundas aflicciones i de calamidades sin cuento, que aceraron su alma, haciéndola fuerte contra las desgracias venideras.

XVII.

En cuanto a sus compañeros i confidentes

Cádiz, Cortés, Fretes i Terrada, aunque no lo sabemos con fijeza, parece que se embarcaron un año después que O'Higgins. El canónigo paraguayo i su sobrino arribaron a Buenos Aires, mas el buque en que venia Cortés, con destino también a aquel punto para pasar a Chile por tierra, echado por vientos contrarios sobre las costas septentrionales del Brasil, no pudo doblar el Cabo San Roque, i aportó a la Guaira. Quedóse ahí el tribuno; i como visitara la vecina capital de Venezuela, se apasionó de su clíma i de su culta sociedad al punto de que permutó su canonjía de Chile por otra de aquella ciudad, donde en breve debia desempeñar un ministerio revolucionario tan conspicuo (1).

En cuanto a Fretes, por una paridad de destino estraordinaria en aquellos eclesiásticos, permutó también su canonjía de Buenos Aires por otra en Santiago de Chile, i aquí le veremos pronto en el puesto que precisamente, a la misma época i bajo las mismas circunstancias, llenaba su colega en Caracas.

---

(1) Para todo esto, que ha resultado exacto, puede verse la obra titulada—*El tribuno de Caracas*, 1882.

CAPITULO VI.

Rápido bosquejo social de Chile a la llegada de don Bernardo O'Higgins. —Este no se desalienta.—Visita a su familia.—Se prepara para recibir su herencia.—Hace viaje a Lima con este objeto.—Entra en posesión de la hacienda de las Canteras.—Conságrase al cultivo de ésta i vive cinco años en el seno de su familia.—Escasos detalles que de esa época de su vida se conservan.—No olvida por esto su misión revolucionaria.—Su correspondencia con Fretes i Terrada.—Recelos del intendente Alava sobre su conducta.—Importancia revolucionaria de las fronteras de Chile.—Cuerpos que guarnecian éstas.—Imposibilidad de ganarse a sus jefes.—Don José Antonio Prieto.—El capitán Bulnes.—Spano.—Club revolucionario en Concepción.—Sus principales asociados.—Necesidad de un caudillo.—Don Juan Rosas.—Su verdadero carácter en la revolución. —Trabajos revolucionarios de la capital.—Como eran secundados en Concepción.—Persecución de Arriagada i de Acuña.—Estalla la revolución.—Fuga de Alava i estratajema de Rosas.—Carta de O'Higgins al coronel Mackenna, en que detalla la iniciativa de su carrera revolucionaria.—Consejos de Mackenna.—Admiración i amor que O'Higgins tuvo siempre por aquel caudillo.

I.

Al descansar su pié sobre la playa de su nativa tierra, que no viera desde niño, don Bernardo O'Higgins, joven ahora de 22 años, instruido, acaudalado, patriota i secretamente revoluciona-

rio, no podia menos de sentir una impresión de profundo desaliento. Un contraste estraordinario, inesperado para su espíritu culto, i que solo la venda de su amor patrio podia disfrazarle un tanto, marcaba delante de su juicio, ya lozano, las condiciones sociales i políticas del país en que se habia educado, i aquellas que eran peculiares a la relegada colonia en que venia a pasar sus dias.

II.

En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba las sienes i la vista, el alma remojada en agua bendita i los labios húmedos de vaporoso *chacolí*, dormia Chile, joven i jigante, manso i gordo, *huaso*, semi-bárbaro i *beato*, su siesta de colono, echado entre viñas i sandiales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre del trabajo, la almohada henchida de novenas i de reliquias para no tener miedo al diablo i a los espíritus en su lóbrega noche de reposo.

No habia por toda la tierra una sola señal de vida, i sí solo de hartura i de pereza. Apenas los volcanes exhalaban sus lánguidos bostezos i la mar que se mece a sus faldas, al soplo de las brisas, respondíales arrullando sus olas con indolente i plácida molicie. No se divisaban velas en el horizonte que vinieran a aquella isla de la América

amasada de prados i de rios, cual inmenso brazo de esmeralda vetado de lapizlázuli, que tiene a su frente un mar líquido i llano, i a su espalda otro mar petrificado en jigantescas olas.

Vivian entonces las jentes como en el paraíso musulmán, solo de baratos deleites. sin codicia de lo ajeno, ni aun del cielo. Los campos estaban empapados de leche, las flores destilaban miel, los árboles llovian sus frutos sazonados al remecer sus troncos suculentos, i las anchas acequias de los riegos tenian por *tacos* el oloroso residuo de los naranjos i limoneros de las huertas, que soltaban sus pomos de oro i sus racimos de azahares al leve beso del ambiente, sin que hubiera manos que bastaran a cojerlos.

Las selvas eran seculares, i los prados nacian cada primavera. Hervian las montañas de bravíos animales, sujetos a provecho, i sus mujidos selváticos alegraban las soledades en que el hombre era obedecido como rei, cuando bajaba a la llanura sus inmensos rebaños, mezclando a sus balidos el rústico cantar de los vaqueros.

Las aves mismas parecian decir trinos mas dulces en aquellos apacibles climas donde la flor de los almendros i de los jazmines daba a sus canoros picos el aroma de sus pétalos, abiertos con la aurora; i aun de aquéllas decíase que a veces iban por los valles i colinas proclamando en sus gorjeos el nombre de una tierra que llamaron *Chile!*

porque sus conquistadores oyeron este nombre a un pajarillo.

I así, *Chile* todo era un campo, un surco, una rústica faena, i el *huaso* era en consecuencia el señor, el tipo, el hijo predilecto de aquella tierra que repugnaba las ciudades, fundadas solo a fuerza de decretos i pomposos privilejios.

¡Tal era el país!

Mas las ciudades tenian un aspecto lóbrego i un ceño de decadencia i de tristeza aun antes de estar construidos sus solares. Sabian a adobe i agua bendita, como los campos a violeta i canelos, i sus orgullosas torres no eran muchas veces sino los falsos fantasmas de la miseria i de la nulidad que ostenta el hombre congregado en muchedumbres. Aquel campanario señalaba el cementerio, esta torre el hospital, la otra mas distante era un tribunal o un presidio. La capital pasaba por el portento del reino, i sin embargo habia sido edificada a manera de un inmenso convento en que cada casa era una espaciosa celda, anexa al claustro. I así, en cierta manera, era preciso, porque de sus hijos mas jenuinos, de los santiaguinos netos, retoños de la savia colonial, el que no era padre maestro era hacendado, i vivia entonces apartado en su estancia o en su quinta. La cogulla i el trigo formaban los grandes artículos de la esplotación social i mercantil; eran esos los destinos envidiados, la misión de cada uno,

es que en el tiempo que duraron las colonias hubo en ellas otra especie de *misión* que la de los curas por cuaresma, con azotes i primicias....

La sociedad, por su parte, se amoldaba a esas formas tristes de la morada i adquiria los hábitos monótonos de la vida conventual. La Pascua i el Carnaval eran sus solos dias de gala i alegría, cuando se esperimentaba un deleite loco, un frenesí delirante por la *chaya* i la chacota. ¿Cuál fiesta entonces como un *esquinazo* con cueros de carnero? ¿Cuál meteoro mas digno de la astronomía criolla i colonial que el lampo i la cauda de los *voladores* en la callada noche? ¿Cuál orquesta como un *repique* jeneral de todas las campanas, al perpétuo entrar i salir de las imájenes que van en procesión?

Llamábanse a aquellas costumbres *patriarcales*, i consistian en mudarse camisa de ocho en ocho dias, en afeitarse cada mes, oir misa todos los dias, asistir a todas las novenas, dormir la siesta i casarse, porque el matrimonio era también una costumbre patriarcal, i ninguna mas digna de ese nombre, si es cierto lo que se dice de los antiguos patriarcados, que eran pueblos formados por la prole de un solo hombre. El matrimonio chileno era pues, esencialmente fecundo; i por esto cada oleo formaba un aniversario de familia, i si el padrino era el presidente o un oidor, abajo venia el mundo i las campanas sudaban noche i dia, llo-

viendo por toda la comarca un chubasco de repiques.

Las mujeres, en consecuencia de aquella organización reproductiva, estaban clasificadas en tres órdenes jerárquicos, i estos eran el de las *casadas*, las *monjas* i las *solteronas*. La primera estaba consagrada al culto del hombre, la segunda al de Dios i la tercera al de los santos. Pero el culto del hombre no era el amor; era solo la prole, i la prole no era la maternidad, sino los partos. No habia madres i sí solo nodrizas i amas secas. La mujer casada daba a luz su fruto, pero el matrimonio disputaba al hijo su regazo, i la santa misión de la infancia era el sacerdocio de las chinas i las zambas mayorales de la servidumbre.

Las monjas, a su turno, tampoco eran sacerdotisas, eran solo cocineras, i ningunas de mejor sabor en la ciudad. ¿Qué lentejas como las de las *Claras*? ¿Qué chocolate como el de las *Agustinas*? El cándido velo de la desposada del altar estaba convertido en la sabrosa toalla de novicia, i cuando el apetitoso guiso salia humeante por el torno i entraba por la otra vuelta el *real i medio* de su precio, atado a la punta del pañuelo, la madre portera decia santiguándose con la moneda: *alabado sea Dios!* i cuando el *real i medio* llegaba a la madre abadesa, esclamaba ésta: *alabado también sea!* I todavía cuando el padre capellán lo embolsillaba, repetía a su vez *alabado* i *amén!*

En cuanto a las *solteronas*, que eran la última categoría del bello sexo colonial, apenas pasaban por seres femeninos. Cuando mas, i como por favor, solian ser *tias, cuñadas* o *comadres*.

I entre todas, la mujer social, el tipo divino del amor, la misión única sublime que salva la humanidad enseñando al niño, átomo de arena o de diamante que irá a ser lodo o luz en el gran todo humano, según el pulimiento que reciba de la materna mano, esa mujer no existia. Esa mujer estaba prohibida casi como un pecado. Nunca entonces un labio tembloroso dijo a la rejilla del confesionario santiaguino la culpa de su amor, porque el pecado de *amar* no tenía absolución. El adulterio sí podia dispensarse corriendo los autos por la curia. La mujer cumplida era la que sabia de *todo*, i el todo de la domesticidad colonial era hacer dulces i miñaques. Mas ¡ai! de aquella que además de esto supiera leer en cartas!.... Verdad es que no habia entonces correos ni *buzones*, que hoi con el progreso los hai que llegan hasta el cielo, pues la vírjen se ha comedido a ser cartera, i aunque el postillón pida caro por el viaje, es preciso no olvidar que la travesía es algo larga..... (1)

Pero al fin, el niño destinado a ser colono salia

(1) Alusion de 1860 al *buzon de la virjen* que en 1863 produjo la terrible catástrofe de la Compañía.

de las faldas de las mulatas regalonas para ir al aula conventual, i al poco tiempo en el conjunto, volvian ya doctores en latin para ayudar a misa i decir *Dominus tecum!* cuando alguna soñolienta beldad estornudaba en la tarima. Toda la literatura patria estaba en los sermones i en los autos de la audiencia, i de aquellos no habia sermón sin San Antonio, escepto los de los jesuitas, enemigos empecinados de aquel santo porque era abogado de lo ajeno i lo perdido. Los franciscanos i domínicos tenian al contrario en sus discursos algo de la celestial urbanidad de sus patriarcas, pues uno predicaba en Valparaíso, i lo oyó un viajero que lo cuenta, que «confusa la virjen al ver llegar al uno cuando el otro estaba ya sentado entre ella i el Eterno, rogóle a éste *se hiciera a un lado* para que ambos santos no se separaran ni el cielo ...»

I así, con este aprendizaje, fuese haciendo la pedantería un contajio tan estenso, que cuando hubo de fundarse la Univeasidad de San Felipe para poner remedio, era ya tarde, i los doctores nuevos se hicieron por escelencia en el foro o en el púlpito, únicas tribunas del saber, los mas insoportables majaderos de su edad,

Tal fué la sociedad de las colonias.

I el pueblo? El pueblo era un individuo que se vestia de jerga i de tocuyo. Llamábanle por esto *roto*, i a la comunidad del pueblo llamáronla en consecuencia *roteria*, i como tal vivia el pueblo

colonial la descansada vida de la inercia, harto de los abundosos bienes de la madre tierra. El tiempo era solo para la muchedumbre un ciclo de vejetación i crecimiento que se abria con el alumbramiento de la madre i concluia en la pala del sepulturero. El hombre moral que vivia bajo el poncho, era la nada; el estómago era todo; i por esto el colono proletario contaba los años i medía la diversidad de las estaciones sin otro barómetro que la mudanza de su fácil alimento. Así, el invierno era solo el *zapallo asado*, i el verano los *sandiales*. No habia otro trabajo que la aguja i la tijera de los gremios. La industria no pasaba mas allá de las *esteras* i *capachos*, i el mayor de los inventos nacionales era el de los *frenos de Peñaflor* o los herrajes plateados de Coquimbo, pues era fuerza que la civilización del hombre de a caballo debia comenzar por su montura. Su relijión eran sus temores de las llamas del infierno, i su virtud la índole de la naturaleza, sin mejora ni estravío, porque el *roto* era por fortuna de una casta jenerosa, incapaz de desenfrenarse por los vicios. Una pasión solamente encontraba en su alma raices hondas i ardientes, como el fuego del averno que temian, i ésta era el fanatismo relijioso i las supersticiones de los hábitos caseros, que le hacia vivir en atroz comunidad con las ánimas, los brujos i los demonios. Tenian en consecuencia en la corte celestial sus defensores i patronos, i sus

hermandades i cofradías en la tierra. El pueblo era entonces tan *pechoño* como es hoi; i si hubiera visto impasible destruirse una nación por un derecho o una conquista, no habria quedado dentro de su vaina un solo cuchillo chileno si fuera en defensa de una espina de la corona del *Señor de Mayo*, que sujeta los temblores, o para recobrar una perla del rosario de la vírjen de Andacollo....

Tal era el pueblo colonial!

I en un orden moral mas elevado, pasando de los detalles a la esencia, de los incidentes de familia a la organización social, de la anécdota a la historia, ¿cuál era la vida i la intelijencia, cuál la dignidad del hombre, cuál la humanidad en sí misma considerada como progreso eterno i como acción constante en el inamovible coloniaje? ¿Cuál era el individuo en su rol de ciudadano, cuál era la juventud en su misión de enseñanza i de propaganda, cuál la mujer como emblema de ternura i consagración, i cuál, en fin, el pueblo como trabajo, como desarrollo, como porvenir? En ninguna parte, ciertamente, se sentia aun el presajio de aquella maternidad sublime de que la América venia sintiéndese inquieta con el jermen de catorce naciones, i de que Chile, como una de sus estremidades, no apercibia sino síntomas lejanos.

Por esto era que aquel joven *Reino de Chile* dormia, como decíamos, a la manera de uno de esos colosos de la fábula, tendido en sus trigale

a la sombra de sus higueras de mitolójico follaje. ¿I quién entonces sería osado de irle a despertar en su taimado sueño, lleno de selvático vigor? No fuera que poseido de la fiebre de su prolongada pesadilla, arremetiera a los intrusos que le llamaban a la vida, i les echase lejos de sí, derribándoles por tierra!.....

I tal habia de suceder, porque los primeros en llegar a la fatídica cuna, los mas solícitos en sacudir el letargo de los siglos, los mas audaces en su empresa de redención sucumbirian a la fatiga de su colosal iniciativa; i así cuando la revolución salió de su centro, desolada i aturdida con el rumor i con la luz, la lápida que la cubria se derribó sobre los obreros que la alzaban, sellando su destino. I entonces Rosas fué a morir insano en el destierro, i Rojas a la vuelta de Juan Fernandez, i los Carreras en los patíbulos, i O'Higgins en el ostracismo, i Henríquez en el olvido, e Infante, el último centinela que aun quedaba sobre los escombros de la brecha, en la soledad i la desconfianza tenido por visionario i por demente!..... I aun los neófitos de su gloria, que nacian casi a la par con esa deidad que comenzó a llamarse *Patria*, irian cayendo en torno de su enseña, i levantándola cada vez mas alta, Cruz en *San Carlos*, Gamero en *Chillán*, Cáceres en el *Membrillar*, Ibieta en *Rancagua*, Cienfuegos en *Arauco*, Larraín en *Cancha-Rayada*, Bueras i Gana en *Maipo*, Subli-

me sacrificio de una jeneración toda de héroes i toda de grandes hombres!

III.

Mas el joven O'Higgins al encontrarse en medio de aquel espectáculo que anunciaba un letargo tan profundo en toda la nación, ora se le examinara en sus detalles, ora se contemplase solo su masa jeneral, tenia una fé profunda que le salvaba del desmayo. Resonaban todavía en su pecho las palabras que Miranda habia escrito al partir del viejo mundo para que las grabara en las montañas del patrio suelo, cual en el Sinaí de la redención americana. La voz de ese Moisés, profeta, guerrero i redentor, como el Moisés antiguo, le habia dicho: «No permitais que jamás se » apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la » desesperación, pues si alguna vez dais entrada a » estos sentimientos, os pondreis en la impotencia » de servir a vuestra patria. Al contrario, forta- » leced vuestro espíritu con la convicción de que » no pasará un solo dia, desde que volvais a vues- » tro país, sin que ocurran sucesos que os llenen » de desconsolantes ideas sobre la dignidad i el » juicio de los hombres, aumentándose el abati- » miento con la dificultad aparente de poner re- » medio a aquellos males.»

El futuro caudillo de la revolución chilena

permitió, pues, que le avasallaran sus primeras impresiones, aplazó la hora de la acción, escondió sus secretos en su pecho, i como el joven soldado que vuelve, contento pero jadeante, de una larga campaña, fuése a sentar bajo el techo del hogar, recibiendo otra vez las caricias de la madre, nunca mas dulces que cuando las desgracias han labrado en el alma ya desengañada la necesidad de una reacción, el anhelo de algo como una segunda niñez.

IV.

Don Bernardo, según se descubre por la escasa luz que tenemos de aquellos años de su vida, pasó todo el resto del año de 1802, en cuyo verano llegó a Chille, en su pueblo natal. Su menor edad legal u otros inconvenientes, acaso retardarian entonces el que se le hiciese entrega de los bienes heredados de su padre. Por via de legado simplemente, le habia hecho éste dueño de una de las mejores haciendas que entonces existian en el sur, cual era la de San José de las Canteras, que aquél habia comprado en parte a los araucanos después de su famoso parlamento de Negrete. Una dotación de tres mil vacas, mui suficiente para poblar gradualmente una estancia que medía no menos de 16,699 cuadras, a cálculo de ojo, completaba aquel pingüe patrimonio.

Mas ya a principios de 1803, cuando don Bernardo tenia solo 22 años i meses, obtuvo, bajo fianza, que el ejecutor testamentario de su padre, que lo era el brigadier don Pedro Nolasco del Rio, antiguo coronel de dragones, apoderado i amigo de confianza del virrei, le permitiese tomar quinientas reses del ganado manso de la hacienda.

El objeto de este adelanto parece que fué el de proporcionarse algunos recursos para emprender un viaje a Lima, a fin de obtener de los albaceas de su padre la posesión de sus bienes, fuera por fianzas o habilitando su edad. Lo que parece fuera de duda, sin embargo, es que don Bernardo verificó el año de 1803 su viaje a Lima i obtuvo una orden para entrar en posesión de aquellos albaceas, que lo eran un respetable padre del consistorio de San Felipe Neri, llamo Doria, que se decia oriundo de la casa ducal de los célebres almirantes jenoveses, i un señor don José Gorbea Badillo, que no parece dió cuentas bastantes satisfactorias de su encargo.

La fianza de don Bernardo por las quinientas reses tomadas en las Canteras, tiene la fecha de 22 de enero de 1803, i la carta-orden, para entrar en posesión de sus bienes, la de 30 de julio del mismo año; de donde colejimos que en ese intervalo hizo su escursión a Lima, regresando a mediados o fines de aquel año a Chillán, donde todavia residia su madre.

V.

Provisto ya de su título de dominio, i sin duda habiéndose habilitado de edad, pues entonces don Bernardo no habia cumplido todavia 24 años, procedió, desde luego, a tomar posesión de su hacienda.

Hízose esta operación, según el estilo practicado todavia entre nosotros, en un rodeo que duró 22 dias i en el que hubo tan recias faenas, que se bajaron a los llanos, a fuerza de lazo, no menos de seiscientas reses alzadas. El trabajo comenzó el 29 de enero de 1804 i solo a fines de febrero se dió por concluida la entrega, en cuya circunstancia «tomé de la mano, dice testualmente el escribano en la dilijencia posesoria, al espresado don Bernardo O'Higgins Ballenar, i le introduje en las diez i seis mil seiscientas i noventa i nueve cuadras de tierras dichas, se paseó por ellas e hizo las demostraciones necesarias, lo que ejecutó en señal de verdadero, real, actual, civil i natural posesión».

De manera, pues, que ya don Bernardo O'Higgins, el estudiante de Lima, el pupilo de Richmond i el malhadado dependiente a mérito de don Nicolás Cruz, habia comenzado de nuevo a ser chileno, hacendado, *huaso*, en fin, que era el chileno por escelencia.

VI.

Contrájose don Bernardo en su nueva ocupación, como es de suponerse, a aquellas tareas comunes de la labranza criolla, que no pasaban de las *trillas* i los *rodeos*, las *matanzas* i las *yerras*. Empeñóse, sin embargo, en introducir algunas mejoras, según el sistema inglés que él habia observado, adoptando algunas herramientas estranjeras i dando asilo a unos cuantos irlandeses que le ayudaban a poner en uso las últimas; i novedad fué ésta que estuvo a punto de traer sobre don Bernardo una persecución, como a hereje, sino como a traidor, cual habia sido el cargo hecho a su padre. Otra de las mejoras a que don Bernardo consagró su atención con preferencia, fué a plantar una viña de cien mil piés, en cuya operación parece que empleó la mayor parte de los años corridos de 1804 a 1806.

Es de creer que en esa época alternaba su residencia entre Chillán, donde acaso residia su familia, i las Canteras, pues del documento jurídico que acabamos de citar, consta que era vecino de Chillán, donde además, ya antes de 1805, habia ejercido las funciones de alcalde, cargo mui honorífico para un joven de tan corta edad. Por esto ya el año de 1806, don Bernardo era titulado «maestre de campo,» como municipal cesante, i aun parec

que en aquel carácter sostuvo una fuerte controversia con el intendente de Concepción don Luis de Álava, defendiendo los derechos comunales de su pueblo natal.

De esta mediana manera, llevando una vida monótona, a que solo el agrado de la familia i la comunicación de la amistad podia dar algún solaz, si no variedad, pasó don Bernardo el primer quinquenio de su vida de «huaso chileno.» Raro evento fué sin duda que en esa época no doblara la cerviz a la coyunda matrimonial, que en Chile ha sido inevitable, pues era regla casi jeneral entre las madres que no habia mejor apéndice a una hacienda de buena calidad que la mas bella o la mas dócil de las hijas que adornaban su pensil, almácigo perpetuo de himeneo. Don Bernardo no cedió, empero al hábito, i aunque por su carácter pudo haber sido un buen tipo de marido, parece que la ternura de su amor filial, sentimiento que predominó en él con una fuerza superior a toda otra pasión íntima, le alejó de aquellos vínculos. Fué entonces también, a no dudarlo, cuando el alma de nuestro héroe, en sus correrías por llanos i montañas, internándose, ya a las comarcas de Arauco, ya a los valles de las tribus pehuenches, que su padre habia subyugado, i contemplando por todas partes una naturaleza virjen i espléndida, comenzó a nutrirse de aquel jeneroso fuego que en breve debia arder en el altar de sublimes

sacrificios: el fuego del patriotismo, virtud la mas preclara en el ánimo de don Bernardo O'Higgins, i que, asociada a su ardiente e instintivo amor a la gloria, formó de él, en las catástrofes o en los triunfos de nuestra revolución, la figura del primer soldado i del primer patriota.

VII.

En aquellas pacíficas tareas encontrábase don Bernardo O'Higgins, cuando comenzó a teñirse el horizonte con los destellos de luz que anunciaban el año de la América i décimo de este siglo. El joven hacendado habia estado con el oído atento a los rumores, con la vista ansiosamente tendida hácia los años i los sucesos venideros, que se adelantaban desentrañando lentamente nuestra revolución, que para él no era solo una esperanza sino una profecía.

Aunque sijiloso i desentendido, habíase conservado vijilante en su retiro, preparando en el apartado surco la simiente de aquella miés de gloria i de heroismo que él habria de cosechar con tanto afán con su sudor i su sangre. Una correspondencia secreta, pero activa con Buenos Aires i Santiago, mantenida por medio de sus antiguos confidentes, ahora ya sus cómplices, Terrada i Fretes, le traia a su soledad las nuevas precursoras del sacudimiento i se alistaba en consecuencia. l a

fué que cuando en 1807 llególe de sorpresa la noticia de la ocupación de Buenos Aires por los ingleses, no pudo menos de presentir que la mano de su maestro, el incansable Miranda, que un año antes (1806) habia desembarcado en Coro con tropas estranjeras, estaba de algún modo en aquella empresa, i persuadióse que era llegado ya el momento de la acción.

VIII.

Púsose desde luego a mirar en torno suyo, i echó de ver que su situación política i personal era escojida i casi escepcional, no solo en Chile, sino aun respecto de la solidaridad revolucionaria de la América, para acometer la empresa de un levantamiento armado. Las fronteras del Bio-Bio eran entonces i habian sido desde la conquista el núcleo militar mas poderoso que la España mantenia en las colonias, i si no lo era tanto por el número, lo era por la disciplina de los cuerpos ahí mantenidos i el valor probado de contínuo del soldado. Apenas pasaban aquellos de mil plazas en actividad, pero toda la campiña era guerrera i cada campesino era un soldado. Ni las guarniciones veteranas de las capitales de los virreinatos se contaban, empero, como mas numerosas. Lima no tenia en aquella época mil hombres aguerridos "isponibilidad; i por otra parte, la topografía

de Chile daba a aquel elemento militar una preponderancia casi decisiva, que no existia en ninguna otra de las colonias. No era preciso emplear dos meses de penosas marchas desde el Cuzco para venir en socorro o contra Lima, como sucedia en el Perú, ni hacer jornadas de 300 leguas, como en el vecino virreinato de Buenos Aires, para llegar desde sus provincias internas a la capital. Estando Penco a barlovento de Valparaíso, en menos de una semana cualquier cuerpo de tropas acantonado en la frontera podia formar su línea en la plaza de armas de la capital, i tener así todo el reino por suyo con solo la movilidad, elemento el mas esencial en las guerras de América, donde la bravura del soldado es por desgracia a toda prueba.

Apoderarse, por tanto, de las armas de la raya del Bio Bio, era ejecutar de un solo golpe la revolución de Chile, i hacerse dueño de su rumbo, en consecuencia, por el prestijio, por los recursos eficaces, i si era preciso, por la fuerza.

Esto fué lo que debió ocurrirse a don Bernardo cuando se lanzó a tramar una conspiración militar en el centro mismo de su residencia, pues su hacienda estaba situada a una legua de los Anjeles, i esta plaza era el cuartel jeneral del ejército que defendia la frontera.

Vamos, pues, a contar ahora cómo el joven campeón puso por obra su atrevida empresa.

IX.

Por el año de 1808 constaba el ejército de la raya fronteriza de poco mas de mil plazas veteranas, de las que cuatrocientos eran dragones, seiscientos infantes del batallón Penco i cien de una brigada de artillería. Mandaba el primer cuerpo el coronel don Pedro José Benavente, hombre importante por su posición, su influjo provincial i aun por su vasta e ilustre parentela, pues su esposa, de la familia de Carvajal, era prima del duque de San Carlos. Pasaba por hombre bien intencionado i amante de su país, pero recatado en su conducta, como jefe de tan alta graduación, i además era en estremo débil por carácter. Aunque amigo personal de O'Higgins, no parecia por esto asequible a una revelación que necesitaría no menos arrojo en cumplirla que firmeza en sostenerla, i en consecuencia O'Higgins se abstuvo de hacerle insinuación directa sobre sus osados planes.

El batallón de Concepción tenia un jefe harto mas difícil de abordar. Era éste el famoso coronel don Tomás de Figueroa, hombre adusto e irritable, español de nacimiento, antiguo confinado en el presidio de Valdivia, si bien por causas, que aunque siniestras, no imponian degradación a su carácter. Lejos, pues, de ofrecer una esperanza de buen éxito, la presencia de aquel jefe valeroso i

decidido era un serio obstáculo a todo plan de alzamiento militar.

La brigada de artillería, aunque insignificante para la ejecución de aquel intento, una vez asegurada la adhesión de los otros cuerpos, estaba a cargo de un viejo capitán español llamado don José Zapatero, hombre inepto, taimado i enfermizo, que por lo tanto se dejaba fuera de la cuenta en las combinaciones.

No siendo, pues, posible ponerse al habla con ninguno de los jefes de la guarnición de las fronteras, hacíase forzoso descender a los subalternos, por lo jeneral americanos, i entre los que prevalecian, como era de esperarse, junto con la sangre criolla, el espíritu que encendia ésta en indignación i despecho contra la raza ursurpadora.

Mas para acercarse a éstos, O'Higgins no tenia ni relaciones, ni pretesto, ni ocasión. Verdad era que un alto prestijio, herencia de su padre, el mas ilustre administrador i caudillo que tuviera en el pasado siglo la provinca de Concepción, revestia su nombre. Mas aquel no pasaba de la cortesía que se debia a su clase i al respeto que inspiraba su hidalgo carácter. Nadie podia suponer siquiera que el pacífico hacendado de las Canteras i el hijo del intendente O'Higgins era entonces un conspirador.

Don Bernardo valióse, en consecuencia, de ma-

nos ausiliares para adelantar sus miras i encaminarlas por segura senda. El primero a quien abrió su pecho fué a un abogado de Concepción llamado don José Antonio Prieto, joven lleno de intelijencia i patriotismo que debia morir demasiado temprano para su nombre i para la historia, pues sucumbió a una enfermedad obstinada cuando la revolución asomaba apenas en sus hechos.

Existia en el batallón de Penco un joven capitán, chileno de nacimiento, i hermano político de Prieto. Llamábase don Manuel Bulnes, i como fuera natural de Concepción i se hallara relacionado con las mas influyentes familias criollas de aquel pueblo, fué fácil ganar su voluntad al secreto i a la coöperación de aquellos planes. A la par con él fueron asociándose sijilosamente algunos oficiales americanos, como los capitanes Escanilla, don Francisco Calderón i el ayudante don José Cruz, pariente de los Prietos i, por consiguiente, uno de los mas decididos en la empresa. Pero el mas importante de estos afiliados era un oficial español, que la lealtad hizo ilustre, muriendo por la causa a que prestara su alianza. Fué este el capitán don Carlos Spano, hombre de principios i soldado de distinción, pues habia hecho su carrera en el Estado Mayor del ejército español durante los años de 1793 a 1795 en la campaña contra Francia. Era casado con chilena, i como muchos de los europeos que sirvieron a la América,

debió al estímulo seductor del corazón criollo i al amor de la familia radicada ya en la tierra, la naturalización i lejitimidad de su patriotismo, contra el país de sus mayores. Spano era, pues, el alma del levantamiento que fermentaba en el batallón de Penco, i al que se adheria casi la totalidad de sus oficiales, oriundos de Chile. Los que oponian una resistencia incontrastable eran los capitanes españoles Roa, Diaz i Tirapegui.

X.

Aquellos planes no tenian, empero, el carácter de una conspiración. Eran mas bien una propaganda para lo futuro, i una adhesión pacífica i anticipada a la revolución que se veía venir. El movimiento de Concepción no era de actualidad sino de reserva. La iniciativa estaba en Santiago, en Penco el sostén i afianzamiento. La capital seria la cabeza del prometido Atlante. Las fronteras sus espaldas.

Reuníanse, pues, los afiliados del club revolucionario, con poca reserva, en casa del abogado Prieto, que por encontrarse habitualmente enfermo i retirado, ofrecia un pretesto lejítimo a sus amigos para darse cita. Los militares concurrian poco a aquellas conferencias; pero en cambio los hombres mas notables de la provincia por su influjo de familia, su ilustración o su fortuna, los

frecuentaban a menudo. Encontrábase ahí el respetable caballero don Luis de la Cruz, alcalde de Concepción i cuñado de Prieto, como lo era Bulnes, don Fernando de Urízar, hacendado de Rere, don José Urrutia, que lo era del Parral, don Antonio Urrutia i Mendiburu, joven rico que acababa de llegar a su provincia con el barniz prestijioso de un reciente viaje al Viejo Mundo, don Juan Estevan Fernandez del Manzano, carácter ardiente i entusiasta, el hacendado don Pedro R. Arriagada, vecino de Chillán i dueño de una hacienda en la isla de la Laja, colindante con la de las Canteras, i por último, el padre frai Rosauro Acuña, prior de la orden de San Juan de Dios. Estos dos últimos eran los mas poderosos ausiliares de O'Higgins, quien asistia con la frecuencia que le era dable a aquellas citas, en que estos le representaban a mayor abundamiento.

Pero a todo esto, aquellos jóvenes patriotas, si bien ilusos e inespertos, no contaban con una dirección bastante acertada i poderosa que supiera reunir en un solo centro su acción i sus espíritus; carecian de un alto consejo, de una guía, de un caudillo. Don Bernardo O'Higgins era tan joven como ellos i se alistaba modestamente como soldado entre las filas. Prieto era enfermizo. Don Luis Cruz no tenia iniciativa, si bien pocos le sobrepujaron en el esfuerzo secundario. Spano era por su graduación demasiado subalterno. Hacía-

se, pues, preciso procurarse aquel ausiliar superior, indispensable al éxito de las combinaciones que se ponian ya por obra, i O'Higgins encargóse de encontrarlo.

Residia entonces en Concepción, como asesor del intendente don Luís Álava, el célebre doctor don Juan Martínez de Rozas, sin disputa el hombre mas notable de la revolución chilena, en cuanto su clara intelijencia i su profunda erudición le hacian el símbolo i el oráculo de la nueva idea, por tan pocos comprendida. Pero en medio de sus recursos de injenio, de sus relaciones de familia, que se estendia por todo el país entre la mas alta aristocracia, i a pesar de un mérito sólido adquirido en el estudio i por servicios públicos, flaqueaba su espíritu de una manera tan estraordinaria, que parece hoi asombroso el error con que la historia lo ha calificado llamándole tribuno i dictador, engañándose la posteridad por el bulto de los hechos, sobre la estrechez de sus intenciones, como pronto leeremos en documentos irrecusables.

Como hombre débil i como majistrado sabio, afable además, i colocado en una posición que alejaba las sospechas, era fácil someterle la consulta de los proyectos que trataban. Verdad es que habia pasado ya por muchos aquellos *cuarenta años* que Miranda habia señalado como límite en la edad a los confidentes de su amigo; p

era verdad también que Rozas era uno de aquellos *que leian libros i con particularidad los que la inquisición habia prohibido*, i así entraba en el rol de los ajentes revolucionarios que necesitaba O'Higgins. Acercósele éste con confianza i obtuvo pronto su resuelta aunque escondida aprobación. Don Juan Martínez de Rozas, el asesor de la intendencia de Concepción, i el hijo de su mas famoso intendente, iban a ser, en consecuencia, desde aquel dia los caudillos de la sedición penquista, que tan poderosamente secundaría a su turno la de la capital.

Solo faltaba ahora aguardar con cautela el instante propicio para acometer la empresa sin riesgo de fracaso, por intempestiva o aislada.

XI.

Los patriotas de Santiago, como la historia cuenta, no estaban por su parte ociosos en aquellos años. La invasión de la Península por los franceses habia sido la señal de alarma para toda la América criolla, i cuando la metrópoli a fuerza de reveses cayó al suelo, resolvióse que se levantarian sus hijos ya huérfanos, rechazando su tutela, i buscando cada uno a su manera su destino i su poder. La noticia de la batalla de Ocaña (29 de marzo de 1809,) que selló la derrota de los peninsulares, i dió nacimiento en la propia Espa-

ña a las juntas revolucionarias, fué la oportunidad elejida para descubrir sin rebozo i lanzar atrevidamente el movimiento americano, paralizado i vacilante hasta entonces, en el sendero de los hechos, pues habia para ello un pretesto autorizado.

Los revolucionarios santiaguinos, i Rojas, Infante, Argomedo i el *mercedario* Larraín entre los primeros, arrimaron el hombro al edificio colonial para echarlo a tierra, i desde luego pusiéronse a ayudarles como obreros secundarios i comedidos aquellos injenios americanos que por do quiera encontramos el año de la revolución, simbolizando la fraternidad sud-americana, hoi perdida por el crímen de sus lejisladores i la apatía de sus pueblos subyugados. El guatemalteco Irisarri, el doctor peruano don Juan Egaña, el mendocino Oro, los doctores arjentinos Vera i Villegas i el mas ilustre de todos el paraguayo Fretes, fueron del número de estos ausiliares de la revolución chilena, de cuyo país eran tan lejítimos ciudadanos, como hoi lo son estranjeros, a virtud de leyes nuevas. A la par con aquellos se alistaba una juventud llena de brios que daba a la obra casi puramente filosófica de aquellos espíritus, el alma del entusiasmo. Los Carreras i los Larraines, que todavía no eran los Güelfos i Jibelinos de la revolucion; los Gameros, los Bueras i los Viales, que serian sus héroes; los Alvarez Jonte i los Do

rrego, que iban a ser sus mas ardientes aliados, estaban ya impacientes por comenzar su jornada. Faltaba a ésta solo un jefe militar, en opuesto sentido a la provincia de Concepción que requirió un caudillo letrado, siendo mas la última un ejército que un pueblo. La familia de Larrain encontrólo sin embargo en el comandante de injenieros don Juan Mackenna, unido recientemente a una joven de aquella casa, i una vez que se venció su caballeresca resistencia para rebelarse contra un gobierno que le habia colmado de desaires i de agravios, resolvióse dar de común acuerdo la señal de arrebato.

Con este fin despachóse a Buenos Aires por Fretes i sus asociados, al joven don José Antonio Alvarez Jonte, que habia venido de las provincias trasandinas en 1807, con el fin de terminar sus estudios universitarios en el aula de San Felipe, de la que era entonces catedrático i doctor. Sus instrucciones estaban reducidas a ponerse de acuerdo con los patriotas de aquella capital, a fin de armonizar la acción de ambos países. El joven emisario partió a aquel destino a principios de 1810.

Pero los hijos del Plata, mas fogosos que sus camaradas de este lado de los Andes, anticiparon el dia, i viéronse ya libres i rebeldes, a la luz de su inmortal Mayo en aquel año. Un emisario presuroso que pasó las cordilleras ya cerradas, el jo-

ven don Gregorio Gómez, hoi oscuro, i que Carrasco hizo alojar en el cuartel de Mackenna, fué el conductor de aquella nueva. Súpola el último jefe, violando la estricta incomunicación de su huésped, i dió aviso a los conjurados, insinuándoles de que era llegada ya la hora. Convocáronse éstos sijilosamente en consecuencia, i fué en una de estas reuniones cuando es fama que el fraile Larraín, provincial de la Merced, sacó de la manga de su hábito un ancho puñal, i haciéndole brillar delante de sus indecisos cofrades i parientes, les pidió, cual Bruto, el juramento de la libertad. El 18 de setiembre de 1810 fué el eco de ese juramento.

XII.

Pero antes de ese dia mas pomposo que grande, i que fué en verdad una ceremonía en lugar de una revolución, habian precedido hechos de una estraña magnitud. Los disturbios del Cabildo i la Audiencia, la prisión de Rojas, Vera i Ovalle, i la destitución misma de Carrasco, a la voz tribunicia de Argomedo, contábanse entre los mas notables.

Estos acontecimientos habian ido, repercutiéndose en la provincia de Concepción, que acechaba con intensa avidez el crecimiento de la chispa recien prendida, i aquellos hubieran tenido su exacta repetición en las fronteras, si el cavilos

Rozas, alucinando al pusilánime brigadier Alava, no lo hubiera estorbado.

A la persecucion de Rojas i sus compañeros en Santiago sucedió, sin embargo, en Concepción, la del hacendado don Pedro R. Arriagada i la del prior Acuña, los íntimos confidentes de O'Higgins. Acusábase al primero de haber circulado copias manuscritas de la constitución inglesa, lo cual, si era un delito, debia achacarse a O'Higgins, que era el solo traductor i el dueño del orijinal. En cuanto al segundo, hacíasele el cargo de haber predicado abiertamente contra la dominación española. A ambos se confinó a las Casas-Matas del Perú; pero Arriagada salvóse, sin duda por el influjo de Rosas, mientras que Acuña, sujeto a la autoridad despótica del obispo Villodres, fué enviado a aquellos sótanos a espiar la vehemencia de su patriotismo. O'Higgins, su inspirador, no tuvo mas noticias desde aquella época de este esforzado chileno, según lo dice en uno de sus apuntes; pero la historia ha adquirido posteriormente sobre él una pájina curiosa que le describe siempre heróico mas allá de los años i de las torturas.

La deposición de Carrasco, que siguió en el rápido desenlace de aquellos sucesos, pero que precedió no menos de dos meses a la instalación de la junta de setiembre, habia producido naturalmente serios conflictos en Concepción, lista ya para secundar los esfuerzos de la capital, si el

brigadier Alava o su aliado el enérjico obispo Villodres hubiesen tenido tiempo para recobrarse de la primera sorpresa. Mas el astuto Rozas aprovechóse de ella i forjó una intriga con la que les acabó de desarmar. Apenas, en efecto, se supo en Concepción la noticia de la deposición de Carrasco, por avisos secretos que precedieron tres o cuatro dias a la noticia oficial, corrió el Asesor desalado a la casa de Alava, i finjiendo una gran consternación le rogó por lo mas sagrado que hiciera alistar inmediatamente un buque en Talcahuano que lo condujese para Lima con su familia en el acto mismo, pues ya venian sobre Concepción a marchas forzadas los terribles revolucionarios de Santiago. Aturdido el débil Alava, accedió al instante a aquella súplica, i como la nueva se confirmara en pocos dias, tomó el portante con la fresca brisa de julio con rumbo hácia el Callao, dejando a su pobre Asesor presa de un violento cólico i a su mujer amenazada de un aborto por los sustos de aquella conspiración de entremés. Un tumulto de magnates hizo la revolución en Santiago: en Concepción habia bastado una simple estratajema.

XIII.

En cuanto a la parte que cupiera a Don Bernardo en aquellos sucesos, vamos a oir ahora, tr

zada por su propia mano, la relación de la manera como entró a figurar en la actualidad de aquellos acontecimientos, i cómo solo el mas puro patriotismo i una abnegación digna de la antigüedad, fueron los únicos estímulos que iniciaron su carrera revolucionaria. El precioso documento de que consta la verdad i el vigor de aquellos sentimientos, es una carta que el joven revolucionario escribia, cuatro meses después de los acontecimientos de setiembre, al coronel don Juan Mackenna, de quien era amigo, sin haberlo conocido, porque contaba con la tradición de su lealtad a su padre que fué su protector, i con la luz de su consejo, porque aquel habia sido el discípulo de tan grande hombre. Don Bernardo, a su vez, se constituia ahora en el modesto aprendiz de aquel soldado, i hé aquí como le contaba su carrera revolucionaria, con una sinceridad de hermano, por no decir con una sumisión filial, i le pedia ayuda i consejo en su nuevo i difícil destino.

Hé aquí su carta, fielmente traducida.

XIV.

Señor Coronel don Juan Mackenna.

Canteras, enero 5 *de* 1811.

»Mi estimado i respetado amigo:

»Mui sensible me ha sido el que nuestras rela-

ciones se hayan mantenido hasta aquí solo por medio de cartas; pero me lisonjeo con que mui pronto llegará el dia en que deba tratar personalmente a una persona que no puedo menos de considerar como un antiguo i sincero amigo.

»Impulsado de este sentimiento, no vacilo en dirijirme a Usted para hablarle de un asunto que considero de gran importancia i en el que su consejo será de gran valor para mí. Mi primera idea fué dirijirme a mi primo don Tomás O'Higgins para obtener sus instrucciones i consejos, pues me han informado que es un buen soldado i un táctico distinguido, pero conociendo, por otra parte, que éste se ha retirado enteramente de la vida pública, i teniendo razones para suponer de que en su opinión nc he sido mui prudente al comprometerme en la revolución, en la que, según sus razonamientos, yo tenia mucho que perder i nada que ganar (en cuyo concepto temo le acompañen muchas otras personas sensatas), he variado mi resolución.

»He pasado, pues, el Rubicón, amigo mio, i ya es tarde para retroceder, aun si lo deseara, aunque jamás he vacilado. Me he alistado bajo las banderas de mi patria después de la mas madura reflexión, i puedo asegurar a Usted que jamás me arrepentiré, cualquiera que sean las consecuencias. No me ciego, sin embargo, por los alucinamientos de mi carácter espansivo, ni por las ju

niles esperanzas de mi edad, hasta no prever que esas circunstancias pueden ser mui serias. No puedo echar un momento en olvido los acontecimientos que han tenido lugar en Quito i la Paz, i no ceso de contemplar que quien ha mandado pasar a cuchillo a los infelices ciudadanos de aquellas capitales, es todavia virrei del Perú. En verdad estoi convencido de que Abascal nos tratará de la misma manera tan luego como encuentre lo ocasïón, i empleará todos sus esfuerzos para destruirnos. Sus ajentes ya trabajan con este propósito en Concepción i Santiago. El mismo espíritu maligno que hizo correr la mejor sangre de Quito i de La Paz, está sedienta de la nuestra, i por mi parte, yo solo deseo que aquella que haya de verterse corra, no en los patíbulos, sino en el campo de batalla.

»Mi situación a este respecto es mucho mas tranquila que lo ha sido en los últimos cuatro años. Quizá no ignora Usted los estraordinarios celos i desconfianzas que suscitó en el receloso i fanático intendente don Luis Álava, el hecho de haber empleado en mi hacienda algunos ingleses náufragos i el haber introducido en mis faenas algunas herramientas estranjeras. Acaso sabe Usted también los planes que abrigó de enviarme preso a Lima cuando los ingleses se apoderaron de Buenos Aires, i el atentado que cometió destruyendo todos los ganados que yo tenia en la isla de la

Quiriquina, bajo el pretesto de que el enemigo podia aprovecharse de esos recursos. Él sospechaba, además que la correspondencia que yo mantengo con mi íntimo amigo Terrada en Buenos Aires, era de un carácter peligroso, i también se irritó conmigo sobremanera cuando combatí sus usurpaciones sobre los derechos del pueblo de Chillán.

»Nunca, pues, durante todo ese tiempo me acostaba sin la incertidumbre de que mi sueño fuera turbado con la aparición de una escolta que me condujera a Talcahuano i de ahí a los calabozos de la Inquisición de Lima; i en realidad creí que correria aquella suerte cuando fueron enviados presos mis amigos don Pedro Arriagada i frai Rosauro Acuña, mis decididos discípulos políticos, lo que era tan notorio, que aun no ceso de sorprenderme por qué no participé de su desgracia.

»No puedo ocultaros, sin embargo, cuán doloroso habria sido para mí el yacer impotente tras las rejas de los calabozos de Lima, sin haber podido hacer un solo esfuerzo por la libertad de mi patria, objeto esencial de mi pensamiento i que ocupaba el primer anhelo de mi alma, desde que en el año de 1798 me lo inspirara el jeneral Miranda. Como tengo la esperanza de abrazaros mui pronto, reservo para entonces el referiros cómo obtuve la amistad de Miranda, i cómo me hice el resuelto recluta de la doctrina de aquel infatig-

ble apóstol de la independencia de la América española.

»Mis temores de la inquisición han cesado, pues, i ahora me rio hasta de sus infernales torturas. Me encuentro hoi a la cabeza de un rejimiento de soldados bravos i adictos que ni me venderán, ni me harán traición, ni me abandonarán, pudiendo morir a su frente, si el destino no me deja mejor alternativa, i a decir verdad no habria una manera mas conforme a mis sentimientos para terminar mi carrera terrenal.

»No creais, sin embargo, por esto, respetado amigo, que tengo la necia vanidad de aspirar al rol de un gran jefe militar. Nada de eso: conozco lo suficiente la historia para lisonjearme con tan ilusorias perspectivas. Estoi convencido que los talentos que constituyen a los grandes jenerales como a los grandes poetas, deben nacer con nosotros, i conozco además cuán raros son esos talentos, i estoi penetrado bastante de que carezco de ellos para abrigar la esperanza quimérica de ser un dia un gran jeneral, razón por la que, a medida que conozco mi deficiencia, debo hacer mayores esfuerzos para remediarla en lo posible. La carrera a que me siento inclinado por naturaleza i carácter, es la de labrador. Debo a la liberalidad de un venerado padre una buena educación i aquellos sanos principios de moral i de honor que forman la convicción del mérito del hombre. Go-

zando además de una salud robusta, que ningún esceso ha menoscabado, ni abatido otro mal que la peste que sufrí en San Lúcar, en cuyo trance se compró hasta el ataud en que debian sepultarme, pues tanto se desesperó de mi vida, yo creo que bajo estas circunstancias podria ser un buen hacendado i un ciudadano útil, i así, si hubiera nacido en Inglaterra o en Irlanda, no dudo que habria vivido i muerto pacíficamente en mi terrazgo. Pero quiso el destino que debiera a Chile mi primer aliento, i por tanto débole, como a mi patria, reparar su degradación en cuanto a mí toque, porque mirar su suerte con vergonzosa apatía, sería violar uno de los principios que mas constantemente he sido enseñado a respetar, desde que tengo en uso mi razón; a saber, que el sentimiento que debe ser mas grato a nuestro corazón, después del amor que debemos al Creador, es el amor de la patria.

«Os repito de nuevo mi súplica para que escuseis el que os hable tanto de mí mismo, tarea para mí la mas desagradable, pero me empeño en persuadiros que no es la presunción de que aspire a ser un gran caudillo lo que me mueve a solicitar vuestras lecciones en asuntos militares. No, amigo mio. Mi ambición al solicitar vuestro ausilio está basada en la escasez de mis disposiciones i luces en el arte de la guerra, i en la necesidad que tengo de los consejos i esperiencias de un

cial de vuestra reputación i de vuestros talentos. I me anima en la esperanza de conseguir vuestra cooperación el recuerdo de la ardiente amistad que profesasteis a mi padre, i estais dispuesto sin duda a continuar en su hijo.

»Ahora procederé a manifestaros los puntos i circunstancias sobre los que solicito vuestra asistencia i consejos.

»La revolución de setiembre de 1810 me encontró de subdelegado de la isla de la Laja, en cuyo empleo me habian colocado sus habitantes, porque jamás ni solicité ni acepté ningún empleo de los españoles. Al momento que supe la deposición de Carrasco, me consulté con don Pedro Benavente, comandante militar de los Ánjeles en aquella época, sobre la necesidad de tomar aquellas medidas que asegurasen nuestra nueva libertad en su cuna, levantando las fuerzas necesarias i comprometiéndome yo por mi parte a ejecutar aquéllas respecto de la isla de la Laja.

»Aprobada mi sujestión por don Pedro, procedí a mis operaciones, i como base de éstas, levanté un censo aproximativo de los habitantes de la isla, que me dió por resultado el número de treinta i cuatro mil pobladores. De aquí deduje que podian levantarse dos buenos rejimientos de caballería, dejando las milicias del pueblo de los Ánjeles para formar un batallón de infantería. Habiendo dispuesto lo necesario para organizar

aquellas fuerzas de caballería, lo comuniqué al gobierno, ofreciendo al mismo tiempo mis servicios, pero sin solicitar ninguna graduación, pues estaba convencido que mi antiguo amigo don Juan Rozas, procederia en justicia i me nombraria coronel del rejimiento número 2 de la Laja, que era compuesto de mis inquilinos i vecinos. Me engañé, sin embargo, porque nuestro amigo el doctor Rozas, a pesar de sus buenas cualidades (que pocos hombres tienen tantas i tan buenas) no pudiendo resistir a la influencia doméstica, nombró de coronel a su cuñado don Antonio Mendiburu, que no tenia una sola cuadra de propiedad en la Laja, haciéndome a mí solo teniente coronel del rejimiento, al mismo tiempo que daba el título de teniente coronel del primer rejimiento a su otro cuñado don Juan de Dios, i aun entiendo que nuestro amigo ha colocado a su tercer hermano político don José Mendiburu de coronel de las milicias de Chillán i a don Rafael de Sota, también su cuñado, en las de la Florida. Convendreis que esta es una buena repartición de los panes i pescados, pues el viejo conde, su socio en la junta, se ha contentado con que se nombre a su hijo comandante de los Dragones de la Frontera.

»No puedo ocultaros mi mortificación al ver a un oficial que sin títulos suficientes a los mios era colocado a mayor altura que yo por un hombre

quien amo i respeto como a mi padre. Mi primer impulso al verme así desairado por un amigo tan querido, fué vender mi ganado, arrendar mi hacienda i dirijirme a Buenos Aires a combatir como *voluntario* al lado de mi amigo Terrada, donde, además, no teniendo ni propiedades ni pretensiones de importancia, sería tratado sin desdén i sin injusticia.

»Pero estos sentimientos de irritación, celebro el confesarlo, no duraron largo tiempo. Púseme a reflexionar sobre la verdadera causa de mi enojo i concluí por atribuirlo solo a mi vanidad lastimada, pues concebia que mi disgusto provenia de la idea de que no siendo nombrado coronel de mis milicias, seria mirado en menos por mis propios inquilinos i los habitantes de la vecindad. El empleo de teniente coronel comenzó a parecerme entonces una situación notable i en la que podria servir a mi patria en los dias de conflicto, demostrando entonces a Rozas su injusticia, si la habia, con *hechos* i no con *palabras*. Así es que después de una meditación tranquila del asunto, he quedado convencido de que mi situación no solo es conveniente sino que puede serme ventajosa. Ella no solo no disminuye mi responsabilidad en el dia de un combate, sino que me estimula para levantarme mas alto en mi carrera.

»Os ruego de nuevo me escuseis por llamar vuestra atención hácia asuntos tan insignificantes,

pero lo hago así porque estoi resuelto a realizar los planes para que solicito vuestro ausilio en cuanto alcancen mis fuerzas.

»Os he hecho ver ahora mi situación i mis aspiraciones, i confio que, en memoria de la amistad de mi padre, tendreis la bondad de trasmitirme aquellas lecciones que puedan contribuir a hacerme útil a mi patria en mi nueva carrera.

»Esperando que no está distante el dia en que yo deba tener el placer de someteros personalmente estos asuntos tan profundamente interesantes para mí, tengo el honor de suscribirme, etc.

»*Bernardo O'Higgins.*» (1)

XV.

La respuesta de Mackenna a las insinuaciones de su modesto amigo no tardó en llegar a las Canteras, ofreciendo a éste un vasto campo de estudio, de meditación, i mas que todo, de estímulo i alabanza en su nueva carrera. El antiguo superinten-

---

(1) Se estrañará talvez el estilo de esta carta, el tratamiento de vos i hasta su ortografía, mucho mas arreglada que la usada por don Bernardo O'Higgins entonces i mas tarde. Pero esto procede de que esta carta, así como otras que figuran mas adelante, fueron escritas en inglés, i al traducirlas nosotros naturalmente hemos podido pulirlas un tanto sin alterar en lo menor su redacción i menos su sentido.

dente de Osorno, que habia pasado en aquellas soledades los mejores años de su juventud, olvidado en su carrera hasta sufrir once años la mas inícua postergación, traia ahora a la memoria de su amigo, no este ejemplo para él egoista, de lo que podia la constancia de ánimo en los mas duros trances de la existencia, sino que le presentaba como en un espejo la vida de su ilustre padre, que él habia conocido tan de cerca, i le exhortaba en su nombre a perseverar en su difícil, pero patriótica misión.

En esta carta, que consta de nueve pliegos en folio en la versión inglesa en que la consultamos, ocúpase Mackenna por estenso de todas las cuestiones sobre que podia dar consejos a su joven corresponsal, o de comunicarle algunas de las efusiones de su alma espansiva i jenerosa. Aplaudia su modestia, pero le exhortaba a no desmayar un punto delante de los obstáculos. Anhelaba la paz, pero estaba persuadido de que la nueva república tendria mas necesidad de las espadas que de los consejos de sus servidores. «La lucha de la independencia tendrá irremisiblemente lugar, le decia, no solo en este país sino en toda la América, i aun temo que sea larga i sangrienta.» Conocia por esperiencia la tenacidad de los españoles i el ardor temerario de los criollos. Estaba persuadido que aquellas razas eran inconciliables mientras, a pesar suyo, estuviesen ama-

rradas por la lei i el despotismo a una sola nacionalidad, a una sola familia; i sobre esta odiosidad mútua, añadia que en los venideros conflictos solo habia un duro remedio para atajar la violencia de los españoles i la ferocidad de sus caudillos, i ese remedio era la *lex taleonis*, que repugnaba a su espíritu, pero que era una forzosa exijencia de la crisis.

Descendiendo luego a los detalles del aprendizaje militar , con cuyo fin enviaba a O'Higgins varias obras para su estudio, decíale que si era verdad que sus propias campañas en la Península le habian dado alguna gloria, recompensada con un destierro porque no se abatió a la adulación, recordaba con mas alegria «las cosechas que en paz i ventura habia arrancado a las selvas incultas de Osorno para el sustento de sus pacíficos colonos.» Pero le aseguraba ahora que si habia de caberle la honra de ser su maestro en el arte de la guerra, no le faltaria ocasión en los venideros campos de la lucha para ofrecerle lecciones prácticas, aprovechando a la vez su fruto i su gloria, si habian de ser afortunados. I por último, concluia haciéndole varias indicaciones de mínimos detalles sobre la manera como debia de ejercitarse en la táctica, siendo en su concepto el mejor medio el de comenzar por el manejo manual de las armas, ejercitándose diariamente con un sarjento instructor hasta ser capaz de mandar una mi-

i luego una compañía, un escuadrón, un rejimiento, i por fin, divisiones i cuerpos de ejército, según las diferentes escalas de la estratejia moderna, completamente variada en su concepto, por Pichegru i Bonaparte.

Este notable documento colocó a Mackenna a los ojos de su intelijente amigo a la altura misma de aquel jenio que le habia dictado los primeros pensamientos de la revolución. «A Miranda (decia O'Higgins cerca de 20 años mas tarde en una carta dirijida al almirante Hardy, fechada en Montalván el 1.° de setiembre 1828) debí la primera inspiración que me lanzó en la carrera de la revolución para salvar a mi patria; pero a Mackenna soi deudor de aquellos conocimientos sin los que esa inspiración habria sido un vano deseo. A los consejos que él me diera, no solo en el campo sino en el gabinete, debo mucho de lo que he hecho, etc.»

I luego, en esa misma carta, recordando la modesta virtud i el amor puro i ardiente con que aquel soldado sirviera la causa de Chile, su adoptivo suelo, le aclama en la efusión de su gratitud i de su amistad «como al militar mas conspícuo e instruido que produjo la revolución chilena en uno i otro de los bandos contendientes.»

CAPITULO V.

Rol importante que asume O'Higgins en Concepción.—Se aumenta con la partida de Rozas.—Posición de este caudillo en la junta de Santiago.—Sus diverjencias —Motivo principal que las produjo.—Se hace la convocatoria de un Congreso nacional, a consecuencia de exijirlo así O'Higgins.—Opinión de éste i de Mackenna sobre aquella medida.—Tres partidos que aparecen en Chile en 1811.—Conspiración realista de Figueroa.—Revelaciones importantes del coronel Mackenna sobre aquella revolución.—Timidez de Rozas i resueltos consejos de Mackenna.—Vacilación de Fretes, Rozas i O'Higgins en oposición a los sentimientos de aquel jefe.—Carácter verdadero i desenlace de la revolución de 1.° de abril.—Anécdotas de ese dia.—Llega O'Higgins a Santiago.—Profundo abatimiento de Rozas.—Aparece militando el partido *pelucon* o *carlotino*.—Obtiene éste el triunfo en las elecciones i duplica el número de diputados por la capital.—Principales representantes de uno i otro partido.—Se instala el Congreso.—Protesta de la minoría i desórdenes que ocurren en su primera sesión.—Riesgo que corre la revolución.—Rozas se retira desalentado a su provincia.—Inculpaciones del presidente del Congreso al diputado O'Higgins i defensa de éste.—Se enferma repentinamente.—Se pronuncia la reacción del Congreso.—Gravedad de la situación.—Llega de Europa don José Miguel Carrera.—El partido revolucionario resuelve depurar el Congreso, haciendo a aquél el caudillo del movimiento.—Carrera se presenta al Congreso en sesión pública.—Revolución nacional del 4 de setiembre.—Términos en que O'Higgins da cuenta de ella a sus comitentes.—Ultimas noticias del canónigo Fretes.—Revolución del 15 de noviembre.—O'Higgins es elejido miembro de la nueva junta i acepta a pesar suyo.—Su embarazosa situación.—Oficio en que da cuenta detallada de lo sucedido.—Su conducta aprobada por la junta provincial de Concepción —Asoma la discordia de los patriotas.

I.

Cuando apenas habia trascurrido un espacio de

seis meses desde el levantamiento de setiembre, de 1810 ya don Bernardo O'Higgins, el mas joven de los campeones de la revolución, i después de Rozas, el verdadero patriarca de nuestra independencia, porque era el mas antiguo *insurjente*, encontrábase en una posición dominante, no solo respecto de su provincia, sino de todo el reino. Mandaba una parte considerable de las fuerzas de las fronteras, i las fronteras eran entonces el apoyo de la revolución nacional. Era el segundo de Rozas, en influencia si no en poder, en todas las provincias de ultra Maule, i ese territorio esencialmente militar, tenia una influencia casi decisiva en la crisis que se iniciaba. La provincia de Concepción iba a comenzar a ejercer, por consiguiente, en los destinos nacionales, el predominio que solo recién ha perdido, i el teniente coronel don Bernardo O'Higgins sería desde luego su campeón, como mas tarde fuera su víctima, al caer por tierra su gobierno.

Al poco tiempo, en efecto, de haber sido nombrado Rozas miembro de la junta instalada en Santiago el 18 de setiembre, púsose aquél en marcha hacia la capital, dejando toda la provincia a su devoción por medio de su amigo el coronel don Pedro José Benavente, que era su sustituto en la autoridad, i por la adhesión personal del comandante O'Higgins que le profesaba el mas alto respeto.

Rozas iba a llenar en la capital una ardua pero importante misión. Era el único revolucionario de aquella junta poltrona, cuyo advenimiento se celebra hoi como por una especie de engaño nacional, i en la que, en lugar de un oscuro brigadier, figuraban, entre otros fieles vasallos de *Fernando*, un conde, un obispo i un oidor. I como Rozas fuese en ese gobierno el representante de la idea por sus vastos talentos, i de la *fuerza* por su delegación de Penco, su presencia era la revolución misma en lucha abierta con todos los elementos que la combatian. Si Rozas hubiera poseído en esta ocasión el jenio i la osadía que desplegó pocos meses mas tarde el joven i afortunado rival que le disputó con éxito el timón de la independencia, como tenia recursos i saber, sin duda que su figura sería la mas alta de la gran era de Chile; pero estaba escrito en el destino que un joven húsar de veinticuatro años de edad, aparecido en la arena como por encanto, habria de echar por tierra el prestijio i el poder de aquel insigne doctor i de todos los doctores que no se prestaron dóciles a su lei.

El representante de Concepción entró, pues, desde luego en lucha abierta con la apatía de sus colegas. Una gran medida por él propuesta i rechazada por aquéllos deberia formar el terreno de aquella diferencia calorosa. Pero ese terreno iba a ser resbaladizo, i aquella lucha enormemente

desigual, porque el objeto que la motivaba era la aspiración mas descaminada i mas imprudente que pudo concebir la joven revolución. Tratábase de la convocatoria inmediata de un *Congreso nacional.*

II.

Desde los primeros dias del año parlamentario de 1811, diseñábanse en Chile, con una claridad evidente, tres grandes partidos que habian surjido de las conmociones del año que acababa de concluir. Era uno el de los sectarios absolutos de la Metrópoli, compuesto por lo jeneral de españoles avecindados en el país i encabezado por la audiencia. Seguíale el partido medio, a que pertenecian los hombres tímidos o acaudalados, i en cuya bandera se encontraba alistada la mayoría de la preponderante aristocracia *criolla* del país. Era el tercero el partido revolucionario puro, en el que se habia inscrito la juventud que acaudillaban resueltamente los grandes nombres que hemos ido citando i que en lo jeneral amparaban las masas populares por un instinto salvador.

A la primera de estas fracciones, poco numerosa, pero unida i fuerte, comenzósele a denominar con el nombre de partido de los *godos* o *sarracenos*, a los segundos con el de *pelucones* o *carlotinos*, i a los últimos con el de *insurjentes* o *patriotas*. I·

enseña de cada uno podia resumirse en una sola palabra: la del primero era la reacción absoluta; la del segundo una transacción de término medio, i la del tercero solo la revolución, la independencia, i para mas adelante, la república. Ahora bien: convocar una asamblea de aquellos tres elementos discordantes, que componian de por sí la totalidad de la nación; llevar al poder, a la lejislación, al combate diario de la opinión aquella palpitante diverjencia, era un acto prematuro, falso, casi insano. Las revoluciones inseguras i aun aquellas que se hacen solo para la libertad i por la libertad, necesitan dictadores en su vacilante desarrollo. Solo las aristocracias desconfiadas e ineptas crean juntas i convocan asambleas. Rozas cayó por haber querido ser Cicerón i no César.

III.

Pero era a don Bernardo O'Higgins a quien se debia la iniciativa de aquel plan mal acordado. Él no solo lo habia insinuado a Rozas, sino que se lo habia arrancado por la fuerza. Con su educación inglesa, por punto de partida; seducido, por las sólidas garantías de parlamentarismo británico, que es un resultado i no un ensayo, tomando a lo serio su misión pública i contemplando ya formada una revolución que apenas se mecia en su cuna, impuso a su viejo i prudente amigo aque-

lla fatal quimera, a pesar suyo; i tanto fué en verdad su imprudente ahinco, que llegó a dictarle aquella concesión como la base de su alianza de adepto i de patriota

O'Higgins, aunque joven i careciendo de aquellas dotes de alta sagacidad i prontos recursos que constituyen a los eminentes políticos, no se hacia sin embargo ilusión sobre los peligros de su teoría; i si ponia tanto afán por llevarla a un resultado, era porque siempre hubo en el pecho de aquel magnánimo chileno un lugar de mucha mayor cabida para las puras concepciones de su ardiente patriotismo, que docilidad para sujetarse a aquellos preceptos salvadores que solo encuentran albergue en las grandes intelijencias, cuando ninguna pasión las inmuta.

Pero en esta parte el mismo O'Higgins nos ha legado su propia acta de acusación en un documento auténtico, i vamos a presentarla con sus propias palabras al juicio de la historia.

Es la carta citada al coronel Mackenna, a la que hai adjunta una posdata que pone en toda su luz aquella cuestión i que por tanto traducimos íntegra, como sigue:

«En este momento, dice don Bernardo a su corresponsal, acabo de saber, con la mas indecible alegría, que nuestro amigo Rozas ha dado un paso que le restituye completamente a mi estimación. Ha obtenido la aceptación de sus socios (

la Junta a su proyecto de convocar un congreso. Merece, pues, por esta medida nuestro mas alto concepto, mucho mas, en las presentes difíciles circunstancias, i si se atiende a las fuertes dudas que a él mismo le asistian sobre el particular.

»Poco antes de marcharse a Santiago para tomar su puesto en la Junta, tuvimos una larga conferencia reservada sobre las medidas que era preciso adoptar para asegurar la marcha de la revolución i promover la felicidad del país; con tal motivo insistí fuertemente en dos objetos que eran de vital interés para sacudir la inercia del reino i lanzar a sus habitantes en la senda revolucionaria. Estos objetos eran la convocatoria de un congreso i la libertad de comercio. Mas él parecia abrigar sérias desconfianzas del éxito de un congreso en esta época, i a fé, que no carecia de razón. *Segun mi propia convicción, me parece indudable que el primer congreso de Chile va a dar muestras de la mas pueril ignorancia i a hacerse reo de toda clase de insensateces.* Tales consecuencias son inevitables en nuestra actual situación, careciendo, como carecemos, de toda clase de conocimientos i esperiencias. Pero es preciso comenzar alguna vez, i mientras mas pronto sea, mayores ventajas obtendremos. Bajo el influjo de estas impresiones, yo hice ver francamente a don Juan que él se encontraba en la alternativa, o bien de convocar un congreso, de acuerdo con sus colegas,

o retirarse de su puesto, en la intelijencia que de no hacerlo así, lejos de contar con mi cordial adhesión, deberia solo encontrar en mí la mas manifiesta hostilidad.

»Después de esta declaración él no me hizo mas objeción i se comprometió, o bien a convocar el congreso o retirarse del gobierno. Acaba, pues, de cumplir su palabra, i en consecuencia, es dueño de disponer de mí como guste, en la seguridad de que le sostendré con todas mis fuerzas, aunque en lugar de darme despachos de teniente coronel me hubiese hecho un simple cabo de escuadra.»

Mackenna, por su parte, no podia menos de abrigar una persuasión análoga a la de su joven camarada, puesto que con mas años i mas luces, su criterio estaba mejor probado. Mas tuvo, como aquél i como Rozas, la debilidad de aceptar esa ilusión, no sin espresar, empero, como hombre, una convicción opuesta, que solo cedia a la vehemencia de aquel patriotismo novel i atolondrado de que entonces ni las cabezas canas estaban exentas. Sus palabras en esta ocasión no son menos notables que las de O'Higgins, i por esto vamos a trascribirlas íntegras en este pasaje de su carta. «Don Juan, dice en ella, es digno del mayor elojio por el resultado que ha obtenido, pues me costa que en la realización de sus planes para convocar un congreso ha encontrado las mas serias dificultades, particularmente en las intrig

del partido rico i poderoso de la capital, el que suple por la astucia i la taima los talentos de que carece. Para atacar con buen suceso a esta facción, don Juan diestramente los batió con sus propias armas amenazándolos con que se retiraria a Concepción i los denunciaria al ejército como a los cómplices del *hereje* Bonaparte, pues precisamente el cargo de herejía es el que mas alto levantan contra Rozas, valiéndose de mil absurdos embustes.

»Pero sino fuera, amigo mio, por las razones que usted alega, yo creeria la reunión de un Congreso *el paso mas antipolítico en el dia.* Esperar discernimiento i práctica lejislativa de los chilenos, es como pedir al ciego que distinga la diversidad de los colores. Verdad es que usted me hará presente que cuando el ciego obteniene la vista, luego puede clasificar los objetos con el ejercicio de ella, i que de la misma manera un pueblo a quien se concede la libertad aprenderá a darse leyes propias. Pero yo os responderé que para aprender es preciso que haya quien enseñe i cuando el congreso chileno inicie sus sesiones, yo no diviso al hombre que sepa dirijirlas, o siquiera hacerse escuchar de sus colegas. Yo no puedo dejar de figurarme la semejanza que aquella reunión ofrecerá con la de una escuela en los momentos en que el maestro acaba de salir de la sala del aula. Ocurre entonces, como recuerdo su-

cedia en mi niñez en las escuelas de Irlanda, una escena de la mas perfecta confusión: todos hablan i nadie quiere escuchar: todos mandan i nadie piensa en obedecer.»

IV.

Tal cual uno i otro jefe patriota pensaba, tal en consecuencia sucedió, pero con síntomas tan rápidos i fatales, que llegó a creerse en la inminencia de una catástrofe, si bien quiso la suerte que de la intensidad del mal habia de nacer la salvación.

El Congreso Nacional convocóse en efecto por decreto de la Junta de 15 de diciembre de 1810, i la ajitación comenzó en el acto mismo en daño de la insurrección. Aquella novedad que sacudia los ánimos de su letargo secular, habria sido útil, como lo calculaban O'Higgins i Mackenna, si fuera que en la contienda que ella provocaba, las ventajas aparecieran por parte de la causa popular; pero al contrario, se presentaba en sí como funestísima, desde que no podia traer por resultado sino la aglomeración del elemento aristocrático i atrasado, puesto en pugna abierta en el interés del pueblo i la reforma.

Los dos partidos hostiles iban, pues, a lanzarse en la arena contra el nuevamente aparecido, i si no como aliados de hecho, al menos de intenci

nes. El partido *sarraceno* vió la oportunidad de organizar la reacción colonial. El partido aristocrático, por su parte, si no iba tan lejos, iba a echar en la balanza todo su valer para adueñarse de los destinos nacionales. Habia, pues, un doble peligro en aquella doble imprudencia.

V.

Apenas en consecuencia habia corrido un mes desde la convocatoria del congreso, cuando ya los *godos* i sus corifeos de la audiencia estaban organizados en el club i tramando una conjuración reaccionaria a toda prisa. Esa conjuración fué la que, reventando de súbito en la plaza de Santiago el 1.° de abril de 1811, puso a todo el país en inminente riesgo de perderse.

I séanos permitido aquí recurrir a otro testimonio del pasado para poner en evidencia aquel suceso, hasta aquí tan imperfectamente conocido, que solo se le ha estimado como la sorpresa de un dia, como un motín de cuartel, cuando en realidad era la reacción española que revolvia con toda su pujanza en la punta de las bayonetas de Figueroa, instrumento de una lojia. He aquí, pues, como el coronel Mackenna descubria el hilo de aquel intento *cuarenta dias* antes de que se pusiera en obra, i he aquí también una prueba del alto valor que tenia la previsión i el denuedo de aquel hombre.

Describiendo a O'Higgins, en la carta que de él hemos citado, con fecha de 20 de febrero de 1811, la situación de los ánimos en la capital, contábale la conjuración realista que estaba fraguándose casi a cara descubierta sin que se osara ponerle el oportuno atajo, en estos precisos términos:

«A propósito, le dice, debo mencionaros una interesante conversación que últimamente tuve con nuestro amigo Rozas. Me envió un recado suplicándome fuese en el acto a verle, i al llegarme a él le encontré en la mayor ajitación, a consecuencia de una conferencia que habia tenido lugar entre Chopitea, Beltrán, Mata Linares i otros, i la que le habia sido trasmitida por uno de los presentes que, hablando con claridad, es un espía que él mantiene en el campo enemigo.

»Esta conversación tuvo lugar en un conciliábulo que celebraron estos caudillos sarracenos, en el que Chopitea les refirió todas las circunstancias de la sangrienta trajedia que tuvo lugar en Quito a principios del pasado agosto, i de la que acabo de haceros mención. Aquel lance, que ningun hombre de corazón humano puede contemplar sin los mas profundos sentimientos de horror i de disgusto, llenó a los fanáticos i empedernidos españoles de la mas brutal alegria. Arredondo fué representado como un héroe que habia hecho el mayor de los servicios a la *justa causa*, dando un ejemplo que deberia ser imitado por todo buen español en

la América del Sur. Mata Linares aprobó completamente estas razones, i añadió que no veia obstáculos para que ellos, manejándose con prudencia, hicieran en Santiago otro tanto de lo que habia sucedido en Quito, pues tenian en el coronel Figueroa un caudillo militar que amaba la *justa causa* i aborrecia a los enemigos de ésta tanto como el mismo Arredondo, concluyendo que, como tenian suficiente dinero, podian dar un golpe decisivo a los patriotas. En consecuencia se resolvió, con aprobación jeneral, i a indicación del mismo Mata Linares, que se autorizase a éste i a Chopitea para conferenciar con Figueroa, ofrecerle los fondos necesarios i combinar el plan que debia salvar la *justa causa* de los peligros con que la amenazaban las innovaciones i los reformadores.

»Don Juan procedió en seguida a indicar que no tenia la menor duda de que él seria la primera víctima del sanguinario Figueroa si caia en sus manos, i al decir esto el buen señor temblaba de piés a cabeza, i aun creo que sus dientes tiritaban entre sí.

»Le contesté que por mi parte tenia la seguridad de que si tal sucedia, él i todos los patriotas seríamos tratados como lo habian sido los de la Paz i Quito, haciéndose por lo tanto indispensable el poner oportuno remedio a aquel peligro. Re-
óme con avidez que cuál seria ese remedio, i

contestéle que *guerra abierta i decidida al virrei de Lima!* Los españoles, añadí, han monopolizado todo el comercio, la industria, las riquezas i los empleos de América, i mientras vean éstos i aquellos en peligro, no escusarán medio para salvarlos, i púsole en seguida de manifiesto que para conseguirlo tenian la ventaja de ser mucho mas astutos i falaces que sus contrarios; que no cesarían en sus proyectos de conspiración para la destrucción de los patriotas, i que solo habia un medio de contenerlos en sus complots, i este era el hablarles aquel lenguaje que debia advertirles de su verdadera situación. Repúsome entonces que cuál lenguaje era al que yo aludia, i mi respuesta fué que *el que hablaba la boca del cañon.*

»A esta contestación volvieron a don Juan sus impresiones nerviosas i con un profundo desmayo me preguntó si yo queria decir que declarásemos la guerra al virrei de Lima i a todos los españoles; que si ignoraba, añadió, el inmenso poder de que eran dueños, los recursos de que podian disponer, i cuán desigual seria Chile en una contienda con el Perú, aun si no contara con tantos enemigos en su propio seno. Le observé entonces que por esta misma razón, el camino mas espedito para arrojar fuera a estos enemigos era declarar la guerra a los españoles, dando así lugar para asegurarse de aquellos, pues si continuaban en libertad no podria menos de perderse la causa del pa-

Comparé a Chile, para hacer mas clara mi idea, i a su capital, con un hombre que teniendo la gota en el estómago, sabiendo que si no la desalojaba de este lugar habia de morir, hacia un último esfuerzo para echar el mal a las estremidades i salvarse por una medicina estrema.

»Esta comparación pareció divertir al viejo señor, que como usted sabe es mui intelijente e instruido, i con una sonrisa me preguntó que si yo fuera el médico llamado para curar las dolencias del país, cuales serian los remedios específicos de que echaria mano i de qué manera los emplearia. Le respondí que el hierro, el azufre, el salitre i el sudor de la frente eran los principales ingredientes de mi sistema curativo, i que en cuanto al medio de emplearlos se lo diria, dejando a un lado las metáforas para emplear el claro lenguaje del soldado, que estaba listo para ejecutar las medidas cuya adopción recomendaba.

»Al llegar aquí don Juan habia recobrado su compostura habitual i me suplicó le detallara la manera como deberia ponerse en ejecución mi proyecto.

»Teniendo la mas completa seguridad de su honor i discreción, por mas que su valor me parezca dudoso, no vacilé entónces en manifestarle que el primer paso que debia darse era el apoderarse de Figueroa, Chopitea, Mata Linares i todos los otros caudillos de los sarracenos, a quienes yo

pondria bajo segura custodia en los castillos de Valparaiso, donde yo responderia de su seguridad. En seguida debia procederse a dar cima a la revolución».

(Aquí desgraciadamente está interrumpido el manuscrito i se ha perdido el resto).

VI.

Harto sabido es el singular desenlace de la conspiración realista del 1.° de abril de 1811. Un caso providencial habia dado el triunfo a la justicia, haciendo que ambas facciones quedasen derrotadas, después de dos descargas de fusilería en la plaza de Santiago.

El partido *godo*, que era el vencido, quedó con el golpe aniquilado. Los Oidores, como Irigoyen i Mata Linares, i los comerciantes de fuste como Beltrán i Chopitea, que eran sus inspiradores, fueron espatriados: su caudillo Figueroa sufrió la muerte en los pórticos de la cárcel, i por último, un joven oficial tan valiente como alegre, sacó arrastrando por los piés de debajo de la cama de su favorita mulata, al brigadier don Francisco Carrasco, el último de los capitanes jenerales de la España.

La revolución entró, desde ese dia de lleno i osadamente en el carril de la independencia, dejando los senderos estraviados porque se arras

traba antes disfrazada, i en este sentido, la sangre chilena vertida el 1.° de abril era como el bautismo de aquella gran edad que solo debia alcanzar su madurez seis años mas tarde por la proclamación de su independencia hecha a la faz del mundo el 12 de febrero de 1818. Fué este el dia verdaderamente clásico de nuestıa historia, desde el 18 de setiembre de 1810, visto a la luz de la filosofia i de la verdad tradicional, no pasó de una parodia aristocrática del movimiento provincial de la Península, dirijido solo a la erección de juntas que se instalaban a nombre de Fernando VII i rindiéndole pleito homenaje de vasallos.

VII.

En cuanto a la parte que cupo a don Bernardo O'Higgins en aquel decisivo acontecimiento, solo nos consta que él no dejó de mirarlo como un gran paso dado en la revolución. Encontrábase ese dia en los Anjeles, i por una curiosa coincidencia emprendia su viaje a la capital en aquella misma mañana, en compañía de su amigo don Pedro Ramón Arriagada.

Así fué que a medio camino supo la nueva, i apurando la marcha i galopando noche i dia, llegó a la capital a las oraciones del 9 de abril.

Su primera dilijencia de recién llegado fué dirijirse a la casa de sus amigos Fretes i Jonte para

ponerse al corriente de lo que pasaba, i por ellos supo el profundo abatimiento en que se encontraba Rozas, después de la impresión que causara en su ánimo el suceso del 1.° de abril; i en verdad era aquél tanto mas hondo, cuanto mayores habian sido los esfuerzos que tan fuerte crisis habia arrancado a su voluntad comprometida ahora del modo mas irrevocable, después de la osada ejecución de Figueroa.

Fuése don Bernardo en consecuencia a verle en el acto mismo, i encontrando que las aprehensiones de sus confidentes llegaban mas lejos de lo que era imajinable, pues el pánico del buen doctor habia dejenerado en una especie de enfermedad, le confortó como mejor pudo manifestándole la grandeza del triunfo conseguido, la adhesión en masa del pueblo, la lealtad de la provincia de Concepción, i por último, las esperanzas que se cifraban en el futuro Congreso próximo ya a reunirse.

Reanimado el anciano triunviro con aquellas perspectivas, renunció por entonces a su ardiente deseo de retirarse a la vida privada, i siguió ejerciendo una especie de dictadura con el sostén moral de O'Higgins i Mackenna, como representante de la familia de Larraín, i de Fretes i sus compatriotas que siempre estuvieron adelante en la primera fila revolucionaria. La Junta de setiembre quedaba moralmente disuelta, habiendo sido pre-

sos algunos de sus miembros, como el coronel Reina, cómplice de Figueroa: tan mezquina fuera la organización de aquel cuerpo cuyo aniversario celebramos hoi por un manifiesto anacronismo.

VIII.

Pero una vez vencida la facción ultra-realista, quedaba de pié i pujante el partido aristócrata representado por algunas de las familias mas opulentas de la capital, i el que solo tenía de revolucionario el elemento *criollo* de su raza, pues en todo lo que no fuera la cisión moral i de sangre que lo dividia del partido español puro, hacia con éste una estrecha alianza política, fundada en la odiosidad que les inspiraba a ambos el espíritu revolucionario i la sanción de las reformas.

En los medios de acción también ambas facciones estaban opuestas, pues el fin era, si bien adverso al desarrollo de la revolución en uno i otro, el primero tenia en mira la estinción completa del trastorno como principio i como hecho, i en el otro habia solo el deseo de un cambio de forma en que el influjo criollo se hiciera preponderante sobre el insoportable orgullo i omnipotencia de los peninsulares. Por esto el partido español de la Audiencia se esforzó en sofocar el incendio revolucionario, evitando la reunión de un Congreso, que a pesar de su nulidad como cuerpo político,

no podia menos de ser americano en su personalidad i en su esencia. I al contrario, el partido aristócrata i moderado iba a valerse de la acción de aquel mismo Congreso para consolidar sus tendencias en la lejislación i en el gobierno nuevamente creados.

Ambos peligros habian nacido, por consiguiente, de la inmatura convocatoria de aquella asamblea, que no era del pueblo sino de las familias, i, sofocado el uno dichosamente, iba a surjir el otro por sí solo.

IX.

Las elecciones de diputados se habian verificado, en consecuencia, en virtud del decreto de convocatoria de 15 de diciembre de 1810, i una vez vencido el movimiento de Figueroa, hecho con el objeto ostensible de anularlas, fué preciso proceder a la apertura del congreso.

En la composición de éste, como era inevitable, habian obtenido la preponderancia los magnates de Santiago. En todas las parroquias comprendidas entre los rios Maule e Illapel, a que se estendia de cerca la mano de la capital, i cuya jurisdicción territorial llegaba entonces hasta aquellos lindes, el triunfo de la urna habia sido suyo o de los mayordomos de sus haciendas que abarcaban casi toda aquella estensión de territorio. Así, el mayorazgo don Francisco Ruiz Tagle, c

se consideró siempre como el tipo mas jenuino del partido pelucón, al que acaudillara mas tarde cuando ya militaba por sí solo, era electo por Talca en la raya del Maule, i don José Nicolás de la Cerda, otro mayorazgo jemelo de aquél, lo era por el de Petorca, en el límite norte de la estensa provincia de Santiago. La mayor parte de los otros partidos intermedios habian enviado iguales delegados, San Fernando al mayorazgo Castel Blanco; Melipilla a Valdés, mayorazgo también, i de esta manera los otros.

Pero en la capital el partido de los acaudalados se habia estendido aun mas lejos, pues aquella era su centro. Aunque por decreto de convocatoria se asignaba a Santiago solo seis diputados, como a Concepción tres, dos a Coquimbo, i así en proporción a los demás distritos, arrogóse aquel con porfía i desprecio de la lei, el derecho de elejir un número doble al que el decreto le habia concedido. Esta era la mejor prueba de su influencia i de una audacia tan desmandada, que hacia burla de las formas nacionales.

Santiago dióse, pues, por representantes a sus mas encumbrados i característicos personajes, señalando un asiento en el congreso a cada uno de los corifeos de su aristocracia. Figuraban en este número, en consecuencia, los Errázuriz i Eizaguirre, los Echeverría i Portales, los Ovalle i Gandarillas, i otros muchos. Solo la prepotente familia

de Larraín, llamada por su número i por su influjo la de los *ochocientos*, habia sido hasta cierto punto escluida de aquella asamblea esencialmente aristocrática i que no hacia sino trasladar a la sala de un congreso una de esas *tertulias* de sus magnates, en la que en lugar de la *brisca* jugarian con las leyes, platicando de banco a banco, como era su hábito diario platicar en el estrado. I la esclusión de esta familia, así como la de los Carreras, su rival mas tarde, esplicábase solo porque ambas estaban comprometidas ardientemente en la revolución, i se disputaban sus riendas, cada uno para darle nuevo empuje a su manera.

El partido revolucionario iba, pues, a encontrarse en una alarmante minoría. Solo las provincias que, situadas en las estremidades de la capital, estaban ajenas de su prestijio, i aun le eran hostiles por la estrechez del espíritu local, enviaron al congreso representantes que habian entrado de lleno en la empresa revolucionaria. En consecuencia los mas populosos partidos de Concepción, como los Anjeles i Puchacai, elijieron a O'Higgins i a Fretes, mientras el de Copiapó daba su mandato al cura Gallo, i Coquimbo al doctor Marín i al arjentino Villegas, ambos fogosos insurjentes. Desde mas allá del Maule venian también electos diputados jóvenes i animosos, como Arriagada por Chillán, Manzano por Linares, Mendiburu por Cauquenes i otros pocos. Pero

verdad, tan poderosa habia sido la influencia de la oligarquía de Santiago i tan activas sus combinaciones, que en la misma capital de Penco habian obtenido diputados que, aunque godos, les eran adictos i éstos eran nada menos que el conde de la Marquina i los canónigos Zerdán i Urriola. Aun en Osorno fué electo un español llamado don Manuel Fernández, que tuvo la particularidad de hacerse el orador mas testarudo del congreso después de un presidente que fué el mas testarudo de los hombres. En cambio, Valdivia envió poco después al sublime ex-fraile Henríquez, débil ausiliar sin embargo en las asambleas tumultuosas, porque aquel jenio melancólico i abatido solo ardia cuando la oscuridad era intensa i el viento de las pasiones estaba acallado en torno suyo. En cuanto a Chiloé, no tuvo representante, porque se consideraba entonces su territorio, en lo político, como una parte directa del virreinato del Perú.

Tal era la organización del Congreso de 1811, descrita con fidelidad, si bien a la lijera.

X.

El partido puramente independiente, que lo era el de Rozas i los Larraín, sus mas sinceros aliados, de O'Higgins i los Carreras, su sostén mas ardiente, de Fretes, en fin, i de Álvarez Jonte,

que con los demás americanos residentes en Santiago se habian adherido a la solidaridad de la causa de la revolución continental, como representantes de las naciones en que habian nacido, no se habian mantenido inertes por su parte en contradecir i atajar el espíritu invasor de los oligarcas de la capital; pero sea por la debilidad de Rozas en Santiago, i por la aun mayor de Benavente en Concepción, hemos visto que aquellos doblaron impunemente el número de sus diputados en el congreso i aun triunfaron de una manera casi inconcebible en la misma ciudad, que a la par con Santiago, estaba a la cabeza del reino i era por rivalidad política i territorial, hostil a ésta.

Los diputados de la minoría, que no pasaban de trece, se contentaron, pues, en último resultado con recurrir al único arbitrio que ha encontrado hasta aquí la impotencia de los bandos: *la protesta.* Encargóse la redacción de ésta al intelijente Alvarez Jonte i se resolvió que, firmada por los trece representantes independientes, se presentaria al congreso el dia de su instalación.

XI.

Como los niños felices en los *asuetos* que obtienen en el santo de sus maestros, así la novel asamblea, compuesta, sin embargo, en su mayoría de cabezas encanecidas en las haciendas i almacenes,

elijió para la solemnidad de su instalación el 24 de junio de 1811, cumpleaños de don Juan Martinez de Rozas, el gran catedrático de aquella aula de lejisladores que estaban en la infancia de la vida pública. I su primer ensayo, su sesión de iniciativa, su primer trámite de instalación fué, como era inevitable, digna de aquel pueril homenaje al natalicio del dictador. Elijióse por presidente a don Juan Antonio Ovalle, la primera víctima de 1810 i el hombre mas porfiado de su época, según fué común fama entre sus contemporáneos. Pero al hacerse esta elección surjió el embrollo, el alboroto, la zalagarda i confusión hasta el estremo de que el mismo presidente encargado del orden i el silencio fué, según la espresión de un testigo de vista, *quien metió mas bulla que todo el resto de sus colegas*.

La protesta de O'Higgins i de sus doce compañeros presentada en aquella misma sesión, siendo un reto a los adversarios de la mayoría, acabó de encender los ánimos convirtiendo aquella solemne inauguración en una deshecha borrasca, pues los últimos quisieron desde luego espulsar de su seno a los primeros.

No fué ya, pues, posible el entenderse. La escena que habia previsto O'Higgins i que Mackenna habia confirmado poniendo por símil los alborotos de los niños irlandeses en las escuelas sin maestro, vióse cada dia, cada hora, en cada dis-

curso de aquellos singulares oradores i en cada tramitación de los proyectos. No habia dirección, no habia práctica ni esperiencia. Faltaba el pedagogo i la palmeta. Dos frailes se habian hecho los Demóstenes de la Asamblea, monopolizando las lenguas, i como en las controversias de las salas capitulares de su orden, cada uno habia traido su púlpito envuelto en las faldas de los hábitos, i ahí vertian, para la edificación de sus oyentes, todo lo mas selecto i majadero de sus eternos sermones. El padre Chaparro era el campeón de los oligarcas, i su contendor un joven franciscano, diputado por Curicó, llamado Orella.

XII.

Un embrollo completo en la política jeneral i en los detalles de la administración, una paralización completa de la opinión que se mantenia en espectativa, i la estagnación del espíritu revolucionario amenazado i receloso, fué pues, la consecuencia precisa de la instalación de aquel cuerpo i del rumbo reaccionario que se echó de ver luego imprimia a sus decisiones el espíritu de la mayoría.

XIII.

Rozas, dictador pro-forma desde que el congre-

so era el soberano, fué el primero en asustarse de su obra, i aun no habian pasado dos meses, cuando apresuramente abandonó la capital (20 de agosto de 1811), dejando al gobierno en una especie de acefalía, para ir a encontrar seguridad i reposo en su fiel provincia de Penco.

XIV.

Sucedia esto por agosto de 1811, i ya el congreso tomaba tal jiro en su predonderacia, que elijió en el turno de ese mes para su presidente al comerciante don José Antonio Pérez de Cotapos, sindicado de ser abiertamente adicto al partido peninsular. I así sucedió que al poco tiempo de estar este personaje sentado bajo el dosel, permitióse dirijir al diputado O'Higgins una de las mas fulminantes recriminaciones por sus manejos revolucionarios. Defendióse O'Higgins como pudo, durante una sesión acalorada que terminó a las once de la noche. Por desgracia, el frio de la estación, intenso en aquella hora, causó en don Bernardo, que se retiraba lleno de la escitación de la lucha parlamentaria que acababa de sostener, una bronquistis o pulmonia aguda que luego le postró en cama, obligándolo a guardar su habitación durante dos meses consecutivos.

XV.

La situación se hizo entonces tan crítica i apurada, que la revolución marchaba descaminada por el borde un abismo. El congreso encontrábase ya omnipotente. La minoría habia cesado de concurrir a las sesiones, i en consecuencia los reaccionarios habian exijido a sus comitentes que enviasen nuevos diputados en remplazo de los refractarios. La ausencia de Rozas i la enfermedad de O'Higgins, privando a la minoría de su sostén, habia destruido el contrapeso de la opinión en la asamblea. Decíase ya como un hecho que la reacción estaba decretada, bajo una forma nueva en apariencia, pero que siempre dejaba mal segura o ilusoria la independencia nacional; hablábase de intelijencias positivas de la mayoría con ajentes secretos de la corte del Brasil, i ya poco se dudaba de que en breve se proclamaría la sujeción a aquella corte, en el nombre de la princesa Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, i esposa del destronado rei de Portugal.

La arena estaba, pues, vacía. La reacción se adelantaba sin reparo. La revolución sucumbia. No habia un caudillo audaz que la salvara.

XVI.

Pero un destino secreto habia deparado el sal-

vador en un mancebo desconocido, pero que a la manera del relámpago brilló en las tinieblas que se agolpaban por do quiera encubriendo el abismo en que el país iba a caer. Ese emisario del destino era el joven húsar don José Miguel Carrera.

Venido de la Península en el navío *Standart*, que ancló en Valparaiso el 29 de julio de 1811, habia llegado a la capital precisamente en los momentos de mayor alarma i cuando la consternación iba ganando todos los ánimos. Su ojo rápido le reveló la inminencia del peligro; su ambición le descubrió los anchos horizontes de gloria i de poder ofrecidos a la audacia, i por fin, su espíritu ardiente i fascinador se lanzó sin mas demora en medio de la empresa.

Por fortuna, el mando de las armas estaba hasta cierto punto concentrado en su familia i en la de Larraín, aliadas íntimas entonces. Juan José Carrera mandaba el principal cuerpo de infantería, que era el de granaderos, cuyo comandante, Luco, lo era solo en el nombre. El coronel Mackenna era el jefe de la artillería, pero el menor de los Carreras, don Luis, servia como capitán de este cuerpo. Nada era, pues, mas evidente que la posibilidad de dar un golpe de mano, espulsar del congreso a los reaccionarios, establecer un nuevo gobierno fuerte i compacto, i, en seguida, dejar a la revolución paralizada marchar a su desenlace, que

no podia ser otro sino la independencia absoluta en primer lugar, i la república como consecuencia.

Don José Miguel inició su obra con tanta maña como audacia. Quiso captarse anticipadamente la buena gracia del congreso i solicitó para ello de la sala una entrevista pública. Concedióle la mayoría este espediente estraordinario, ora fuese porque miraba en él un emisario de la Península, cuya opinión era util oir, ora porque esperaba un aliado en aquel joven i prestijioso oficial. Sea como fuere, un dia en el mes de agosto, vestido con un uniforme deslumbrador i montado en un brioso caballo, el arrogante mayor de húsares dirijióse al congreso, i el pueblo convocado, acaso por simple curiosidadad, acaso por manejos secretos de partido, al ver pasar al airoso jinete por las calles, le aplaudió con un instintivo entusiasmo. Llegado a la sala de sesiones, el apuesto jinete inclinóse con respeto i pidió la vénia para hablar. Fuéle otorgada, i entonces en una apostura modesta e insinuante, con una elocuencia varonil i respetuosa, con un sentimiento ardiente e inspirado de amor a su país, contó a la asamblea, sorprendida como por una aparición, sus campañas i sus triunfos, pintóles la lamentable situación de la Metrópoli, manifestó la justicia de la revolución americana, en consecuencia, i concluyó ofreciendo a la asamblea, como a la suprema autoridad, sus juramentos i su espada. U

aplauso jeneral resonó al terminar su arenga, i dícese que uno de los mas fervientes en aquella demostración fuera el mismo diputado O'Higgins, ajeno, en el calor de su jeneroso patriotismo, al presentimiento de que aquella figura de tribuno i de soldado, sería para él la sombra de un implacable rival.

Después de esta escena que habia asegurado su prestijio, encontrándose O'Higgins enfermo e inhábil para la acción, ausente Rozas, Mackenna detenido en Valparaíso, donde habia hecho, como gobernador i como amigo, la mas cordial i afectuosa acojida al joven recien venido (que era el compañero de infancia de su esposa, a quien desde antiguo daba el tratamiento familiar de *tu*), fácil fué, pues, i aun preciso el que se hiciera de don José Miguel, por los patriotas alarmados de la política del Congreso, el caudillo que debia derribarlo.

Aquel pensamiento salvador no tardó en ponerse por obra, aunque llevara consigo el aparato de un escándalo; i en la mañana del 4 de setiembre de 1811, miéntras don José Miguel montaba a caballo para ir a proclamarse de suyo el dictador de Chile, en aquel mismo fatídico dia en que su cabeza seria clavada en la picota diez años mas tarde (4 de setiembre de 1821), la sala del congreso era invadida por las bayonetas de su hermano Juan José, al mismo tiempo que su tercer

hermano, adolescente entonces de 20 años, sacaba a la calle los cañones de su brigada, en la ausencia de su coronel.

XVII.

Como el motín sofocado del 1.° de abril habia sido el oportuno aniquilamiento del partido *godo*, la revolución patriótica i nacional del 4 de setiembre fué a su turno el del partido oligárquico, llamado vulgarmente *pelucón*, i ahora *carlotino*, por la connivencia que se le atribuia con la princesa del Brasil.

Una nueva junta, en cuya composición entraron los patriotas Marín i Encalada, como altos influjos de provincia i de familia, Mackenna i Rosales, como los ajentes de la familia de Larraín, tomó, pues, la dirección de los negocios públicos. El congreso se dejó en pié, pero el esforzado republicano Fretes dirijia ahora su espíritu i sus debates como presidente, i por último, los Carreras quedaban con el mando de las armas, acaudillando a la juventud.

El prospecto de la revolución no podia ser mas lisonjero, i O'Higgins, aunque privado por sus achaques de toda acción pública, lo reconocia como tal al ponerlo en noticia de sus comitentes. Hé aquí como daba en efecto cuenta a la junta provincial de los Anjeles de aquel movi-

miento que él mismo sin duda habria dirijido si hubiera estado capaz de salir a la plaza pública.

«He tenido la honrosa satisfacción de recibir las actas que en testimonio se han servido V. S. remitirme sobre los plausibles acontecimientos de Concepción i de esa villa. El activo empeño i sensible interés que siempre he tomado i tomo en la prosperidad i mayor bien de ese honrado pueblo i vecindario, me impelen a felicitar a V, S., no solo por la laudable i patriótica prontitud i unión de esos habitantes, que tan justa i grandiosamente reconocieron la inmortal Junta de Concepción, como el remedio mas eficaz para ocurrir al cáncer político que iba devorando al reino, sino también por la heróica i sabia determinación de instalar una junta subalterna en esa de los Anjeles, poniendo a su frente sujetos no menos dignos por sus talentos que por su patriotismo. Tanto la Junta de la capital de Penco, como la de los Anjeles, deberán mirarse siempre como unas incontrastables columnas de la libertad de la patria, i un firme sostén de los derechos de las provincias, sin embargo de haber mudado de semblante la situación de Santiago de un modo demasiado satisfactorio i lisonjero.

»El memorable acontecimiento de esta ciudad en *el dia 4 de setiembre, parece fija el feliz destino del reino;* i yo no puedo menos de asegurar a V. S. que ya nuestro glorioso sistema subsistirá inal-

terable, habiendo sido repuestos los diputados que nos habíamos separado por no concurrir a las intrigas i designios subversivos del bien i seguridad de nuestros constituyentes, i habiendo, en fin, sido depuestos i relegados los ajentes perniciosos, poniéndose en su lugar el número de personas en algún modo correspondiente. El manejo insidioso de los diputados depuestos no tenía otro objeto que vendernos a los portugueses, procediendo de acuerdo con el gobierno del Brasil, que no ha cesado de hacer sus jestiones secretas i dolosas con apariencias de justicia, en cuantas partes ha podido, habiendo sido repulsadas sus pretensiones en todos los pueblos que saben apreciar sus derechos i están animados del noble sentimiento de su libertad, según se instruirá V. S. por las copias *de las actas de Chuquisaca i Cochabamba* que han venido a mis manos i tengo el honor de acompañar.

»Un grupo de intrigantes que abrigaron en su seno el detestable proyecto de entregarnos por la miserable ambición de permanecer *en los empleos*, no hubiera sido estraño que al fin hubieran solicitado oficialmente que me quitaran los poderes i se nombrase otro de su facción en mi lugar, puesto que no podian conseguir que yo adoptase plan alguno que atacara los derechos de mi provincia i la libertad jeneral del reino, por cuyo motivo anticipé a V. S. la noticia de la solicitud que ellos

habrian de entablar sobre mi relevo, con prévio conocimiento de sus maliciosas intenciones. Así es que he visto con la mas lisonjera complacencia, i penetrado de la mas viva gratitud, la jenerosa resolución de esos habitantes de confirmarme en la diputación con que se sirvieron honrarme. Por tan sensible rasgo de liberalidad, no puedo menos que rendir a V. S. las mas espresivas gracias, i asegurarles firmemente que este será un motivo para redoblar mis tareas en obsequio de V. S. i trabajar incesantemente por la felicidad, conservación i mejor suerte de esa provincia, que tengo el honor de representar.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, etc.

Bernardo O'Higgins.

Señores de la Junta i vecindario de los Anjeles.

XVIII.

Mas una ambición culpable e impaciente, un desvarío del jenio indisciplinado i turbulento, desmandó pronto el espíritu del joven caudillo, dueño de las armas por una especie de oligarquía militar que habia sucedido a la oligarquía parlamentaria del congreso que él habia depurado; i dos meses después, sin razón alguna, sin propósito evidente, sin un pretesto siquiera, que no fuera el del halago de una ambición juvenil i la nece-

sidad de concentración que hai en toda voluntad enérjica, i en las crisis de los pueblos, don José Miguel Carrera se apoderó atropelladamente de la autoridad, disolvió la junta, impuso al Congreso su voluntad i asumió virtualmente la dictadura, dándose por asociados a Rozas i a Marín, ambos doctores i hombres, aunque eminentes en saber, débiles en demasia para brillar en las eras turbulentas. Si el trastorno del 4 de setiembre habia sido por sus medios i su fin una revolución, el levantamiento del 15 de noviembre no fué sino un motín culpable i vulgar.

XIX.

Don Bernardo O'Higgins, que por su ausencia en Concepción durante los primeros meses de 1811 i después por la tenaz enfermedad que tan importunamente le acometió, se mantuvo hasta cierto punto aislado de los graves acontecimientos que se sucedieron en aquel año fecundo en novedades i alborotos, habia entrado, sin embargo, con toda la sinceridad i buena fé de su patriotismo, en la revolución del 4 de setiembre. Hemos visto los términos en que él dió cuenta a sus mandantes de aquel acontecimiento, i su adhesión no podia ser mas esplícita, a pesar de que no entraba a figurar con ningún carácter público en la nueva organización que se diera al gobierno.

Mas ahora, nombrado por Carrera miembro de su triunvirato por ausencia de Rozas, encontróse en una posición violenta a la dignidad de su carácter, no menos que a la pureza de su patriotismo, que nunca fué manchado por ningún egoista impulso de propia ambición. Su embarazo nacia de que veia violada su propia conciencia en el escándalo de haber derrocado el gobierno establecido por el acuerdo jeneral i en lo difícil que le era eludir la responsabilidad de su nuevo puesto, porque hecho miembro de aquel gobierno en representación de la provincia de Concepción, como Marín lo era por la de Coquimbo, no podia resolverse a renunciar su cargo, pues esto equivalia a conferir la dictadura absoluta en la persona de Carrera. Era verdad que éste la habia usurpado, pero no parecia prudente darle la apariencia de la sanción legal ni aun siquiera de la de las fórmulas de la autoridad.

En tal conflicto no le quedó otro partido que someter el caso a la discusión de sus comitentes, lo que verificó por la siguiente comunicación en que se respira toda la buena fe del hombre de conciencia i del patriota desinteresado, a la par que refiere con minuciosidad todos los honrosos lances que le fueron personales en aquella crisis. La damos aquí integramente.

»Hallándome con licencia del alto Congreso para restablecer mi salud por dos meses en mi pro-

vincia, después de otros dos meses de cama, i con la comisión de presidir de tránsito la elección de diputado de Curicó, por desavenencias entre el pueblo de aquel partido i su subdelegado, hice partir mi equipaje, i al montar a caballo a las siete de la mañana del 15 del corriente, tuve noticia que el comandante del cuerpo de granaderos, don Juan José Carrera, habia pasado oficio a la Junta Gubernativa, con copia de un bando para que lo publicase, convocando al pueblo para que se rejenerase el gobierno, i otro al Escelentísimo Señor Presidente del Congreso para que mandase a los diputados a concurrir a su sala consistorial para acordar lo conveniente a esa reforma.

»Esta novedad imprevista me hizo demorar hasta ver el resultado, de que acaso dependeria el éxito de mi comisión; i como en todo este dia 15 nada se hubiese concluido por la discordancia de los cuatro personeros que nombró el pueblo con los jefes de los cuerpos veteranos, en orden a los tres vocales que debian componer la Junta, se suspendió para el 16 la sesión permanente que tuvo el Congreso desde las ocho i media del dia hasta las ocho de la noche del 15, en que por conclusión se acordó se publicase nuevo bando para la concurrencia del pueblo patriótico que deberia nombrar de nuevo personeros de su satisfacción, a quienes significase sus peticiónes, i ellos al cabildo a fin de que este, notoriándolas a los jefes milita-

res para su uniformidad, las elevase al Congreso para su exámen i decisión, encargando a los jefes militares el buen orden, tranquilidad i seguridad pública en esa noche.

»Esta indecisión me hizo quedar sin equipaje hasta el dia 16 siguiente en que se hizo todo lo prevenido. El Congreso se congregó desde las ocho i media de la mañana para esperar el resultado, i acordar conforme a las ocurrencias. La nueva discordancia del pueblo con los jefes militares en orden a algunos puntos, i la perplejidad de éstos con las anotaciones o adiciones hechas a las proposiciónes del pueblo, hicieron suspender la deliberación del Congreso que se mantuvo hasta las nueve de la noche, a cuya hora vino a resolver el punto principal, en que estaban todos de acuerdo, i fué que el poder ejecutivo o junta de gobierno se compusiese de solo tres vocales, que serian, por la provincia de Concepción, el señor brigadier don Juan Martínez de Rozas, i yo de su suplente, o en propiedad si no viniese el señor Rozas: el sarjento mayor don José Miguel Carrera por la de Santiago, i el doctor don Gaspar Marín por la del Norte o Coquimbo, reservándose para el lunes 18 la discusión i acuerdo de las demas proposiciones del pueblo i jefes de los cuerpos veteranos, en que habia algunas diametralmente opuestas.

»Me hallaba en casa sin noticia de esto cuando

se me mandó llamar por el alto Congreso a las ocho i media de la noche de ese dia 16. Llegado, se me dijo por el Escelentísimo Señor Presidente don Juan Pablo Fretes, que estaba nombrado de vocal de la Junta de Gobierno en los términos antes insinuados. A esto contesté que mi salud no restablecida, no me ponia en estado de desempeñar el cargo como debia: que desde mi ingreso al Congreso habia movido i sostenido incesantemente una decisión por el sistema representativo conforme a la voluntad de mi provincia, i que no pudiendo el pueblo de Santiago tener derecho para elejir representante al gobierno jeneral por otras provincias, no me conformaba con esta convención ilegal, i suplicaba se me eximiese de tal representación. El alto Congreso me contestó que ya quedaba declarado el sistema representativo, i el gobierno compuesto de solo tres vocales conforme lo queria la provincia de Concepción, segun oficio de su junta provincial que se habia recibido felizmente esa misma mañana: que si alguna circunstancia faltase para que fuese verdaderamente representativo, no debia detenerme porque era un nombramiento provisional que ratificaria mi provincia, pendiente la constitución para la cual estaba algunos dias antes nombrada una comision de diputados: que además el Congreso que representaba el reino entero se creia con derecho, a nombre de sus provincias, de nombrar a lo men

provisionalmente, los vocales del gobierno representativo: i que sobre todo, para evitar la anarquía i fatales resultas del pueblo de la capital que se halla congregado esperando la resolución, debia aceptar el cargo a que a mayor abundamiento el mismo congreso me obligaba sin recurso.

»En este conflicto contesté que, por evitar los males de la anarquía, aceptaba el cargo bajo la condición precisa de consultar sobre el particular a la provincia de Concepción, i de estar en todo a lo que esta me ordenase, bajo la intelijencia de retirarme de dicho cargo al momento que no aprobase mi representación a su nombre.

»El alto Congreso accedió a mis protestas, de que pedí el certificado que adjunto, i bajo ella me recibí i presté allí el juramento acostumbrado, a las nueve de la noche de este dia 16. Todo lo que pongo en noticia de V. S. para que sirva resolver i comunicarme lo que le parezca mas conveniente.

»Dios guarde a V. S. muchos años. —Santiago, 21 de noviembre de 1811.

»*Bernardo O'Higgins.*»

Señor presidente de la Junta provincial de Concepción.

XX.

Don Bernardo permaneció, en la capital después del trastorno del 15 de noviembre, rodea-

do de mortificantes dudas sobre su situación. Miraba con frialdad a Carrera i aun comenzaba a contemplarle con prevención i enojo, desde que veia en él signos inequívocos de un carácter osado i turbulento; pero tampoco le era permitido apartarse de su lado, mucho mas, cuando le ligaba el juramento que habia prestado al aceptar su cargo, en manos del Congreso la noche del 16 de noviembre.

Sus comitentes aprobaron sin embargo su conducta. Mas la crisis en que el país i él mismo se encontraban debia zanjarse de una manera mas séria que aquellos actos i por medio de sucesos abultados que iban a labrar al país su próxima ruina sembrando en abundancia la semilla de fatales discordias.

CAPITULO VI.

Aparece la discordia entre los patriotas de la capital, a consecuencia de la revolución del 15 de noviembre.—Prisión del coronel Mackenna i otros ciudadanos.—Dictadura de Carrera.—Rozas en Concepción.—Niega esta provincia su obediencia al gobierno de la capital.—Llega la intimación a Santiago i Carrera visita a O'Higgins para obtener su mediación —Situación embarazosa de este último.—Renuncia su puesto en la junta.—Acepta el servir de mediador en la contienda de las dos provincias i parte para Concepción con plenos poderes.—Cartas amistosas que en esta ocasión le dirije Manuel Rodríguez.—Curiosa nota diplomática sobre las diferencias de Santiago i Concepción.—O'Higgins da cuenta de su llegada i de la favorable disposición de esta provincia.—Envia los preliminares de un arreglo.—Ajusta éste con el delegado de Concepción i lo remite a Santiago para su ratificación.—La junta de Santiago da por concluida la misión de O'Higgins i le agradece sus servicios.—Carta de O'Higgins a Alvarez Jonte sobre el resultado favorable de su comisión.—Reunión popular en Concepción con motivo de la demora en la ratificación del convenio.—O'Higgins es nombrado *diputado de guerra* por aclamación.—Se dirije en consecuencia a los Anjeles i recibe órdenes de marchar a Chillán con las milicias de la Laja, lo que ejecuta.—Carta de don Pedro José Benavente instando por una mediación.—Correspondencia de éste con O'Higgins durante el año de 1811. —Se abre la campaña.—Aspecto cómico de ésta.—O'Higgins ocupa la ribera izquierda del Maule.—Llega a su campamento el brigadier Rozas i le consulta sobre una conferencia pacífica con Carrera.—Tiene lugar ésta.—El *jenio* de Carrera i el *patriotismo* de O'Higgins.—Dictadura i omnipotencia de aquél.—Anécdotas de su gobierno.—Rozas es depuesto en Concepción por una sublevación militar i desterrado a Mendoza, donde muere con su razón trastornada.—Su última opinión sobre Carrera. —O'Higgins se retira completamente de los negocios públicos i se ocupa de los trabajos de su hacienda.—Es respetado por Carrera.—Deferencia que éste le profesaba entonces.—O'Higgins pasa el verano en los baños termales de Perquilauquén.—Su desconsuelo por la marcha de la política.—Se resuelve a abandonar a Chile i tomar servicio en Buenos Aires.—Desembarco súbito de Pareja con la espedición realista.—O'Higgins se alista para salir a campaña.—Cuantiosa fortuna que abandona i es totalmente destruida durante la guerra.

I.

En el capítulo anterior dejamos a la naciente revolución chilena, salida ya de madre, cual torrente que en su orijen se hincha por súbito turbión i se derrama de su cauce, cegando las puras fuentes de que brota. La mano temeraria de Carrera habia levantado la compuerta de las pasiones antes mudas, i a su soplo, veloz ahora, apagaríase en los pechos de los chilenos la luz del amor patrio, ardiendo en su lugar las teas de fratricida discordia, que alumbrarian su feudo de familia, sus enconos de provincia a provincia, sus combates de facciones, i a la postre, su ruina i su nuevo cautiverio.

Consumada, en efecto, la injustificable revolución del 15 de noviembre, Carrera, lanzado en la pendiente de una dictadura que no tenia mas sostén que su propio jenio i su novel audacia, abrió de hecho la era de las discordias, encerrando en prisiones a los mas importantes de sus aliados en el movimiento del 4 de Setiembre, cuales fueron el coronel Mackenna, el hermano político de éste, don Francisco Ramón Vicuña i algunos jóvenes del apellido de Huici i Larraín, pues acusábase a esta última familia de haber fraguado una conspiración para deponer al joven dictador que habia burlado su confianza i apartádose de su influen

complot que si era verdadero como nosotros creemos lo fué, estaba, empero, autorizado, al menos como represalia, por el motín reciente del 15 de noviembre.

Sea como quiera, el reto de la contienda civil estaba ya hecho, i don José Miguel Carrera era el que habia tirado osadamente el guante al medio de la plaza pública de Santiago, vasalla ahora de su lei.

¿Quién lo recojería después que Mackenna i sus compañeros habian sido desarmados?

Hízolo por ellos su antiguo aliado don Juan Martínez de Rozas.

II.

Vimos ya como, por el mes de agosto, aquel caudillo, consternado por la catástrofe del 1.° de abril i lleno de zozobras a consecuencia de la marcha que comenzaba a tomar el Congreso tan absurdamente convocado, se habia dirijido a la provincia de Concepción a buscar un asilo en aquel baluarte militar en que todo le pertenecia.

Aquella provincia, por su parte, habíase dado un gobierno casi propio i esclusivo, desde la revolución del 4 de setiembre, instalándose de motu propio en aquella capital una junta provincial cuyo ejemplo fué seguido en cada uno de los partidos subalternos.

Rozas, que sin duda habia tenido en mira, al

retirarse de Santiago, organizar aquella resistencia en contra del predominio centralista del Congreso, era el inspirador de aquel movimiento, puramente provincial en su forma, pero cuya tendencia política i de actualidad era dirijida a contrabalancear la influencia de Santiago, supremacía considerada entonces como una ursurpación.

Sofocado el espíritu reaccionario de los *santiaguinos* del Congreso, Rozas creyó concluidas las dificultades que suscitaban la inquietud de los *penquistos*. Mas no tardaron éstas en renacer bajo una forma mas pronunciada cuando vióse de nuevo que el influjo de la capital aparecia mas alto en sus pretensiones, i revestido además del aparato imponente de una dictadura unipersonal.

Cuando la última arrojó su embozo, por la revolución del 15 de noviembre, la provincia de Concepción alzó, pues, el grito de un declarado descontento i empuñó las armas, campeando ahora por sus propios fueros. Aunque Carrera ostensiblemente rendia homenaje a Rozas al nombrarle su asociado en el triunvirato creado en aquel dia, era evidente que aquello no tenia otro carácter que un paso de estratejia política, dirijido a neutralizar el poder armado del caudillo de Concepción. La Junta de esta *provincia* negó, pues, su obediencia a la Junta de la *provincia* de Santiago.

Tal política i tal desenlace era por demás lójico en la organización administrativa de Chi.

por aquella época, i en manera alguna podía considerarse como una rebelión. El territorio del reino de Chile, durante el coloniaje, estaba fraccionado por una especie de bastarda federación política i militar, no menos que de hábitos, de tendencias i tradiciones. Santiago i Concepción eran aquellos dos jemelos que se miraban con mal ceño a la orilla del Maule, cuyo caudal los dividiera. A una ribera los *abajinos*, a la opuesta los *arribanos*, i en el centro los *maulinos pela-caras*, como tipo de la *fraternidad* colonial que consistia en aborrecerse de provincia a provincia, de aldea a aldea i de barrio a barrio, como de la Chimba a Santiago, i las piedras arrojadizas del Mapocho para prueba....... El poderío de Concepción era, por tanto, igual al de Santiago i sus pretensiones rayaban por lo mismo a una altura correspondiente a su estensión, a sus recursos i mas que todo, a sus celos.

Santiago es verdad que era la capital del reino, i contaba a Coquimbo, la tercera provincia territorial, no solo como a aliado sino como a su dócil satélite por su escasa población i su aislamiento. Pero Concepción era también la capital del mediodia, la capital de Arauco, ese segundo Chile que unas cuantas lanzas bárbaras enajenaban, como ahora, a nuestra jeografía i a nuestra civilización. Santiago llamábase por antonomasia *Chile*, pero Concepción se apellidaba a su vez

Penco. Allí estaban los frailes i los conventos. Acá los soldados i los cañones. Allí las intelijencias i la astucia, acá los corazones i los brazos. El *Bio-bio* era el rei de los rios de Chile i sus márjenes nutrian inmensas selvas seculares, símbolo de futuro poderío. El *Mapocho* corria solo como un torrente pedregoso, cubierto de basurales que acusaban decadencia....... El *fuerte Penco* no cedia, pues, en un ápice a Santiago monacal i aristocrática.

La división iba a estallar. Dábase por motivo el gobierno puramente *santiaguino* en forma i en esencia que se queria imponer a todo el país. El brigadier don Juan Martínez de Rozas era, en consecuencia, el caudillo de ultra-Maule. El sarjento mayor don José Miguel Carrera seria su contendor desde aquella raya hasta Atacama.

Los espresos comenzaron a pasar de una orilla a otra del gran rio divisorio: las tropas se llamaban a las armas; la campaña iba abrirse, i ya por los primeros dias de diciembre, es decir, cuando aun no habia trascurrido un mes, desde la última revolución, se anunciaba en la capital que algo estraordinario ocurria en las fronteras.

Al fin, el 12 o 13 de diciembre, llegó la noticia oficial del levantamiento en la forma de una intimación de desobediencia hecha por la junta de Concepción a la de la capital, fundada principalmente en la presión que esta última ejercia sobre

el congreso jeneral, único representante lejítimo de la nación.

III.

Mientras aquellos acontecimientos se desenvolvian con una prisa que ponia a descubierto la irritación creciente de los ánimos, don Bernardo O'Higgins se mantenia, como dejamos apuntado en el capítulo anterior, en una posición tan crítica i estraña, que constituia para él un verdadero sacrificio. Miembro del gobierno, por una parte, su autoridad era nominal. Diputado al congreso por Concepción i su mas lejítimo i caracterizado representante, por la otra, encontrábase ligado por un juramento a obedecer al triunvirato de que él era socio i en el que evidentemente no era obedecido. La última quincena de noviembre fué, en consecuencia para don Bernardo como el primer trago de aquellas haces amargas que hierven en el fondo de todas las revoluciones populares i de las que durante su vida pública él debia apurar las mas acerbas: la ingratitud i la calumnia, el olvido i el ostracismo.

Mas al fin, i cuando por la prisión de su íntimo amigo Mackenna, ocurrida a últimos de noviembre, vió ya burlados hasta sus respetos personales, su paciencia se agotó, junto con su abnegación patriótica, i el tres de diciembre elevó al gobierno su formal renuncia.

IV.

En esta situación encontrábase don Bernardo aguardando solo su pasaporte para marcharse al sur, cuando en la tarde del 13 de diciembre se presentó en su casa don José Miguel Carrera, acompañado de su joven secretario don Manuel Rodríguez.

Aquella visita tenia en esos momentos un grave i apremiante significado. El arrogante dictador acababa de recibir las comunicaciones en que la provincia de Concepción, no solo se declaraba segregada de la capital, sino que amenazaba usar la fuerza para mantener el equilibrio político del reino.

Carrera no podia engañarse sobre la gravedad de aquel peligro que amenazaba en su cuna su mal seguro poder, i sesgando hábilmente, aunque solo en apariencia, de sus altas pretensiones de dominio, venia ahora a solicitar de su desairado colega una cooperación tan eficaz que equivalia para él a una salvación. Don Bernardo O'Higgins nunca fué sordo a aquellos ruegos en que el interés de la patria era la razón que militaba por encima de todo egoismo; i como Carrera sabia ejercer, aun en los ánimos mas prevenidos, una influencia fascinadora, en el acto se presentó a llenar entre las dos provincias disidentes el papel de mediador.

Al dia siguiente, 14 de diciembre, partia don Bernardo para Concepción llevando los poderes mas absolutos para transijir las diferencias, bajo ciertas bases que él convino solo de palabra con Carrera i su secretario, porque en la prisa de aquellos apurados momentos no fué posible el redactar instrucciones por escrito.

V.

Don Bernardo, ansioso por llenar su pacífica comisión, aceleró su viaje cuanto le fué dable, i apenas hubo llegado a Concepción, se apersonó a la junta provincial, i haciendo valer toda su persuasión, inclinó los ánimos a la posibilidad i aun al deber de un arreglo amistoso. Hé aquí los términos testuales en que dió cuenta al gobierno de Santiago de su llegada i del primer aspecto favorable que presentaba su misión.

«Escelentísimo señor:

»El viernes 27 del corriente llegué a esta ciudad, e inmediatamente presenté mis credenciales a este gobierno, las que fueron admitidas con el mayor regocijo, congratulándose se les presentase una ocasión de transar amigablemente cualquiera diferencia que por siniestros informes pudiera suscitarse. Con la mayor brevedad procederé a

acordar las instrucciones que Vuestra Escelencia se sirvió ordenarme, de cuyos resultados estoi enteramente persuadido serán los mas felices i convenientes a ambas provincias: de ello estoi así convencido por la buena disposición que observo en los de esta junta.

»Los pliegos que con fecha del 20 del corriente me incluye V. E., los entregué a esta Junta, i en mi presencia fueron abiertos i leidos, de cuyos contenidos quedo impuesto.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Concepción, diciembre 29 de 1811. —Escelentísimo Señor.—*Bernardo O'Higgins.*»

VI.

La Junta de Santiago, que por la separación de O'Higgins i la prescindencia de Marín se componia solo de Carrera, a quien se habia asociado nominalmente don José Nicolás de la Cerda i don Manuel de Manso, como después lo fueran, acaso por mas dóciles, don Pedro Prado i don José Santiago Portales, contestó a su apoderado aquella primera comunicación acompañándole un estenso i notable oficio en que analiza la injusticia de las quejas de la provincia de Concepción i le protesta sus deseos por la paz i la concordia.

Hé aquí esta respuesta:

«Queda enterada la Junta de las dilijencias que V. S. ha hecho para empezar el despacho de las



Lit. P. Cadot. RAFAEL JOVER, EDITOR

JENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN

Copia de un grabado hecho en Buenos-Aires en 1818

comisiones que le encargó. Espera de su celo i patriotismo que se concluyan lo mejor en el tiempo mas breve. Tiene grandes esperanzas, así por manejar V. S. el negocio, como por tratarlo con ese gobierno provincial. Para que proceda V. S. con noticia de todos los particulares de la correspondencia de ambos, le incluye copia de sus contestaciones en este correo, debiendo ahí imponerse del oficio que las motivó, i le felicita en la prosperidad de su arribo.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, enero 8 de 1812.—*José Miguel de Carrera.—José Nicolás de la Cerda.*

»Al señor don Bernardo O'Higgins.»

El comisionado de Santiago siguió con empeño en su tarea de conciliación, i cuando todavia no habia trascurrido una semana desde su arribo, daba ya cuenta de los progresos de su misión, de una manera harto satisfactoria, en el siguiente oficio que trascribimos del orijinal junto con su contestación, por contener las bases preliminares del arreglo.

«Escelentísimo señor:

»Deseoso de llevar a debido efecto el objeto de mi comisión, he hecho presente con oportunidad i sucesivamente a esta Junta los varios capítulos de la instrucción, los que han sido oidos con sumo [illegible]cer, i aunque se han indicado algunas cortas

modificaciones, no tienen otro objeto que el bien jeneral.

»Sobre el artículo nono se han propuesto igualmente por la Junta algunos reparos que tienen el mismo objeto, i que se podrán allanar i allanarán sin perjuicio i en beneficio del sistema. Tratándose de este capítulo se propuso la institución de un pequeño senado permanente, compuesto de los diputados de cada una de las tres provincias, con cuyo acuerdo se determinen los negocios de mayor gravedad que se señalen en su particular reglamento, como son los de la paz o guerra; la imposición de contribuciones i nuevos arbitrios; los tratados o comercio con las potencias estranjeras o con las provincias americanas que defiendan la misma causa; los asuntos relativos al valor i cuño de las monedas; la promulgación de una nueva lei o la revocación de las antiguas; el aumento de tropas i tal cual otro caso de gravedad, resolviéndose estos asuntos a pluralidad de votos, en que tendrán uno cada uno de los individuos de la Junta. Piensan que este senado es necesario para precaver los efectos funestos del error de la arbitrariedad o despotismo.

»Piensan también que seria conveniente fijar el tiempo de la duración de los vocales del gobierno provisional i el modo como deban salir sucesivamente para que siempre quede quien instruya de los negocios a los que vayan entrando de nuevo.

Sobre todo lo cual, seria conveniente se me anticipasen las correspondientes instrucciones, aunque de lo que resulte de las conferencias daré aviso oportunamente para que se venga a un ajuste definitivo.

»Aunque aquí se dieron providencias vivas para armar a todas las milicias de la provincia i se continúan dando, ya el objeto es aprovechar el ardor de los pueblos que las hacen a su costa i por erogaciones voluntarias a fin de conseguir poner la provincia en el mejor estado de defensa posible contra las invasiones esteriores que puedan intentar los enemigos de nuestro sistema. No obstante que para reunir las fuerzas se han hecho venir las tropas de la frontera, no se ha movido un soldado hácia los partidos del Norte. Habiendo llegado repetidos avisos de que a Talca se acercaban doscientos veteranos con artillería i que luego les seguian otros quinientos con algunos rejimientos de milicias. Con este motivo se habia acordado en junta de guerra, presidida por esta Junta, que marchasen mil hombres de infantería i dragones, a..... *(aquí está roto el borrador)* de artillería a la ribera del Maule para que estuviesen en observación; pero que asegurados después de que solo eran doscientos i de las disposiciones pacíficas de ese gobierno, así como de sus principios patrióticos, se ha desistido enteramente de esta medida.

»Estoi firmemente persuadido de que esta Junta está mui lejos de pensar hostilmente contra esa provincia, mientras nuestro sagrado sistema se conserve inviolable en ella, i solo sí se trata del mejor modo de su conservación por medios puros i legales.

»I es todo cuanto por ahora puedo decir a V. E. en virtud de mi comisión.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Concepción, enero 4 de 1812. —Escelentísimo señor.

»*Bernardo O'Higgins.*

»Escelentísimo señor Ejecutivo del Reino.»

VII.

CONTESTACION.

«Bien supo la Junta al entregar comisión a V. S. para que transase sus diferencias políticas con esa provincia, que el resultado habia de ser conforme en lo posible a sus intenciones i regular, sin que V. S. perdonase medio para conseguirlo. También sabe que trata con sus hermanos i que, hijos todos de unos principios i de una educación, no hemos de anegar en sangre nuestro suelo, cuando no hai un motivo bastante a dividirnos i encarnizarnos. Al fin hemos de ser unos, i uniformados nuestros sentimientos, nos desengañaremos qr

toda disensión es obra esclusiva de nuestros enemigos que no procedieron fielmente en las noticias. Algún dia nos trataremos inmediatamente con mas serenidad i nos conoceremos, i confirmaremos de nuevo la estrechez de nuestras relaciones.

»Cuando se decida i vengan de oficio las modificaciones o novedades que anuncia V. S., responderemos a ellas, en intelijencia que no habrá sacrificio por que no pasemos en lo posible por conseguir la pacificación i unión.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, enero 20 de 1812. —*José Miguel de Carrera.—José Nicolás de la Cerda.—Manuel Manso.—Manuel X. Rodríguez*, secretario.»

VIII.

Entretanto, bajo los preliminares contenidos en os documentos anteriores, se adelantaba la obra de conciliación, habiendo sido delegado por la Junta de Concepción su secretario don Manuel Vázquez de Novoa para ajustar un arreglo definitivo con el emisario de la capital.

Este estuvo acordado a los pocos dias, i, ratificado en forma por la Junta de Concepción, fué enviado a Santiago para su aprobación definitiva.

No consta de los papeles del jeneral O'Higgins tenor de aquel convenio, de que sin duda se ha

hecho cargo la historia jeneral de Chile, escrita ya, pero es de creer que estaba basado en las moderadas i patrióticas pretensiones apuntadas por O'Higgins en su comunicación del 4 de enero de 1812, cuyo fin principal parecia dirijido a restrinjir las facultades de la dictadura por medio de un senado moderador que en nada dañaba a la espedición de los negocios puramente administrativos del Estado.

Lo único que aparece de los apuntes i notas orijinales que tenemos a la vista, es que aquel pacto fué recibido en Santiago el 22 o 23 de enero i que la Junta se ocupó inmediatamente de su discusión, pues que ya el 4 de febrero subsiguiente, daba ésta por completamente terminada la comisión de O'Higgins, en una comunicación que tributa al patriotismo de aquel caudillo toda la honra a que por su conducta en esta espinosa coyuntura habíase hecho acreedor. «Si la patria en sus apuros, dice este oficio, recarga a sus buenos hijos con las comisiones que le interesan, también sabe reconocer el mérito del individuo cuando despacha el efecto de sus encargos. En las estremas circunstancias de nuestras disensiones con Concepción, era indispensable valerse del concepto de V. S. para conseguir un avenimiento honroso i conciliador de los ánimos. Se ha visto todo el resultado, i la Junta no olvidará sus procedimientos i el interés con que ha dirijido su ca

que se anuncia en la correspondencia oficial que reconoce: e intimado V. S. en sus intenciones no perdonará medio de satisfacer sus servicios en el mismo orden de sus obligaciones. Por ahora está en el consuelo de verlo a V. S. descansar de su fatiga.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, febrero 4 de 1812.—*José Miguel de Carrera.—José Nicolas de la Cerda.—José Santiago Portales.*

Señor don Bernardo O'Higgins.»

El mismo O'Higgins, por su parte, inspirándose en su buena fe i su patriotismo, abrigaba la esperanza de que la nube de la discordia se habia ya disipado, a influjo del buen sentido de los gobiernos contendientes. «Las desavenencias suscitadas entre la provincia de Santiago i de Concepción, escribia desde esta última ciudad, con fecha de 20 de febrero, a su amigo Alvarez Jonte, que se hallaban a punto de esperimentar los horrores de una guerra civil, felizmente se han apagado de algún modo, i se ha celebrado una convención que ha sido ratificada por esta junta, i se espera *por momentos* igual ratificación por la del reino».

IX.

Mas pasó todo el mes de febrero i aquella ratificación aguardada *por momentos* no llegaba. No

incumbe a nuestro rol de simples biógrafos el hacer irrupción en el terreno de la historia para sacar a luz los móviles secretos que obraban en la política militante de aquella época, sino en cuanto aparezca esencial al propósito que traemos en mira de agrupar al rededor de la gran figura cuya vida narramos, todos los sucesos que la honran o la justifican, así como aquellas faltas que las deslustran, formando el fondo, casi siempre oscuro, de la tela en que se bosqueja la carrera de los grandes revolucionarios. Nos limitamos, en consecuencia, en esta parte, a trazar a la lijera los sucesos en que nuestro caudillo es actor, dejando el juicio de los acontecimientos i de sus complicaciones a la historia i a la posteridad.

X.

El 7 de marzo de 1812, convocábase el pueblo de Concepción en una cita jeneral i ajitada, i dando por razón el que el gobierno de la capital retardaba el envio de su ratificación a los tratados ajustados en enero, nombraba un delegado de paz que llevase a Santiago el ultimatum de sus pretensiones, i otro delegado de guerra que en el intervalo se ocupase de alistar los elementos militares para el caso de entrar en una próxima campaña.

Don Luis de la Cruz fué electo para el prime

cargo i don Bernardo O'Higgins, por aclamación, para el segundo.

Desligado de sus deberes para con el gobierno de la capital, cuya comisión habia dejado completamente terminada por su parte, el comandante O'Higgins dejaba ahora su rol pacífico i conciliatorio, i entraba a desempeñar el opuesto de soldado, asumiendo un empleo militar i activo que, aunque en el acta aparecia con el calificativo de *diputado*, equivalia al de jefe de estado mayor del ejército penquisto.

En consecuencia, púsose don Bernardo en movimiento, i después de tomar algunas providencias en Concepción con sus colegas, dirijióse a los Anjeles a ponerse a la cabeza de su rejimiento.

Una semana mas tarde, esto es, el 16 de marzo, recibió orden del presidente de la Junta, Benavente, para ponerse en marcha hácia el Maule, lo que verificó oportunamente con todas las milicias de la Laja.

Si la guerra no estaba declarada entre Santiago i Concepción, la campaña se abria, empero, por ambas partes con una actividad que anunciaba próximos desastres.

Las fuerzas de Concepción, en número de cuatro a cinco mil hombres, ocuparon a Chillán a fines de marzo, i las de Santiago, que eran menos numerosas, pero comparativamente mejor arma-

das i con jefes de mas crédito, comenzaron a tomar sus cantones en Talca.

Vióse entonces un espectáculo curioso, estraño i que habria sido históricamente ridículo si en el *cargoso* carácter chileno, en que va tan poco de la bufonada al golpe, no fuera de temer que las farsas mas estravagantes pueden convertirse por una mala palabra o un jesto desabrido, en verdaderas catástrofes nacionales.

De una parte avanzábase, el viejo ex-asesor de Concepción, con la espada de brigadier ceñida a la cintura, como jeneral en jefe del ejército penquisto, i de la otra banda se adelantaba otro jeneral de igual tenor, con la diferencia de que en vez de haber manejado los autos de las escribanías, habíase ocupado en las faenas de sus trillas i rodeos, como era la costumbre de los mas opulentos hacendados de la época. Era este último el respetable vecino de Santiago don Ignacio de la Carrera, padre de los tres caudillos que esta vez le acompañaban en familia, al mando de sus respecticos cuerpos.

Con aquellos mansos i frájiles adalides venia un ejército contra el otro, habiéndose adelantado a fines de marzo el teniente coronel O'Higgins desde Chillán (donde quedaban los infantes i cañones) con toda la caballería, compuesta de dragones i milicias, para ocupar el vado del Duao, llave entonces del Maule, como éste lo era de la capi

XI.

Pero mientras el jefe de vanguardia acordonaba la ribera izquierda del rio, llegó a su campo el *jeneral en jefe*, si tal nombre podia darse sin mordacidad al tímido i acongojado doctor Rozas. Venia éste, como era natural desde que viera que las cosas iban pasando ya a mayores, con el fin de consultar a su joven amigo una idea que le estaba trabajando la mente a consecuencia, según parece, de una insinuación del jeneral, su enemigo. Hacia pocos años que Napoleon Bonaparte, haciendo aguardar en su antesala a siete reyes, habia ajustado un tratado de paz con toda la Europa (escepto la Prusia i la Inglaterra), celebrando una conferencia con el Czar de todas las Rusias en una isla del Niedper, que separa la Polonia de la Rusia. I ahora ¿por qué él, encontrándose a orillas del Maule, que separaba a Penco de Santiago, no citaria al dictador, su rival, a acordar en una isla de aquel rio una paz como la de Tilsit?....

O'Higgins que aunque era el verdadero jeneral del ejército penquisto, estaba sin embargo decidido por la paz, pues nunca cupo en su alma que fuera dable que la sangre del chileno corriera por el brazo del chileno, aceptó aquella indicación. El plan de Rozas fué acordado en consecuencia. Arreglóse la conferencia según las formalidades

de la diplomacia, con los caudillos santiaguinos, detallóse el ceremonial, se levantó una tienda de campaña en una de las islas del Maule, se alhajó aquella como era posible, en seguida cociéronse los pavos i pichones, i por último, en una hermosa tarde de otoño, diéronse el abrazo de la amistad i la reconciliación, entre músicas i brindis, el venerable asesor brigadier i el alegre i prestijioso mayor de húsares, que habia venido de Santiago con toda su familia a dar batalla a la familia de los Rozas, Urrutias, Sotas, Mendiburu, etc., que era toda la parentela del buen don Juan Martínez en Penco.

En verdad, toda aquella grotesca comedia diplomático-militar, representada con tanta formalidad por sus mas conspícuos actores, seria una mengua histórica para Chile, si el país todo no hubiera sido entonces, políticamente hablando, como uno de esos niños retozones que al disfrutar la libertad de las primeras vacaciones se lanza de preferencia a aquel jénero de travesuras que en su verde concepto le hacen mas cercano a la circunspección i malicia de los hombres ya formados. La guerra de 1812, si guerra puede llamarse aquella bolina *en que la nave del Estado* anduvo a palo seco i sin timón, fué como esa gravísima ceremonia que se llamaba entonces la *primera barba*, i en la que el paciente se rapaba solemnemente las patillas, con ausilio de su padrino i asistencia de

toda la familia. El imberbe Chile se afeitaba ahora con agua de aquel rio que, dice el refrán, *pela la cara* de sus habitantes, pero con la diferencia que en lugar del acero de la navaja barberil, don Juan Rozas tenia gravemente la palangana del neófito, jabonado con diplomáticas lavazas, i el mayor Carrera le pasaba por las rollizas mejillas la vaina de su sable....

La paz, pues, quedó ajustada bajo las bases que antes se habia indicado i que consistian esencialmente en la creación de un senado que representase las tres provincias del reino, con otras pretensiones de pura fórmula o de localidad, que dejaban a cubierto el *honor* de los combatientes.

La borrasca disipóse así, a la manera de esas polvaredas que el viento del mediodia suele levantar en nuestros caminos reales; i en sus vanos amagos de desastres, como en los peligros verdaderos en que el país se viera en consecuencia, solo aparece como digno de una mirada escrutadora el jenio naciente de aquel húsar que todo lo avasallaba a su potente voluntad, i el patriotismo no menos grande de aquel caudillo que llevaba en su corazón, como un talismán sagrado para salvarse en todas sus dificultades, la abnegación de su personalidad i de su egoismo a la primer señal de angustia de la patria que adoró. I ese JENIO i ese PATRIOTISMO, timbre característico de las dos mas altas nombradías militares de nuestra

revolución, aparecerán marcando el opuesto rumbo de sus destinos, siempre que el ojo de la posteridad se acerque a contemplarlos, sea en la cúspide de su grandeza, sea en el polvo de sus tumbas, sin que ciegue su vista la espesa tela de los odios o de las predilecciones heredadas.

XII.

A las paces del Maule, siguióse aquella era infecunda, pero estraordinaria, en que se viera a un mozo de 25 años, casi advenedizo en la política, enseñorearse como absoluto dueño de un país que pasaba por el mas circunspecto en la América española i en el que el espíritu de familia todo lo podia; pero cuya grave prosopopeya i cuyo espíritu oligárquico aquél supo poner a su servicio por la singular elasticidad de sus recursos, aun cuando heria aquella con las famosas «vapulaciones de los godos,» las nocturnas mascaradas i los escándalos i pasatiempos mas estravagantes, i lastimaba la última dando suelta al instinto democrático de las masas, que solo entonces a la voz de la *Aurora*, sublime cartilla de la república, emprendió al porvenir su tardo vuelo.

Carrera fué omnipotente i único desde aquel dia de su pacífico triunfo. Al poco tiempo (8 de julio de 1812) sucumbió Rozas a un alzamiento de sus propios parciales, i enviado preso a Me

doza, donde en breve moriria (mayo de 1813) con su razón estraviada, decia todavia antes de dejar su patria, que quien habia de perderla o de salvarla era el joven rival que le habia vencido.

XIII.

O'Higgins, por su parte, que nunca aspiró a la rivalidad de aquel émulo que le diera mas el destino que su carácter, alejóse, en consecuencia, de todos los negocios públicos, desconsolado su ánimo, abatido su patriotismo, sintiéndose además sin amigos ni consejos desde que Rozas habia sido espatriado i Mackenna vivia confinado al norte de la capital en la hacienda de Catapilco, grato i último albergue que aquel soldado sin ventura encontrara en el afanoso sendero de la vida.

Retirado don Bernardo en su hacienda de las Canteras, el dictador i sus emisarios le respetaron, sin embargo, porque aquél le debió durante toda la primera época de la revolución una indisputable deferencia, como a patriota puro i como a hombre en el que la base del carácter privado era la hidalguía i la benignidad.

Entristecido O'Higgins por el jiro bastardo que un brillante despotismo imprimia a la revolución, pasó todo el invierno de 1812, tan alegre i fastuoso en la capital de los Carreras, encerrado en su hacienda, cuyas faenas, descuidadas durante

mas de un año, se encontraban en notable atraso. Enfermo, además, de los frecuentes reumatismos que durante toda su vida aquejaron su salud, cuando vino el verano se dirijió con su madre a los baños termales del Perquilauquén, llamados hoi dia de Cato, donde pasó olvidado los últimos meses de aquel año que comenzara cuando él desempeñaba el alto puesto de mediador i de juez entre sus conciudadanos divididos.

En enero de 1813 regresó a su hacienda, aunque no enteramente restablecido de sus dolencias; i como su disgusto por el estado del país fuera en aumento, comenzó a ocuparse de un pensamiento, que prueba cuán honda era su tristeza al contemplar la política dominante, tan opuesta en todos sentidos a sus opiniones, a sus sentimientos revolucionarios, i particularmente a sus afecciones íntimas, heridas en sus mas caros amigos. Aquel pensamiento fué el abandonar su patria a su destino, i emigrar con su familia a las orillas del Plata, donde tenia amigos i donde todavía se encontraban militando con honor algunos de sus jóvenes camaradas del batallón de Penco.

Tan seria fué aquella resolución, que don Bernardo comenzó a vender sus ganados i hacer todos los preparativos que requeria una larga espatriación. Mas una coincidencia inesperada iba a estorbar aquel designio que revelaba flaqueza en un ánimo por sí tan esforzado, aunque le amilan

ran siempre las desgracias ajenas, i en especial las de sus amigos inmediatos.

Venia entonces impregnándose el aire de vagos clamores que anunciaban guerra i alarma; i un dia (26 de marzo de 1813) de improviso oyóse hácia el Sur el tiro del cañon......... Era Pareja que desembarcaba en San Vicente con una espedición realista!

La sangre chilena habia corrido a las puertas del hogar del patriota i caido sobre el corazón del hermano! En su nombre, don Bernardo olvidó todas sus tribulaciones, sofocó todas sus penas, i montando a caballo, abrazó a su madre para ir a batirse siempre como el primer soldado en aquellas campañas inmortales que duraron mas de un lustro, durante el que, puede decirse sin hipérbole, aquel noble caudillo no apartó para sí un instante de reposo, ni una sola mezquina aspiración, ni un solo lucro, pues, antes bien, todo lo que poseia lo echó a manos llenas en el cauce ya enflaquecido de la revolución i de la independencia de su patria. Pero don Bernardo O'Higgins jamás creyó que su oro era un ofrenda ni una sacrificio digno de tomarse en cuenta en la razón de sus servicios a una patria a la que él se creia ligado con todos los deberes de un puro i santo amor de hijo. I todavía, cuando anciano i enfermo, pidiendo prestado para pagar los médicos de su postrer dolencia, decia a su ajente de negocios en Chile

estas palabras verdaderamente sublimes en su situación:—«Mis intereses personales son de lo que menos he cuidado en toda mi vida, principalmente cuando los de mi patria están de por medio. Sí, mi antiguo amigo, de esta patria que desde los 15 años de mi primera edad, fué el ídolo de mi corazón en la tierra i lo será hasta rendirle el último aliento».

CAPITULO VII.

Las campañas de la *patria vieja*.—Doble rol que juega en ellas O'Higgins como soldado i como jeneral.—Juicio sobre su conducta i desempeño en ambos.—Entra en campaña, i por la capitulación de Concepción se viene de incognito al Maule.—Juicio sobre la entrega de esa plaza i tenor de su capitulación.—Reúnese en Talca con Carrera i Poinsett.—Sus relaciones con este personaje.—O'Higgins se ofrece a sorprender un cuerpo avanzado i lo ejecuta en Linares.—Es ascendido a coronel de ejército.—Servicios de vanguardia en que es empleado mientras se reune el ejército en Talca.—Correspondencia característica del jeneral en jefe dirijida a O'Higgins durante este tiempo.—Se abre la campaña sobre el enemigo.—Su rápido éxito.—O'Higgins se apodera por sorpresa de los Anjeles.—Su hacienda de las Canteras, es venganza de este hecho, es completamente destruida, i O'Higgins empeña su crédito personal para habilitar su división.—Marcha con éste al sitio de Chillán.—Encuentros del Tejar, Maipón i Lajuelas.—José María Benavente i Freire al lado de O'Higgins.—Amistad antigua con el primero.—Se levanta el asedio de Chillán contra la opinión del cuartel maestre encargado de dirijirlo.—O'Higgins otra vez en Concepción.—Su romántica correría en ausilio de su madre.—Combates de Guilquilemo, Gomero i Quilacoya.—La madre i hermana de O'Higgins son hechas prisioneras.—Sorpresa del Roble.—El cadete Cruz.—Heróica conducta de O'Higgins, reconocida oficialmente por Carrera.—Descrédito de éste i creciente popularidad de aquel.—La junta se traslada a Talca i resuelve deponer a Carrera nombrando en su lugar a O'Higgins.

I.

Las primeras campañas de Chile, llamadas con propiedad de la *patria vieja*, como lejítimas hijas que fueron de un pueblo tan bisoño como heròi-

co, i que saltó de la cuna a los campos de batalla, tienen un sello orijinal que acaso no es facil descubrir en los anales militares de otros pueblos.

Ambos ejércitos son chilenos. Hasta la llegada de Maroto i de sus nombrados *Talaveras* no se ve formar en las filas realistas un solo soldado europeo. El valor es igual de una i otra parte. La lucha como personalidad, es una guerra civil. Solo un principio santo la hace nacional para el bando que la proclama. Este principio es la independencia, es el alma, es el vigor, es la enseña, el milagro de la edad; suyas son las batallas, las victorias son su templo, Chile es su hijo.

Todo lo demás es estraño, desconocido, único.

En esas guerras la estratejia está suprimida; las maniobras son inútiles; los jenerales casi un lujo. Agrupados en un recinto estrecho, todos los sables fuera de sus vainas, todos los caballos tenidos por la brida, se pelea noche i dia, sin cansarse de matar ni de morír. No hai marchas; ni hai retiradas; los ejércitos no tienen flancos ni retaguardia. Amurallados entre el Maule i el Bio-bio, las dos grandes líneas militares del país, en un espacio de sesenta leguas, se estrechan i oprimen las masas opüestas, i todo aquel territorio, sin la esclusión de una sola pulgada, es durante diez i ocho meses un inmenso campo de batalla, en el que no se ha secado todavia la sangre del combate de ayer, cuando hoi lo riega de nuevo la sangr

que viene de refresco. Un estero, una arboleda, un potrero, separa muchas veces dos divisiones que se acercan, pero no se descubren. El fogon del vivac de los invasores alumbra de noche el campo de los libres; i en las marchas de los dias calorosos del estío, el viento va confundiendo las polvaredas de las líneas que se avanzan paralelas buscando el sitio de embestirse. Un reguero de sangre marca en los rios, que ya concluyen, ya se apartan i ya se enlazan entre sí, cada uno de sus vados, cada paso oculto en los senderos en que las partidas que los guardan han disputado el terreno a los esploradores que llegan a limpiar el campo. Todas las poblaciones están erizadas de trincheras; cada altura es un vijía; los campanarios de cada parroquia están echados a rebato i solo cuando el cañón resuena, se apaga su clamor. Merced a las inmensas caballadas que la guerra encontraba ociosas i lozanas, todo se hace al galope, sin descanso i en inmensos tropeles. Cien partidas se cruzan a la vez por los abiertos llanos o bajo la ramazón de los bosques apartados, i solo cuando los flanqueadores han gritado *viva la patria!* o se ha oido el *viva el rei!* del enemigo, se sabe que va a tener lugar un encuentro i que es preciso matarse, i en realidad se matan...... Nuestros heróicos reclutas perecian en los fríjidos lodazales de Chillán sin soltar el fusil de las manos [illegible]do, puestos de facción, tenian la inclemencia

del cielo por único reparo; o bien en los combates, sin destreza en el uso de las armas, introducian en la carabina el cartucho por su asiento, i cuando reconvenidos por sus jefes del error, tiraban el arma i desnudando el sable decian que la pólvora no era el arma de los bravos. Todos los ejércitos eran reclutas, los héroes estudiantes, los jenerales simples padre de familia, i en verdad la *patria vieja* no fué sino una de esas buenas e induljentes matronas que se recreó en abrigar en su regazo aquella brillante muchedumbre, que llamó sus hijos i sus nietos, i quienes en el afán de sus caricias i en las riñas de sus infantiles celos, terminaron por ahogarla, olvidando sus respetos, por la ceguedad de su ardimiento.

Dábase, por otra parte, el nombre de *batallas* a los combates en que se cargaba al enemigo calando bayoneta, al paso de trote, media legua antes de llegar a las filas opuestas, como sucedió en San Carlos. Creíase que era *sitio* el de Chillán, en que los *sitiados* se derramaban por la campiña i tenian menos hambre que los sitiadores, i en que éstos pasaban con sus compañías por el centro de la ciudad, paseándose de un estremo a otro, como lo ejecutara el bizarro Escanilla el 5 de agosto de 1813; los chilotes, a su turno, tiraban sus fusiles a las orillas del Maule porque les decian que el mundo no pasaba mas allá, i que una inmensa mina reventaria a sus piés cuando estuvieran e

el centro de su cauce; i el capitán Leandro Castilla, hermano primojénito del actual presidente del Perú, daba parte de una acción en Gomero, cual dijera de los moros Alonso VIII en las Navas de Tolosa. «Acabo de derrotar al enemigo completamente, con la mayor felicidad que el cielo podia protejer a los católicos».

Los realistas no tenian jenerales porque Pareja era un oficial de mar, i Sánchez un *pino*, como se llamaba entónces a los sarjentones ascendidos; i de los caudillos de la patria, los únicos capaces de dirijir una campaña, Carrera por sus dotes militares, Mackenna, por su ciencia, se encontraban en el mas absoluto desacuerdo.

El arte de la guerra estaba, pues, fuera de uso en todos sus principios normales en aquella campaña de recursos i de heroismo individual. No hubo jenerales de una parte ni de otra, ni era posible los hubiera donde no habia ejércitos sino grupos mas o menos indisciplinados i atrevidos. Hubo solo *caudillos*, jefes de guerrillas, montoneros incansables invictos e invencibles. El alma i el núcleo de las fuerzas del rei, a las órdenes de Pareja, era un paisano, el intendente don Tomás de Vergara, muerto en Yerbas-Buenas. Fuélo después, bajo Sánchez, el fraile Amirall, i bajo Gaínza el hacendado don Luis de Urrejola Solo soldados podian levantarse de aquella lucha, en que todos los combates eran casi cuerpo a cuer-

po, i de aquellos fué fecunda, como lo prueban todavia nuestros mas bellos nombres militares que recibieron en esas campañas su primer bautismo i su primer galón. I entre éstos el mas notable, el mas ilustre, el que en realidad dió mas nervio al servicio, mas empuje a la guerra, mas gloria a su patria, fué el coronel don Bernardo O'Higgins, como en el opuesto bando fuélo otro ilustre partidario, cuya suerte i cuya gloria le llevó mas de una vez a sostener encuentros de bravura con O'Higgins, hasta que al fin éste le venciera dándole sus soldados una muerte digna de su fama. Fué éste el coronel don José Antonio Elorriaga, joven vizcaino, que de un escritorio de comercio en Santiago, alcanzó los mas altos puestos del ejército enemigo, pereciendo en Chacabuco, i dejando después del bizarro e infortunado Ordóñez, el mejor nombre de soldado entre los adversarios de la independencia chilena.

II.

Durante las campañas de 1813 i 1814, amoldándose a los sucesos que las caracterizaron, don Bernardo O'Higgins desempeñó, un doble rol distintamente marcado. Fué el primero el de partidario, de comandante de vanguardia, de jefe de divisiones sueltas, i como tal es un soldado perfecto, un héroe, la primera figura de la guerra, s:

contradicción posible. Su segundo puesto, que ocupó en enero de 1814, fué, al contrario, una misión ajena a su carácter i a sus facultades, en la que se mostró siempre inferior a la gran responsabilidad que su destino le imponia, escepto en uno solo de aquellos dias i el mas glorioso de ese padrón lleno de hazañas, que fué aquel en que don Bernardo O'Higgins, para ser grande de nuevo, dejó de ser jeneral para ser otra vez soldado, el soldado de Rancagua.

Don Bernardo, en verdad, no era un jeneral, si hemos de reconocer a esta palabra el sentido que la ciencia, no el vulgo, le atribuye. Él mismo lo reconocia con su jenial modestia, i no solo antes de probarse en su carrera, como lo decia en documentos que ya hemos dado a conocer, sino en sus últimos años, cuando, a solas consigo mismo, repasaba la cuenta de sus gloriosos hechos, que nunca brillaron al frente de columnas desplegadas en campal batalla, sino en el torbellino de los sables i caballos, peleando cual cumple a los bravos de la tierra, sin mas coraza que el poncho, sin mas escudo que el robusto brazo que empuña el acero.

Mas, en otro sentido, O'Higgins carecia de aquella prontitud de concepción en que el hecho viene tras el pensamiento, como el rayo sigue al relámpago. No era dueño de esas raras dotes de fria saga-ıd en el carácter unida al impulso de esa ardien-

te inspiración del ánimo que alumbra en las dudas i hace que se atropellen los atajos. En los dias de batalla podia quizá distinguirse, flotando sobre su ancha espalda algunas crines de la melena del leon; pero nunca llevó consigo aquella *piel de zorro*, que según Lisandro era tan necesaria al jeneral perfecto, que debe ser amasado de astucia i coraje. No tenia tampoco aquel criterio profundo i acertado en el juicio de los hombres de que se rodeaba, porque su bondad de hombre ponia una venda a los ojos del caudillo, que, dejado a su solo impulso, siempre fué fácil i magnánimo, siendo las graves faltas de que le acusa con justicia la posteridad, hijas de su condescendencia, nunca de su corazón. Su mismo aspecto, su rostro abierto i bondadoso, su ademán comedido, su espresión injénua i espansiva, su humor parejo, violento a veces, pero pronto en aplacarse, su temperamento sanguíneo, la regularidad de sus hábitos, todo anunciaba en él la ausencia de aquellas estraordinarias cualidades que, combinadas por el acaso en un solo hombre, vaciadas de golpe en un solo cerebro i en un solo corazón, producen esos seres singulares a quienes, a falta de un nombre preciso i definido, se conoce hasta aquí por el calificativo de *jenios*. I por esto, en la carrera pública de don Bernardo O'Higgins, donde quiera que se le busque i se le interrogue, en su juventud, en la decadencia, en el supremo poder, en su ostra

mo, siempre el narrador filosófico que se esfuerce de buena fé en descubrir su honrada i simpática figura entre la pléyade vasta i deslumbradora de las notabilidades revolucionarias de América, siempre encontrará cerca del puesto que él ha elejido o aceptado, otra figura que la historia ha hecho de alguna manera mas notable en aquellas precisas cualidades en que nuestro caudillo se sentia a sí mismo deficiente. Así, su primer tutor en la iniciativa de su gran carrera es Miranda. Después él mismo aclama a Mackenna como su alto consejero, i en seguida se subordina a San Martín, i por último a Bolívar. Diferente en todo de su émulo don José Miguel Carrera, que quiso ser solo i único, i cuando no pudo serlo en su patria fuélo contra ella, hasta que el mundo habitado en que se ajitaba no tuvo ya espacio a su ardiente e insaciable aspiración, i fuése a las tolderias del desierto i murió con la muerte de los parias, grande, solitario i maldito.

Caracterizado de esta manera, que juzgamos recta i justiciera, el doble rol de don Bernardo O'Higgins, en la primera guerra de Chile, vamos ahora a compendiar sus hechos en ella bajo aquella doble faz, primero como soldado, i en seguida como jeneral del ejército chileno.

III.

Treinta horas después del desembarco de Pare-

ja en San Vicente (27 de marzo de 1813) súpolo O'Higgins en su hacienda. En el acto reunió las milicias de la Laja, dándoles cita en el punto llamado el Avellano, distante una legua de los Anjeles, i puesto a su cabeza se dirijió a Concepción, cuya plaza suponia amagada de cerca por los invasores. Mas apenas habia cruzado el rio Laja, cuando salió a su encuentro un dragon, que tenia en su uniforme la escarapela española. Era éste portador de un pliego en que el intendente Benavente le ordenaba dispersase sus milicias i se retirase a su casa, pues la ciudad acababa de capitular (29 de marzo de 1813).

Enajenado de sorpresa, O'Higgins no pudo menos de presentir una negra traición, i bajo esta influencia, que nunca se disipó de su espíritu, pues las pasiones la enconaron mas tarde, tomó en el acto su resolución.

Fué esta la de abandonar la provincia que habia sido tan míseramente entregada, i sin mas séquito que uno o dos ayudantes, para evitar el ser sorprendido por los destacamentos que desde Concepción se avanzaban en todas direcciones i particularmente sobre los Anjeles, donde el activo i enérjico obispo Villodres, se ocupaba, desde el primer aviso, en efectuar una reacción, que en efecto llevó a cabo.

Exhortando a sus fieles milicianos, cuya gran mayoría era de sus propios inquilinos, a la lealtad

a la patria i a su persona, i prometiéndoles un próximo regreso, Don Bernardo, mas irritado que triste, dirijióse en consecuencia hácia el Maule, acompañado de dos oficiales del apellido de Soto, padre e hijo, que le servian de ayudantes.

Viajando por sendas estraviadas pudo acercarse a los suburbios de Chillán, donde supo que un escuadron de dragones, al mando del comandante don Melchor Carabajal, primo de la mujer de Benavente, habia pasado hácia adelante por la carretera del Parral i de Linares, i en consecuencia, tomando las veredas de la cordillera, de que era práctico, i evitando los llanos, pasó el Maule en su parte superior i llegó a Talca el 4 de abril de 1813.

IV.

A las pocas horas de encontrarse en Talca, anuncióse a O'Higgins la llegada de don José Miguel Carrera que habia cambiado su dictadura por el jeneralato en jefe del ejército i venia a establecer su cuartel jeneral en aquel pueblo, acompañado de un estraño personaje llamado Mr. Joel Poinsett, que era solo conocido por el nombre del *Cónsul*. Una escolta de siete húsares acompañaba a ambos.

Echando en olvido todo lo pasado, don Bernardo fué a ver en el acto a su nuevo jefe. La en-

trevista de dos hombres que iban a unirse en una empresa común, grata a sus almas, no podia ser sino cortés i comedida, aunque en secreto pudieran mirarse el uno al otro con recelo. Hablóse solo de guerra, i en esa primera conferencia ya O'Higgins, como una muestra anticipada de su noble abnegación, encontraba una oportunidad de ofrecer a su país un servicio interesante.

Sabiéndose que el escuadrón de dragones que habia traido Carabajal se encontraba en Linares, se acordó que O'Higgins al caer la noche del siguiente dia se dirijiese a sorprenderlo con los siete húsares que habian escoltado a Carrera i veinte milicianos de Talca que pudo reunir el capitán Letelier.

Hízose así, i por senderos estraviados se acercó O'Higgins cautelosamente al pueblo de Linares, a cuyos suburbios llegó a las ocho de la mañana del 6 de abril, i no al amanecer como él lo deseaba i sus guias se lo habian prometido.

El golpe que se meditaba era lleno de atrevimiento. Aquel puñado de voluntarios no tenia mas armas que unos cuantos pares de pistolas que el mismo Carrera i Poinsett se habian ocupado en cargar; pero el último al despedirse de O'Higgins le habia dicho estas palabras, que fueron siempre la divisa de todas sus empresas militares:—*Audaces fortuna jubat,* i en este primer ensayo el bisoño caudillo tenia a punto de honor el hacer buena tal enseña.

Cuando hubo llegado a corta distancia del pueblo, emboscó su jente, i se adelantó solo a tomar lenguas. A poco andar, encontró a un transeunte que pasaba de viaje, i sabiendo por éste que los dragones estaban en la plaza con sus caballos ensillados i preparándose a montar, revolvió en demanda de sus compañeros. Formados éstos en una pequeña columna, i poniéndose su comandante a la cabeza, lanzólos a galope por la calle que conducia a la plaza, i penetrando en ésta con gran algazara, rodearon a los deaspercibidos dragrones: todos fueron hechos prisioneros en el acto mismo i llevados a Talca, donde en el número de ochenta tomaron servicios. Solo dos de estos veteranos consiguieron salvarse en sus caballos para llevar el aviso de lo ocurrido a Carabájal, que se encontraba en Cauquenes, i quien al saberlo se replegó precipitadamente al grueso del ejército realista repasando el Ñuble.

Este golpe de mano se ha considerado impropiamente como el primer hecho de armas de la guerra de la independencia, pues la defensa de los castillos de Talcahuano, en que perecieron valientemente treinta chilenos, le precedió por mas de diez dias. Pero si fue el segundo encuentro, era la primera victoria, i esta fué aplaudida con un regocijo jeneral, ponderándose la hazaña por su misma novedad en un ejército bisoño i por un pueblo mas bisoño todavia. El comandante de

milicias O'Higgins fué ascendido a coronel de ejército por la junta de Santiago con motivo de esta acción, pero en realidad como un premio merecido por tres años de servicios.

V.

Mientras iban llegando al cuartel jeneral de Talca los diferentes cuerpos del ejército patriota, O'Higgins se mantenia con una división de caballería compuesta de dragones i milicias en la ribera izquierda del Maule, emprendiendo diversas escursiones i sirviendo a aquel de vanguardia, o mas propiamente, de esplorador.

VI.

Una vez reunidas las fuerzas patriotas, que se componian de unas cuantas columnas de reclutas armados de fusil, i envueltas, mas bien que sostenidas, por enormes masas de milicias montadas, abrióse la campaña sobre el enemigo que se avanzaba en iguales condiciones. El número de tropas de ambas partes rayaba de ocho a diez mil plazas, pero de éstas solo serian capaces de formar en línea de batalla de dos a tres mil. Mas en la paridad de elementos, la suerte i el arrojo estuvo por los patriotas i la primera campaña fué rápida i feliz.

Desbaratado, en efecto, el enemigo en Yerbas Buenas i en San Carlos, repasa el Ñuble en desorden i se asila en Chillán. Los cuerpos patriotas, por su parte, se avanzan por la carretera de Concepción i pasando por el flanco del ejército realista, invaden todo el territorio de que este era dueño hasta el Bio-Bio, i en dos semanas les arrebatan todas sus conquistas, rivalizando la celeridad i el denuedo que se ponia en recobrarlas con la prisa i el susto con que fueron perdidas. Solo los Anjeles, llave maestra de la alta frontera, como Arauco lo es de la baja, quedaba en poder del enemigo.

En toda aquella campaña de 40 dias, que habia sido mas bien una marcha triunfal, O'Higgins se habia mantenido por lo común a vanguardia, o moviéndose por los flancos con sus jinetes. Habia sido en realidad el comandante en jeneral de la caballería patriota, aunque en realidad solo tenia el título de jefe de partida i ejecutaba frecuentemente las operaciones de simple guerrillero.

Terminadas con tanto éxito i una rapidez tan asombrosa las primeras operaciones de la campaña, en la que la bala que mató al intendente Vergara en Yerbas Buenas i la fiebre a que en seguida sucumbió Pareja, habian hecho mas daño al enemigo que la desorganización de sus bisoños batallones, no quedaba otra maniobra para completar la destrucción de aquel, que cercarlo en su

asilo de Chillán, desalojándolo antes de los Anjeles, donde era posible encontrase algún apoyo en su aislamiento.

VII.

Al mismo tiempo que se ejecutaban las operaciones necesarias para concentrar las fuerzas patriotas, diseminadas en todas direcciones, sobre la altura de Chillán, O'Higgins pidió al jeneral en jefe, en consecuencia del plan de campaña adoptado, la autorización necesaria para hacerse dueño de los Anjeles por una atrevida sorpresa. Fuéle concedida, i al dia siguiente de su llegada a Concepción (el 21 de mayo de 1813) se pone en marcha, no con una columna espedicionaria, cual el arduo objeto que tenia en mira parecia requerirlo, sino con un mero grupo de hombres resueltos i bien armados. Componíase esta pequeña banda de cinco oficiales voluntarios (los dos Sotos, ayudantes de O'Higgins, los cadetes Vial i Gómez i el coronel Fernández), de veinte milicianos fronterizos, dos tambores, dos cabos, dos sarjentos i dos ordenanzas del jefe llamados Morales i Escanilla: total treinta i tres. Al dia siguiente, 22 de mayo, este puñado de valientes era dueño de la fortaleza de los Anjeles, i O'Higgins habia sido el primero en pasar el foso marchando a su cabeza.

Llegados, en efecto, a los suburbios del puel

O'Higgins puso su banda en celada, i ordenó a su asistente Morales que se apease i con cualquier disfraz se introdujese al pueblo i al fuerte, de que era conocedor práctico. Hízolo éste i volvió diciendo que la guarnición estaba en el mas completo descuido, ocupado su comandante en jugar malilla con el cura. No se perdió entonces un instante. Formados en pelotón los voluntarios arremeten a la entrada del fuerte, atropellan los centinelas, entran en tropel a las cuadras, se apoderan de la sala de armas i al grito de *Viva la Patria!* toda la guarnición queda hecha prisionera, sin escapar el mismo cura, i menos, decontado, su socio de carpeta.

La toma de los Anjeles fué la hazaña de Linares repetida con menos elementos i mayor audacia. La ventaja militar fué también mucho mas considerable. El enemigo quedó completamente aislado en Chillán, sin un punto de apoyo para retirarse i sin su principal compuerta para recibir socorros.

Despechados por esto los realistas, se vengaron de la fortuna i del arrojo del caudillo insurjente, quemándole sus casas de las Canteras, construidas solo dos años hacía, talando sus campos i arreando sus ganados hasta dejar aquella hecha un completo yermo.

Pero O'Higgins nunca supo cuidarse de su ruina mientras ésta reparaba los daños de la patria.

Al contrario, en esta vez, aniquilados todos los valores de que podia disponer, i aun sus joyas de familia, empeñó su crédito, firmando vales hasta la suma de dieziseis mil pesos, bajo su sola responsabilidad, para habilitar su tropa. I lo que mas admira i apesadumbra al recordar desprendimiento tan sublime, es que no fuera Chile quien pagara aquella deuda, sino una nación estraña que dió al héroe espatriado el pan de su vejez, sin que siquiera hoi, cuando su nombre es solo una sombra i una grandeza de la historia, sin émulos ni envidia, sus conciudadanos le consagren un epitafio de oro que abone aquella deuda de inmensa gratitud, borrando una mengua nacional.

Prodigando sus recursos, el coronel O'Higgins organizó rápidamente una fuerte división de jinetes fronterizos, leales i aguerridos, i con ellos marchó, después de un mes de trabajo de recluta en los Anjeles, al sitio de Chillán, que ya comenzaba a estrecharse. El 30 de junio de 1813 fué el dia en que se puso en movimiento desde la capital de las Fronteras con no menos de mil soldados de escelente calidad, i que él habia equipado i socorrido de sueldos, casi a su sola costa.

VIII.

Sábese demasiado cuál fué la varia e inconstante suerte de las armas chilenas en aquel asedio.

La inclemencia del cielo pudo mas que el plomo enemigo, i los altos de Collanco, convertidos en un movedizo lodazal, fueron el cementerio de cien bravos que morian a la intemperie sin haber mordido la pólvora de sus cartuchos en la línea de batalla.

En la paralización jeneral que imponia la estación, O'Higgins i sus lugar-tenientes inmediatos solo podian ejecutar algunas operaciones con los cuerpos montados que mandaba, mientras los cañones quedaban sepultados en el fango, i la infantería, sin tiendas de campaña, recibia al cielo raso torrentes de lluvias, alternadas con los hielos del invierno, insoportables a su desnudez. Tres hechos de armas rejistra la historia de esos dias de heroicas penalidades en que la caballería de O'Higgins se comprometió con éxito. Los nombres de estos encuentros son *El Tejar*, *Lajuelas* i *Maipón*. En todos encontróse el coronel guerrillero, ya disputando un convoi de municiones, ya peleando, como era mas jeneral entonces, por el solo objeto de pelear.

I en todos esos lances vióse siempre conspícuos i hermosos a dos jovenes jinetes que se batian al lado de su jefe. De figuras opuestas ambos, tenian empero entre sí la comunidad del heroísmo. El uno era alto, bizarro, membrudo, de rostro tostado por anteriores pruebas; i rubio, casi imberbe, apacible rostro i de una belleza delicada, el otro.

I apenas se hace necesario aqui nombrarlos, porque todos habrán conocido a don José María Benavente i a don Ramón Freire, las primeras espadas de Chile, i que sin duda serian tan grandes soldados como O'Higgins, si el último no hubiera sido su discípulo, i su émulo el otro, siendo ambos sus íntimos amigos en los primeros años de su gloria, como fueron sus irreconciliables adversarios cuando no fué la patria, sino los bandos, los que encendieron la ira de los pechos, ociosos ya de la gloria.

El asedio de la plaza continuaba entretanto con irregularidad i lentitud. Mas el enemigo, mal traido en dos combates, (3 i 5 de agosto), hostigado por O'Higgins con su caballería por afuera, i con una batería que bajo la dirección científica de Mackenna les hacia considerable estrago dentro del recinto, comenzaba ya a flaquear, cuando el jeneral en jefe, por un fatal acuerdo, resolvió levantar el sitio precisamente en los momentos en que su cuartel maestre jeneral, que era el encargado por sus conocimientos especiales i su empleo de aquellas operaciones, declaraba que el asedio estaba concluido i que la plaza deberia en breve capitular. Pero celos funestos dividian otra vez los ánimos: Mackenna recordaba su prisión i su destierro, Carrera se dejaba arrebatar por su juvenil altivez, los consejos eran desoidos, las ocasiones se malograban lastimosamente, i los des

ciertos sucedian a las pasiones, ya desacordadas i a las intenciones secretamente hostiles.

IX.

El mal éxito del sitio de Chillán, debido solo a la impericia, desbarató todas las ventajas conseguidas, desorganizó el ejército, apagó los brios del soldado, desunió los ánimos i trajo al suelo, como era inevitable, el crédito del joven jeneral, que como antes cojiera con hartura de aplausos la gloria de los primeros hechos, fué ahora el único responsable del fracaso.

La nombradía de O'Higgins, asegurada ya como una bravura digna de renombre por sus hazañas de Linares i los Anjeles, fué exaltada ahora a tanta mayor altura cuanto iba en decadencia la del jeneral en jefe; i a mayor abundamiento, dos sucesos importantes vinieron a poner su reputación militar en el colmo del prestijio en el curso de la campaña.

Tal fué la correría que O'Higgins hizo por los desfiladeros de Guilquilemo, Gomero i Quilacoya, en el camino de Rere a Gualqui, i la batalla del Roble a orillas del Itata.

X.

Acantonado el ejército por divisiones, después de levantado el sitio de Chillán (10 de agosto),

marchó O'Higgins a Concepción con algunos destacamentos montados, i apenas habia dado un pienso a sus caballos, volvió a tomar el campo.

No salia O'Higgins esta vez en busca del enemigo, sino en una cruzada íntima i caballeresca. Tratábase solo de damas a quienes servir con arrogantes pechos, i esas damas eran los seres que amó O'Higgins con singular predilección todos sus dias: eran su madre i su hermana. Asiladas éstas en el fuerte de Nacimiento, desde que O'Higgins ocupó los Anjeles en mayo, les avisó ahora que podian venirse a Concepción por Yumbel i que él iria a escoltarlas internándose desde Gualqui, que se aparta de la ribera norte del Bio-Bio nueve leguas al oriente de Concepción, en dirección de Rere.

Mas apenas habíase puesto en ruta, cuando se le avisó que Elorriaga con una división de mil hombres de las tres armas habia salido para Chillán i se avanzaba por el camino de Rere, proponiéndose sin duda en su infatigable osadía, reconquistar las fronteras recien perdidas. Iba, pues, a interponerse entre la marcha de su madre i el ausilio que él llevaba, i se hacia preciso entonces volver a su socorro, aunque no tuviese sino 300 hombres, que era un tercio de las fuerzas de Elorriaga.

Marchó, pues, en el acto i resueltamente al encuentro de aquél, i en las angosturas de Guilq··

lemo se trabó el primer combate en la mañana del 2 de setiembre. Atropellada en breve la columna de O'Higgins, por la superioridad del número, se retira combatiendo hasta el alto de Gomero, donde se resiste hasta ser de nuevo arrollada. Era el medio dia. O'Higgins baja entonces la cuesta al galope, siendo uno de los últimos en retirarse, i al saltar una zanja de la ruta, reviéntanse las cinchas de la silla, i el caballo, espantado, le deja en el suelo, en el lado que venia ganando a toda prisa el enemigo. Iba, sin duda, a caer prisionero; pero un valiente soldado revuelve, dále su montura, sube a la grupa i ambos se salvan, haciendo alto de nuevo en las eminencias que coronan la hacienda de Quilacoya, cuando era ya la noche. Fortificado allí, Elorriaga estableció su campo al pié del cerro sin atreverse a desalojarlo; tenia con él las mejores fuerzas del ejército realista i estaban a su lado sus mas atrevidos lugartenientes, los incansables Olate i Lantaño, que parecieron poseer el don de multiplicarse, pues en todas partes se les encuentra, entre el Maule i las fronteras, entre las cordilleras i mar, durante aquellas campañas hechas a media rienda, en las cargas como en las derrotas. Pero O'Higgins tiene también a su lado a Benavente i Freire con otros cien valientes que iban llegando a su socorro desde Concepción. En la mañana de aquel dia, que tuvo tres combates conocido por los nombres

de sus principales sitios, se habia distinguido en un grado heróico un joven sarjento de las milicias de Concepción. Era éste el valiente Maruri. En aquella edad los héroes nacian al brillar de los sables en la primera escaramuza de un encuentro.

Elorriaga, al ver las fuerzas de O'Higgins sostenidas por gruesos ausilios que Carrera habia mandado de Concepción, emprendio su retirada a los tres dias. Pero llevaba la batalla por suya i sus mejores trofeos marchaban en su campo. La madre i la hermana del coronel O'Higgins habian sido hechas prisioneras en su camino de Nacimiento a Yumbel, i conducidas a Chillán con los respetos que los valientes saben otorgar al sexo débil, solo obtuvieron su libertad cuando fueron canjeadas por la mujer de Sánchez, el jeneral interino de los realistas.

Tales fueron las acciones de Guilquilemo, Gomero i Quilacoya, que suenan en la historia con mas pompa que la que acaso merecen como hechos militares, pero que en la vida del caudillo que en ellas fué vencido, encuentra un lugar de preferencia por su heroísmo personal, sus riesgos inminentes i los tiernos motivos que iban en su demanda.

XI.

La hazaña del Roble, en que O'Higgins ganó

para siempre la fama «del primer soldado capaz en sí solo de reconcentrar i unir heróicamente el mérito de las glorias i triunfos del Estado chileno», según las palabras de su propio émulo, testigo esta vez de su bravura, tuvo por sus consecuencias militares un carácter superior a los lances de Guilquilemo i de Gomero, si bien no le reviste el atractivo simpático i casi romanesco de aquellos lances.

Incorporado, en efecto, O'Higgins a Carrera en Concepción, después de aquellas correrías, establecieron sus campos en la marjen izquierda del Itata, dominando O'Higgins el paso del Roble con su división, i situándose Carrera un poco mas al occidente, con un cuerpo de dragones. Mas el incansable Elorriaga, que los espía de cerca, revuelve sobre ellos i en la madrugada del 17 de octubre, cuando el alba apenas lucia, cae sobre los dos campamentos a la vez, i desbaratando el de Carrera, rodea a O'Higgins dentro del caserío i estacadas en que sehallaba acampado.

El pánico de la sorpresa fué indecible, i el ardor del ataque tan pujante como aparecia débil la primera resistencia. Mas O'Higgins a medio vestir salta de la cama, corre a la estacada, divisa por entre la niebla matinal que el enemigo, derribando los cercados, penetra en el recinto, los grupos avanzados de su línea pasan en fuga a su lado sin dar oido a su voz; i comprendiendo en tal instan-

te que no quedaba otra salvación que morir o salvarse con un heróico esfuerzo, coje el fusil de un soldado que cae a su lado, i levantándolo en el aire, como la enseña de la bravura, pronuncia con toda su voz aquellas palabras que la historia ha repetido cien veces como un eco de la inmortalidad: *A mí, muchachos! Vivir con honor o morir con gloria! El que sea valiente, sígame!*

Era imposible desobedecer a aquella orden dada de tal manera i voltear la espalda a aquel ejemplo. Los soldados se recobran i vuelven con vigor al fuego. O'Higgins monta a caballo i acude a todas partes hasta que éste es derribado de un balazo. Mantiénese entonces de pié, animando a los suyos, i una segunda bala le hiere en el muslo; sin palidecer, echa mano a su pañuelo para vendar la herida, i no encontrándolo, un cadete de rostro infantil se le acerca ofreciéndole el suyo. Era éste el oficial don José María de la Cruz, a quien desde ese dia O'Higgins profesó la afección de padre; i en verdad, entre los soldados, ¿cuál paternidad mas lejítima que la del heroismo?

Al fin, después de tres horas de un reñido combate, el enemigo fué batido i obligado a repasar el Itata en la confusión de una derrota. Carrera, que llegó a los pocos instantes, herido, como O'Higgins, en un muslo i habiendo escapado solo por el brío de su caballo i un tiro de pistola que

asestó al atrevido Olate abrasándole la cara, participó también de la gloria de aquella jornada; i con esa elevación de sentimientos que inspira la comunidad en los grandes hechos, dió cuenta al gobierno de Santiago de la conducta del «invicto coronel O'Higgins» con estas justicieras palabras: «Sin embargo, no puedo dejar en silencio el justo elojio que tan dignamente se merece el citado O'Higgins, a quien debe contar Vuestra Escelencia por el primer soldado capaz en sí solo de reconcentrar i unir heróicamente el mérito de glorias i triunfos del Estado chileno».

XII.

Aquellas palabras del jeneral Carrera envolvian de por sí su abdicación del alto puesto que ejercia. Su desprestijio cundió tan a prisa, como fué rápido i exaltado el mérito que se atribuyó al jefe que el llamaba *invicto*. Sucesos desgraciados se aglomeraron, por otra parte, para justificar aquella desigualdad del aprecio público. Las fronteras hostilizadas por una turba de depredadores, que Carrera por debilidad consentia a mansalvo destacados, i aun en su estado mayor i entre los que se encontraba el famoso Bartolo Araos, comenzaron a ajitarse con conmociones peligrosas; i como se anunciaba la próxima llegada de un re-[illegible]zo a los realistas, temíase que, si no se ponia

pronto remedio, se habia de perder aquella línea de protección, salvándose así el ejército invasor (ahora casi completamente aniquilado) por los socorros que le vendrian de Valdivia i Chiloé, ausiliado además por los bárbaros, i aun desde el mismo Lima, como en efecto sucedió poco mas tarde.

La junta de Santiago trasladóse, en consecuencia, a Talca, e inmediatamente se decidió deponer a Carrera del mando del ejército, entregándolo a O'Higgins como jeneral en jefe, i a Mackenna, que era el mas descontento del estado de la campaña, como a su segundo.

Cábenos entrar ahora en el segundo cuadro de la carrera de O'Higgins en las primeras campañas de Chile, i en el que por cierto su figura, si mas alta por su título, no alcanzará a sobrepujar ni el nombre ni la gloria que se habia conquistado cuando solo militó como soldado.

CAPITULO VIII.

O'Higgins es nombrado jeneral en jefe del ejército chileno.—Sus funestas vacilaciones para admitir el mando.—Influencia de los Carreras i principalmente de Juan José.—Buena intelijencia con éste i su correspondencia en esta época.—Mackenna neutraliza aquellos manejos.—Carta que sobre el particular escribe a O'Higgins.—Mackenna se viene a Talca en un bote i se pone al servicio de la junta.—Es desafiado por Luis Carrera.—Segunda carta que aquel escribe a O'Higgins.—Este se mantiene indeciso.—Acta de las corporaciones de Santiago sobre el nombramiento de jeneral en jefe.—Al fin O'Higgins toma el mando el 14 de enero de 1814.—Su proclama al país i al ejército.—Ojeada jeneral sobre la campaña de 1814.—Su carácter puramente defensivo, en oposición a a la de 1813.—Tratados de Lircai.—Los Carreras sublevan la capital.—Primera guerra civil entre chilenos.—Manifiesto de unión de O'Higgins i Carrera.—La batalla de Rancagua bajo el punto de vista histórico i nacional.—Rol de O'Higgins en ella.—Doble insubordinación de O'Higgins i de Osorio al empeñar la batalla.—Detalles del asedio según apuntes de O'Higgins.—Reflexiones sobre el resultado moral i político de aquella batalla.

I.

Apenas circulaban los primeros anuncios de que el coronel O'Higgins seria exaltado al puesto de jeneral en jefe del ejército patriota a consecuencia del prestijio casi májico que le habia acarreado entre los soldados, el pueblo i el gobierno su fa-

mosa hazaña del Roble, cuando el mismo caudillo a quien se prometia honores de tanta valía, mostraba síntomas inequívocos de cuánto mas adecuadas sentia sus facultades militares para empuñar el sable que el compás, i cuánto mas apetecible era a su pecho sin aspiraciones el ser soldado que llevar el título de caudillo.

Llegada, en efecto la junta de gobierno a Talca, a fines de octubre o principios de noviembre de 1813, ofició en el acto a Carrera, solicitando su aquiescencia a un cambio radical en la organizacion del ejército, la base de la cual consistiria en su propia renuncia. Carrera, entre resentido i jeneroso, dió un pronto asentimiento a aquella mudanza, encontrándose, además, herido, fatigado i sintiéndose envuelto moralmente en su propio descrédito. Pero ¿cómo pudiera creerse que O'Higgins fuera el primero en oponer embarazo a aquella medida, que si era ventajosa en sí misma, tomaba el carácter de indispensable, desde que el gobierno la decretaba oficialmente? Tal sucedió, sin embargo, i fuera de maravillar una modestia tan sincera i un patriotismo a la vez tan lleno de pureza, como tímido, si por su importunidad, aquellas vacilaciones no hubieran venido en directo daño de la patria. Parece, en verdad, un caso incomprensible, pero es evidente, que las fluctuaciones de O'Higgins para aceptar el mando se prolongaron durante tres meses, en cuyo período, el mas a pr

pósito para las operaciones militares, se mantuvo todo el ejército en una fatal incertidumbre, dando demasiado lugar a que llegaran al enemigo refuerzos que debian salvarlo i arrastrar el país a su pérdida.

II.

Encontrábase acampado O'Higgins con su division, después de la jornada del Roble, en la ribera del Itata, vecina a aquel vado i en la confluencia del Diguillín con aquel rio, teniendo a mui corta distancia i en la misma paralela la division de Juan José Carrera, pues ambas componian el cuerpo que se llamaba entonces el *Centro;* i fué ahí donde recibió el primer aviso de las novedades que traia a la Junta de viaje para el Maule; i ahí fué también donde Carrera le notició desde Concepción la favorable disposición en que se hallaba para entregarle el mando del ejército.

Pero lejos de asentir, como a un grande i premioso deber, i de marcharse al cuartel jeneral de Concepción, tomando sobre su palabra al jeneral en jefe, quedóse O'Higgins en su campamento para servir de conspícuo blanco a los tiros de todas las facciones. Colocado entre el adusto Juan José Carrera i su sagaz hermano el jeneral, i estrechado de una parte por la Junta i de la otra por la mayoría de los jefes que le eran adictos, su posi-

ción se hizo, por culpa suya, casi insoportable. El jeneral en jefe, ganado otra vez a la ambición por egoismo o porque se lastimara su amor propio, resistia ahora el cambio solicitado, i con maña, poniendo en alto su desprendimiento personal, escribia a O'Higgins que la Junta traia planes sospechosos, i que aquel cambio, en la apariencia personal, escondia una traición a la patria. O'Higgins, con su crédula buena fé, lo consentia, dudaba hoi, volvia a creerlo mañana; i así, a un mismo tiempo, atizando sus profundas vacilaciones el jefe del vecino campamento, a nombre de su hermano, pasábanse los dias i las semanas en la mas funesta inacción.

III.

Fuera de imposible cálculo apreciar los males que aquella situación entrañaba i que su prolongación habria traido a la causa nacional, si no se hubiera interpuesto en el conflicto la voluntad i la enerjía de un hombre que debia pagar mas tarde con su propia sangre la abnegación de aquel servicio. Fué éste del coronel don Juan Mackenna, cuartel maestre jeneral del ejército patriota, empleo que en realidad no existia sino de nombre, porque Carrera miraba a aquel veterano con desembozada hostilidad, i porque propiamente no habia tampoco ejército en que ejercerlo, desde q

desorganizado éste en Chillán, habia sido repartido en fracciones i diseminado en grupos sueltos.

Doliéndose profundamente de aquella tristísima situación i persuadido de que las fuentes del mal estaban en la carencia de caudillo, resolvióse Mackenna a romper por toda consideracion humana i aun la de la subordinación, que fuera el freno mas robusto de un viejo soldado; i en los primeras dias de noviembre, cuando Carrera manifestó ánimo de ceder su puesto, escribió aquel resuelto jefe a O'Higgins amonestándole para que en el acto mismo aceptara, para cuyo propósito debia contar con ser apoyado por todo el ejército.

Mas O'Higgins, envuelto ahora en una red de intrígas i contradicciones, no podia distinguir la luz del consejo ni ver la senda recta en que sus amigos iban tomando sus puestos subalternos, esperando que él ocupara el que le habia sido designado.

Hé aquí un documento que pinta esta penosa situación del ánimo de O'Higgins que verdaderamente se habia colocado mui fuera del nivel de su misión, apartándose cada dia mas i mas del rol a que le invitaba la nación, apellidándole *su salvador*. Es una carta de Mackenna en que le descubre el estado de los negocios del ejército i le apremia a dar cima a las dificultades con una resolución pronta i valiente. Esta carta está escrita en espa-

lo que no es usual en la correspondencia de

aquellos jefes, i por tanto, la damos íntegra como sigue:

«Sr. D. Bernardo O'Higgins.

»*Concepción i noviembre* 26 *de* 1813.

»Mi estimado amigo i paisano: para evitar que fuera Vd. sorprendido le escribí en dias pasados una carta que tengo entendido D. Juan José Carrera cometió la bajeza de quitar al mozo i dirijir a su hermano con otra dirijida a él. Aunque esas cartas no contenian mas de lo que dije al mismo D. José Miguel en una sesion pública, no obstante, es probable me acarreen iguales ultrajes a los que esperimenté en Santiago. Padecimientos en obsequio de la sagrada causa que defiendo miro como satisfacciones: he jurado la libertad chilena i fidelidad a su nación i gobierno, i así ningún poder sobre la tierra me hará tomar las armas contra la Patria ni prostituir mi honor en el servicio de ningún individuo. El contenido de la indicada carta se reducia a suponer a Vd. impuesto del oficio del gobierno al jeneral acerca de su renuncia del mando a que estaba inclinado, i yo le propuse hacer en Vd. i que todos los jefes hariamos al efecto una petición al gobierno, i que no rehusará Vd. el mando, pues de su negativa podia resultar la inobediencia al gobierno i por consiguiente la ruina de la provincia. Concluia con prevención que no

diera oido a siniestras insinuaciónes contra la junta que se compone de sujetos virtuosos i de decidido patriotismo. Se dice que el jeneral, de resultas de haberse Vd negado a admitir el mando, no quiere hacer la renuncia i está resuelto a sostenerse. El funesto resultado de este paso está demasiado patente: ya sabe Vd. que el ejército no está en estado de obrar sobre la ofensiva; no tiene dinero ni de donde sacarlo; hai mui pocos víveres, menos tabaco, i aquí hai solo treinta mil cartuchos de fusil, sin haber de donde hacer una bala mas, de modo que en una sola accion jeneral nos quedamos sin municiones i por consiguiente a la discresión de los chilotes. Ademas ¿qué se dirá en la América entera de la sublevacion del ejército contra el gobierno? Por lo que respecta a mi individuo, en el momento que niegue el ejército obediencia al gobierno, hago mi renuncia, i creo que los mas jefes aquí haran lo propio. Hasta ahora he vivido con honor i quiero morir con él. Mi nombre jamás se verá en la lista de aquellos hombres débiles que han contribuido a la esclavitud de sus semejantes. Vd. paisano mio, no manche los laureles que ha adquirido en tan gloriosa causa por una débil condescendencia. *Vd. tiene influjo con el jeneral; escríbale Vd; hágale ver el abismo en que se va a meter él mismo i el ejército i patria*, i que admita los partidos ventajosos i honoríficos que l rece el gobierno. He hablado con la mujer de

Sánchez acerca del canje: se manifestó mui contenta i que daria en el particular cualquier paso que la permitiera el jeneral, a quien hablé i me dijo que iba a mandar a doña Ramona sola a Chillán para tratar el asunto con su marido. Adios, amigo mio; Dios nos conceda paz i unión i conserve a Vd. muchos años, que es el deseo de su afectísimo paisano

»*Juan Mackenna.*»

En los momentos en que Mackenna cerraba la patriótica comunicación que acabamos de reproducir, recibió la respuesta de O'Higgins a su primera carta. Tenia aquella la fecha de 14 de noviembre, i en su contenido O'Higgins vertia con mas evidencia que nunca todas sus vacilaciones i las quimeras que ofuscaban su clara razón. Negábase a aceptar el mando, o mas propiamente, se revelaba contra el gobierno esquivando su obediencia, i daba para ello motivos tan fútiles, que hace temer hubiera en su ánimo mas aturdimiento que error; alegaba lo importuno del cambio, la desorganización del ejército, la deserción que sobrevendria en los soldados, lo sospechoso que era el viaje de la Junta, los rumores siniestros que circulaban sobre sus intenciones i que llegaban hasta acusar a aquella de una declarada traición, i en fin, hacia ver contra el remedio, la enferm

dad misma a que aquel era aplicado. Los chismes, como tantas otras veces, iban a perder un país en que el chisme háse llamado *política* i a los chismosos *hombres de Estado*.

Mackenna, por su parte, con su alma honrada i vehemente no pudo consentir aquella mengua. Escribió con enerjia a O'Higgins, confió su carta a un emisario seguro, fuése a Talcahuano, i habiendo pedido unos cuantos pesos a un amigo, fletó un bote, i embarcándose con cuatro remeros i el piloto García, uno de los mejores artilleros del ejército, puso atrevidamente el timón hácia la embocadura del Maule i el 28 de noviembre llegó a Talca.

IV.

El primer paso que diera el prófugo cuartel maestre fué acercarse a la Junta, persuadirse de su lealtad, convencer a ésta de la suya, i en el acto mismo comprometerse en su servicio i en contra de Carrera.

Este, por su parte, habia enviado con una misión contraria a su hermano Luis, a quien por joven i simpático, de contínuo empleaba en aquellas comisiones, i como este encontrara ahora que Mackenna, su antiguo coronel en el cuerpo de artillería, cruzara sus medidas, inconsiderado i altivo re-
a muerte. Súpolo, empero, la Junta i estorbó

el duelo por de pronto: que no lo estorbarian en breve ni el destierro ni la aflicción común, porque antes de un año, por aquellos mismos dias (21 de noviembre de 1814) el cadáver de Mackenna exánime a orillas del Plata estaria probando cuán cruel es la tenacidad de los rencores, aun en los mas denodados corazones.

Intimamente persuadido de que solo O'Higgins podia emprender con éxito la salvación de la patria, rehusando con agradecimiento las indicaciones que la Junta le hiciera para investirle del mando en jefe por la negativa de aquel, quiso el desairado Mackenna hacer todavía un último esfuerzo para atraer a aquél a su plan, i el 28 de noviembre, el mismo dia de su arribo a Talca i de su entrevista con la Junta, le escribió por última vez en estos términos:

«*Talca, noviembre* 28 *de* 1813.

»Señor don Bernardo O'Higgins:

»Mi apreciado paisano i amigo. Habiendo jurado fidelidad al pueblo chileno i por consiguiente a su gobierno, cualquiera oposición a sus órdenes es un delito de lesa patria; por este motivo, i no necesitando licencia como cuartel maestre jeneral del ejército para pasar de una división a otra, me trasladé a ésta, donde en las actual.

circunstancias solo mi honor puede estar a cubierto. Antes de mi salida de Concepción dejé escrita para usted una segunda carta, en que le manifesté cuán sorprendido me habia dejado su contestación de mi primera; pues indicaba que habia usted dado asenso a esas siniestras insinuaciones contra el gobierno i esta respetable división. Juro a usted por lo que hai mas sagrado, que no hai en el reino hombres de mas honor, de mas virtudes i de mas patriotismo que los actuales ministros del gobierno, i que toda su ambición se ciñe a libertar su patria de tiranos interiores i esteriores.

»Es una atroz calumnia que se haya puesto en libertad i remitido a Chillán los prisioneros de guerra chilotes, lo es la salida de un barco de Valparaíso para Lima, i lo es cuanto haya inventado la malignidad contra el gobierno. Esta división, cuya fuerza es verdaderamente respetable, se compone de oficiales verdaderamente republicanos; su unánime esclamación es que están prontos a sacrificarse por la patria, i no por los Carreras ni otra facción alguna. Dice usted que la providencia es intempestiva i que esta no es época de innovaciones; yo era de la misma opinión, pero los de la contraria me han demostrado cuán errado es ese concepto.

»Dicen, i dicen bien, que la garantía que ofrecen los oficiales del ejército de que los Carreras

dejarán el mando concluida la guerra, es de ningún valor, con respecto a que esos caballeros, en particular Juan José, jamás ha contado para nada con la oficialidad en los movimientos de la capital, sino con los soldados, i con el ausilio de estos, concluida la guerra, despedirán cuanto jefe i oficial no sean adictos a sus ideas: añaden que la triste esperiencia ha manifestado que no puede haber la menor fe en sus promesas, i las que han estado haciendo todo este tiempo, solo tienen por objeto el calmar la capital hasta que vuelvan con el ejército; i sus declaraciones ahora que si dejan el mando serán víctimas del pueblo, es una prueba de esta verdad. ¡Cuán poco conocen la jenerosidad de sus paisanos i cuán felices i tranquilos vivirán si aceptan la oferta del gobierno i para cuyo cumplimiento saldrá garante cuanto jefe i cuanta corporación tiene el reino! ¿Recela usted que esta mudanza causará deserción entre la tropa? Ríase de eso: el soldado está contento cuando se le da vestuario, pan i prest i cuando sepa tiene un jefe capaz de mandarle i ponerse a su frente en la hora del peligro. Pregunte usted a los oficiales de granaderos lo que dijeron estos en Quirigüe cuando yo estaba para venirme a la capital i de cuyas resultas dejé el viaje. Por último, el gobierno, la capital i todo el reino está decidido sobre este punto, que cualquiera alternativa, cualquiera dominación prefieren a la de los (

rreras; así, amigo mio, si usted rehusa admitir el mando a que lo llama el voto del ejército i eleccion del gobierno, esa provincia se pierde i será usted eternamente responsable a Dios i su patria de su ruina. Con que, paisano mio, por una baja condescendencia no manche los laureles que ha adquirido en nuestra gloriosa causa, i por ella al lado de usted como jeneral, morirá gustoso su paisano i amigo,

Juan Mackenna».

V.

En el encabezamiento de la carta anterior, que orijinal tenemos a la vista, Mackenna escribió todavía en letras apresuradas i como una muestra mas de su ansiedad, estas palabras en ingles: *Courage! Save, save your country!* Pero ¡quién pudiera imajinarlo! O'Higgins no daba todavía muestras de decidirse.

Pasó entonces todo el mes de diciembre en la inaccion i en la duda Trascurrió la mitad del mes de enero i todavía se mantenia indeciso en su campo. I Carrera, obstinado ahora, se manifestaba casi resuelto a sostenerse por la fuerza de las armas en su cuartel jeneral de Concepcion. Fué entonces cuando se comisionó al cura Cienfuegos para intervenir en el conflicto, i como hombre inesperto, lo aumentó con su presencia.

VI.

La crísis era ya insoportable i la guerra civil iba a romper, cuando Carrera, mas pronto en consentir que su sucesor en aceptar, i mas meritorio en consecuencia, dejó el mando i se retiró de Concepción. O'Higgins marchó a remplazarlo; pero solo fué reconocido el 28 de enero de 1814 dia para él fatídico, pues subia al poder (como Carrera el 4 de setiembre de 1811) para caer, como éste, nueve años mas tarde, en idéntica fecha, solo que su muerte fué civil i grande, i la de aquél con la afrenta del patíbulo.

VII.

Los estrenos del nuevo jeneral en jefe serian tan infelices como parecieron funestos sus presajios. Dos dias después de haberse hecho cargo del ejército, reducido a la mas lastimosa nulidad, desembarcaba a su espalda (30 de enero de 1814) un pujante refuerzo a los realistas, i su nuevo jeneral abria inmediatamente la campaña, pasando atrevidamente, i casi con desdén, por el flanco de O'Higgins para dirijirse desde las fronteras a Chillán, i batir a Mackenna que se habia hecho cargo del *Centro*, en el Membrillar. Su intención era revolver en seguida sobre Concepción, destr

zando a su sabor nuestro ejército desorganizado i separado en escalones por distancias incomprensibles al menos esperimentado en el arte de la guerra.

Por fortuna, Mackenna habia elejido como táctico una posición maestra, cual es la del Membrillar, riñón del Itata, que domina sus principales vados, da la mano a las dos sendas que conducen al Sur por la costa i los llanos, pues está entre ambos, amaga a Chillán, de la que dista ocho leguas, i por último puede protejer a Concepción o Talca, haciendo una rápida marcha de frente o por retaguardia.

El enemigo no tardó, en amagarle en aquella posición i con fuerzas triples. Mackenna llamó en el acto a O'Higgins en su socorro con las instancias mas vivas, haciéndole responsable ante Dios i la patria. Pero pasa una semana, una quincena, casi un mes, i todavia no llega aquél, pues se arrastra mas que avanza desde Concepción, por fragosos senderos, cargado de un convoi de cañones i menestras. Mackenna se cree perdido con aquella fatal tardanza. Gainza no deja de comprenderlo, por su parte, i lo ataca en sus trincheras (19 de marzo) con todo el grueso de sus fuerzas. Felizmente es rechazado a fuerza de heroismo; i sin embargo, O'Higgins que ve desde el alto del Quilo los fuegos de aquel combate, que dura cuatro horas, permanece inmóvil....

Si Mackenna es batido, como debió serlo bajo toda presunción militar, O'Higgins es hecho trizas a la mañana siguiente, i toda la culpa es suya, pues su tardanza era la causa. Ya no son, en verdad, los dias de 1813; ya no resuena en los campos el clarín de las guerrillas que vuelven vencedoras de su diaria faena de gloria i de trofeos; ya no caen las plazas delante de nuestras bayonetas, derribadas sus puertas con el pecho de los caballos; ya no se gana terreno haciendo por do quiera recular al enemigo. Sucumben, al contrario Concepción i Talcahuano apenas las deja O'Higgins a su retaguardia (15 de abril); sublévanse las fronteras en masa; nuestro ejército desnudo, descalzo i sin armas ni ración, se bate en retirada; la ufana capital está triste i exhausta; i todavia, una mañana, el mas atrevido de todos los caudillos españoles, sin escluir a Ordóñez, el ínclito Elorriaga pasa el rio en que los chilenos estaban habituados a cifrar su pacífico sueño i la suerte de la patria, i por la primera vez desde la invasión de 1813, se oye el cañón enemigo en la ribera derecha del Maule, sucumbiendo Talca el 4 de mayo de 1814. A esta nueva, decisiva para la campaña, los dos ejércitos se lanzan por líneas paralelas sobre la capital, cada uno empeñado en salir adelante para ganar el espléndido premio de las maniobras, que era Santiago, el reino entero. Aquella hace todavia un esfuerzo para salva.

por sí sola, i Blanco es derrotado (marzo 29) con sus bisoños reclutas. Ambas líneas pasan el Maule a la misma hora de la noche; i solo vienen a hacer alto en Quechereguas, a tres jornadas de la capital.....

La campaña habia sido enteramente al reverso de la anterior en 1813. En aquélla, la bisoña, pero atrevida, constante, infatigable *ofensiva;* en 1814, la estricta *defensiva*, i estos dos términos precisos nos ahorran todo comentario, por un estenso parangón entre una i otra.

Un tratado siguió a aquel conflicto, i O'Higgins i Mackenna, comisionados para efectuarlo, reasumen, sobre sus nombres de caudillos representantes de un pueblo libre, la nota de una mengua nacional al poner su firma en aquel pacto que tenia por base el reconocimiento de la *lejitimidad del coloniaje.* Solo como a jefes militares apenas podria absolverlos la historia, reprochándoles, empero, el haber salido de su misión de soldados para ir a revolver con sus espadas, cubiertas de reciente gloria, la hedionda tinta de la diplomacia.

VIII.

Pero los tratados de Lircai, que confirmaron la fatalidad histórica de este sitio, ya iniciada por la derrota de Blanco, i en la que hubo dolo eviden-

te de ambas partes, no eran en sí mismos sino una calumnia hecha al país que nunca podia aceptar estraño vasallaje; i su verdadero mal de actualidad, no de porvenir, solo estaba en el desprestijio que traia al gobierno i a sus jenerales, empujando en consecuencia la predilección popular hácia sus rivales caidos, que ahora encontrarian una razón nacional para su audacia.

Los Carreras suéltanse, en efecto, de Chillán, i como por encanto, en una sola noche, Santiago es suyo, porque es suyo su pueblo i sus cuarteles. Mackenna, que habia venido a descansar de sus fatigas a la Comandancia de Armas de la capital, es enviado a Mendoza, presidio que los Carreras elijieron para todas sus grandes víctimas, como si hubieran querido hacer ilustre aquel sitio en que deberian perecer con tan oscuro martirio.

Lastra es entonces depuesto por los tumultuarios i O'Higgins a su vez es llamado por el cabildo a remplazarlo; algo peor que la guerra civil se preparaba: los chilenos por la primera vez daban la espalda al enemigo para venir a clavar sus bayonetas en los pechos hermanos (combate de las Tres Acequias, setiembre 3 de 1814). Tal fué la manera de abolir los pactos de Lircai, dignos de iniciar dias de tanta mengua!

Pero al fin, el clarin de un parlamentario enemigo puede mas que el amor de la patria profanada. Los ánimos se reconcilian; i ya en la dis-

tancia ruje el cañón que va a lavar las manchas i los errores de los bandos haciendo que Chile, como un jigante ensangrentado, levante en sus brazos, tan alto como el cielo, por entre la pólvora i la metralla, el pabellón que sus bravos han recojido del lodo para amortajarse con él i morir grande i sublime! *Rancagua* iba a llegar!

IX.

La batalla, o como es mas propio i mas glorioso llamarla, la *derrota* de Rancagua es el rasgo mas grande, mas patético, mas característico, no solo de la revolución de Chile, sino de su historia. Batallas campales hubo como la de Maipo en que corrió mas sangre i maniobraron sobre el campo mayores masas de soldados; hubo tambien hazañas superiores de sufrimiento i de constancia en las penalidades, como en los sitios de Talcahuano i de Chillán; hubo empresas magníficas, como la captura de Valdivia, i hubo asaltos portentosos, como el abordaje de la *Esmeralda*, a media noche. Pero solo hubo un sitio en aquel vasto campo de la patria, señalado por tantos hechos de heroismo, en que un ejército se encerrara para morir pidiéndo al cielo por única sepultura los escombros de sus parapetos derribados, i ese sitio de Chile es el de Rancagua, estrecha pero grandiosa

tumba en que nuestra primera revolución guarda todavia sus cenizas i su sangre.

El pueblo chileno, herido de sorpresa por el puñal de los bandos, queria morir con noble apostura, i volvió el flaco rostro al enemigo que venia acechándole la espalda, i como aquel espartano que derribado al suelo en la batalla, contuvo la lanza que le heria por detras, i dijo a su adversario: —*Espera!* dirijiendo el hierro a su propio corazón para morir de frente, así el pueblo dijo a sus campeones divididos:—*Aguardad!* i les pidió le llevaran a morir en otro sitio....

En este sentido nacional, Rancagua es único i sublime. No maravilla en sus soldados el que supieran morir, pues como tales morian cada hora, habiéndose hecho cosa vulgar el heroismo. Pero lo que es digno de la admiración de un siglo i de cien siglos, es la resolución fija, invariable, indestructible de morir, i la constancia en ese propósito sublime. Rancagua, como hecho de armas, no fué, ni era dable que fuera una batalla: fué solo una matanza. Su plaza no era una fortaleza, era un cementerio. Al primer tiro de cañón todas las banderas de la patria se cubrierón espontáneamente de fajas de crespón, i de lo alto de las torres flotaba al aire, cual la mortaja de la gloria, el paño negro que en la guerra es anuncio de que la vida no se concede ni se pide. Como en Zaragoza, el ejército chileno hacia sus funerales ántes de ir

a los baluartes; i en verdad, en los dos dias de Rancagua tuvieron lugar los funerales de Chile, naciente deidad que al ver a sus hijos i a sus adalides con el puñal desnudo para acometerla, habíase envuelto en el manto de César para morir honrada.

I precisamente porque ese pueblo desdeñaba esa existencia mezquina, enferma de pasiones, profanadas por escándalos i sangre, ese pueblo seria libre. Rancagua fué una espiacion: fué mas, un martirio. Las grandes causas no se defienden ni se salvan solo con héroes; necesitan mártires, i todos los soldados de Rancagua, á ejemplo de Cuevas i de Ibieta, fueron a la vez mártires i fueron héroes.

I el coloniaje por esto terminó ahí su carrera de humillacion i de embrutecimiento. Lo que vino después no fué la colonia, fué el cautiverio, fué la *reconquista* según de suyo propio la llamaron sus hombres i sus caudillos. Chile ya no necesitaria revolucionarios sino libertadores. No era el rei el que habia vencido, era San Bruno. No era la Metrópoli la invocada en la sacrílega victoria, era la *Virjen del Rosario.* El cadáver de la patria quedó exánime en las calles de la matanza; pero su alma inmortal escapóse por entre el tropel de los bravos, brillando con el resplandor de los sables i el lampo de los últimos disparos de cañón. La *patria vieja* al morir dejaba un huérfano querido a todos los corazones que, vagando con ayes lastimeros

de puerta en puerta, de regazo en regazo, creció bajo los ojos de los tiranos, dándole la beldad el aliento de sus labios, la matrona sus senos robustos, la juventud su entusiasmo inmortal, i aquel niño que en 1816 llamárase solo *Manuel Rodríguez*, en 1817 fué la *patria nueva* i un año mas tarde fué *Chile* independiente, ante Dios, ante el mundo i *por la razón o la fuerza.*

I hai algo todavia en este gran holocausto que nuestro egoismo se complace en señalar como una nueva antorcha funeraria que encendiéramos en el *de profundis* de los mártires, i ese algo es la constancia de que toda la sangre vertida dentro del recinto fué sangre de chilenos que no tuvieron, por una parte, sus viejos ausiliares, ni se batian por la otra, con una fracción de la fraternidad americana. Rancagua es la primera batalla puramente *nacional*. El triunfo se disputó a los Talaveras, soldados de otro mundo i de otra raza, i ellos lo obtuvieron peleando como desalmados: que los incendiarios i asesionos nunca merecieron el título de bravos! I así, aquella pira de cráneos i de miembros mutilados, que en un patio de una de las quintas de Rancagua tardó tres dias i tres noches en consumirse, alumbrando la desolación de Chile, alimentóse solo con la sustancia de aquellos cuerpos que nacidos sobre la tierra disputada, le devolvian ahora sus cenizas, de la que brotaria su redención.

No es, pues, solo el cañón lo que se oye en la jornada que Chile se perdiera. Oyense a la par los ecos del porvenir. No es solo la metralla, las rotas banderas, los bravos mutilados, el voceo de las órdenes de muerte i los espirales de fuego que brotan los edificios del circuito, lo que a los ojos del historiador es digno de la gloria i de la piedad de los tiempos. Es el impulso moral, es la resolución incontrastable, el crespón de las banderas, el hambre de treinta horas en que los labios no muerden sino pólvora, el esfuerzo que resiste siete asaltos a la bayoneta sobre frájiles trincheras de adobe sin foso ni parapeto. Todo eso que solo hace un ejército, no como tropa armada, sino en cuanto ese ejército es el pueblo, es la nación, es la patria, todo eso es la grandeza histórica de Rancagua, aparte de su grandeza militar, digna de ponderación sobre todos los heroismos conocidos.

I es O'Higgins el que resume en su robusto corazón toda aquella epopeya de dos años, que se cierra con ese combate taimado de treinta horas; es su patriotismo indomable que reta a un enemigo triple en número; es un santo despecho el que le hace dar la orden de matar al que hable de rendirse. O'Higgins al contemplar sin palidecer desde la torre de la Merced la triple línea de bayonetas, de cañones i de caballos que circunda la ciudad, es una figura colosal como soldado; i al

abrazar con efusión a Juan José Carrera, antes de romper el fuego, es mas grande todavía como hombre i como patriota. Allá es el león de Chile que se ve cojido por la hambrienta jauría i que sin contar el número, mide solo la estensión del campo en que va a revolcarse en su agonía. Acá es el manágnimo caudillo desapasionado i jeneroso que olvida i absuelve para morir sin odios i sin ser aborrecido.

I por esto al llamar en este libro a hombre tan insigne el *primer soldado de Chile i su mas esclarecido patriota,* cumplimos solo con la justicia de la historia, porque O'Higgins es el que cierra el primer gran cuadro de la revolución en el asedio de Rancagua i es el primero que lo vuelve a abrir, bajo su segunda e inmutable faz, con las bayonetas de Chacabuco. Héroe en ambos hechos, como hombre i como caudillo, su rol es algo mas que una gloria de Chile, porque es el punto de unidad en que jiran i converjen aquellas dos grandes e inmortales eras de nuestro pasado que se han llamado las dos patrias de nuestra República. O'Higgins fué el hombre grande i privilijiado a quien la Providencia confió la guarda de los testimonios mas altos que comprueban nuestra lejitimidad de pueblo entre la familia de los otros pueblos, porque en Chacabuco recojió del suelo el testamento del vasallaje fujitivo, i un año mas tarde firmó en Concepción el acta de la in-

dependencia que puede llamarse la fe de bautismo de nuestra nacionalidad.

X.

Por lo demás, la batalla de Rancagua, considerada militarmente, no es sino un absurdo i una insubordinación del brigadier O'Higgins, que no era ya el jeneral en jefe, sino solo un comandante de división, sujeto a superiores facultades. En virtud de los tratados que habia redactado el doctor Vera el 4 de setiembre, él renunciaba en Carrera su empleo superior, reconociendo a éste como presidente de la junta i como jeneral en jefe, si bien se reservaba el mando independiente de su propia división. Pero la diplomacia, como se llama hoi la impostura por escrito, o en papel sellado, no era bastante a apagar la profunda animosidad de los ánimos, pues si bien los dos caudillos estaban unidos en la empresa de oponerse al invasor, sentian, empero, rujir en sus propios pechos i con todo su encono la discordia que fermentaba en todas partes.

Carrera habia designado como el punto en que debia darse la batalla el desfiladero de Paine, pero O'Higgins insistia que debia defenderse la dilatada línea del Cachapoal. Fundaba su opinión en un plan teórico trabajado en 1811 por el injen o Mackenna para la defensa del reino, que

reconocia aquella como la línea mas importante que debia sostenerse después de la del Maule, cuando una invasión amagase por el sur a la capital. Mas si la *teoría* podia ser acertada o no serlo, en su *aplicación* es evidente que estaban sujeta a una variedad de accidentes, que podian alterarla en una vasta escala, porque era preciso tener en cuenta el número del enemigo, sus recursos de movilidad, la alteración del cauce del rio, según la estación, las obras de fortificaciones que defenderian sus vados i la calidad misma de las fuerzas empleadas en este servicio. I sin embargo de que todas las circunstancias de la actualidad eran adversas a la adopción de aquel plan, el jeneral de vanguardia se obstinó en llevarlo a cabo, a pesar de toda reflexión.

Bastaba, en efecto, un hecho sencillo para probar el error que éste padecia. A fines de setiembre el Cachapoal tenia tres pasos principales, que por la baja de las aguas podian ser vadeables hasta por infantes, i cada uno distaba entre sí una legua, de manera que toda la línea que iba a defendesse era de mas de seis millas de estensión, terreno en el que cabrian con desahogo veinte mil hombres i aun el doble dándose batalla. ¿I cómo sostener entonces aquella dilatada ribera con poco mas de mil infantes? El enemigo además era pujante en caballería, ¿i por qué elejir el llano para batirse? El pueblo de Rancagua era en sí mismo

una especie de *cul de sac,* como se llama en la estratejia todo punto sin salida, i ¿por qué ir a aislarse, cortándose a sí propio la retirada, no solo sobre la capital, que era el punto céntrico, sino sobre las otras divisiones que debian apoyarla? Pero el hecho mismo demostró matemáticamente el engaño, pues Ossorio pasó el Cachapoal, *la línea que debia disputársele,* sin perder un solo hombre, i mas que esto, encerrando la división de O'Higgins i de Juan José Carrera por un movimiento oculto i de flanco tan herméticamente en el recinto de la villa, que sino fueran aquellos los bravos que fueron, sin disparar un tiro les habrian cojido en pocas horas, por capitulación o por un asalto simultáneo.

Pero no es tiempo de criticar errores, ni éstos envuelven culpa cuando en ellos quien los comete arriesga magnánimemente su vida i su responsabilidad. Lleguemos, pues, al hecho i veamos cómo se muestra el hombre donde ha desaparecido el caudillo. Don Bernardo O'Higgins, al apearse de su caballo de batalla, dejaba siempre en la silla su pomposa graduación i en medio de los soldados era el primer soldado, era el héroe, era el vencedor. Rancagua como Chacabuco no fueron sino dos insubordinaciones de aquel valiente caudillo, i si la suerte de las armas hizo de la una un fracaso i de la otra un espléndido triunfo, loria fué tan grande como su falta, i la pos-

teridad, tribunal mas respetable i mas competente que los consejos de guerra i los tratadistas militares, le ha absuelto ya mil i mil veces.

XI.

La batalla de Rancagua, en la que insistimos de preferencia sobre todos los encuentros de nuestras viejas campañas, porque ella resume el carácte de toda aquella guerra peculiar, en cuyos detalles hemos sido en demasía parcos, nos ha sido referida hasta hoi por quienes no la vieron o por la tradición de los pocos que quedaron para contarla. Osorio envió al virrei un parte, si parte puede llamarse un embrollo del que solo aparece que la Virjen del Rosario, en cuya festividad se dió la batalla, i no él, fué quien obtuvo la victoria; mas háse dicho siempre, aun por sus propios secuaces, que pasó aquellos dos dias a la tranquila sombra de las higueras en una quinta de los arrabales, en compañía de Maroto, entregado, sin duda, a su devoción favorita del *rosario*, golpeándose el pecho a cada tiro de cañón. Por la parte opuesta, el jeneral en jefe Carrera solo se ha ocupado de dar sus descargos por las acusaciones a que su conducta en esa jornada fué sometida; de manera que hasta aquí, la historia no ha poseido un documento auténtico sobre el mas notable de los hechos militares de la independencia.

Por fortuna, i si bien no de una manera tan cabal cual quisiéramos, vamos a esforzarnos por colmar esta laguna de nuestros anales, haciendo uso de un documento que, aunque imperfecto, puede considerarse en cierta manera como el boletín oficial escrito por el mismo jeneral O'Higgins.

Consiste esta curiosa pieza histórica en un borrador escrito en inglés por don Juan Thomas, que de contínuo tenia la pluma bajo el dictado de O'Higgins, i en esta vez parece evidente que solo se ocupó de verter noticias trasmitidas minuciosamente por aquel. Vamos, pues, a reproducir éste en la forma de diario que tiene en el confuso e inconexo orijinal, dando solo alguna mas unidad i rapidez al estilo, i añadiendo en notas aquellas circunstancias que no constando de esta relación, nos parezcan útiles a la historia, sea porque las tomemos del parte oficial de Ossorio que en Chile es apenas conocido, i que ahora tenemos a la vista, o sea porque las derivemos de otros documentos inéditos.

Hecho este esclarecimiento, tomaremos el hilo de los sucesos desde el 18 de setiembre de 1814, dos semanas antes de la batalla, pues fué ese el dia en que O'Higgins emprendió al sur su marcha desde la capital, apuntando las fechas por orden sucesivo, de la manera siguiente, calcando si no reproduciendo en su totalidad el manuscrito a que aludimos.

XII.

«*Dia 18 de setiembre.* La división del jeneral O'Higgins, compuesta de 550 plazas se pone en marcha desde Santiago i se aloja mas allá de Paine. El cura Pineda estaba ocupado en fortificar este desfiladero; pero el jeneral O'Higgins le hace presente que, en su concepto, aquellas obras son completamente inútiles porque el enemigo tiene dos pasos por los flancos de aquella angostura, a saber: la cuesta de Chada por su derecha i el camino de Aculeo a su izquierda.

»*Dia* 19. El jeneral O'Higgins ocupa a Rancagua, donde encuentra al coronel Cuevas con algunas milicias. Este mismo dia se le reune el capitán Freire, que desde el dia 7 se habia adelantado con el cuerpo de dragones hasta San Fernando con el objeto de tomar lenguas del enemigo que hacía algunos dias ocupaba aquella villa.

»*Dia* 20. El jeneral O'Higgins pasa este dia el Cachapoal i hace un reconocimiento por la carretera del sur, sin que se adquiera ninguna noticia cierta sobre la situación del enemigo.

»*Dia* 21. Ocúpase el jeneral O'Higgins en reconocer los vados del rio, al oriente de la villa hasta los baños de Cauquenes, apostando partidas de milicias en sus diversos pasos.

»*Dia* 22. Reconoce los vados de la parte occidental del rio, siguiendo sus aguas, coloca dos destacamentos, de 20 dragones cada uno, mandados por oficiales de confianza, en los vados principales, que son: el de la *Ciudad*, el camino carretero, el de los *Robles*, una legua mas abajo, i el de *Cortes* o las *Quiscas*, otra legua mas al oeste. Siendo el vado de la Ciudad el mas importante, ordena se levanten algunos parapetos de tierra para defenderlo.

»*Dia* 23. Por la tarde llega la noticia de que el coronel Portus ha salido de Santiago en la mañana de aquel dia con 800 milicianos de Aconcagua, i que durante el dia siguiente se pondria en marcha el resto del ejército. La división recibe estas nuevas con muestras de la mayor alegría.

»*Dia* 24. Se adelantan las obras de fortificación en el vado de la Ciudad. Se sabe que el enemigo no avanza de San Fernando.

»*Dia* 25. Se comienza a formar trincheras en las cinco calles que dan acceso a la plaza de Rancagua, mas no con el objeto de defender la villa, sino de protejerla contra los amagos de las guerrillas i partidas volantes del enemigo. Todos los trabajos de defensa están concentrados en la línea del Cachapoal.

»*Dia* 26. La división de Juan José Carrera i las milicias de Portus llegan por la tarde de este dia a la chácara de Valdés. Se sabe que el ene-

migo ocupa la Requínoa, tres leguas al sur del Cachapoal.

»*Dia* 27. Juan José Carrera se acampa en los suburbios de la villa, donde le visita el jeneral O'Higgins, a quien la tropa recibe con gritos de *Viva la Patria!*

»*Dia* 28. En la mañana de este dia el jeneral O'Higgins recibe una carta anónima en que le anuncian que si logra vencer a Ossorio, será en el acto inmolado por un asesino que los Carreras tienen en su campo. A las tres de la tarde pasa el rio en compañía de Juan José Carrera, i ambos hacen un reconocimiento hasta que encuentran una guerrilla enemiga que les obliga a retirarse por el camino real.

»*Dia* 29. O'Higgins acuerda el plan de defensa con Juan José Carrera. En consecuencia, O'Higgins se comprometia a defender el vado de la *Ciudad* i Juan José el de los *Robles*. Por la tarde se sabe que Luis Carrera ha llegado con su división a los Graneros de la hacienda de la Compañía, llamados *Bodegas del Conde*.

»*Dia* 30. El jeneral O'Higgins manda retirar las avanzadas de la orilla izquierda del Cachapoal. Con la aproximación de Luis Carrera, que deberia defender el vado de *Cortes*, se lisonjea aquel que la línea del rio será inespugnable i contempla casi con evidencia el que el enemigo va a ser batido en una batalla campal.

»A las nueve de la noche llega al cuartel jeneral de O'Higgins, situado en el vado de la *Ciudad*, una espía con la noticia de que Ossorio intentaba pasar el rio aquella misma noche, pues habia dicho a su Estado Mayor: *Mañana comeremos en Rancagua.* En el acto da aviso a Carrera con su ayudante Garai i le ruega envie la división de su hermano Luis al vado de *Cortes* que está desguarnecido, pues solo le ocupa el capitán Anguita con veinte dragones.

»A las doce de la noche le avisan las avanzadas de aquel vado que el enemigo amaga pasar el rio en esa dirección.

»Al amanecer llega otro dragón con la noticia de que el enemigo ha comenzado ya a pasar por aquel vado.

»El jeneral O'Higgins trasmite inmediatamente este aviso al jeneral en jefe, rogándole se acerque a la ribera del rio para presentar batalla al enemigo según el plan acordado con Juan José Carrera.

»*Dia 1.° de octubre.* Luego que amanece, i descubriendo que a su frente solo amaga pasar el rio una guerrilla destinada a encubrir el movimiento del enemigo sobre el vado de *Cortes*, el jeneral O'Higgins se pone en movimiento por la ribera a reunirse con Juan José Carrera en su posición de los *Robles*.

»Mas, con gran sorpresa, encuentra que la divi-

sión de aquel se ha retirado. Conjetura que lleva la dirección del pueblo, porque el enemigo, pasando por el vado de *Cortes*, se ha interpuesto entre esta división i la de las bodegas. Para cerciorarse, se adelanta hácia el vado de *Cortes* i avista al enemigo formado en batalla, habiendo pasado el rio todos sus cuerpos sin la menor resistencia.

»Frustrado el plan de defender el rio, que habia sido su objeto favorito, el jeneral O'Higgins vacila sobre si deberia replegarse a las divisiones de José Miguel i Luis Carrera, tomando el camino de Chada, o sobre la de Juan José que supone encerrada en la villa. En estos momentos i cuando sus guerrillas comenzaban a empeñarse con las del enemigo, llega a galope tendido el capitán Lavé, ayudante de Juan José Carrera, i le dá aviso de que éste se encuentra encerrado en el pueblo i le llama en su socorro.

»En el acto el jeneral de vanguardia despacha su bagaje pesado por el camino de Chada i regresa hácia la villa, mientras el enemigo avanza lentamente en dirección del camino real que sale del pueblo al vado inmediato del Cachapoal. A las ocho de la mañana su división entra en columna cerrada a la plaza de Rancagua.

»Apenas el jeneral O'Higgins se apea de su caballo, se acerca Juan José Carrera i le abraza estrechamente diciéndole: «Aunque yo soi brigadier mas antiguo, Ud. es el que manda.» O'Higgins le

correspondió con igual efusión, aceptando el puesto de jefe en medio de los aplausos de ámbas divisiones que gritan con entusiasmo: *Viva la Patria!*

»Inmediatamente el jeneral sube a la torre de la Merced para cerciorarse de la posición del enemigo, i contempla a éste que tiene ya perfectamente rodeada toda la población, formando cuatro gruesas columnas de ataque a la entrada de las cuatro calles que conducen a la plaza.

»Baja pronto de aquel observatorio e inmediatamente toma sus disposiciones. De los doce cañones que poseen ambas divisiones, coloca dos en cada trinchera i los restantes los deja en la plaza, de respeto, así como el parque i reserva de infantería. Corona las torres de las iglesias i los tejados de las casas anexas a las trincheras con pelotones de fusileros i destaca otra parte de la infantería a la protección de los cañones detrás de los parapetos; asigna a cada trinchera sus jefes, encomendando la de la calle del sur formada junto a la iglesia de San Francisco a los capitanes Astorga i Millán; la opuesta del norte al capitán Sánchez; la del este al capitán Vial i la del oeste al capitán Molina. Sitúa la caballería en unos corrales espaciosos al mando de los capitanes Freire i Anguita, i él mismo toma su puesto en la sala de Cabildo, con sus ayudantes Astorga, Urrutia i Flores.

»Eran ya las nueve del dia cuando se termina-

ban estas disposiciones, i el enemigo avanzaba en cuatro masas distintas sobre las trincheras.

»A las diez en punto de la mañana del sábado 1.° de octubre de 1814 se rompió el fuego de cañón por las trincheras sobre las columnas de ataque; estas contestaron con un fuego nutrido de fusilería i se avanzaron rápidamente. La primera en dar el asalto fué la columna de los Talaveras, por la calle del sur, con tanta osadía, que algunos clavarón sus bayonetas en las grietas de los adobes en ademán de saltar el parapeto; pero fueron rechazados por la metralla i aun con las culatas de los fusiles, despues de la mas obstinada lucha cuerpo a cuerpo i con una carnicería espantosa de ambas partes. Este fué el ataque mas recio i prolongado de los siete asaltos dados por el enemigo durante las treinta i una horas que duró el fuego.

»Los asaltos de las otras trincheras no fueron simultáneos, i disminuian en su empuje a medida que se alejaban del costado sur, donde se hallaba la reserva i el cuartel jeneral del enemigo. Los capitanes Molina, Sánchez i Vial rechazaron todos estos ataques, a su vez, siendo el mas violento el de la trinchera de Molina que atacaban los capitanes Marqueli i Casariego.

»El jeneral O'Higgins, a caballo i seguido de sus tres ayudantes, galopaba de un punto a otro, según se veia amagado con mayor o menor riesgo por los asaltantes.

»Concluido el primer ataque, que duró mas de una hora, el enemigo retiró sus columnas para comenzar el asedio de las trincheras de un modo arreglado. Con lios de charqui, adobes, vigas i muebles, improvisan a una cuadra de las trincheras una especie de barricada, colocan en ellas sus cañones i parapetan su infantería, apesar del fuego de bala i de metralla que emplean los sitiados.

»A las dos de la tarde aquellas obras están concluidas i se rompe el fuego de cañón de trinchera a trinchera; en estos momentos, estando el jeneral O'Higgins en la puerta de una casa que en la plaza servia de hospital, reconviniendo al cirujano Morán porque se habia ocultado durante el primer asalto, una bala de cañón pasa por entre ambos sin herirlos.

»Despues de dos horas de incesante cañoneo, el enemigo, mas encubierto i protejido por sus fuegos de artillería i el humo del combate, se lanza sobre las trincheras, pero es recibido en las puntas de las bayonetas i rechazado en todas direcciones. Las columnas de Talaveras que acometieron por la calle de San Francisco traian las banderas de sus guias con lazos negros, i al llegar a la trinchera gritaban: *Rendirse, traidores!* La bandera negra de los patriotas estaba clavada en todas las trincheras i en las torres de las iglesias. Son las cuatro en punto de la tarde cuando el enemigo se retira en desorden tras de sus parapetos.

»Continúa el cañoneo, pero la noche llega, i el enemigo se resuelve a tentar un tercer asalto para hacerse dueño del circuito, cuya increible resistencia le despecha; poníase el sol en los momentos en que el enemigo hacía este último esfuerzo en la jornada de aquel dia.

»Cayó la noche i no se tenia ninguna noticia de las divisiones de los dos Carreras, que en la mañana se suponian acampadas en las Bodegas, a tres leguas de distancia por el camino de la capital. Ignorábase si se habrian retirado a Paine, segun la obstinada resolución del jeneral en jefe, o si habian sido batidas, o por último, si marchaban en ausilio de los sitiados; a las nueve de la noche, O'Higgins para salir de dudas se resolvió a enviar un aviso al jeneral en jefe. Un valiente dragón ofrecióse a llevarlo, saliendo por los albañales de la ciudad. O'Higgins escribió un papel que contenia estas solas palabras, que firmó su segundo Juan José Carrera. *Si carga esa división, todo es hecho.* A las dos de la mañana regresó el dragón con esta respuesta: *Al amanecer hará sacrificios esta división.*

»Entretanto el enemigo se avanzaba ganando terreno por los solares de las casas, derribando murallas e incendiando los edificios que obstruian su marcha; un silencio sepulcral reinaba en el recinto. Algún raro disparo turbaba aquel espantoso silencio; la tropa no habia comido en todo el

dia i en la noche nadie dormia. Desde que el dragón habia vuelto con el anuncio de que Carrera atacaria al enemigo por la parte de afuera, la alegria habia renacido en los ánimos; O'Higgins contaba el dia por suyo.

»*Dia 2 de octubre.* Apenas amanecia el domingo 2 de octubre, cuando O'Higgins desde lo alto de la torre de la Merced lanzaba ansiosas miradas hácia el camino de las *Bodegas del Conde.* Ninguna partida avanzada mostraba que Carrera venía en ausilio de los sitiados, ninguna leve polvareda se levantaba en el lejano horizonte como una señal de esperanza.

»El enemigo, por su parte, dominando ya de cerca las trincheras por el interior de las casas, apenas ha aclarado el dia emprende un nuevo asalto cargando siempre sobre la trinchera del capitán Astorga; pero es otra vez rechazado: esta es la cuarta embestida del asedio i su éxito es igual a los anteriores.

»Daban las diez del dia, i a las 24 horas de roto aquel fuego incesante i terrífico, se viene el enemigo en todas direcciones con un empuje que parecia irresistible, pero por todas partes es obligado a retroceder como en el primer encuentro. Ya se contaban cinco asaltos malogrados.

»El desaliento del enemigo era visible. Sus fuegos cedian, la mortandad era espantosa; en c 'a trinchera los montones de cadáveres servian

para amortiguar el empuje de las balas i resguardar las brechas del cañón. Un sol brillante iluminaba toda la campiña, i el jeneral O'Higgins está al acecho del refuerzo prometido. La torre de la Merced es el vijía i en ella todos los soldados tienen fija su vista. Al fin se oye en la torre un grito de *Viva la Patria!* Se divisa hácia el camino de las Bodegas una inmensa polvareda. O'Higgins da orden a sus ayudantes que corran a las trincheras a dar la voz, i un grito de Viva la Patria que apaga la voz de los cañones» se hace oir en toda la línea.

»O'Higgins, entretanto, acecha con intensa emoción los movimientos de las divisiones de los Carreras. Ya divisa las líneas de caballería que se despliegan por el campo, i la columna de infantería que se adelanta por el camino trayendo sus cañones a vanguardia. Esto se ve al norte. Al sur se descubre un espectáculo no menos estraordinario en las peripecias del asedio: señálase una columna de dragones a cuya cabeza se distingue la banderilla encarnada del Estado Mayor realista; i un poco mas adelante galopa un corpulento jinete que se hace un objeto conspícuo en la columna por su poncho blanco. Esta tropa sale por los callejones de la villa en direccion al vado del Cachapoal llamado de la *Ciudad*, de la que dista solo media legua. O'Higgins presiente que aquel movimiento retrógado es una retirada, i para cerciorarse llama

al campesino que habia traido el último despacho del enemigo i le pregunta quién es el jefe que viste poncho blanco a la cabeza de la columna de dragones que se dirije al vado. *Es don Mariano Ossorio!* le contesta el huaso.

»El jeneral O'Higgins no duda ya de la victoria i que el enemigo huye; desciende a toda prisa a la plaza i da orden instantáneamente que monten los dragones i salgan por la trinchera del sur i del oeste contra el enemigo, que cree en fuga. El capitán Ibáñez i el teniente Maruri se lanzan entonces por la trinchera del capitán Astorga i acuchillan a los Talaveras en su propio parapeto. El ayudante Flores, que ha salido con otro piquete por el costado del oeste, sorprende un destacamento enemigo ocupado en saquear una familia, i lo pasa a cuchillo.

»El asedio estaba de hecho terminado por estas salidas. Luis Carrera llega ya a la alameda del pueblo i va rompiendo la línea enemiga que circunda la plaza en esta dirección, mientras O'Higgins se mantiene en la plaza dando las órdenes, no ya de la defensa sino del ataque. A las once i media de la mañana del 2 de cctubre Rrancagua es una victoria!

»Pero en este instante (las doce del dia) se oyen unos gritos sobre el tejado del Cabildo que dicen: *Ya corren! Ya corren!* O'Higgins vuelve i pregunta: *¿quién corre?—La tercera division!* le con-

testan de arriba, i en efecto, subiendo a la torre, ve la división de los dos Carreras, compuesta casi esclusivamente de milicias de caballería, completamente desecha i en abierta fuga por toda la dilatada perspectiva.

»Elorriaga con toda la caballería realista habia cargado a Carrera derrotándolo en la primera arremetida.

»Una hora después, repuesto el enemigo i recobrando sus posiciones, rompe otra vez un fuego nutrido sobre las trincheras, i ejecuta un asalto jeneral por todo el circuito. En todas partes es rechazado. Es la una del dia.

»El enemigo pone fuego entonces a la hilera de casas que se estiende por la vereda derecha de la trinchera de San Francisco. El cañoneo no cesa; el agua ha sido cortada; todos los labios están ennegrecidos de morder cartuchos; los cañones caldeados por el fuego revientan su carga antes de allegar el lanzafuego; un sol de verano sofoca el aire envuelto en ráfagas de humo i se oye luego una detonación espantosa. Una chispa de los edificios incendiados ha caido sobre una parte del parque acumulado en la plaza i ha producido el estallido.

»Pocos minutos después se oye en la dirección de San Francisco el toque de un clarín de parlamento, i se divisa la bandera blanca del oficial que viene a intimar rendición. Una descarga i los

gritos de *Viva la Patria!* son la respuesta. El abanderado Ibieta, roto ya un brazo, levanta en el aire la bandera tricolor atada por el centro con un lazo negro.

»Pero O'Higgins conoce que ya la resistencia no puede pasar mas allá. Todo heroismo está agotado, los brazos de los muertos no pueden disparar los fusiles. No quedan mas hombres de pelea que los dragones de Freire. Es preciso que los que aun sobreviven se salven para que haya quienes cuenten lo que habian hecho aquellos de sus hermanos que en rimeros enormes estaban apiñados tras de las trincheras i en los patios i techos de las casas.

»El enemigo organiza su último ataque porque ya la tarde va a caer. Elorriaga manda ahora en jefe toda la línea.

»O'Higgins da entonces orden de que, apenas cargue el enemigo, las guarniciones de las trincheras se retiren haciendo fuego hasta la plaza, donde montarán a la grupa de los dragones; pero el ayudante que se dirije a impartir la voz, solo encuentra tres artilleros vivos en la trinchera de San Francisco i al abanderado Ibieta que agonizaba hecho trizas por la metralla sin soltar su pabellón. En la trinchera del este acaba de morir el capitán Vial que la mandaba. El enemigo venía penetrando por ambas direcciones. Solo queda un minuto para salvarse.

»Entonces la columna de a caballo se pone en movimiento hácia la trinchera que por el costado del norte defiende Sánchez. El capitán Molina va a la vanguardia. O'Higgins, Juan José Carrera, Freire, el coronel Calderón i los ayudantes del primero marchan en el centro. El capitán Astorga, que se acaba de retirar con los últimos tres hombres que quedaban en la trinchera de San Francisco, cierra la columna.

»El plan de O'Higgins es cruzar la trinchera del capitán Sánchez, abrirse paso, sable en mano, hasta la alameda, i una vez aquí, dispersarse salvando cada cual en la dirección de Santiago.

»Hízose así; mas al cargar por la calle que conduce a la alameda, se encuentra detenido por una barricada que el enemigo ha construido de atravieso. O'Higgins manda echar pié a tierra a los dragones para abrir un paso; mas como su caballo estuviera mui fatigado i no pudiese pasar por sobre los escombros, los soldados agrupándose en derredor suyo levantan la bestia casi sobre sus pechos i la ayudan al otro lado.

»Una lluvia de balas sigue a los fujitivos, i al desembocar en la alameda, el ayudante Astorga es muerto de un tiro de carabina, al lado de su jefe. Los dragones enemigos, que durante todo el asedio se han mantenido en la alameda, procuran cortar el paso, pero O'Higgins consigue llegar al puente de la gran acequia que cierra un costa'

de aquella avenida, i toma el camino de Chada. Solo sus dos ayudantes Urrutia i Flores i sus dos ordenanzas Jiménez i Soto están a su lado. Mas, los dragones le dan alcance i uno que se adelanta con atrevimiento por entre un matorral tira una cuchillada a O'Higgins, cuyo caballo apenas trota; pero Jiménez pára el golpe i la carabina del otro asistente echa al dragón muerto sobre el pescuezo de su caballo; O'Higgins lo monta entonces, i galopando en dirección a Chada, sube la cuesta. El sol se ponia, i el caudillo chileno, echando una última mirada hácia el sitio donde quedaban sus compañeros, solo vió en el horizonte una columna de humo que se levantara al cielo en el silencio apacible de la tarde. Aquel humo era *Rancagua!*.......»

Asi dió fin aquella jornada del heroismo chileleno que hemos trazado, si no con una fiel imitación del austero lenguaje del soldado, calcando al menos su exactitud, que si no es del todo auténtica, es al menos la del testigo mas alto i caracterizado que pudiera hablar a la posteridad sobre aquel gran episodio que no tuvo igual en su historia, ni acaso se encontrará en los tiempos venideros; porque no será ya dable que, en un solo dia i en un rincón tan estrecho, se junten para morir los héroes que representaban cada familia, cada provincia, cada aldea de Chile. La Patria, si peligros venideros la amenazan, verá marchar a

sus baluartes cien i cien batallones con el tricolor flotando al viento; pero sus hijos no darán ya batallas con sus estandartes vestidos de crespones, como cuando va a morir una nación, porque ya Chile no perecerá. Rancagua fué la prueba de su inmortalidad. Todo pereció en su recinto, menos su nombre de nación que quedó inscrito en el catálogo de los pueblos por la lei de la gloria. I asi sucedió que la jornada de Rancagua no fué un desenlace, sino una iniciativa. La victoria del pueblo comenzaba en la derrota de su último ejército, i Chacabuco, que se creyó un combate, no era sino una resurrección.

CAPITULO IX.

O'Higgins se ocupa solo de salvar a su madre después del desastre de Rancagua.—Bello rol público de Carrera.—O'Higgins pasa los Andes con su familia —Hondas discordias de los emigrados.—Presentación inédita de setenta i tantos chilenos al gobernador de Mendoza contra los Carreras. —O'Higgins se dirije a Buenos-Aires, a consecuencia de la trájica muerte del brigadier Mackenna.—Es recibido cordialmente por el Director Posadas, i se resuelve a regresar inmediatamente a Mendoza.—Alvear remplaza a Posadas i surje el partido de Carrera.—Alvarez Tomás es proclamado Director.—Los proscritos chilenos.—La madre i hermana del jeneral O'Higgins se dedican a la industria de hacer cigarros.—Trabajos de O'Higgins i Carrera por obtener la restauración de Chile.—Plan de campaña, del primero.--Relaciones del jeneral O'Higgins en Buenos-Aires.—Causas que impiden el que se emprenda sobre Chile en el año de 1815.—O'Higgins ofrece sus servicios de voluntario contra la espedición de Morillo que se aguardaba.—O'Higgins es incorporado en el ejército que se organiza en Mendoza.—Emprende su viaje en febrero de 1816.—San Martín le hace una acojida íntima i pone a su disposición la caja de la provincia.—Noble desinterés de O'Higgins.—Resuelven la campaña sobre Chile para el verano de 1816 i 17.—San Martín en sus ausencias deja en Mendoza a O'Higgins con plenos poderes, aunque sin carácter oficial.--Organización de un campo militar. —Laboriosidad infatigable de O'Higgins.--Es nombrado mayor jeneral interino.—Anécdota característica de los negros del batallón núm. 8.—Los capitanes Freire i Prieto en 1810.—El Dr. D. Hipólito Villegas.—Su correspondencia peculiar con el jeneral O'Higgins.—El ejército se pone en marcha.—O'Higgins recibe en el campamento de Manantiales su nombramiento de Director de Chile, hecho por el Director de Buenos-Aires.—Lejitimidad revolucionaria de este nombramiento.—Aparecen los primeros disgustos entre los jenerales Soler i O'Higgins en el paso de las cordilleras.—Batalla de Chacabuco, considerada en oposición a su parte oficial.—El jeneral O'Higgins, faltando al plan de batalla, la empeña i la decide con su sola división.—La división de Soler no se bate.—Irritación de este jefe i su reconvención a O'Higgins en el campo de batalla.—O'Higgins hace prisionero en persona al mayor San

Bruno.—Muerte heróica de Elorriaga.--Encuentro de O'Higgins i San Martín en las casas de Chacabuco.--Estado enfermizo del último durante sus campañas i viles calumnias que a ese respecto se han circulado.—A consecuencia de los disgustos de O'Higgins i Soler, éste es obligado a salir del pais.

I.

Perdido Chile en Rancagua por aquella impericia de las armas i aquel heroismo de los ánimos de que el jeneral O'Higgins fuera el mas lejítimo i responsable dueño, dió éste por concluido su rol de soldado, i en la mañana del 3 de octubre se apeó en el patio de su casa de Santiago solo para abrazar a su madre i salvarla.

El ilustre Carrera, llamado ahora a la acción en nombre de una catástrofe, reasumia su puesto, desplegando aquel jeneroso denuedo i aquella constancia sublime, que el éxito embargaba en su pecho, fácil de deslumbrarse, pero que siempre recobró con una pujanza inaudita en todos los contrastes de su estraordinaria vida. Comenzaba ahora a ser verdaderamente grande con aquella elevación, si bien insólita i siniestra de la fatalidad, que es sola propia de los altos jenios. Comenzaba su *ostracismo*, i concluian para él i sus deudos, acaso menos ilustres, solo porque fueron menos honradamente desgraciados, «aquellos dias » de deslumbradora fortuna, de alegres mascara» das, de brillantes disipaciones de cuartel, del » fausto marcial de los campamentos, de aquel

» era, en fin, de gloria i escándalo denominada la » Patria vieja, de que los Carreras fueron los bri- » llantes i turbulentos protagonistas.» Pero época también (como añadíamos al escribir las palabras anteriores, en una obra que por su título es jemela de la presente, si bien en todo otro carácter, opuesta) «por la que la posteridad les hará una » cuenta harto menos austera que la que nos ha » sido trasmitida por jeneraciones anteriores, una » vez atendida su juventud, la falta de consejo, » la educación descuidada, la época, las crisis, i » mas que todo, aquella aura popular prematura i » fácil que les alumbró, precipitándolos en tantos » abismos de cuya cima ninguna marca luminosa, » ni ninguna voz prudente o amiga les habia ad- » vertido cuánta era la insondable profundidad.»

II.

Mientras don José Miguel Carrera se ocupaba, con un tesón digno de su alto patriotismo, en salvar las últimas reliquias del ejército chileno i de arrebatar al enemigo todos los recursos que podia ofrecerle la indefensa capital, don Bernardo O'Higgins consagraba toda su ansiedad a poner en salvo a su madre i a su hermana, tesoros únicos entonces de su vida íntima i a quienes como los lares de su dicha doméstica, llevó a todos los sitios de su poderío i de su infortunio. Cuan-

do Carrera quemaba los últimos cartuchos de la patria vieja en la ladera de los Papeles, cerrando la retaguardia de la emigración, O'Higgins pisaba ya la nieve de las cumbres, sirviendo de báculo en el áspero sendero a su madre aflijida i estenuada por los años. En el mismo dia de su llegada a Santiago, habia enviado don Bernardo a las dos señoras, acompañadas por el capitán don Venancio Escanilla, a la villa de Santa Rosa, i al dia siguiente, 24 horas antes de que el enemigo penetrase en la ciudad, marchóse él, alojándose en la noche del 4 de octubre en la cuesta de Chacabuco i el 5 en los Andes.

Ocupado en los preparativos de una marcha que hacía mui penosa la obstrucción de la nieve de que la cumbre de la cordillera estaba todavia cubierta en una estensión de cuatro i media leguas, entre la casucha del *Juncal* i la de las *Cuevas*, se detuvo don Bernardo tres dias en Santa Rosa, hasta que el 8 de octubre, estando el enemigo ya mui próximo, se puso en marcha con su frájil comitiva, acampándose por la noche en la vecina ladera de los *Quillayes*, entre unos elevados farellones. Aunque el jeneral Carrera habia tomado el mando absoluto de las fuerzas, los dragones escapados de Rancagua escoltaban a O'Higgins en su marcha a las ordenes inmediatas de Alcázar, Freire, Anguita i del fidelísimo capitán D. Agustín Lopez.

En la jornada del dia 9 la comitiva alcanzó solo



DON JUAN MARTINEZ DE ROZAS

Lit. P. Cadot. RAFAEL JOVER, EDITOR

hasta la *Guardia*, i al siguiente dia a los *Ojos de Agua*, donde comenzaba ya la cerrazón de la nieve. Echando por delante una recua de bestias de carga i los dragones, consiguió abrirse lo que en el lenguaje de los prácticos de la cordillera se llama *huella;* mas como en esta operación, que dirijió el capitán López, se empleara mas de medio dia, O'Higgins ocupóse de despachar un espreso a Mendoza solicitando ausilios del brigadier Mackenna, que desde su espatriación en el mes de julio se encontraba en aquella ciudad, al lado del jeneral San Martín, su antiguo compañero de armas en las campañas del Rosellón contra la república francesa.

Al dia siguiente, 12 de octubre, don Bernardo consiguió encimar la cumbre, haciendo una gran parte del camino a pié para asistir a su madre, i solo ya entrada la noche, llegaron a la casucha de las *Cuevas*, la primera que se encuentra a la falda opuesta de los Andes; i ahí, bajo aquel abrigo reparador que el capitán don Ambrosio O'Higgins habia construido hacia ya mas de 50 años (1763) se reposaron ahora la que fué su prometida i el hijo de sus últimos amores, hoi el primer caudillo de su patria.

Las jornadas que aun quedaban hasta Mendoza se hicieron con la rapidez que permitian al solícito jeneral sus delicadas compañeras, de las que ni un o instante se separó hasta no dejarlas instala-

das en el pueblo. El dia 15 lo aguardaba en el *Tambillo* un espreso de Mackenna con algunas provisiones acomodadas a la lijera i una carta, que era quizá mas consolatoria que aquel refrijerio destinado a sus abatidos estómagos, pues la amistad del gobernador de Mendoza don José de San Martín les ofrecia protección i asilo.

Entretanto, O'Higgins i las señoras habian pasado dias enteros sin probar ningun alimento, i en la casucha de las *Cuevas* los dragones, como los soldados de La Madrid 25 años mas tarde, mataban sus caballos para tener una cena aunque cruda i nauseabunda, reparadora al menos en aquellos páramos desolados.

Por fin, el 16 de octubre O'Higgins pudo hospedarse en la posta de Villavicencio, a la salida de la cordillera sobre los llanos, i al dia siguiente abrazaba a Mackenna e Irisarri, bajo el techo que estos fieles amigos, no menos que la hospitalidad oficial del coronel San Martín, le habian deparado.

III.

No cumple a nuestro propósito referir aquí como el común infortunio, léjos de apagar en estraño suelo la discordia que habia dividido a los chilenos en bandos encarnizados, encendióla, al contrario, mas i con escándalo i mengua del patriotismo vencido. Anticipada ya esta doloro

tarea en otro trabajo histórico que comprende los documentos i detalles de esta melancólica época, basta a nuestra actual narración recordar aquí que los esfuerzos de los dos caudillos emigrados, Carrera i O'Higgins, se dirijian esclusivamente a obtener el apoyo de las autoridades del país vecino, no solo para deslindar sus mutuas querellas sino movidos por el mas noble propósito, solicitar ausilios con que volver a tentar de nuevo en los campos de la patria la suerte de las armas.

En Mendoza, la disposición de ánimo del Gobernador San Martín habia sido enteramente favorable al bando de O'Higgins, i a tal punto, que su rival i sus principales secuaces fueron todos desarmados, echados al destierro i aún puestos en prisión en la primera semana de su llegada. Mas éstos, sin desmayar, quisieron llevar sus pretensiones hasta el gobierno jeneral que residia en Buenos Aires, i enviaron al efecto sus comisionados. El bando O'Higginista, por su parte, habia despachado los suyos, i rivalizando en esfuerzos, los últimos merecieron ser tan felices en la capital del Plata como en Mendoza. La causa del partido carrerino quedó completamente condenada por el gobierno, i en consecuencia el director don Jervasio Posadas escribió a O'Higgins ofreciéndole que cualquiera empresa que se formase sobre Chile seria confiada a su dirección.

Mas, aun antes de recibir esta carta, un moti-

vo profundamente doloroso para el corazón de O'Higgins le habia hecho resolverse a dejar su asilo de Mendoza a fin de sostener en Buenos Aires las exijencias de su aparcería. Su amigo íntimo i querido, su mas respetado consejero, el brigadier Mackenna, habia sido muerto en duelo en aquella capital por Luis Carrera, el joven emisario de los exaltados i abatidos carrerinos, como Mackenna lo era de su propia causa, enaltecida ahora mas que por el éxito de sus esfuerzos para con el gobierno arjentino, por aquel martirio en que habia probado su dignidad de hombre, nunca ajada, i su abnegación de patriota i amigo que rayó siempre en lo sublime. Su guia único en la vida, fuera en lo público como lo íntimo, habia sido aquel sentimiento alto i raro que hoi moteja la cobardía i la mengua de la sociedad, porque se llama *honor* i no se llama *oro*, que este i su posesion es, a nuestro entender, el honor de los modernos.

Al saber tan lastimoso lance, ocurrido en la noche del 21 de noviembre, O'Higgins resolvió emprender su viaje a Buenos Aires i lo ejecutó a mediados de diciembre llevando consigo a su señora madre i hermana.

La acojida del director Posadas le lisonjeó de tal manera, que don Bernardo llegó a formar la resolución de regresarse inmediatamente a Mendoza, con el objeto de emprender algo sobre Chi-

le antes que con la conclusión del verano se cerrasen los pasos de la cordillera.

IV.

Mas la República Arjentina, como lejítima hermana de Chile i de toda la vasta familia hispanoamericana, se daba también de continuo a las revueltas, i en un vaivén de estas, el partido carrerino levantó la cabeza, encorbando las suyas sus rivales.

El 10 de enero de 1815, a los pocos dias de la llegada de O'Higgins a Buenos Aires, el joven brigadier don Carlos María Alvear, el Carrera arjentino sin su jenio i sus desdichas, sucede a su propio tio el director Posadas, i como una irresistible simpatía hubiese reunido a este joven caudillo al ex-director chileno, surjió con él i fué su amigo, su consejo, su atrevida inspiración. I todo esto con tanta rapidez i fortuna, que llegó a obtener aquél de la nueva autoridad el que depusiera de la gobernación de Cuyo al mismo San Martín, el caudillo mas respetado en el país después de Belgrano i Díaz Vélez.

Pero, a otro vuelco de la rueda, cayó el bando de Alvear, i con él los carrerinos. El 15 de abril de 1815 habia sucedido a aquel, mediante una revolución militar, el coronel don Ignacio Alvarez ·mas, amigo personal de San Martín i a quien

O'Higgins debió entonces, como en los últimos años de su vida, una respetuosa deferencia.

V.

En estas alternativas de la revolución arjentina, a la que la de Chile estaba ahora adherida como un brote marchito acabado de injertar en un tronco homojéneo i abundante de savia, pasóse la estación en que hubiera sido posible trasplantar otra vez aquella a su nativo suelo i en los brazos de sus propios hijos. Sobrevino el invierno, i entonces esas cordilleras que vistas desde sus propios senos parecen a sus hijos los magníficos surjideros que guardan la fecundidad de sus campiñas, el recreo de sus jardines i las alegrías de la patria fértil i libre, alzaron para los desheredados su fríjida espalda, mostrándose solo como la inmensa muralla que encerraba su cautiverio.

Comenzó entonces a aflijir el alma de los chilenos, calmado ya un tanto el encono de los odios, aquel drama cruel de desolación i de hambre, de dignidad e impotencia que se ha llamado «la proscrición!» Sabidos son los episodios de la que fué la primera i la mas acerva de esa larga serie de venganzas de facción que inició San Bruno en 1814. El jeneral O'Higgins participó a la par con todos de su angustia i de sus penalidades, sin esquivar al amigo i al hermano ni su techo ni su pa

Habia alquilado don Bernardo en los suburbios de Buenos Aires i en la vecindad del cuartel de artillería, una casita tan pequeña que apenas daba un mediano albergue a su madre, su hermana i a él mismo. Pero la hospitalidad, cuando es de corazón, no necesita techo, i así algunos de los oficiales adictos al jeneral, se habian hecho una guarida en la azotea de la casucha i en ella dormian sin mas almohada que los ladrillos del piso, ni mas abrigo que las frescas nieblas del Plata. Eran de este número, entre muchos otros que cual aves viajeras cambiaban sus nocturnos nidos cada dia, los ayudantes que don Bernardo habia sacado vivos de Rancagua, como el capitán Urrutia, el teniente Flores i el capitán Garai, natural de Chiloé. Los dos oficiales Soto, que habian sido sus compañeros desde que en marzo de 1813 salió de las Canteras, también estaban a su lado; i aunque no habitaban en la misma casa, tenian sí un asiento diario en su parca mesa, el capitán Freire i el padre Camilo Henriquez, fuera de convidados estraordinarios que en estos casos suelen hacerse de continuo tan ordinarios como el hambre.

El jeneral O'Higgins habia salido de Santiago «sin mas equipaje que la camisa que tenia en el cuerpo», según su propia espresión; pero parece que las señoras llevaron oonsigo algunos ahorros que sirvieron para su escaso sustento durante los seis primeros meses de destierro. No por esto

aquellas dignas matromas echaban en olvido esas caseras industrias de la chilena economía que son la mejor renta del hogar: la costura, los dulces «la plata para la plaza» i el sabor de cada dia en el puchero i en la sopa. Doña Isabel i su hija doña Rosa, si no para vender, para ahorrar un gasto fuerte, por lo menos, se entregaron a la industria de *cigarreras*, i como el tabaco es propio del soldado i de los aflijidos, su consumo apenas daba tiempo a la fabricación. I así, en aquellos dias, mientras la arrogante beldad que habia sido la esposa del director de Chile, lavaba a sus hermanos sus raidas ropas i mientras estos cuidaban de la cuna de sus chicuelos, otros, acaso menos pobres i menos abatidos, tenian el lujo de fumar sus cigarros hechos por aquellas blancas manos que debió llevar al altar nada menos que un virrei del Perú........

VI.

Pero no porque el invierno aplazara toda perspectiva de redención para Chile, ni se hubieran desvanecido por las mudanzas políticas los primeros proyectos de invasión, partos mas bien del entusiasmo i del despecho que de un cálculo atinado, dejabán los caudillos que aspiraban a la empresa de rescatar su patria, de preparar los medios que en el próximo verano de 1816 deberian, segun t

da probabilidad, ponerse en ejecución. O'Higgins, como Carrera, trabajó en consecuencia un plan de invasión de Chile, i lo elevó al conocimiento del gobierno de Buenos Aires sin duda, i a la par con el de su émulo (mayo de 1815), aunque por carecer de fecha el orijinal que tenemos a la vista, no podemos asegurarlo con exactitud.

Ambos trabajos eran esencialmente opuestos, como era de esperarse, aunque el fin fuera uno solo. Cada cual tiene el sello del espíritu del autor. El de Carrera, contenido en un pliego de papel, es solo una chispa de su intelijencia, en que todo se deja al entusiasmo, a la movilidad, a la audacia. Pide apenas 500 hombres i 1,000 fusiles de respeto para caer sobre Coquimbo, territorio virjen todavia en la contienda, i lanzarse de ahí apellidando el patriotismo i la venganza de los abatidos chilenos.

El plan de O'Higgins es, al contrario, fruto de una laboriosa meditación en que solo brilla el calor del patriotismo. Sus ideas militares están concebidas i presentadas con una ausencia tal de sentido práctico, que pareceria que la razon del hombre no entraba para nada en aquellas combinaciones, sueños i doradas quimeras de un patriotismo jeneroso. Segun este trabajo, que abraza muchos pliegos de papel, Chile representa un cuadrilongo cuya capital es el centro. Ahora bien, el plan de invasión consiste en echar poderosas divisiones por

todos los costados de aquel cuadrilatero, i ganando éste poco a poco, acercarse a su centro i encerrar al enemigo aislándolo de toda comunicación.

No menos de 6,300 hombres debian ejecutar simultáneamente aquella cruzada contra el ejército de 4,000 plazas que, se daba por sentado, componia el total de la guarnición del reino; por el volcán de Antuco se desprenderian 1,500 hombres, al mismo tiempo que en algún punto de la costa, entre Coliumo i Arauco, desembarcaban 800 hombres que, dando la vuelta del Cabo, debian venir perfectamente equipados para formar divisiones montadas en el acto de su desembarco. Reunidas estas dos espediciones, pondrian sitio a Concepción i la rendirian; una tercera división marcharia por el paso de la cordillera del rio Claro, que se reputaba «transitable por carretas», amagando a Santiago; i otra, internándose por la provincia de San Juan, en Cuyo, amenazaria a Coquimbo, para que confluyendo a la vez i reunidas a las que habian operado en el sur, batiesen al enemigo en su centro, que era la capital.

Creyérase que se trataba de una empresa novelesca, en que por via de sortilejio iba a crearse todo i a combinarse cada una de las partes incoherentes de aquel proyecto colosal con una exactitud májica; sin que hubiese ni obstáculos, ni gastos, ni posibles contratiempos. Ninguna prueba mas evidente aducirá la historia sobre la esca-

de altas dotes militares que caracterizó al jeneral O'Higgins, que este ensayo propio suyo en que ha puesto a contribución sus mejores luces; pero pocos, mui pocos testimonios hablarán tampoco mas alto en favor del héroe i del patriota, que esos conceptos en que la reconquista de la patria está descrita con toda la emoción del alma, i con ese delirio de la mente que enjendra en las fantasías impresionables la vehemencia de los deseos.

VII.

En estas tareas, gratas al alma del proscrito, porque son los afanes de la esperanza, pasó don Bernardo O'Higgins todo el año de 1815 en la ciudad de Buenos Aires. Dividia su tiempo entre sus altas relaciones políticas (pues sus mejores amigos, como Alvarez, Terrada, San Martín, Alvarez Jonte i otros estaban en el gobierno) i sus compañeros de destierro, cuya suerte miraba casi con la solicitud de la paternidad. Aparte de lo público, el amor de su madre i el pensamiento del ausente i martirizado Chile, eran su emoción constante, si no su dicha en el escondido hogar.

Ocurrió por este tiempo el amago de la espedición de Morillo, que era destinada a Buenos Aires, i que si viniera ahí, i no a los climas tropicales de Colombia, de seguro que habria dado un espantoso vuelco a la independencia americana; i en con-

secuencia, don Bernardo ofrecióse a servir, no como jeneral chileno, sino en calidad de simple voluntario para defender la ribera de ese rio de Buenos Aires que en aquel año de las catástrofes americanas (1815) era la única valla que protejia la causa de la independencia en el vasto Nuevo Mundo.

VIII.

Los amagos de la espedición española en los primeros meses de 1815 i la desastrosa batalla de Sipe-Sipe (2 de noviembre) en el alto Perú, que cerró aquel año de tan poca ventura para la causa de los independientes, fueron causas primordiales para que en el verano intermedio de 1816 nada se emprendiese sobre Chile. Mendoza, al contrario, que se consideraba como el punto de partida de cualquier intento, estaba amagada por los realistas de Chile, i apesar de este peligro, su guarnición era escasa, habiéndose destinado a reforzar el ejército del alto Perú los pocos centenares de chilenos que pasaron la cordillera en 1814.

Mas, serenados de nuevo los espíritus que lo recio de la borrasca traia abatidos, i repuesto Rondeau de sus fracasos en el alto Perú con esa celeridad prodijiosa que los caudillos independientes ponian en reparar sus derrotas en aquellas belic- sas comarcas, pensóse de nuevo, i ya con madu-

i seriedad, en hacer anticipadamente los preparativos de una campaña que debia abrirse en el próximo verano de 1817.

En virtud de aquellos planes, el Director Alvarez Tomas resolvió que el jeneral O'Higgins se incorporase al ejército arjentino que debia organizarse en Mendoza a las ordenes de San Martín, i al efecto ordenó se le entregasen 500 pesos para los costos de su viaje.

En consecuencia, el 1.° de febrero de 1816, O'Higgins salió de Buenos Aires con su familia i llegó a Mendoza el 21 de febrero, después de tres semanas de viaje.

El jeneral San Martín se presentó luego a felicitarle, i en seguida le puso al corriente de todos sus planes, pues O'Higgins debia entrar en ellos casi tan activamente como él, desde que se trataba de una espedición sobre Chile. Una estrecha amistad privada que no se interrumpió ni un solo instante durante 28 años (desde 1814 a 1842) les unió, además de sus vínculos públicos. Con la sola escepción de los embrollos a que dió lugar mas tarde la atropellada conducta de Lord Cochrane, jamás ocurrió entre aquellos dos ilustres caudillos la mas leve queja ni la discrepancia mas insustancial, circunstancia felicísima para el logro de las empresas que ambos acometieron en la América, inmortalizando sus nombres i haciendo de su estrecha unión, inalterable mas allá de

la tumba, un símbolo de fraternidad entre dos pueblos destinados a llenar juntos i unidos un gran rol en las vastas zonas templadas de la América del sur.

IX.

Conocida es de todos los que hayan hojeado la historia de nuestros países, la manera portentosa con que el jenio de San Martín creó en una provincia oscura i relegada, cual era la de Mendoza, el ejército que libertó a Chile, al Perú, a la América toda desde Valdivia a Quito. O'Higgins tiene en esa obra jigantesca el mérito de la cooperación íntima i constante, del trabajo modesto e incansable. Hasta Chacabuco fué estrictamente, aunque de un modo estrajudicial, el segundo de San Martín, como en esa jornada fué el primero i superior a todos, pues ya se arrogaria ahí, sobre el suelo patrio, los derechos que es lícito acordar a los que vienen a redimir la sangre del hermano vertiendo la suya propia.

En los meses del verano i del otoño de 1816, no aparece en los papeles que hemos rejistrado sobre esta época, que hubiese una actividad notable en los aprestos de la venidera espedición. Tratábase entonces de la ardua cuestión de reunir el primer congreso arjentino, cuando ya habian trascurrido seis años de revolución i de aprendizaje po

lítico. Todos los negocios públicos estaban, en consecuencia, pendientes del jiro que imprimiria a la política aquella asamblea, i particularmente del director que se elejiria para confiarle aquella. El congreso se reunió, al fin, en julio, i como hijo de la madurez i la esperiencia, al revés de tantas otras asambleas prematuras de aquella época, obtúvose solo felices resultados de sus disposiciones. La independencia fué proclamada (9 de julio), i don Juan Martín de Pueyrredón fué elejido director.

Con este solo acuerdo, la espedición a Chile no solo llegó a ser invariablemente resuelta, sino que quedó asegurada de un modo irrevocable. Pueyrredón pertenecia, a la par con San Martín, a la gran *Lojia revolucionaria* que entonces era la palanca de la independencia en el sur de nuestro continente, i por consiguiente, su adhesión i su vida misma pertenecian a los planes acordados sobre Chile por aquel tribunal secreto, del que mas adelante hablaremos por estenso.

X.

San Martín fué oportunamente a ponerse de acuerdo con el nuevo director, encontrándole a su paso por Córdoba, en julio de 1816, i desde ese momento la espedición libertadora fué un hecho que comenzó a cumplirse.

A los pocos dias de haber regresado a Mendoza, San Martín volvió a salir por opuesto rumbo, hácia los indios del sur para celebrar las *parlas* en que debia poner a su servicio hasta la propia mala fe de los salvajes.

En ambas ocasiones (julio i setiembre de 1816) el gobernador de Mendoza, ahora jeneral en jefe del ejército libertador, dejó a O'Higgins encargado de remplazarle, si no en un carácter oficial, en un sentido tan íntimo al menos que le ponia en su propio lugar. En sus cartas durante ambas ausencias, le decia que obrase como si fuese él mismo, que abriese la correspondencia i la contestase, dándole simplementemente aviso de lo reservado, i en fin que en todo hiciera los oficios de su verdadero sustituto.

El jeneral O'Higgins se habia encargado con especialidad, desde el mes de junio, de formar en un esplayado que se estiende a pocas cuadras de distancia de Mendoza en dirección al norte, un campamento militar, construyendo los edificios provisionales que requeria el abrigo de la tropa, i arreglando el terreno para la instrucción i maniobras de los cuerpos espedicionarios, que gradualmente se iban formando en los cuarteles de la ciudad.

Esta molesta i minuciosa faena no estuvo concluida sino después de tres o cuatro meses, pues solo el 21 de setiembre se daba la orden jenei

para que los cuerpos pasasen a ocupar sus nuevos cantones. Verificado esto el 30 de aquel mes, el jeneral O'Higgins se trasladó con el ejército a hacerse cargo de todas las operaciones de que San Martín oficialmente le encargaba, pues rara vez obraba investido de un carácter oficial, lo que se avenia mejor a la índole de ambos caudillos.

El brigadier don Miguel Estanislao Soler habia sido nombrado, además, oficialmente segundo del jeneral en jefe por el gobierno de Buenos Aires, con fecha de 5 de setiembre, i en este carácter habia sido reconocido el 23 de aquel mes por el ejército. Como Soler fuese enfadosamente altivo i quisquilloso, O'Higgins preferia, por su parte, obrar con cierto alejamiento de la pompa i de la responsabilidad oficial. Sin embargo de esto, aun no se habia cumplido un mes desde la llegada del nuevo mayor jeneral, cuando aquel era dado a reconocer en remplazo suyo (15 de octubre de 1816). Aunque esta mudanza fué interina, i parecia fundarse solo en exijencias del servicio, es digna de tenerse presente por lances mui serios i trascendentales que hubieron de acontecer mas adelante.

La organización, equipo i disciplina de los cuerpos espedicionarios, ocupó durante tres meses i medio la atención esclusiva de los jefes. O'Higgins, que aunque desempeñaba diversas comisio- tenia a su inmediato cargo los batallones 7

i 8, el último de los que, compuesto de negros que acababan de llegar de Buenos Aires, era el mas empeñoso i el mas exacto en las fatigas del servicio. Personas que existen todavia en Mendoza i que en 1855 recordaban haberle visto en aquella época, cuando hacian el encomio de la sagacidad, de la constancia, de la increible fecundidad de recursos desplegada por el jeneral San Martín, recordaban a la vez con ponderación la infatigable laboriosidad de aquel i su estraordinaria modestia, haciendo contraste con la arrogancia bastarda de Soler.

La distribución diaria de las ocupaciones del campamento, segun consta de los libros del Estado Mayor, era además por sí sola tan fatigosa, que bastaba a probar el temperamento mas robusto i la actividad mas estremosa. San Martín queria ir preparando bajo la apariencia de simples maniobras de instrucción, aquella gran maniobra que debia redimir la América a su voz, enviada esta por las cumbres i los valles de los Andes!

Un tiro de cañón, al despuntar la aurora, seguido por las dianas de todos los cuerpos, era la señal del trabajo. Los batallones hacian entonces ejercicio de armas i maniobras durante tres horas, i luego los oficiales seguian estudiando en academias privadas dos horas mas; esto daba de 5 a 6 horas de trabajo todas las mañanas. En seguida se descansaba durante las 6 horas mas calorosas del

dia (de 10 a 4) i se volvian a ejecutar las maniobras hasta la entrada del sol. A las nueve se tocaba la retreta, i el campo se dormia fatigado para recomenzar al dia siguiente la misma tarea.

El jeneral O'Higgins, fuera que desempeñase el Estado Mayor, fuera que se contrajese solo a su división, fuera en fin, que se ocupase del arreglo de los escasos destacamentos chilenos que se agregaron al ejército i de la colocación de los oficiales que en gran número servian en varios cuerpos, tenia, pues, una parte laboriosa en la dirección de la empresa.

Por otra parte, don Bernardo no descuidaba su propia instrucción militar, pues hemos visto en este capítulo, como en varios otros pasajes de esta obra, que él mismo se reconocia la ausencia de aquellas cualidades i antecedentes que por lo común forman los grandes injenios militares. Él suplia, pues, esta falta con un estudio asíduo, bien que de poco provecho, no porque dejara de hacer adelantos en la teoría del arte, sino porque, como lo veremos mas adelante i siempre, una vez que sentia el olor a la pólvora, ya olvidaba todos los testos i no sabia mas voz de mando que la de-*a la carga!*

XI.

Al fin, completada la organización del ejército, fué fraccionado este en dos divisiones principales

para emprender su marcha en escalones por los pasos de la cordillera llamada de los Patos. A Soler, reteniendo su empleo de mayor jeneral, se le confió la vanguardia, i a O'Higgins la division del centro, compuesta de los batallones 7 (comandante Conde), i 8 (comandante Crammer), un escuadron de granaderos (comandante Melián) i dos piezas de artillería (comandante Fuentes). El jeneral en jefe se hizo cargo de una parte de la caballería que cerraba la retaguardia.

No es de este lugar describir aquella marcha portentosa arrebatando a la historia sus mas altos hechos. Correspóndenos solo decir que la división del centro emprendió su marcha desde Mendoza el 21 de enero de 1817, llevando víveres solo para doce dias; que el 28 de enero se encontraba en el valle de los Manantiales en las últimas eminencias que se desprenden de la cordillera real hácia el oriente; que el 4 de febrero atravesó la cumbre, i tres dias despues estaba ya en el valle de Putaendo, acampada en territorio de Chile i en la hacienda denominada San Andrés del Tártaro. No habia ocurrido en aquella marcha verdaderamente maravillosa novedad alguna digna de nota: tan admirables fueron todas las providencias que la precedieron! Solo uno que otro disgustillo con el jefe de vanguardia por la distribución de los víveres habia desabrido un tanto el ánimo del jeneral O'Higgins, de suyo inclinado a la cordialidad.



XII.

Al paso de los Andes, prodijio de jenio, sucedió, como es sabido, la batalla de Chacabuco, prodijio de bravura. San Martín ha recibido la gloria de aquel. El jeneral O'Higgins merece casi esclusivamente la de la última.

Háse considerado por algunos, sin embargo, que la batalla de Chacabuco fué una acción de guerra campal como la de Maipo (única que militarmente hablando tuvo aquel carácter en Chile, con la escepción, talvez, de la de Pudeto); pero según la verdad estrictamente histórica, no pasó de un simple aunque glorioso encuentro de vanguardia. Ateniéndonos a las noticias autorizadas que ha dejado el jeneral O'Higgins, i las que alteran considerablemente el carácter militar de la batalla de Chacabuco, aparece que ésta, en efecto, no solo fué una acción de vanguardia, sino que en realidad consistió mas bien en un combate de caballería que de línea, i aun mas, que no fué en la *cuesta* sino en el *llano* de Chacabuco donde tuvo lugar el encuentro.

El enemigo, en verdad, ocupaba la cimá en la madrugada, i ahí habia dormido Maroto aquella noche; pero apenas el ejército patriota empezó su movimiento sobre la cumbre, cuando aquel la abandonó precipitadamente, replegándose sobre

Santiago, o por lo menos, sobre las casas de Chacabuco que, como la mayor parte de los antiguos caseríos de las haciendas de Chile, con graneros, palizadas, corrales de matanza, arboledas, etc., son verdaderas fortalezas militares. Solo en la mitad del camino, entre las casas i la cuesta (distancia de cuatro leguas segun el parte), la caballería patriota pudo obligar al enemigo a parar su marcha i presentar batalla.

Pero no es de nuestra incumbencia entrar en detalles militares sino en cuanto estos esplican el rol escepcional i hasta ahora completamente desconocido que jugó en aquel hecho de armas el jeneral O'Higgins.

Como es sabido, i aunque el parte oficial no lo declare, es cosa probada que el jeneral O'Higgins fué destinado a hacer solo un movimiento *finjido* sobre el frente del enemigo por el camino real, mientras el mayor jeneral Soler ejecutaba el *verdadero movimiento* con el grueso del ejército por una marcha de flanco, tomando la cuesta vieja; i tan evidente es esto, que aun a los dos únicos batallones de O'Higgins, el 7 i 8, Soler, como jefe de Estado Mayor, les quitó al emprender su marcha sus dos compañías de preferencia, i aún los dos cañones escelentes que pertenecian a la division del primero i que venian al mando del distinguido oficial Fuentes.

Mas el jeneral O'Higgins, que descendia por

un camino mucho mas recto, i que vió las columnas enemigas replegarse bajando la cuesta sin tirar un tiro, cambió su *falso* ataque en el *verdadero*, i de aquí resulta que la batalla fué solo una acción de vanguardia, i que el parte, concebido según el *plan anterior* del ataque, sea erróneo en esta parte, pues está en contradicción con el hecho posterior. La división de Soler no disparó, en consecuencia, un tiro en Chacabuco, pues la pequeña columna que venia a su vanguardia i que constaba del escuadrón de Necochea i dos compañías de cazadores de los Andes, mandadas por el capitán Salvadores, solo se batió a última hora cuando la derrota estaba ya pronunciada en el cuadro realista, i cuando Soler venia con su división media legua al menos sobre el flanco.

El atrevido movimiento del jeneral O'Higgins fué, sin embargo, una verdadera insubordinación, semejante a la de Rancagua, i aunque él en sus apuntes pretende cohonestarla haciendo ver que cuando divisó al enemigo en retirada volvió donde el jeneral San Martín para pedirle hiciera avanzar toda la caballería a fin de contenerlo, parécenos, por la índole militar de nuestro caudillo, que él se ocupó mas de las bayonetas de sus negros del número 8 i de los reclutas del 7, que de las maniobras tan felices como atrevidas que ejecutó el coronel Zapiola con sus tres escuadrones de granaderos.

Tan pronto como el enemigo tomó esta posición en el bajo, i aunque su número era mas que el doble del de O'Higgins, pues se componia de los tres mejores batallones que habian peleado en Rancagua: Talavera, Chiloé i Penco, resolvió aquel atacarlos sin dar lugar a que llegara Soler sobre el terreno.

Esto fué lo que ejecutó O'Higgins de su cuenta i riesgo, con un denuedo igual a su responsabilidad i faltando abiertamente al plan acordado de la batalla. Colocándose al frente de sus cuerpos de infantería, que apenas constaban de 700 plazas, se adelantó en dos columnas por el camino real hasta pasar una acequia, o mas bien grieta del terreno, en cuya operación los cañones enemigos, jugando ya sobre sus columnas, lıs pusieron durante un momento en un crítico desorden. Pero habiéndose rehecho detrás de una loma, mientras la caballería de Zapiola meniobraba con el mayor atrevimiento sobre el frente i flancos del enemigo, formó dos columnas de ataque, i poniéndose a su cabeza marchó sobre el enemigo a paso redoblado.

Esta carga fué la batalla de Chacabuco.

El cuadro, o mas bien, la compacta línea enemiga presentaba una masa imponente i era en realidad una mole de fuego por los disparos de su artillería i de sus fusileros, mientras O'Higgins avanzaba, casi sin disparar un tiro, en columnas

cerradas sembrando el campo con los cadáveres de sus soldados. Pero al llegar ya sobre el enemigo, nótase en éste una súbita vacilación, desorganízase el frente, vuelve espaldas la retaguardia, i en este momento el escuadrón de Medina, pasando, por un movimiento atrevido i lleno de maestría, por un claro que dejaba la línea de O'Higgins cayó sobre los cañones i los pocos infantes que aun los sostenian, i se pronunció completamente la derrota.

La batalla de Chacabuco estaba ganada.

Pero el denodado Elorriaga, digno en todas partes de batirse con el caudillo insurjente que mas de cerca se le pareció, i que fué mas que Maroto el verdadero jeneral en jefe que tuvieron los realistas en Chacabuco, quiso hacerse fuerte en una cerrillada de la derecha con sus pocos infantes, i este *episodio* de la acción, como el de las casas de Espejo en Maipo, vino a ser decidido por la vanguardia, o mas propiamente, por la descubierta de Soler, que se arrojó sin orden de aquel, según se dijo entonces, a sostener la columna de O'Higgins, al mando de sus valientes comandantes Necochea i Salvadores.

Cuando Elorriaga fué muerto en esta última resistencia, es decir, cuando la derrota del enemigo *era completa*, aun no llegaba Soler sobre el campo.......

O'Higgins, entretanto, galopaba con Zapiola

acuchillando a los fujitivos que no se rendian. A poca distancia San Bruno fué alcanzado por el mismo O'Higgins, a quien el feroz Talavera, que habia sido el verdadero presidente de Santiago, durante el gobierno de Marcó, entregó su espada.

Zapiola persiguió al enemigo hasta el portezuelo de Colina, escapando solo unos cuantos jinetes españoles que en la batalla se habian portado con la mayor cobardía. O'Higgins, demasiado fatigado, sin duda, hizo alto en las casas de Chacabuco, donde acabó de rendirse la infantería enemiga i fué hecha prisionera casi sin escaparse un solo hombre.

Mas no llegaba todavia el ufano brigadier a la ancha portada de las casas de Chacabuco, cuando llamó su atención un bizarro jinete que con el caballo cubierto de espuma i haciéndole señas con la espada para que se detuviera, galopaba sobre él. Era el brigadier Soler que venia en su demanda, i sin saludarle, con esa «arrogancia porteña» que a aquel jefe caracterizó de un modo eminente en su carrera militar, púsose a apostrofarle de «temerario, de insubordinado i de haber comprometido del modo mas culpable el éxito de la batalla.» O'Higgins, dice él mismo en sus apuntes, le contestó con frialdad que ese no era el momento de entrar en polémicas, i que si queria hacer un servicio importante i que diese fin a la campaña, tomase con su tropa descansada el camino de at

vieso que desde aquel punto conduce a Valparaiso, a fin de interceptar al enemigo, que sin duda alguna se retiraria de la capital en aquella direccion.

Este episodio no pasó mas allá, i mientras O'Higgins entraba a descansar en las casas de Chacabuco, Soler siguió galopando hácia Santiago, donde fué el primero en entrar lleno de bizarría i petulancia

A poco rato, el mismo jeneral San Martín llegó a las casas de Chacabuco resplandeciente de gozo, aunque aquejado profundamente de una indisposición reumático-nerviosa, como le aconteció en Maipo; i es además digno de recordarse que en estas dos batallas, jemelas de nuestra gloria i de nuestra independencia, ambos caudillos se encontraron en las casas de las haciendas donde se trabaron los combates i con un abrazo de profundo regocijo sellaron los dos grandes dias de la fraternidad Arjentino-Chilena.

XIII.

Tal fué la batalla de Chacabuco, que devolvió a Chile sus libertades de la misma manera que habian sido perdidas:—por una heróica insubordinación.

Su gloria es, empero, bastante para dividirla entre los dos campeones que en ella aparecen mas

conspícuos, porque si bien O'Higgins empeñó el combate i desbarató al enemigo con una heroicidad eminente, el jeneral San Martín habia ya ganado la batalla por sus planes meditados desde su retrete de Mendoza; i en verdad, durante el arduo paso de los Andes, no habia hecho otra cosa, en un sentido estratéjico, que maniobrar con una pericia consumada, para dar de lleno el golpe de muerte al enemigo. Su gloria de caudillo es por esto mas alta que ningún otro timbre; mas, ¿cómo la historia esta vez, como en todos los encuentros de bayoneta i de sable que le quepa referir, despojará jamas al jeneral O'Higgins de su magnífico prestijio de bravo entre los bravos?

CAPITULO X.

El jeneral O'Higgins es proclamado director supremo de Chile en virtud del nombramiento hecho por el director de Buenos Aires.—Reflexiones jenerales sobre la época de seis años que duró su gobierno.—Don Bernardo O'Higgins considerado como majistrado supremo.—Dos períodos distintos en que se divide su gobierno.—Carácter del primero de éstos.—La «Lojia Lautarina».—Sus *Estatutos* íntegros i auténticos.—Juicio sobre este club revolucionario i sus frutos en Chile.—Rol americano que representa la política de Chile en esa época.—Creación de la bandera tricolor.—La *Lojia* envia al director a ponerse al frente del ejército del sur i a San Martín a Buenos Aires.—Otra vez don Hipólito Villegas.—O'Higgins emprende la campaña del sur.—Sus operaciones militares.—Triple noticia sobre la toma de Arauco.—La capital en 1817.—Los «porteños».— Anécdotas.— Urjente momorial de una «bonita».— Los frailes i don Pedro Arce.—Lance del director delegado i la guardia de la Compañía.—Hace su renuncia.—O'Higgins nombra, en consecuencia, a San Martín inmediatamente después de su regreso de Buenos Aires.—El «vasallaje arjentino».—Misión americana i esclusiva de San Martín.—Tarea de vilipendio sobre nuestros mas grandes nombres.--San Martín rehusa la delegación i solicita se nombre a un chileno.--Protestas de unión del director Pueyrredón.—Su noble i solícita conducta en una dificultad que ocurre con el encargado de negocios de Buenos Aires don Tomás Guido.—La «Lojia Lautarina» ejerce esclusivamente el predominio político.--Principales afiliados chileno i arjentinos que la componian.--La renuncia del delegado Quintana es aceptada i se nombra una junta de tres chilenos.—Concluyen las operaciones militares de 1817.--Peligros que corre O'Higgins en el asalto de Talcahuano.

I.

Al siguiente dia de la batalla de Chacabuco, el

jeneral O'Higgins fué proclamado Director de Chile, en virtud del nombramiento que en su persona habia sido hecho por el gobierno de Buenos Aires. Una reunión de vecinos de Santiago nacionalizó en cierta manera aquel despacho, refrendándolo solamente, pues carecia de todo mandato popular. Ofrecióse antes aquel puesto al jeneral San Martín, mas solo por deber de cortesía i gratitud, pues todos los negocios públicos de Chile venian ya arreglados desde ultra-cordillera.

Don Bernardo O'Higgins gobernó seis años, i fué propiamente el primer director de Chile, porque Lastra en 1814 tuvo mas bien el carácter de un intendente de ciudad. Su administración fué en consecuencia un arduo ensayo mas bien que un gobierno regular. Alcanzó mucha gloria, apesar de las inmensas desventajas de la iniciativa, i pocas veces vió Chile mas alto su nombre, mas gloriosa su bandera, mas preñada de magníficas esperanzas su misión americana. De esclavo, fué libre, i de libre libertador. Hizo suyo el vasto mar Pacífico. Lima, capital de Sur América, abrió sus puertas a sus jóvenes soldados, i las banderas que nos quitaron los Talaveras en Rancagua, volvieron a nuestros templos, regocijando a los bravos. Cayó Valdivia, i ya los tigres del Bio-Bio, privados de su madriguera, no enturbiaron mas las aguas del gran rio con su sangrienta bava. Benavides, el último brigadier de Fernando VII, espiraba en el

mismo sitio en que Figueroa, el primero de sus campeones, habia pagado su audacia un decenio atrás. El ciclo revolucionario tocaba a su fin, i el comandante de milicias que lo habia iniciado en Linares en 1813, lo cerraba ahora, llevando en su pecho la banda del capitán jeneral de los ejércitos patrios, mientras que el inesperto diputado de 1811 era, a la vez, el primer majistrado de la república. ¿Cuál era de mas grandeza para un hombre? ¿Cuál nombradía mas alta en la historia nacional? ¿Cuál vida de ciudadano i de soldado mas digna de la inmortalidad?

I todo aquel maravilloso andamio de prosperidad i de gloria se vino al suelo por su base i para no levantarse mas, en un solo dia i en medio de los aplausos nacionales! ¿Por qué tan inmenso cambio, por qué una condenación tan unánime, por qué un castigo tan severo?

La historia lo ha declarado. Faltó a aquel inmenso edificio de orgullo propio i de renombre estraño, la piedra angular de las naciones, que es la libertad. Su cúspide era una aureola de gloria, pero en su pedestal veíanse manchas de sangre, i mas abajo, desde sus cimientos se exhalaba el olor de cadáveres insepultos i que no habian ardido en la pira de los campos, en aquellos dias en que el pueblo consagraba al Dios de sus derechos el holocausto de sus víctimas, despues de las batallas. Manuel Rodríguez habia

dejado de ser héroe para ser acusador. Los Carreras no eran ya proscritos, eran mártires; i el pueblo a quien los políticos decian: «¡adorad la libertad!» miraba, veia patíbulos i no creia....... Cien laureles orlaban la frente de San Martín, aclamado *Libertador* en las orillas del Rimac, i la cabeza de José Miguel Carrera, tronchada de su cuerpo, se veia por aquellos propios dias enclavada sobre la azotea del «Cabildo» de Mendoza; entonces el pueblo recordaba que esa lívida frente, que el pico de los buitres acechaba ahora, privada de una cristiana sepultura, habia paseado erguida sus campos i sus pueblos como la enseña de los primeros triunfos de la Patria, de sus primeras leyes, de su turbulenta gloria.

I en seguida, al sordo rumor de las cadenas, comenzó a suceder la grita del escándalo. La inmoralidad se encaramaba en los huecos que el odio ya sin víctimas, iba dejando de vacio; el oro sucedia a la sangre. El ave de rapiña venia a roer la presa que el leon, ya harto, dejaba sobre el campo. Al grande i severo San Martín, primer inspirador de la política de la «Patria nueva», sucedia don José Antonio Rodríguez Aldea, que fué su misero sepulturero!

La administracion de O'Higgins, grande por la gloria i por el patriotismo, cayó, pues, porque le faltaron los elementos esenciales de toda existencia política i democrática: la LIBERTAD i la MORAL.

Puede en consecuencia dividirse la era administrativa de que nos ocupamos en dos períodos distintamente marcados i casi iguales en estensión.

El primero es la época puramente *militar* que se estiende desde Chacabuco (12 de febrero de 1817) hasta la salida de la «Espedición Libertadora» (20 de agosto de 1820). El segundo es la época, que puede llamarse *civil*, en que se hacen los primeros ensayos de organización política i administrativa, hasta la deposición del director O'Higgins el 28 de enero de 1823.

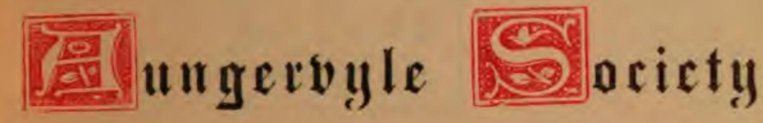
II.

El jeneral O'Higgins entraba a cumplir su ardua misión de majistrado con ventajas admirables de carácter, de aprendizaje i de circunstancias. Poseia en grado superior las mas altas cualidades que la política de los nuevos paises de la América española requeria de sus hombres de estado: el PATRIOTISMO i la HONRADEZ. Con estas virtudes, cuya escasez casi completa en nuestra historia política es un desconsuelo para todo hombre de conciencia americana, O'Higgins estaba llamado a ser en su patria lo que fué en la suya aquel a quien sus conciudadanos llamaban «el primero en la paz, primero en la guerra, primero en el corazón de sus compatriotas». Mas faltóle una sola cosa para obtener tan alto timbre: faltóle la cons-

tancia i el buen consejo. Era débil, dejóse alucinar, abdicó su misión i dejó de ser un poder para ser casi un instrumento..... I todavía carga con la responsabilidad i el reproche de faltas de que su conciencia estaba pura, pero no exenta su débil voluntad. El jeneral O'Higgins, que poseyó de un modo tan estraordinario el valor de las batallas, cedia como un niño a las intrigas de la astucia. Tenia un jucio claro, pero los lampos de una intelijencia mas rápida lo ofuscaban, embargando su sano criterio. Tenia el jenio de la honradez i del patriotismo, pero no tenia el jenio de la creación, del poder, de la ambición. Otros espíritus entraban, en consecuencia, a suplir las deficiencias del suyo, i mientras aquellos alentaron una aspiración noble i grande, grande fué su obra, así como ésta llegó a ser un objeto de escándalo i piedad, cuando enanos intrigantes remplazaron el influjo de hombres superiores.

La administración del jeneral O'Higgins no tiene un sello característico i unipersonal. Es mas un reflejo que una irradiación; i aquel reflejo es por lo común una sombra, así como cuando es su espíritu propio el que impera, brilla en torno suyo una aureola de civismo i magnanimidad de alma. El mas grande de los dias de don Bernardo O'Higgins, como majistrado, fué por esto aquel en que se escondieron, a influjo del miedo, todos sus consejeros, i él solo salió a la plaza, espada en

"*INVENIRE.*"




Aungervyle Society



Reprints.

SECOND SERIES.

PRIVATELY PRINTED FOR THE AUNGERVYLE SOCIETY,
EDINBURGH.

1884.

la historia. Nosotros nos ocupamos solo de diseñar una figura que en esa época era como el alma que animaba el cuerpo político del país. Lo que en materia de noticias nos vaya pareciendo nuevo o curioso, lo consignaremos de preferencia en las notas que acompañan al testo o en el apéndice de esta obra.

IV.

Desde el principio de la revolución americana, establecióronse en casi todos los paises independientes lójias masónicas para dar a aquella unidad, brios i el terror del secreto irresponsable. Como hemos visto al hablar de Miranda, Cortés Madariaga i Fretes, esos conciliábulos existian ya en la Península con el objeto de independizar el Nuevo Mundo desde fines del último siglo. San Martín, que fué afiliado de aquellos clubs del pensamiento revolucionario en España, trájolos como accion cuando arribó a Buenos Aires en 1812, acompañado del joven i turbulento Alvear. Fundóse entonces en el Plata la *Lojia* llamada *Lautarina*, por el nombre de aquel arrogante mancebo chileno que, estando sujeto a servidumbre, fué el primero en volver su lanza contra el pecho de sus amos. Era uno de los preceptos de aquella tenebrosa asociación, el crear sucursales en los puntos subulternos, i por esto creemos existiera en Men-

doza durante la organización del ejército libertador, que la trajo a Chile con la fuerza i el prestijio de sus bayonetas, instalándose en Santiago en los primeros dias después de Chacabuco.

Mas, ¿en qué consistia la *Lojia Lautarina* que hasta aquí solo figura en nuestros anales como un mito, símbolo de los mas grandes crímenes de la revolución, i a la vez como su principal palanca? Un profundo secreto háse guardado hasta aquí sobre su organización, sus hombres, sus hechos, sus frutos, apareciendo su existencia mas como una sospecha que como un poder. Pero cábenos ahora la fortuna de romper el velo de los tiempos dando a luz el único documento que acaso existe en Sur América sobre aquel famoso tribunal de su revolución. Consiste aquella pieza de un estraordinario valor histórico, en los *Estatutos* auténticos de la *Lojia* de Santiago, escritos íntegramente de letra del jeneral O'Higgins, a cuyo esmero en conservar papeles de esta naturaleza es deudora la historia de no pocas revelaciones esenciales.

Como en ese documento está completamente esplicado el objeto i sistema de la *Lojia*, lo damos aquí íntegro entregándolo de lleno al juicio de la posteridad. Parece por su tenor, que es la constitución matriz que se estableció en Buenos Aires en 1812, i dice testualmente así:

«Jemia la América bajo la mas vergonzosa i humillante servidumbre, dominada con cetro de

hierro por la España i por sus reyes, como es notorio al mundo entero, i lo han observado por tres siglos con justa indignación todas las naciones. Llegó, por fin, el momento favorable en que disuelto el gobierno español por la prisión de su monarca; por sus observaciones repetidas; por la ocupación de la España, i por otras innumerables causas, la justicia, la razón i la necesidad demandaban imperiosamente el sacudimiento de este yugo. Las provincias del Rio de la Plata dieron la señal de libertad: se revolucionaron i han sostenido por diez años su empresa con heróica constancia; pero desgraciadamente sin sistema, sin combinación i casi sin otro designio que el que indicaban las circunstancias, los sucesos i los accidentes. El resultado ha sido haber dado lugar a las querellas de los pueblos, al estravío de la opinión, al furor de los partidos i a los intereses de la ambición, sin que los verdaderos amigos de la patria pudiesen oponer a estos gravísimos males otro remedio que su dolor i confusión.

»Este ha sido el motivo del establecimiento de esta sociedad que debe componerse de caballeros americanos, que distinguidos por la liberalidad de las ideas i por el fervor de su patriótico celo, trabajen con sistema i plan en la independencia de la América i su felicidad, consagrundo a este nobilísimo fin todas sus fuerzas, su influjo, sus facultades i talentos, sosteniendo con fidelidad, obran-

do con honor i procediendo con justicia bajo la observancia de las siguientes constituciones:

1.° La Lojia matriz se compondrá de trece caballeros, además del presidente, vice-presidente, dos secretarios, uno por la América del Norte i otro por la del Sur, un orador i un maestro de ceremonias.

2.° Este número no podrá aumentarse; pero en caso de salir alguno de los hermanos fuera de la provincia, podrá llenarse el mismo si las circunstancias lo exijiesen.

3.° El presidente será perpétuo; por su ausencia suplirá el vice-presidente; por la de éste el mas antiguo, mas los demás empleos serán anuales.

4.° El tratamiento del presidente i demás de la Lojia será de *hermano*, i fuera de ella el de *usted*, llano, a escepción de los casos en que a presencia de otros el empleo i decoro público exijan el correspondiente tratamiento.

5.° No podrá ser admitido ningún español ni estranjero, ni mas eclesiástico que uno solo, aquel que se considere de mas importancia por su influjo i relaciones.

6.° Tampoco podrán ser admitidos los hermanos o parientes inmediatos.

7.° Siempre que algún hermano fuese nombrado por el gobierno, primero o segundo jefe de un ejército o gobernador de alguna provincia, se le

facultará para crear una sociedad subalterna, dependiente de la matriz, cuyo número no escederá de cinco individuos, i entablando la debida correspondencia, por medio de los signos establecidos para comunicar todas las noticias i asuntos de importancia que ocurrieren.

8.° La Lojia deberá reunirse semanalmente el dia que acordare, también en los casos estraordinarios en que por alguna grave ocurrencia convocare el presidente.

9.° *Siempre que alguno de los hermanos sea elejido para el Supremo Gobierno, no podrá deliberar cosa alguna de grave importancia sin haber consultado el parecer de la Lojia*, a no ser que la urjencia del negocio demande pronta providencia, en cuyo caso, después de su resolución, dará cuenta en primera junta o por medio de su secretario, siendo hermano, o por el de la Lojia.

10. No se entiende el antecedente artículo en las providencias i deliberaciones ordinarias i de despacho común.

11. *No podrá dar empleo alguno principal i de influjo en el Estado, ni en la capital, ni fuera de ella, sin acuerdo de la Lojia*, entendiéndose por tales los de enviados interiores i esteriores, gobernadores de provincia, jenerales en jefe de los ejércitos, miembros de los tribunales de justicia superiores, primeros empleos eclesiásticos, jefes de los

rejimientos de línea i cuerpos de milicias i otros de esta clase.

12. Para sostener la opinión del hermano que tuviese el Supremo Gobierno, deberá consultar i respetar la opinión pública de todas las provincias, así en los empleos que acuerde, como en las deliberaciones graves que resuelva.

13. Partiendo del principio que la Lojia, para consultar los primeros empleos ha de pesar i estimar la opinión pública, los hermanos, como que están próximos a ocuparlos, deberán trabajar en adquirirla.

14. Será una de las primeras obligaciones de los hermanos, en virtud del objeto de la institución, ausiliarse i protejerse en cualesquiera conflictos de la vida civil i sostenerse la opinión unos de otros; *pero cuando ésta se opusiere a la pública, deberán por lo menos observar silencio.*

15. *Todo hermano deberá sostener, a riesgo de la vida, las determinaciones de la Lojia.*

16. Siempre que fuese propuesto algun profano para la Lojia, se votará el nombramiento de los hermanos que les sean mas allegados, para que, sondeando sus disposiciones con la mayor cautela, i sin descubrir persona alguna, den cuenta a la Lojia para que resuelva su admisión, o nó.

17. No se tendrá por Lojia la reunión que nó se compusiere de las dos terceras partes i sus determinaciones en otra forma serán sin valor ni efecto.

18. Cuando la sociedad tuviere que tratar en favor o en contra de algun hermano, deberá hacerle salir el presidente para que se discurra con franqueza.

19. Todos los hermanos están obligados *a dar cuenta en la Lojia sobre cualquiera ocurrencia que influya en la opinión o seguridad pública*, a fin de que pueda tratar con oportunidad i acierto de los remedios convenientes.

20. Cualquiera hermano que averigüe que alguno de los otros ha descubierto la Lojia por palabras o señales, deberá inmediatamente dar cuenta al presidente para que la reuna; pero si se reuniese en el mismo dia lo espondrá en pública Lojia.

21. Al momento nombrará la Lojia una comisión compuesta de seis individuos que deberá esclarecer el hecho bajo el mayor sijilo, para lo cual se le exijirá nuevo juramento, i del resultado dará cuenta en plena Lojia poniendo su dictamen sobre lo actuado.

22. A consecuencia, la Lojia reunida plenamente o en el mayor número posible, despues de examinar maduramente lo actuado por la comisión, oirá al delincuente, i según el mérito le decretará la lei penal correspondiente.

23. Cuando el Supremo Gobierno estuviere a cargo de algún hermano, *no podrá disponer de l*—

fortuna, honra, vida, ni separación de la capital de hermano alguno sin acuerdo de la Lojia.

LEYES PENALES.

1.° El que dejare de asistir por mera voluntad, siendo mui frecuentes sus faltas, será declarado inhábil para cualquier empleo por el tiempo que estime la Lojia, i en caso que lo tenga será suspenso hasta nusva resolución.

2.° *Todo hermano que revele el secreto de la existencia de la Lojia, ya sea por palabras o por señales, será reo de muerte, por los medios que se halle por conveniente.*

3.° El hermano que acuse falsamente a otro será castigado con la pena del Talión.

4.° Todo hermano que fuera de la Lojia murmure o detraiga (detracte?) el crédito de otro hermano, quebrantando el artículo 14 de la constitución, será considerado infame e indigno de alternar con los demás, i no se incorporará en los actos de reunión durante el tiempo de los debates, hasta que ella lo haya absuelto.

5.° El que no cumpliere con lo resuelto en acuerdo de la Lojia, será castigado con la pena proporcionada a la gravedad de la materia».

V.

Será una cuestión tan árdua como esencial para

el futuro historiador de Chile, el precisar los servicios que estas asociaciones tenebrosas hicieron a la causa de la revolución; i acaso ese juicio definitivo no se pronunciará nunca, porque escondidos en las entrañas del templo los secretos de aquellos clubs, duermen hoi en las tumbas de sus afiliados, leales a sus juramentos, si no a su conciencia. Pero nosotros, guiados por la sola luz de la nuestra, aparte de toda consideración histórica, no podemos menos de mirar con desapego aquellas instituciones que, a ejemplo del código de Loyola, establecen su acción anulando la conciencia individual por la conciencia colectiva; que no pueden ser sino una impostura o una violencia hecha al hombre por el hombre; que destruyen la individualidad determinada e irresponsable, para presentar solo el número indefinido e irresponsable, i que, por último, pretenden destruir el albedrío del crimen o de las acciones meritorias, haciéndolas solidarias a todos sus participantes. sin que ninguno asuma una obligación o una gloria personal.

Por otra parte, ¿puede producir el bien lo que está basado en una negación del principio del bien? ¿Puede dar frutos de provecho en el siglo de la publicidad lo que se hace debajo de tinieblas? ¿Puede, en la época en que mas pujante, libre i creador se ostenta el individualismo humano, realizar éste empresas honradas i difíciles,

cuando se le enerva por la lei del voto a la fuerza ajena?

Nosotros creemos que todo bien, que toda verdad, que todo sacrificio debe hacerse a la gran luz de las conciencias i de las opiniones, delante de la civilización moderna fundada en el deber, en la lei i en la razón; creemos que nada de lo que es bueno para un hombre, para una familia, para un país, para el inmenso mundo, lo que es lejítimo para una sola conciencia i para la conciencia universal, debe ocultarse imponiendo a su divulgación la pena de la vida; i al contrario, parécenos que todo lo que es vedado i dañoso busca el silencio, la oscuridad i la amenaza. Puede haber una abnegación sublime en un pensamiento tenebroso, pero esa misma abnegación es mas grande cuando es osada i descubierta. El *Tribunal revolucionario* de Fouquier Tinville será por esto menos odioso a la historia, a pesar de sus horrores consumados en la plaza pública, que el «Tribunal de los diez» que ahogaba hasta los suspiros de las víctimas bajo los Plomos de Venecia. La Inquisición, por otra parte, ¿qué otra cosa era sino un club místico i oculto de forajidos eclesiásticos, revestidos con la impostura de Dios, i que hacian santificar al vulgo su misión sacrílega, escondidos detrás de sus sotanas, i alumbrando sus sesiones de martirios con cabos de cera verde? La Santa Alianza no fué, a su vez, sino una lojia

secreta de reyes; i así, por lo común, se han amparado bajo la impunidad del misterio todos los grandes crímenes i todos los grandes atentados que han aflijido a la humanidad.

Preferible es, pues, en nuestro concepto, una dictadura franca i responsable. Si es para el crimen, valga mas entonces Tiberio que su Senado, don Juan Manuel Rosas que su Mazorca. Si es para la virtud o el bien, que quepa entonces la gloria al que los cumple. Esta nos parece una lójica indestructible porque es la lójica de lajusticia i acaso lo es también de la esperiencia revolucionaria de la América i la enseñanza evidente de nuestra historia doméstica.

¿I no fué, en verdad, la misma *Lojia Lautarina* la que se volvió contra sus propios autores? I San Martín, su caudillo i su organizador, ¿no cayó a sus embates cuando mas alto estaba en su carrera? La Lojia matriz de Buenos Aires ¿no se indispuso en su contra porque no le prestó obediencia ciega durante sus campañas del Perú? I la Lojia de Santiago, ¿no le ató, por otra parte, las manos (art. 23 de los Estatutos) cuando, desorganizándose su ejército, i atentando aun contra sus planes sus propios jefes, no pudo castigarlos ni removerlos siquiera por no violar sus juramentos prestados en conciliábulo secreto i bajo pena de la vida?

Pero prescindiendo de consideraciones jer

rales, ¿qué bienes dejó en nuestro suelo aquella institución tal cual estuvo organizada según los preceptos que acabamos de estampar orijinales? Mas acierto en las disposiciones, mas enerjía en los conflictos, mayor ausilio en las escaseces de hombres o recursos, fué todo lo que pudo hacer en el común provecho; pero todo esto podia obtenerse también en un consejo público de patriotas abnegados. La Lojia no podia, pues, tener en sus arcanos sino propósitos vedados i siniestros, i tal lo ha pensado aquel juez que no se engaña nunca, porque su código es su conciencia, su tribunal la patria i sus sentencias la verdad:—el juez pueblo, el juez posteridad. La Lojia Lautarina pasa hoi dia entre nosotros, aun entre los que la conocen solo de nombre, como algo que respira el hálito del horror. La sombra de Manuel Rodríguez parece que estuviera de facción a la puerta de sus sesiones, diciendo a todos los que llegan:—*Oidme antes de entrar!* I nosotros, en verdad, le oiremos bien pronto i contaremos a sus conciudadanos su grande i sublime sacrificio, decretado bajo la cobarde irresponsabilidad de las tinieblas.

Pero aún respecto de la política militante de la época, para cuyo sostén fué creada la Lojia Lautarina, échase de ver a primera vista que aquel club anulaba todo poder administrativo, i que en realidad era en sí misma la única autoridad en acción, capaz de dictar la lei i de aplicarla, siendo que ella

se colocaba fuera de toda lei por la inviolabilidad de su secreto. El director de Chile don Bernardo O'Higgins era solo un ajente revolucionario i no un supremo majistrado. La *Revolución* usurpó en su corazón el puesto de la *Patria;* pero esa revolución era el símbolo de la fraternidad americana, era la gran patria de nuestra dispersa familia, i como tal, si su misión dejaba de ser esclusivamente chilena, era para ser algo que vale mas que las rayas postizas echadas sobre nuestras naciones con el nombre de fronteras i que hoi no son sino los compartimentos de un inmenso redil en que los pastores de toga i los ganaderos de espada, encierran el vasto e infeliz rebaño del pueblo americano. El gobierno del director O'Higgins fué, pues, en este sentido revolucionario, eminentemente popular; i si en sus dias aquella estrella divina que él mismo arrancó a nuestro cielo para engastarla en el azul del tricolor no resplandeció con la luz deslumbradora de los astros de orgullo que el Plata i el Perú habian adoptado por emblemas, era porque estaba destinada a brillar en la noche del futuro, como el faro inestinguible que guiaría a un destino de union i de ventura las rotas naves del nacionalismo americano.

VI.

Hubo, sin embargo, una fortuna para el director

de Chile en la iniciativa del supremo ejercicio de aquella parte de su autoridad que podemos llamar doméstica, pues la *Lojia* le destinó a los pocos dias de su instalación para desempeñar aquel rol de desprendimiento i abnegación que fué siempre la mejor parte de su carrera pública.

Mientras San Martín se dirijia alborozado a Buenos Aires, pocos dias después de Chacabuco, i de acuerdo ya con la Lojia para combinar sus futuros planes sobre el Perú, O'Higgins era encargado a su vez de ir a ponerse al frente del ejército que operaba contra los realistas replegados hácia Concepción, i que reorganizaba el activo e intelijente Ordóñez.

Partió, en efecto, el director hácia el sur el 16 de abril de 1817 a emprender aquella penosísima campaña que para él debia durar un año cumplido, ofreciéndole en su desenlace (5 de abril de 1818) una magnífica compensación de sus fatigas.

Los servicios que con admirable constancia i un desprendimiento digno de la antigüedad, prestó el jeneral O'Higgins a su patria en el penoso período comprendido entre las batallas de Chacabuco i Maipo, apenas se podrán valorizar cuando se estudie su múltiple consagración a los negocios públicos en su doble empleo de jefe del ejército i de director en propiedad. Como él retenia el *ejercicio* si no el poder superior de la administración (bajo el acuerdo supremo e irrevocable de la Lojia como

se establecia en su constitución) desde su cuartel jeneral de Concepción i en las mismas líneas de Talcahuano, en que estrechaba el sitio de los realistas, dábanle casi igual trabajo los taimados *maturrangos* encerrados con Ordóñez, i sus bisoños i quisquillosos camaradas de Santiago. Es curiosa i característica la correspondencia del jeneral en esta época. Todos le consultan, todos le dan avisos i consejos, todos le piden gracias o castigos, i el mismo correo llevaba las quejas del uno i las disculpas del otro, haciendo juez de una etiqueta de salón al que estaba dia i noche entre el fuego de los cañones i el de los vivaques.

VII.

Sábese que las operaciones militares de la campaña de 1817, fueron lentas i por lo jeneral infructuosas. Era una época de espectativas i de reorganización. La obstinada defensa de Talcahuano ofrecia una prueba evidente de que la guerra en grande escala no estaba aún terminada, i que debia aguardarse un golpe decisivo, a cuyo fin era preciso estar prevenidos i ser infatigables en el trabajo.

Aunque el jeneral habia llegado a Concepción dos o tres semanas después que el coronel Las Heras diera a las armas de Chile un dia de gloria, batiendo a Ordóñez en una de las jornadas mas

sangrientas que se rejistran en nuestras campañas de la independencia (5 de mayo de 1817), i aunque no habia concluido este mes cuando el bizarro Freire ejecutaba una de las hazañas mas atrevidas que honraron su valor, cual fué la toma prodijiosa de Arauco (28 de mayo), el invierno crudísimo que sobrevino en seguida paralizó casi completamente las operaciones que debian adelantar el cerco de Ordóñez, fin primordial de la campaña cuya dirección la *Lojia* habíale confiado.

Hé aquí como contaba él mismo los lentos progresos de sus trabajos, un mes i dias despues de haber llegado a Concepción, en carta dirijida al jeneral San Martín con fecha de 17 de junio de 1817.

«Ya casi nadamos con tanta agua: por todas partes estamos aislados; los arroyos mas despreciables están sin vado; llevamos mas de 20 dias consecutivos de lluvias, i talvez sea la causa por que de esa capital no sabemos cosa alguna, pero hoi promete el tiempo bonanza. Los matuchos continúan encerrados en sus fortificaciones; el chicotazo que sufrieron en Arauco les habrá demostrado que no hai posiciones fortificadas ni ventajosas que resistan al empuje de nuestros bravos. Dimana sin duda la obstinación de algún refuerzo que esperan; los pasados que diariamente se nos vienen confirman esto mismo, i que los entretienen ya con ausilios de 500 negros de Lima, i otras

veces, 1,000 hombres de Panamá. De Chiloé les han llegado 80 reclutas. Los víveres comienzan a escasearles: sin duda convendria mas sitiarlos hasta que la hambre los obligara a ceder el puesto; mas pueden recibir refuerzos, víveres i tropas que dieran grande importancia a la conservación del puerto i hacerse la guerra dilatada con perjuicio de nuestros planes. Es de necesidad atacarlos: sobre el particular he hablado a Ud. antes, cuyas contestaciones creo llegarán a mí dentro de 5 o 6 dias, en cuyo término habré concluido seis balsones o lanchas planas de desembarque para efectuarlo donde en mis anteriores he relacionado; igualmente para entonces estarán concluidos todos los aprestos que incesamente se trabajan en la maestranza para el asalto de las baterías, etc., etc.

»He creado en esta ciudad el batallón número 2 de guardias nacionales que en otros tiempos se llamaba de cívicos: tiene ya 260 hombres, i he nombrado por sarjento mayor a don Estevan Manzano i Sota i los oficiales necesarios para dos compañías, dejando el nombramiento de comandante, etc., para después.»

I un mes mas tarde añadia lo que sigue, que en raalidad era bien poco para tamañas penalidades, pues aunque él contaba con dar un asalto jeneral por esa época (del 20 al 25 de julio), es sabido que aquel no tuvo lugar sino cuatro meses mas tarde con funestísimos resultados.

«Queriendo dar un golpe que aterrase al enemigo mas de lo que está i lograr un reconocimiento de Talcahuano, decia el director a San Martín el 20 de julio, ordené que 60 granaderos partiesen a las dos de la mañana a sorprender las avanzadas enemigas, conforme al plano que para ello entregué al jefe de dia don Juan Gregorio de Las Heras. Fué tan bien ejecutado, que a escepción de dos o tres que escaparon, los demás, que eran 17, fueron muertos a sable i uno que me trajeron prisionero, conforme a lo ordenado, sin haber habido por nuestra parte la menor avería. Con esta proporción me aproximé a la línea contra la que hice escaramucear en dispersión 40 granaderos a caballo hasta tiro de fusil de las baterías, las que rompieron un fuego de cañón continuado i con ello llenaron el objeto que deseaba, que era descubrir sus fuegos i el calibre de su artillería, tan mal servida que después de un largo fuego no nos hirieron un solo caballo. Creo que por cualquier parte que los asaltemos tendremos buen suceso, pero siempre estoi en que es mas practicable por San Vicente. El enemigo lo conoce, teme, i así, allí pone su mayor consideración; han aumentado su defensa con una cañonera i un lanchón con una pieza de a doce. Ha cesado de algún modo la pasada de soldados enemigos a nosotros, debido al mucho cuidado con que sus jefes los vijilan, apesar de que mas de una mitad de sus tropas desean venirse, sobre lo que

trabajo incesantemente. Un teniente de artillería de Valdivia que mandaba la batería del Peral (número 2 en el plano) después de haber clavado algunas piezas de cañón i en momentos de venirse a pasar con 80 hombres, fué descubierto por su ordenanza i un sarjento de Chiloé: lo prendieron, encausaron i sentenciaron a muerte; pero se sublevó su compañía diciendo que si fusilaban aquel oficial habian de ejecutar lo mismo con toda ella, por lo que se suspendió la ejecución.

»Los apuros por falta de víveres se les aumentan cada dia; sin embargo, ya va siendo tiempo para que, si deben venirles refuerzos, como lo creo, estén próximos a llegar. Por esta razón no daré el asalto, i por hallarse concluyendo 60 escalas, 700 sacos llenos de lana para llenar fosos, i otros útiles, (en una pequeña maestranza que se ha establecido) i de estar cerca de concluirse ocho lanchones para los efectos que antes he anunciado, si fuese practicable, i para resistir sus botes armados i cañoneras i tal vez para sorprender la fragato *Venganza*, en cuyo caso toda la escuadrilla caería en nuestras manos, lo que no efectuaré sino con mas probabilidad de lograr la empresa; i si el golpe se yerra, no pasará de cien hombres la pérdida, la mayor parte de marineros i estranjeros. Lo cierto es que me aseguran los marineros pasados que no hai en la *Venganza* mas de 80 hombres, casi todos marineros del país, i que los re-

tantes están empleados en tierra. No tardará en descubrirse la verdad i acordár el plan si fuere practicable.»

VIII.

Mientras el director de Chile i sus heróicos camaradas vivian a la intemperie de los campos i en medio de los fuegos de cotidianos combates, la capital resplandecia a su turno con aquella *corte porteña* que inundó nuestros salones de deslumbradoras casacas, cuyos gallardos dueños, mientras asustaban el oido de los clérigos i encojian el corazón de las mansas beatas i mamás santiaguinas, prendian en sus pechos, junto con sus escudos de Chacabuco, algún lánguido suspiro, premio de la gloria de un dia, esperanza de otra gloria mas prolongada i mas apetecida para los dias en que la patria no fuera ya una exijente i adusta rival....... «Cuando usted está al frente del enemigo, le decia por esos tiempos el buen doctor Villegas, que no por la gravedad de su cargo de ministro de hacienda olvidaba su sabrosa charla, nosotros acá estamos anegados en el colmo del sosiego desde que los malvados carrerinos se aseguraron, i del placer i diversiones casi sin intermisión. El 18 celebramos la gran función de nuestro aniversario político, i el domingo 21 dió el jeneral con el diputado Guido un gran baile

con ramillete i cena que duró hasta el amanecer, viniendo después a rematar el baile a las ocho i media de hoi en la plaza mayor, siguiendo después el almuerzo, i dicen que esta noche son los conchos del baile. Ojalá se concluya esa maldito Talcahuano para que venga usted a tener igual gusto i a dárselo a sus amigos que ansiamos por verlo i tenerlo a nuestro lado».

I el mundano Zañartu, poco mas tarde, le decia sin empacho: «Cada uno de sus triunfos, amigo mio, nos da una jarana por acá; con que, siga usted la tanda, que yo soi aficionado.»

IX.

I aun de aquellas sijilosas dichas que rodean de continuo al poderío, solo llegaba a don Bernardo el blando murmullo en su helado campamento: que otros tronchaban la flor en su maceta de frájil porcelana, i a él cabia solo el perfume ya desvanecido en la distancia...... «La engreida de ese memorial adjunto pretende lo que usted verá, le decia su ministro del interior don Miguel Zañartu en carta del fríjido mes de mayo, me ha venido a ver varias veces i me ha dicho: «Si O'Higgins estuviera aquí, no me costara la cosa tantos pasos.» Yo le habria hecho el favor porque es mui bonita; pero no quise que usted se pusiese celoso, i así resolví mandarle su pretensión para que ella rec-

ba la gracia directa: i cuidado, que si usted no le hace la gracia, San Martín ya llega......»

X.

No faltaban tampoco al abrumado director sus negocios de curia i de conventos por entre sus escaramuzas con los godos. Los frailes santiaguinos, dejados como en asueto por la fuga de sus reverendos provinciales, andaban un tanto alzados; i el pastor que les tocara para traerlos al redil, que era el famoso i turbulento frai Pedro Arce, después *don Pedro Arce* cuando llegó la secularización, se rebelaba a su vez en contra de sus frailes, del gobierno i de su misma grei, de modo que todo andaba revuelto en la trastornada capital. Ponemos aquí la curiosa carta en que el vicario de los regulares contaba al director sus cuitas conventuales acompañádolas de críticas políticas sobre los *pelucones* i el poder lejislativo *continental* con que él se prometia contener a tan grandes *indecentes*. Esta es la carta.

Santiago i octubre 28 *de* 1817.

«Mui señor mio i amigo:

»Seria infiel a mi patria i a la amistad si no reciera a usted por la necesidad de su regreso.

Aquí se escita al pueblo a conmociones i tumultos: el sabado 24 de este fué preciso reprimirlo; estas son unas predisposiciones. El pueblo es un instrumento insensato de los malos. Ahora es cuando se necesita una fuerza represora para contener estos tumultos animosos, que necesariamente concluyen en anarquía. Acuérdese usted de los escritos de *Reynal* en el tiempo de la revolución de Francia. Las lágrimas que derramó este sensible filósofo fueron ocasionadas por aquella libertad imprudente i funesta que promovió en sus primeros escritos i que por la perversidad de los malos causó tantas desgracias. Aquí se habla mucho de congreso o de un poder consultivo sobre la dirección: es obra de estos *pelucones indecentes*. Usted sería responsable a toda la posteridad i al mundo entero, si no tomase las medidas oportunas para escarmentar a los viciosos. No nos desviemos un punto de lo que tantas veces hemos hablado. El poder lejislativo debe ser *continental*. El ejecutivo independiente en cada estado i necesariamente *militar*. Así la unión de América será indivisible, la libertad igual i las leyes i el gobierno permanentes i sólidas. Estos jamás pueden pensar bien, por su ignorancia i por sus vicios. Usted los conoce.... Por lo que respecta a los regulares, también se siente demasiado el desorden. En este convento están enteramente proscritos todos los patriotas: hasta los últimos

cios se han mudado en godos: de procurador han puesto al mas escandaloso antipatriota, frai Evaristo Medina, prófugo de Buenos Aires, uno de los que repetidas veces he puesto en lista para destierro. Han elejido prior al padre Guerrero, por influjo del godo Vázquez, i solo porque él le puso el nombre, lo fué. Así va todo, con la mayor ruina del sistema i perjuicio del honor de los patriotas. Aquí no quiere parar ninguno; hasta los coristas están huyendo. Acuérdese usted cuántas veces ha dado su vida por la porción preciosa de los buenos americanos: protéjalos para bien de la patria i confusión de sus enemigos. Yo reclamo todos los derechos que se atropellaron para mi despojo, sin causa, sin juicio i sin formalidad alguna, entregándome en manos de mis enemigos, solo porque los godos pueden corromper con dinero i con intrigas. Ahora dicen que yo los protejia. Usted sabe mi modo de pensar. Fué preciso que la Audiencia declarase era digno de destierro porque no le quitaba los grillos al padre Aguirre, i ellos se los quitaron. Al padre Ferreira lo sacaron de la cárcel i conservo infinitos oficios dirijidos a que los aliviase. Confieso con mi alma que no quedaria un godo si yo dispusiera de ellos. En fin, no es imajinable lo que han hecho, para infamarme. Solo repito por mi honor, porque sin él jamás seré útil a mi patria. Atiéndame solo en justicia, la que no se puede negar ni

a un enemigo, i disponga del afecto invariable de S. S. S.

Frai Padre Arce.»

XI.

Cuidados de otro jénero, mas graves i molestos, preocupaban con frecuencia el ánimo del director en campaña. Habia quedado de delegado suyo en la capital el coronel don Hilarión de la Quintana, primo hermano político de San Martín i gran señorón, como el deletreo de su nombre altisonante parece anticiparlo. Era don Hilarión un buen caballero, afable i gallardo, pero de tan poco seso como era escesiva su quisquillosa vanidad; su sistema político púsose, pues, en abierta pugna con el sóbrio i flemático carácter chileno que mas gusta del burdo poncho que de los relumbrones de oro i prefiere hasta en sus ademanes el encojimiento a la petulancia.

Aquella disparidad no tardó en ponerse en evidencia. Habia elejido don Hilarión para su residencia la casa histórica en que nació Lacunza i que se encuentra en un ángulo de la plazuela de la Compañía, oprimida entre el Consulado i un edificio mas moderno. Era, pues, preciso al director, al regresar cada dia de su despacho, atravesar por delante de las gradas de la Compañía

al dirijirse a su habitación privada; i como en aquel convento estuviese acuartelado el cuerpo de artillería de Chile que mandaba el comandante don Joaquín Prieto, nunca, a imitación de aquel buen conde de nuestra primera Junta que es fama impuso como su condición mas categórica que se le habia de formar la guardia de la plaza cada vez que se asomara a la esquina en que tenia su morada, nunca el delegado, que habitaba el ángulo meridional de la plazuela del Consulado, dispensó a la guardia del cuartel opuesto los honores que como a tan alto funcionario por ordenanza eran debidos.

Pero aconteció un dia, el 2 de mayo de 1817, que el centinela no dió aviso de la aproximación de S. E.; la guardia, de consiguiente, no se formó a su paso, ni el señor delegado entró por su zaguán oyendo todavia ufano i alegre el tambor que le batiera la marcha de honor. I aquí fué su terrible desazón. Inmediatamente hizo llamar a su presencia al comandante del cuerpo i le ordenó que en el acto mismo mudase su tropa a otro cuartel, sin duda para poner en su vecindad soldados mas urbanos.

Pero esto no paró aquí. Enojado don Hilarión del desacato de la guardia, envió incontinenti su formal renuncia al director propietario, pues su irritación no era hija del arrebato de un acto pri- [illegible] sino una consecuencia de sus altos principios

políticos, cuya base era el mas estricto ceremonial.

Tan fútil lance puso en consecuencia al jeneral O'Higgins en un apretado embarazo. La elección de un remplazante suyo en la capital era cuestión espinosa en aquellos momentos en que se hacia la repartición de los panes entre los israelistas recién llegados del cautiverio, cuando no llovia el maná del cielo i el hambre apuraba los estómagos de tanto ex-emigrado, despues de un ayuno de dos años, ultra-cordilleras. El coronel Zenteno habria sido una persona capaz por su laboriosidad i su crédito para tal destino; pero su presencia era indispensable en el cuartel jeneral de Concepción, donde aquel hombre de injenio superior era mas que el mismo O'Higgins, el alma i el pensamiento. Zañartu, que desempeñaba el Ministerio del Interior, pasaba por demasiado accesible a ciertas influencias, i en particular a las que sabian a labios de rosa. Don Luis Cruz tenia el concepto de débil. Las categorías que acababan de llegar de Juan Fernández, los Encalada, Larraín, Egaña, Pérez, Rosales, etc., estaban ya achacosos, i en cuanto al ministro de Hacienda, el terrible don Hipólito, ni pensarlo!....

Don Bernardo resolvióse, pues, a nombrar a San Martín, que por esos mismos dias (a principio de mayo) habia regresado de Buenos Aires, acordados ya con Pueyrredón i la *Lojia Arjentina*, l-

planes sobre Lima, a cuya ejecución él queria coonsagrarse con esclusión de todo otro negocio.

XII.

I aquí se presenta al imparcial i justiciero historiador un vasto campo para desvanecer una de esas mezquinas i estrechas vulgaridades de nuestra época revolucionaria, que pasan ya por hechos evidentes en las pájinas de mas de un trabajo histórico, porque rara vez ha tocado en suerte a nuestros cronistas penetrar en las entrañas de los acontecimientos, haciéndoseles preciso el juzgarlos de continuo por falaces apariencias.

Háse sostenido, en verdad, que San Martín avasalló de tal modo la política chilena, durante los años que él se mantuvo en el país organizando el ejército libertador, que él fué en realidad un director omnipotente, cuando O'Higgins era solo un nombre o un disfraz. Acúsase, en consecuencia, aquella época como la de una mengua nacional en que el país estuvo sometido a una «personalidad estranjera» i sujeto a una estraña lei tan insolente como desautorizada. Pero al compulsar los hechos i examinar con detención la luz de la verdad que los alumbra en sus mas íntimas relaciones, vemos que aquel error vulgarizado es solo una herencia de los celos de nuestros abuelos, que si es cierto tenian puntos de un honroso pundo-

nor, también eran dados a piques i susceptibilidades de pequeño bulto.

San Martín, lo hemos dicho, no tenia otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo que el de organizar una espedición a Lima, sin cuya caida él juzgaba, i a fe que era un alto i acertado juicio, que jamás la América española podria conquistar su independencia. Chile no era, pues, para él ni un desenlace ni una conquista. Era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear con sus cañones las puertas del poderoso virreinato que tenia en jaque a los independientes de la América por todas sus fronteras. Mendoza habia sido su primer campamento, Santiago era el segundo, i Chacabuco no fué para él sino una maniobra feliz por la que habia conseguido trasladar sus reales de una falda a otra de la gran cordillera. Vencida la valla de las montañas, quedábale ahora por hacer la indispensable i mas ardua jornada del Pacífico, i así, todo lo que él pedia a Chile, a quien llamaba entonces la ciudadela de la América, eran soldados, armas i buques, sin querer por nada en el mundo apartar sus ojos a otra parte, fijos en las almenas de la ciudad de los reyes, en cuyo recinto él trazaba ya con su vista de águila la inmensa sepultura del coloniaje. San Martín no fué, pues, un hombre ni un político, ni un conquistador: fué una misión. Alta, incontrastable, terrible a veces, sublimes otras, él la ller

i es solo visto bajo ese aspecto providencial i casi divino, como la historia deberá hacerse cargo de su grande nombre i de su gran carrera, llena de una unidad tan admirable en el decenio cabal que duró su papel histórico de libertador.

Mas nosotros, las jeneraciones de hoi, empeñadas por una mísera rutina, que pudiera acaso calificarse de envidia i de impotencia, vivimos solo para bastardear nuestras mas lejítimas glorias, empañando con el hálito de la calumnia el claro brillo de las grandes memorias del pasado; i mientras en otros pueblos se afanan sus ciudadanos por exaltar la fama de sus próceres, o el arte consigna en bronce sus enaltecidos hechos, i las madres los enseñan en la cuna a sus hijos, junto con las oraciones del Eterno, nosotros, con el rubor del alma lo decimos, ingratos i mezquinos, nos hemos constituido en un tribunal de odio i de desprecio para pedir cuenta a nuestros mayores i condenarlos, por un error o un desvío, con sacrílega injusticia, a la infamia i al horror. La América del Norte reune el corazón i el amor de todos sus hijos para formar a los padres de su independencia un solo pedestal de gloria i de reconocimiento: Washington, Franklin, Adams, Hancok, Jefferson, son los semidioses de su gran edad; i nosotros, en nuestro continente, pasamos por el sendero de la historia osando aquí i allí el fango que ha dejado el resíduo de todas las pasiones para levantar en

este sitio un padrón de afrenta, mas allá un ídolo, acá una caricatura, todo de lodo, todo mezquino i deleznable. El «jitano San Martín», «el huacho O'Higgins», «el cabecilla Carrera», «el zambo Sucre», «el llanero Paez» (todo histórico), hé aquí la nomenclatura nacional de nuestros grandes hombres. Baldón entonces al que por primera vez acojió esos apodos cual villano. Baldón eterno al que todavia acate la impostura borrando con tizones de carbón los epitafios de oro de esas venerandas tumbas que guardan todo lo que poseemos para probar al mundo, que nos acusa del presente, que fuimos dignos de llamarnos pueblos i naciones libres.

XIII.

Al regresar, pues, San Martín, que no habia tenido ninguna parte en el nombramiento de Quintana, hecho por la Lojia un mes *después* de su salida para Buenos Aires, encontróse con la renuncia de su tio, i en el acto escribió a O'Higgins, con fecha 18 de mayo, estas palabras: «Sé que Quintana ha hecho su renuncia: si Ud. la admite, no se le pase por la imajinación el delegar en mí, en la intelijencia que no la admito.»

Mas O'Higgins le habia ya nombrado de oficio e insistia en que aceptara. I entonces fué cuando San Martín, dando una prueba evidente, no se

de su alta sagacidad, sino del respeto con que siempre miró los derechos políticos de los pueblos; respeto que en el Perú llevó hasta un sublime absurdo, escribió a O'Higgins estas palabras sinceras que justifican plenamente su influencia en Chile, que no fué una usurpación sino el derecho lejítimo de un noble i magnánimo libertador:

«Me es imposible, repite a O'Higgins el 5 de junio desde Santiago, poder admitir la dirección que la bondad i amistad de Ud. me habia confiado sobre lo que contesto de oficio. Ud. sabe mis compromisos públicos i la imposibilidad de faltar a ellos, i por lo tanto ruego a Ud. que por el bien del país i por la opinión pública, nombre a otro que a Quintana; éste es un caballero, *pero el país se resiente que no sea un chileno el que lo mande.* Interin Ud. viene, podia nombrarse un hombre de bien i amable (pero con carácter) que desempeñase este empleo.»

I aun mas tarde, tomando ahora cartas en la política chilena i en abono de la opinión pública, añadía estas palabras mas significativas todavia: «*Yo no quiero mezclarme en nada político*, i si usted no me remite a Zenteno sin la menor demora, todo se lo lleva el diablo; mas claro, *la opinión pública* está contra Zañartu de un modo terrible. Todo puede enmendarse con que Zenteno dé la impulsión; él es honrado, conoce el país i tiene olución.»

Pero no era solo San Martín, eran todos sus amigos i sus socios los que contribuian a mantener en un temple igual i robusto aquella unión *arjentino-chilena* que libertó la mitad merional de nuestro continente, como la unión *colombiana* libertó la otra mitad. Hé aquí, en efecto, lo que el director Pueyrredón escribia al director O'Higgins al recibir el anuncio de la victoria de Chacabuco que fué el bautismo de aquellos dos pueblos que nacian a la vez por el esfuerzo de sus hijos, en la siguiente carta que puede considerarse como el programa confidencial de la política de ambas repúblicas.

«*Buenos Aires,* 6 *de marzo de* 1817.

»Señor don Bernardo O'Higgins:

»Mui apreciable amigo mio: Usted debe graduar mi satisfacción por la importancia de los sucesos felices de ese país; pero puedo asegurar a usted que el que ha completado mi regocijo, es la colocación de su persona en la dirección de ese Estado. Hubo un tiempo en que por identidad de principios fuí apasionado de usted: hoi es un deber mio ser su íntimo amigo...... Como tal admito los ofrecimientos que usted me hace en su estimable confidencial del próximo pasado que recibí anoche, i como tal también debe usted recibir

fe de un buen *hermano* i los sentimientos de un afecto particular. Cuídeme usted mucho a nuestro San Martín, para que restablecido cuanto antes, nos ayude a completar la obrar. Vamos a echar el resto para salvar todo el país, i aprovechemos los momentos de una fortuna que hoi se presenta favorable. Me ha gustado mucho la proclama de usted por los sentimientos que inspira: haya para siempre una amistad tan estrecha entre ese i este Estado, como es íntima la unión de los jefes que las dirijen. Persiga usted a los viciosos, aumente el número de los virtuosos, i mande con toda franqueza a su afectísimo Q. B. S. M.

Juan Martín de Pueyrredón.»

I dando la prueba, en justificación de la promesa, cuando dos meses mas tarde ocurria una dificultad entre los dos gobiernos, i en la que nada menos iba a Buenos Aires que la posición i el respeto de su ministro en Chile, véase la ansiedad profunda i las satisfacciones íntimas que el director arjentino ofrecia en la siguiente comunicación confidencial.

«Reservado.—Señor don Bernardo O'Higgins: compañero i amigo mio: despacho este estraordinario por prevenir momentos a la cesación de los males que ha causado en esa Guido, i que usted me comunica por su reservada última sin fecha, que recibí ayer. Protesto a usted que me ha lle-

nado de amargura la conducta que usted me refiere de ese joven; i quisiera que volase el conductor de mis órdenes para separar cuanto antes de la inmediación de usted la causa de sus justos sentimientos. Cuento que usted me avisará cuál sea su comportación, después que reciba el oficio en que le ordeno su inmediata venida, entregando todos los papeles i documentos de su comisión a nuestro común amigo Balcarce. Sobre la pena que me ha causado la mala comportación de un hombre mandado por mí, i cuyos procederes parece que son trascendentales a mi opinión, me mortifica el desconsuelo de haber sabido tambien que, tomando sin duda orijen de las indiscreciones i lijerezas suyas, se advierte una división entre los amigos de Chile i los nuestros. Es esta, compañero querido, *la mayor fatalidad* que pudiera sobrevenirnos; i así es preciso *a costa de todo sacrificio atajarla, sofocarla, destruirla enteramente, sustituyéndole los sentimientos de la mas pura amistad i unión.* Yo confio que usted con su prudencia, con su influjo i con la natural dulzura de su carácter, apagará cualesquiera pasiones inflamadas, haciéndoles entender (i a mi nombre si usted lo juzga conveniente) que los desvíos de un individuo jamás deben alterar la armonía de *una familia escojida por sus virtudes, para hacer la felicidad de nuestra patria.* Usted verá cuánto se dice por nosotros en esta ocasión en papel de la Lojia dirijid-

a Balcarce: asegure usted que son mis sentimientos i mis protestas; ruégueles usted a todos, que quieran disculpar escesos de la irreflexión, i sobre todo, que, sin equivocar el orijen, me crean tan lleno de pesar por lo acaecido, como esperanzado de ver desaparecer para siempre hasta la memoria de pasiones que causarian infaliblemente la ruina de los Estados que hoi deben únicamente su libertad a la unión i al valor, etc. Espero contestación por estraordinario, si fuese posible, i con las mas prolijas precauciones, para que no puedan estraviarse los pliegos; i quedo entre inquietudes pero siempre de usted íntimo amigo i compañero, etc.

»*Juan Martín de Pueyrredón*

»Buenos Aires, 6 de agosto de 1818.»

Es una calumnia hecha a la historia la del *vasallaje arjentino* que se imputa a nuestra patria en los años que San Martín fué nuestro primer inspirador mas no nuestro *amo*, pues fué únicamente jeneralísimo de nuestro ejército, mas no fué jamás, ni quiso serlo, como lo pudo, nuestro supremo mandatario.

Bastarda tarea ha sido entonces hasta hoi dia, en que todos los corazones comienzan a repudiarla, la de aquellos espíritus enanos que por ignorancia o una funesta propensión a las rencillas,

han vivido para turbar el reposo doméstico de la gran familia de nuestros pueblos, sin otro pretesto que el matiz de un trapo que se pondera como el *honor de la patria* o de un pedazo de desierto que se llama pomposamente en los *mensajes* «las fronteras del territorio nacional». La verdadera i única voluntad a quien, como lo hemos ya declarado, debe reconocerse el predominio de aquella época, es únicamente a la *Lojia Lautarina.* Pero esta no era ni en su composición ni en su espíritu un elemento antinacional, pues habia sido fundada, al contrario, como la base de la liga de ambos pueblos; i tan lejos estuvo San Martín de ser el dueño absoluto de la voluntad o del apoyo de aquella corporación, mista i recelosa, que a ella, como ya también lo insinuamos, debió su caida en gran manera.

Al fin, dióse satisfacción a la susceptibilidad santiaguina i a los prudentes deseos de San Martín. La renuncia de Quintana fué aceptada i en su lugar instalóse otra vez una de aquellas Juntas que salian ahora decrépitas i sin prestijio de los escombros en que las habia sepultado la Patria Vieja. Componíase ésta de hombres moderados, todos chilenos de nacimiento, i se instaló con gran solemnidad el 8 de setiembre de 1817.

XIV.

Esclavizado a esta diversidad fatigosa de asun

públicos, pasaba entretanto el director propietario activando aquella penosa campaña de 1817, que se inició con la gloria del éxito en Chacabuco el 12 de febrero i se cerró con la gloria de un heróico desastre en Talcahuano el 6 de diciembre.

Es sabido que un ancho raudal de sangre de valientes llenó los fosos de aquella plaza en tan fatal jornada. El jeneral O'Higgins podia descartarse con su mayor jeneral Brayer de su responsabilidad de jefe en aquel encuentro; pero como soldado participó de la gloria i del peligro de los suyos, cual lo hizo en todas las ocasiones en que su bravura fué invocada. El valiente capitán Luis Flores, su imberbe ayudante de Rancagua, murió a su lado dividido en dos por una bala de cañón. Otro proyectil mató el caballo que él montaba; una bala pasó por entre su poncho i el del injeniero D'Albe, mientras hacian una consulta en el campo de batalla, i por último, un segundo ayudante cayó muerto a sus piés. Tal fué el espantoso estrago de aquel dia. «A las cuatro horas i media del fuego, ya no existia vivo ningún rebelde bajo el tiro de nuestra artillería, dice Ordóñez en su parte oficial de 7 de diciembre al virrei del Perú; 200 i mas quedaron envueltos en la hierba i en la arena, i sumerjidos en las aguas del mar de San Vicente, i tendidos en su playa casi otros tantos doble número se llevaron arrastrando i todos heridos: 500 hombres de su caballería no se

emplea: on durante el ataque en el interior del Morro mas que en conducir cadáveres enemigos que estaban fuera de la estacada i del foso i los tirados en la referida playa de San Vicente».

XV.

Ese desastre fué el desenlace de la primera campaña de la «Patria Nueva». Pero asomaba ya en medio de los fracasos, aquella jornada que debia poner un glorioso término a tan prolongada lucha, haciendo de aquel país conquistado ya dos veces una nación conquistadora i mudando el teatro de la guerra a las mas remotas cordilleras del Perú i a las selvas apartadas de Arauco i de Chiloé.

CAPITULO XI.

Desembarca la segunda espedición de Ossorio en Talcahuano.—Buen humor con que San Martín recibe la noticia.—Emigración en masa de la provincia de Concepción.—Jura de la independencia en Talca i Santiago.—Ossorio pasa el Maule i O'Higgins i San Martín se reunen en el Tinguiririca.—Cancha-Rayada.—O'Higgins i San Martín en San Fernando el 20 de marzo de 1818.—Manuel Rodríguez en Santiago el 22.—El director se presenta en el campo de batalla.—Asalto de las casas de Espejo por el batallón Coquimbo, referido por O'Higgins.—Palabras del capitán Coy, comandante de la *Esmeralda*, al saber aquella batalla.—Asidua consagración del director a la organización de la escuadra.—Alista en Valparaíso la escuadrilla que se apodera de la *María Isabel*.—Primer síntoma de reacción contra la dictadura.—Suplicio de los Carreras i asesinato de Manuel Rodríguez.—La muerte de Rodríguez es obra de la *Lojia Lautarina*.—Relaciones amistosas de O'Higgins i Manuel Rodríguez.—Ojeada i juicio sobre este último.—El coronel Alvarado se ofrece para consumar el atentado.—Carta de este después de sucedido el crimen.—La complicidad del director queda reducida a su condescendencia.—La magnanimidad i la induljencia forman la base del carácter de don Bernardo O'Higgins, acusado falsamente de cruel.—Se organiza la escuadra.—Campaña naval de 1819.—Las bodas de Camacho i Lord Cochrane.—Sus hazañas en el Pacífico.—La espedición libertadora se hace a la vela el 20 de enero de 1820.—La gloria de don Bernardo O'Higgins llega a su zenit.

I.

El 18 de enero de 1818 echaba sus anclas en la bahía de Talcahuano el convoi que conducia la segunda espedición de Ossorio. Era el último es-

fuerzo que hacia el virrei Pezuela para empuñar aquel fértil reino «sin cuyos sebos i trigos», decia el buen hombre, no podia existir el virreinato del Perú...... Mas su yerno debia llevarle solo pólvora i plomo i su poncho blanco no poco desgarrado en la carrera de cien leguas que diera desde Maipo......

Apenas supo San Martín la nueva positiva de que aquel desembarco iba a verificarse, se alistó para recibir a sus huéspedes lleno de confianza i buen humor. «Desde que tengo noticia de la venida de los matuchos, escribia a O'Higgins el 10 de diciembre, todos mis males i lacras se me han quitado. Este es un buen pronóstico».

Al mismo tiempo comunicó a O'Higgins la resolución de la *Lojia* para que el cuerpo de ejército que él mandaba se replegara al Maule, mientras él avanzaria desde su campamento de las Tablas.

Hízose así, i el 5 de enero, dos semanas antes del desembarco de Ossorio, O'Higgins levantaba el cerco de Talcahuano i se ponia en marcha al norte.

Vióse entonces un espectáculo grande i desolador. Un pueblo en masa emigraba arreando sus ganados, llevando las madres las cunas de sus hijos, talando los soldados los campos, incendiando las partidas volantes las sementeras en plena madurez. Los patriotas comprendian que el golp

iba a ser decisivo. Querian que el invasor, si habia de vencer, conquistara un páramo, no un país. El bizarro Freire, que cerraba la retaguardia de aquella despoblación inmensa hecha por patriotismo o por temor, nos referia muchos años mas tarde que aquel era uno de los recuerdos mas lúgubres de su vida.

Al fin, el ejército patriota se albergó en Talca, i en aquella solemne hora en que iban a jugarse para siempre los destinos de Chile, cuando cumplia un año que habia tronado el cañón redentor de Chacabuco, O'Higgins con una salva que oiria mas lejos i resonaria mas hondamente en el corazón del enemigo que la artillería de las batallas, proclamó «en presencia del Altísimo i de la gran confederación del jénero humano» la independencia de Chile, en la marjen derecha del Maule, mientras las avanzadas del ejército que venia a esclavizarnos, desensillaban sus caballos en la ribera opuesta..... Sublime edad!

II.

Inmediatamente para ofrecer un cebo a Ossorio que traia aquel encargo de su suegro, O'Higgins continuó replegándose finjiendo sobresalto. San Martín avanzó por San Fernando, i en los primeros dias de marzo, ocho mil chilenos i arjentinos se abrazaban a orillas del Tinguiririca. Ossorio, por

su parte, mordiendo el anzuelo, pasaba el Maule con cinco mil realistas.

Chile se habia salvado!

III.

Cuando el sagaz Ordóñez, que marchaba a vanguardia, divisó sobre el Lontué las masas patriotas, palideció de sorpresa. No eran ya los dias de Rancagua en que los invasores venian agazapados por la huella que dejaban los bandos fratricidas, a caer sobre el enemigo cuando la cólera i la impotencia le cegara. Como O'Higgins se encerró en Rancagua en 1814, así ahora Ossorio, a su turno, se refujió en Talca; i la caballería del ejército unido galopando sobre sus cañones al caer la tarde del dia 19, le estaba diciendo que su hora iba a llegar.

Todos saben, empero, el milagro que aquella noche funesta hizo la audacia de un solo hombre. Apenas habia cerrado el dia, Ordóñez forma en la plaza de Talca tres columnas de ataque; da una a Primo de Rivera, jefe de Estado Mayor, la otra al coronel Latorre i toma él la última, que debia atacar por el centro; i mientras Ossorio se quedaba, acaso fiel a su antigua devoción, rezando el rosario con sus ordenanzas, su segundo cae como un relámpago de fuego i de acero sobre el campo patriota i lo arrolla i desbarata al paso de car

sin que ni los pechos mas valientes sepan resistir. El héroe del dia fué solo el que supo retirarse, el ínclito Las Heras.

O'Higgins habia galopado al frente de la línea a la primera descarga, i una bala le habia atravesado el brazo. Corrió la voz de que era muerto, i el pánico ganó todos los corazones. A media noche brillaba en su zenit, plácida i callada, la luna de verano con aquella hermosa luz que solo ven los reflejos de Chile tan ricos de matices; mas ahora resplandecia solo cual lámpara fúnebre en el campo de la súbita catástrofe.....

Chile estaba perdido!.....

IV.

Pero Las Heras ha salvado su división i toda aquella noche marcha en un apretado cuadro sobre San Fernando.

V.

A la mañana siguiente entraba a una casa de aquella villa el capitán Viel, de granaderos a caballo, informado de que ahí se habia apeado el jeneral San Martín. Salióle éste al encuentro con rostro imponente pero deshecho, dejando a un lado un lebrillo de agua en que se preparaba a humedecer su frente enrojecida por la fiebre i el in-

somnio. El joven oficial díjole en mal español que Las Heras habia salvado el ala derecha del ejército. San Martín no podia creerle. Pero su pecho se dilataba con una emoción intensa i su mirada de águila parecia estar leyendo la palabra *victoria* en el sol que asomaba espléndido por los Andes.

O'Higgins, gravemente herido, no tardó tambien en llegar, i luego se presentó al cirujano Paroissien para curarle. El director estaba taciturno. Una espresión sombría demudaba su fisonomía naturalmente espansiva i risueña. Atribuyéndolo a ira i a despecho, el doctor quiso hacerle algunas reflexiones que le consolaran, observándole que Buenos Aires estaba todavia en pié i era invencible, que aún podria salvarse una parte del ejército i que se haria en el siguiente verano una nueva espedición, reorganizándolo en Mendoza. «No tal, le repuso vivamente O'Higgins al llegar aquí, mientras yo viva i haya un solo chileno que quiera seguirme, haré la guerra en Chile al enemigo. Basta con una emigración!»

Esto sucedia en San Fernando al dia siguiente de la dispersión de Cancha-Rayada, con el ejército unido i sus jenerales.

VI.

En la capital, un dia mas tarde, tenian lug

sucesos no menos característicos de la época i de sus hombres. En el camino de San Fernando a Talca quedaba el ejército disperso i vencido; pero en Santiago se agrupaba el pueblo invencible. Allá estaban los caudillos militares reanimándose al contar de nuevo los batallones salvados; aquí se prestaban los tribunos entusiasmando el alma de los libres en el nombre de las catástrofes. Manuel Rodríguez habia llegado.

Todas las campanas tocan a rebato. El cañón truena en señal de alarma. El tribuno soldado, vestido todavía con su traje polvoroso de camino, proclama la patria en peligro en la plaza pública. Hace volver los caudales que se salvaban por la ruta de Mendoza. Descerraja las puertas de la Maestranza i distribuye armas al pueblo. Se asocia al director delegado Cruz, i en realidad asume una absoluta dictadura i la pone por ejecución creando por decreto sus *Húsares de la muerte;* i para probar que ese título no es una simple amenaza, al saber que un vecino de la capital enviaba a Ossorio un magnífico caballo que salia de los potreros de la hacienda de la *Calera*, con herraduras de plata, para que el jeneral realista hiciera su entrada triunfal en la capital reconquistada, da orden al comandante Serrano, que le servia de ayudante, para que traiga al reo de traición i lo fusile en la plaza de Santiago.

Tal fué el rol de Manuel Rodríguez en las 48

horas (22 i 23 de marzo) que ejerció sobre Santiago el influjo i el poder de su sublime patriotismo. En la noche del 23 llegó el director i al día siguiente reasumió la autoridad por el siguiente notable decreto:

«A consecuencia de las noticias verbales que adquirí anoche por conducto de mi delegado sobre que en la mañana de ayer una parte del pueblo, ajitada con el celo justo de salvar su patria, habia propuesto, entre otras medidas de seguridad pública, la de asociar al gobierno la persona del teniente coronel don Manuel Rodríguez para poner en movimiento todos los recursos en ausilio del ejército i protección de la causa de América, he dado el correspondiente aviso al Escelentísimo señor capitán jeneral don José de San Martín, no obstante que estoi persuadido que V. S. por su parte lo habrá ejecutado para que cuente con la favorable disposición de esta capital en el progreso de sus operaciones ulteriores contra el enemigo común.

»Desde luego dejaria las cosas en el estado en que se hallan si el deseo de trabajar activamente por mi patria no me estimulase a todo sacrificio, i habiendo resuelto como resuelvo reasumir la Dirección Suprema en los críticos instantes en que la unidad de acción en el gobierno basta para preparar los medios que confundan a los tiranos, dispondrá V. S. que para las doce de este dia se reu-

nan en el palacio todas las corporaciones con el mui ilustre Ayuntamiento, ante quienes espondré lo que juzgue conveniente a los intereses del Estado.—Dios, etc.—Marzo 24 de 1818.—A la Dirección Delegada.—*Bernardo O'Higgins.*»

VII.

El cielo, entretanto, acercaba el ejército realista a las puertas de Santiago, como si quisiera conceder a los chilenos que su libertad se alcanzase en el sitio elejido para centro de su poderío i a fin de que en la última batalla de su emancipación el pueblo, peleando hombro a hombro con el soldado, probara que era digno de sus destinos i de la fraternidad de los héroes.

La hora de Maipo sonó, al fin, i su primer cañonazo oyóse bajo todos los techos en que pálida i sobresaltada estaba la población de la capital de Chile orando de rodillas por los libres.

La gloria militar de aquella jornada ha sido proclamada como la mas alta que merecieron sus soldados i los caudillos que los llevaron al combate. Pero en Maipo hubo otra gloria que no fué solo el timbre de las armas. La gloria cívica de aquel dia le hace tan grande como sus magníficas cargas de bayoneta i sable. Maipo es una batalla de ponchos i casacas; el lazo hizo en ella tanto estrago al enemigo como el cañón, i los inmensos

grupos de *rotos* que desembocaban por los callejones de las chácaras sobre las colinas de Espejo, siguiendo la columna de O'Higgins, contribuyeron tanto a su desenlace como los escuadrones de *huasos* que enlazaron buena parte del rejimiento de Burgos tan luego como Freire rompió a sablazos la muralla de bayonetas que aquellos valientes opusieron a sus cargas.

Al jeneral O'Higgins i a Manuel Rodríguez cupo la mejor parte de esa ovación que el pueblo hacia a la victoria. Se sabe que los *Húsares de la muerte* tomaron a retaguardia del enemigo una posición sobre un puente que debia cerrarles el paso cuando las bayonetas patriotas los arrojaran del campo. Por otra parte, sábese también que el jeneral O'Higgins salió de la capital en aquella mañana acompañado de una división que se llamó la *Reserva estraordinaria* i que se componia solo de cadetes infantiles, destacamento engrosado con grupos de soldados heridos que iban cubiertos con sus vendas de hospital, de rotos descamisados, de viejos inválidos, de esos niños *de la calle* que son los perpetuos voluntarios de Santiago en todos los dias de alboroto, i aun de mujeres a quienes en esa mañana se vió correr desgreñadas por los cuarteles pidiendo fusiles.

El jeneral O'Higgins llegó sobre el campo cuando la victoria iba pronunciándose por nuestra derecha, que sostenida por cargas sucesivas de cal

llería arrollaba el flanco opuesto del enemigo, de manera que sus voluntarios de la *reserva estraordinaria* llegaron a tiempo para hacer algunos prisioneros. Pero el director, adelantándose al frente de la línea, se halló presente en el mas hermoso episodio de aquel dia. «No olvidaré jamás, decia él mismo al hablar, 14 años mas tarde, de la bizarra conducta del joven don José Antonio Cruz que acaudilló el batallón de Coquimbo en el callejón de Espejo, la impresión que hizo sobre mí esa posición verdaderamente formidable i la ajitación que me produjo el observar a aquel gallardo joven, como otro Lautaro avanzando a paso de vencedores para asaltarla. No olvidaré jamás el estado de ansiedad agonizante que sufrí mientras él cargaba al frente de sus bravos i venciendo toda oposición tomaba la artillería enemiga i su mas distinguido jeneral, completando el suceso decisivo de un dia, todo de gloria, del modo mas glorioso, por sacrificios que solo la victoria podia compensar. Mas de 400 valientes cayeron entre los 800 que seguian a su heróico hermano, a quien debieron ellos considerar invulnerable, pues que tres balas que habian despedazado su cuerpo no hicieron impresión visible sobre él, sostenido como estaba por ese espíritu heróico que tan solo la muerte puede doblegar. Me ha tocado por suerte presenciar algunos otros ensangretados campos de batalla, además del de Maipo, i no me tengo por incompeten-

te en juzgar del mérito militar, i sin pasión puedo decir que en el Nuevo Mundo no se presenta un ejemplo de ejecución mas intrépida que el asalto de Espejo por el batallón Coquimbo, i que nunca fué la conducta de un héroe mas claramente manifestada a sus soldados que en el ejemplo que les dió el digno chileno, que lamentamos, en ese dia siempre memorable.»

VIII.

Cuando la noticia de la batalla de Maipo llegó a Talcahuano por un fujitivo que precedió unas cuantas horas a Ossorio, el comandante de la fragata *Esmeralda*, anclada en aquella bahía, don Luis Coy, dijo a un oficial de graduación que estaba a su lado: *Amigo, la España ha perdido sus colonias!*

I en efecto, aquel mismo jefe, a los pocos dias (27 de abril) veia su fragata asaltada en las aguas de Valparaíso i capturada momentáneamente por el valiente O'Brien. Chile invadia ya la mar. El Perú iba a caer. Lord Cochrane se aproximaba para ir a abrir a cañonazos las dos brechas por donde los últimos defensores de la España debian salir, abandonando para siempre las costas del mar del sur. Aquellas brechas fueron las de Valdivia i el Callao, pontones de vasallaje que habia echado la España en las dos mil leguas de costas

que poseia en el Pacífico, i que unas cuantas bayonetas les quitaron en un dia.

IX.

Al primer director de Chile don Bernardo O'Higgins cupo la mejor parte de aquella gloria. Apenas habia sido colocado en la suprema majistratura, después de Chacabuco, cuando todos sus esfuerzos se habian dirijido a asegurar el dominio del Pacífico. Su claro juicio le mostraba que Chile por su latitud i por su topografía no podia ser invasor ni resistir las invasiones, sino haciéndose un poder marítimo; i por esto, mientras San Martín creaba batallones, él no perdonaba esfuerzos para echar las bases de nuestra marina. Al dia siguiente de Chacabuco, los fujitivos del desastre dejaron en la bahía solo un pequeño buque llamado el *Aguila*, que fué el que trajo a los prisioneros de Juan Fernández. Un mes escaso después de Maipo, i cuando apenas habia trascurrido un año, ya la escuadrilla de Chile obligaba a levantar el bloqueo de Valparaíso por un heróico golpe de mano, cual fué el abordaje de la *Esmeralda*. El milagro de aquella hazaña, que se puede llamar una improvisación, se debió casi únicamente a O'Higgins.

Pero su fortuna i su gloria no terminó aquí en aquel año de venturas para Chile. Por agosto de 1818, súpose que un poderoso convoi venia desde

España en ausilio de Ossorio i que el punto de cita para los trasportes era la isla de Santa Maria; i el director resuelve en el acto que aquellos buques formen como sorpresa la base de la escuadra chilena que en pocos meses seria ya la *Escuadra Libertadora.*

En consecuencia, el domingo 30 de agosto de 1818, cuando estaba perfectamente restablecido de su herida, el director se dirijió a Valparaíso para apresurar el equipo de los dos buques fuertes que ya contaba el Estado (la *Lautaro* i el *San Martín*) i enviarlos al sur. Un feliz augurio sucedió a aquellos aprestos. Sabedor Ossorio de que el director se habia trasladado a Valparaíso, temió que sus buques le cerrasen el paso de la Quiriquina, impidiéndole su retirada a Lima, i en el acto (16 de setiembre de 1818) destruyó los fuertes de Talcahuano, i dejando a Sánchez i a Benavides sobre la frontera, se hizo a la vela para el Callao. Cuando esta noticia llegó a Valparaíso, una semana mas tarde (23 de setiembre) O'Higgins esclamó lleno de alborozo: *El Jibraltar de la América ha caido!*

Bastaron al director cuarenta dias de indecibles afanes i de una actividad portentosa para poner en estado de salir a la mar la escuadrilla patriota que deberia ir a sorprender i capturar la espedición que se ha llamado de *Cantabria* por el nombre del principal rejimiento que la componia.

sábado 9 de octubre, cuando ya el joven Blanco desplegaba las velas de su capitana afuera de la punta Corumilla, el director montaba a caballo i salia para la capital acompañado de sus ayudantes. Llegado al Alto del Puerto, paró su caballo para despedirse del gobernador Zenteno que le acompañaba hasta aquel sitio, i divisando en el horizonte los buques que hendian gallardamente las olas en dirección al sur, esclamó con un acento convencido i profético: «De esas cuatro tablas depende no solo la independencia de nuestra patria sino la de todo Sud América.»

Tres semanas después (29 de octubre) la *María Isabel* arriaba su bandera en Talcahuano i recibia por nombre el de *O'Higgins*, que fué la capitana de Lord Cochrane cuando disparó la primera bomba a los castillos del Callao, cuando se hizo dueño de los de Valdivia i cuando, capturando la *Esmeralda*, puso fin al dominio de España en el Pacífico.

X.

¡Cuántas i cuán rápidas glorias hubo para Chile en aquel año que se inició en Maipo i se cerró en la isla de Santa María! I don Bernardo O'Higgins habia sido aclamado por la gratitud i el entusiasmo de los pueblos el héroe de tantos triun-, el dueño de tan magníficos trofeos! La dicha

i la gloria de aquel chileno eminente habia llegado ya, por esta época, al colmo de su grandeza. «Veo que por todas partes son *fregados* nuestros enemigos, le escribia San Martín resumiendo la época de tantas venturas con una esclamación de soldado. Si el año entrante es tan feliz como éste, los maturrangos pueden hacer su testamento».

XI.

Pero del fondo mismo de aquellos horizontes, que resplandecian con tan vívidos colores, comenzaba a alzarse un ténue vapor que subiendo al cielo se condensaba en nubes, i apagando sus luces iba encapotándolo en su inmenso ámbito con los presajios de un cercano huracán. Tres dias después de la batalla de Maipo (8 de abril) Luis i Juan José Carrera subian al patíbulo en medio del regocijo de la victoria, i pocas semanas mas tarde (26 de mayo) Manuel Rodríguez era inmolado en la quebrada de Tiltil por un aleve golpe asestado con mano de asesino.

La historia contemporánea ha demostrado hasta la evidencia que la muerte de *Mannel Rodríguez* fué un asesinato político, o mas bien, un asesinato revolucionario. Mas, ¿qué parte o qué responsabilidad cabe a don Bernardo O'Higgins en tan negro crimen? Las facciones han echado sobre él toda la culpa i sus amigos le han absuel-

to por entero: de manera que la historia aun vacila sobre la designación del *autor*, si bien sobre el *hecho* ha pronunciado su irrevocable fallo. La posteridad a su vez, interroga los tiempos i las pruebas para marcar con su dedo de fuego la frente del culpable, i nos pide aquí, el que dejemos de ser biógrafos para ser fiscales.

I nosotros entramos de lleno en esta duda cruel i humillante, i con esa lealtad de que no sabemos apartarnos por pasión alguna, ni por miedo, ni lisonja, declaramos que quien mató a Manuel Rodríguez no fué el director don Bernardo O'Higgins sino la *Lojia Lautarina*.

Sentado tan categóricamente el hecho, cúmplenos ahora aducir sus pruebas.

Don Bernardo O'Higgins, a quien con una injusticia manifiesta i fundada principalmente en el hecho de que nos ocupamos, se acusa de cruel i de alevoso, cuando la base de su carácter era la benevolencia i la lealtad, no profesaba odio alguno a Manuel Rodríguez en los primeros años de la revolución; ni podia abrigarlo por aquella figura tan llena de seducción i simpatía que los ánimos valientes aplaudian como la personificación del heroismo, i a la que los corazones patriotas daban culto como a una enseña de redención i libertad.

Hemos visto cuán cordiales eran sus relaciones i cuán amistosa su correspondencia en 1812, cuando Rodríguez, recién salido de la universidad, era

el brillante secretario del triunvirato en que O'Higgins tenia un puesto al lado de Carrera. Mas tarde, las hondas divisiones que separaron a estos dos últimos caudillos, no parece llegaron hasta afectar el aprecio mutuo de O'Higgins i Rodríguez, si bien en sus relaciones personales pudo haber alguna frialdad. Ello es cierto que ambos vivian en Mendoza, durante la emigración, i que de los chilenos que coadyuvaron activamente a los planes de San Martín para la reconquista de Chile, ambos eran los mas culminantes, el uno como el paciente organizador en el cuartel jeneral, el otro como el atrevido emisario de la esperanza en la patria que él encarnaba en su audacia, en su abnegación, en su jenio i hasta en su belleza de hombre, en que el adalid i el tribuno asomaban a la frente i a los labios, en cada peripecia de su estraordinaria i fugaz existencia.

Asi sucedió, que cuando Chile fué redimido, San Martín que elojia en su parte de Chacabuco al brigadier O'Higgins, el soldado de aquella batalla, también recuerda al teniente coronel Rodríguez, que por do quiera era el soldado de Chile.

¿Mas, por qué aquel joven héroe que acaba de tener su cabeza puesta a precio por los sicarios de Marcó, honor que ningún chileno alcanzara entonces entre las castigos vulgares de San Bruno, por qué, casi al dia siguiente de la victoria es aprehendido por los propios suyos i disuelta

fuerza con que habia invadido la provincia de Colchagua, teatro de sus proezas? ¿I por qué un año mas tarde, cuando habia salvado la capital de una especie de Cancha-Rayada civil, convirtiendo su pánico en entusiasmo, por qué se le manda casi del campo de batalla a la cárcel, i por qué antes de dos meses de haber cargado con sus *Húsares de la muerte* a los prófugos escuadrones del enemigo, lo matan a él en una celada solitaria?

Tal fin i tales contrastes se esplican por una triste pero irrecusable lójica, en la senda tenebrosa que la revolución tomaba en sus consejos.

Manuel Rodríguez era la encarnación del pueblo chileno; era el guerrillero de los campos; era el tribuno de las plazas públicas; era el *roto* de los rotos; era el *huaso* de los huasos; era el símbolo de Chile criollo i democrático.

Nadie llevaba como él sabia llevar el poncho del jinete; fuera que flotase al aire galopando en los torneos populares en la *vara* o la *chingana;* fuera que cruzado sobre el pecho sirviese de coraza al adalid i de enseña a sus bravos en la arremetida al enemigo; nadie mas apuesto, mas gallardo, mas *lacho* que el *espía* de San Martín como lo llamaba mas tarde por ludibrio el necio defensor del jeneral O'Higgins, cuando en las ramadas de Santiago bebia en el mismo vaso con los Talaveras acechando la ronda de San Bruno; nadie ...s brioso, mas elocuente, mas inspirado, cuando

de pié sobre una grada, arengaba al pueblo con la elocuencia inmortal que se anida en el pecho de los que tienen fé en el pueblo i se asimilan a él en los dias de angustia, en que los grandes señores andan palidos i abatidos por lo súbito de las catástrofes.

Manuel Rodríguez era el símbolo criollo, chileno por escelencia, de la revolución. Si él no era la autoridad, era el pueblo; si no era la revolución, era Chile; era la encarnación jenuina de la *Patria* con todas sus grandes pasiones, sus desvios juveniles, su belleza, su cólera majestuosa, su pujante e invencible voluntad. Si San Martín era el *Libertador* de Chile, Manuel Rodríguez habia sido su *Redentor*. Si O'Higgins era el *Director Supremo* de la nación, Manuel Rodríguez habia sido el *Dictador popular* de esa nación.

Ahora bien, la *Lojia Lautarina* habia empuñado la revolución para sí sola con una siniestra e intelijente enerjia. La *Lojia* se fundaba no para el pueblo, no para la libertad, no para Chile. La invasión futura del Perú i la emancipación de toda la América era su único programa, i por esto Manuel Rodríguez, cuando Chile fué ya enteramente libre, cuando su atrevimiento, su prestijio popular, su abnegación i mas que todo su fé, que fué la mayor de sus virtudes públicas, i el vuelo osado de su temprano jenio, cuando todo eso no era necesario, i antes bien pasaba por un peligro a

ojos recelosos de la *Lojia*, libre ya del cuidado de enemigos, Manuel Rodríguez se le presentó solo como un obstáculo i una inquietud; i era un inexorable precepto de aquella tenebrosa asamblea el que todo obstáculo grande o pequeño debia apartarse, fuera con la intriga, fuera con el puñal. Manuel Rodríguez grande i noble resistió al halago i a la astucia, i por esto una bala le atravesó el corazón en la garganta de la Dormida.

Vamos ahora a hacer valer los pocos pero significativos documentos que sobre aquel tristísimo lance han llegado hasta nosotros.

Apenas habia caido Rodríguez sobre Colchagua, mientras Freire invadia la provincia de Talca por el Planchón, cuando le arrestaban en San Fernando de orden de los vencedores de Chacabuco i le enviaban a Santiago bajo la custodia del valiente i famoso capitán Caxaravilla, digno de escoltar otro valiente.

Introducido a la presencia de O'Higgins, rogóle éste se alejase del país donde era ya innecesario, ofreciéndole una misión en Norte América i una suma de dinero que entonces casi equivalía a una fortuna. Rodríguez negóse con firmeza. Enviáronle entonces a Valparaíso con aviso a su gobernador don Rudesindo Alvarado, para que en el primer buque lo embarcasen a la fuerza para aquel país. Todo esto era una orden precisa de la *Lojia*, ya instalada, pues el director por los pro-

pios estatutos del tribunal, (art. 23) no podia tomar medida alguna, i mucho menos una de aquella entidad, con un jefe del ejército, cual lo era entonces Manuel Rodríguez.

Mas éste, que parecia ver tras de la pálida i macilenta figura de Alvarado el espectro de su destino, fugósele de las manos, i cuando supo que San Martín habia llegado a Santiago, de regreso de su viaje a Buenos Aires, resolvió ir a confiar su querella a su aprecio i a la protección que le deparaba.

En una fria noche de mayo, un hombre de baja estatura, pero de aire marcial, envuelto en un espeso capotón, hacia llamar a la puerta del palacio del obispo, donde residia entonces San Martín, al comandante O'Brien edecán de aquel. Era Manuel Rodríguez que solicitaba una entrevista del jeneralísimo. Concediósela éste en el acto i en aquella misma noche le prometió su apoyo. A los pocos dias San Martín, tratando de cambiar con su maña peculiar el ánimo de O'Higgins, prevenido por la fuga de Rodríguez, le daba cuenta de aquella entrevista en estos términos: «Al siguiente dia de mi llegada se me presentó Manuel Rodríguez; no me pareció decoroso ponerlo en arresto, i mas cuando, consecuente a la que me escribió, le aseguré su persona, hasta tanto usted resolviese: él me ha hecho las mayores protestas de su sinceridad i deseos de demostrar a usted su buen

comportación; yo salgo garante de sus palabras, pero soi de opinión que hagamos lo de el ladrón fiel. Si usted es de la misma opinión, estaré mui a la mira de sus operaciones, i a la primera que haga le damos el golpe en términos que no lo sienta: contésteme usted sobre este particular, pues en el ínterin le he mandado salga fuera de ésta i se mantenga oculto hasta su resolución».

O'Higgins contestó aceptando los deseos de San Martín con espresiones que, bajo la vulgaridad de su sentido, demostraban lo que valía a sus ojos aquel *bicho*. «Manuel Rodríguez, decia el director al jeneralísimo en su respuesta, *es bicho de mucha cuenta*; él ha despreciado tres mil pesos de contado i mil anualmente en paises estranjeros, porque tiene en sus cálculos que puede importarle mucho mas el quedarse. Convengo con usted en que me haga la última prueba, pero en negocios que su importancia no sean de demasiada consideración. Haciéndolo usted salir a luz, luego descubrirá su debilidad!»

En consecuencia, Manuel Rodríguez fué reinstalado en su empleo de teniente coronel agregado al estado mayor.

Mas apenas habia corrido un mes, cuando el anuncio de un complot carrerino, Rodríguez es llamado por San Martín para darle a elejir entre el alto honor de representante de Chile en Bue-
; Aires o de ser botado a las playas de la In-

dia; i el héroe chileno «con la fria escusa, (para él empero tan ardiente) de no permitirle sus amores dejar el país», resolvióse a aceptar todas las calamidades a que el odio i las sospechas le sometieran. «¿Qué le parece a usted Manuel Rodríguez? decia en esta ocasión San Martín al jeneral O'Higgins; no le ha acomodado la diputación de Buenos Aires, pero le acomodará otro destino en la India, si es que sale pronto un buque para aquel destino en breves dias, como se me acaba de asegurar; es bicho malo i mañana se le dará el *golpe de gracia.*»

Preso, en consecuencia, fué destinado otra vez a Valparaíso a disposición del mismo Alvarado; pero el buque en que debió ser enviado a la India, se habia hecho a la vela una hora antes de que llegase la orden de detenerlo.

Tal fué la suerte de Manuel Rodríguez en los seis primeros meses que siguieron a Chacabuco: triste juguete de la *Lojia*, de que San Martín i O'Higgins eran en esta ocasión solo los órganos autorizados.

Pasados estos dias, llenos de amargura para su espíritu, no le volveremos a encontrar sino en la plaza de Santiago después de Cancha-Rayada, como se le habia visto en la plaza de Melipilla antes de Chacabuco.

Al hablar de Maipo, referimos la conducta sublime de Rodríguez i los rasgos principales q·

caracterizaron su efímera pero salvadora dictadura. Su muerte debia seguir con intervalo de menos de tres meses a aquella ostentación deslumbradora de su jenio i de su popularidad.

La historia se ha hecho cargo de los detalles i pruebas del hecho que puso fin a sus dias, i lo ha calificado con plena evidencia de *asesinato alevoso*, pasando su fallo por cosa ya juzgada sin recurso.

A nosotros nos ha tocado pronunciarnos sobre el autor i la responsabilidad del atentado i hemos sostenido con la lójica de los sucesos i de los principios revolucionarios, i con los testimonios irrecusables de los mas altos protagonistas de la tragedia, que ésta fué dirijida en cada uno de sus pasos, no por un hombre determinado, sino por el acuerdo de muchos hombres, reos todos ahora del delito, sujetos a la animadversión de la justicia i las edades.

Pero al afirmar, como lo hacemos, que la *Lojia Lautarina* fué el tribunal que mandó ejecutar aquel crimen de la revolución, tenemos una autoridad mas alta que citar. Es una revelación digna de toda fe hecha por un contemporáneo que vivia entonces en la inmediación de algunos de los miembros mas conspicuos de la *Lojia, i esa revelación viene de los labios de uno de sus cómplices*, dejando así aclarado el misterio mas allá de todo posible error i de toda contradicción, pues una nfidencia de esta especie hecha por uno de los

que cargaron con la responsabilidad del hecho, adquiere en la historia el puesto de la evidencia.

Arrastrado otra vez a la cárcel el infeliz caudillo de Chile, por su resistencia a la orden de disolver el cuerpo de *Húsares de la muerte*, parece que O'Higgins propuso mandarlo fuera del pais a alguna remota comarca, de donde no le fuese fácil regresar, i así creemos lo escribió al jeneral San Martín.

Pero al discutir en la *Lojia* las medidas que deberian adoptarse, propúsose la de quitarle la vida, pues se alegó que era un perturbador incorrejible. Ignórase aquel siniestro debate, pero sábese demasiado su acuerdo. Decretado el aleve golpe por la mayoría, comisionóse a un honorable jefe, que aun existe, para que se hiciese cargo de consumarlo; mas éste rehusó en el acto con calorosa hidalguía. Hubo entónces en la sesión una pausa de embarazo i ansiedad. Pero otro jefe que vive hoi también, aquel que habia sido gobernador de Valparaíso cuando la primera fuga de Rodríguez, i aquel que mas tarde solo debia figurar en nuestra historia para asistir a los mas graves contrastes de la causa de la independencia, el coronel don Rudesindo Alvarado, levantó ahora su voz para *ofrecerse* a consumar la infame sentencia, i la consumó en efecto, como lo demuestra esta carta en que la susceptibilidad de su conciencia mal segura,

anticipando una defensa que no era solicitada, mas parece un remordimiento que una escusa. Héla aquí:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Quillota, mayo* 28 *de* 1818.

»Mui señor mio i mi estimado amigo: desde la Dormida remití a usted el sumario que seguí al teniente Navarro por la muerte del coronel Rodríguez. Ella bien claro manifiesta la buena conducta del oficial i las intenciones de dicho coronel: su muerte creo haya a usted causado la alteración mas terrible, como también a todo ese pueblo, pero estoi persuadido que todo el mundo que haya conocido a Rodríguez hará justicia i creerá cuanto se espone a favor del oficial. Yo el primero en desear el esclarecimiento que se quiera, si el que se ha hecho no basta. De ese modo quedará bien puesta la opinión de usted, la mia i de mi cuerpo. En otra ocasión escribiré a usted mas por estenso; entretanto me ofrezco como siempre por su invariable afectísimo amigo Q. S. M. B.

Rudesindo Alvarado.»

XII.

No fué el jeneral O'Higgins el autor del asesi-o de Manuel Rodríguez, i ménos fuélo el jene-

ral San Mártín, a quienes se ha hecho cargar, empero, con todo el odio i toda la responsabilidad de aquel delito. El último aparece con evidencia inocente de toda culpa, pero al primero, sin que sea dable a la historia borrar la fea mancha que aquel crimen echó sobre su preclaro nombre, le hará la posteridad una justicia esencial que está en abierta pugna con las acusaciones del vulgo i la herencia maldecida de los rencores de partido; i esa justicia es la de que en ese tristísimo lance de la vida del jeneral O'Higgins, no fué la crueldad del corazón o una conciencia dañada la que le hiciera autorizar el atentado, sino aquella funesta debilidad, aquel pecado de condescendencia de que tantas veces le hemos visto ya dar testimonios i en el que reincidiera cada dia en los azares de su vida, tan llena de grandezas i tan trabajada por los infortunios.

XIII.

Al año memorable en que, con el intervalo de cincuenta i dos dias, se habia proclamado la independencia de Chile, i alcanzádose el triunfo que dió a la idea la sanción del hecho, siguió una época de preparación, de esfuerzos colosales, de infinita laboriosidad, no para crear sino para improvisar nuestra marina. El año de 1819 fué para las campañas navales que debian decidir la sue

del Perú i de la América, lo que el de 1817 habia sido para emprender la última de nuestras grandes campañas en tierra firme. Lord Cochrane, que se habia sentado en la hospitalaria i casi suntuosa mesa del director supremo el 6 de diciembre de 1818, aniversario del desastre de Talcahuano, prometia ahora a Chile, al libar de las copas, represalías i conquistas espléndidas, entre las que soñaba ya el intrépido i avaricioso escocés traer a remolque de sus naves el cerro de Potosí, nombre de grato sabor para el apetito de aquel estraordinario aventurero que vino a dejar en América el doble pasmo de su coraje i de su codicia.

Yendo i viniendo en su afanoso trajín entre nuestras aguas i las del país vecino, Lord Cochrane, en sus dos espediciones de 1819, iba labrando, poco a poco, el surco por el que la *Espedición libertadora* haria en breve el rumbo de la capital de los reyes. El nuevo Jasón no habia encontrado el vellocino de oro, pero hallaba al paso castillos armados de cañones, i casi por divertimiento echaba sus anclas frente de las baterías, i peleaba una dos o mas horas, según su humor i la matanza de las balas. En uno de estos pasatiempos nos dió a Valdivia.....

Mas al fin tanto sacrificio de los unos i tanta audacia de los otros dió sus ópimos frutos a la patria, i el 20 de agosto de 1820, dia de San Ber-

nardo, el director de Chile, don Bernardo O'Higgins, contaba con ojos resplandecientes de alegria la doble fila en que la *Escuadra libertadora* dejaba las costas de Chile para ir a redimir un pueblo hermano.

Tal fué el dia mas grande i de mas lejítimas i puras satisfacciones para don Bernardo O'Higgins. Cumplia en esas horas supremas los cuarenta años de su edad i el primer decenio de su vida revolucionaria. Chile le aclamaba su campeón i le revestia de la mas alta graduación de su ejército, prestándole además pleito homenaje, a nombre de sus merecidas glorias, como a supremo dictador. Sus ciudadanos no le pedian leyes i le tributaban aplausos i agradecimientos. Nuestros hermanos del Plata le incorporaban en la lista de sus héroes, exaltándolo como a un jeneral de su república, i dilatando en opuesta dirección las fronteras civiles de Chile en nombre de la libertad, iba a oir proclamar la independencia del Perú en la plaza de aquella ingrata capital que habia visto con desdén morir a su ilustre padre, calumniado, desposeido i acaso invocando un vengador para su afrenta......

Así daba fin el primer período de la administración del jeneral O'Higgins que hemos calificado como un ensayo de gobierno puramente militar, i que en realidad no fué sino la gloriosa i fecunda dictadura de un soldado.



DON JUAN MACKENNA

Lit P. Cadot. Rafael Jover, editor

Pero aquí terminaba también su grandeza i sus altos beneficios, que ya venia carcomiendo aquel monumento de tantas glorias, la vil intriga, la codicia solapada, la inmoralidad por todo resorte de política i esos mil accidentes que constituyen lo que se llama la *política criolla* de la América, vijente hoi dia con insólito descaro en la gran mayoría de nuestras desheredadas naciones.

CAPITULO XII

Decadencia de la administración del jeneral O'Higgins.—Don José Antonio Rodríguez Aldea.—Su carrera, su carácter, su doctrina i sus imitadores. —Es hecho ministro de hacienda en premio de una delación.—Su influencia omnímoda con el director.—Una opinión certera de Lord Cochrane. —Carácter de la administración Rodríguez.—Ajio, contrabandos i fraudes.—Pruebas inéditas de que el empréstito anglo-chileno de 1822 fué hecho sin autorización del gobierno de la república.—Estraordinaria pero efímera laboriosidad de la administración —Don Joaquin de Echeverría.—El jeneral Zenteno.—Descontento jeneral en todo el país.—Carta del gobernador de Córdoba resumiendo algunos cargos de la opinión pública contra el director.—Contestación de éste.—Crueldades de la administración O'Higgins.—Planes de monarquía en Sud-América.—Ni Chile ni el director tiene participación en ellos.

I.

Al finalizar el anterior capítulo, deciamos que el dia en que la *Escuadra libertadora* dejaba las costas de Chile, brilló en lo mas alto de su carrera la gloria de don Bernardo O'Higgins como chileno i como majistrado, como caudillo i como americano, porque aquella empresa fué el mas grande i el ›s hermoso de los esfuerzos de Chile, puesto que

era su primero i desinteresado continjente a la fraternidad de los pueblos del Nuevo Mundo.

Mas, parecia que aquellas velas que hinchaba el aliento de tantos jenerosos pechos, se llevaran también todo lo puro i todo lo noble que existia en nuestro suelo: tan grande fué la decadencia moral i tan súbito el letargo en que cayó el país, después de aquellas magníficas pruebas de virilidad i desprendimiento.

Chile iba a esperimentar, en efecto, una transformación tan honda i tan completa que casi no es dado al historiador el esplicarla por lo estraordinario i repentino de la mudanza, en aquel cataclismo político en que la prosperidad pública se convirtió en caos i en una deuda de medio siglo, en que la gloria adquirida pesaba casi tanto como un baldón, en que la santa revolución de los principios se convertia en una reacción de intrigas i personalidades, i en la cual hasta el hombre ilustre que el país habia honrado con una confianza sin trabas, estuvo para ser un azote i casi un instrumento ciego de su perdición.

Don Bernardo O'Higgins habia cometido, en verdad, la incomprensible aberración de hacer venir del *depósito* de los prisioneros de San Luis, un hombre tan célebre como funesto, para encargarle la dirección de la nueva república; i el 2 de mayo de 1820, tres meses antes de salir la *Espedición libertadora*, recibia de sus manos la cartera de

hacienda, el mas importante de los despachos desde que la guerra cesaba i se abria la era del comercio i del trabajo, don José Antonio Rodríguez Aldea, el asesor perpetuo de los jenerales realistas que habian ensangrentado nuestro suelo i el fiscal de todos los presidentes de la oprobiosa reconquista. Absurdo inmenso que en lo político era tan injustificable como si en lo militar se hubiese traido del destierro al brigadier Ordóñez para confiarle el mando del ejército libertador, i que en lo administrativo era algo peor, porque era como una resurrección de San Bruno.

II.

Don José Antonio Rodríguez Aldea, indudablemente uno de los hombres mas singulares que ha producido nuestra revolución, habia nacido en Chillán, educádose en Lima i recibido en los primeros años del presente siglo la toga de doctor, por la cantidad de seis mil pesos que él dice pagó, comenzando así su carrera pública, según su propia confesión, con el precio de una dadiva o de un cohecho.

Nacido de padres acomodados, su educación fué rápida i lucida, i apenas habia entrado en carrera cuando, arrimándose a la protección de un alto personaje, el arzobispo de Lima don Bartolomé María de las Heras, surjió tan a prisa a puestos

encumbrados que en 1814 era nombrado auditor de guerra del jeneral Gainza. Vino, en consecuencia a Chile en compañía de aquel jefe, i aunque parece que debió su nombramiento a influencias de la mitra, él, por su parte, insiste en que fué por una nueva esplotación de la venalidad, pues dice en un manifiesto que Gainza lo trajo a Chile «porque le debia mil pesos i le prestó otros cuatro mil».

Vimos ya como el doctor Rodríguez desempeñó su triste encargo de ayudar a la sumisión i al castigo de sus compatriotas, aunque él de suyo sostiene en esta parte que dió *avisos secretos* al enemigo, contra sus propios caudillos. Hemos demostrado también, al hablar de los tratados de Lircai, en consecuencia de los que cayó en desgracia el jeneral a quien servia, que su consejero se hizo su mas encarnizado perseguidor, siendo su declaración la primera que obra en el proceso de Gainza forjado en Lima.

Encontrábase el auditor Rodríguez acusado de una doble ingratitud, o si se quiere de una doble traición, cuando el cañón de Rancagua, rompiendo los pechos i los pabellones del joven Chile, abrió a sus conquistadores las puertas de la capital. Ahí fué Rodríguez a tomar un asiento en su Audiencia como fiscal, es decir, como perseguidor civil, después de haberlo sido en su carácter militar de auditor de guerra.

Sirvió su empleo, nos refiere él mismo, de tal manera que el odio de Ossorio i de Marcó llegó «hasta el estremo de hacer conversaciones públicas de su *venalidad* en obsequio de los patriotas» i al punto de que Marcó le formó una sumaria i por triplicado la mandó al rei acusándole por aquel delito i por su *insurjencia*.

Mas, sentenciada la causa de Gainza en junio de 1816, el consejo de oficiales jenerales que absolvió a aquel jefe mandó que se formase causa a su asesor, que en el proceso obraba como su principal denunciante.

Acusado por Marcó i perseguido por la justicia de Lima, encontrábase Rodriguez en una situación harto difícil, cuando la victoria de Chacabuco vino a sacarle de embarazos. Al instante, no pudiendo ser ya realista, hízose patriota. Vió a su amigo Zañartu que habia regresado con el ejército, solicitó una conferencia del director O'Higgins, a quien habia conocido con ocasión de los tratados de Talca, i poniéndose humildemente bajo tan alta protección, mantúvose en Chile, según él mismo refiere i lo corrobora Zañartu en su correspondencia con O'Higgins, haciendo *servicios secretos* a los insurjentes.

Para describir de nn solo rasgo su situación en esta vez, su carácter, sus recursos, su injenio i la elasticidad rastrera a la vez que halagüeña de su espíritu, vamos a insertar aquí un documento, en

el que el ojo del vulgo creerá leer solo una carta, pero que en presencia de la historia es algo que tiene voz i alma, porque es un retrato.—Hélo aquí de cuerpo entero:

«Exmo. señor Supremo Director Brigadier don Bernardo O'Higgins.—Santiago i junio 19 de 1817.—Eran mui lisonjeras para mí las denominaciones de paisano, amigo i favorecedor con que iba a empezar esta carta; pero me detuvo la consideración de que hablaba también al jefe supremo del Estado, el súbdito al superior. Sea cual fuere el contraste en que me han puesto aquellas relaciones del cariño i estas del respeto, ya he vencido mi jenial moderación: empecé a escribir i es mi primer objeto saludar a V. E. porque es el primero de mis cuidados su conservación desde que con no menos confianza que gratitud he vinculado mi suerte a la de V. E. Sí, Excmo. Señor, mi paisano, amigo i protector, la vida de V.E. quizá a ningún otro de sus favorecidos interesa mas que a mí, ya comprometido i amenazado (según he sabido) en godas conversaciones reservadas. Si la carta a un jeneral lleno de atenciones fuera susceptible de reflexiones estensas, leeria ahora V. E. cuantas tengo hechas para ratificarme en ese concepto. Los enemigos del bien público i envidiosos rastreros de V. E., susurraron ahora dias herido o muerto al jeneral: corrí a verme con Zañartu, ví letra de V. E. i salí tan placentero

como habia entrado desesperado. Confieso que al oir la infausta noticia, sentí haberme quedado en el reino, i este es el primer tributo con que he correspondido a V. E. Algún dia hablaremos, i quiera el cielo sea breve. Ojalá no hubieran mediado fuertes reparos políticos que me han quitado la gloria de estar al lado de V. E. Ojalá fuera posible acallar la envidia i la censura para que V. E. me llamara. No podria dar ideas ni concebir planes que a V. E. se oculten, pero tendria el gusto de cortarle las plumas para estenderlos; me complaceria si veia que V. E. convenia en mis previsiones de que los sitiados de Talcahuano se sostienen, sin duda, porque de Lima les habrán ofrecido grande ausilio: que los emigrados serán allí impulsos activos para que el comercio lo procure; que esperarán la primavera para reforzar o hacer un desembarco.

»Partiendo de estas realidades mas que presunciones, me atrevería a opinar por la construcción de lanchas cañoneras que supliesen por fuerzas físicas en Coliumo, boca del Maule, San Antonio i Coquimbo, retirando de la costa toda especie de animales, i que las tropas resguardasen los puertos principales i la capital: opinaria que se procurase ganar a los que mandan las lanchas en Talcahuano i que se pasasen a Penco. En fin, repito, que una carta a un jeneral lleno de atenciones, no admite estensión en cosas que solo son obvias i

aceptables después de conferencias; por lo demás, yo me glorío de que V. E. completará ya la obra cuyo término miro mui próximo por la toma de Arauco. La hambre i estrechez son ahora la mejor arma contra los sitiados. Luego será V. E. dueño de todo, de grado o por fuerza; i para ese caso suplico a V. E. tenga consideración a mi pobre familia. Yo la creia en Chillán, pero mi amigo don Simón Riquelme me ha dicho ayer que está en Talcahuano, i según he sabido por un Montalva, los frailes i la mujer de Lantaño influyeron a que se fuesen mi madre, hermana i sobrinas, dejando abandonada mi casa que compré el año pasado; i recelando secuestro pienso escribir a algún amigo, para que me la cuide. Ahora mas que nunca deseaba estar al lado de V. E. para hacerlas salir de su encierro i a otros amigos que compadezco. Aun no he podido saber qué efecto han producido las cartas que puse a algunos, cuyo paso será ya notorio a todos i desearán quitarme la vida, ya que en el mismo hecho perdí mi empleo i algunas cosillas que tenia en Lima, inclusos 1,800 pesos en poder de Hurtado. Yo no sé que otro alguno haya dado en estos últimos tiempos igual prueba de adhesión por nuestra causa de América. A nadie fué la fuga mas fácil que a mí, sabedor de todo, solo, sin familia ni bienes i con seguro sueldo por mi empleo en Lima u otro punto análago; todo lo he despreciado: no me

sa: estoi contento i satisfecho a la sombra de V. E. Solo me desesperaría si se desconfiase de mí en adelante o se trajese a recuerdo para desdeñarme el haber servido en el ejército real. Me tocó esto en suerte; no lo solicité, i además de que un arrepentimiento sincero, así en la política como en la relijión, es tanto o mas laudable que la misma inocencia: yo serví beneficiando patriotas hasta el estremo de comprometerme i de que se me encausase. Habrá algunos sentidos de que no se les sirviese en todas circunstancias o según su deseo; puedo responderles hasta la evidencia. Así suplico a V. E. tenga la bondad de suspender el juicio cuando la envidia me asalte, hasta reconvenirme primero. No serví a la casa de Mendiburu porque se me quiso cohechar con dos mil pesos que desprecié como otros con honor i enfado. Don Luis Cruz i Victorino fueron sentenciados a muerte; me opuse: después de Lima los destinó el virrei a diez años de isla; yo trasvertí la causa, oculté documentos i puse dos años. Si ellos saben esta última i no las dos primeras, quizá estarán sentidos, i por este estilo habrá otros; pero, repito, que puedo responder hasta la evidencia i con documentos. En fin, ¿para qué cansarle? Merezca yo el aprecio de V. E. i lo demás no debo cuidar porque émulos a nadie faltan. Así es que por hacerme de otros i no escitar la envidia me abstengo de visitas, i no veo a Zañartu sino mui rara vez,

ni frecuento la amable casa de V. E., donde se me ha hecho un cariño estraordinario, cual no merezco, gracias a lo que V. E. habrá hablado en mi beneficio. Recuerdo que suplicando una noche a V. E. no se me echase contribución, porque a fe de hombre de bien no tengo como pagarla, merecí que V. E. me dijese: que no me gravarian, pues que no tengo bienes raices ni conocidos. Yo reposé en esto i no quise ser importuno pidiendo a su partida una escepción. Ahora lo he sentido porque no obstante que al fiscal Navarrete nada le han asignado, a mi me ha puesto el Cabildo veinte pesos mensuales, que solo vendiendo mis libros puedo satisfacer; i no haré recurso porque no está aquí V. E. Cuando reflexiono sobre mi subsistencia futura i hoi precaria, me abato i consterno; vivo por la jenerosidad de algunos agradecidos, pero esta caridad no puede ser para siempre. Pensé escribir sucinto, i aunque me apura el tiempo, insensiblemente se me ha ido la pluma, quizá para hacerme enfadoso a V. E. con mi primera carta; pero dígnese V. E. disculparme por mi situación; medio consuelo logra el que sabe que es escuchado. Quiera el cielo conservar a V. E. i traerlo lo mas breve a esta capital, donde ratificaré el sincero afecto i gratitud con que soi de V. E. su mas inutil súbdito, amigo i paisano Q. B. S. M.—Exmo. Sr.—*José Antonio Rodríguez Aldea.*»

Mas, a pesar de tanta astucia i de tan fina duplicidad, el ex-fiscal realista no pudo evitar el manoplazo de la revolución, i cuando se acercaban los dias de Maipo, el delegado don Luis Cruz, que en lugar de los *dos* años de Casas-Matas habia leido sin duda claramente los *diez* de la vista fical, le relegó a Cuyo, junto con todos los prisioneros que en esa época se destinaron a Mendoza i a San Luis de la Punta.

En esta lastimosa situación hallábase el doctor Rodríguez, cuando, a consecuencia de la batalla de Maipo, el jeneral O'Higgins empeñó ya con mano mas segura i espíritu mas tranquilo las riendas de la dictadura. Compasivo i accesible a la lisonja, hizo que su protejido volviera al seno de su famimilia hácia mediados de 1818.

Pero el doctor Rodríguez no solo tenia el arte de golpear i hacerse abrir las puertas de los palacios: manejaba además con admirable destreza mil resortes que en los hombres débiles dan acceso al corazón i a la voluntad. Mui en breve insinuóse en el espíritu del director como un amigo tímido i consagrado, hizo valer despues su gratitud como una deuda que le era preciso pagar con sus servicios, i al fin penetró tan adentro en los deseos, en los secretos, en las necesidades mismas de su padrino, que en realidad hizo que su compañía, su laboriosidad i su consejo fuesen para aquel una especie de necesidad vital de su política.

I a la verdad que Rodríguez tenia cualidades admirables para consumar apuella usurpación, en que su astucia iba a inundar el corazón de aquel hombre benigno i candoroso, para secar en él la fuente mas pura de sus jenerosas aspiraciónes, a la manera de la yedra que arrimada al árbol lozano le disputa su savia i lo marchita. Rodríguez era un hombre notabilísimo bajo muchos respectos. Sagaz, pronto en concebir, laboriosísimo, de una espedición admirable en toda materia, adivinando lo que no sabía e improvisando lo que adivinaba, fecundísimo en recursos, mañoso i flexible en toda dificultad, capaz de los mayores atrevimientos a la sordina, ájil para levantarse en las caidas, profundo en el disimulo, era una especie de cosmopolita que, por su múltiple organización, debia hacerse un lugar suyo en cada una de las anchas cavidades que en el espíritu del jeneral O'Higgins, crédulo, accesible i jeneroso, habia dejado la naturaleza i la educación. Rodríguez se apoderó, con una celeridad asombrosa de todos esos flacos del hombre que no habia nacido sino para los campos en que la patria cifraba su gloria i para el techo de las dichas domésticas; i una vez dueño de él, lo suplantó casi en el poder, haciéndose de su sana i mansa voluntad una arma de ataque, o mas bien, una esponja de absorción que manejó con funesta actividad. El sabueso del redil se alzó contra el inofensivo pastor, i entonces Chile no fué para

astuto advenedizo sino un inmenso rebaño que trasquiló a sus anchas, a la par con los suyos, poniendo en el despojo un voracísimo afán.

Mil veces valiera mas al director de Chile en aquella hora malhadada en que firmó la elevación de su privado perder su puesto i la vida, antes que consentir tan ominoso predominio; pero quiso su fatalidad que no sospechase el abismo en que habia caido, i al contrario parecióle que en la oscuridad de la ciencia política en que era novel i por naturaleza adverso, que aquel hombre recién aparecido sería una lumbrera en su arduo camino. Fatal error!

Rodríguez Aldea no era, a pesar de todo, un político ni menos un hombre de Estado capaz de haber dado honra a un país o acertado consejo a un mandatario. No tenia ciencia ni los altos talentos que exije la dirección de los negocios de los pueblos. Su profundidad era el embrollo, su seducción la falacia, su saber la chicana, sus medios favoritos el disimulo i la astucia. Era la esencia, el tipo de todo lo que en la bastardeada ciencia forense habia de mas rebuscado, la maña, el sofisma, la impostura. Decíase de él que en los estrados de los tribunales se le habia prohibido citar códigos i autores, porque cuando no tenia a mano un argumento, ocurria al repertorio de su inagotable fraseolojía e improvisaba una lei como una mentira o levantaba un testimonio al mas

circunspecto de los tratadistas con una formalidad que abismaba; i en cuanto a su moralidad profesional, referíase de voz vulgar que cuando daba consejos a un cliente que por primera vez le consultaba, le decia sin rebozo, señalándole los estantes de su estudio: «En este lado están todas las leyes por las que usted ganará su pleito, i en el opuesto todas aquellas por las que deberá perderlo», lo que, fuera cierto o no lo fuera, pareció tan injenioso i característico, que ha quedado como un proverbio en todas las escribanías i bufetes de Santiago, donde todavía el *chillanejo Rodríguez* es la primera eminencia del foro.

Tenia el nuevo ministro mirada de lince, ostentaba el disimulo del zorro i sabia llorar a veces con los sollozos del cocodrilo. Tenia la audacia del descaro, mas no la del corazón, menos la de la conciencia. No albergaba ninguna pasión grande i avasalladora, pero hervian en su pecho todos los sentimientos mediocres, tanto en la suma de las virtudes como en los defectos. Su fecundidad era estraordinaria, pero solo nacian plantas raquíticas de aquel espíritu sin alientos i de aquella alma hecha dobleces. Nadie como él para escribir una carta de dos pájinas, para improvisar un brindis, para dictar un alegato; pero en toda obra que requeria pujanza i ardor, se arrastraba con tardos aletazos, i en este jénero su *Satisfacción pública*, único opúsculo que de él se conoce, i del que

via intensamente envanecido, es solo un centenar de pájinas llenas de pesadez, de mal gusto, atestadas de citas, mal traidas i henchidas de falsías i de humillaciones. Habria sido el mejor secretario de un grande hombre i el peor mentor de una mediocridad política. Su talento era múltiple, pero en todo subalterno. De cada cosa sabia un poco i por lo mismo no tenia ningún plan vasto, ni era capaz de concebir ninguna empresa enérjica i unida. En una palabra, era uno de esos hombres que puesto bajo la alta i severa disciplina de un jenio superior, pueden hacerse de mil maneras útiles; pero que asumiendo por sí mismos un puesto arduo i difícil, representan en la sociedad una plaga i en la política la impotencia i el escándalo.

I, ¡cosa singular! miéntras la política de Chile era sometida a aquella bastarda presión, en el pais vecino San Martin, cual si atacado del mismo vértigo, entregaba a Monteagudo la omnipotencia de la administración interna, labrándose como O'Higgins la ruina que no tardó en envolverlos, casi a la misma hora, echando sobre sus nombres el polvo de tantos escombros, que hoi mismo la posteridad les acusa, aunque parezca convencida de que su crimen fué solo un error.

Pero no obstante la identidad de desenlance i de causas primordiales, cuánta diferencia en los instrumentos del mal! Monteagudo comenzaba su tarea disfrazado con el manto de Bruto, represen-

tando dentro de cada pueblo i en lo mas escondido de cada hogar, la trajedia de la venganza i del esterminio de una raza; i Rodríguez, en Chile, vestido de arlequín, jugaba el carnaval de la política, ocupado solo de su lucro i del de sus cofrades del ajio. El alma del uno estaba formada del acero de que se forjan los puñales; i el corazón del otro parecia tejido con el flexible cáñamo que crece en las llanuras i sirve para todos los usos de la vida desde el lavadero a la horca..... Monteagudo era la pantera de la América cebada en los estragos i osando siempre entre cadáveres, pero Rodríguez fué el gato doméstico que gruñe en las recámaras, que araña a todos los que pasan, desfigurándolos sin matarlos, i vive en el fondo de las despensas para mejor roer las viandas privilijiadas del armario.

I con todo, i aunque Rodríguez ponia solo los mezquinos propósitos de su interés privado en el alto rol político que fué llamado a desempeñar, él no solo hizo inmensos males de actualidad a su patria, sino que le legó la herencia maldita de sus discípulos i de sus imitadores. Él fué el primer fundador de la política según el ardid i no según la *moral*, que hasta hoi cunde en sus estragos, habiendo hecho ya un hábito i una convicción el que la política se rija, no por el patriotismo sino por la personalidad, no por el deber sino por la ambición, no por los pueblos sino por los c[illegible]

datos, no por el sufrajio de las mayorías sino por las intrigas de círculos; él fué el primero en llevar la abogacía a la administración, de que se hizo jefe organizándola como una inmensa escribanía a que solo tenian acceso los litigantes o pretendientes que pasaban por la puerta de su *estudio* tirando a sus cajones el precio de la *iguala*; i desde él, por fin, data esa profunda degradación moral del ánimo de los chilenos, respecto de la cosa pública, que hoi ha llegado hasta denominarse el amor de la patria como una insensatez, inventándose para remplazar el antiguo i grande espíritu que incendió el corazón de nuestros mayores, una especie de proverbio que reasume todas las aspiraciones i derechos del ciudadano en esta sola palabra. *¡No meterse en política!* Frase miserable, a nuestro entender, que no significa sino negocio i miedo, porque no hai madre, no hai amigo, no hai casi ya un solo chileno que no la diga como un precepto nacional, a aquellos que tienen en su alma nn foco inestinguible de amor a su patria i el anhelo de las virtudes públicas entre sus conciudadanos.

Pero si aquella era la empresa i el movil del doctor Rodríguez Aldea, ¿cómo fué que don Bernardo O'Higgins, en quien palpitó tan lleno de brios el corazón chileno, que antes fuera todo de la patria, i que subió al poder tan ardoroso por el bien i la gloria, como fué que hizo a aquel no solo

su ministro sino su consejero íntimo, su director absoluto i hasta el privado de todas sus afecciones? Un hombre cuya sagacidad fué igual a su bravura i cuyas rectas ideas de gobierno podian solo equipararse con la inmoralidad a que le arrastraba la pasión opuesta del amor al oro, nos ha dejado una esplicación auténtica de ;aquella anomalía, porque él la sondeó con su mirada fria i escrutadora i la palpó con sus manos propias haciéndose cargo de las crisis en que él mismo se viera envuelto. I este censor oportuno i certero es aquel Lord Cochrane que desde el puente de sus buques sabía mas de la administración Rodríguez, esencialmente contrabandista, que todos los políticos i corifeos de la capital. «Superior a toda bajeza, nos dice él en el parangón que hace del director i sus ministros en las *Memorias* que acaba de de publicar, juzgaba a los demás por su propio corazón. Aunque persuadido, como Burke, de que lo que «es malo en la moral también lo es en la política» convenia, sin embargo, en que una política tortuosa era un mal indispensable de los gobiernos, i como un sistema de esta naturaleza repugnara a su propio carácter, preferia el entregrar su administración *(to surrender his administration)* a aquellos que no tuvieran igual delicadeza de conciencia».

Tal era don José Antonio Rodríguez juzgado por el criterio rudo pero convencido del escritor

que busca en los secretos de la historia la esplicación de los dolores i de las vergüenzas impuestas a su patria; i como aquella figura es la única i ella casi ocupa todo el cuadro de la época que trazamos, fuerza ha sido arrancarle la costra de lodo que las jeneraciones han ido tirando a su nombre, para verlo de relieve i presentarlo al juicio público en toda su desnudez.

III.

Dueño ya en gran parte del ánimo del director por las artimañas de su injenio, tan insinuante como travieso, don José Antonio Rodríguez compró un puesto público al lado de su protector con la moneda de Judas, delatando una conspiración que él ayudó a fraguar, para perder, con imperdonable villanía, a sus incautos amigos; i el jeneral O'Higgins al retribuir tan negra felonía con su confianza suprema, no hizo sino probar o que flaqueaba su ánimo, mal templado para una elevación tan desmesurada como la que habia alcanzado en su carrera, o que la venda que la diestra i furtiva mano de su consejero le habia echado a los ojos era tan espesa, que ya no era dueño de distinguir lo justo de lo dañado, para acordar sus recompensas.

IV.

Exaltado por tan triste resorte el ex-fiscal de Marcó, se encontró como de un brinco no solo en el despacho de hacienda, el mas importantes entonces como hemos dicho, sino en el retrete privado del jeneral O'Higgins, pues no habia medida que por él no le fuera aconsejada, inspiración que él no hubiera encendido, siendo, ¡oh mengua! las proscripciones de los mas jenerosos hijos de Chile i la dilapidación de sus frutos mas necesarios a la naciente vida de la república, lo que él de preferencia aconsejaba i hacia ejecutar......

Así, el nuevo ministro en menos de un año habia convertido la prosperidad naciente de Chile en un inmenso campo de ajio i de derroche. Comenzóse por contrabandos hechos en Valparaíso con complicidad, tolerada a toda luz, de sus mas altos empleados, i siguióse después el arbitrio de comprar los artículos o valores que necesitaba el Estado por *el duplo de sus precios regulares;* ocurríase al mismo tiempo al monopolio con pretesto de *contratos* para hacer provisiones necesarias al ejército, a la marina i otros ramos, vendiéndose la preferencia a los licitadores en vil almoneda con fraudes i sobornos, i por último, cuando ya estaba apurado todo escándalo, autorizóse un empréstito innecesario i contra el que el mismo Rodríguez

llegó a protestar mas tarde, cuando sus tejos de oro no entrarian en las arcas, cuyas llaves le habia quitado la justicia popular.....

Tristes, mui tristes pájinas llenaríamos aquí si hubiéramos de recurrir a pruebas minuciosas e irrefutables de aquel período de envilecimiento, de fraudes i de cabalas de que el doctor Rodríguez es el protagonista i el creador. Pero echemos a la sombra testimonios que si hubieran de ver la luz del mundo, serian un cartel de eterna infamia clavado en la frente de nuestra patria, inocente e irresponsable de aquella obra de rubor; i sobre este punto bástenos decir para los que tengan el melancólico empeño de comprobar las vergüenzas del pasado, que lean en la *Satisfacción pública* del doctor Rodríguez todas las acusaciones que entonces se le hicieron, i que considerando todos sus descargos como un simple alegato de abogado en un proceso cuyo cuerpo de prueba se ha estraviado, se persuadan con evidencia que estas pruebas, si hubieran de verse como las estamos viendo nosotros, contradicen cada una de las defensas del reo i le condenan para siempre delante de la posteridad. (1)

Por esto, nosotros pedimos al llegar aquí ser exonerados de entrar en el análisis político i ad-

---

(1) Esos documentos fueron leidos en el *jurado de* 1861, i a su prueba evidente se debió la completa absolucion del autor.

ministrativo de aquella tristísima época de nuestro gobierno doméstico. A la historia, sin duda, pertenece rejistrar los motivos, las acciones, las escusas, i apuntar en cada sitio la manera i la fecha en que acontecieron los sucesos, señalando a cada nombre de los que en ellos figuran una alabanza o un reproche. Pero nosotros, al llenar escrupulosamente nuestro deber de biógrafos, estamos autorizados para prescindir de todos esos detalles jenerales, no solo porque no incumben a trabajos de esta naturaleza, sino porque en el presente caso la personalidad del hombre cuya vida contamos está enteramente eliminada, en el sentido puramente fisiolójico en que la consideramos. No encontramos, en verdad, ninguna huella de su voluntad ni de su corazón en todo este período llenado casi esclusivamente por la omnipotencia política del privado. Ni en sus cartas, ni en sus cuentas, ni en las simples esquelas de convite siquiera, aparece su individualismo, porque todo es hecho, todo es escrito, todo es cordinado por la mano de aquel hombre estraordinariamente intruso i laborioso. Pareceria una figura el decir que hasta las *plumas le tajaba* Rodríguez para que echase su rúbrica en esa época; pero nada es mas cierto que el que el ministro omnipotente supo cumplir con fidelidad las promesas que desde su rincón de perseguido habia hecho a su protector en 1817; i nada es mas cierto también, i sea esto dicho en alto

honor de Rodríguez, que en medio de la versatilidad estraordinaria de sus afecciones, tuvo una lealtad suprema que la muerte solo vino a apagar en la vejez i en el retiro, i esa lealtad, llenada a veces con abnegación imponderable, fué la deuda pagada por Rodríguez al hombre que le levantó del infortunio i se hundió con él antes que consentir en su desgracia.

V.

I sin embargo, no se piense que este profundo vacio que se deja ver en la administración del jeneral O'Higgins fuese obra de la incuria o la molicie. No, al contrario. Es aquella acaso la época mas afanosa de los siete años de su difícil gobierno; no falta labor, ni constancia, ni empeño, ni sacrificio a su vida pública; pero sí carece de voluntad propia, de dirección, de personalidad. Por esto, en el sentido de la administración interna i doméstica, aquel período casi pudiera llamarse mas bien el directorio de Rodríguez que el de don Bernardo O'Higgins.

Es verdad que en el despacho i en el retiro privado, el director, secundando a su infatigable ministro, llenaba con tesón todos sus minuciosos deberes; pero aquellas tareas vulgares no imprimian vigor a la máquina del gobierno ni dejaban frutos para el porvenir. Haciendo i deshaciendo

aranceles, reglamentos i proyectos de pura rutina, organizando planes de mil jéneros, despachando solicitudes, formando procesos, i mas de una vez escribiendo listas de ciudadanos que debian perseguirse en virtud de un denuncio o de un susto, el privado habia convertido el gabinete de su señor en una especie de taller de remiendos, del que no salia jamás ninguna obra acabada, i asi fué que de la época del doctor Rodríguez solo quedaron hondas señales de haber andado sus manos afanosas en el fondo de las arcas nacionales i en las hojas mutiladas de los libros que sirven de constancia a la inversión de los caudales públicos.

VI.

Verdad es que entonces el ministerio del interior era desempeñado por el doctor don Joaquín Echeverría, hombre que ha figurado mucho, pero del que se ha perdido de tal modo la memoria i aun el concepto, que nosotros apenas hemos alcanzado a divisar en los documentos que de él nos quedan su estraordinaria mediocridad. Todo lo administrativo i doméstico estaba completamente absorvido en la singular laboriosidad de Rodríguez, pues éste llegó a reasumir todos los ministerios en los dos ramos de la guerra i hacienda qne desempeñó a la vez i que eran los únicos en que se desarrollaba la vitalidad del país. La

dictadura hacia del ministerio del interior un simple amanuense.

VII.

Hubo en ocasiones otro despacho, i sirvióle un hombre que se presenta en esta triste complicación de nuestra historia como una figura que nos consuela i nos enorgullece, porque es la presencia del hombre de bien en medio de la turba de los esploradores, porque es el patriota sincero, convencido i abnegado al deber entre la muchedumbre de traficantes políticos, porque es, en fin, la encarnación austera i noble de nuestra revolución interrumpida o repudiada, que palpita en su frente de filósofo i en su alma fundida en un molde antiguo. Ese hombre es el ilustre jeneral Zenteno, la probidad i la convicción de la república en todas sus oscilaciones i en todos sus peligros, sin que en el logro de las prosperidades se vea jamás su mano, ni se oiga en medio de la grita de las venganzas su voz de ciudadano.

Con ese ausiliar ilustre e infatigable indemnizábase el director de las fútiles tareas de la chicana a que le tenia subyugado su ministro universal; i a la verdad no eran leves las ocupaciones que en el ramo de la marina ocurrian entonces, estando toda nuestra escuadra en servicio activo, fuera del país, i siendo Lord Cochrane su insubor-

dinado i exijente almirante. Aludiendo a estos afanes decia O'Higgins por aquella época a un amigo estas palabras: «Un trabajo incesante de papeles i asuntos me ocupa diariamente desde la seis de la mañana hasta las once de la noche, sin mas descanso que el de la mesa i siesta, lo que ha aniquilado de tal forma mi naturaleza que ya no puedo sostener carga tan insoportable».

VIII.

Un malestar inmenso i profundo aquejaba al país en consecuencia de la situación que acabamos de bosquejar; i en la que para ser breves en la relación de dias tan aciagos, citaremos aquí como capítulo de acusación un documento que se mirará con estrañeza, por lo mismo que es una prueba del hondo i universal dolor que padecia Chile al verse tan mal traido en los dedos impuros de un abogado sin conciencia.

Es una carta del gobernador de Córdova don Juan Bautista Bustos, célebre en las revueltas que ajitó en ambas riberas del Plata don José Miguel Carrera, i que ahora, dando un leal aviso a su aliado de mas allá de la cordillera, le ofrecia traer hasta la misma plaza de Santiago los laques i los chiripás de sus gauchos para sostenerle. Hé aquí esta carta i su contestación.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Córdova, mayo 31 *de* 1822.

»Aunque el amigo Robles me ha dicho de la tranquilidad de esa república i seguridad en su gobierno, sin embargo, varios pasajeros que viajan para Buenos Aires me aseguran que hai bastante descontento contra usted, no con respecto a su persona, sino por un ministro que odian (que es lo que sucede con todo aquel de quien el que manda hace confianza), i que creian que el señor Freire, que mandaba en Penco, llegase a romper por enemistad particular con el ministro, que le ocultaba o sepultaba sus servicios, i como el ministro contra quien hablan debe ser de la confianza de usted, es que se lo advierto por si acaso hai algo. Entre las principales quejas que decian los del pueblo de Chile *(Santiago)* eran de que usted i el ministro daban todos los empleos a los penquistos, desnudando a los de Chile de todo empleo, aunque fueran meritorios. Que el ministro no dejaba que hablasen con usted sino dos dias o uno en la semana, i eso horas mui limitadas para que no llegasen las quejas a usted. Que bastantes partidarios de Carrera se estaban allegando al señor Freire i que éste talvez sucediese a usted en el mando. Que habia causado un descontento je-

neral al pueblo la espatriación de un tal Eizaguirre por una señora, i una porción de cosas por este estilo, que por no ser mas molesto no se las digo, i aunque creo que lo mas sea falso, cuando lo cuentan los pasajeros, seguramente lo oyen en el pueblo. Usted que conoce a los de su país, verá si algo tiene de verdad para precaverse, i si lo contrario, para despreciarlo, que yo no hago otra cosa que cumplir con mi amistad, la que sellaria si llegase el caso hasta irme con mis tropas a esa para ayudarlo i sostenerlo.

Juan Bautista Bustos.»

CONTESTACIÓN.

Señor don Juan Bautista Bustos.

Santiago, agosto 12 *de* 1822.

Ya habia sido avisado de Buenos Aires de los rumores falsos que algunos transeuntes habian diseminado por las ciudades i pueblos de la campaña, acerca del descontento que usted me indica decian habia en Chile contra los ministros i la administración. Bastante trabajo me costó moderar al pueblo i representantes a que redujesen el señalamiento de mi futuro mando al término que designara la constitución, que será el moderado

que se acostumbra en los gobiernos representativos, pues querian prolongarlo de un modo contrario i opuesto a los principios que profeso i a los deseos de aliviarme del insoportable peso de la administración. Talvez por otros conductos llegarán a su noticia mas por estenso la satisfacción i contento jeneral de los pueblos al anunciarles mi reelección, pues esta es materia que no toca a mí el esplicarla. Los jenios inquietos i descontentos con este gobierno, que lanzados del Perú i también de aquí, han buscado asilo en Buenos Aires por creer que sus historietas sean agradables a aquel gobierno, abrigaron el pensamiento de división con el mariscal Freire i de éste con el ministro que fué el principal instrumento para que se agraciase a dicho mariscal con una famosa hacienda, en premio de sus méritos i servicios que desde la clase de teniente de milicias, desde el principio de la revolución, ha prestado siempre a mi lado, i en la forma mas ejecutiva contra los Carreras. Son mui pocos los penquistos que se encuentran aquí en los empleos públicos para que pueda formar materia de descontento, a escepción de los militares, pues habiendo sido aquella provincia su cuna, traen su orijen de la antigüedad de sus servicios i de la guerra que han soportado, i por consiguiente las leyes i las ordenanzas los llaman a los puestos que ocupan. Es tan notorio mi despacho en que oigo dos dias de la semana

hasta al mas miserable de esta ciudad, i en todos los demás dias al que me solicita o me avisa oportunamente, que por su publicidad no requiere mas esplicaciones. Después de la muerte de Carrera ha caido su partido de un modo increible; no obstante, aun existen, i es cierto que ellos prefieren para su residencia la provincia de Concepción por la distancia en que están allí de mi vista i porque el desorden consiguiente a la guerra los lisonjea mas que la marcha estable que aquí observan. La espatriación del clérigo Eizaguirre es tan justa como pública su enemistad al sistema patrio. Él ha sostenido i defiende que no hai autoridad en los gobiernos de América para ejercer el patronato. Por consiguiente, declamaba contra la validez de la provisión de canonjias i toda clase de providencias concernientes a la materia; pero no fué esta sola causa de su confinación, sino es que llamado por mí para reconvenirlo por haber insultado públicamente en el templo a una señora, después de haber supuesto una orden del gobernador del obispado para cubrir sus insultos, de cuya falsedad fué convencido, tuvo la desfachatez de decirme que yo no tenia jurisdicción alguna sobre él i que no obedecia ninguna orden mia. Entonces fué que ordené su arresto en un cuartel; pero no paró en esto su insolencia, sino que trató de alzaprimar la tropa diciéndoles que estaban descomulgados por obedecer mis mandatos i que

el gobierno también lo estaba por darlas contra sus facultades. El resultado fué que, a no ser por los oficiales, hubiera sido víctima de los soldados que insultaba, que casi lo pasan por las bayonetas; i yo por la vindicta pública tuve a bien separarlo de aquí a la provincia de Cuyo, después de haberse comprobado su criminalidad en un proceso legal. El descontento trasciende a algunos pocos godos i, como es natural, a su familia.

Bernardo O'Higgins.»

IX.

Pero no era solo por estas quejas casi fútiles i de personalidad como el país exhalaba su aflicción. El alma de Chile estaba enferma de una llaga que le roia arrancándole esos jemidos que los que están en el poder rara vez han oido porque va envuelta en ellos un reto o una maldición. Las dilapidaciones del erario que ascendieron en solo dos años a *mas de un millón de pesos* causaban al país una sensación de asco i de rubor mas que de rabia; i la tarea del verdugo habia tenido a la vez una siniestra actividad, porque ya estaba acumulada mucha sangre sobre el lodo de los latrocinios para que el hedor no subiera hasta la frente de los chilenos que vivieron en aquella edad viril, en que no era crimen acusar en la plaza pública los crímenes públicos también. Una revolución se organizaba abiertamente en toda la república.

Recordábase entonces la inmolación aleve de Manuel Rodríguez i el cobarde asesinato jurídico de los Carreras, dados en rehenes por el huérfano Chile a la ira o al miedo de un villano tiranuelo. Teníase presente que otros dos hermanos, si harto menos ilustres, no menos desgraciados, habian sido atados al patíbulo político pereciendo a la vez en pueblos distantes, como si el dividir los castigos fuera mayor escarmiento o menor crimen. Traíase a la memoria el inútil sacrificio del pobre Imas, fusilado con esa villanía de los políticos de sistema que aconsejan el terror como la lei de salud contra el derecho i la moral. Decíase que el *Campo santo* de la capital era el sitio de nocturnas matanzas, i el vulgo habia recojido los clamores de Pasquel i de Benavides, cuando el último como el tigre, que herido por el inesperto cazador se arrastra a la espesura del monte labrando un surco con su sangre, se habia salvado para ir a aparecer recobrado haciendo oir sus horribles bramidos en nuestras selvas del sur. I entonces el vulgo decia con su lójica de moralidad i de justicia indestructibles, que aquellos degüellos en masa de nuestros batallones eran una represalia mas que una matanza, mas un castigo que una celada hecha a traición. I por encima de toda esta hecatombe de los que no eran ni enemigos ni estranjeros sino héroes i soldados de un bando nacional vencido, veíase la pálida frente del que fué

glorioso e infeliz caudillo que estaba sirviendo en estraño suelo de enseña, de triunfo i regocijo a sus inmoladores.......

Por otra parte, en el rejistro de los mas bellos nombres que el pueblo habia consagrado desde temprano como una gloria o una esperanza, habíase pasado por el dedo de jueces vendidos a las pasiones, la raya de la proscripción sobre aquellos que brillaban con mas claro lustre. Manuel Jordán i Mariano Vijil, que debian hacer relucir en las batallas de Bolívar el acero templado en las fraguas de Chile, habian sido echados sobre las pestilentes costas de Chocó como en una sepultura. Don Carlos Rodríguez agonizaba en un hospital de Buenos Aires. Gandarillas, perseguido de nuevo en Chile, vagaba otra vez en la Banda Oriental. Hombres beneméritos como el patriota don Francisco Ramírez i don Santiago Luco, los dos Ureta, Miguel i Baltasar, los tres Novoas (Ramón, Manuel i José María) habian sido desterrados como Jordán i Vijil. Don Manuel Muñoz Urzúa, víctima de un denuncio ministerial, estaba confinado en Juan Fernández i el honrado coronel Portus en el presidio de Valdivia. El noble i magnánimo compañero de Carrera, el ilustre José María Benavente, el amigo de juventud que habia dividido sus primeras glorias con el director, viajando ahora de sótano en sótano, con los piés llenos de grillos, no tenia aun seguros sus dias, respetados por

tantos combates de prodijioso heroismo; i mientras la octojenaria madre política de Carrera era encerrada en un convento de Mendoza, i la viuda del gran montonero, llevando a cuestas cinco chicuelos, jemia abandonada sin asilo ni amparo, todavia, no saciado tanto encono con dolores tan intensos, iban a buscar al padre que habia visto desplomarse sobre sus canas su techo confiscado, sin hijos ya, i sin los huérfanos, hijos de aquellos mártires, i enfermo para morir, i le presentaban, ¡oh baldón! el recibo del verdugo que habia atado los brazos de sus deudos sobre el banquillo de los asesinos!

X.

Pero acusaciones de otro jénero i harto mas graves causaban una inquietud profunda en el ánimo de los chilenos. Por el mes de enero de 1822 habíase visto llegar a Santiago, de tránsito para Europa, al diplomático García del Rio i se abrigaba la sospecha de que San Martín le enviaba al Viejo Mundo para traer una astilla de sus podridos tronos a fin de injertarla en la rica savia de la América; i en verdad que tal era el fin de aquella triste misión que se ha llamado por algunos un crimen americano i que nosotros reconocemos solo como un inmenso absurdo porque fueron reos de su iniciativa los mas leales entre los re-

dentores de nuestro suelo. Belgrano, San Martín i Rivadavia.

Repetíase, pues, con énfasis en este lado de los Andes el anatema que don José Miguel Carrera lanzaba a la sazón por las Pampas, donde, seguido de sus selváticas huestes, parecia el torbellino de un huracán, contra el triunvirato de «San Martín, Pueyrredón i O'Higgins», a quienes acusaba de haber sido los inmoladores de sus hermanos para «asegurarse un trono del otro lado de los Andes.» I aun decíase en el profundo despecho que ajitaba todos los espíritus, que la misión del obispo Cienfuegos a Roma, decretada a fines de 1821, tenia por objeto traer al director de Chile el aceite de los unjidos de la tiara, por aquel *derecho divino*, que constituyen las talegas o las bayonetas de los usurpadores de la tierra.

Mas en esta parte la grande i noble memoria del jeneral O'Higgins, lejítimo fundador de nuestra república, no solo porque fuera su campeón sino porque era su sectario de alma i de conciencia, está limpia de aquella humillación en que sus mas ilustres contemporáneos cayeron en mala hora.

La prueba irrefutable de esta verdad será, entretanto, materia del capítulo siguiente que destinaremos a la discusión de esta gravísima cuestión histórica, en que tan bello rol desempeña Chile.

CAPITULO XIII

Planes para establecer monarquías en la América del sur.—El gobierno de Chile se abstiene de tomar parte en aquella maquinación i revoca su primera i única condescendencia.—Misión Irisarri.—O'Higgins se pronuncia abiertamente por la república, como sistema de gobierno.—Cartas a don Gaspar Marín i al jeneral peruano Rivadeneira sobre aquel particular.—El protector del Perú le invita a una liga monárquica i envia con este objeto a Chile, Buenos Aires i Europa dos comisionados.—Opinión sobre este acto político de San Martín.—Instrucciones secretas que dá a sus ministros para solicitar el envío de un príncipe europeo, según los orijinales conservados en el archivo secreto del congreso del Perú.—El gobierno chileno rechaza los planes de San Martín.—Avisos que el director da a Irisarri en oposición a la misión de García del Rio.—Proyecto de establecer una monarquía en el Plata, según avisos de Irisarri i la prensa de Londres.—Un mordisco diplomático de aquel ministro.—Estenso crédito de acendrado republicano que adquiere el jeneral O'Higgins.—Sinceridad i firmeza de las opiniones monárquicas de San Martín.—El sentimiento republicano estaba encarnado en la nación chilena.—Fogosa carta del obispo Cienfuegos sobre los proyectos de monarquizar a Chile, en oposición al ministro Zañartu.

I.

No es este lugar a propósito para tratar de lleno la cuestión de la monarquía hispano-americana en su triple faz política, histórica i social; pero sí cúmplenos probar al Nuevo Mundo que en el con·
'io de aquel lamentable error, Chile, al menos,

por dicha, estuvo exento i puro; que el ánimo de sus caudillos i de sus hombres de Estados jamás se abatió hasta la desconfianza i la abjuración de la doctrina en cuya virtud habíamos aparecido como pueblos, i que en nuestro pasado no hai la responsabilidad de aquella maquinación de los espíritus sin fe, ni el baldón de aquella mendicidad oficial que anduvo arrastrando por los salones de los palacios europeos nuestras jóvenes banderas para halagar la vanidad de algún reyezuelo pordiosero que por caridad viniese a darnos instituciones i vida de pueblos.

Solo un pensamiento hubo en mala hora entre nosotros dirijido a aquel bastardo propósito, pero nuestra fortuna quiso que no pasase de pensamiento, i que no quedase otra constancia de aquella flaqueza que la revocación que de ella se hizo, casi al mismo tiempo que se intentó el iniciarla.

II.

En el mes de diciembre de 1818, en efecto, cuando Chile ostentaba su revolución, no solo triunfante por la victoria de Maipo, sino casi invencible por el pensamiento del convoi de Cádiz (Cantabria), salia para Europa nuestro primer ministro acreditado en forma: era este don Antonio José Irisarri, hombre funestamente célebre en todos los paises de América, sin escepción alguna,

desde Buenos Aires a Caracas, desde Santiago de Chile a Santiago de Guatemala, su patria.

Entre sus instrucciones diplomáticas habíasele confiado de una maneral informal i apresurada la indicación de un plan de monarquía americana, o por lo menos, de vasallaje europeo bajo la forma de una protección contra las pretensiones de la España, en el caso que ésta llegara a obtener de nuevo la preponderancia que la suerte de las armas le habia hecho perder en las colonias.

Ignoramos i se ignorará siempre los detalles de aquella mezquina intriga, porque, lo hemos ya dicho, todo ese plan se hizo desaparecer como si ya fuera un remordimiento antes de llevarse a cabo, quemándose todos los documentos que a ella hacian relación.

Irisarri, en consecuencia, habia salido de Santiago, en su marcha a Europa por la via de Buenos Aires, el 12 de diciembre de 1818, el 22 se encontraba en Mendoza, i el 30 del mismo mes en la aldea de San Luis. Pero atemorizado el cauteloso ministro por las montoneras que interceptaban la ruta, resolvióse a devolver a Chile desde aquí todas sus instrucciones reservadas, entre las que se encontraban la del plan monárquico o feudatario.

I apenas volvieron aquellas credenciales a manos del gobierno directorial, éste, cual si pareciera incorporarse repentinamente de un aturdimiento incomprensible, ordenó que se destruyesen

todos aquellos documentos que comprometian el nombre i el destino de la República, quemándose en presencia del director por un miembro del senado.

En consecuencia, el ministro Irisarri encontróse en Londres sin ninguna clase de autorización para iniciar su predilecta tarea reaccionaria, al punto que dos años después de haber partido de Chile escribia casi con enfado al director supremo lo que sigue:

«Londres, 25 de noviembre de 1820.—Mi estimado amigo: escribo a usted solo, porque solo usted me ha escrito; i no puedo decir mas sino que espero saber cuáles son los principios por los cuales debe ser rejido ese Estado para proponer finalmente el reconocimiento de la independencia de Chile. Ahora es escusado tratar de eso, porque nadie sabe lo que ha de reconocer, si es una república democrática, aristocrática, o una monarquía, o *un gobierno sin principios*. Mientras no se hayan sentado las bases, es imposible conseguir reconocimiento alguno, mientras a mí no me pongan en posesión de todas las noticias necesarias para poder formar una opinión de lo que Chile debe ser al fin, ni aun estaré en estado de preparar el terreno. Es necesario franqueza i no contentarse con dejar que las cosas rueden por sí mismas, porque esto es perder tiempo i hacer que todos nos muramos sin ver el fin de estos negocios.

»Mis espresiones a esas señoras de todo mi aprecio, i usted mande a su afectísimo amigo Q. S. M. B.—*Antonio José de Irisarri*».

Pero el gobierno chileno estaba, por su parte, tan ajeno aun a la idea de hacer de nuestra gloriosa revolución una especie de enfiteusis de la Santa Alianza, dueña en aquellos tiempos, cuando Napoleón era su cautivo, del imperio del mundo, que sin hacer casi memoria de la misión de Irisarri, no daba contestación alguna a aquellas de sus notas en que hablaba de monarquía; i al contrario, el director i sus consejeros ocupábanse solo de echar las bases de aquella moderada democracia para cuyo advenimiento tranquilo i progresivo todo estaba preparado en Chile, la Esparta entonces de la América. Así es que el supremo director, aquel joven discípulo de Miranda que habia jurado, anegado en sus lágrimas, la redención de su patria, no solo del vasallaje estranjero sino del servilismo de los cetros, era entonces el mas noble i el mas enérjico obrero de la república, alcanzando por este solo título mas alta gratitud de la posteridad, que por todas sus victorias de soldado.

Hé aquí, en efecto, como el director O'Higgins se espresaba pocos meses después de llegar a sus manos la carta de Irisarri que acabamos de trascribir, abriendo su pecho de amigo a un chileno digno de la mas elevada nombradía por sus

virtudes públicas, i que fué el Arístides de nuestra revolución, como O'Higgins pudo llamarse su Temístocles. Era aquel confidente del supremo mandatario el doctor don Gaspar Marín, alma pura i antigua, embebida en todas las teorías i en todos los ejemplos de ríjida moral i de libertad democrática que brillaron en los mejores tiempos de Roma i de la Grecia, donde los fundadores de nuestra patria bebieron mas de una vez, no solo sus doctrinas, sino los modelos de su vida pública. A él, pues, al triunviro de 1811 hablaba ahora su colega de aquella época, después de diez años de lucha i organización, con estas palabras dignas de esculpirse en letras de oro sobre la portada de cada uno de los códigos de nuestra patria.

«Vamos a entrar en un nuevo período consagrado a la estabilidad i a la política. Si Chile ha de ser república como lo exijen nuestros juramentos i el voto de la naturaleza, indicado en la configuración i riqueza que lo distingue: si nuestros sacrificios no han tenido un objeto insignificante; si los creadores de la revolución se propusieron hacer libre i feliz a su suelo, i esto solo se logra bajo un gobierno republicano i no por la variación de dinastías distintas, preciso es que huyamos de aquellos frios calculadores que apetecen el monarquismo. ¡Cuán difícil es, mi amigo, desarraigar hábitos envejecidos! Los hombres ilustrados como usted, de razón i juicio privilijiados, son

los únicos que pueden convencer i persuadir. Ojalá usted dedicara algunos ratos a este importante objeto. ¡Qué de bellezas i reflexiones no ocurririan a usted sobre la forma de gobierno mas conveniente a Chile, para que así se precava del monarquismo europeo con que se ha pensado dividir la herencia!»

III.

I ¡cosa digna de notarse! mientras el director de Chile manifestaba de un modo tan esplícito i terminante su adhesión a la república, su amigo i su antiguo inspirador, ahora su sincero aliado, el protector del Perú, le escribia por los mismos dias, (30 de noviembre de 1821) invitándole a que le prestase su cooperación en la creación, o mas bien, en el trásplantamiento de una monarquía europeo-americana, pues no solo se creia por aquellos hombres mal avisados que la América no podia ser nada por sí sola, sino que era preciso trasplantar de Europa aquellos elementos de gobierno, ya podridos, que la santa i desastrosa guerra de la independencia habia echado fuera de nuestro suelo i de nuestras instituciones: los reyes europeos i sus códigos de envilecimiento.

Pero San Martín, lo hemos dicho, no fué en su decenio americano ni hombre, ni político, ni soldado: fué solo un plan, una misión. No tenia el

sello de ningún individualismo, porque para él no habia ni caudillos, ni partidos, ni principios; la INDEPENDENCIA como *hecho* era su único propósito i no pasaba mas allá i no queria avanzar fuera de ese terreno, i en verdad así lo hizo acaso porque conoció que su primer paso a la otra parte de aquella raya estaba fuera de su destino. Criollo, hizo la guerra por la América criolla i la dejó libre. Cumplió su misión de raza, i su corazón americano se creyó satisfecho. Pero cuando penso en la lei, en la idea, en la organización, encontróse a oscuras i en paises que en realidad le eran absolutamente desconocidos. Europeo por educación, por hábitos, por su carrera, acaso por predilección social, lo era mas que todo como político. Desde que en Cádiz habia visto la atroz inmolación del jeneral Solano, de quien era ayudante, perpetrada por un pueblo enfurecido, tenia una aversión profunda i casi nerviosa por las asambleas de la plebe o por los gobiernos que nacian o se apoyaban en las muchedumbres. El protector del Perú era, pues, esencialmente monarquista, i sin fijarse en los mil accidentes que contrariaban abiertamente aquel sistema de gobierno en nuestra América meridional, acaso mas que en la del norte. I esto porque la república no era en los criollos del sur solo un convencimiento:—era una pasión, i era mas todavia, era una necesidad.

Estando, por tanto, fuera de su órbita lejítima,

enfermo además de sus achaques habituales, abatido por las dificultades de la creación omnímoda a que tenia que entregarse en el Perú desde que habia ocupado su capital, i sintiendo ya el vacío de una carrera que la conciencia i el espíritu estaban dando por cumplida, San Martin escribió a O'Higgins el melancólico párrafo que sigue desde su retiro de la Magdalena:

«Al fin (i por si acaso o bien dejo de existir o dejar este empleo) he resuelto mandar a García del Rio i Paroissien a negociar no solo el reconocimiento de la independencia de este país, sino dejar puestas las bases del gobierno futuro que debe rejir: esos sujetos marcharán a Inglaterra, i desde allí, segun el aspecto que tomen los negocios, procederán a la península; a su paso por esa instruirán a usted verbalmente de mis deseos; si ellos convienen con los de usted i los intereses de Chile, podian ir dos diputados por ese Estado, que unidos con los de éste, harían mucho mayor peso en la balanza política, e influirían mucho mas en la felicidad futura de ambos Estados: estoi persuadido de que mis miras serán de la aprobación de usted, convencido de la *imposibilidad de erijir estos países en repúblicas:* al fin yo no deseo otra cosa que el establecimiento del gobierno que se forme sea análogo a las circunstancias del dia, evitando por este medio los horrores de la anarquía.»

I sin dar lugar a la tardanza en un asunto que exijia tanta reserva como actividad, un mes mas tarde despachaba a Chile dos comisionados provistos de las instrucciones secretas que vamos a entregar por primera vez a la publicidad de América, como una triste prueba de la decadencia natural en sí misma a que llegaban ciertos roles ya jugados en la escena revolucionaria.

IV.

Estas credenciales han sido copiadas escrupulosamente del documento que existe en el archivo secreto del congreso del Perú, en Lima, i están cotejadas con la clave secreta de que se reproducen. Dicen asi:

«Estando reunidos en la sala de sesiones del Consejo de Estado los consejeros Ilustrísimo Honorable señor don Juan Garcia del Rio, Ministro de Estado i relaciones esteriores, fundador de la orden del Sol, ilustrísimo i honorable señor coronel don Bernardo Monteagudo, ministro de Estado en el departamento de guerra i marina, fundador de la orden del Sol, ilustrísimo honorable señor doctor don Hipólito Unánue, ministro de Estado en el departamento de hacienda, i fundador de la ordel Sol, el señor don Francisco Javier Moreno i Escandón, presidente de la alta cámara de justicia, el ilustrísimo i honorable señor gran mar·

cal, conde del valle de Oselle, marqués de Monte-Mira, fundador de la orden del Sol; el señor dean doctor don Francisco Javier de Echagüe, gobernador del arzobispado i asociado a la orden del Sol; el honorable señor jeneral de división marqués de Torre Tagle, fundador de la orden del Sol, inspector jeneral de los cuerpos cívicos i comandante jeneral de la lejión peruana de la guardia; i los señores condes de la Vega del Ren, i de Torre Velarde, asociados a la orden del Sol; bajo la presidencia del escelentísimo señor protector del Perú, acordaron estender en el acta que las bases de las negociaciones que entablen cerca de los altos poderes de Europa los enviados ilustrísimo i honorable señor don Juan García del Rio, fundador de la orden del Sol i consejero de Estado, i el honorable señor coronel don Diego Paroissien, fundador de la orden del Sol i oficial de la lejión de Mérito de Chile, sean las siguientes:

»1.° Para conservar el orden interior del Perú, i a fin de que este Estado adquiera la respetabilidad esterior de que es susceptible, conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia i la alianza o protección de una de las potencias de las de primer orden en Europa, i es de consiguiente indispensable. La Gran Bretaña, por su poder marítimo, su crédito i vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones, i la Rusia por su importan-

cia política i poderio, se presentan bajo un carácter mas atractivo que todas las demás: están de consiguiente autorizados los comisionados para esplorar como corresponde, i aceptar que el príncipe de Saxe Cobourgo, o en su defecto, uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse emperador del Perú. En este último caso darán la preferencia al duque de Saxe, (Sajonia) con la precisa condición que el nuevo jefe de esta monarquía limitada, abrace la relijión católica, debiendo aceptar i jurar al tiempo de su recibimiento la constitución que le diesen los representantes de la nación; permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de trescientos hombres. Si lo anterior no tuviese efecto, podrá aceptarse algunas de las ramas colaterales de Alemania, con tal que esta estuviera sostenida por el gobierno británico, o uno de los príncipes de la casa de Austria con las mismas condiciones i requisitos.

»2.° En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se dirijirán al emperador de la Rusia como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra. Para entonces están autorizados los enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía, o algun otro a quien el emperador asegure su protección.

»3.° En defecto de un príncipe de la casa de

Brunswick, Austria, i Rusia, aceptarán los enviados alguno de la de Francia i Portugal; i en último recurso podrán admitir de la casa de España al duque de Luca, en un todo sujeto a las condiciones espresadas, i no podrá de ningun modo venir acompañado de la menor fuerza armada.

»4.° Quedan facultados los enviados de conceder ciertas ventajas al gobierno que mas nos proteja, i podrán proceder en grande para asegurar al Perú una fuerte protección, i para promover su felicidad.

»I para constancia la firmaron en la sala de sesiones del consejo, a veinte i cuatro de diciembre de mil ochocientos veintiun años en la heróica i esforzada ciudad de los Libres.—*José de San Martín.—El conde del Valle de Oselle.—El conde de la Vega de Ren.—Francisco Javier Moreno.—Francisco Javier de Echagüe.—El marqués de Torre Tagle.—Hipólito Unánue.—El conde de Torre Velarde.—El ministro interino de Gobierno, Bernardo Monteagudo.*»

V.

No existe entre las comunicaciones de García del Rio al gobierno del Perú una constancia cierta de cuál fué la respuesta del director de Chile a la misión secreta de que acerca de su persona fuera encargado, ni tampoco nos ha sido posible en-

contrar el borrador de la contestación privada que diera aquel a la carta del Protector en que, como dijimos, él insinua por primera vez su pensamiento. Pero es una evidencia honrosa de nuestra historia la de que tal proposición no fué en manera alguna bien recibida i mucho menos aceptada. El silencio de García del Rio en el particular (pues se ocupa ámpliamente de todos los diversos puntos de su misión al referir las conferencias que tuvo con el director) lo indicaria suficientemente; pero el que nuestro gobierno ño hubiese agregado a la comisión los dos diputados que San Martín le exijia, era una prueba irrecusable de su negativa.

Pero, a mayor abundamiento, en un documento distinto de aquella correspondencia encontramos puesta en toda su luz la política franca i repúblicana del director de Chile, después que García del Rio habia desempeñado sus encargos en Santiago; i ese documento, escrito precisamente en esos mismos dias (marzo 16 de 1822), es una carta semi-oficial al ministro de Chile en Inglaterra en que el director le hace observaciones tan contrarias a las que llevaba la comisión peruana, que en realidad eran aquellas una orden de hostilizar los proyectos que ésta pusiera en juego. Hé aquí este notable párrafo que nos descubre, no solo la constancia republicana del gobierno de Chile, sino su rechazo a cara descubierta a todo plan monárquico. Dice así:

«No sé si en mis comunicaciones privadas o en las oficiales, se ha dicho a usted que todo lo insertado en las instrucciones reservadas i que usted devolvió desde Punta de San Luis, concerniente a la forma de gobierno de que por entonces se creyó podria adoptarse, si la revolución sufriese contrastes que amenazasen ruina, tuvo a bien el senado revocarlas i comisionó al senador don Ignacio Cienfuegos para que en mi presencia se quemasen las actas i acuerdos referidos que en aquella época tuvieron a bien dictar, i quedó todo deshecho. Después acá nada, nada se ha resuelto porque dicen que no es aun tiempo de resolver en materias tan difíciles como espinosas. Por otra parte, se ignora la forma de gobierno que adopten los mejicanos, los de Colombia, los del Perú i los de las provincias del Rio de la Plata. Se cree, pues, necesario considerar i conciliar la que Chile adopte con los demás del continente americano: esta es la opinión jeneral que dista mucho *del proyecto que habia sujerido la cobardía que tanto detestan los pueblos.*»

VI.

Chile no se hizo, pues, reo de *aquella cobardía que tanto detestan los pueblos*, no renogó su causa, apostató su doctrina, no abdicó ni su poder ni iniciativa en la América, i lo que es mas bello

para su nombre, no solo se abstuvo de la universal flaqueza, sino que protestó contra ella, salvando el gran principio americano, la *igualdad* i el *derecho* que es la democracia i la república.

Cabe por ello a la memoria del jeneral O'Higgins una honra alta i eterna como su servicio, i esa deuda no solo es de Chile sino de toda la América española, cuya causa habia servido como soldado, pero que además, i en oposición a los mas grandes caudillos, de Belgrano i San Martín, Bolívar i Rivadavia entre los mas famosos, defendió su principio esencial como ciudadano i como el campeón de una idea.

VII.

Pero no era solo O'Higgins ni podia ser solo él la encarnación de esa idea salvadora; eran los pueblos los que detestaban aquella absurda reacción que puede llamarse con propiedad el infanticidio de la América recién nacida; eran sus hombres mas ilustrados e importantes; era el mismo senado conservador a quien se reconocia como una fuerza muerta en la vitalidad política de la república, i lo era aquel mismo enviado a Roma a quien el vulgo atribuia el encargo de traer un nuncio para unjir al dictador chileno; i a tal punto lo era este último que vamos a consignar en seguida una noble i bella protesta que aquel ilus-

tre chileno hizo al dejar el suelo de Chile sobre las maquinaciones secretas que en esos mismos dias se creia estaban poniendo en ejecución los emisarios de San Martín.

Hé aquí esa carta:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Valparaíso, enero* 18 *de* 1822.

»Mui señor mio, i de mi mayor aprecio: para el 21 o 22 del corriente nos haremos a la vela para Jibraltar, i desde todos los puntos que tocaremos tendré cuidado de comunicar todas las ocurrencias notables.

»Aquí he sabido con bastante sentimiento que en Lima se aspira a la formación de una monarquía constitucional compuesta de las provincias del Perú, Chile i Buenos Aires, para colocar en ella un infante de España, i que con este objeto se manda a aquella Península al ministro García con la investidura de plenipotenciario. Tiempo ha que mi corazón me anunciaba algun proyecto semejante a este; mas ahora que ya veo desplegarse estas ilejítimas i degradantes ideas, me inflamo, i mi imajinación tristemente ajitada no me permite tener reposo. ¡Ah! Señor! ¡Cómo podremos ver sin dolor que Chile, nuestra amada patria, despues de tantos sacrificios, tanta sangre derramada por su libertad; despues de tan gloriosas victorias que le

han hecho temible a sus enemigos, que le han adquirido la dominación del Pacífico i conquista del Perú; i despues de haber jurado su independencia, formado una Constitución, aunque provisional, i caminando hasta lo presente con una marcha majestuosa, que lo ha llenado de honor i crédito aun entre las naciones cultas de Europa, venga al fin a quedar en el abyecto rango de una provincia subalterna, i dominada por un príncipe enemigo nuestro, i cuya educación despótica nunca podrá conformarse con las ideas de nuestra libertad política, aunque le formen las mas sabias i liberales constituciones! Esta será una degradación vergonzosa, un perenne manantial de males incalculables, que justamente nos atraerá las execraciones de la presente i futuras jeneraciones; i una situación mas funesta i oscura que nuestra antigua esclavitud. No puede ser amante de la patria sino egoista, o enemigo de ella el que abriga en su seno semejantes sentimientos.

»Por lo que a mi toca, protesto a Vuestra Escelencia que como ciudadano de Chile i como senador me niego i negaré a semejantes aspiraciones, con las que deshonraria mi empleo i haria traición a la confianza que Vuestra Escelencia i los pueblos han hecho de mí; i por no presenciar tan lamentable catástrofe, destinaria para mi sepulcro algunos de aquellos lejanos pueblos de la Italia a donde soi enviado.

»Entre estas melancólicas ideas solo me consuela el desinteresado i heróico patriotismo de Vuestra Escelencia, sus políticas virtudes i la protesta que me hizo algúnos dias antes de mi partida de esa: *que primero permitiria lo hiciesen pedazos, que entrar en semejante proyecto*, el que según mi entender, retardaria el reconocimiento de nuestra independencia por ser contrario a los intereses de las potencias de Europa. A más de esto, la razón i la esperiencia enseñan que las negociacienes con personas desgraciadas no tienen regularmente un feliz éxito; i por esto se deberá temer con mayor razón respecto de la nación española, a la que sin duda, la Divina Providencia ha decretado humillar i abatir en justo castigo de los horrendos delitos que cometieron despojando a los inocentes americanos de sus imperios, fortunas i vidas. No nos envolvamos pues en sus desgracias; i mucho mas cuando esa misma Providencia, protejiendo visiblemente nuestra libertad, parece que quisiera trasladar a la América las antiguas glorias de aquella nación. I si llegase el caso, que no lo espero, de que poderosas circunstancias nos obligasen a dar semejante paso, lo podríamos hacer con algun virtuoso príncipe de alguna casa poderosa de Europa que sea capaz de sostener nuestra libertad contra los pretendidos derechos de la España, i sin que Chile quede subyugado a alguna otra potencia americana.

»Al fin, permítame Vuestra Escelencia me tome la satisfacción de encargarle que en estas materias tan interesantes i espinosas se cautele mucho de una u otra persona, aun del primer rango, i que en todas las épocas de nuestra revolución han manifestado el mayor patriotismo; pues la esperiencia me ha enseñado, que unos por debilidad, lijereza i falta de reflexión; otros por no ser naturales del estado; i otros por intereses particulares, se hallan preocupados en esta materia, o es fácil de que sean sorprendidos con perjuicio del bien público. Procure, pues, Vuestra Escelencia, mediante una sábia pluma periódica, formarse la opinión jeneral sobre lo que conviene a Chile en las actuales circunstancias; no permita se haga novedad alguna en materia de gobierno: gánese la voluntad de los pueblos con la justicia i beneficencia: foméntese la industria, comercio, agricultura i economía política para que sin necesidad de nuevos impuestos, i aun con estinción de algunos de los existente, convalezca i se refuerce nuestro erario: consérvese nuestra escuadra en un estado respetable a fin de sostener el señorío del Pacífico; i en medio de las convulsiones interiores que pueden ocurrir en las otras provincias de América, mantengámonos neutrales i en una sábia observación hasta que la esperiencia nos enseñe las bases sobre que debemos fijar el edificio político de una constitución permanente.

»Vuestra Escelencia tenga la bondad de dispensar estas dilatadas reflexiones, que el amor de mi patria no me permite remitirlas al silencio: i comunique en demás de su mayor agrado a su afectisimo servidor i compañero Q. B. S. M.

José Ignacio Cienfuegos.»

VIII.

Tal fué el bello i noble rol que desempeñó Chile entre las naciones americanas bajo la administración de don Bernardo O'Higgins, salvando la revolución de un contraste tan inmenso que acaso hubiese equivalido a la retrogadación absoluta al coloniaje, i aun pérdida mayor de lo que tantos años de lucha nos habia costado, pues en lugar de un amo lejano i usurpador, nos íbamos a traer otro amo raquítico vendido o prestado, pero al que, dejando de ser hombres para volver a ser otra vez rebaño, íbamos a lejitimar en la posesión de nuestra propia casa.

La república chilena, *una, indivisible i eterna* que habia enviado en aquellos años sus soldados hasta el pié del Pichincha para afianzar el *hecho* de la independencia, defendia ahora la *idea* con un esfuerzo digno de la alabanza i de la gratitud de las jeneraciones.

I el director O'Higgins, representando aquella

alta política americana con la fe del corazón i la dignidad que nuestros triunfos requerian, levantaba sobre su frente el mayor escudo con que su memoria debia protejerse contra las justas acusaciones de sus yerros i de sus flaquezas en el manejo de los negocios puramente domésticos del Estado. (1)

Vamos pues a ocuparnos de nuevo de aquella triste tarea que hemos dejado interrumpida.

---

(1) A esta justa i franca apreciación de las flaquezas del director O'Higgins formuladas (como otras) bajo su propio techo hace veinte i dos años (Montalván, 1860), tenemos hoi el dolor de agregar que recientemente hemos adquirido las pruebas fehacientes de que el director hizo todo jénero de esfuerzos para que fuese fusilado en Mendoza, junto con don José Miguel Carrera, su antiguo compañero el bravo coronel don José María Benavente, i, lo que es mucho mas grave i aun abominable, que él fué quien autorizó con su firma la bárbara cobranza que se hizo al infortunado padre de los tres Carreras de la *cuenta de los gastos de la ejecución de estos desdichados chilenos*, constituyéndose así en procurador del verdugo de Mendoza.

Hasta hoi nos habíamos resistido tenazmente a dar crédito a hecho tan afrentoso, pues lo suponíamos eco de las pasiones de partido; pero la vista del espediente orijinal nos ha convencido de nuestro jeneroso error, i el deber i la conciencia nos obligan a dejarlo aquí consignado.

En la vida de los Carreras seremos mas esplícitos i publicaremos íntegro el espediente a que nos referimos.

CAPITULO XIV

Convocatoria de la convención de 1822.—Carácter espúreo de esta asamblea.--Carta escrita por el director al intendente de Concepción sobre la manera de hacer la elección.--Elecciones de Valdivia.--Un pariente de Rodríguez, condenado a muerte por alta traición, es nombrado diputado.--Casi la totalidad de representantes se compone de allegados del ministro.--Camilo Enríquez en 1822.—Constitución de 1822.--Su carácter eminentemente forense como la carta de 1833, su jemela.—El ministro Rodríguez la enmienda i la corrije escandalosamente, según su propia confesión, después de estar sancionada.--Inmensa adulación que rodea al director.—El obispo Rodríguez es instalado en su diócesis.—Instituciones de nobleza creadas por el gobierno directorial.--Lamentable situación del país.--Descontento profundo en todas las clases.—El mariscal de campo don Ramón Freire aparece como el caudillo popular.--Juicio sobre este ilustre chileno en esa época.—Su última visita a Santiago.--Celos del ministro Rodríguez Aldea.--Guerra sorda que inicia contra Freire.—Primera queja de éste.--Carta notabilísima que escribe al director después de un corto trascurso haciéndole presente su situación.—Lealtad caballeresca de Freire i su respeto casi filial por el director.--Respuesta singular de éste a aquella nota.—Freire vuelve a escribir con dignidad detallando todas sus quejas.--Advertencias que llegan al director de todas partes sobre la situación del país, a consecuencia de la administración de Rodríguez.--El vulgo cree a éste *hechicero*.—Noble carta de Lord Cochrane aconsejando a O'Higgins.---Notables palabras del doctor Villegas sobre este particular.---Obstinada ceguedad del director.---La revolución se organiza en todo el país.

I.

Pero los hondos males internos de que el pais venia aquejado, i a los que los notables incidentes

que hemos referido en el capítulo anterior fueron una pausa mas que un remedio, iban a ponerse en evidencia por una audaz maniobra de aquella administración que impropiamente se ha llamado la *Dictadura de O'Higgins*, porque su privado la llenó toda entera con su intrusa i omnímoda influencia.

Aquella intriga fué la convocación de una *Convención* que se llamó *preparatoria*, destinada a dictar una constitución fundamental que aun faltaba a la República, medida escandalosa porque sus autores proponíanse en ella por único objeto hacer burla de la nación, obligándola a aceptar como una creación propia lo que no era sino un miserable ardid de gabinete.

II.

El jeneral O'Higgins, como hemos visto, gobernaba a Chile desde 1817 sin un solo código público i sin ninguna garantía acordada o exijida por la nación. Los reglamentos secretos de la *Lojia Lautarina* que hemos reproducido íntegramente en este libro, durante el año 17, i los estatutos provisionales promulgados el 30 de octubre de 1818 con el nombre, mas no con el carácter i la lejitimidad de una constitución, habian sido las únicas bases de la autoridad pública del directorio.

Como un resultado lójico de las circunstancia

este último código era solo la sanción de la omnipotencia que se habia arrogado el directorio. Concedíasele en su virtud nada menos que el derecho de hacer la paz o la guerra, el de vida o muerte sobre los ciudadanos, el de violar el secreto de la correspondencia epistolar, i lo que es aun mas estraño i nuevo en la ciencia constitucional, el de firmar las sentencias de los tribunales.

Mas, pasados los peligros de la guerra i comprendiendo los consejeros del director que ya comenzaba a aparecer en el país una vaga inquietud por la ausencia de toda garantia pública i de toda base popular en la organización del poder, resolvieron elejir una *Convención preparatoria* que, arrancada por asalto a la voluntad del pueblo, le diera también por asalto la constitución que se anhelaba. El privado Rodríguez dejó entonces de mano por un momento sus aranceles de aduana i se metió a lejislador.

I nunca se vió en Chile un igual desprecio por sus mas santos fueros que con aquel motivo. Finjiéndose el aparato de un gran acto nacional, hízose la elección de aquella asamblea, no diremos que en la capital ni en el palacio del directorio, sino en el *estudio* del abogado Rodríguez Aldea. Los electores fueron únicamente sus escribientes, i aquel hombre esencialmente impávido en la intriga, se puso en el lugar del pueblo chileno, usurpándole la suma de sus imprescriptibles derechos.

Causa, empero, afrenta i dolor, en esta miserable comedia, ver al digno i al patriota jeneral O'Higgins, a aquel diputado severo i concienzudo que en 1811 doblaba su rodilla con profundo acatamiento a la voluntad de sus comitentes de aldea, disfrazado ahora en impostor, i engañando a su patria por complacer a un favorito.

Hé aquí, en efecto, un documento que nos ahorra mas amargos comentarios sobre aquella funesta condescendencia que acusaba la presencia de un hondo cáncer en el pecho de aquel hombre que habia vivido hasta entonces solo para las virtudes de la abnegación i del respeto a la voluntad i a los derechos populares. Es la esquela-modelo que, con un dobléz que rayaba en el cinismo, el privado Rodríguez hizo escribir a su señor, i como está dirijida al segundo personaje que entonces jugaba en la política del país, cual era el intendente de Concepción, la reproducimos íntegra, copiada testualmente del orijinal. Dice así:

«Señor don Ramón Freire.

Santiago, mayo 7 *de* 1822.

»Mi mas apreciado amigo: Hemos acordado la reunión de una Convención preparatoria, de que instruirán a usted los documentos que incluyo de oficio. Por ellos verá usted lo útil de la obra que

vamos a emprender para hacer feliz nuestra patria dandole forma legal i respetable. Si la convención no se compone de hombres juiciosos i desprendidos de intereses particulares, seria mejor no haberse movido a esta marcha majestuosa. Usted es quien debe cooperar a llenar el voto público *haciendo que la elección recaiga* en don Santiago Fernández, sujeto digno de tal encargo, pero debe usted advertir que el nombramiento debe hacerse *en el momento que usted reciba esta*, pues de lo contrario se abre el campo a la intriga e incomodidades. Hágame usted el gusto de contestarme, hecho el *nombramiento inmediatamente por estraordinario al pié de la carta.* Como la convención es solamente preparatoria, se ha señalado un solo representante a cada una de las cabeceras de partido, a las capitales de Intendencia del mismo modo que a esta capital, para cuyo objeto he dirijido iguales documentos directamente a los espresados lugares. Deseo que la salud de usted se conserve buena. Su amigo invariable, etc., etc.—*Bernardo O'Higgins.*

CONTESTACIÓN

Señor don Bernardo O'Higgins

Concepción i mayo 14 *de* 1822.

«Mi distinguido amigo: regresa hoi mismo el

propio despachado en todo como usted desea, quedando al mismo tiempo allanadas algunas dificultades que se han ofrecido en algunos de los partidos, por no ir las comunicaciones por el conducto del jefe de la provincia, pero felizmente se ha conseguido todo a su deseo. Tengo el honor de ser de usted su verdadero amigo.

Ramón Freire.»

III.

Aquella convención, elejida de esta manera, era digna en su personal de orijen tan espureo. El escándalo i la irrisión habia sido tan desembozado, que si Rodríguez no nombró diputados a los amanuenses de su bufete, fué porque hizo algo peor llevando a la asamblea a un criminal famoso, su pariente, a quien, según él mismo confiesa, sacó del hospital para colocarlo en el santuario de la lei.

I la obra de aquellos lejisladores, cuya mayoría se componia de cómplices i clientes del privado, fué digna de su orijen i de sus autores. Como un modelo que habia de imitarse mas tarde en una edición mas refinada por la chicana, fué la constitución promulgada por la «Convención preparatoria,» trasformada por una descarada maniobra del tramoyista que dirijia farsa tan escandalosa en

Convención constituyente, zurcido político forense en que se veia estampado en cada título, en cada artículo los dedos de los rábulas. La constitución de 1822 hecha por la Convención preparatoria, como la de 1833 lo fué por el *Congreso de Plenipotenciarios* sin ningún mandato lejítimo ni popular, era un monumento amasado de iniquidad i de fórmulas forenses para ofuscar el concepto público i burlar su justa aspiración i sus derechos. Era una obra de canónigos i de abogados, de frailes i tinterillos; un transunto de los concilios i de las cancillerías, en que las partidas i los cánones estaban amalgamados con una supina hipocresía para imponer la impostura de la lei i de la libertad a la conciencia de la nación. Como en el código del segundo Egaña (que se llamó constitución de 33) los tres poderes estaban distintamente divididos en el *Código Rodríguez Aldea*, llamado constitución de 22; pero el ejecutivo los absorbia, haciéndolos en su esencia sus directas emanaciones. El insondable misterio de la Trinidad habia sido aplicado por los canonistas a la política, i el milagro de tres poderes en una sola autoridad quedaba hecho. El *ejecutivo* nombraba, en efecto, «indirectamente» al *lejislativo*, i este nombraba a su vez «directamente» al *ejecutivo*, haciendo que en realidad la elección fuera una sola, porque lo de «directa» o «indirectamente» era solo un espediente de abogacía desde que dos poderes no pue-

den elejirse entre sí. El *poder judicial*, el mas importante en un pais en que se vivia como un patriarcado de familias i de haciendas, era un feudo del ejecutivo, i en esto el abogado Rodríguez, que se habia hecho nombrar juez de una corte superior, hacia estribar el muelle real de la administración; porque un gobierno que busca su apoyo en los tribunales i juzgados, en los escribanos i los verdugos, sea los verdugos que hacen los remates o los que hacen las ejecuciones, no puede menos de echar hondas raices en aquellos paises en que la *propiedad* es todo i el *derecho* apenas pasa por una concesión hecha como de limosna, o es una esperanza de la juventud i del pueblo que vive con la cadena al pié en las cárceles o en los pontones. El director, por otra parte, duraria en sus funciones seis años, cosa que mas tarde la abogacía ha aumentado «indirectamente» a diez, eso sí que divididos en dos quinquenios constitucionales, i la constitución de 22 otorgaba por otro parte, no solo el poder evidente que la carta de 33 asigna *indirectamente* al primer funcionario del pais para elejir su sucesor, sino que le daba esta *facultad espresa* para el caso que hubiese de morir estando el congreso en receso, en cuyo evento el gobierno que reemplazaría al director tendria el nombre de *Rejencia*. Una junta llamada *Corte de Representantes* (que después se ha llamado comisión conservadora) i que

seria compuesta de cuatro de los diputados de la *Convención preparatoria constituyente* i de tres ciudadanos elejidos por la misma convención, que se convertia ahora por un nuevo embrollo en *electora* del pueblo (no siendo *elejida* por el pueblo) remplazaria al senado de cinco individuos que se habia establecido por los estatutos de 1818.

Tal fué aquel parto forense, lejítimo heredero de las audiencias coloniales, en cuyas fiscalías su autor esclusivo, el doctor Rodríguez, habia aprendido a lejislar.

IV.

El 22 de octubre de 1822 la írrita «Convención preparatoria» cerró sus sesiones i encargó a Rodríguez, que se jactaba de haber concurrido *una sola vez* a los debates, puesto que tenia harta confianza en sus criaturas, de promulgar la constitución que habia fraguado ante el país avergonzado i sorprendido.

Pero obra de tanta iniquidad no paró aquí. El privado, no reconociendo ya freno a su malicia i a su desprecio por el voto público, se llevó a su *estudio* los borrones sancionados por la convención, i ahí, con insólito descaro, mutilando i añadiendo de su propio albedrío todo lo que a él i a sus amanuenses pudo ocurrírseles sobre la nueva constitución, la dió a luz correjida i aumentada a

su sabor. Así el infeliz pueblo de Chile tenia que encorbar su frente, teñida de rubor, delante de aquella inaudita impostura, i palmotear sus manos finjiendo regocijo para encubrir su despecho.

V.

Las intrigas del ministro iban todavia, apesar de esto, mas adelante. Necesitaba para consumar su obra de absoluto predominio engañar a la vez al pueblo con postizos aparatos i al director, su *dueño*, título que le daba de continuo, halagando sus flaquezas de hombre. Así, una inmensa adulación se escuchaba en todos los ámbitos del país, mientras una nube de incienso que Rodríguez alimentaba con esquisita dilijencia ofuscaba la vista del supremo mandatario en su propio palacio. No habia prensa libre; pero Rodríguez escribia de continuo en la *Gaceta* himnos de alabanza i reverencia al señor de la tierra, i aunque guardaba el anónimo ante el público, de noche, en la tertulia de *su jefe i dueño amado* no le faltaba algún cortesano arbitrio para descubrirle quién habia sido el amable incógnito que le abhia dado los buenos dias en las columnas oficiales. Los banquetes se sucedian al mismo tiempo que los besamanos. Oíanse en esas ocasiones, bajo los artesonados del palacio, brindis i arengas que recordaban la degradación de Roma en sus últimos dias. El redactor ofic

Vera comparaba al director en una de estas solemnidades «a Julio espulsando con una mano a los enemigos de su patria i con la otra amparando la libertad i las leyes». Otras veces eran las felicitaciones de los cuerpos colejiados, de los cabildos i aun de los profesores de los colejios públicos que con el pretesto de *loas* infantiles, pronunciadas por sus alumnos, le apellidaban *Augusto!* La misma *Convención preparatoria*, arrodillándose delante del solio directorial, repetia el eco del servilismo de su asiduo inspirador; i así, éste para reinstalar en su silla al obispo Rodríguez, perpetuo pero franco conspirador realista desde 1810, hacia que los diputados se presentaran al director el dia de San Bernardo de 1822, i le pidieran la devolución de la mitra de Santiago para aquel prelado «por ser el cumple-años del director, decia la nota suplicatoria, un dia célebre de la patria»........ I todavia, en el teatro mismo, en medio de la sociedad, representábase el apoteosis del director, i al estrépito de los aplausos de los cómicos de profesión i de los cómicos políticos, oíanse aquellos cantos que la musa del ilustre Camilo Henríquez arrancaba a su lira rota ya en su peregrinación por suelos estranjeros.

«Cuando visteis, Señor, la luz primera
Para la dicha i gloria de la patria,
La tumba de Lautaro conmovióse
Dando señal de fuego i esperanzas.»

....

«¡Jénio de Arauco! O'Higgins es el héroe
O'Higgins viva, friunfe aun de la parca!
Los ecos de los Andes lo repitan
I resuene en la trompa de la fama.»

Pero aun en instituciones de una jerarquía social i política mucho mas alta, se veia impreso el sello de aquella decadencia moral del pueblo, fruto de una política bastarda.

Desde 1817 existia una orden de caballería esencialmente monárquica, con juro de heredad, tribunales especiales, sueldos i placas, cual era la *Lejión de mérito.* El director se habia dado una escolta *de la persona* cuyos soldados eran propiamente sus *guardias de corps.* Existia otro cuerpo privilejiado i numeroso con el título de la *Guardia de Honor*, i aun entre las milicias de caballería habia dos rejimientos que llevaban el título de *Lanceros de O'Higgins.* En una palabra, tan desaforada i universal se habia hecho la adulación, que cuando sobrevino el terremoto de 1822, llegó a decirse por la prensa que todas «las desgracias ocurridas eran insignificantes comparadas con la salvación de la persona del director que habia estado en riesgo inminente de ser aplastado por una muralla en Valparaíso».

Tal era la tristísima situación a que Chile habia sido reducido entre las manos del privado, el ex-fiscal de Marcó. Defraudado el erario por

candalosas especulaciones, consumada con fórmulas pomposas una insolente pifia de la lei, burlado el pueblo en su propio rostro por la usurpación de sus derechos mas privativos, ensangrentadas las familias, proscritos los mas bellos nombres, tal era el resumen de aquella política en que un favorito tan osado como pérfido habia remplazado hasta los mas pronunciados instintos del jefe de la nación.

Pero aquella mengua no era consentida por el pueblo porque fuera apadrinada por los viles. No se ha contado todavia que Chile abdicara su puesto de nación ni en presencia de las catástrofes ni menos en presencia del envilecimiento. Le habia atado las manos quitándole las armas que sirvieron en la lucha de su libertad; le habian amordazado la lengua con el monopolio oficial de la prensa, le habian atosigado el estómago con el oro de un empréstito, le habian roto el pecho a balazos, le habian arrancado sus mas bellas esperanzas proscribiendo en sus hijos la intelijencia, la virtud, el honor; i sin embargo, Chile estaba de pié i a cada golpe aleve asestado a su frente, a cada zancadilla traicionera que le echaban sus arteros esplotadores, levantábase de nuevo i volvia a ser una amenaza, porque un país no solo es un erario que puede saquearse o un palacio donde se dicen brindis de adulación, ni un apartado rete donde se firman listas de destierro, sino que

es un derecho inmortal; un país no es solo un club, una jerarquía de empleados a sueldo, ni de candidatos; es el pueblo, i el pueblo es una entidad que no recibe cohecho, porque todo es suyo; el pueblo no perece en los patíbulos porque su sangre mas pura i vivificante es aquella misma que se vierte oficialmente i cae sobre su corazón robusteciéndolo por el martirio.

VII.

Un estremecimiento sordo e inmenso ajitaba, en consecuencia, a la república, i con mas intensidad a la capital que era el foco de aquella profunda desmoralización, i donde además campeaba por sí sola una aristocracia altiva, que aunque era una oligarquía de familia, se presentaba ante la conciencia pública, siempre certera i previsora en sus juicios, como algo de menos malo que la *Oligarquía de pillos* que se habia entronizado.

Por otra parte, el jeneral O'Higgins aislado, sin vínculos de familia, hijo de una provincia que la capital miraba desde antiguo con profundos celos, pasaba a los ojos de los hombres mas notables e influyentes de Santiago como una especie de usurpador desde que el esceso de los males públicos habia sobrepujado la suma de las glorias del caudillo, única lejitimidad que hasta entonces habia poseido aquel en el gobierno.

Mas cuando vieron esas viejas glorias, la voluntad, el corazón i el honor mismo del director supremo entregado a la astucia i a la perfidia del *chillanejo Rodríguez*, ya los corifeos santiaguinos no fueron dueños de disimular que aun en aquel sentido local, el mas mezquino título que tuvo la noble revolución de 1823 entre sus grandes i lejítimas razones, la *administración chillaneja* debia caer al suelo.

Una aspiración profunda, incontenible, inmensa hácia la revolución, empujó desde entonces todos los ánimos a la revolución, pues ésta era la lei normal del país desde que toda lei i todo principio i toda moral habia desaparecido en un gobierno a todas luces escandaloso i corruptor.

Hácia mediados de 1822 la idea alcanzó toda su madurez, porque el desenfreno oficial habia subido también a su mas alta raya. Solo faltaba un caudillo que diese la voz de alarma, para que el país en masa se alzara contra sus intrusos dominadores, que eran también los dominadores del noble pero incauto caudillo, cuya voluntad habian embargado por asalto i totalmente.

VIII.

Quiso la fortuna que la causa de Chile encontrase su campeón en el hombre mas a propósito

para sacarlo con lucimiento de su arduo empeño, cual lo era el intendente de Concepción i jeneral en jefe del ejército del sur don Ramón Freire.

Era aquel caudillo, en esa época de infortunios, mas que una enseña popular, enaltecida por la gloria de aquellos hechos: era una esperanza. El mas gallardo mozo de su edad, el mas bizarro jinete, el adalid mas popular en el ejército, el mas apuesto caballero por el alma, los hechos i la hidalguía del carácter, era, empero, mas que todo esto, porque era un hombre de corazón. Vivian en él puras i santas las tradiciones de la revolución en que se habia mecido su cuna; la *Patria*, como se llamaba entonces a Chile, era su culto; no tenia consejeros ni favoritos; bravo entre los bravos, solo contaba camaradas i admiradores; dócil, modesto, desprendido hasta ser magnánimo, accesible al entusiasmo i capaz, por tanto, de levantar su espíritu hasta las grandes empresas, su nombre, su posición, su prestijio, su espada se presentaban a los ojos de la nación no solo como una simpatía popular, sino como el mejor escudo de sus libertades.

El mariscal de campo don Ramón Freire era, por otra parte, el mas fiel, el mas digno i el mas leal de los amigos del director O'Higgins; i esa lealtad no solo del patriotismo sino del hombre, sobre la que la historia ha vacilado hasta aquí en su fallo, saldrá, lo esperamos, pura i limpia d

estas pájinas mediante la autenticidad de documentos tan preciosos como desconocidos. Educado en los campos por el jeneral O'Higgins, casi como un hijo, le habia colmado aquel mas tarde de favores, dividiendo entre ambos el poder, pues le habia dado el segundo puesto del pais, como antes le consintiera repartirse i aun arrebatarle la gloria de las proezas de su común heroismo; i el coronel Freire, como soldado, como ciudadano i como mandatario, habia sido digno de aquella suprema confianza, i lo fué mas allá de su aparente ingratitud, porque sublevándose contra su protector, salvóle la honra comprometida por manejos infames, para él desconocidos. I bajo este punto de vista, que es el mas lejítimo i filosófico para comprender la revolución de 1823, puede decirse, en verdad, que el levantamiento del jeneral Freire fué en contra de la usurpadora administración Rodríguez i en pro del lejítimo director, como va a leerse mui en breve en la manifestación de sus motivos.

IX.

A últimos de 1821 ambos caudillos habíanse visto en la capital i se habian separado con la íntima i cordial efusión que latia en aquellos dos corazones que tanto se parecieron en sus virtudes, que fueron muchas, i en sus debilidades que, aunque pocas, fueron empero de índole fatal.

Solo el solapado ministro Rodríguez habia asistido con ojos de confianza a aquellas conferencias íntimas de los dos soldados que se amaban, no al través de los empleos ni del erario, sino por nobles recuerdos i las santas inspiraciones de la gloria de la patria. La astucia del privado no podia hacerle temer un rival en aquel joven de treinta años, lleno de bravura i de candor; pero el ansia de su influjo mal habido le hacia cebarse en todo aquello que no se sometia fácilmente al juego de su política o suponia rebelde a sus cabalas financieras. Los dientes del diplomático, roidos ya por los años, encontraban demasiado dura la coraza de aquel soldado despreocupado i sin ambición que a su vez sentia una repugnancia invencible por las togas. «A esta laya de jente, decia el, al mismo jeneral O'Higgins, su confidente íntimo desde la primera campaña de la revolución, le temo mas que a un militar enemigo a la cabeza de un rejimiento.»

Comprendiendo que no era posible el ganarse aquel espíritu que la juventud hacia brioso, el pérfido ministro resolvió perderle, con tardanza i maña para mejor conseguirlo. Prolongando la espantosa guerra que se hacia entonces en las fronteras contra partidas sueltas de bandidos, i negándole los recursos necesarios para sostenerla; minando su afección i su lealtad sordamente en el ánimo del director, i fomentando su descrédito

por las celadas que en la prensa le era fácil tenderle, sin temor de represalias. por el anónimo, cobarde en el hombre i mas cobarde en el que insulta con sueldo i desde lo alto; creia llegar a su fin, i es indudable que en breve tiempo lo habria conseguido, tan incansable i tan tenaz era en la intriga,

Mas, Freire, avisado sin duda, mas que por su propia penetración, por la vijilancia de los patriotas que de cerca seguian las maniobras del odiado favorito, comprendió tan aprisa las intenciones de este, que apenas habian pasado cuatro meses desde su último viaje a la capital, se creyó autorizado para descubrir al director como a su amigo privado las sospechas que de su consejero ya abrigaba, i de quien decia con el lenguaje del soldado «que se habia declarado su gallego.»

Mas sea que Freire disimulase su enfado o lo calmase el director con su amistad, vemos que sus relaciones, tanto en lo íntimo como en el servicio público, continuaban en el pié de la mayor cordialidad después de aquella primera insinuación de descontento. Hemos visto ya el celo i exactitud con que el intendente habia cumplido la orden de elejir un diputado por el pueblo que le era designado como en una cuadra de cuartel; i aun mas, encontramos que cuando estuvo ya he-⁻ᴸa la elección de la Convención, como la mayor rte del ministerio Rodríguez, a manera de con-

trabando, felicitaba aquél al director por las esperanzas que él cifraba en este cuerpo.

El mariscal Freire era un soldado, i como tal, tenia el hábito de la subordinación a su jefe; era además un leal amigo i le debia una íntima adhesión; i si era también patriota i un honrado ciudadano, tenia demasiadas pruebas de la honradez i del patriotismo del jeneral O'Higgins para desconfiar de la elevación de sus miras, pues ni sospechaba entonces siquiera el influjo bastardo i absoluto que le traia ciego.

Mas cuando instalada la *Convención preparatoria* (23 de julio de 1822) viera convertirse ésta, con una insolencia desmesurada, en cuerpo constituyente; i cuando Rodríguez apoyado ya en aquella asamblea que le pertenecia por el alma i el bolsillo, que suple a aquella en los hombres que la han perdido, apuraba sus medidas de secreta hostilidad, usando hasta el anónimo de la prensa contra el caudillo de Concepción, resolvióse este a dejar a un lado todo encojimiento i a hablar al director el idioma de los leales cuando en defensa propia acusan al aleve.

Hé aquí esta carta que la historia recojerá entre sus mejores pájinas, no solo porque está estampada en ellas con eternos caracteres el anatema de un cortesano que especuló hasta con el hambre de los chilenos, sino porque en ella palpita el alma

de un héroe que habla ahora como ciudadano i majistrado. Héla aquí íntegra i testual:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Concepción, setiembre 4 *de* 1822.

«Mi verdadero amigo i respetable señor. El cargo de este ejército i provincia que usted se ha dignado confiarme, exije de mí que le hable con la claridad que lo requieren las circunstancias en que nos hallamos; i así voi a espresarme sin rodeos, como un amigo de usted, como amante del orden, de la sinceridad i franqueza de un americano que ha abierto los ojos dedicando con verdadero interés la insuficiencia de sus conatos por la conservación de la libertad que empezamos a respirar. Sírvase usted prestarme su atención.

»Hace mucho tiempo que las providencias del ministro Rodríguez me indican abrigar en su seno una mala disposición en contra mia sin otro motivo, por mi parte, que haber cooperado con mis buenos oficios a darle el concepto que dió principio a su elevación, i que por consideraciones a él no hice ejecutar públicamente al infame Aldea, que hoi con asombro de todos lo vemos en la Convención preparatoria representando un pueblo que no existe i una sociedad imajinaria. Si de algún crimen me acusa la conciencia, es haber perdona-

do al incendiario de los Anjeles para que hoi su pariente en compensación conspire contra mi honor. Por grados se va aumentando esta sospecha, i hoi la veo confirmada a las claras con el último decreto librado para pasar los trigos de esta a aquella provincia i el injurioso rasgo inserto en su *Cosmopolita*, tratando de *absurda política* la medida que tomé para preservar al pueblo que tengo a mi cargo de los horrorosos estragos del hambre que esperimentó en el año próximo pasado, como es público i notorio, hasta el estremo de ahorcarse de exasperada necesidad los padres de familia que veian perecer a sus hijos pidiéndoles el pan de que carecian para alimentarse. Hubo madre que teniendo su infante a los pechos, los tomaba sin fruto porque careciendo de alimento la nutriz, no podia tributarlo al inocente ser que se habia animado en sus entrañas, i contrastando el amor con el dolor, produjeron la exasperación que dió por resultado el bárbaro espediente de tomarlo de los piés i estrellarle contra una piedra. La multiplicidad de tantos actos lastimosos i tan recientes, ¿qué fruto se debia esperar produjese en el presente año que no es menos estéril? I a la vista de los males palpables que amagaban, ¿qué debia practicar el intendente de esta provincia sin recursos, i el jeneral del ejército con tropas desnudas, sin sueldos, ni acopios de víveres? ¿Debia usar de la *fina política* de dejar a toda la provincia i ejército

que pereciesen de hambre por enriquecer a cuatro monopolistas que lleven el trigo fuera de la provicia? O al contrario, ¿seria mas acertado dejar estos usureros con una moderada ganancia, usando de la *absurda política* de dejar a la provincia i al ejército el recurso de su alimento para el año i proporcionar a los infelices (que es la parte máxima) la comodidad de poder comprar por un precio mediocre, como lo practiqué? Quien piensa de otro modo no puede menos que ser *encubierto conspirador de la libertad de la República.* Esta medida me la dictó el práctico conocimiento que de todo tengo, i la responsabilidad en que usted me ha constituido al confiarme los cargos que obtengo. Esta medida es la que he juzgado mas oportuna, eficaz i equitativá para precaver las calamidades que se presentaron i presentan inevitables i para resguardar mi responsabilidad ante la nación, a quien estoi pronto a dar cuenta de mis operaciones. No temo entrar al crisol para que se examine mi comportación. Se que mi intención i manejo ha sido tan puro, como mi dedicación eficaz e infatigable para servir a la patria desde que sonó el primer cañón en nuestro suelo para libertarla. En ocho meses cuento solo doce mil pesos que han salido de la tesorería jeneral en numerario para este ejército entregados al capitán don Francisco Borcosque. De ellos dejó mil pesos para mesadas de oficiales en la capital, otros dos mil em-

pleó en víveres en Talca por orden de usted, del resto se dieron cuatro mil para Valdivia como usted sabe, sin que se haya verificado su devolución, como asegura Rodríguez lo realizara con mi primer aviso, i quedaron solo cinco mil útiles para distribuir al ejército. ¿Qué clase de socorro es este para cubrir el haber mensual que asciende de doce a catorce mil pesos? Por otra parte, estas tropas tienen entendido que todos los cuerpos de esa capital son bien vestidos i pagados mensualmente i que solo son sepultados en el olvido los que dependen de esta provincia, o deben ser pagados i ajustados en esta tesorería. Este modo de obrar fija la atención de todo el mundo i presta un espacioso campo a las conjeturas, al mismo tiempo que puede conducir a funestas consecuencias. No olvidemos la trajedia de Valdivia, i que una imitación traeria males incalculables a la nación que no podria remediar el jenio suspicaz i pensador del ministro Rodríguez.

»La consecuencia mas directa que yo debo sacar de todo, es que debo creer que obra alguna secreta prevención en contra mia en el ánimo del ministro de hacienda i guerra. Radicado en este concepto, digo que por mí no se haga padecer a esta virtuosa i desgraciada provincia. Si yo no lleno completamente, como deseo, los deberes de mi cargo, i si se apetece removerme del mando, dígaseme de un modo franco i decoroso, i no se ocr

sionen mayores males para quitar de mis manos la administración mal servida. Ya tengo insinuada con repetición mi renuncia, i reitiro que protesto no ambiciono este ni otro mando para usufructo mio, i solo aspiro a sacrificarme por la libertad de mi suelo. Todo el mundo conoce mi carácter i sentimientos. Ninguna vanagloria domina en mí, pero creo que mi modestia i ciega subordinación no me desnudan del derecho natural que tengo a mirar por mi honra i reputación; i así no puedo conformarme con ver que se está minando por medios degradantes mi ruina e infamia. Atáqueseme de frente i vénzaseme con la razón, que siempre estaré rendido enteramente como ajeno de todo amor propio. Entretanto, permita usted que me queje del modo con que por el ministro de hacienda i guerra se libran las órdenes para desairarme i desconceptuarme. La que acaba de espedirse de un modo tan irritante para que estraigan los trigos de esta provincia, le hace poco aire en la voz común, pues no hai quien no esté entendido i creido que está comerciando públicamente a medias con don Ramón Lantaño i que el verdadero orijen del espresado permiso proviene del interés a las ganancias que esta negociación proporciona a la compañía. Esta misma creencia se confirma con saberse haber mandado este ministro a Valdivia una negociación de mas de treinta mil pesos.

»El permiso que yo concedí a don Tomás Clarke para llevar seis mil fanegas de trigo a Lima, fué porque las tenia acopiadas en el puerto i en circunstancias las mas apuradas i que remedié en parte con los trece mil pesos que me dió para socorrer al ejército, cuyo estado de distribución lo tengo remitido. Esta no es negociación mercantil mia, ni es el *candil de la calle i oscuridad de su casa* (como se dice en el *Cosmopolita*), sino verdadera luz de su casa i conciliando al mismo tiempo el beneficio del erario, de las tropas, del público i otros bienes que no es fácil calcular por el que mira las cosas a distancia i preocupado quizás de siniestros informes. Sin embargo, la deliberación de este permiso fué resuelta en junta de guerra; i cuando me creí con derecho de ser acreedor a darme las gracias, me veo censurado anónimamente en ese periódico. Venga el autor del artículo a ver la provincia, al ejército, i acompañándolo en las campañas i acciones de guerra, en su desnudez, en comer yeguas, mulas, asnos, perros, gatos, etc., i después de este práctico conocimiento dictará con el debido acierto su censura. Ultimamente, la abundancia de trigos que se ha supuesto está estancada en algunos monopolistas, estos los llevan para esa provincia por el mayor precio. Aquí entra el sacrificio. El pueblo i las tropas los ven conducir sin quererles vender. La hambre sube de punto: los meses que nos res-

tan del año son los mas críticos: en el pueblo no queda despensa de donde no haya hecho sacar lo que se encuentra para el alimento de las tropas. Dias hai que cerca de las oraciones todavia andamos buscando de donde hacerles de comer. Pida usted a su ministro mis comunicaciones referentes a este particular con los documentos orijinales remitidos, i se convencerá del verdadero estado de esta provincia, en el cual se decreta la esportación de los trigos. ¿Podremos ahora responder del grito del pueblo i asegurar del sufrimiento de las tropas? De todas las plazas de la frontera claman por víveres i no tengo que enviarles. Dias há que he pedido trigos a las campañas, pero temo que quede sin efecto esta providencia si no se ejecuta de modo violento i exasperante. No hai dinero, i en tal apuro ¿qué sucederá? Yo no lo sé. Vengan los políticos a hacer con la práctica los milagros teóricos que hacen con la pluma desde el reposo de su gabinete.

»No puedo dejar de significar a usted mi sentimiento por la falta de una imprenta libre. Entonces diria lo conveniente en mi vindicación; pero mientras aquella no se resuelve parece que ninguno deberia ser osado de calumniar en público. Usted se halla en el caso de no permitir estos escesos, i castigar el arrojo de algunas imajinaciones acaloradas. Yo estoi pensando en la necesidad de una imprenta para esta ciudad i tendré mucho

gusto de coadyuvar a su compra con mis propios intereses, en cuyo caso tendremos como responder a los injustos deprimidores del honor. Repito que la miserable situación en que estamos exije pronto remedio. Sin plata ni víveres no puede sostenerse el ejército. Usted lo sabe, i también que con las veras de mi corazón soi i seré su apasionado i mas invariable servidor i amigo Q. S. M. B.

Ramón Freire.»

X.

Cúmplenos ahora presentar como un melancólico contraste la respuesta que el director, o mas propiamente, su ministro, dió a aquella carta llena de la hidalguía del caballero i de la franqueza del patriota. Parece un caso increible que fuera el mismo Rodríguez quien dictara aquella contestación, i que fuera el dictador quien le llevara la pluma para sus embustes i cabalas; i en verdad la historia, al compulsar estas piezas, llenas de tan melancólica novedad, apenas podrá decidir si era mayor el empecinamiento del caudillo o la impavidez de aquel abogado que tenia cojido el corazón, antes magnánimo, con la tenaza de la chicana i le hacia destilar solo aquello que la naturaleza habia puesto de mezquino en un espíritu tan rico de altas dotes.

Damos lugar a esta respuesta cuyo borrador (que tenemos a la vista) en gran parte está trazado de letra del ministro Rodríguez, i dice testualmente así:

«Señor don Ramón Freire.

»*Santiago, setiembre* 19 *de* 1822.

»Mi distinguido amigo. Con la misma sinceridad i franqueza que me significa i habla en su apreciable de 4 del corriente, i además con todo el interés que exije nuestra acendrada amistad, reproduzco a usted lo que he dicho antes acerca de nuestro amigo Rodríguez, pues una vez sola debe afirmar el hombre de verdad su sentir. Cuando ocupa algún lugar la desconfianza, cesa la amistad verdadera. Sin embargo, en obsequio de la justicia debo decir a usted que Rodríguez no es autor del *Cosmopolita,* ni menos del comunicado de que usted le acusa. La libertad de imprenta trae todos estos males permitiendo publicaciones perniciosas sin necesidad de exijir sus nombres a los que envian comunicados al periodista, a no ser que toquen el nombre de la persona que zahieren. A mí me han dicho tirano, i el desprecio es su castigo. Sufrirá el autor del comunicado el peso de mi [illegible]sagrado luego que me lo indique el editor, qu[illegible] puede hacerlo ahora mismo por hallarse

en cama de unos golpes que ha recibido. Rodríguez se encargó de la contestación del comunicado que me ha manifestado en borrador, i por estar demasiado fuerte i no se entable una guerra de papeles, que es donde jeneralmente se ponen cosas al arbitrio de la pluma, le ordené lo moderase. ¿Qué dice ahora en vista de esto i lo que usted me espone acerca de este señor? Lo dejo a su discreción, i añadiré que si usted hubiese tenido confianza en mi amistad, me habria creido con preferencia a otros *que suspiran por meterlo en un abismo de dificultades,* i no hubiera ofendido la inocencia de un buen amigo, pues así se debe considerar en el conocimiento de su amanuense, cuyas materias debieron haber venido por letra de su propia mano.

»Persuádase usted que mis decretos no son obra de los ministros, pues yo soi el que mando en Chile i no ellos. ¿Qué tiene de malo el decreto de que usted se queja acerca de permitir el paso de trigos a esta provincia? Para todo hai tasa i orden. Se debia entender los que sin un grave perjuicio i mas bien en su beneficio permitiesen las circunstancias de esos pueblos. El de esta capital lo pedia incesantemente, i un grupo considerable de la compañía, al entrar al teatro, me ha gritado por tal providencia, pues diariamente muere jente de repente por los ballicos i mala calidad de los pocos granos que existen. Los comandantes de los

cuerpos me han representado también la necesidad de traer granos, pues ha habido dias que en un solo cuartel han muerto dos soldados de repente, i continuamente caen como ebrios al suelo, también de efectos del trigo apolvillado; i últimamente el Cabildo, que igualmente solicitó el ausilio de esa provincia. ¿Habia de ensordecer a tantos clamores cuando todos sabian que Lima habia tenido la preferencia? ¿No hubiera sido mejor que se hubieran vendido en esa provincia, ausiliado al ejército con sus productos i a los pueblos con su abasto? Se hubiera evitado el murmuro público i las desagradables cuestiones que ha promovido esta materia. Estoi cierto han sorprendido a usted acerca de la compañía de Lantaño i el ministro, pues el primero por conducto mui distinto solicitó el permiso que usted habrá visto i le fué concedido bajo la obligación de reponer otros alimentos tanto o mas útiles que los granos, porque así beneficiaba a aquel pueblo i también a éstos, i además beneficiaba a un patriota que perdió una fortuna considerable por la justa causa de la libertad.

»La emigración de la isla de la Laja i esparcimiento de sus habitantes es incuestionable no les quita el derecho que tienen a ser representados en la Convención, ni aunque estuviera en poder del enemigo como Chiloé, porque las desgracias no lejitiman la usurpación: esta práctica se ha seguido

tanto en la América como en las naciones liberales de Europa. Además, la isla de la Laja tiene plazas de su jurisdicción que tienen habitantes, i los demás vagan por esta i la otra banda del Bio-Bio; i por lo que toca a la elección de Aldea, creo que una tercera parte de los que hoi rijen la justa causa se hallan en iguales casos.

»Cuando el ministro Rodríguez supo que entre los que se recordaban para suplentes por los Anjeles se ponia a su pariente Aldea, se opuso con empeño, i aun delante de mí dijo a nuestro amigo Fernández que por ningún caso lo elijiesen, i él queria lo fuesen o Riquelme o el cura Alcázar. Como yo estoi en que he firmado libranzas i pagos para esa provincia i que mandé devolver los cuatro mil pesos que fueron a Valdivia, me he sorprendido con lo que usted me dice sobre los doce mil en ocho meses. Secretamente pedí a la tesorería una razón de lo que se ha entregado i también del vestuario. Vea usted por la que incluyo si está fundada su queja. Usted debe hacerse cargo de que aquí andamos en contínuas angustias, i yo soi quien sufro directamente los ataques de todos los que piden, i los cuerpos suelen estar meses sin enterárseles la buena cuenta. En el vestuario, todos creo andan iguales; i si hai algunos mejor vestidos es porque los comandantes lo han hecho a su costa. Si esas tropas piensan de otro modo, será porque los díscolos i enemigos de usted i mios les

introducen esas ideas o las oyen a los que hablan sin precaución e inconsideramente. Esos son los que usted debe *espiar*, arrojar i castigar, i no sucederá la imitación de lo sucedido en Valdivia que usted me recuerda. Ya otra vez dije a usted cuál habia sido la causa; de autos consta que la condescendencia de nuestro desgraciado amigo Letelier para con los anarquistas los ensoberbeció: ellos corrompieron al soldado: el pueblo sedicioso, i cuyas conversaciones contra el gobierno no se reprimieron, ayudó también: no fué por escasez, pues cuando sucedió la trajedia habian sido pagados i se halló dinero en la comisaría de Osorno.

»Repite usted que cree tenga contra usted el ministro Rodríguez alguna prevención, i que de esto vendrán las providencias de los trigos i la falta de recursos. Crea usted a un amigo que lo ama: Rodríguez lo es de usted i mio porque lo tengo mui observado en las conversaciones. Cuando los del senado le echaron en cara el decreto con que a usted se dió la hacienda de Cuchacucha, sé que defendió el mérito de usted como un *hermano*. Quizá son otros los enemigos i usted no los conoce. Lo que yo pienso es que los que el ministro tiene aquí escribirán allá acriminándolo. Para que usted vea lo equivocado que está en la compañía que le supone con Lantaño, le diré en reserva que él me ha significado algunas veces que

conviene quitar a Lantaño de Chillán para que aquello esté en paz. ¿Qué dice usted ahora? Así serán también los treinta mil pesos mandados a Valdivia! Lo que yo sé es que a los pocos dias de haber entrado al ministerio me dijo que tenia dados a un ahijado, no sé si quince o veinte mil pesos i que lo iba a mandar a Valdivia para que no estuviese cerca de él i hablasen. Yo tuve avisos secretos de que tenia compañía con Barros i con Lausón: éste quebró i han ido al Consulado los libros. Con el otro se puso mal, i todos han conocido ahora la injusticia con que empezó a correr esa especie. El honor i la defensa de un amigo nuestro me ha hecho escribir tanto i dejo mucho que quisiera hablar con usted. *Si él llegara a trascender algo de esto, se daria por mui sentido i se retiraria a su casa,* como otras veces lo ha pedido, porque el empleo que tiene carga con toda la odiosidad, i las escaseces son de aburrir a un santo; i es difícil se encuentre otro que se comprometa mas por buscar arbitrios de subsistencias, sin la que no puede haber patria ni gobierno. En cuanto a la imprenta, yo estoi para hacerme de dos, i tendrá usted una, como ya lo tenia pensado, aunque no producen cosa alguna. Aunque están mui caros los víveres, he mandado se remitan dentro de quince dias. Cuando usted dice que si no se tiene confianza en usted se le advierta para dejar el empleo, hace usted el mayor agravio a

quien ha justificado en sus hechos ser su mas grande amigo Q. B. S. M.

Bernardo O'Higgins.»

IX.

Indignado el ánimo impresionable del mariscal Freire con aquella respuesta en que se veia a las claras la mano del mismo reo a quien acusaba, escribió de nuevo al director la carta que sigue, acaso mas notable que las anteriores, en que ya se entrevé un reto de caudillo a caudillo, pero en la que el noble provocador promete la mas acendrada lealtad de él i de los suyos al hombre a quien llama todavia *el padre de la República*, i solo consiente en cambiar su política en lo que mas de cerca atañe a su responsabilidad. La carta dice así, i está escrita toda de letra de su autor.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Concepción, octubre* 20 *de* 1822

Mi respetable i distinguido amigo. Aunque es verdad que no tengo el mas leve motivo para desconfiar de su afectuosa i bienhechora amistad, también lo es que con respecto a la del señor Rodríguez no corre la misma paridad. Si este majis-

trado, como usted me lo asegura, en lo privado ha practicado los oficios de amistad, en las cosas oficiales i de gobierno ha guardado una distinta conducta, consecuencia de las interpretaciones de los que observan todo.

El asunto de la prohibición de los trigos para ultra Maule, apoyado en un principio tan justo, le arrancaron providencias acaloradas i contradictorias que me han sido tanto mas sensibles cuanto que, omitiendo el orden de comunicarlas por una inveterada i no interrumpida costumbre, se ha dirijido en derechura a los tenientes gobernadores. Por ejemplo, me dice en 4 del próximo pasado, que no se espedirian mas permisos para estraer trigos, i con fecha 13 del mismo le ordena al de Cauquenes en tono amenazante no se le ponga embarazo a Lobo para el pase de estos granos. Hasta hoi estoi dubitando sobre la realidad de esta orden que tiene todo el carácter de fraudulenta, pues no es posible tal inconsecuencia en hombres de su concepto. Yo puedo asegurar no ha merecido mi correspondencia la fe que debia. La hambruna que devora la provincia la he pintado con los colores mas vivos. Usted sabe que aquel era su único alimento; que esa capital cuenta con injentes recursos; que en cualquiera de sus haciendas de nombre hai mas víveres que todos los que actualmente encierra toda la de Concepción, i sin embargo, se insiste en el primer propósito con de-



DON MANUEL RODRIGUEZ

Lit P. Cadot. RAFAEL JOVER, EDITOR

saire de mis providencias i diversión de los monopolistas por el triunfo conseguido. Si examinamos sin preocupación el estado del ejército, de que debe tener un exacto conocimiento como ministro de la guerra, encontraremos que su abandono no puede tener otro objeto que esponerme al desconcepto público i talvez a la ruina de mi persona. Cuando en mi anterior recordé a usted la catástrofe de Valdivia, quise significar no era imposible aproximarnos a la misma desgracia supuesto que el soldado no tiene otro aliciente que el sueldo, i faltándole, cansado de esperar sin fruto, es susceptible de un atrevimiento. Continuamente me representan los oficiales su estado inconcebible de miseria, i aunque todo lo penetro, tengo el desconsuelo de no poderlos ausiliar sino con la esperanza de un pronto remedio. En vano se representa oportunamente, pues no se observa por el ministerio competente una providencia capaz de lisonjear el deseo. En este tono hablé de previsión, de lo que podia ser posible sucediese; pero no porque de aquí pueda racionalmente inferirse un estado de corrupción en el ejército, ni menos anarquistas que atenten contra su bien esperimentada fidelidad. Escribiendo a usted de este modo, pienso haber llenado los deberes sagrados de mi comprobada amistad. Lo hice con el fin de escitarlo al remedio de males tan efectivos que gravitan sobre esta preciosa parte de la República, no exa-

jerados por fines particulares, pues haciendo justicia, debe usted creerme desinteresado, así como de que nunca he tenido mas voluntad que la suya, siempre acorde durante el período de la revolución.

Cuando a fines del año 21 tuve la honra de ver a usted por la última vez, me aseguró que desde el mes de enero del siguiente de 22, se mandaria íntegramente el haber mensual del ejército, recibiendo como en finiquito de lo atrasado trece mil pesos que le repartí en forma de liquidación. Desde entonces solo han salido de esa tesoreria las cantidades que constan de la adjunta razón; numerario a la verdad insuficiente para entretención de dos meses. Si los ministros jenerales han dicho a usted otra cosa, como parece de la noticia que exhibieron, aunque me dice la incluye, lo han supuesto, pues ni siquiera se han podido conseguir los cuatro mil pesos que se mandaron a Valdivia, no obstante la puntualidad de su devolución que asegura el señor Rodríguez. De las limitadas entradas de la provincia se han cubierto, sin embargo, algunos créditos; así como algunos sueldos de empleados civiles i eclesiásticos, reparación de cuarteles, hospital, gratificación de las fronteras i otras atenciones que son indispensables. Dos mil raciones se consumen diarias, pues a mas de la fuerza que presenta el estado que acompaño al ministro hai varias partidas introducidas tierra adentro, en protección de los indíjenas confede

dos, cuyo sustento proporcionan para pagarles después por el precio que les sujiere su insaciable codicia. Después de una situación tan insoportable, que acibara mi vida, i que tantas veces he representado con el desconsuelo de haberse dubitado acaso de mi esposición, debia esperar con fundamento una insinuación satisfactoria por haberme proporcionado de un recurso que sacó al ejército de aflijente apuro sin detrimento del fisco, tal es el que produjo la permisión de seis mil fanegas de trigo al Perú. Usted me dice que pudo haberse vendido aquí i socorrer las tropas con su producto, pero ¿cómo verificar esto no teniendo el gobierno derecho alguno para disponer de propiedades ajenas? En tal caso los propietarios habrian solo percibido aquel importe, en lugar que, del otro modo, hubo disponibles trece mil pesos para entretener a estos infelices. Si yo infrinjí las órdenes de usted, lo disculpó el caso estraordinario en que yacia el ejército, i para esto no resolví por mí mismo, como lo acreditan las dilijencias orijinales con que tengo dado cuenta.

Si he de espresarme con la injenuidad que me es característica, jamás dudé que en el señor Rodríguez tenia un amigo, pero fuéme forzoso posteriormente cambiar este concepto porque, hablando con la frase vulgar, «obras son amores i no buenas razones». Si el senado ante quien defendió por mí en razón de la hacienda de Cucha que se me

dió, hubiese tenido un conocimiento del derecho que tenia a reclamar por la parte de presa que se me declaró por los buques, fragata *Meantinomo*, bergantín *Palafox*, *Don Vijilante* i *Tomasa*, que rendí en la bahía de Talcahuano en la primera campaña; si hubiese sabido del convoi que quité a los enemigos de valor de mas de ochenta mil pesos en barras de oro que remití a usted, entonces se habria convencido este celoso cuerpo que no se hacia una gracia singular en cederme aquel fundo, pues de justicia se me debia satisfacción. A fe que tal reparo no ha merecido la singular gracia hecha al coronel, en aquel entonces, Prieto con la segunda hacienda de la provincia. Si agravié, como usted me dice, su inocencia por juzgarlo autor del *Cosmopolita*, este concepto estaba entonces afianzado en la creencia jeneral i en las cartas que lo anunciaban de esa misma capital, así como lo están también sus especulaciones comerciales. Si la imprenta es libre por constitución, ¿cómo es que no se ha querido contribuir a mi vindicación? ¿Cómo puede imprimirse un rasgo degradante a mi honor, al mismo tiempo que se me cierra la puerta para contestar? Si usted ha querido omitirlo por ahorrar una guerra de papeles, es indudable que la impunidad de su autor, si evita los males que usted teme, no escusa la censura de mis operaciones no justificadas por el silencio.

Cuando usted me dice que sus ministros n

mandan en Chile sino usted, *reproduzco lo mismo con respecto a la provincia de que estoi encargado.* Es un concepto manifiestamente equivocado pensar que aquí hai hombres que traten de meterme en un abismo de confusiones. *Sus enemigos de usted existen en esa ciudad: aquí no los tiene seguramente.* Si se ha estrañado mi tal cual entereza en escribir últimamente, desengañado ya de las vanas promesas del ministro, persuádase usted que aquellas ideas son mi obra orijinal sin que mi amanuense (reverente respetador de los majistrados) tenga otra parte que la del materialismo de ponerlo en escritura. Las producciones incendiarias que le acompaño, dirijidas de esa capital según lo acredita el epígrafe de sus cierros, obras son de los enemigos de usted que tiene a mas inmediación. Ausílieme como corresponde, i yo garantizo la lealtad i fiel procedimiento de estos provinciales. Ellos no han manifestado otro deseo que la pacificación de su suelo natal para poder respirar de los males que los abruman, no solo por las depredaciones que sufren de los enemigos, sino también por la hostilidad que les infiere un ejército desprovisto que a cada paso le estrae de sus despensas lo que tienen reservado para la subsistencia de sus desgraciadas familias. En cuanto a la representación de Aldea en la Convención preparatoria, es verdad asombró a este pueblo, después de los justos motivos que hacen

odiosa su memoria. Perdóneme usted si no juzgo ajustadas las comparaciones que me hace. Existe una distancia infinita entre éste, La Mar, Iturbide i Gainza, ¿Qué satisfacción podrá resultar a los ex-habitantes de los Anjeles viendo que se ha encargado de representar sus derechos al destructor del pueblo natal? *¿Qué dirán los patriotas sacrificados al contemplar esta metamórfosis política? Cuando jemian en las cárceles cargados de oprobio por muchos que hoi los representan, ¿serian capaces de prever que algun dia serian sus Licurgos para dictarles leyes*? Pero volviendo al objeto de este capítulo, aseguro a usted que solo pudo salvarlo del cadalso la consideración debida a su respetable pariente; de esta consideración, repito, me es deudor el señor Rodríguez. Me debe un afecto sincero desde que se unió a la familia de los libres.... Siento haberle incomodado con tanta difusión, pero la materia lo pedia indispensablemente. Si mis justos sentimientos me han hecho escederme en franqueza, yo le pido a usted me dispense con la bondad que le es tan natural. Lo respeto i lo amo como a padre de la República i bienhechor mio, cuyos beneficios me constituyen suyo en todo evento con la misma invariable constancia con que siempre se considera su mas íntimo amigo atento servidor Q. S. M. B.

Ramón Freire.»

XII.

Pero la venda que cubria los ojos del director estaba atada por manos tan espertas, que ni aun a la vista de una pintura tan viva, tan ardiente tan espontánea i franca, debia entrever la luz de la verdad. Don Bernardo O'Higgins tuvo aquella especie de debilidad funesta de los grandes mandatarios que no solo cede a las influencias de la convicción de otros, sino que se entrega por predilección o alucinamiento a una voluntad ajena, i perdiendo su propio albedrío solo piensa i delibera por la mente estraña que ha embargado la suya. La debilidad dejenera entonces en pasión i adquiere la enerjía de tal, siendo tanto mas ciega cuanto mayores son las contrariedades que la violentan. El director creia a su ministro un eminente político, i siempre juzgó de él que era un grande hombre aun mas allá de sus dias, probando en esta prolongación de su error lo ciega de su confianza i lo sincero del afecto que le habia inspirado aquel hombre tan estraordinario en las artes del engaño que el vulgo llegó a sospechar, según el mismo lo declara, hubiera algo de sortilejio en su existencia.

El director además, habia formado en parte su escuela política en los conciliábulos de la *Lojia Lautarina*, institución basada en aquel principio

político, por escelencia inmoral, de que «el fin justifica los medios;» i bajo esta tutela de perversión, el recto pero blando criterio del que habia sido discípulo de Miranda i del inflexible Fretes, dejeneró hasta adquirir, como dice con acierto Lord Cochrane, nociones tan absurdas en política, que creando dos especies de moral, reconocia una privada que acataba como virtud, i otra política, contraria a aquella, que santificaba aún los actos mas vedados.

Oprimido el ánimo del director con aquella doble ceguedad de su estravio político i de la afección inmutable que profesaba a su ministro, no daba oido al inmenso clamor que por do quiera se alzaba contra su administración, por mas que los avisos le llegaran en todas direcciones i con el sello de una respetabilidad que a él no le era dado desconocer.

Hemos espuesto el claro estilo en que le habia escrito el gobernador Bustos desde mas alla de la cordillera, i hemos notado además que el director, fijándose solo en las futilezas i anécdotas de las confidencias de su gaucho corresponsal, no daba satisfacción ni aún se hacia cargo de la cuestión vital que de aquellos disgustos surjia, la de la *administración Rodríguez;* hemos leido después el lenguaje respetuoso pero decidido con que Freire, a quien debia contemplar como su mejor amigo i casi como un hijo, habia insistido sobre la funesta

influencia de aquel hombre, denunciando con calor sus crímenes políticos; mas con asombro vimos que quien daba respuesta a esos cargos era el acusado i no el juez llamado a dirimirlos; i todavía vamos a presentar aquí una prueba mas de cuán inapeable fué aquella funesta adhesión del señor por su privado. Es una carta de Lord Cochrane, en la que con noble solicitud alza su voz en pro de la amistad i de la justicia, probando así que no solo sabia defender el honor de Chile con su osadía i sus cañones, sino con el acatamiento a la voluntad de su pueblo i los rectos consejos a su mandatario. Hé aquí esta notable carta que traducimos testualmente del orijinal:

«Mui reservada.

»*Valparaíso, noviembre* 28 *de* 1822.

»Escelentísimo señor: escribo a Vuestra Escelencia con profundo pesar i sintiéndome incapaz de manifestar mis sentimientos de una manera que ni desagrade a Vuestra Escelencia ni desfigure tampoco mi sinceridad, esa sinceridad de respeto i de consideración que siempre he profesado a Vuestra Escelencia. Un dia Vuestra Escelencia depositó también su confianza en mí, un dia me honró con su amistad decidida, pero ahora las insinuaciones pérfidas, los chismes i las acusaciones

mas viles (i quizá motivos políticos o de condescendencia por la amistad de otros) han cambiado aquella i hecho desaparecer, en Vuestra Escelencia al menos, las apariencias de toda consideración esterior.

»Pero quiero dar todavía a Vuestra Escelencia una prueba mas de mi adhesión, implorando de Vuestra Escelencia el que abra los ojos sobre el descontento jeneral difundido entre todas las clases, con respecto a las medidas *secretas* i descubiertas del ministro Rodríguez, quien ha caido en el concepto público, ignorándolo Vuestra Escelencia, mucho mas allá de lo que cayó el mismo Monteagudo cuando el populacho pedia su dimisión i después su suplicio. Vuestra protección sobre él, si Vuestra Escelencia intentara concedérsela, envolveria a Vuestra Escelencia en dificultades tales que le acarrearian perjuicios graves, i acaso terminarian con la destrucción de vuestra obra i de vuestros esfuerzos personales por el bien del Estado. En la previsión de estas dificultades i presintiendo que mi consejo se juzgue demasiado presuntuoso para ser atendido, me veo obligado a solicitar mi retiro antes que los acontecimientos se desenlacen, porque así como los preví en tiempo en el Perú, así con pesar mio, los preveo ahora, i no nacientes, sino en su mas completo desarrollo.

»Hace algún tiempo que indiqué al coronel

O'Carrol el insinuar a Vuestra Escelencia que la política de Cromwell habia sido despedir a sus ministros cuando se hacian impopulares, para apartar de este modo de sobre sí el encono de la opinión. Sin embargo, yo no tengo ningún propósito, al dar a Vuestra Escelencia este consejo, porque estoi resuelto a marcharme a otra parte del mundo tan luego como Vuestra Escelencia me conceda mi licencia, la que espero obtener en la manera acostumbrada. Pero de todas maneras yo quiero lavar mis manos sobre las consecuencias de los mejores intereses de Vuestra Escelencia i del Estado.

»No importa que Rodríguez sea culpable o inocente. Si San Martín hubiese arrojado de sí a Monteaguado, acaso seria todavia protector del Perú. De manera, pues, que a Vuestra Escelencia solo le queda una alternativa, o mantenerse a todo trance o caer con aquél de cuyas faltas Vuestra Escelencia es tan inocente como del terremoto que acaba de asolar la tierra.

»No crea Vuestra Escelencia que yo intervengo en los asuntos de su gobierno, porque solo me guia mi respeto, i aun diré mi afección por Vuestra Escelencia. Todo lo que pido es que se me conceda mi retiro, i hasta que el tiempo convenza a Vuestra Escelencia de mi sinceridad, dígnese creerme su fiel amigo i servidor

Cochrane».

XIII.

Pero no habia medio. Parecia cosa del destino que aquella obstinación culpable habia de ser solo vencida con el castigo, ya que la verdad era desoida i toda súplica mirada con desdén. La Providencia queria someter aquel pueblo que tan sublime habia sido en los fracasos i las venturas de su lucha armada con el esterior, a una prueba mucho mas séria; queria poner en evidencia el valor cívico de la nación después de haber ofrecido durante un decenio cumplido un campo tan ópimo a su denuedo militar, i queria probar también que así como en aquella tierra no podia tolerarse ni aún el despotismo de un héroe, también los héroes sabian serlo fuera de los campos, cuando alejados de todo pérfido consejo, era el corazón la lei única de sus acciones.

CAPITULO XV

El jeneral Freire se decide por la revolución.—Entusiasmo de Concepción, descrito por un testigo de vista.—*Odio yegua* que se profesaba a San Martín.—El director solicita ausilios de tropas de Mendoza.—Al fin toca su desengaño.—Renuncia de Rodríguez.—Levantamiento de Coquimbo.—El director cambia totalmente de política.—Envia comisiones de conciliación a las provincias sublevadas.—Su última carta a Freire.—Acepta la petición de la asamblea de Concepción para reunir un congreso jeneral.—Levantamiento del 28 de enero según la narración del señor Santa María, con leves esclarecimientos.—Carácter de este movimiento.—Fué una verdadera revolución.—Grandeza de ánimo de O'Higgins.—Su abdicación fué voluntaria.—Sus recursos de resistencia.—Supersticiones que influyeron en la caida del director.—El terremoto de 1822. - Como San Martín i O'Higgins trataban a los arzobispos, a los frailes i a los ejercitantes.—Sinceridad de la renuncia del director, que habia hecho esta con anterioridad de dos dias al 28 de enero.—Poderes que a este efecto habia dado al ministro Zañartu i carta de éste a Freire en que le propone la dirección.—Don Bernardo O'Higgins el 28 de enero.—Su renuncia oficial.

I.

El guante estaba echado. El pueblo chileno habia encontrado su adalid. La revolución convertíase por todas direcciones en un hecho. El levantamiento en masa de la nación iba a caer sobre el complot del palacio directorial, dentro del que,

sin embargo, cuando la hora suprema se hiciese oir, encontraríase solo, grande i sublime en su propio aislamiento, la figura del supremo jefe de la república. Todos los consejeros que le habian perdido habian desaparecido furtivamente de la escena.

II.

A fines de noviembre de 1823 el intendente de Concepción desató la última amarra que aun sostenia el podrido edificio de la administración Rodríguez i declaró que su espada pertenecia al pueblo, en contra de los ajiotistas de la capital. Un indecible alborozo se apoderó de aquellos ánimos abatidos en los desastres de una guerra con bandidos que duraba ya cinco años, después de otro quinquenio de desolaciones mas en grande. El primer albor de la libertad civil lucia en las orillas de aquel clásico rio que habia visto las bruñidas corazas de la *conquista* i escuchado los primeros disparos del cañon de la *independencia.*

«La libertad con que todos hablan, decia un corresponsal secreto al director, en aquellos mismos dias, es increible. Todos dicen «libertad completa en los pueblos para constituirse como lo han jurado cuando empezó la revolución o morir todos por conseguirla;» i así, empezando por los primeros militares, dijeron que ellos no peleaban ni

mataban por engrandecer a ninguna persona en particular i que lo mismo dicen de Vuestra Escelencia como por Freire, pues a su presencia gritaron que el dia que se le conociese que intrigaba para él, que se le volvian en su contra; que no son soldados del gobierno sino de la república i que así sus miras no eran de atentar contra las personas; que no quieren otra cosa sino establecer el gobierno por medio de un congreso reunido por la voluntad de los pueblos, i no como la *Convención preparatoria*, cuyos diputados han sido elejidos en esa capital, i que todo lo que han hecho es obra de *uno solo que lo ha terjiversado todo.* Esto es lo que quieren que se haga en sana paz porque es la voluntad jeneral i para los que están peleando tantos años ha, con las armas en la mano para lograrlo i que no entran por otro camino porque ya se han puesto a ello i están en este compromiso de que no vuelven atrás mientras no se verifique o les cueste la vida a todos, como lo han resuelto sin rebozo.

»No crea Vuestra Escelencia que yo doi este paso por algún motivo de mi prisión, continuaba, sino porque veo que toda, toda la provincia por las noticias que vienen tiene un mismo modo de pensar i va a armarse en masa. Vuestra Escelencia conoce el carácter de estas jentes. No hai que fiarse poque están pobres, pues esto mismo les ha acostumbrado a mantenerse de la carne de toda clase

de animales i de hierbas, i así son soldados que ya no estrañan la paga, la comida ni el vestuario i no temen los riesgos de la guerra; así pues, soi de parecer que si Freire quiere, en el dia caminará con toda la provincia i con indios para esa, pues para ello se están convidando todos.

»Entretanto, puedo asegurar a Vuestra Escelencia, añade el sincero corresponsal, lo mismo que si lo estuviera viendo por sus ojos, que no se puede esplicar el entusiasmo jeneral de todos estos habitantes por ver establecido el gobierno por voto de todos sin respeto de bayonetas ni persuasiones de nadie. Anoche hubo una reunión en el palacio i concurrieron por 200 señores i a proporción los militares i paisanos. Yo también estuve a esta celebración, en memoria de la acción del 27 de noviembre en que se derrotó a Benavides cuando salieron de Talcahuano, i duró hasta esta mañana, en que han salido todos unidos hasta el asta de bandera a cantar las canciones de la patria. La función ha sido la mas ordenada i alegre.

»La llegada de San Martín ha disgustado a toda esta provincia. Ya se acabó el amor que le tenian por las cosas que han visto i aún no lo miran sino como un ambicioso cuyas miras causan tantos males, i la voz jeneral es de que él es capaz de perder a Vuestra Escelencia i a toda la república. Todos claman porque salga de ella i sino espone mucho su persona, i lo que es mas de se

tir que comprometa a Vuestra Escelencia con sus cábalas. En fin el odio que le tienen es *el yegua....*

»Vuelvo a decir que no conviene, según he oido, que el señor San Martín permanezca en Chile por la desavenencia que tiene con el Lord, pues aquí se dice que éste no puede mantenerse en la república estando San Martín en ella, quien está tan mal conceptuado, i al contrario dicen que el Lord es todo un hombre.»

III.

Por fin el 2 de diciembre de 1822 la provincia de Concepción levantó la bandera de la insurrección, i su junta popular lo hizo saber así al director de Santiago, a cuya dominación quedaba desde entonces sustraida.

IV.

Al anuncio de aquel acontecimiento, los consejeros del director, encontrándose ya perdidos, solo discurrieron un arbitrio para salvarle i salvarse, i ese arbitrio fué una especie de traición hecha a la patria en el estranjero, después de haberla deshonrado a sus propios ojos i en la que en mala hora, por su funesta condescendencia, hubo de consentir el director. Pidiéronse ausilios a Mendoza para sostener la capital contra el ejército de

Concepción i asi el ministro Rodríguez que habia comenzado su administración con un denuncio, la cerraba ahora con la ignominia de entregar los destinos de Chile a mercenarios estranjeros.

V.

Pero junto con su última falta i con su último desengaño, el director abrió al fin los ojos sobre el abismo, i se detuvo. El 7 de enero de 1823 caia el favorito. I entonces fué el correr azorados i el palidecer los semblantes entre los ajiotistas de todas las categorías i de sus altos padrinos; entonces el arrancar de los libros del ministerio de la guerra las contratas fraudulentas; entonces el sustraer las pólizas de los contrabandos de la aduana de Valparaíso, el huir unos, por último, el esconderse otros, i el repartirse entre sí, con ávida i sobresaltada dilijencia las últimas piltrafas de la inmensa espoliación que se habia hecho a la patria.

I entonces fué también cuando el director, solo, casi abandonado, como una víctima de sus propios esplotadores, antes de serlo del enojo popular, volvió a asumir su puesto de grandeza. Aquella alma, de suyo capaz de ser magnánima, restituida ahora a su sola i libre espansión, comenzó a alzarse en el pecho, i rompiendo los nudos con que la perfidia la habia atado para mejor avasallar

la, se hizo otra vez, como en sus mejores dias, digno de un gran ciudadano, cual antes lo habia sido de un héroe sin segundo.

VI.

La política del director se trasformó en el acto mismo de la despedida de Rodríguez. De hostil se hizo conciliadora. La provocación se convirtió en razonamiento, la resistencia en magnanimidad.

En consecuencia, con fecha 11 de enero de 1823, esto es, dos semanas antes de su abdicación escribió al jeneral Freire la siguiente carta que lejos de ser un mandato era una apelación a la amistad; en vez de un reto era una suplica.

«Señor don Ramón Freire.

»*Santiago, enero* 14 *de* 1823.

»Mi distinguido amigo: no esperaba yo una contestación a mis cartas, pero cordiales espresiones como la de 8 del corriente que leo i releo con bastante mortificación al cariño que a usted he profesado i no apartaré jamás de mí: para mayor dolor no me escribe usted de su puño, dejándome en dudas de si lo que leo es dictado por el corazón: yo quisiera abrir a usted el mio para que viese sus heridas envueltas en unos afectos sinceros. ¿Cómo ha olvidado usted que he sido su mayor amigo i

que por usted me habia despojado de cuanto en este mundo pudiera halagarle? Entre usted en recuerdos de nuestra unión, i vea si merezco ser tratado con la amargura que esperimento: quiera el cielo que usted no sufra igual pago de los que han sorprendido su buena fé: el que hace valer las armas i las injurias contra otros debe esperar que los hagan valer contra sí. ¿A qué continuar hiriéndome cuando yo todo lo pospongo a la amistad¿ ¿Ha creido usted acaso que las amenazas ni nada de lo criado Pueda asustarme? pero usted i todos saben si sé arrostrar la muerte; mas me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho. En fin, ya yo todo lo he sufrido, i después de la satisfacción de haber hecho bien no me queda otra que ser injuriado por haberlo hecho.

»Usted ha divulgado los secretos, usted ha hecho circular que escribí cartas para que la elección de diputados recayase en los que yo queria. Es verdad, queria hombres de bien, quietos i separados de todo partido. Usted mismo en el tiempo de las elecciones porque no le habia dejado a usted todo el negocio me reconvino i protestó que lo habria desempeñado con mas secreto i mas a mi gusto. Sin duda habrán hecho a usted creer que es un gran crimen que los gobiernos propendan a que tales elecciones recaigan en los primeros hombres de una nación, si así fuese lo engañan; pues es una obligación de todo gobierno celar e

buen orden, la tranquilidad i felicidad de los pueblos. Ese paso se da en todos los gobiernos i hasta en la elección de papas, cabildos, etc. ¿Usted cree que yo ignoro como se ha elejido la asamblea de esa provincia? Todo lo sé i lo callo por no ofender la amistad. En fin, al ver nuestros amigos la conducta que he observado me dan cada dia nuevas pruebas de unión sincera: resta solo que usted no permanezca por mas tiempo separado, violando los mas sagrados pactos. Iran los diputados, tendremos congreso; pero es preciso callen las pasiones, desterrar odios i renovar para siempre la amistad. Esto es lo que quiere su invariable amigo, etc.

Bernardo O'Higgins» (1).

VII.

Por su parte el noble Coquimbo en cuyo suelo, si bien la era de la independencia no cosechó ni glorias ni sufrió quebrantos, la libertad civil ha

---

(1) Esta carta que tenemos orijinal i que no pertenecia, por consiguiente, al archivo del jeneral O'Higgins, sino al del jeneral Freire, ha llegado solo últimamente (1881) a nuestro poder, i es el único documento nuevo que introducimos en el testo, en cambio del centenar que hemos suprimido a título de notas. Algunas de estas piezas así eliminadas son de un interés capital, i quedan consignadas en la primera edición para el uso de quienes deseen consultarlas.

hecho después su campamento militante, ofreciéndole mas de una vez una honrosa tumba, alzó también la voz, a la par con Concepción, i adelantó sus reclutas, revestidos desde Maipo con un renombre esclarecido, hácia la capital.

El director, en consecuencia, despachó el 18 de enero comisionados, o como él decia en su carta a Freire, *diputados* con plenos poderes a fin de hacer arreglos pacíficos con las dos provinciaa rebeladas, i se puso de acuerdo con la junta de representantes para la convocación de un congreso jeneral, que era la principal solicitud de la provincia de Concepción, i a mayor abundamiento, el 26 de enero de 1823, dió autorización plena al ministro Zañartu, que en ese mismo dia habia llegado de Mendoza, para arreglar con el jeneral Freire, de quien el último era partitular amigo, todas las diferencias bajo la base de la *renuncia absoluta* del director. El doctor don Gabriel Ocampo acompañó al ministro chileno hasta Quechereguas en esta estéril cuestión de avenimientos.

VIII.

Pero aquella resolución magnánima que dictaba todas estas medidas de profundo i sincero acatamiento a la voluntad nacional iba a tocar en una crisis digna del pueblo chileno i digna del caudillo que este se habia dado i sostenido con tanta

verencia personal durante seis años casi cumplidos. Llegaba la hora de la grandeza cívica de Santiago, como el 5 de abril de 1818 lo habia sido de su sublime denuedo armado. Ya desde los primeros dias del mes de enero se presentia el desenlace que tendria lugar el 28. «Hablándole a usted con la franqueza de un amigo fiel, decia al director el gobernador de Valparaiso don Ignacio Zenteno, el dia 2, la capital, esa capital, está tan revolucionada como el mismo Concepción.»

IX.

I en efecto, el 28 de enero de 1823, apareció en la plaza pública la revolución civil, la única revolución lejítima en forma i en esencia, aunque nadie creia distinguirla porque no se veian ni soldados ni cañones para proclamarla. El *motín*, que es lo que en América se llama hasta hoi *revolución*, estaba, si lo habia, en los cuarteles. La revolución latia solo en el corazón del pueblo i en el corazón de don Bernardo O'Higgins, que siempre supo asimilarse a las mas grandes sensaciones del alma del chileno, en las batallas con su espada i en el poder con su acatamiento espontáneo i libre al voto popular.

X.

Vamos a contar ahora las peripecias de aquel

gran dia en el lenguaje de un brillante i sensato escritor contemporáneo, que ha sabido, con una laudable i escrupulosa imparcialidad, reunir en un solo cuadro todos aquellos detalles preciosos que la tradición conserva incompletos i diseminados. I nosotros escojemos esa relación, no solo porque contiene todo lo que sabemos sobre este acontecimiento, sino porque en sus juicios, con leves discrepancias que anotaremos, presentan una completa unidad de relación con los sucesos que hemos venido bosquejando.

Hé aquí ese interesante traslado, con las lijeras anotaciones que nos ha parecido conveniente interpolar.

XI.

«Era el 28 de enero de 1823. La ciudad de Santiago estaba en este dia ajitada, turbulenta i sacudida por un movimiento que mantenia en exaltación los ánimos. El nombre de O'Higgins se pronunciaba en todos los corrillos, en todas las familias, en todos los lugares públicos i en todas las oficinas del estado. La historia de su administración se comentaba en todas partes, sin que nadie se atreviese a levantar la voz para defenderle. Sus mismos partidarios, sus amigos de corazón, no contestaban a las acusaciones que se le hacian, sino que se limitaban a recordar sus servicios

evocar sus glorias i a dar seguridades de sus sentimientos, como un medio de atemperar la irritación jeneral. O'Higgins habia subido al mando en febrero de 1817 con todo el prestijio de la victoria i toda la popularidad que justamente le daban su valor, sus virtudes cívicas, i el triunfo alcanzado mediante su arrojo en las cumbres de la cuesta de Chacabuco. Con el mando se le habia entregado la patria entera: la única garantía que el pueblo chileno habia tomado, consistia en la confianza que le inspiraban las prendas morales del guerrero. A O'Higgins le cabia una doble i penosa tarea: tenia que purgar el pais de enemigos, que rechazarlos aún en reñidas batallas, i organizar el estado, dándole instituciones que afianzasen su marcha, asegurasen su libertad e imprimiesen regularidad a la administración pública.

XII.

«Los yerros cometidos por el director en este último sentido le habian atraido la animadversión jeneral. Por lo demás, su gloria era completa: habia vencido a los españoles en Maipo; los habia hostilizado en todas partes i habia lanzado al mar uno escuadra que fuese a buscar los peligros i la victoria al Perú i a ensalzar el nombre i valor chilenos. Nadie, sin embargo, se acordaba de esto el 8 de enero. Un pueblo no vive de las glorias de

sus héroes, ni mide su contento por los triunfos que estos alcanzan: quiere ante todo, la seguridad individual i el respeto por todos aquellos derechos que se llaman sacrosantos. Antes que una victoria, aspira a tener un código que regule la marcha de los gobernantes, los contenga en sus avances, i ponga a los gobernados fuera del alcance de los caprichos de los primeros.

XIII.

«O'Higgins habia descuidado todo esto. Embriagado con la amplitud de poder de que gozaba i con la importancia de sus servicios, resistia a todas las solicitudes que se le hacian para que diese al pais la organización de que carecia. No tenia tampoco O'Higgins las dotes de un hombre de estado. Durante su gobierno habia marchado sin obedecer a sistema alguno que se pudiese modificar o ensanchar segun las necesidades que la república tuviese. Habia hecho figurar a su lado i dado una influencia decidida a hombres que el público rechazaba i que, si bien podian suministrarle consejos saludables en ocasiones, no le comunicaban un sistema, no le presentaban o combinaban una organización que comenzase por dar al pais la existencia que necesitaba. Esos hombres atizaban talvez sus odios, lisonjeaban su ambición; pero le alejaban de que quisiese por conveniencia i por la

licidad pública, lo que quizá podia amar por instinto. Militar O'Higgins, i acostumbrado a la vida de los cuarteles, estimaba la obediencia en primera línea, como era natural; i creia que un pueblo debia obedecer a sus mandatarios, por la misma razón que un soldado se rinde a sus jefes. Habian tenido también no pequeña influencia en el desprestijio de su director las pasiones del hombre: altivo como era, tenia un carácter vengativo i durante su administración no habia escaseado las medidas que tendian a sacrificar a sus enemigos, a anularlos i a hacerlos desaparecer de la vida pública. El humo de la gloria no le dejaba ver el abismo que podia abrirse a sus piés. Fiaba demasiado en sus propias fuerzas i no se acordaba de las mui superiores que podria tener el pueblo.

XIV.

»El dia de su caida apenas se acordaba O'Higgins de sus faltas: traia a la memoria solo sus servicios i esclamaba iracundo: *pueblo ingrato!* E pueblo, sin embargo, no era ingrato, puesto que no le negaba sus hazañas, ni el reconicimiento, pero esta gratitud no podia ser tanta, ni tan ilimitada, que sacrificase a ella su libertad i el justo deseo de anteponer a la voluntad del director el supremo mandato de la lei. Un pueblo no puede ni debe aceptar el servilismo por gratitud. Los

grandes hombres no deben aspirar a recibir por recompensa de sus servicios la humillación de sus conciudadanos, sino el contento i la felicidad de estos. O'Higgins dejaba ver en las palabras con que de continuo esclamaba, cuán fascinado le tenian los resplandores de su gloria.

XV.

»Eran las once del dia 28 i apenas habia reunidas sesenta o setenta personas en las piezas que ocupaba la intendencia en la antigua casa de los obispos, esquina sur de la plaza principal. En la noche anterior se habia discutido acaloradamente i acordado en casa de los corifeos don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz, una reunión popular; i aunque algunos abrigaban temores i fundadas dudas sobre la actitud que tomaria la fuerza militar que habia en la capital, la mayoría se manifestaba ansiosa por abrazar una resolución enérjica que pusiese a prueba la verdadera disposición de la tropa, de la que se exijia solo prescindencia i acatamiento a lo que el vecindario determinase. Lo que menos se queria era un movimiento militar en que imperase el principio de la fuerza i no el de la opinión. Ante todo se pretendia que el director prestase obediencia a esta última.

XVI.

»Los mas enérjicos triunfaron definitivamente en los conciliábulos de la víspera. Para impulsar los ánimos, formaban cuadros sombríos de la administración de O'Higgins a que querian poner término. Unos recordaban la muerte de Manuel Rodríguez e invocaban su sombra como un medio de despertar todas las afecciones de la amistad i todos los sentimientos jenerosos. Manuel Rodríguez, caudillo popular, activo e interesante por sus correrías contra los españoles, correrías a que la voz pública daba un tinte mas dramático, habia sido asesinado en Tiltil marchando prisionero de Santiago para Quillota, sin que su muerte hubiese sido objeto de formales pesquisas por parte de la autoridad, a quien se culpaba, no sin razón, de participación en tamaño atentado. Este recuerdo traia la irritación a la concurrencia, porque al fin se figuraban muchos que podian ser víctimas de una asechanza o de una venganza como esa.

»Otros traian a la memoria la muerte de los Carreras, sacrificados en un patíbulo en Mendoza mediante la connivencia de las autoridades de este pueblo con las de Chile. Al historiar este suceso mencionaban la cantidad que se habia hecho pagar al padre, don Ignacio de la Carrera, como .rio cobrado por el verdugo de sus hijos. Fusi-

lados éstos en Mendoza, en territorio estraño, i a virtud de una sentencia pronunciada mediante un proceso informal, se hacia, sin embargo, cubrir en Chile el importe de los gastos que el verdugo mendocino reclamaba como invertidos en la ejecución de las víctimas! El recuerdo de un hecho semejante, de un escándalo que hasta ahora se relata con horror, exasperaba a los reunidos, puesto que les dejaba ver que en el corazón del director se albergaba la venganza sin disfraz ni disimulo. Don Ignacio de la Carrera, anciano ya i gastado por los pesares, habia fallecido a consecuencia de la desgraciada muerte de sus hijos i del cobro inícuo que se le habia hecho.

»Estos hablaban de los fusilamientos misteriosos ejecutados en Campo-Santo (ahora casa de ejercicios de Santa Rosa), i aquellos de las dilapidaciones en las rentas públicas, de los manejos del ministro de hacienda i de la prescindencia del director, si no de su complicidad en todo esto.

»A la vez todos clamaban contra los procedimientos empleados para la reunión de la Convención el 23 de julio de 1822 i la violación que ésta habia hecho de sus facultades, adelantándose a dar una constitución, cuando solo habia sido convocada para determinar a qué reglas deberia ajustarse la elección de la verdadera Convención. La constitución, hija de una reunión formada a placer del director bajo su inmediata influen

puesto que los gobernadores no habian hecho mas que elejir a los que aquel les habia designado, reunia también defectos capitales como era, entre otros, facultar al director para nombrar un sucesor. La constitución, aun sin tomar en cuenta su orijen, la fuente de que emanaba, burlaba las esperanzas del pueblo. Los ciudadanos no querian la constitución para llenar uaa fórmula i tener la vanidad de decir: «hai un código fundamental»; no, las ideas habian cobrado vuelo a esa época, i cuanto mas se alejaba el ruido de los combates i se encerraba en las últimas comarcas del sur, mas prosélitos alcanzaban aquellas i mas terreno ganaban.

XVII.

»Era natural todo esto. En la primera época de la revolución el objeto primordial era combatir al enemigo i declarar la independencia; mas tarde asomaba el tiempo de la organización i consiguientemente el de la discusión i el debate. Los pocos libros que al principio de la lucha habian encendido las cabezas de nuestros padres, se habian ya popularizado i formado opiniones que todo el poder militar de O'Higgins no era capaz de contener. Esta sola circunstancia habria bastado para decidir los ánimos a obrar con enerjía; pero arrian a la vez otros motivos no menos pode-

rosos para estimularlos. Así fué que la reunión quedó acordada, i que dos jóvenes ardorosos, don Juan Melgarejo i don Buenaventura Lavalle, se precipitaron a fijar durante la noche grandes carteles en las esquinas, en los cuales se invitaba al pueblo para una junta en el dia siguiente.

XVIII.

»No obstante esta determinación, la duda trabajaba a todos. La fuerza de línea que se hallaba en Santiago era numerosa, i sobre todo la guardia de honor mandada por un jefe que tenia por O'Higgins toda la estimación del amigo. O'Higgins mismo, que presentia la tormenta, no desmayaba ni se abatia. Militar, creia tener en las tropas un respetable apoyo, i se imajinaba que en el momento del conflicto podria desarmar con el sable la voluntad de un vecindario que no presentaba cañones ni armamento. El director no se creia perdido; el pueblo no se consideraba tampoco bastante fuerte, i los jefes vacilaban en sus cuarteles entre la obediencia que debian al supremo director, al caudillo que los habia dirijido muchas veces a la victoria i el respeto que les imponia el vecindario irritado i la responsabilidad tremenda que asumian combatiéndolo. Solo el soldado no pensaba ni discurria! Con su arma al brazo esperaba tranquilo la voz de mando, ya f

se para ir a dispararla contra ciudadanos pacíficos, o ya para negar apoyo al director en su caida.

XIX.

»Los momentos de una resolución se acercaban. El primer paso estaba dado. Ya los ciudadanos habian comenzado a reunirse en el despacho de la intendencia, capitaneados por el mismo intendente don José María Guzmán, i menester era salir de la vacilación i la duda. ¿Combatirían los jefes de la tropa al pueblo? Se necesitaba de sumo arrojo para un avance de esta naturaleza; al frente de este pueblo estaban los vecinos mas respetables, los hombres que habian hecho mas desinteresados sacrificios durante la guerra de la independencia, i en quienes no podia ahora suponerse miras bastardas, ambiciones oscuras. Los jefes eran también ciudadanos i en su corazón sentian los mismos estímulos que movian a los paisanos. ¿Negarian todo apoyo al director? Este era hasta entonces el jefe supremo de la república i un jeneral valiente a quien habian prestado acatamiento i respeto en las batallas i campamentos. Le debian obediencia ya por las prescripciones de la ordenanza, ya por esos actos de subordinación que la milicia enjendra i sostiene.

»El coronel don Luis Pereira, comandante de guardia de honor, se adelantó a dar solución al

problema. Entre el pueblo i el director era fácil el partido que debia tomarse: antes que el hombre estaba la república; i antes que el amigo el bienestar común. Cerca de las doce del dia, i cuando su tropa estaba acuartelada, se presentó, acompañado de solo un oficial, en el despacho de la intendencia, donde tenia lugar la reunión hasta esa hora, i manifestó que el cuerpo de su mando estaria siempre del lado del pueblo. Al entrar i al salir fué saludado este jefe con estrepitosos aplausos, que no pudieron menos de darle animación i comunicarle mayores bríos.

XX.

»La actitud de Pereira sacó también al vecindario de la incertidumbre en que a su vez se hallaba. La reunión no era hasta ese momento numerosa, porque se desconfiaba de la buena disposición de la fuerza de línea i se temian desacatos i desastres. Los mas pusilánimes no se consideraban bastante fuertes para imponer con solo el derecho al soldado armado; mas la voz de Pereira acabó con toda vacilación i miedo. En el acto acordaron los concurrentes trasladarse al Consulado, situado en la plazuela de la iglesia de la Compañía, como el lugar mas espacioso i mas capaz de contener mayor número de personas.

»A la una de la tarde habia ya mas de dos

tas personas reunidas, i un gran movimiento en todas ellas. A la timidez habia sucedido al arrojo, i a la vacilación la franqueza. Aquellos que poco antes se manifestaban retraidos, ahora combatian al director con calor. Largas disputas se sostenian en la sala: reinaba una grande algazara sin que nadie pudiese llevar la voz de orden, ni hacerse respetar como jefe. Cada cual se creia soberano i con derecho para hacerse oir. El calor de unos se comunicaba a otros, i el de todos formaba de aquella reunión el remedo de uno de esos comicios calados en que el pueblo romano dictaba sus leyes i deliberaba sobre su suerte.

XXI.

»Mientras tanto, el intendente Guzmán, con acuerdo de las personas mas caracterizadas que habian preparado aquel concurso, se habia acercado al palacio del director a esponerle que seria conveniente se presentara en el Consulado a escuchar al pueblo que se hallaba allí reunido, agregándole que tal paso podria calmar los ánimos i conjurar el serio conflicto en que la república se hallaba. O'Higgins recibió a Guzmán con cortesía, pero sin ninguna muestra de cordialidad: estaba sereno, no obstante que se notaba el despecho que interiormente le ajitaba. Escuchó a ızmán con frialdad, i le contestó que no se pre-

sentaria en el lugar que se le designaba, porque no estimaba a esa reunión como la espresión del pueblo, pero que tenia por éste el mismo interés que habia manifestado siempre i abrigaba el deseo de ahorrarle males. O'Higgins estaba hasta entonces en la persuasión de que las personas reunidas en el Consulado eran los *mozos de café*, como decia, i los demagogos que ansiaban sacar provecho de una revuelta. Le parecia que los hombres sensatos no osarian acusarle, o no tendrian valor para llamarle.

XXII.

»Volvió Guzmán al Consulado i dió cuenta de la contestación del director. Esta terquedad, por una parte, i esta protestación de patriotismo por otra, trajo de nuevo la desconfianza i hasta el temor a los ánimos. La antigua ajitación calmó de improviso, i aquella bulliciosa algazara se convirtió en voces pasadas al oido. Se comenzó a temer que O'Higgins abrazase partidos estremos, o causase desastres sangrientos. O'Higgins habia rodeado su persona de grandes respetos i merecido que se le acatase profundamente. Tenia títulos para esto, pero habia también influido en ello el terror que inspiraba su gobierno. Los pueblos pierden su enerjía, su vitalidad bajo los gobiernos fuertes: encadenada la intelijencia, entra solo l-

parte material a formar la vida: i una vez enervada por este medio la primera, los tiranos se alzan i dominan con el terror.

XXIII.

»Muchos quisieron dejar el Consulado i abandonar el lugar en que debia concluir el drama comenzado. Un joven, sin embargo, se adelantó a tomar la puerta que conducia afuera, a colocarse en ella i a detener con su bastón en mano a todos los que se empeñaban en alejarse. Este joven valeroso, que mas tarde ha brillado con honor en varios puestos públicos, fué don Juan Manuel Cobo. El valor i el entusiasmo que desplegó, contribuyeron a hacer volver atrás a muchos de los concurrentes a quienes les afeaba enérjicamente el miedo de que eran víctimas. Mientras Cobo desplegaba tal ardor, otras personas improvisaron una guardia de hombres del pueblo que armaron con espadas i colocaron en línea en todo el ancho del zaguán, dando la cara al interior del patio i la espalda a la plazuela, con orden de permitir la entrada i prohibir absolutamente la salida. De esta manera se logró que la reunión no se desconcertase, volviesen todos a tomar sus puestos i a cobrar el calor que en un momento de debilidad se habia perdido.

XXIV.

»Otra vez en la sala los concurrentes, volvió a notarse la misma confusión que en un principio dominaba. Nadie obedecia, porque todos mandaban; i preciso era que al fin se reconociese una autoridad a cuyas deliberaciones o providencias se sometiese la reunión, puesto que los momentos decisivos se acercaban. A mayoría de votos se elijió entonces una junta para presidir, formada de los señores don José María Guzmán, don Fernándo Errázuriz i don Mariano Egaña. La comisión, una vez nombrada, hizo esta declaración para honor suyo i del vecindario: 1.° la persona de don Bernardo O'Higgins es inviolable i sagrada: 2.° cualquier atentado cometido contra él será considerado como un delito perpetrado contra el primer majistrado de la república. Esta declaración, que da un elocuente testimonio de la jenerosidad del carácter chileno, tenia por objeto respetar al héroe, evitar un escándalo i elevar la revolución en ese dia hasta hacerla digna del país i los hombres que la ejecutaban.

XXV.

»Mientras esto ocurria en el Consulado, O'Higgins hacia los últimos esfuerzos sobre la tropa. Hé aquí lo que sucedia en los cuarteles:

»Noticiado el director de cuanto pasaba en el Consulado, impartió inmediatamente órdenes para que los comandantes de la escolta i de la guardia de honor estuviesen listos con las fuerzas de su mando i prontos a moverse al primer aviso que recibiesen. Aun no desesperaba del concurso que estas podian prestarle, i creia que la subordinación que les prescribia la ordenanza no seria jamás violada. Cada manifestación popular era para O'Higgins un desacato cometido contra su autoridad, cuyo ejercicio lejítimo nadie podia disputarle, i un insulto imperdonable contra su persona. Para él no habia mas que una asonada promovida por los *mozos de café.*

»En medio de la irritación que le dominaba, supo que a don Mariano Merlo, comandante de la escolta, se le habian escapado ciertas palabras de respeto i consideración por el pueblo, al recibir la orden de estar listo que se le habia comunicado; i sin poder contener su cólera, ni meditar el paso que daba, se puso inmediatamente en marcha para el cuartel acompañado de sus edecanes.

XXVI.

»La tropa estaba formada, i Merlo se hallaba al frente de ella, pues acababa de llegar del Consulado, donde habia ido a cerciorarse por sus propios ojos de cuando allí pasaba i de la condición i

prestijio de las personas que se encontraban reunidas. El director, sin ningún saludo previo i con aire arrogante, preguntó al comandante: «*¿Por quién está usted?*»—«*Por el pueblo*», contestó éste con serenidad i calma. Aun no habia concluido de proferir estas palabras, cuando O'Higgins, montando en ira, arrancó por sus manos las charreteras a Merlo i le arrojó a empellones para la calle.

»Los soldados, que todo lo miden por el arrojo, aplaudieron esta humillación de su jefe i esta insolencia del director, quien a su vez se envaneció con estas demostraciones, hasta creer que estaban ya conquistados el corazón i la fidelidad de la tropa. En el momento dió a reconocer por jefe a don Agustín Lopez, i se puso en marcha con el escuadrón a la plaza, donde lo dejó formado. (1)

XXVII.

»Acto continuo, O'Higgins se dirijió a San Agustín, cuyo claustro principal servia de cuartel a la Guardia de Honor. Caminaba atormentado por la desesperación i la esperanza. ¿Por qué no habia de reducir este cuerpo en la misma forma que a la escolta? ¿Por qué no habrian de victo-

---

(1) Toda esta relación es minuciosamente exacta i está comprobada por documentos que aun no han visto la luz pública

riarle los soldados, una vez que repitiera otro acto de enerjía? I ¿cómo habrian de olvidar éstos al antiguo jefe, cuyo valor confesaban? Seguro de esta fuerza, O'Higgins podia desafiar a la reunión popular, imponerle, reducirla i hasta castigar a los cabecillas. Solo se olvidaba de que el soldado que le habia victoreado, era una máquina que bien podia ceder mas tarde a impulsos i movimientos distintos, según fuese la voluntad de los comandantes.

XXVIII.

»Llegado el director a la puerta del cuartel, el centinela hizo ademán de detenerle el paso.—«*Esa consigna no se entiende conmigo*, le gritó O'Higgins despechado, *soi el director supremo de*

---

que probablemente no la verán jamás, por ser de un carácter doméstico. Fueron encontrados algunos de éstos en un pequeño rollo dentro de un cajon que en la tesorería de beneficencia ocupaba don Ignacio de Reyes, tesorero i concuñado del coronel Pereira, i tenian en una faja este letrero:—*Utiles para la historia.* Comunicados al autor por el sucesor del señor Reyes en 1875, pudo persuadirse de la exactitud de los hechos referidos en esta memoria, especialmente de la complicidad del intendente Guzmán i de la *adhesión escrita* del coronel Pereira a la causa popular. Formaba también parte del legajo una acta orijinal suscrita por cincuenta o sesenta ciudadanos. De éstos, después de sesenta años, solo vive el respetable patricio don José Francisco de la Cerda, que hasta hoi ha vivido mas de ochenta.

la república», i siguió adelante sin que el soldado se atreviese a hacer uso de su arma. Don Luis Pereira, comandante de la guardia, recibió al director con todas las consideraciones debidas al jefe supremo i al amigo, i procuró hacerle entender que era llegado el caso de mirar con mas calma los sucesos que pasaban, insinuándole que por su parte no se encontraba dispuesto a tomar armas contra el pueblo.

»O'Higgins no escuchaba reflexión alguna. Un vértigo fatal le tenia aturdido. Recordando cuanto habia pasado en el cuartel de la escolta, se presentó a la tropa que estaba formada i le dió la voz de mando. La tropa no oyó en esta ocasión el eco de su jefe i quedó tranquila con su fusil en descanso. El director es desobedecido!......

»Pereira le recuerda entonces que él es el comandante i a la persona a quien debe impartírsele órdenes: en presencia del director manda echar armas al hombro i ponerse en marcha. Al salir quiere éste otra vez tomar la cabeza del cuerpo i hacerse jefe; pero Pereira con la misma dignidad que hasta entonces se conducia, le dice:—«*Este lugar me pertenece a mi; yo soi el comandante; la persona de Vuestra Escelencia será, sin embargo, respetada*».

»El director i el comandante llegaron a la plaza, sin que el primero calmase su irritación ni recobrase la tranquilidad de que habia menester

para sus deliberaciones. No desesperaba aun, i fiaba siempre en que el soldado podria sacarle airoso del trance en que se hallaba. Formada toda la fuerza en la plaza, el director se paseaba convulsivo al frente de ella, ansioso por castigar a los rebeldes, pero indeciso sobre el partido que podria tomar, desde que sospechaba que la tropa podia dejarle burlado en su propósito.

XXIX.

»El pueblo supo que O'Higgins se hallaba con una fuerza considerable en la plaza, i que el jefe de la escolta habia sido espulsado del cuartel i remplazado por un militar que tenia por el director toda deferencia i cariño. Temió naturalmente i procuró asegurarse para el caso de un lance desgraciado que le pusiera en la necesidad de resistir, una vez que fuese atacado. Estaba lejos de su ánimo i de sus miras toda idea de violencia, pero no podia estar seguro de que iguales intenciones animasen al director, cuyo carácter impetuoso i arrebatado conocia. El intendente de la provincia, don José María Guzmán, que era uno los que presidia a la asamblea, dió órdenes para que la artillería, que mandaba don Francisco Formas, i cuyo jefe estaba comprometido en favor del vecindario, reforzase con sus cañones la guardia nacional, e desde temprano i en el escaso número que

entonces la habia, se encontraba reunida en el cuartel de San Diego. Cada cual procuraba hacerse fuerte, no obstante creerse el pueblo superior por contar en su apoyo con el derecho i la justicia.

XXX.

»El director no obraba. Al frente de la tropa se entregaba de continuo a raptos de irritación i de ira. El pueblo, mientras tanto, se empeñaba a todo trance por evitar la violencia, ahorrar las lágrimas i persuadir al director por la razón i el convencimiento. Su principal deseo era poner un término pacífico, honroso al gran drama que representaba. Con este fin envió una comisión a la plaza, compuesta de don Fernando Errázuriz i don José Miguel Infante, para que invitase a O'Higgins a presentarse en el Consulado i oir las solicitudes del pueblo.

»La comisión marchó: fué recibida al frente de la tropa que se hallaba con sus armas en descanso, i habló al director en nombre del vecindario i del cabildo. O'Higgins la escuchó con soberbia, con rabia, i contestó; «*El cabildo fuera de su sala no tiene representación: el vecindario reunido tumultuosamente tiene menos derecho para entrar en arreglos con el jefe de la república.*» Este arranque de despecho, de desprecio a la vez,

no era mas que la espresión de la altanería del soldado.

XXXI.

»La reunión popular no desesperó por la contestación de O'Higgins, sino que insistió en tocar todos aquellos recursos que fueran capaces de hacerle ceder i traerle a la razón. Desde luego mandó llamar a don José Antonio Rodríguez, amigo íntimo de O'Higgins, que habia sido su ministro de hacienda i cuyos talentos respetaba; despachó un mensajero que fuese a dar alcance a don Luis de la Cruz, que habia partido en la mañana de este dia para Valparaíso i a cuyas insinuaciones podria también ceder el director por la sincera i estrecha amistad que les ligaba, i procuró tocar i empeñar el corazón de la madre de O'Higgins, a quien éste tenia un tierno i delicado afecto.

»A una súplica de esta última, a una lágrima arrancada por el temor del peligro, ¿cómo no habia de doblarse el corazón altivo del hijo? Este recuerdo fué, no obstante, ineficaz. La madre de don Bernardo era tan orgullosa como él: *«Antes quiero ver a mi hijo muerto que deshonrado»*, contestó la altanera matrona. Toda la esperanza cifrada en este resorte se perdió. Solo quedaban los esfuerzos de Rodríguez i de Cruz; si a éstos no cedia, un manto de luto podría talvez cubrir a Santiago.

XXXII.

»Las resistencias del director i el conocimiento de que la tropa permanecia siempre formada en la plaza, bien que inactiva, trajeron la desconfianza i el recelo a la asamblea. O'Higgins no cedia, i la tropa armada no hacia tampoco ninguna manifestación que denotase su descontento. En el caso de un ataque ¿cómo resistir cuando el pueblo no tiene otre defensa que su pecho? Las horas pasaban, i ya la tarde entraba arrastrando las tinieblas de la noche. El director podria quizá estar esperando esta circunstancia para obrar. Los ánimos comenzaron a declinar i el temor a aparecer. Don Domingo Eizaguirre propuso que la reunión popular se trasladase a la Cañada i se pusiese bajo la salvaguardia i el amparo de la artillería i las milicias. La jeneralidad se inclinaba a aceptar esta medida; pero don Fernando Errázuriz, que conocia el peligro que habia en adoptarla, la combatió decididamente, hasta acercarse a Eizaguirre i pedirle en privado su desistimiento. Errázuriz pensaba bien. El peligro estaba en salir: una vez en la calle, la reunión se desencuadernaba, pues que el miedo ajitaba ya los corazones. De las trescientas personas reunidas, ni una tercera parte llegaria a la Cañada, i el triunfo seria entonces del director, quien habria conseguido s

intento nada mas que con su obstinación i pertinacia.

XXXIII.

»Errázuriz calmó a la reunión i trajo otra vez la confianza a los espíritus. Se recobraron las fuerzas, i se tomó la resolución de no abandonar el lugar hasta no cantar victoria. En esta circunstancia se dejó ver en la sala el presbítero don Casimiro Albano, como amigo de O'Higgins, i con la mira, según pareció, de inspeccionar lo que ahí pasaba. Procuró instruirse de cuanto sucedia, pero el pueblo le recibió con frialdad i miró con desconfianza.

»O'Higgins era, a su vez, instado i requerido para que se apersonase en el Consulado. Rodríguez se habia acercado a él con esta solicitud, i don Luis de la Cruz, que habia vuelto al llamamiento del vecindario, le exijia empeñosamente otro tanto. Pereira luchaba desde temprano en el mismo sentido, pero en vano, porque O'Higgins, interpretando mal los sentimientos de la amistad i queriendo anteponerlos al patriotismo, le escuchaba con desconfianza.—«*Esa reunión no se compone mas que de demagogos i hombres perdidos*», gritaba O'Higgins.—«*Se engaña Vuestra Escelencia*, le replicaba Cruz, *lo mas notable del vecindario está allí reunido; ¿qué pierde Vuestra Escelencia con presentarse i escucharlo?*»

O'Higgins no cedia; resistia con porfia, con tesón. Vencido al fin por las súplicas i reflexiones del amigo, se decidió a partir, pero revestido de todas sus insignias, que le diesen a reconocer como primer majistrado de la república. Era la última vez también que se las ponia. Dentro de pocas horas no iba a ser mas que un ciudadano. El director se dirijió al Consulado, acompañado de Pereira i la escolta.

»Hasta aquí hemos visto al soldado; ahora veamos al héroe.

XXXIV.

»Era de las cinco i media a las seis de la tarde. El sol caía ya, i la impaciencia se iba apoderando de los espíritus. Por lo mismo que las fatigas del dia se prolongaban, todos deseaban ponerles término antes que la noche trajese la turbación, el recelo i el descontento. ¿Quién podria asegurar que manteniéndose la lucha entre el director i el vecindario, i perdido así el prestijio de la autoridad del primero, la población no seria víctima de horrorosos desacatos?

»El director llegó al Consulado a la hora mencionada, dejó su escolta en la plazuela, i se adelantó a presentarse al vecindario acompañado solo de Pereira. Entra en la sala, da unos cuantos pasos adelante cubierto con su sombrero, mira a uno i

otro lado con ojo escudriñador, pero impaciente, atrevido, i se descubre saludando respetuosamente a todos los que se encontraban reunidos. Avanza i ocupa la testera.

XXXV.

»O'Higgins no estaba turbado, ni descubria abatimiento alguno. No habian desaparecido de su rostro las emociones del dia, i parecia mas bien verse al guerrero que se preparaba tranquilo para comenzar el combate.

»Una vez que hubo tomado su lugar, dirijió con voz llena la palabra a la concurrencia: «*¿Cuál es el motivo de esta reunión*, dijo, *i el objeto para que se me ha llamado?*» Un profundo silencio fué la contestación que obtuvo. Parecia que la presencia del director habia helado todos los corazones i alejado las prevenciones. Era la primera impresión que hacia el héroe.

»Volvió a repetir su pregunta con la misma serenidad de antes, i el pueblo volvió también a contestar con el silencio. ¿Era que no tenia nada que responder i que se confesaba vencido, o que el respeto sellaba sus labios?

»Don Mariano Egaña tomó la palabra i osó hacerse oir el primero: «*Todos*, dijo, *se miran como hijos del director supremo i le estiman i respetan como a padre: si han llamado a Vuestra Esce-*

lencia aquí, ha sido para consultar sobre el mayor bien del Estado; i yo, animado de estos mismos deseos, me atrevo a manifestar a Vuestra Escelencia que considero necesario en las presentes circunstancias que haga Vuestra Escelencia dimisión del mando».

»*Para dejar el mando,* contestó O'Higgins, *deberia hacerlo ante un cuerpo o una corporación que representase a la nación; i las personas aquí reunidas de ninguna manera tienen esta representación*».

»*Es cierto,* dijo entonces Infante con su voz sonora, *pero el pueblo de la capital es el único que está ahora bajo el mando de Vuestra Escelencia: ¿podrá negarle Vuestra Escelencia la facultad que tiene para variar de gobernantes?*»

»Al oir esta contestación, O'Higgins no trepidó un momento, i con una serenidad admirable i un tono persuasivo e insinuante: «*Pero hasta ahora,* dijo, *yo no veo a la nación: si ésta desconoce mi autoridad, ¿cuáles son los poderes que ha dado a la presente reunión? Ejerciendo yo la suprema autoridad de la república, debo delegarla en comisionados nombrados por ella misma. Lo que aquí se hiciera, podria mañana rechazarlo la nación*».

XXXVI.

»Los ánimos vacilaron al oir tal razonamien

Todos se miraban unos a otros, como buscando la contestación a reflexiones que parecian sensatísimas. Aquella reunión iba tomando el aspecto de un congreso en que era menester vencer con la discusión i la lójica. El pueblo se olvidaba que ya habia de antemano discutido i formado su resolución. Estaba ahí para dar una orden, notificar su voluntad i nada mas. La forma que se empleaba para esto, no era mas que una solemnidad acordada para realzar el procedimiento.

»Don Fernando Errázuriz calculó inmediatamente la impresión que habian hecho las palabras del director i la vacilación que se habia apoderado de los concurrentes. Un momento mas de duda podria perderlo todo i dar el triunfo a O'Higgins.

»*Concepción i Coquimbo*, dijo entonces con calor i desembarazo, *quieren lo que quiere la capital: su voluntad es conocida desde que están con las armas en la mano: Vuestra Escelencia deja, pues, el mando en manos de la nación*».

»El director volvió a incubar de nuevo en sus mismas razones, agregando que las circunstancias no eran a propósito para desprenderse de la autoridad, puesto que estaban pendientes las relaciones entabladas con los ejércitos del sur i del norte por medio de sus emisarios, cuyas contestaciones esperaba.

Errázuriz no retrocedió un paso. Lejos de eso,

volvió a hablar con mas brio i mas enerjía, concluyendo: «*Desengáñese, Vuestra Escelencia: la república exije que Vuestra Escelencia dimita sin tardanza el mando*».

XXXVII.

»El pueblo habia cobrado ya ánimo. La enerjía de Errázuriz estaba en el corazón de todos.

»*¿I quiénes han comisionados a ustedes*, preguntó orgulloso O'Higgins, *para hablarme de esta manera?*»

»*Nosotros, nosotros*», contestó el pueblo agrupándose a la testera i espresando por este movimiento la efectividad del mandato.

»O'Higgins sintió entonces herido su amor propio, humillado su amor de soldado. En aquel movimiento i en aquellas palabras imperativas creyó ver una amenaza con que se pretendia intimidarle.

»Lleno de dignidad i con voz entera: «*No me atemorizo*», dijo; i llevando sus manos al pecho i ofreciendo éste al pueblo, agregó: «*Desprecio ahora la muerte, como la he despreciado en el campo de batalla*».

»El pueblo reconoció al héroe en este instante, al valiente soldado de los ejércitos de la república, i recobró calma i guardó silencio. Al nombre de O'Higgins estaban vinculadas muchas glorias.

para que el pueblo cometiese un desacato contra su persona.

»Este mismo recobró también tranquilidad i se persuadió que toda oposición era inútil. La autoridad debia dejarla, si queria conservar su nombre sin mancilla i legar a los gobiernos posteriores un testimonio de respeto a la opinión pública. «*Puesto que ustedes,* dijo, *son los comisionados, con ustedes me entenderé, pero que se despeje la sala*».

XXXVIII.

»El pueblo obedeció, i el director entró en acalorada discusión con los comisionados, en que el primero hacia valer con tesón sus anteriores observaciones, i estos últimos las suyas. La discusión, sin embargo, se prolongaba, i la noche asomaba ya. El pueblo permanecia inquieto en el patio, agrupado a las ventanas i puertas, ansioso por oir lo que adentro se decia, e impaciente por que el drama terminase. El intendente don José María Guzmán puso fin al debate, i redujo al director a convenir en la dimisión que se le exijia. «*Es cierto,* le dijo, *que Vuestra Escelencia es director de toda la república i que aquí no se encuentra mas que el pueblo de Santiago; pero yo tuve también la honra de concurrir a la reunión que nombró a Vuestra Escelencia supremo director, i la reunión se hizo solo del pueblo de Santiago i*

con un número de personas mucho mas limitado que el presente».

»El director no repuso una palabra; estaba vencido. Luchar mas tiempo era perder la gloria. Sin pena ni turbación, sino mas bien con dignidad i reposo, desprendióse de la banda tricolor i de su bastón de primer majistrado. El pueblo triunfó i O'Higgins se hizo digno de un coro de alabanzas. El primero, al saber la abdicación, prorrumpió en aclamaciones, ensalzando el patriotismo del que ahorraba a la república sangre i lágrimas i le daba honor i glorias.

XXXIX.

»El intendente Guzmán anunció al pueblo la última i magnánima resolución de O'Higgins i le interrogó sobre si facultaba a la comisión para nombrar gobierno.

»El pueblo gritó: «*Sí! Sí!*»

»*¿I será junta o director?*» continuó el intendente.

»*Junta! Junta!*» replicó el pueblo.

»Un director habia traido a la república hasta un precipicio i la habia obligado a perder su tranquilidad; natural era que se mirase con desconfianza i hasta con horror este nombre. Era menester tentar otra cosa i buscar la seguridad i la confianza en el número. Tal era la lójica. L

verdad es que se entraba en una carrera de ensayos.

»Los comisionados, en uso de la autoridad concedida por el pueblo, nombraron la junta compuesta de los señores don José Miguel Infante, don Agustín Eizaguirre i don Fernando Errázuriz. Estos tres nombres eran queridos del pueblo; estaban figurando desde los primeros albores de la revolución de 1810. Tenian, sobre todo, estas personas una merecida reputación de honradez i patriotismo para que el pueblo fiara en ellos i se lisonjeara con halagüeñas esperanzas.

»Nombrada la junta i proclamada, O'Higgins estendió su renuncia, esponiendo en ella que se «desprendia del mando supremo, porque creia que así convenia en esas circunstancias para que la patria adquiriese su tranquilidad».

XL.

»Antes de retirarse quiso hacerse oir. Era la última vez que el pueblo debia escucharle. Estaba escrito en el libro del destino que habia de morir en tierra estraña, sin volver a ser saludado por una jeneración reconocida. «Siento, dijo, no depositar esta insignia (señalando la banda) ante la asamblea nacional de quien últimamente la habia recibido: siento retirarme sin haber consolida-
» las instituciones que ella habia creido propias

para el país, i que yo habia jurado defender, pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación estranjera, respetado en el estranjero, cubierto de gloria por sus hechos de armas. Doi gracias a la Divina Providencia que me ha elejido para instrumento de tales bienes i que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mí han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercitado el mando. Al presente soi un simple particular. Mientras he estado investido de la primera dignidad de la república, el respeto, sino a mi persona, al menos a ese alto empleo, debia haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podeis hablar sin inconvenientes; que se presenten mis acusadores. Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. Acusadme. Si las desgracias que me echais en rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. Tomad de mí la venganza que querais, que no opondré resistencia. Aquí está mi pecho».

»O'Higgins abrió entonces violentamente su casaca i señaló su pecho como el blanco donde debian dirijirse los tiros de sus acusadores.

»El pueblo gritó instantáneamente: «*Nada* *[illegible]*

nemos contra el jeneral O'Higgins: viva O'Higgins!» repitiendo estos vivas con fervor i entusiasmo por largo rato.

»O'Higgins se enterneció en vista de aquella demostración. El pueblo era jeneroso i justo. Nada queria contra el hombre que se habia inclinado en su presencia, que habia depuesto su amor propio, su ambición, en aras del bien público, i que se retiraba después de haber prestado a la república distinguidos i valiosos servicios.

»Si O'Higgins no era ya director supremo, era siempre héroe. La abdicación misma realzaba en aquel momento su figura i la daba mayores proporciones para la posteridad. O'Higgins probaba que no era un ambicioso oscuro, sino un patriota, i que grande en la victoria i orgulloso en el poder, era sereno en la desgracia i magnánimo en la caida.

XLI.

»Era cerca de las nueve de la noche cuando el ex-director se retiró. Volvió a su palacio como simple ciudadano i con un numeroso cortejo que no habia llevado al Consulado cuando se presentó como director. El pueblo le acompañó, haciendo en el camino repetidas demostraciones de afección i de respeto.

»En este día quedó escrita la última pájina de

la vida pública de O'Higgins. Si es indudable que hai en ella faltas, errores, estravíos i pasiones, hai también grandes hechos de armas i grandes acciones que eclipsan i casi apagan hasta la sombra de aquellos desvíos.

XLII.

»Al dia siguiente, 29 de enero, O'Higgins salió de su palacio a hacer la visita de felicitación a la junta.

»A los ocho dias se marchó a Valparaiso con la resolución de partir al Perú i abandonar la patria, donde su presencia podia tomarse como pretesto para perturbar el orden.

»Terminó así el gobierno de O'Higgns. Con él concluyó el gobierno militar, i comenzó el gobierno de la discusión, del aprendizaje, de la libertad. Desde entonces data una nueva era para la república.»

XLIII.

Mas ¿qué fué en su esencia la revolución de 1823 que acabamos de ver narrada con tan alto espíritu de imparcialidad?

Levántanse aquí las pasiones del pasado i atropellándose vienen a deponer en el santuario de la historia cada cual su ira, cada cual su despecho

su heredado error. Fué solo una *poblada*, dicen unos. Fué el *provincialismo*, dicen otros. Fué solo una *ingratitud*, repiten los menos jenerosos.

I hai quienes hayan insinuado que aquella mudanza fué solo el agrio fruto de la *peste* de las cosechas i del *terremoto* del 19 de noviembre de 1822.

Otros han alegado que era un *trono* futuro lo que se habia desplomado.

Otros decian que era el *monopolio* de la aduana de Talcahuano que se habia levantado contra el monopolio de la aduana de Valparaiso.

I sin embargo de tanta queja i de acusaciones tan contrarias, nadie ha dicho que aquel movimiento fuese un *motín*, i menos que fuese una *guerra civil*.

Luego entonces, si no fué lo último i fué a la vez todo lo primero, el levantamiento de 1823 era una *revolución*, i la mas grande, la mas noble, la mas necesaria que haya consumado el pueblo chileno.

I en efecto, al desentrañar la filosofía de la historia patria, desde la epoca de su conquista por los europeos hasta el presente dia, solo dos grandes hechos aparecen de relieve, marcando donde ha fenecido un sistema, una era, un dominio i donde ha nacido una transformación capaz de cambiar por sí sola todo lo antiguo, i esos dos grandes hechos son dos *revoluciones*, por que la humanidad no es sino una inmensa lucha contra

todo lo que la rodea, siendo la *fnerza* i el *derecho* las dos estremidades de la palanca que la pone en movimiento. Cuando es el *derecho* el que triunfa, es la *revolución.* Cuando es la *fuerza* la que predomina, es la *reacción.*

I esas dos revoluciones de nuestro país son la de la *emancipación* (1810) i la de la *libertad* (1823).

Para consumar la primera necesitóse del esfuerzo de todo un pueblo durante diez años de lucha.

Para consumar la segunda necesitóse solo del corazón de un gran ciudadano.

I esta es la mayor gloria del hombre cuyos altos hechos i cuyos errores pasamos en revista, i es gloria tan grande, tan pura, tan especial en nuestra América, que ella es por sí sola un monumento para el ciudadano que la alcanzó.

XLIV.

Háse dicho i pasa ya por cosa de evidencia, que la revolución de 1823 fué contra don Bernardo O'Higgins; pero acaso seria mas propio el decir que la revolución de 1823 habia sido el mismo director de Chile. Su política la habia provocado, pero su voluntad i su corazón la consumaron. El pueblo la inició como un tumulto, i él la lejitimó como un derecho. Es la única revolución completa i verdaderamente grande que rejistran los ar

les de la América. El pueblo es una entidad que se revela, la autoridad suprema es otra entidad que, dueña de la fuerza, aparta ésta, i aceptando solo el derecho i la justicia, la consuma, abnegando su personalidad, su ambición, su gloria, i mas que todo la autoridad misma, que es lo que en la lejislación criolla de América se ha llegado a reconocer en la omnímoda perversión de los grandes principios públicos, la base, la esencia, el todo de las naciones.

I esa dualidad de la acción activa (el pueblo) que invade con el derecho, i de la acción pasiva (el gobierno) que cede al derecho, es lo que hai de sublime, de ejemplar i de raro en la trasformación del año 23. Es la asimilación del pueblo al gobierno i del gobierno al pueblo por la fusión de la libertad, porque la libertad es como el crisol en que se depura el oro: todo lo que es espureo se evapora a su contacto; i así en 1823 la libertad hace el milagro americano de una renovación pública en el poder, en la lei, en los hombres, sin que haya ni despotismo ni anarquía, sin que tome pretesto ni encuentre lado eso que se ha llamado revolución en nuestro pueblo i que no ha sido sino la *guerra civil del despotismo* o la *guerra civil de la anarquía,* hechos tan completamente anti-revolucionarios, que son, al contrario, el retroceso de toda revolución. Revolución es *civilización.* La .acción es la *barbarie.*

El director O'Higgins llevó a cabo la mas grande de las revoluciones políticas que ha visto la América. No solo aceptó la idea de la revolución, que era el principio de la libertad, sino que a su propio elemento, que era la fuerza, la hizo revolución, la hizo la libertad; i por esto el movimiento popular de 1823 no tiene una sola lágrima, un solo suspiro, un solo cerrojo. La revolución del 28 de enero no ha salido de las cuadras de los cuarteles al son de cajas de guerra: ha brotado del corazón de los ciudadanos, i sus clarines de combate son la palabra, su campo de batalla la discusión, la razón sus rayos, la justicia su victoria, la libertad sus trofeos.

XLV.

I el héroe de esa gran jornada que es ya una imprescriptible conquista de nuestro derecho público, es el gran chileno a quien en esta parte ensalzamos como a una lumbrera americana, como a un ejemplo para todos los gobiernos, como una garantía suprema, casi como a un código entre los pueblos que en el examen de esos hechos i de esa resolución magnánima harán el mejor aprendizaje de lo que puede la libertad, cuando la libertad no es un motín de soldados i sables, sino asociación de hombres i pensamientos, cuando la libertad, en fin, es la revolución i no la guerra civil.

Alta, eterna gloria sea entonces dada a los hombres que supieron poner al lado del pedestal de nuestra independencia ya conquistada, los cimientos de esa otra conquista en que hasta hoi estamos empeñados; i que esa gloria no sea como una ración mezquina divisible por predilecciones o enconos entre personalidades i partidos, sino un tributo a la patria toda, al pueblo, al ejército, a los caudillos magnánimos que lanzaron la empresa i le dieron cima.

XLVI.

La mezquindad característica de la historia de los pueblos en que el caudillaje i el influjo de los bandos se sobrepone pronto a toda justicia i a toda verdad, haciendo de los odios i de las mentiras feudos de familia que se heredan entre nosotros de padres a hijos, junto con los trigos i los ganados, se ha empeñado en negar al jeneral O'Higgins, buscando la argucia de los sofismas o la contradicción de los incidentes para disputarle la grandeza de su espontánea, libre i sublime resignación. Pero nosotros que nos alejamos aquí de toda querella, creemos que con un tesoro de verdades acrisoladas hemos puesto el carácter i el corazón de don Bernardo O'Higgins a la altura en que es dado a todos juzgar por sus solas convicciones morales sobre si aquel ciudadano era o no

capaz de aquella acción, i si su *renuncia* fué una *abdicación* i no una *caida*, memos una deposición violenta, infalible i tumultuosa.

I a aquellos que todavia se obstinan en negar una verdad tan autorizada, solo les diremos, como el último esfuerzo de una convicción indestructible, que esa renuncia que se supone arrancada por los acontecimientos del 28 de enero de 1823, estaba ya no solo resuelta sino *ejecutada con anterioridad de dos dias* a esa fecha, a ese momento.

En efecto desde el 26 de enero en que las tropas estaban todas en los cuarteles, el pueblo callado i la autoridad omnipotente en la capital, dueño el director de la escuadra, del ejército acantonado hasta el Maule, con especialidad en Rancagua, i mas que todo esto, contando con un empréstito de cinco millones, cuyos lingotes llegaban a la capital en esos mismos dias, i con lo que era aun de mas valia que el empréstito mismo, si fuera dable, con la *legalidad*, que entonces era un hecho si no una razón, con todo eso que era la fuerza, la lucha i acaso el triunfo, el hombre que de ello disponia i a quien se le ha acusado de violencia, habia cedido i habia abdicado.

Dos dias antes de que llegara el de la violencia, que él también avasalló, el dictador habia enviado a decir al joven rival que le venia a pedir su puesto en nombre de la libertad, que él se lo cedia desde luego i que no pedia mas recom

pensa que la de ir a derramar su sangre por la causa de Chile i de la América en estraño suelo, confiando a un congreso nacional, es decir, al país, la decisión de toda querella doméstica.

El jeneral O'Higgins fué el 28 de enero de 1823 el mas grande de los chilenos, el mas grande de los americanos. Superior a San Martín que se retiró sin fe i a Bolívar que no pudo desprenderse de la omnipotencia sin morir, él se colocó en nuestro continente tan alto como aquel jenio de todas las virtudes a quien los pueblos del norte rinden hoi adoración El 28 de enero de 1823 don Bernardo O'Higgins fué el Washington de Sud América.

En Maipo i Chacabuco, venciendo a la España, nos habia dado independencia.

En la plaza pública de Santiago, venciéndose a sí mismo, nos habia dado libertad.

Que su memoria viva entonces como un santo recuerdo en el corazón de todos los chilenos, como la del doble i magnánimo fundador de nuestra organización en la patria i en la república.

CAPITULO XVI.

El director O'Higgins cae oportunamente para su gloria i su misión americana.—Felicitación i ofrecimientos característicos de San Martín.—Noble respuesta de O'Higgins.—Carta de Pueyrredón sobre el mismo asunto i contestación de aquél.—Palabras de San Martín, O'Higgins i su hermana doña Rosa sobre aquella situación.—Entrevista del ex-director con don Juan Thomas.—El jeneral O'Higgins se traslada a Valparaíso para activar los preparativos de una espedición ausiliar al Perú.—Llegada repentina del jeneral Freire con el ejército del sur a Valparaíso.—Salutaciones recíprocas de ambos caudillos.—Arresto indecoroso del jeneral O'Higgins.—Juicio de residencia.—Entrevista de O'Higgins i Freire según la Memoria del señor Santa María.—Cordialidad que se establece en las relaciones públicas de ambos jenerales.—Sinceridad del desinterés de O'Higgins.—Felicita a Freire por su próxima elevación al directorio.—Carta que escribe a don José María Rosas a este propósito.—Noble reciprocidad de Freire.—Carta en que comunica al ex-director su nombramiento de tal.—El jeneral O'Higgins se resuelve a marcharse a Europa.—Su solicitud a la junta.—Dilijencias i presentaciones de Zañartu para obtener su pasaporte.—Informe del senado sobre la licencia solicitada por O'Higgins.—Honroso pasaporte que se le concede.—Despedida del jeneral O'Higgins a sus compatriotas.—El jeneral O'Higgins se hace a la vela para el Callao con su familia.

I.

Fué ventura grande para el jeneral O'Higgins, aunque no reconocida, la ocasión, i mas que todo manera i la hora en que cayó. Dejó de ser el

caudillo de las glorias de su patria en el preciso tiempo en que podia ser todavía un gran ciudadano, i fuélo tal al caer, que se hizo digno de figurar en el teatro de la unidad americana de nuestros pueblos como un hombre ilustre que deberia dar honra no solo a su patria sino a la patria común de nuestra raza. En este sentido, que es solo de personalidad, puede decirse que su caida fué mas bien la iniciativa de una noble carrera, cuando era ya indispensable dar por terminada la antigua, pues no prometia ya sino frutos de egoismo i vanagloria. Bajo este concepto podria aun decirse que el jeneral Freire al tirar la espada, si le quitaba el peligro i el desvanecimiento del poder, le restituia la luz que la perfidia habia arrancado a sus ojos de mandatario supremo, i le presentaba de nuevo la ocasión de ser grande. Perdia una banda i el cuchicheo de los palaciegos; pero adquiria el poder i el voto de una nueva misión en medio del aplauso sincero de sus conciudadanos.

Por otra parte, dejaba terminada su carrera de una manera ostentosa i magnánima, cual convenia a su gloria, a su índole entusiasta i a sus aspiraciones caballerescas. No podia decirse que su abdicación del poder era una cosa vulgar, como no era tampoco posible que se afirmase que ese poder habia sido infecundo ni habia carecido de glorias propias ni de aquellas que son esclusivas a la patria. Habia vencido a sus enemigos en

propio suelo; i nacido Chile a su voz como nación independiente, habia hecho nacer otro pueblo, acaso mas poderoso, sobre sus lindes. Una era de tan rápidas i lejítimas grandezas, debia cerrarse dignamente con un espectáculo tan noble i tan nuevo como el que el pueblo chileno habia ofrecido el 28 de enero; i en este dia en que se cumplian seis años fatales desde que el caudillo de Chile habia recibido en las cumbres de los Andes su título de mandatario supremo, pudo éste reconocer como una dicha del destino el que su jornada diera fin con el mismo sello de grandeza con que se habia iniciado. Chacabuco i Maipo, Valdivia i la *Esmeralda*, Lima i Pichincha eran los magníficos padrones de aquellos seis años de inmensa fortuna.

Faltábale solamente ofrecer a sus conciudadanos la gloria cívica de sus derechos después de quedar consagrada con el timbre de la inmortalidad de sus armas, i esta proeza, mayor que todas las que habia ejecutado durante trece años de servicios eminentes, puso un hermoso término a su gloriosa carrera el 28 de enero de 1823.

II.

Pero estos juicios no son únicamente una derivación histórica que hacemos a nuestro albedrío en presencia del pasado i de sus desenlaces. Son, al

contrario, la reproducción del voto universal que sancionó aquella situación, sea por el respeto del pueblo al héroe caido, sea por la íntima i sincera aceptación de aquellos acontecimientos en el ánimo de los mas altos i probados amigos del jeneral O'Higgins i aun en el suyo propio.

I a este propósito nos será permitido reproducir aquí, como un título de alta aunque escondida honra para sus autores, una pájina del corazón de los grandes caudillos de nuestra segunda era revolucionaria, escrita por ellos a la vista de la estraordinaria i no esperada mudanza que en el espacio de cuatro meses habia hecho que se encontraran el protector del Perú relegado i triste en una chácara de la campiña de Mendoza, i el director de Chile prisionero en su propia patria. Es la carta de felicitación que el jeneral San Martín dirijió a su amigo tan luego como supo su caida i la respuesta que éste le diera, i que se encuentra escrita al respaldo de aquella, como si hubiera querido hacerse uno solo por la fusión de una jenerosa reciprocidad, aquel noble testimonio, que ahora reproducimos íntegro como sigue, i sin ningún ocioso comentario.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Mendoza i febrero* 9 *de* 1823.

»Compañero i amigo amado: millones de millo

nes de enhorabuenas, por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos de usted se las darán mui repetidas. Si, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de la paz i tranquilidad, i sin necesidad de formar cada dia nuevos ingratos, goce usted de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria.

»Estoi con cuidado por la salud de Rosita. Hágame el gusto de no privarme de sus noticias.

»Sigo reponiéndome, pero la fatiga aunque disminuida, me incomoda bastante.

»A fines de éste, pienso pasar a Buenos Aires, aprovechando de la seguridad que proporciona una espedición que sale de aquel punto contra los indios.

»Adios, mi amado amigo, hasta la muerte lo será suyo su

J. de San Martín».

CONTESTACIÓN.

«Señor don J. de San Martín.

»*Valparaíso, marzo* 5 *de* 1823.

»Compañero i amigo amado: Con el mayor ..cer he visto su apreciable de 9 del pasado por

el mejoramiento de su salud, de que me ha acabado de informar el capitán Pérez.

»Recibo los parabienes por mi separación del gobierno como la mejor prueba de su amistad i mas grande don de la Providencia. Si, mi amigo, tantos años de lucha demandaban descanso i tiempo para atender a la propia conservación, amenazada del modo mas alarmante. No quedo con otros fondos que Montalván i Cuiba con que la jenerosidad del gobierno del Perú i de mi mejor amigo habian recompensado mis servicios; pero aun este último recurso vacila i los desaires i arresto que he sufrido después de haber dejado la dirección de Chile, me prueban lo que en adelante deberé esperar de mi patria, bien que trece años de sacrificios i amarguras inauditas no los cambio por interés alguno, i solo quedan dedicados al honor i bien jeneral de la América.

»Ha sido suspendido el arresto que sufrí en este puerto sin otra satisfacción que negarme hasta el presente el permiso que he pedido para pasar a paises estranjeros; no creo que los chilenos puedan abrigar ni por un solo momento la baja idea de acriminarme con imposturas para lavar la mancha de falta de respeto a mi persona, ni menos de las obligaciones que me deben. Hombres perversos como hai en todas las sociedades del mundo, indudablemente conspiran contra mi honor i solapan el veneno bajo pretesto de una

sidencia que jamás se ha ejecutado en el Estado con jefe alguno superior, porque las leyes i constituciones publicadas hasta la fecha, los escepciona conforme a la práctica jeneral. La sanidad de mis intenciones i el feliz resultado de ellas, será el mayor garante de mis operaciones. De nada me acusa mi conciencia; ella será siempre tranquila al frente de la misma impostura i de los inicuos.

»Rosita estaba a los umbrales de la muerte cuando tuve la precisión de separarme de la capital, pero sé que se halla mui mejorada i que mi señora madre está buena.

»Inglatera será el país de mi residencia si, como espero, se me concede permiso. Recupere usted al todo su salud, i sea cual fuere mi destino, siempre hasta la muerte será su amigo eterno su

Bernardo O'Higgins.»

III.

Otro hermoso testimonio nos ofrece aquí la historia de aquella elevación de miras entre los hombres mas encumbrados de la revolución americа, a quienes la tradición, empapada hasta hoi de pasiones, nos ha presentado como enfermos de una incurable ambición; i esos testimonios son no solo recuerdos honrosos para sus autores, sino

pruebas válidas e irrefutables ofrecidas a la conciencia de la posteridad, para que pronuncie su fallo cuando haya de escribirse la historia de nuestra gran trasformación, porque hasta aquí solo hemos diseñado sus diatrivas o sus chismes, sirviéndonos del oropel de la gloria, mas para encubrir la desnudez de nuestro juicio, que para darles base i lejitimidad.

Hé aquí, pues, como el ex-director de Buenos Aires, socio de aquel triunvirato de la *independencia a todo trance* que representaron en el sur de nuestra América San Martín, O'Higgins i Pueyrredón, cual en el norte Bolívar, Paez i Santander, daba satisfacciones de sus propios sentimientos al hacerse cargo de los que suponian al ex-director de Chile en aquella época. Esta es su carta sincera i sijilosa, pues no debia olvidarse que aquellos caudillos ya no eran sino amigos, o cuando mas, los mútuos confidentes de su pasado poderío.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»Mi siempre apreciable i querido amigo: como el mejor medio de juzgar de los hombres es buscándoles dentro de nuestro propio corazón, yo creo que puedo, sin riesgo de engañarme, felicitar a usted en su presente situación. Yo no he conocido el valor de mi existencia hasta que he podido

libremente buscarlo en mí solo; ni he sabido que era dulce vivir, hasta que me he encontrado en el círculo siempre fiel de mi familia. Aunque nuestras circunstancias comunes no son del todo semejantes, lo sòn, sin embargo, bastante para que usted haya tenido muchas ocasiones de comparar, i para que usted haya podido gustar dulzuras que ciertamente no conoció en el puesto mas elevado de esa república. Por estos goces presentes es que felicito a usted de nuevo; i si me es permitido, también aconsejo a usted que no los pierda. El que ha ocupado largo tiempo el primer cargo de un Estado; el que ha hecho tanto bien a los hombres, debe haber hecho muchos émulos, muchos desagradecidos: la presencia de éstos siempre es mortificante al corazón sensible; i solo huyendo de su contacto podrá usted encontrar la paz de su espíritu. Si la libertad del país necesita aun de los de usted, es preciso que usted se sacrifique ciegamente a ella; pero si no es así, busque usted, amigo mio, su felicidad en el retiro. Crea usted que es la mejor prueba de mi estimación este consejo que me atrevo a dar a usted, venciendo obstáculos que me presenta la delicadeza; crea usted también que será constantemente su amigo—*Juan Martín de Pueyrredón.*—En mi chacra a 9 de mayo de 1823».

La respuesta de O'Higgins, aunque escrita con seis meses de posterioridad (Lima, noviembre 15

de 1823) está impregnada todavia de aquel espíritu alto i jeneroso que desde el 28 de enero habia vuelto a apoderarse de su corazón, echando fuera la ponzoña contajiosa que manos impuras habian acumulado en su pecho: el párrafo en que su alma de patriota está puesta en evidencia dice así:

«Conservo solo mi honor, la memoria del bien que alcancé a hacer i no me ajita pasión alguna. Antes de vencer a mis enemigos, aprendí a vencerme a mí mismo. En vano se afanan en esparcir manchas sobre mi conducta pública: el tiempo depura los hechos i la verdad se deja ver a toda luz.

»La patria no necesita ya de mis servicios; pero si fuesen requeridos en los peligros que hoi la amagan, sacrificaré ciegamente mi existencia en las batallas. Mi vida ha sido mas gustosa en el campo del honor; mi corazón no es amasado para mecerse en la política insidiosa con que puede sostenerse aquel Estado enfermo de envidia, de partidos i facciones. Es inútil dar instituciones i garantías, porque los facciosos las desprecian i censuran. En mi poca o ninguna política i en mi esperiencia, hallo que nuestros pueblos no serán felices sino obligándolos a serlo; mas esto pugna con mi jenio i ya no me es dado tomar parte en lo que corresponde a otros mas diestros».

IV.

Por lo demás, aquellos grandes hombres, en su propio orgullo como en su abatimiento, tenian la intención profunda de sus hechos, albergaban en sus conciencias la absolución de las calumnias de que vivian rodeados i abrigaron aun el presentimiento de la gloria que la justicia de las jeneraciones habia de otorgarles. «La revolución, decia San Martín a O'Higgins (un mes después de la caida de éste i cinco desde su alejamiento del Perú, que fué también una abdicación i tan lójica en aquel caudillo como la de enero en el otro) la revolución me ha hecho conocer, mui apesar mio, lo jeneral de los hombres; pero talvez, o sin talvez, ellos nos echarán menos antes de que pase mucho tiempo».

I el ex-director de Chile, juzgando su misión, su responsabilidad i las acusaciones de sus contemporáneos delante de su propia conciencia, decia a su vez algunos años mas tarde estas palabras que debian ser casi proféticas para su memoria hasta hoi mal comprendida.

«Mientras la tumba no haya cerrado la carrera terrestre del hombre público, especialmente del caudillo que en la revolución ha obrado una parte prominente en transacciones calculadas a escitar en el mas alto grado las fuertes pasiones del co-

razón humano, repito, pues, que hasta cuando la tumba haya encerrado un tal hombre, será imposible hasta entonces formar una verdadera i perfecta estimación de su carácter».

I todavía, una mujer histórica viene a decirnos sobre aquella situación i aquellos conceptos, una palabra en que el corazón de la cristiana i la voz de un amor intenso se unen para elevar una plegaria donde acaso la pasión iba a escribir un reto o una queja. «Pero ah! mi amado hermano, decia doña Rosa O'Higgins al director, recobrándose apenas de una enfermedad que la habia tenido al borde del sepúlcro en esos dias. No será la patria la ingrata. Ella compensará siempre tus sacrificios, i aquel Dios que desde su firmamento está mirando el corazón de los hombres, recompensará al que lleno de honor i de virtudes supo desempeñar el cargo que se le confirió i estaba escrito en el libro de los destinos».

V.

El pueblo chileno, por su parte, i el nuevo gobierno que habia tomado las riendas de su destino, recibiéndolas de las manos del director cesante, se habian colocado a la altura de la situación, dando muestras de una alta jenerosidad, que no era sino de justicia para con el mandatario que con tanto desinterés habia dejado su encumbrado puesto.

En consecuencia i de conformidad con los deseos mutuos de la junta i del ex-director, se resolvió que pasará a Valparaíso a dirijir la organización del ejército ausiliar que se destinaba entonces al Perú i a cuya cabeza era común opinión de la capital se colocaria aquel.

En la madrugada del 5 de febrero se puso, en efecto, el ex-director en marcha para Valparaíso, a cuyo puerto llegó en la noche de aquel mismo dia.

Viajaba todavía el jeneral O'Higgins, si no como mandatario supremo, con los honores de tal al menos. Su escolta le acompañaba, i del palacio directorial en que habia dejado a su madre i a su hermana convaleciente, vino a hospedarse al palacio de la intendencia de Valparaíso, bajo el techo de su íntimo i leal amigo el jeneral Zenteno.

Al siguiente dia, sin embargo, aquella mansión, último asilo de la hospitalidad de su suelo i el postrer vestijio de su reciente grandeza, seria solo una cárcel para su persona, cuyos altos fueros desconoceria el encono o el interés de la política.

VI.

Apenas habian trascurrido doce horas desde la llegada del ex-director a Valparaíso, cuando el vijía anunciaba la aproximación de una escuadrilla que venia por el rumbo del sur. Pocas horas

después la fragata *Independencia* i otros trasportes menores echaban el ancla en la rada, conduciendo a su bordo la division con que el jeneral Freire venia desde Talcahuano a derribar al obstinado mandatario que no habia querido escuchar ni sus consejos de amigo ni sus protestas de lealtad.

Tan luego como el jeneral O'Higgins supo novedad de tanto bulto, envió a bordo de la *Independencia* al comandante Astorga, su ayudante, a felicitar al mariscal por su arribo, i además escribió a éste una breve pero amistosa esquela.

Freire, sorprendido sin duda por aquel mensaje i por las estraordinarias novedades que habian ocurrido en la capital, sin que él lo sospechara, no dió muestra, sin embargo, de ninguna estrañeza ostensible, i se limitó a contestar cortesmente la esquela del ex-director con otra esquela de urbanidad.

VII.

Mas, apenas el jefe del ejército del sur habia puesto su pié en la playa de Valparaíso, cuando, olvidado de su benevolencia natural i hasta del decoro que entre camaradas i amigos, no menos que a fuer de caballeros se deben los hombres entre sí, envió un fuerte destacamento a la residencia del ex-director, i con nó menos de catorce

tinelas hizo rodear sus habitaciones, llamándose de esta manera a juez i a señor de su rival caido, e imponiendo a la junta de la capital sus órdenes de jefe, que comenzaban por abrir un juicio de residencia al que habia dejado de ser su protector para ser su prisionero.

Ningún derecho mas santo i mas lejítimo del pueblo que la *residencia* de sus gobiernos; ninguna obligación tampoco mas digna de ser acatada por los altos funcionarios, para su gloria, si han sido aclamados virtuosos o para su justificación si en el lleno de su mandato fueran acusados de desmanes.

Pero respecto del jeneral O'Higgins, que descendia ahora del poder como su ilustre padre, sometido a juicio, después de tantos años de consagración a la causa pública, aquel trámite, si podia reconocerse como en sí mismo justo, era ilegal, porque las instituciones vijentes solo establecian la responsabilidad de los ministros, era mezquino, porque lo hacia un amigo que le debia tanta gratitud, i sobre todo era innecesario, desde que el director al desprenderse de su alto empleo habia reconocido la justicia popular i recibido el fallo de ésta evitando con su renuncia todo reproche i todo castigo, pues su caida era el mayor de todos.

Mas, queria ya la mala estrella que desde su temprana i turbulenta iniciativa encaminó la mi-
ón pública del jeneral Freire, que éste prestara

dócil oido a las insinuaciones de consejos irritados i aviesos que arrastrándole por la misma senda en que su rival caido habia ido al abismo, le habian de perder, a su turno, i no mui tarde. El ilustre Freire, como su ilustre maestro, tuvo igual flaqueza para los influjos estraños, si bien en aquella alma juvenil hubo mas esquivez para aceptar el mal, i una disposición mas briosa en el acometer de las empresas en que habia sacrificios i era preciso abnegarse a todos los contrastes.

Un arrepentimiento instantáneo sucedió, sin embargo, al parecer, en el ánimo del caudillo del sur, a su primera condescendencia contra la honra i el reposo de su antiguo jefe. Dos dias después de haber ordenado se abriese su juicio de residencia, consentia, en efecto, en una entrevista que era solicitada por un amigo común entre ambos caudillos i que tuvo lugar en la noche del 9 de febrero.

Sea cual fuese el resultado de aquella conferencia, que a nuestro entender tuvo un carácter harto menos enojoso que el que una relación contemporánea describe, ello es que dos dias mas tarde (11 de febrero) el jeneral Freire se dirijia a la capital, haciendo al ex-director las protestas mas sinceras de su lealtad, i ordenando se suspendiese todo signo del desdoroso arresto a que le habia sometido. «El jeneral Freire, nuestro amigo, decia el último a su confidente i apoderado

jeneral en Santiago don Miguel Zañartu en esta ocasión, salió ayer de aquí. A su salida me protestó los sentimientos mas puros de sinceridad i amistad».

El ex-director, por su parte, leal a sus promesas, sincero en su desprendimiento i superior en todo a las pasiones que se arrastraban en torno suyo, rendia a su feliz rival todo aquel homenaje que era dable a su dignidad i a sus afecciones. Apenas, en efecto, habia aquél transijido sus dificultades con la junta de la capital i recibido de ésta omnímodos poderes como jefe del ejército, cuando el primero le escribió en estos términos sus bien intencionadas felicitaciones.

«Señor don Ramón Freire.

»*Valparáiso, marzo* 2 *de* 1823.

»Mi distinguido amigo: después de veinte dias de encierro en la oscuridad por una inflamación alarmante a la vista, puede hoi gozar de la luz para tener la complacencia de saludarle i saludar a mi patria por la acertada elección que se ha hecho en usted para que la dirija en el caos de dificultades en que se encuentra. Sí, mi amigo, usted solo puede restituirla a su antiguo esplendor: no nos engañemos, pues un error político de tal tamaño en la presente época hubiera cerrado las

puertas de la libertad a nuestra amada patria i hundido en la oscuridad trece años de gloria i de sacrificios: aun resta algunos mas que prodigar. El árbitro de los destinos señala a usted para consumarlos. ¡Qué su alta Providencia, guiando sus pasos, lo corone de glorias como a hijo predilecto de Lautaro! es el deseo sincero de su antiguo compañero e invariable amigo.

»*Bernardo O'Higgins.*»

I como una confirmación de su sinceridad, que no era ciertamente el subterfujio de un temor mezquino ni tampoco una cortesía oficial, el ex-director dirijia privadamente a un amigo (el senador don José María Rosas) que se proponia alejarse de la política, estas notabilísimas palabras, dignas de su alto patriotismo i del aniversario (5 de abril) en que las dictaba.

«Mucho he celebrado, decia, el acertado nombramiento de nuestro *hermano* i amigo Freire al directorio pues así solamente podrán calmarse las pretensiones ilimitadas de las provincias que precipitaban al país a su ruina. Los hombres de crédito e influjo como usted es preciso coadyuven ahora mas que nunca al sostén del gobierno *a cuya existencia está ligada la de Chile.* Puede decirse sin equivocarse que si ésta se pierde, toda la América revolucionada también se perderá

entonces el que no exhale el espíritu, vagará errante como los judíos sin patria, sin amigos, vituperado i despreciado de todo el orbe. Así es que el retiro que usted pensaba proporcionarse no me parece oportuno, pues que habiendo variado las circunstancias, usted i los amigos a quienes dará mis espresiones deben trabajar en ausiliar a nuestro amigo i compañero.

»*Bernardo O'Higgins.*»

Por último, la sanción de los hechos acabó de cerrar toda brecha a la discordia entre el caudillo vencedor i el vencido. Aquél fué electo director por la junta de plenipotenciarios el 4 de abril, i revestido ya con la lejitimidad, dió parte de su elevación a su antiguo jefe con esta modesta i respetuosa nota.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago*, 11 *de abril de* 1823.

»Mi distinguido amigo. Todos los esfuerzos de la mas obstinada resistencia no han sido bastantes para sustraerme del empeño que han manifestado los representantes del pueblo para tomar el mando del Estado. En vano he pretestado la necesidad de concluir personalmente la guerra de Concepción, mis comprometimientos públicos pa-

ra no admitir la suprema majistratura i por último, la falta de aptitudes para su desempeño. Se me ha hecho enmudecer con la imperiosa necesidad de las circunstancias, con la anarquía que devoraba al país, i con la responsabilidad de los males consiguientes. Sitiado de este modo, he tenido que aceptar el cargo; i puedo asegurar a usted, que por la violencia que hago a mis sentimientos, este es, sin duda, el sacrificio mas grande que puedo tributar a la patria. Entro, pues, lleno de mil desconfianzas en este nuevo destino, aunque animado de los mejores deseos. Si ellos no corresponden a los fines que me he propuesto, no será efecto de mis intenciones. Ellas tienen por base la felicidad del país; pero para su logro, necesito siempre la dirección i consejos de los amigos. Los de usted me serán siempre estimables, como lo es grata la memoria de su amistad que desea conservar eterna e invariable su antiguo compañero i amigo.

Ramón Freire».

VIII.

El jeneral O'Higgins abrigaba en verdad un deseo tan positivo de alejarse del teatro de sus proezas ya antiguas, i regadas ahora por la simiente de la ingratitud, vigorosa en su crecimiento i siempre de rápida i contajiosa propagación, .

desde los primeros dias que sucedieron a su renuncia, i cuando ya hubo de descubrir con evidencia que su espada no seria puesta al servicio del Perú, por motivos de política doméstica, resolvióse a dejar, no solo las playas de Chile, sino a alejarse por algunos años de la América.

Hé aquí su solicitud a la junta, elevada el 12 de febrero de 1823 i que creemos no se ha publicado nunca.

«*Valparaíso, febrero* 12 *de* 1823.

»Escelentísima junta:

»Si alguna cosa puede satisfacer la ambición de un corazón honrado, me atrevo a decidir por la aspiración de la felicidad común, sentimiento jeneroso lleno de justicia i de nobleza que caracteriza el verdadero patriotismo. Esa aspiración me empeñó a posponerlo todo por acudir al clamor de la patria que en el conflicto contra sus antiguos opresores invocaba el ausilio de sus hijos para sacudir un yugo ignominioso. Desde entonces empuñé la espada, afronté los peligros, me consagré, en fin, esclusivamente al interés común. Trece años han trascurrido ya después de esa época memorable, i me glorío de que mis no interrumpidos servicios, tan antiguos como la revolución, no hayan sido siempre indiferentes a la patria, aunque ellos no hayan a la vez correspon-

dido a la sanidad de mis intenciones; pero ya que la patria no necesita hoi de mis débiles fuerzas, después que el tiempo i la opinión han sancionado la libertad e independencia de que le coronó la victoria en las batallas; i ya que separado del difícil i espinoso cargo del directorio supremo, puedo dedicarme a mis atenciones privadas, espero que el gobierno se dignará permitirme pase a Irlanda por algún tiempo a residir en el seno de mi familia paterna, donde continuaré mis ardientes votos por la prosperidad de mi cara patria i gloria del jeneroso Chile i por los mejores aciertos de Vuestra Escelencia, de quien tiene el honor de suscribirse su mas obediente i humilde servidor,

»*Bernardo O'Higgins*».

Esa solicitud arrastróse cerca de cuatro meses por las oficinas de Estado, a pesar del celo i dilijencia del apoderado Zañartu, valido ya en la nueva administración, para despacharla. Ni la junta ni el jeneral Freire se atrevian a dar por sí solos resolución a aquel punto grave. El juicio de residencia estaba abierto, i aun en activa tramitación contra los ministros por decreto de la junta. El senado habia injerido el juicio de responsabilidad del director (21 de abril) pero solo en lo relativo a los actos de sus ministros i a las infracciones de la constitución, de manera que so

aquellos resultaban siempre como únicos responsables.

Al fin, a instancias de Zañartu i oido el dictamen del fiscal del juicio de residencia, se expidió por el senado el siguiente honorífico informe:

«Senado conservador.—Santiago, junio 30 de 1823.—Al Escelentísimo supremo director.—Escelentísimo señor.—Las razones espuestas por el fiscal del tribunal de residencia son tan poderosas; el juicio de Vuestra Escelencia sobre la conveniencia pública de que se conceda el pasaporte que solicita el capitán jeneral don Bernardo O'Higgins es tan respetable, i es tan evidente la máxima de que a la utilidad jeneral deben ceder todos los intereses particulares i todas las consideraciones que suelen tener lugar en los casos comunes, que el senado no trepida un momento en asegurar a Vuestra Escelencia terminantemente que no hai inconveniente en acceder a la solicitud del mencionado jeneral; pero haciéndose cargo de que el nombre de O'Higgins está unido a las glorias de la patria, i ha de encontrarse en todas las pájinas de nuestros gloriosos esfuerzos, i que por tanto tiempo ha representado a la nación en sus relaciones esteriores, el senado no puede dejar de encargar a Vuestra Escelencia que la licencia que le concede para salir del país esté concedida en términos honoríficos, de suerte que entre los estranjeros le sirva como un documento de estima-

ción i consideración de su patria hácia su persona. El senado le protesta a Vuestra Escelencia los votos de su mas alto aprecio.—Presidente, *Agustín Eizaguirre.*—Secretario, *Camilo Henríquez*».

IX.

El nuevo director, a su vez, consintiendo de buen grado en lo que era un voto nacional, no menos que el suyo propio, como mandatario i como amigo, concedió el pasaporte que sigue a continuación al director cesante i que tanto honra a quien lo otorgara como a quien favorecia. Dice así, i lo reproducimos aunque lo hayamos encontrado impreso al menos una docena de veces.

«Escelentísimo señor: --Solo las repetidas instancias de Vuestra Escelencia han podido arrancarme el permiso que le concedo para que salga de un país que le cuenta entre sus hijos distinguidos, cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas en el nombre de O'Higgins, que las pájinas mas brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado a la memoria de Vuestra Escelencia. En cualquiera punto que Vuestra Escelencia exista, le ocupará el gobierno de la nación en sus mas arduos encargos, así como Vuestra Escelencia jamás olvidará los intereses de su cara patria, i la consideración que merece a sus conciudadanos. Yo faltaria a un deber mio, que

Vuestra Escelencia sabrá apreciar altamente, si a la licencia no añadiese las dos condiciones siguientes: Primera, circunscribirla a solo el tiempo de dos años; segunda, que su Escelencia avise al gobierno de Chile sucesivamente el punto donde se halle. Esta misma nota servirá de suficiente pasaporte, i al mismo tiempo de una recomendación a todas las autoridades de la república que existen en su territorio; i a sus encargados i funcionarios que se encuentren en paises entranjeros para que presten a Vuestra Escelencia todas las atenciones debidas a su carácter i consideración que le dispensa el gobierno.

»Dios guarde a Vuestra Escelencia muchos años.—Santiago de Chile, julio 2 de 1823.—*Ramón Freire.—Mariano Egaña.*—Escelentísimo señor capitán jeneral de los ejércitos de esta república don Bernardo O'Higgins».

X.

Después de aquellos trámites de la política que devolvian al jeneral O'Higgins la libre espontaneidad de su corazón, embarazada por una mezquiña chicana, quedábale solo un deber que cumplir para con la tierra de su amor i de su gloria: el deber de bendecirla i enviarle su ósculo de paz antes de partir. Poniendo entonces al cielo por testigo de cuán santo era aquel último tributo de su con-

sagración a Chile, i agolpándose en su corazón, henchido de mil ternuras, todo lo que habia de jeneroso, de paternal i de sublime en su alma, rica en emociones heroicas, i como puesto de rodillas en aquellas playas que ya no volveria a ver, el ilustre campeón dirijió a sus compatriotas estas palabras que él llamó proféticamente *su último adios* i que pocos ojos leerán sin empañarse, delante de tanto i tan humilde i desinteresado amor pagado por tan oscura i prolongada ingratitud.....

«Compatriotas! ya que no puedo abrazaros en mi despedida, permitid que os hable *por última vez.* Con el corazón angustiado i la voz trémula os doi este último adios: el sentimiento con que me separo de vosotros solo es comparable a mi gratitud: yo he pedido, yo he solicitado esta partida, que me es ahora tan sensible; pero así lo exijen las circunstancias que habeis presenciado i que yo he olvidado para siempre. Sea cual fuere el lugar a donde llegue, allí estoi con vosotros i con mi cara patria; siempre soi súbdito de ella i vuestro conciudadano. Aquí os son ya inútiles mis servicios, i os queda al frente del gobierno quien puede haceros venturosos. El congreso va a instalarse, i él secundará sus esfuerzos: vuestra docilidad los hará provechosos. Debeis recibir en breve sabias instituciones acomodadas al tiempo i a vuestra posición social; pero serán inútiles si no las adoptais con aquella deferencia jenerosa (

prestaron a Solón todos los partidos que devoraban a Atenas. Quiera el cielo haceros felices, amantes del orden i obsecuentes al que os dirije!....... Virtuoso ejército! compañeros de armas! llevo conmigo la dulce memoria de vuestros triunfos, i me serán siempre gratos los que la patria espera de vosotros para consolidar su independencia.—Valparaíso, 17 de julio de 1823.

Bernardo O'Higgins.»

XI.

....

....

Dos dias mas tarde, una embarcación estranjera desplegaba sus airosas velas en la rada de Valparaíso, izando el pabellón inglés que saludaban los fuertes de la bahía en señal de despedida. Era la corbeta *Fly* de la marina británica, que dirijia su rumbo hácia el Callao empujada por una fresca brisa de invierno.

Sobre el alcázar del esbelto esquife veíase un grupo de tres personas que inmóviles i asidas tiernamente por sus manos contemplaban con una profunda emoción la playa que iba diseñándose cada vez mas pálida en el nebuloso horizonte....... Aquel grupo era el capitán jeneral don Bernardo Higgins, su madre i su hermana, i aquella playa

a la que enviaban sus adioses era Chile...... Ninguno habia de volver a verla; ninguno respiraria otra vez aquellas brisas que con cruel pujanza los alejaba a otros climas; ninguno veria la luz de sus viejos hogares al reposar sus cabezas, ya encanecidas, en la almohada de la muerte; ninguno tendria para sus huesos el descanso blando de la tierra en que nacieran; i, sin embargo, el gran caudillo de las batallas de Chile al salir de su patria, casi prófugo, pobre, sin destino conocido, llevando, como después de Rancagua, por único tesoro salvado en el naufrajio, el dulce peso de sus lares, recordaba ahora que entonces las descargas de los fusileros enemigos resonaban en los valles de los Andes en una persecución gloriosa, mientras que en ese instante de supremo adios los cañones de su patria, que le desheredaba de su suelo, saludaban solo, como un último sarcasmo para él, al pabellón estranjero que le habia ofrecido asilo......

Concluia así la era de la gloria i del orgullo.

Comenzaban los dias de la resignación i de la ingratitud.

I entre estas épocas de la vida del chileno ilustre, cuyos hechos contamos, al menos con el mérito de una fidelidad a toda prueba, entre su *Dictadura* i su *Ostracismo*, hai solo una grande i severa lección que recojer, i es la que la misión de los hombres superiores que viven en el culto de la patria, ajenos a sus propias ambiciones, n

termina en la última grada del poder, pues hai mas allá de los empleos i de los títulos públicos deberes de amor i de lealtad para con el suelo natal; deberes santos, inviolables i eternos que la ausencia hace mas bellos, la ingratitud mas puros i que por último la tumba cabada bajo un cielo estraño santifica como un altar en que todas las edades serán llamadas a verter al menos una lágrima espiatoria que lave en lo venidero las manchas de la ingratitud i del olvido, herencia i baldón de nuestro pasado.

CAPITULO XVII.

Llega a Valparaíso la corbeta de S. M. B. *Fly* i el jeneral O'Higgins resuelve dirijirse en ella al Callao.—Notable cortesía inglesa.—Adioses del jeneral O'Higgins al pueblo chileno.—Jeneroso permiso que el director Freire otorgó a la impresión de esta proclama.—O'Higgins llega con su familia al Callao el 28 de julio de 1823 i solicita permiso para bajar a tierra por medio del ministro de Chile, Campino.—¿Su viaje a Irlanda fué solo un deseo?—Carta posterior de O'Higgins a Gamarra sobre este particular.—Espantoso estado de anarquía del Perú a la llegada del jeneral O'Higgins.—Derrotas sucesivas de Alvarado i Santa Cruz.—Escandalosas riñas de Riva-Agüero i Torre-Tagle por el poder a la vista del enemigo.—Desciende Canterac de la sierra i ocupa a Lima durante un mes, retirándose una semana antes de la llegada de O'Higgins.—Como se reparten el poder los traidores Riva-Agüero i Torre-Tagle.—Preséntase en la escena el jeneral Bolívar.—Su prevención contra los chilenos del partido de O'Higgins.—Brinda a éste calorosa amistad i sus manifestaciones por él en un banquete.—Respeto con que es recibido O'Higgins por los peruanos i por su deudo i condiscípulo Torre-Tagle.—Bolívar emprende contra Riva-Agüero i se dirije a Trujillo.—El jeneral O'Higgins, juzgándose inseguro en Lima, lo sigue a aquella ciudad con su familia.—Antes de embarcarse adquiere la certidumbre de la sublevación próxima del Callao i lo comunica con los mas minuciosos detalles al traidor Torre-Tagle que se desentiende.—Notable i patriótica carta inédita de O'Higgins sobre el particular.—Honroso pasaporte que le da Torre-Tagle.—Se subleva la fortaleza del Callao i pormenores desconocidos de este acontecimiento.—O'Higgins llega a Huanchaco i reconcilia al almirante Guisse con el prefecto de La Libertad.—Carta de agradecimiento de Bolívar.—El jeneral O'Higgins se instala pobremente en Trujillo.—Sus finanzas al salir de Chile.—Sus propiedades, sus rentas i su pobreza.—El jeneral chileno llega a Trujillo en tiempo oportuno para salvar la vida de uno de sus mas implacables enemigos.—El coronel carrerino don Ramon Novoa.—Interesante **correspondencia sobre el particular.**

I.

El viaje de mar que daba comienzo al ostracismo del ex-director O'Higgins fué feliz, porque fué breve. El buque de la marina de guerra de S. M. B. que le diera hospitalidad, la corbeta *Fly*, capitán Phipps, habia correspondido a la velocidad de su nombre. Pero todo lo que conducía de Chile a su bordo aquella nave estranjera era un gran dolor. El ilustre proscrito llevaba consigo a su madre i a su hermana, todo su hogar, su última ventura; pero junto con ellas le hacian compañía en lo hondo de su pecho los desengaños, los desprecios, todos los amargos sinsabores del que habiendo vivido alto ha caido, i que en compensación no tenia nada que ofrecer a su patria sino su magnanimidad i su perdón, como Temístocles—«Compatriotas, habíales dicho a los chilenos en su proclama de adioses, compatriotas permitidme que os hable por la *última vez*.......... Quiera el cielo haceros felices, amantes del orden, i obsecuentes al que os dirije» (1).

---

(1) Siendo la porción de este libro que en este capitulo comienza enteramente nueva e inédita, hemos creido indispensable, según lo anunciamos en las primeras pájinas de la presente edición, acojer algunas notas i documentos ilustrativos para comprobar nuestra relación, como lo hicimos con la primera parte i edición hace 22 años. En este sentido agregaremos aquí que la manifestación o proclama ya citada del ex-dictador fué dada a la imprenta con permiso espreso del jeneral Freire, según la sigu te esquela dirijida por el secretario privado del nuevo direc

II.

Ese solo adios revela si no un grande hombre una alma grande; i no fué menos la sumisión del proscrito al poner su planta en estraña tierra que al partir de la suya. Llegado al Callao, después de trece dias de viaje invernal, el 28 de julio de 1823, (segundo aniversario de su independencia) su primer cuidado fué saludar al representante de su patria en el Perú i solicitar su vénia, no necesitándola, para bajar a tierra.—Hé aquí los términos precisos de ese documento que se ha conservado inédito hasta aquí, como casi la totalidad de los papeles históricos que, con esta última par-

---

don Santiago Fernández, al ex-privado don José Antonio Rodríguez, la cual, sin fecha, dice así:

«Señor don José Antonio Rodríguez.—Mi amigo i señor: He entregado a S. E. el señor director la carta que U. me incluyó, i me dice conteste a U. que si por su parte ha habido algún resentimiento, *todo está olvidado*. También le manifesté la proclama del señor O'Higgins, i enterado de ella la pasó al señor ministro Egaña que entró al tiempo de estarla leyendo: ambos convinieron en que no habia el menor inconveniente para que se imprimiese; i al efecto la devuelve a U. su affmo. servidor i amigo Q. S. M. B.—*Santiago Fernández*.»

El comandante Sutcliffe, que acompañó al ex-director hasta dejarlo a bordo de la *Fly* el 15 de julio de 1823, publicó en su libro titulado *Sixteen years in Chile and Perú* interesantes detalles íntimos sobre su partida, i los documentos ligados con ésta.

La *Fly* llegó de Inglaterra a Valparaíso el 13 de julio de 1823, i aunque debia continuar inmediatamente al Callao, el capitán Maclean, de la *Blossom*, que era el comodoro inglés en ese momento, la detuvo hasta el 15 para que condujese con los debidos honores al ilustre proscrito. Éste, al llegar a bordo, rehusó el saludo de honor que debió hacérsele.

No hai fijeza, sin embargo, en si el dia de la partida fué el 15 o el 17 de julio.

te de la vida de don Bernardo O'Higgins, ven la luz por la primera vez.

«Deseoso de pasar a Irlanda a residir algún tiempo en el seno de mi familia, en uso de la licencia suprema que tengo la honra de dirijir a Usía, i cuya devolución pido oportunamente, me he apresurado a venir a este puerto, persuadido de encontrar en él arbitrios mas prontos i seguros para seguir a mi destino por la vía de Panamá, que los que ofrece por el cabo de Hornos la rijidez de la estación presente. Mas, como para ello me sea indispensable pasar a tierra, me tomo la confianza de interpelar el ministerio de Usía, suplicándole que al mismo tiempo que se sirva presentar el homenaje de mi mas profundo respeto a su Escelencia el señor presidente de esta república, tenga la bondad de interponer su mediación para que su Escelencia se digne acordarme el permiso suficiente para residir de paso en el territorio del Perú, mientras que logro oportunidad de buque que me trasporte a Pamaná.

»Con este motivo tengo la honrosa satisfacción de protestar a Usía nuevamente los sentimientos de la mas alta consideración i aprecio con que soi su mui atento i humilde servidor.

»*Bernardo O'Higgins*».

Señor ministro plenipotenciario de Chile cerca del gobierno del Perú, don Joaquín Campino.

III.

El jeneral O'Higgins redactó la nota que precede en la rada del Callao a bordo de la *Fly* el 28 de julio de 1823, i si la data no aparece en el testo es porque la hemos copiado de su borrador.

La insinuación de su viaje a Irlanda en ese documento contenida, bien podia ser un deseo natural de su alma de desterrado, pero en el hecho no pasaba de una quimera o de un pretesto para cohonestar a los ojos del país que tan poderosamente habia ayudado a libertar, su humillante si bien disimulado destino. Según uno de sus confidentes (el ya citado comandante Sutcliffe), la única condición que puso para embarcarse en la *Fly*, i no en un buque mercante mandado por el capitán William, fué que ningún chileno supiese su partida.

Por fortuna, aun en medio de sus desgracias domésticas, los peruanos le tributaron el respeto, si no de sus servicios, de sus méritos personales. En consecuencia, el presidente marqués de Torre-Tagle que habia sido en la niñez su condiscípulo en Lima, le acojió con marcada benevolencia. Desde un año hacía habíale enviado afectuosas manifestaciones de aquella época de la vida.—«Yo recuerdo, le decia en carta de Lima, enero 21 de 1822, con agrado las relaciones que nos unen des-

de nuestra primera edad en el colejio del Príncipe, para que nuestras correspondencia sea tan seguida i franca como corresponde a la antigüedad de nuestro conocimiento, a los *vínculos de familia* i al interés que defendemos» (1).

IV.

Entretanto, al desembarcar el jeneral O'Higgins en la playa del Perú, no era este un país: era el caos i su imajen. Pueblo profundamente desmoralizado por el réjimen de la colonia, por el clima, el negro i el oro hasta la médula del alma, desde que San Martín le desamparase de su potente voluntad por un acto de incomprensible desfallecimiento, i del cual mas tarde hondamente se arrepintiera, todos los furores de la anarquía se habian precipitado sobre sus pueblos i todos los pánicos de la derrota sobre sus ejércitos.

Enviado Alvarado al sur con un lucido ejército de cuatro mil hombres, compuesto de chilenos, arjentinos i peruanos, a fines de 1822, habia sido ignominiosamente deshecho en Torata i en Moquegua por Canterac, que le cayera encima como el rayo desde las cumbres andinas en los primeros dias de enero de 1823.

Despachado en seguida Santa Cruz con un

(1) El marqués de Torre-Tagle se habia casado con la viuda de don Demetrio O'Higgins, primo hermano de don Bernar-

ejército mayor para reponer aquel desastre (mayo de 1823), internóse aquel ambicioso caudillo en Bolivia con cinco mil hombres, que en tres meses fueron desbaratados sin pelear, a fuerza de marchas i contramarchas, por cuyo motivo dieron a aquella campaña, que no tuvo mas encuentros de guerra que el dudoso de Zepita, el apropiado pero irrisorio nombre de «la campaña del talón».

I mientras esto sucedia en la Sierra, el atrevido Canterac bajaba de Jauja por Lurín con nueve mil hombres aguerridos (junio 18 de 1823), i dispersaba con la sola vista de sus polvaredas el anárquico i corrompido Congreso que San Martín habia convocado en setiembre del año precedente para dimitir el mando.

El turbulento Riva-Agüero i el apocado i hasta imbécil marqués de Torre-Tagle, hechuras sucesivas de esa asamblea inepta i profundamente antipatriótica, se disputaban sucesivamente el mando, aunque el último no tuviese mas campo de acción que los torreones del Callao, su postrer refujio.

Por fortuna, Canterac, receloso de lo que pudiera emprender Santa Cruz en las sierras de Bolivia, se retiró espontáneamente de Lima un mes después de su bajada, i maniobrando como sobre un tablero de ajedrez, volvió a internarse en las gargantas andinas, de las que no le sacaria ya sino el cañón de Ayacucho i su capitulación.

Canterac, jeneral de caballería, pero el mejor táctico del ejército español en la América del Sur, habia salido de Lima casi en el mismo dia en que el jeneral O'Higgins se embarcaba con ese destino en Valparaíso (julio 17 de 1823).

V.

Encontróse el ex-director de Chile, por consiguiente, en medio de un campo de desolación, de recelos, de pusilanimidades i aun de traiciones. Riva-Agüero, que habia supeditado al congreso dividiéndolo, era en el fondo de su alma un traidor, como lo era Torre-Tagle, su émulo limeño.—Hallábanse el uno i el otro en ocultos tratos con el enemigo español i su felonía latente sería probada mas tarde. Pero mientras llegaba la hora de la evidencia, que no habria de tardar, i aceptando la tercería del noble Sucre, consintieron los dos pretendientes en dividirse la túnica de sus ambiciones, a la vista del común tirano de la patria, mandando Riva-Agüero en el norte (Trujillo), Torre-Tagle en el centro (Lima), mientras Sucre con un puñado de colombianos i chilenos se dirijia al sur (Arequipa) a sujetar al enemigo, cooperando a la acción de Santa Cruz, quien a su vez, como Riva-Agüero i como Torre-Tagle, por recelo del adalid colombiano, se dejó miserablemente batir, en vez de buscarlo, i juntos atacar al virrei en las alturas.



DON JOSÉ IGNACIO ZENTENO

Lit P. Cadot. RAFAEL JOVER, EDITOR

Como resultado de esta serie de derrotas políticas i militares, el presidente Riva-Agüero se habia marchado a Trujilló con un grupo de diputados, que llamaba él pomposamente su senado, solo cinco dias antes del arribo del jeneral O'Higgins; i por esto se esplica que fuera su antiguo condiscípulo el marqués de Torre-Tagle, quien lo hospedara en Lima, con el título también de presidente de su senado i su congreso.

VI.

Afortunadamente para el Perú i la causa de la independencia americana, aparecióse un mes mas tarde en medio de aquella insondable confusión i desgreño, el hombre que, con el acero de su jenio i de su espada, traia la luz i la cohesión de la fuerza. El 1.° de setiembre de 1823 anclaba en el Callao el bergantín *Chimborazo* i a su bordo venia Bolívar.

Acatado éste como salvador por el pueblo i el Congreso limeño en sus últimas agonías, era proclamado dictador el dia 1.° de ese mes, i mientras Torre-Tagle le prestaba finjida sumisión para pasarse al enemigo i morir en sus castillos como traidor rematado, Riva-Agüero maquinaba en Trujillo con todos los artes de la perfidia para sustraerse a su dominio, hasta que uno de sus lug .-tenientes i el hombre de su mayor confianza

(el comandante Lafuente) lo amarró una noche junto con sus postreros secuaces. Entre estos los mas importantes eran los hermanos don José María i don Ramón Novoa, antiguos carrerinos, dispersados por el huracán de las persecuciones, i el coronel don Ramón Herrera. Los tres eran chilenos, i el primero su ministro de la guerra i su consejero mas íntimo.

VII.

El Libertador no amaba a los chilenos, así como no fué amado sino temido por ellos. Hombre de los trópicos, águila altanera que se mecia en las candentes atmósferas del sol, encontraba cierta instintiva repulsión entre los hombres de las zonas templadas en que el cálculo se anticipaba al jenio, al calor i hasta la ira, su pasión dominante. Habia tratado a San Martín con petulante viveza en su célebre conferencia de Guayaquil, un año hacia, e influido su ánimo contra O'Higgins por las relaciones de los chilenos desterrados al Chocó i que como Vijil i Fontecilla (éste último hermano político de don José Miguel Carrera) habian sido sus ayudantes, no se guardó en aquella ocasión de tratarle de «tirano».

Pero fuera táctica de su política, fuera respeto para con ilustre infortunio, desde que llegó a Lima mostróse Bolívar deferente para con aquel

dos hombres superiores que le habian precedido en su obra de redención, i en el banquete de bienvenida que le ofreció la sociedad i el gobierno de Lima, por la medianía de setiembre de 1823, alzando la copa para pronunciar un brindis de honor, dijo estas palabras i formuló estos nobles votos: —«Por el buen jenio de la América que trajo al jeneral San Martín con su ejército libertador desde las márjenes del Rio de la Plata hasta las playas del Perú, i por el jeneral O'Higgins que jenerosamente lo envió desde Chile.» (1)

VIII.

Dos o tres meses después, i reducido a la fuga el avieso Riva-Agüero, sorprendido en acomodos secretos con los españoles, el Libertador dirijióse a Trujillo para preparar desde allí la gran espedición que deberia terminar en Ayacucho. Torre-Tagle quedaba en Lima traicionándolo.

---

(1) PAZ SOLDAN.—*El Perú Independiente,* (segunda época), vol. I, páj. 165.

El comandante Sutcliffe, que llegó a Lima dos meses después que el jeneral O'Higgins, con despachos del gobierno de Chile para Bolívar, da también testimonio del alto aprecio de éste por el jeneral chileno, a quien visitaba con frecuencia, mostrándose particularmente afable.—«Era altamente respetado *(highly respected)*, dice del ex-director de Chile, i fué visitado por los principales habitantes de Lima i los jefes del ejército peruano, del colombiano i del arjentino.» (Obra citada, páj. 73.)

IX.

El jeneral O'Higgins preparóse por su parte a seguirlo. Fuera por que sospechase que Lima no era un asilo seguro para él i su familia, en medio de tantos traidores, fuera por el deseo de militar al lado de Bolívar como lo significó; i aunque hubiera deseado visitar su propiedad de Montalván, fué obstáculo a ello la ocupación enemiga del valle de Cañete.

Se dirijió en consecuencia con sus errantes lares, su anciana madre i su varonil hermana, a Trujillo en los últimos dias de diciembre de 1823, i el siguiente pasaporte del presidente Torre-Tagle da testimonio del respeto de que el ilustre proscrito a la sazón vivia rodeado en el Perú.

«El ciudadano Presidente de la República por la *Constitución peruana.*

»El Escelentísimo señor capitán jeneral don Bernardo O'Higgins pasa a Huanchaco con toda su familia por mar, en cualquiera buque que guste, o por tierra, según le pareciese. Los eminentes servicios que tiene hechos en el Perú, exijen imperiosamente, no solo que no se le ponga embarazo alguno en su viaje, sino que se le auxilie ventajosamente con cuanto pueda necesitar. El gobierno hace severamente responsable a toda autoridad i justicia por la mas leve omisión en el

particular, pues el Perú debe considerar altamente a Su Escelencia por una retribución mui justa a los sublimes esfuerzos que ha hecho por su libertad.—Dado en Lima a 23 de diciembre de 1823. —*Tagle.*—Por orden de Su Escelencia.—*Juan de Berindoaga.*» (1)

X.

El jeneral O'Higgins, buscando en su destierro un nuevo destierro, se hallaba en el Callao en

(1) En una carta que muchos años después (el 18 de setiembre de 1833) dirijió el jeneral O'Higgins al presidente Gamarra, espresa que su primera idea al salir de Chile, fué dirijirse a Irlanda, por dos años, especialmente con el objeto de enviar algunos colonos al sur de Chile i a su hacienda de las Canteras, «conforme a los planes de su padre». Pero que notando el estado horrible del Perú, resolvió quedarse para prestar a la causa de la América sus últimos servicios.—«Con este motivo, le dice, hablándole de su proyecto de pasar a Irlanda, me embarqué para este país en julio de 1823 en la corbeta de guerra de S. M. B. *Fly*, pero al desembarcar en el Callao supe que usted i el jeneral Santa Cruz se hallaban en el Alto Perú con la mayor parte del ejército peruano, i supe además con sorpresa i dolor que el jeneral Canterac habia ocupado recientemente a Lima durante varias semanas con cerca de 9,000 hombres, habiéndose retirado solo pocos dias antes de mi llegada al valle de Xauxa, donde tenia abundantes recursos i ocupaba una posición desde la que podia apoderarse facilmente de la capital, tan luego como lo juzgasen conveniente, pues no necesitaban sino una marcha forzada de pocos dias.

»Bajo el imperio de estas circuntancias, no solo no vacilé un momento en renunciar a mi viaje a Europa, sino a mis propias dilijencias i arreglos en mi hacienda de Montalván, sino que me decidí a ofrecer mi espada al Perú en calidad de simple voluntario, cuyo ofrecimiento el presidente marqués de Torre Tagle ·ptó de una manera altamente satisfactoria a mis sentimien- ·»

la víspera de navidad de aquel año de disturbios, i antes de embarcarse para Huanchaco, puerto de Trujillo, intentó hacer al gobierno del Perú un servicio que si hubiese sido con lealtad atendido habria evitado una gran catástrofe americana,—la sublevación de los castillos del Callao i su entrega a los españoles, hecho que tuvo lugar un mes mas tarde (5 de febrero de 1824), consumado por su propia guarnición de tropas patriotas. Componíanse estas de mas de mil quinientos hombres del Perú i de la Plata, entre los que figuraban 150 artilleros chilenos, al mando éstos del anciano coronel Morla, el del sitio de Chillán.

Rodeado el jeneral por los últimos con el afecto que inspira un protector en el infortunio, aquellos leales soldados le manifestaron su desesperación por el trato inícuo que recibian de sus jefes i con franqueza hicieron ver a su antiguo i venerado caudillo, que si aquellos males no se remediaban, las fortalezas mas importantes del Pacífico volverian a caer en manos de los defensores del rei.

En consecuencia de estas revelaciones, recojidas por el jeneral O'Higgins en Lima desde su llegada i en el Callao antes de embarcarse, escribió inmediatamente a Torre-Tagle comunicándoselas en términos que habrian persuadido i puesto en acción a todo hombre que no hubiese tenido negra felonía escondida en su alma.

Son dignos de conservarse estos avisos por la confirmación plena que tuvieron i porque por primera vez los usufructua la historia. «Estas demoras para mi viaje, decia, en efecto, el jeneral chileno en carta a Torre-Tagle fechada en el Callao el 24 de diciembre de 1823, me han presentado, sin embargo, la oportunidad de adquirir nuevos datos respecto del estado de la guarnición, los que completamente corroboran *los avisos que he comunicado tanto a Vuestra Escelencia como al Libertador sobre el estado de desmoralización en que se hallan las tropas que guarnecen los castillos.* Los mismos artilleros chilenos que me pusieron en Lima al corriente de esta situación me han vuelto a visitar aquí i me repiten que el descontento de los soldados continua en aumento, mediante las sujestiones de *varios sarjentos i cabos* que ya aseguran que los oficiales han recibido los sueldos de la tropa i *se los han apropiado para sus pasatiempos,* o ya acusan al gobierno por el desamparo i miseria en que los mantienen. Aquellos hombres se persuaden de que siendo abandonados a sí mismos pueden lícitamente saquear las chácaras de la vecindad, lo que ejecutan con tanta mayor impunidad cuanto que a pesar de las quejas diarias de los propietarios a nadie se castiga. Es sensible por esto que las altas atenciones del Libertador no le hayan permitido nombrar, como lo pensó, un ısejo de guerra de oficiales peruanos i de Co-

lombia para investigar las acusaciones que hacen a los soldados de la guarnición por sus robos i despojos don Marcos Riley i otros vecinos.

»Por mi parte, son tan *serios los temores* que yo abrigo de un *funesto resultado*, si las cosas continuan en el presente pié, i miro aquellos temores tan inminentes que estoi resuelto a llevar conmigo a Huanchaco a mi madre i a mi hermana» (1).

I tal cual lo anunciara proféticamente el jeneral chileno, tal sucedió. Cuarenta dias mas tarde (5 de febrero de 1824) los sarjentos arjentinos Moyano i Rios sublevaban la desesperada tropa i entregaban al enemigo aquellas formidables defensas que Rodil seria el último en rendir, entre todos los parapetos de la España en suelo americano (2).

---

(1) Paz Soldán confirma estas declaraciones salvadoras en su obra citada (páj. 230) en los términos siguientes:

«El ilustre jeneral O'Higgins que se hallaba en el Perú, a consecuencia de las convulsiones políticas de su patria, conservaba todavía todo su influjo sobre las tropas chilenas que quedaron en Lima; con este motivo pudo saber con todos los pormenores, por los oficiales i soldados de la brigada de artillería de los castillos, el estado de desorden que allí reinaba i la indisciplina i descontento de las tropas de los batallones arjentinos; porque sus jefes no les acudian con su paga; por lo mal atendidos que eran en sus necesidades i otras causas semejantes. O'Higgins conociendo el peligro de tal situación, la puso en noticia del Libertador, ausente en el norte; pero no creyendo éste tan *eminente* i próximo el peligro, i preocupado con los asuntos de Riva-Agüero que creia de mas inmediata consecuencia, no remedió en tiempo el mal i llegó a su término.»

(2) El historiador Paz Soldán refiere con fidelidad la manera como esta funesta sublevación tuvo lugar, siguiendo la relación que tanto a él como al que esto escribe hizo en 1860 e

XI.

Instalóse el jeneral O'Higgins en Trujillo modestamente, casi humildemente, como lo hiciera en Lima, porque el regalo de Montalván, su úni-

---

entonces alcalde de Lima don Estanislao Correa i Garai, respetable caballero arjentino, que en el dia del alzamiento era capitán de la compañía a que pertenecia Moyano. El señor Paz Soldán omite, sin embargo, referir que la guarnición no habia sido pagada ni socorrida durante tres meses, porque su propio jefe, el jeneral don Enrique Martínez, habia perdido al juego todos sus haberes, según consta de la relación del capitán Correa que pusimos por escrito hace mas de veinte años. El capitán de mar a quien Martínez escribia para que apresara a Moyano (que fué lo que precipitó su defección a los españoles), i que el historiador peruano no nombra, es el célebre *Buchard* de la *Arjentina.*

La siguiente relación inédita de la sublevación de los castillos confirma por completo todos los presentimientos i terminantes anuncios del jeneral O'Higgins:

«Señor don Bernardo O'Higgins.—Lima i febrero 9 de 1824. —Mi querido amigo: Con el pesar que usted sentirá le comunico haberse perdido los castillos del Callao por la sublevación de las tropas del Rio de la Plata en la madrugada del 5. Los artilleros de Chile i una corta sección de colombianos siguieron también el impulso i la plaza existe en manos de los tumultuados. El jeneral Alvarado, jefes i oficiales que se encontraron dentro de los castillos i en la población del Callao fueron sorprendidos i conducidos a Casa-Matas. La operación fué dirijida por los sarjentos, a cuya cabeza está un tal Moyano, sarjento 1.° de la 4.ª del Rio de la Plata. Ya se han distribuido entre sí los empleos i el primero se titula jeneralísimo a veces, otras jeneral. La revolución fué tan ordenada como sijilosa: nada se traslució hasta el momento de sentirse el golpe, i después de ella se han respetado las propiedades i las personas de los que no eran oficiales. Todas las tentativas hechas en estos tres dias para reducir al orden a los tumultuados han sido inútiles, porque últimamente ni reciben a los comisionados. Su situación es mui complicada; i ya por esto i por el influjo oculto que pudiera haber

ca fortuna, talado sus campos por la guerra, nada le producia entonces ni mas tarde en muchos años (1).

---

en este movimiento, comenzamos a temer con fundamento que los tumultuados capitularán con los godos. ¿Qué dirán ahora los causantes de una desmoralización tan jeneral? Ello es que el edificio va cayéndose a toda prisa, i no será poca fortuna salvar de sus ruinas, a menos que la suerte favorezca al jeneral Bolívar, única esperanza en esta tormenta.—Rivadeneira agradece los recuerdos de usted. Todos estamos con el pié en el estribo, i no será mui estraño que haga a usted una visita su afectísimo amigo

Tomás Guido.

»Espresiones a su apreciable familia. No envio a usted papeles de Buenos Aires porque no acabe usted de desesperarse con las lecciones filosóficas.»

(1) En una carta íntima del jeneral O'Higgins a un amigo que en 1828 le pidió en préstamo 3,000 pesos, suma escasa que él se vió forzado con sincero pesar a negarle, encontramos los siguientes datos sobre su fortuna al salir de Chile:

Antes de salir al destierro tenia depositados en la casa de Begg, rico comerciante i minero inglés de Puno, 30,000 pesos; pero de éstos, 19,000 pertenecian a San Martín, i el resto tuvo que pagarlo en Chile a sus acreedores. Después recibió algunas cortas libranzas por venta de sus muebles, libros, porcelanas, etc., parte de las que compró la viuda del jeneral Mackenna i el resto sus amigos. Don Miguel Dávila mostraba hasta hace poco la mesa de centro de la sala del director que compró a sus apoderados.

Pero don Bernardo afirma, en la carta citada, que eso i cuanto tenia lo gastó en los años negros de su instalación en el Perú, viéndose obligado hasta a enajenar las alhajas de su madre. La carta es de marzo 5 de 1828, i dice que para el año próximo espera formar *un corps de reserve,* que nunca, ni para volver a Chile, logró reunir. Su prestamista habitual *al dos por ciento i con saldo permanente a su favor*, fué el millonario chileno don Pedro Candamo.

El jeneral O'Higgins, además de Montalván i de las Canteras, que nada le producian, así como sus sueldos no pagados de Chile, el Perú i el Plata, tenia una chácara eriaza de 60 cuadras en el llano de Maipo, que su apoderado don José Antonio Rodríguez Aldea vendió en 1841 a don Ramón Subercasea

Pero su arribo a aquella ciudad fué oportuno para prestar un nuevo servicio, i este mui eficaz a la reconciliación de los ánimos bajo la autoridad del Libertador i para dar una muestra íntima de la elevación de su alma, que no pocos de sus contemporáneos tildaron injustamente de empecinado en los odios i aun de sanguinario.

El acomodo de patriótica reconciliación a que hemos aludido consta, así como la gratitud de Bolívar, de la siguiente carta inédita que copiamos de su orijinal.

«*Pativilca, a* 7 *de enero de* 1824.

»Mi querido jeneral i apreciado amigo:

»Antes de ahora he contestado a usted con singular complacencia su apreciable comunicación en que se sirvió felicitarme en los términos mas espresivos por el buen éxito i pacificación de las provincias del norte; mas ahora me impongo un deber en manifestar a usted mi reconocimiento por el vivo interés que se ha tomado en dirijirse a Huanchaco como un amigable mediador de las diferencias que se suscitaron entre el vice-almirante Guisse i el prefecto de Trujillo. Un acto tan no-

---

en 3,000 pesos, i es la conocida chácara de este nombre que hoi vale 300,000 pesos.

ble i espontáneo como éste era tan solo propio del patriotismo de usted i de su carácter sagaz i jeneroso.

»Mi enfermedad me interrumpió la marcha a Lima. Aunque mejorado de ella, me siento tan débil que necesito por lo menos ocho dias para restablecerme. Al cabo de ellos pasaré a la capital, en donde tendré el placer de ver a usted.

»Soi de usted, mi querido jeneral, con la mayor consideración su afectísimo servidor.

»*Bolívar.*

«Señor jeneral don Bernardo O'Higgins.»

XII.

En cuanto a la muestra ofrecida de los impulsos jenerosos del corazón del ilustre desterrado i que tan frecuentes, si bien ignorados, fueron en su vida, refiérese aquella al perdón que obtuvo con ruegos incesantes para uno de sus mas acervos enemigos, el coronel don Ramón Novoa, de la facción de Riva-Agüero, a quien Bolívar estaba empeñado en fusilar después de la artificiosa fuga de su hermano don José María. Este último también habia caido en sus manos, i difícilmente habria escapado del patíbulo, tanta era la saña del dictador colombiano contra el que con razón

ponia el mas peligroso i audaz consejero del tímido Riva-Agüero.

Las siguientes cartas evidencian en todos sus detalles ignorados hasta el presente aquel lance honroso para los tres hombres que en él figuraron como actores.

«Escelentísimo señor.

»Mi jeneral i respetable amigo: Si el martes en la noche interesé su alma compasiva en favor de don Ramón Novoa por las razones que entonces manifesté i que me parecieron haber inclinado a su favor su natural jenerosidad, en que confío principalmente si se ha conciliado la indicación del miércoles en la tarde, ahora que lo considero en peligro, permítame Vuestra Escelencia reiterar mi súplica con todas las veras de mi corazón; i si algo valen mis servicios a la patria, interponerlos por la vida de este desgraciado. I si asistiese a Vuestra Escelencia alguna duda acerca de mi súplica, concédaseme el honor de esplicar verbalmente algunas otras circunstancias adicionales, que estoi cierto satisfarán a Vuestra Escelencia.

»Protesto a Vuestra Escelencia no conducirme otra guia en el deseo de salvar la vida de este hombre infortunado que los mas puros sentimientos en servir la gran causa por la que está Vuestra Escelencia tan noblemente empeñado.

»Tiene siempre el honor de ser su mas afecto amigo i obediente servidor.

»*Bernardo O'Higgins.*

»Trujillo, marzo 12 de 1824.

»Escelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar.»

«Señor don Bernardo O'Higgins.

«*Guayaquil, abril* 15 *de* 1824.

»Mui señor mio:

»¿Cómo esplicar a Vuestra Escelencia mi gratitud? Mis horribles i tristes circunstancias solo me permiten hacerlo escribiendo estas cuatro letras, avisando a Vuestra Escelencia que hace tres dias que llegué: que debemos salir para Panamá i de allí no sé donde. En cualquiera parte que esté haré otro tanto mientras me dure una existencia que aborrezco.

»Dígnese Vuestra Escelencia dar mis espresiones a la señora i misea Rosita, disponiendo de la voluntad de su afectisimo servidor i paisano Q. S. M. B.

»*R. Novoa.*»

XIII.

Pero el ex-director de Chile, no podia resign

se a ejercitar los oficios de simple medianero de misericordias en medio de un ejército que se alistaba para emprender una de las mas renombradas campañas de la América. Siempre habia amado la gloria, especialmente la gloria militar, i aquella era una ocasión demasiado tentadora para someterse a la inacción i a los ruegos de su madre que reclamaba su protección en el reposo.

Habia cumplido 45 años i probablemente acercábase a los 50, pero sentíase todavía joven i vigoroso para escalar las sierras i asistir a las futuras batallas de la emancipación americana, que completarian la obra del Roble i de Rancagua, de Maipo i Curalí.

CAPITULO XVIII

El jeneral O'Higgins solicita un puesto cualquiera en el ejército de Bolívar para hacer la campaña de Ayacucho.—Notables cartas del coronel Heres, ministro de la guerra i secretario de Bolívar, i respuesta del jeneral O'Higgins.—Bolívar promete a O'Higgins un puesto de importancia i lo llama a su lado desde Huaraz el 14 de junio de 1824.—Vacilaciones i esclusivismo de Bolívar i causas politicas, con relación a Chile, que le hicieron desentenderse de sus promesas.—Organiza el ejército i emprende su marcha a la sierra sin señalar al jeneral chileno una posición determinada.—Le sigue el último, sin embargo, i se le reune en Jauja con Monteagudo el 18 de agosto, después de Junín.—El jeneral O'Higgins come con el Libertador en la víspera del dia de su natalicio i le acompaña hasta Huamanga.—El jeneral preside en esta ciudad un consejo de guerra subalterno.—Su entusiasmo por la campaña.—Avanza hasta Andahuailas con Bolívar, i desde esta ciudad regresa a Lima a donde llega junto el Libertador el 6 de diciembre, tres dias antes de la batalla de Ayacucho.—Entusiasmo que produce la noticia de esta victoria i notable episodio en un banquete de palacio.—El bastón de Bolívar.—El jeneral O'Higgins da por terminada su carrera militar i su misión política en la América española.

I.

Consecuente a los deseos que desde su llegada a Trujillo en los primeros dias de enero de 1824, habia manifestado el jeneral O'Higgins de tomar un puesto en la última i definitiva campaña del

Perú, cualquiera que fuese el puesto que se le designase, no cesó de instar al Libertador, por medio de su secretario i ministro de la guerra en campaña, el famoso coronel colombiano don Tomás de Heres para aquel objeto; i si bien el último le espresara siempre en su correspondencia la voluntad mas decidida de parte del jeneralísimo i de sí mismo dirijida al lleno de aquella noble esperanza, esta se retardaba de una manera que mortificaba el ánimo levantado del caudillo chileno.

«Mi jeneral i amado señor, decíale, en efecto, el secretario Heres en carta de Trujillo, mayo 30 de 1824. Manifesté a su Escelencia el Libertador, en los mismos términos que Usía se sirvió recordármelo, los deseos que tenia de venir al ejército, en caso que hubiese probabilidad de una batalla, i tengo la satisfacción de asegurarle que su Escelencia oyó con particular agrado esta espresión inequívoca de sus buenos sentimientos. Su Escelencia me indicó que por mas vivos que fuesen los deseos que tenia de que Usía viniese al ejército, por mas útil que lo creyera en él, su Escelencia se habia abstenido de hacerle ninguna insinuación por el estado de enfermedad en que a su partida de esa le tenian las fiebres ardientes de que Usía estaba atacado. Su Escelencia juzgó que no debia hacerlo. Pero ahora que Usía se ha ofrecido, ahora que manifiesta interés en venir, su E

celencia me ha encargado que esprese a Usía la satisfacción con que le veria en el ejército. Su Escelencia me ha dicho que él cuenta con que una batalla célebre por los intereses que se comprometen en ella, i por el número i clase de los contendientes, tendrá indudablemente lugar en algunos de los tres meses que entran.

»Todos los cuerpos del ejército están en marcha hácia los enemigos, i yo soi de sentir que no pasarán los tres meses que entran sin que se haya dado la batalla que ha de decidir la suerte del país».

II.

Una semana mas tarde, i probablemente dando respuesta a la nota que precede, el jeneral O'Higgins dirijia desde Trujillo el 7 de junio de 1824, al coronel Heres, jefe del gabinete militar del Libertador, la siguiente ardiente i casi suplicatoria misiva:

«Jamás he perdido oportunidad alguna desde la llegada del jeneral Bolívar al Perú de espresar a todos la alta opinión que tengo de Su Escelencia i de justificar mi confianza en él anunciando que en el dia de la batalla que debe decidir la suerte del Perú tendria la honra de hallarme peleando bajo sus banderas en la situación de simple voluntario, único carácter que me atreveria a aceptar en el ejército.

»Habiendo pues venido a estos países bajo el carácter de un particular, creo mui natural que Su Escelencia no supiese todos los nombramientos de los anteriores gobiernos ni el rango militar que me confirieron en el ejército del Perú.

»Yo no dudo que Su Escelencia, como usted, darán todo crédito a mi sinceridad cuando aseguro que nada podia sustraerme del retiro que me he propuesto en el Perú, sino el dia de una batalla, porque ese dia todo americano que puede ceñir espada está obligado a reunirse al estandarte de una causa tan justa como su independencia, i prestar su sostén, por débil que sea, a un jefe que ha trabajado tanto tiempo i tan dignamente en la prosperidad de esa sagrada causa.

»Si en ese dia la fortuna coronase, como lo espero, sus trabajos, entonces volveria a mi vida privada en el convencimiento satisfactorio de haber cumplido con mi deber, i en esos sentimientos gozo el mas alto premio que pudiera recibir i la única recompensa que ambiciono en este mundo.»

III.

No es difícil echar de ver que en el fondo de todas estas respetuosas manifestaciones quedaba siempre un vacío. El jeneralísimo del ejército de Ayacucho, ya listo para marchar a campaña, no designaba ningun puesto efectivo, ni siquiera

honor, al impaciente prócer chileno. ¿Por qué? Habria sido ciertamente de alta honra para el Libertador llevar como simple lugarteniente suyo a un hombre tan preclaro i tan valeroso como don Bernardo O'Higgins, personaje de reputación americana como soldado, como mandatario i como hijo de un virrei; pero el esclusivismo intransijente de aquel hombre de fuego, que no admitia en torno suyo sino secuaces u admiradores, oponia sin duda tenaz resistencia a aquel lejítimo orgullo, i al fin concluyó por ceder del todo a su egoista influjo.

IV.

Esto no obstante, i talvez en un momento de espansión, Bolívar consintió en señalar un puesto de batalla al jeneral chileno porque existe un documento que así lo comprueba, el cual fué publicado en años anteriores, i así decia:

«*Cuartel jeneral de Huaraz, junio* 14 *de* 1824.

»Mi querido jeneral i señor:

»Mucho gusto he tenido al recibir la apreciable carta de usted i escribo por medio del secretario Heres, que me repitió la idea que ya antes tenia del deseo de usted de encontrarse en el campo de

batalla el dia que decidamos la suerte del Perú. Antes de ahora yo me tomé la libertad de indicar a usted mi deseo de verlo entre las filas del ejército libertador. Un bravo jeneral como usted, temido de los enemigos, i esperimentado entre nuestros oficiales i jefes, no puede menos que dar un nuevo grado de aprecio a nuestro ejército. Por mi parte ofrezco a usted un mando en él, si no correspondiente al mérito i situación de usted, a lo menos propio a distinguir a cualquiera jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de usted debe contar con la victoria. Así, mi querido jeneral i amigo, yo insto a usted para que acepte mi convite siempre que la situación física i moral de usted puedan permitir este sacrificio. Si usted está en buena salud, no será grande a menos que la suerte quiera castigarle de ser jeneroso i constante.

»Acepte usted, mi querido jeneral, los sentimientos de la distinguida consideración con que soi de usted atento servidor.

»*Bolívar.*»

V.

Pero a pesar de promesa tan esplícita i aún entusiasta, el Libertador, obedeciendo sin duda a los móviles que dejamos arriba señalados, rep

tió su ejército al abrir la campaña escluyendo de todo mando activo al jeneral O'Higgins. Confió las tres divisiones de su infantería a los jenerales Córdova, Lara i Lamar, la caballería arjentina a Necochea, la de Colombia al coronel Caravajal i la del Perú a Miller, un estranjero, entregando a Sucre el puesto de jefe del estado mayor jeneral. Pero no hai constancia de que ofreciera al jeneral O'Higgins empleo determinado en el ejército, a no ser el de un simple ciudadano que iria agregado a su comitiva militar.

Pudo también existir para todo esto una razón política i secreta. Bolívar necesitaba los auxilios de Chile. Los habia pedido con instancia i los aguardaba con su acostumbrada vehemencia. Por lo mismo, podia suponer sería enojosa i hasta irritante resolución de su parte para con el gobierno del jeneral Freire, ofrecer un puesto encumbrado al ex-director caido, cuya gloria depurada por hazañas de renombre hubiera ido a ser una sombra al pié de los Andes chilenos. La palabra i el consejo del enviado Campino, hombre sumamente despierto, bien pudieron tener parte en aquella operación i en sus resultados personales (1).

---

(1) Es digna de ser conservada en esta pájina histórica la primera comunicación dirijida por Bolívar al director O'Higgins desde Cali el 8 de enero de 1822, despacho que el último con justo orgullo dió a luz como documento propio en su famoso «Jurado» de 1833.—Esa nota diplomática con su cauda de fue-

VI.

Sin tomar en cuenta desaire tan manifiesto, el ilustre proscrito chileno que obedecia a mas al-

---

go dice así:

«REPÚBLICA DE COLOMBIA.—SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR I PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ETC. ETC ETC.

Al Excmo. Señor Director Supremo de Chile.—Excmo. Señor.—De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas, ninguna es tan gloriosa como la presente, en que desprendidos los imperios del nuevo mundo de las cadenas que desde el otro hemisferio les habia echado la cruel España, han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran dia de la América no ha llegado. Hemos espulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas, i fundado instituciones lejítimas; mas todavia nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas.

V. E. colocado al frente de Chile, está llamado por una suerte afortunada a sellar con su nombre la libertad eterna i la salud de América. Es V. E. el hombre a quien esa bella nación deberá en su mas remota posteridad, no solamente su creación política, sino su estabilidad socíal i su reposo doméstico.

La asociación de los cinco grandes estados de América, es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa. La imajinación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso, que, semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una lei i guiada por la antorcha de la libertad? Tal es el designio que se ha propuesto el gobierno de Colombia, al dirijir cerca de V. E. a nuestro ministro plenipotenciario senador Joaquin Mosquera.

Dígnese V. E. acojer esta misión con toda su bondad. Ella es la espresión del interés de la América. Ella debe ser la salvaguardia del mundo nuevo.

Acepte V. E. los homenajes de la alta consideración con que tengo el honor de ser de V. E. su obediente servidor.—*Bolívar*. Cuartel jeneral en Cali a 8 de enero de 1822.—.12».

tos móviles que los de la vanagloria, no desistia de su propósito, i en los últimos dias de agosto de 1824, i cuando ya habia tenido lugar el combate de caballería de Junín (agosto 6 de 1824) se reunió al Libertador en el valle de Jauja.

«Monteagudo,—dice un historiador peruano,—llamado de su destierro por Bolívar, lo acompañaba en esta campaña; i desde el 18 de agosto se le reunió O'Higgins, así es que estaban reunidos el mayor político, el valiente vencedor de Chacabuco i el hombre grande por escelencia.» (1)

El jeneral O'Higgins habia partido de Trujillo acompañado por el coronel Guido i un deudo suyo llamado don Tadeo Riquelme el 14 de julio de 1824. El 15 se hospedaba en Nepeña, el 19 atravesando la cordillera de la costa llegaba a Yungai; el 6 de agosto, dia del encuentro de las lanzas en Junín, entraba a Huánuco, i con esa fecha escribia a un amigo estas palabras que traicionan su impaciencia por la acción.—«Aseguro a usted, como amigo, que me es mui mortificante no haber podido antes de ahora ponerme a recibir órdenes inmediatas de Su Escelencia el Libertador.»

VII.

Permaneció el jeneral chileno solo cuatro dias

(1) Paz Soldan, obra citada vol. II páj. 253.

en Huánuco (según consta de un sucinto diario de campaña que tenemos a la vista), i el 18 se incorporaba en Jauja al cuartel jeneral de Bolívar. Seguia en su compañía al dia siguiente, i en medio de deshecha lluvia llegaba a Huancayo a las seis de la tarde.

Consta de los apuntes de nuestra consulta que el 19 de agosto, víspera del cuarto aniversario de la partida del Ejército Libertador del puerto de Valparaiso i de su propio natalicio, el jeneral O'Higgins almorzaba como recién llegado, con Bolívar i La Mar en Huancayo, i que el 30 de ese mes se encontraba en Ayacucho (entonces Guamanga), en cuya fecha presidió en su alojamiento un consejo de guerra subalterno. (1)

---

(1) No ha llegado hasta nosotros ningún documento que atribuya al jeneral O'Higgins injerencia militar en el ejército de Bolívar escepto el que en seguida publicamos i que pone de manifiesto su buena voluntad i hasta su humildad para servir, presidiendo un consejo de guerra de oficiales subalternos para juzgar a un sarjento desertor. Ese documento, que a la verdad mortifica nuestro amor propio de chilenos, dice así:

«ESTADO MAYOR JENERAL.—ÓRDEN JENERAL.

Huancayo, 30 *de agosto de* 1824.

...Que al sarjento N. García que servia en la artillería del Callao i fué comprendido en la sublevación de aquella plaza, i que por último ha sido aprehendido en la clase de capitán del ejército español, sea juzgado en un consejo de guerra, el cual será presidido por el honorable jeneral O'Higgins i se compondrá de los mayores graduados Peralta i Saavedra i los tenientes Amador, Merino i Andonaegui. Todos los oficiales francos asistirán al consejo mañana a las 11 del dia al alojamiento del Excmo. Señor jeneral O'Higgins.

Santa Cruz.

VIII.

No se mostraba por esto menos satisfecho i ufano el hombre que hacía pocos meses habia rejido una república como dictador, de las privaciones que aquella ruda campaña en la estación de las lluvias le imponia. «No obstante las penosas marchas, escribia desde Ayacucho el 7 de setiembre a su amada madre, no obstante las penosas marchas que he hecho por ardientes arenas, heladas cordilleras, i a la verdad por una continuada serranía de mas de doscientas leguas, sin parar hasta el presente, mi salud está mejor que nunca, i mis deseos jamás han sido mas grandes de alcanzar a los enemigos, para que siquiera un solo araucano vea la conclusión i tenga la parte que alcancen sus débiles esfuerzos en la esterminación para siempre del yugo español en estas rejiones, i en fin, para que los pérfidos e ingratos que osaron calumniar mi reputación en un país que todo lo crié i me debe la mayor parte de su existencia, se cubran de oprobio i confundan de vergüenza.»

IX.

Como de todos es sabido, el Libertador no se .lló presente en la gran batalla que inmortalizó

su jenio i los talentos militares de su segundo, el virtuoso Sucre. Persuadido de que el virrei Laserna no descenderia de las alturas, en la época de las lluvias que se iniciaba, i atraido hácia la costa por importantes negociados, como el del empréstito inglés otorgado al Perú, se avanzó con el ejército solo hasta Andahuailas; i desde allí regreso a Lima el 17 de octubre, entrando a esta ciudad cerca de un mes mas tarde, esto es, el 6 de diciembre.

El jeneral O'Higgins le acompañó en toda esa penosa travesía, i se encontraba a su lado cuando, en los últimos dias de aquel mes, llegó a la ciudad de los reyes la fausta noticia de que la España habia capitulado para siempre en Ayacucho (9 de diciembre de 1824).

Fué entonces cuando el estro de Bolívar, encumbrándose hasta el fúljido Chimborazo, como el de Bonaparte delante de las pirámides del Africa, lanzó a sus soldados en el boletín de las victorias estas palabras que proclaman la sublimidad de su elocuencia:

«La América del sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

. . . .

»Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!»

X.

El jeneral O'Higgins cuya naturaleza criolla era si no tan fogosa, tan entusiasta como la del caudillo colombiano, se mantuvo siempre a su lado i participó de todas sus emociones, regocijos i festejos.

I cuéntase de él, a este propósito, una anécdota que, aunque doméstica, es característica.

Invitado a un banquete de palacio por Bolívar al dia siguiente de recibida en Lima la noticia de la victoria de Ayacucho (18 de diciembre), el jeneral chileno que habia hecho la campaña de riguroso uniforme, con irreprochable talante militar, se presentó a la mesa vestido de paisano i con su rostro completamente afeitado como un simple particular, e interrogado por Bolívar sobre tamaña novedad, le contestó estas palabras, dignas de Cincinato i de Washington:

—«Señor, la América está libre. Desde hoi el jeneral O'Higgins ya no existe; soi solo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho, mi misión americana está concluida» (1).

---

(1) Esta anécdota era conservada como una tradición de familia en Montalván. A propósito de las relaciones de Bolívar i O'Higgins en esa época, una señora peruana exhibió en la Esposicion de Trofeos de la guerra que tuvo lugar en Santiago en junio de 1880 un elegante baston con empuñadura de oro, que, segun ella, habia sido obsequio del Libertador al jeneral O'Higgins cuya cifra ese objeto tenia.

XI.

I así habria talvez acontecido en el curso posterior de la vida de aquel eminente chileno, que tantas pruebas de abnegación llevaba dadas a su patria hasta el dia de su magnánima abdicación, sino hubiera sido que pasiones ajenas vinieron a golpear mas de una vez i de tropel a su puerta de proscrito i a perturbar la serenidad de su criterio i aún la de su patriotismo.

Sucesos son estos que corresponden a otra esfera i a otros hombres, i que por lo mismo debemos tratar por separado.

CAPITULO XIX.

Relaciones de los jenerales O'Higgins i Freire en el año de 1823.—Cartas inéditas que se cambian ambos en octubre de ese año.—Curiosísima entrevista del doctor Rodríguez Aldea, ex-ministro de O'Higgins, con el director Freire, i carta inédita en que la refiere el primero.—Los carrerinos en el poder.—Moderación de los dos Benaventes.—Acaloramiento del canónigo Navarro i del jeneral Prieto el 18 de setiembre de 1823.—Carta del doctor Zañartu alabando la jenerosidad de alma del coronel Benavente.—Respetuosas i nobles cartas de don Mariano Egaña i don Gaspar Marín al director proscrito.—Dificultades que rodean la administración Freire e indecible penuria de aquel tiempo.—«50 pesos en la tesorería».—Se complica la situación con la manía lejislativa de don Juan Egaña i de su hijo.—Se promulga la Constitución de los dos Egaña, llamada de «1823» i sus singulares desatinos.—Curiosos incidentes sobre su intelijencia i aplicación.—Notable carta inédita del doctor Zañartu en que refiere cómo la Constitución de 23 fué remendada i parchada.—La asamblea en 1824 i sus singulares incidentes parlamentarios.—El padre Arce, según el doctor Zañartu, i causa verdadera por qué don Mariano Egaña fué enviado a Europa, según él mismo.—La asonada del 21 de junio de 1824.—Incidentes.—La bola de guayacán i el retrato de Fernando VII exhibido por «Peluca», como tercero en discordia.—Notabilísima carta del doctor Rodríguez Aldea al jeneral O'Higgins sobre los sucesos e intrigas de 1824.—Noble actitud del consejero Marín i sus revelaciones a O'Higgins.—Juicio íntimo del doctor Zañartu sobre el director Errázuriz, i cómo todas estas circunstancias influian en el ánimo del jeneral O'Higgins i en su rasolución de apartarse de la política chilena.

I.

En los primeros tiempos de la administración

del jeneral Freire, que sucedió por la voluntad del pueblo (porque a la sazon habia pueblo en Chile) i por la fuerza de las armas, a la dictadura militar del jeneral O'Higgins, las relaciones de aquel noble caudillo con el último, si no fueron en el fondo cordiales, no dejaron de ser amistosas en la superficie. El jeneral Freire, hombre de guerra, en cuyo ancho pecho iban unidas la bravura i la gratitud, la honradez i la lealtad, nunca habia dejado de amar a su antiguo jefe, i nunca habia dejado de tributarle respeto i admiración. Sus numerosas cartas íntimas o públicas contenidas en este libro dan testimonio de ello; i habria bastado, conforme a su índole, verle caido cuando él subia i lo heredaba, para que le hubiese tendido mano de hombre hidalgo i capaz de guardar nobles recuerdos.

Las dos cartas inéditas que a continuación ponemos del uno i del otro, después de la revolución i el ostracismo, i que copiamos de sus autógrafos, ponen de manifiesto su respeto recíproco i su mútua cortesía.

«Señor don Ramón Freire.

»*Lima, octubre* 24 *de* 1823.

»Mi apreciable amigo:

»En mi anterior signifiqué a usted *mi reco*

por su elevación al directorio, que tan dignamente ocupa. Ahora que veo su estimada 9 del corriente, a que contesto, se aumenta mi placer por las razones que usted me indica. Los enemigos han tomado tal ufanía en el Perú, cuanta creo necesaria para que se muevan todos los resortes i esfuerzos para espelerlos, pues si ellos triunfan en este país, habrán ganado mas de la mitad de los de afuera.

»La espidición que usted me indica debia zarpar inmediatamente de Valparaíso no debe perder un instante, bien que con la venida de usted al puerto no se habrá perdido ni un solo momento; convendria engrosarla porque los enemigos se han hecho de fuerzas considerables i disminuídose las otras con la desgraciada dispersión de Santa Cruz.

»El teniente coronel O'Leary será dador de la presente, es sujeto digno de toda consideración i lo recomiendo a usted.

»Me repito como siempre su afectísimo amigo i servidor.

»*Bernardo O'Higgins.*»

II.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Valparaíso*, 9 *de octubre de* 1823.

»Mi estimado i distinguido amigo:

»A pesar de haber hecho tres renuncias i de haberme retirado a Rancagua, ha gravitado sobre mí el espinoso mando de esta república. Yo estaba, a la verdad, decidido por su inadmisión, pero observando que ya se ajitaban los partidos i que se movian los resortes de algunos aspirantes, que acaso habrian envuelto el país en males infinitos, me resolví a admitirlo, mediante lo cual se goza en el dia de la mas perfecta unión i tranquilidad.

»La espedición sobre el Perú porque tanto anhelamos, no habia podido verificarse, pero en víspera de reunirse el congreso nacional, queria que éste deliberase sobre esta grave materia, como en efecto lo hizo i hoi ha llegado a este puerto la división compuesta de dos mil quinientos hombres, que dará la vela dentro de cuatro o seis dias. Va bien equipada de todo lo necesario i creo que hará honor al país.

»Dentro de diez o doce dias saldrá para Valdivia el segundo batallón del rejimiento de gra-

naderos de la guardia con una compañía de artillería i pertrechos de guerra que allí son necesarios.

»Luego que me desembarace de todo esto, pienso trasladarme a la frontera para celebrar un parlamento jeneral con los indios, a cuyo efecto se están preparando las bujerías precisas para agasajarlos: entretanto se adelanta mucho sobre su reconciliación, atrayendo a los disidentes i rebeldes mas obstinados.

»Este es el estado de las cosas por acá. El congreso está trabajando su constitución, i ella cimentará el orden del modo mas interesante a nuestra responsabilidad esterior.

»He celebrado infinito los felices ensayos de nuestras armas en el Perú i debemos prometernos que las subsiguientes operaciones tengan igual suerte mediante los ausilios de Chile i también especialmente hallarse al frente del ejército el jeneral Bolívar, cuya medida ha sido la mas acertada en la presente circunstancia.

«Me repito de usted como siempre su afectísimo amigo i servidor Q. S. M. B.

»*Ramón Freire*» (1).

---

(1) Es por demás curiosa i característica la manera cómo el ex-ministro del director proscrito, su privado i causa esclusiva de su caida, daba cuenta a su antiguo amigo i protector, a quien fué honrosamente fiel hasta su muerte, de la manera como se habia introducido ante el bondadoso Freire, *rechazándole* desti-

III.

Por otra parte, aunque el elemento carrerino íbase adueñando rápidamente del nuevo gobierno,

---

nos, que éste *no le ofrecia*, i hallándose a mayor abundamiento preso..... La carta de que vamos a estraer este cómico pasaje pertenece a la misma época de las anteriores, es decir, es del 11 de octubre de 1823, i dice así:

«El dia 7 de setiembre escribí a don Santiago Fernández para que, si lo tenia a bien, significase al señor Freire mis respetos i plácemes por su elección, como yo me los daba por no haberle admitido la renuncia; pues estaba resignado a huir de Chile si otro era el director. El dia 10 me contestó diciéndome habia mostrado mi esquela al señor Freire i que si yo gustaba podia ir a la noche a verlo, que estaria solo a las nueve. Fuí en efecto, primero a donde Fernández, i con éste entré: mi salutación fué darle las gracias por sus ofertas de amistad que me contestó Fernández cuando recibió la recomendación de Vuestra Escelencia a mi favor i también por esta entrevista que me proporcionaba: en seguida le dije que nuestra enemistad era *como la de los amantes*, o como la de *dos hermanos*, que cuando riñen se dicen mil injurias i apodos, pero que después todo lo olvidaban; que yo habia hablado i *escrito* contra él, porque no miraba otra cosa que sostener a Vuestra Escelencia, i que por este respecto habria peleado con mi mujer, mis padres i mi hijo; le dí por prueba que en junio del año próximo pasado habia reñido, negado la habla i retirádome de la casa de Alcalde, solo porque sabia entraban en facción contra Vuestra Escelencia. Él se mostró satisfecho, me disculpó i ayudó mucho Fernández, que estuvo presente a toda la conversación. Se esplicó *con ternura* respecto de Vuestra Escelencia: hablamos largo de todo lo pasado: me hizo ver que de aquí se dió el impulso. En fin, le supliqué por único favor que me dejase en mi vida privada sin *acordarse de mí para empleo ni comisión alguna;* que en lo privado le serviria como fiel amigo; pero en lo público *permítame Vuestra Escelencia*, (le dije), *que ni como a director le obedezco, porque permitiré me pongan preso i me apliquen multas.* Le dí razones de este propósito, i concluyó preguntándome si aún estaba *arrestado*, díjele que sí, i repuso que saliese i no hiciese caso de rivalidades: le agradecí significándole me diese decreto: queda-

especialmente con el ascenso al ministerio, a la administración i a las armas de los dos Benaventes, del jeneral Pinto i del acervo escritor Gandarillas, es preciso reconocer que, estando a los testimonios de sus contemporáneos i aun de sus émulos de que en seguida nos haremos cargo, mostraron todos la mas laudable moderación respecto del adversario antes tan temido i detestado pero que ya no podia dañarles: noble atributo del ánimo del chileno.

Ilustra de una manera viva, como la lámpara que irradia en el festín, aquella situación de los espíritus, antes tan enconados, la siguiente anécdota, que ha pasado del todo desapercibida a los historiadores i que encontramos en una carta inédita escrita al jeneral O'Higgins, por el rico negociante moquehuano don Felipe Santiago del Solar, su íntimo amigo, con fecha de setiembre 30 de 1823.

«El 18 de setiembre, por el aniversario de la revolución chilena, nos reunimos en el café cincuenta patriotas a comer, i ocurrió la siguiente historia.

»Acalorados varios hombres con el vino i demasiados brindis, tomó la palabra el canónigo

---

mos en que presentase un escrito, como lo verifiqué al dia siguiente, pero hasta ahora no se ha puesto providencia, porque el [illegible] en Egaña.... Yo salgo de noche, pero de dia aún no he pisado losa de mi casa.»

Navarro, i preguntó si habia bastante libertad para espresar sus sentimientos. Todos contestaron que sí, i en seguida brindó—*Al héroe de Chile, al primer hombre de la revolución, al que mas se ha sacrificado, a don José Miguel Carrera.*

»El jeneral Prieto tomó la defensa i dijo que aquel brindis lo recibia como un insulto i que en Chile no habia otro héroe por quien brindar sino por el capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.

»Ya puede usted imajinarse cuanto habria en la mesa sobre el particular, i se temió que concluyese a sablazos; el resultado es que el ministro Benavente cortó la cuestión recordando el dia que se celebraba i concluyendo con que se bebiera por todos los hombres que habian trabajado en la revolución chilena».

IV.

A mayor abundamiento sobre la singular facilidad con que los mas vehementes partidos de Chile han acallado de continuo sus odios de bandería, va a sernos lícito reproducir íntegra una carta de los últimos dias del año 1823, el año de la deposición, en que el antiguo i ardiente ministro de la dictadura don Miguel Zañartu daba cuenta de los sentimientos del bravo coronel Benavente, aquel mismo cuya vida habia pedido c(

instancia el director a sus carceleros de Mendoza, según cartas recientemente publicadas (1).

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Valparaíso, diciembre* 14 *de* 1823.

»Carísimo amigo:

»Verá usted por la data de esta carta que me hallo en Valparaíso, donde también está el director, i despachando la espedición ya embarcada en este momento. Su salida será pasado mañana. Van en ella los jefes siguientes: Viel con dos escuadrones de caballería de la escolta, Sanchez con algunos reclutas que llenan su cuerpo, Rondizoni mandando el siete, Beauchef el suyo i Aldunate también con algunas lanzas. El jefe que conduce esta fuerza hasta entregarla a Pinto es don José Maria Benavente, cuya comportación después de su investidura es admirable. Parece que este joven no tiene pasiones, según la franca amistad con que señala a todos aquellos con quienes debia suponerse resentido. Nada digo a usted de la política que a este respecto guarda su hermano el ministro, porque puede servir de modelo a la tolerancia civil.

---

(1) *La Nación* de Valparaíso, junio de 1881.

»Mediante ella se disfruta una paz octaviana, el carácter de nuestro amigo Freire es dulce i no se hace violencia en olvidar. Así es que en Chile se ve ya abortado el nombre odioso de partidos.

»Yo he sido mui invitado para la diputación de Lima, pero a pesar del deseo que tenia de ir, no quise admitir sin la dotación de ocho mil pesos. El gobierno se convenció de la justicia de mi demanda, hizo sus jestiones al Congreso, pero este cuerpo compuesto de hombres habituados a vivir con cuatro reales en Melipilla, Rancagua i Curicó, se escandalizaron de la demanda, i bajó de seis mil pesos que estaban asignados a cuatro mil. Nuevas instancias del gobierno restituyeron las cosas a su estado primero, i yo insistí en mi resistencia con el doble objeto de que lo nombrasen a usted, pensamiento que tenia muchos partidarios entre los amigos i que todavía puede verificarse.

Miguel Zañartu. (1)

---

(1) Por honrosas a sus autores, damos también a luz las siguientes cartas de antiguos senadores de la administración caida el 28 de enero de 1823:

«Escelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago*, 17 *de abril de* 1824.

»Escelentísimo señor de mi mayor respeto:

»Motivos graves i justos de que no me era posible prescindir, me impidieron contestar la apreciable carta de Vuestra Esce-

V.

Para desgracia de la república naciente, i como habrá podido colejirse de algunos de los pasajes

---

lencia que recibi en octubre último. También habria querido dar a Vuestra Escelencia, tan interesado como yo en los ausilios al Perú, una respuesta satisfactoria sobre este particular; pero hasta ahora las circunstancias i las calamidades, han hecho infructuosos mis ardientes i esforzados empeños. Bastante persuadido he estado siempre de que Chile se defiende en el Perú, i que solo desde que la guerra termine felizmente en aquel país, puede datarse la libertad de América i principalmente la de Chile. Mi política ha sido consagrar a este importantísimo i último objeto, cuanto es i vale Chile. Vuestra Escelencia me honra con las mas benignas espresíones de su afecto por lo que dice haber practicado yo en su obsequio. Ciertamente me glorío de haber hecho con empeño i con firmeza cuanto estaba en mis alcances por sostener el respeto i honor debidos a la memoria de Vuestra Escelencia; mas en ello solo he creido cumplir con los deberes de ciudadano i funcionario público de Chile, obligación sí mui grata a mi corazón por mi particular afecto hácia la persona de Vuestra Escelencia i por los servicios que le debe la patria, i cuyo recuerdo me inspira siempre gratitud. He tenido también la satisfacción de llenar estos deseos sin faltar a mi ministerio, ni al actual jefe, *en cuyo corazôn aseguro qne ocupa Vuestra Escelencea un lugar de amigo.* Yo debo salir mui pronto del ministerio para pasar a Europa. En este nuevo destino me ofrezco a Vuestra Escelencia con toda la sinceridad de mi afecto, deseando que Vuestra Escelencia reconozca siempre en mí a su mas atento i S. S. Q. B. S. M.

»*Mariano de Egaña.*»

«P. D.—Mi padre corresponde a Vuestra Escelencia con respeto i afecto sus espresiones.»

«Escelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago i octubre* 12 *de* 1823.

»Escelentísimo señor:

»Al poco tiempo de tocar en la villa Illapel donde permanecí

de la correspondencia enviada desde Chile a fines de 1823 a don Bernardo O'Higgins, el gobierno de su sucesor no era holgado ni menos podia vivir tranquilo. Era un gobierno autoritario i juntamente un gobierno de revolución. Hubo ocasiones en que la caja fiscal se cerró con una existencia de cincuenta pesos por todo caudal en la república, i en otra fué gravísimo negocio de Estado levantar un empréstito de ochenta mil pesos, al dos por ciento mensual, que era el interés corriente del dinero para el Estado.

Se ha dicho, en efecto, que las revoluciones se asemejan a aquel dios caníbal de la mitolojía que devoraba a sus hijos, pero no seria menos acertado

---

algunos dias, partió Vuestra Escelencia para Lima: así no he tenido la oportunidad de estrechar i saludar a Vuestra Escelencia. Quiera el cielo que Vuestra Escelencia i su preciosa familia disfruten en esa de las mayores satisfacciones!—El intendente Varela, de quien estaba inhibido, me expatrió fuera de la provincia en fuerza de un sumario compuesto de mis enemigos, i lo que es mas digno de notar, sin oir ni admitir defensa alguna, ni menos hacerme saber la causa de mi condena. Los cargos del auto cabeza de proceso son los siguientes: que he dicho no ser vecino de Coquimbo sino de la capital; que defendí pleito contra el cabildo (dicho pleito se ganó en vista i revista); que brindo mi protección a todo hombre honrado para pleitos injustos; que me resistí a firmar el acta de unión a la provincia de Concepción, i por último que he sido espia de Vuestra Escelencia. Combatir i sufrir, tal es la vida del hombre virtuoso. Aún todavía no puedo presajiar el desenlace de este asunto, pues Coquimbo se mantiene en una especie de anarquía, i por otra parte es preciso confesar que a los revolucionarios se les contempla. Reitero a Vuestra Escelencia mi afecto i gratitud, como que soi su mas afecto i reconocido amigo Q. B. S. M. de V. E.

»*José Gaspar Marín.*»

ni menos filosófico afirmar que como la ténia en las entrañas del cuerpo humano, las fieras mudanzas de los pueblos se enjendran de sí mismas, i esta es su mayor fatalidad i su mas incurable daño.

El nuevo director por satisfacer a su ministro Egaña i este por prestar alas a la manía lejislativa que a la manera de una enfermedad mórbida i antigua se habia apoderado de su anciano padre, le consintió en formular, o mas propiamente, en exhumar de sus armarios un tratado de estrañas anomalías, especie de amasijo de Solón, del abate Sieyes i del padre Astete, que aquel buen varon habia compuesto para su regalo i que, con el nombre arbitrario de «Constitución de la República chilena», fué discutida i promulgada por una asamblea convocada para tal efecto.

No es este lugar aparente para analizar semejante código, pero bastará decir que disponia la creación de un senado *permanente*, con miembros que deberian ser *ambulantes;* establecia una cámara nacional, pero que sería solo *momentánea* en su ejercicio, e inventaba, por último, una *dirección de economía* nacional cuyos empleados llamaba sedentarios en oposición, sin duda, a los perambulantes senadores.

Organizaba, además, la constitución de don Juan Egaña, el réjimen doméstico por cada diez casas, el barrio por decurias como los romanos, s comunidades por prefecturas, i esto con tal

amorosa prolijidad de detalles que tomada por base la población de la república en aquella época, se habria necesitado para un millón de hombres dos mil «prefectos» i veinte mil «inspectores».......

Todas las virtudes teologales habian encontrado también réjimen i cabida en aquel ensueño mitolójico, sin esceptuar la delación que era elevada al rango de virtud como entre los libertos de Roma. En consecuencia de ello i durante sus viajes de temporada, cada senador debia ser un espía para vijilar el cumplimiento de las virtudes o vicios privados i de las leyes públicas i de sus infraciones.

VI.

Discutióse este cúmulo de aberraciones no sin que el debate de la asamblea dejase de dar lugar a incidentes sumamente curiosos i propios de la infancia de nuestra existencia parlamentaria. Pero la intervención de una comisión mista de lejisladores i de hombres de consejo del gobierno, en la que tuvo gran parte el hábil i acomodaticio doctor Zañartu, personaje encumbradísimo de la dictadura, allanó en parte con la tijera de las mutilaciones tan estraña creación concebida en mente amanerada i ya anciana.

I a ese singular ensayo está dirijida la siguiente curiosísima carta de esa época parlamentar

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago, diciembre* 15 *de* 1823.

»Mi distinguido amigo:

»Por la *Bretaña* he recibido carta de usted datada el 15 de noviembre, en que me habla de otras tres que me ha dirijido por conductos seguros. No sé si se refiere usted a las que me han entregado los señores don Juan de Salazar i don Daniel O'Leary, que han sido atendidas como lo será siempre todo encargo de usted. Posteriormente no he tenido otra, ni tampoco la tuve por el buque que conducia a usted, lo que atribuí a descuido del encargado. Por esto soi de parecer que nos entendamos por la estafeta. Está segura i no hai lugar a estravíos.

»Estrañará usted al leer esta última frase, que se hable sobre el método de entendernos en lo sucesivo, después de haberle anunciado mi pronta partida a esa en calidad de plenipotenciario. Efectivamente tengo tirados los diplomas mas de un mes há, pero sucedió que el congreso se dividió en partidos sobre la constitución que habia formado don Juan Egaña. Los de Concepción que-
n que no pasase, ni aun que se discutiese, i el
tido opuesto, firme en lo contrario, producia

todas las noches un escándalo, que era funesto signo. Freire en esta situación de cosas debia salir para Concepción al parlamento. ¡Pero cómo hacerlo dejando al país espuesto a una anarquía! Así es que tomó el prudente temperamento de llamar a los corifeos de uno i otro bando a reconciliarse, lo que se hizo nombrando una comisión imparcial que revisase la constitución antes de discutirla. Yo fuí partícipe de este honor por una i otra parte i esta ocupación retarda mi salida. Dos dias há que se ha concluido este trabajo.

»*Miguel Zañartu.*»

VII.

Promulgada la constitución con grandísima pompa, resultó que nadie o mui pocos la entendian, i subdelegado o prefecto hubo que vino desde Puchuncaví a consultarse con el gobierno sobre aquel laberinto greco-romano-francés, forjado por el autor de las *Cartas pehuenches.*

Entretanto, metido el gobierno en lo mas enmarañado del embrollo, dejó obrar a los partidos, i éstos se aprovechaban de la licencia para buscar la sanción de sus apetitos (1). Ocurrió, en conse-

---

(1) A uno de estos episodios reveladores de la época se referia la siguiente relación hecha por el doctor Zañartu, miembro de la asamblea, al jeneral O'Higgins en carta de Santiago, ma-

cuencia, en la noche del 21 de julio de 1824 un levantamiento popular, acaudillado por los Larraín, los Fontecilla i otros personajes adictos o adversos a la administración, solicitando en un cabildo abierto la deposición del senado que resistia a la abrogación del código político de 1823, manteniéndose aquel cuerpo bajo la influencia de los dos Egañas, padre e hijo, lejislador i ministro.

La reunión popular dejeneró en tumulto i el tumulto en pantomina. Uno de los concurrentes llamado don Andrés de Santelices, refutando a

---

yo 22 de 1824.

«No sea todo serio, mi amigo, i oiga usted algunos rasgos de nuestros senadores que le compondrán el humor. Nuestro padre Arce, o, para nombrarle de un modo que a él le guste, don Pedro Arce, se ha hecho el orador de la asamblea. En dias pasados fué el secretario de gobierno con mensaje a suplicar por la ratificación de los tratados con Colombia. Entre las cosas que alegó por su causa dijo: que habiéndose aceptado dichos tratados por el gobierno anterior, parecia contrario a la política i a la diplomacia recojer sin ocurrencias posteriores el consentimiento ya pronunciado. A esto dijo el padre Arce que eso tendria fuerza en la *diplomacia diplomática*, pero no en la *diplomacia circunspectiva*, que era la que correspondia al Senado. En la sesión siguiente se volvió a renovar el asunto i Egaña pidió que se modificasen los tratados en aquello que el Senado hallase disonante sin quitar lo sustancial, i el orador contestó que eso era dejar *péndulo al tratado*. Anoche en sesión pública ha habido toros i cañas. Está nuestro apóstata (Arce) mui empeñado en quitar la *Lejión de mérito*, i la primera razón que alega es que no se tuvo facultad para fundar esa orden, cuyo objeto verdadero era premiar a los individuos de la *Loña*, sin advertir que esta institución contrariaba los principios republicanos. Egaña le contradijo con mucha racionalidad que en el mayor fervor republicano de la Francia se habian fundado ordenes semejantes; que tampoco podia contestarse la autoridad del gobierno para esta fundación, cuando él habia obtenido el consentimiento del Senado. Entonces se exalta nuestro amigo i le dice

alguien que invocaba los fueros del senado, anunciando que a esas horas deliberaba, replicóle con enojo que al senado «le darian a cenar en esa noche una bola de guayacán»......; i mientras estos diálogos se sostenian en debate público en la sala del ayuntamiento, el capitán Romero (popularmente conocido con el nombre de «Peluca») descolgaba de un cuarto de trastos viejos i *jigantes* un retrato de Fernando VII arrumado allí desde el año XII, i presentándolo delante de un candil en agonía a las doce de la noche, esclamaba en medio de las risas.— «Señores, aquí teneis un imparcial...... Idos a dormir!» (1).

—«El regreso del director (después de la primera e infructuosa ocupación de Chiloé, malogro

---

con gran furia que los senadores habian sido creados por el director i que las creaturas habian correspondido a su creador. El bárbaro de Barros que se ha sentado allí sin poderes (a lo que tiene alusión el pasaje de los lores en el *Clamor)*, con igual frenesí se exalta e introduce algazara en la sala. Egaña reclama el orden, i aquí fué Troya: Arce se le viene encima, nada menos que a darle de bofetadas, alegando que pedir el orden era suponer que no lo habia. El pobre Egaña reclama la dignidad del pueblo, de su puesto i la dignidad de la asamblea: el presidente toca campanillazos, i solo a fuerza de gritos pudieron contener a nuestro reverendo, quedando la sesión pendiente para el lunes próximo, que será divina. Lo gracioso en esto es que al mismo tiempo de tratarse de la estinción de la Lejión, condecoramos a Freire de gran lejionario i al enviado de Colombia con el grado de oficial. Vea usted por aquí el caso que se hace de las deliberaciones senatorias.»

(1) Datos de un testigo presencial, don Pedro Félix Vicuña, que en varias ocasiones nos refirió estas escenas características del tumultuoso nacimiento de la república.

que contribuyó a escitar los ánimos i a desacreditar mas la constitución), decia el doctor Zañartu al jeneral O'Higgins refiriéndole estos singulares acontecimientos desde Valparaíso en carta del 22 de agosto, el regreso del director a Santiago i la presente ida a Londres del ministro Egaña, (cuyos principios fanáticos todo lo paralizaban) dieron un nuevo movimiento a la maquinaria política. El 21 de julio se conmovió Santiago Apareció una reunión popular compuesta de liberales, que clamó por la disolución del senado, abolición de la constitución del congreso i reasunción de poderes en el director. El senado, por su parte, parece que trató de reunir los que llaman *pelucones*, pero no lo consiguió, ni menos pudo contrabalancear la opinión popular i logró al fin sus pretensiones. Este movimiento tuvo por antecedente un mensaje del director al senado, en que hacia dimisión del mando sino se suspendia la constitución, porque con ella no podia gobernar el Estado, a lo que no quiso asentir el senado i se conmovió el pueblo, decidiéndose por la proposición del gobierno, quien dando por suspensas sus funciones toleró la reunión».

VIII.

Tenemos asimismo a la vista una relación si no i imparcial como la precedente harto mas viva,

minuciosa i colorida del mas ferviente corresponsal del jeneral O'Higgins en Santiago, su fiel ex-ministro Rodríguez Aldea.

Prevalido éste del regreso del ministro peruano Larrea a Lima, vaciaba en una estensa carta que con él le remitia, fiado de un co-tertulio de grueso tresillo, todo el raudal de sus confidencias, e inclinándole, como siempre, a acechar la ocasión de restituirse al mando, referíale lo que habia pasado hasta fines de junio de 1824 (la carta es de fecha 30 de ese mes) de la pintoresca manera que a continuación copiamos.

«Ya Vuestra Escelencia debe haber visto la constitución de que también le hablé en mi última. Se aprobó atropelladamente i sin discusión entre los que se pactaron repartirse los empleos. De esto no habia yo leido ejemplo en ningún Congreso. Todos i en todas partes se abstienen de colocaciones mientras son diputados i aún pasado cierto tiempo. El disgusto de tal constitución fué jeneral i lo es mas en el dia. Todo se ha embrollado con ella: nadie la obedece i debe acabar dentro de poco. El odio contra don Juan Egaña, que la formó (copiando mal la del año 8.° de la república francesa), es mui público i activo. Vea Vuestra Escelencia dos hechos recientes i mui reservados.

»1.° Habrá seis dias que Errázuriz, hechura de Egaña, tuvo con éste en el Senado una disputa;

siguieron las voces e insultos; salieron los natales i el primero tomó un tintero para arrojarlo sobre Egaña i éste tomó otro. Los apartaron. Hubo pestes contra la constitución, atribuyendo a ella todos los males que se esperimentaban i preveen. Parece que de antemano estaba Errázuriz sentido de Egaña, porque éste fué quien en el Senado se opuso al privilejio esclusivo de internar i vender tabacos, licores, té i café que propuso don Diego Portales, cuyo negocio era con los Errázuriz.

»2.° Antes de regresar el señor Freire rujia que venia a anular la constitución: llegó i se avivó la voz. Seis dias ha que con mucha reserva se juntó el Consejo de Estado para esto. Lo preside el señor Freire i son vocales Argomedo, Marín, Blanco, Cienfuegos i don Agustín Vial, (Marín está de suplente por Pérez). Citaron a los cuatro primeros i no a Vial, porque éste no está bien con el señor Benavente. Se presenta el proyecto de abolir la constitución con que todos los pueblos están disgustados, quitar el Senado i demás empleos de ella i que por las circunstancias se nombrara dictador al señor Freire. Según la misma constitución todo proyecto de lei debe discutirse en tres sesiones. En esta primera convinieron Argomedo, Blanco i Cienfuegos, i Marín se opuso. Asombrado éste de la propuesta, se fué donde Vial i le preguntó por qué no habia asistido, i contestó no se le habia citado. Se impuso del proyecto i que-

daron en que a la noche siguiente asistiese Vial aunque no lo citasen; mas luego le entró el egoismo i miedo, i solo convino en que Marín pidiese en el consejo su asistencia i que él esperaría en su casa a que lo llamasen.

»Efectivamente de allí marchó Marín para el consejo: luego que entró preguntó si se habia citado a Vial: contestóle el ministro que no, porque estaba enfermo: repuso Marín que estaba bueno, que acababa de estar con él en su casa i que exijia se le llamase, pues el asunto era el mas árduo que podia presentarse. Se le mandó llamar, i se finjió entonces enfermo. Entraron, pues, a segunda discusión. Los tres dichos volvieron a convenir, i Marín con toda la entereza de un Catón i arrostrando por todo, se opuso (1).

---

(1) El probo Marín confirmaba a O'Higgins estas revelaciones en una carta en que le decia estas honradas palabras:

«Ahora años pronostiqué a Vuestra Escelencia que Chile aún no estaba en estado de constituirse, i una triste esperiencia ha justificado mi predicción. A los pocos meses de jurada la constitución se le procuró echar por tierra, se aspiró a la dictadura i aún solicitó para ella el dictamen i aprobación del Consejo de Estado. Uno de los miembros de aquel cuerpo, a quien se le dijo que la cosa era resuelta i que así salvase su persona, después de contestar que semejante propuesta no se hacia a almas de su temple, i después de perorar con la libertad i franqueza que hace honor al ciudadano, logró que por entonces se abandonase un proyecto que, jeneralmente hablando, perjudica en estremo a la sociedad. La franqueza del Consejo de Estado se interpretó por osada o como parte de un espíritu exaltado. Yo no lo estraño. El celo por la causa pública sabe teñirse de ciertos colores, que las mas veces pasa por pasión, lo que solo es valentía de ánimo. Por otra parte, la historia de los siglos me enseña que en la

»Salieron para juntarse al dia siguiente. Argomedo vió a Marín para que sesgase: «Esto es hecho, le decia, en vano es oponerse: salvemos nuestras personas»; pero nada se sacó de él.—Se reunen a 3.ª sesión, i aquí fué donde Marín habló con mas enerjía i pidió dar su voto por separado, para que todo el mundo supiese su oposición i sus fuertes razones para no convenir en ese escándalo político. Con esto se arredraron i quedó

---

mezcla de virtud i heroismo, que se nota en las acciones de los hombres de algún mérito, se deja descubierto el flanco que les hace víctimas de sus mismas operaciones. En semejantes casos, la satisfacción de obrar en conformidad de sus principios, es el verdadero i sólido premio de su conducta.»

Parece que el movimiento contra la constitución de 1823 se inauguró en la ausencia del director Freire de Chile i bajo los auspicios del director interino don Fernando Errázuriz, uno de los corifeos que provocó la abdicación de O'Higgins,—Hé aquí la mui poco lisonjera pintura que de este mandatario hacia el cáustico doctor Zañartu en carta de la época, 3 de mayo de 1824.

«Durante la ausencia de aquel jefe ha sucedido en el mando, según la constitución, el presidente del Senado, señor Errázuriz, quien ha descubierto en su gobierno ser la bomba mas completa de cuantas bombas se han inventado. El tiempo lo ha perdido en temer revoluciones, en llenar las calles de patrullas i centinelas i en desconfiar de todo habitante. Aún los amigos de usted, que siempre conservan el carácter pacífico i honrado que los ha distinguido, han sido objeto de sus alarmas, sin duda por la conciencia de su crimen. Pero nadie ha sido perseguido, porque este hombre imbécil, a pesar de la autorización del Senado i de justas causas que tuvo para proceder contra algunos anarquistas, jamás quiso comprometerse. Esta era su escusa favorita, i llegó a tal grado su criminal tolerantismo, que un godo Mata dijo en el púlpito a sus barbas mil improperios sobre el sistema patrio, sin que esta estátua diese señales de sensibilidad. Así es que todos le desprecian como el hombre mas inútil del país, i cuidado que es preciso mérito para lograr aquí tal preferencia.»

todo en nada. Luego acordaron guardar todos silencio, para que no se trasluciese que se habia tratado de eso. Acordaron también que cada consejero viese a los amigos que hubiese en el senado para que esta corporación no se oponga a las medidas que proponga el gobierno.

»En este estado se hallan las cosas; pero yo preveo que dentro de mui breve la constitución i senado dan a tierra, i quiera Dios que pare en solo esto. Gradue Vuestra Escelencia el tiempo por lo siguiente:

»Mucha oposición con el senado; disgusto mui jeneral; las tropas sin pagarse cuatro meses; los empleados nueve meses; las entradas nulas, pues en los dos meses anteriores solo ha dado la aduana *cuatro mil pesos*, i por la razón que el ministro ha pasado al senado, se ve que en todos los meses que siguen hasta diciembre no hai mas entrada de aduana que tres mil pesos, según los pagarés que ella tiene. ¿Qué tal? ¿I es esto solo? Los doscientos veinte mil pesos que por los diezmos debia recibir la tesorería en diciembre de este año, están ya librados a favor de la caja de descuentos por los doscientos mil que prestó al gobierno ahora tres meses. Los cuerpos disgustados i especialmente el primer batallón de la guardia que antier se ha suprimido, mandándose que con sus fondos, música i fuerza pase a completar el núm. 8, i que el segundo batallón, que está en Valdivia

(600 plazas), se denomine núm. 6. Pereira, que está ya de paisano con licencia absoluta, vino ayer a verme (primera visita desde la revolución) echando pestes i hablándome del descontento de la tropa, etc. etc. El señor Freire tiene la mejor intención, según sé, pero está mui aburrido: desea dejar el mando: yo le compadezco i también al ministro de hacienda, ni un ánjel del cielo es ya capaz de sostener esto.

»Formas está abandonado i ha estado arrestado mas de cuatro meses.—Gormaz procesado i sin empleo.—Quintana procesado.—Murió Muñoz Urzúa i también Mariano Navarrete. Llegó doña Javiera Carrera con Gandarillas i Vidal. El coronel don José María Benavente fué de intendente a Coquimbo, i Pinto viene de ministro de gobierno.

»Dias antes de llegar el señor Freire estuvo para estallar una revolución cuyos autores eran públicos i andaban públicamente con escarapela colorada i negra. Lo gracioso es que después han querido suponer que esa revolución se proyectaba a favor de Vuestra Escelencia. De todo esto informará bien a Vuestra Escelencia el doctor Larrea.

»El senado ha nombrado una comisión compuesta de un empleado de cada oficina i del señor Mariscal Cruz i presidida por el senador inspector de los ramos de hacienda don José Antonio Ovalle para que en el término de 15 dias le

absuelvan ciertos problemas, para cuya decisión ni bastan 15 meses ni 15 mil hombres de los de aquí. No sé si podré recordar todas las preguntas. Son: ¿si será mejor fiar la defensa del país a tropas veteranas o a las de milicias? ¿Si la seguridad del país puede lograrse con solo la tropa de tierra o con solo la fuerza de mar? ¿Si para la seguridad de este país, por su honor i probidad, convendrá ausiliar al Perú? ¿Qué arbitrios se pueden adoptar para incrementar el erario? ¿Qué ahorros i economías se pueden dictar? ¿Cuál es el mejor plan de aduanas i resguardos que se puede adoptar?

»Hoi o mañana se cumplen los 15 dias, i ya oigo mil de cosas. Dicen que rebajan los sueldos; que quitan empleos en todos ramos, un ministerio, la vicaría castrense, la audiencia, etc. Que se quita el estado mayor jeneral i el de plaza; que se quitan todos los oficiales sueltos i agregados, dejándoles un tercio de sueldo. En aduanas, resguardos i arbitrios, oigo mil disparates.

»Ello es, mi amigo, que esto es ahogarse i no atinar con el asidero: el descontento aumenta, porque en la casa donde no hai que comer, todos riñen i todos tienen razón.

»Se me olvidaba lo que yo estoi temiendo i que seguramente me lleva a la cárcel por mi pobreza. —Un empréstito forzoso de doscientos mil pesos.

»¿Qué le parece a Vuestra Escelencia de to

esto? Sin que yo se lo diga, ya inferirá que esto está desplomado, que amaga una catástrofe i que nos han justificado bien. ¿Para qué necesitamos mas manifiestos ni apolojías? Los hechos, los resultados, las comparaciones deciden siempre de la opinión de los pueblos; así es que Vuestra Escelencia ha ganado mas en ella que lo que aparecia perdido. Hai enemigo encarnizado, Cotapos, que ha dicho públicamente que no hai mas salud que en Vuestra Escelencia i que él seria el primero que fuese a traerlo, hincándosele de rodillas para confesar su error i pedirle perdón. En verdad, no se conoce el bien hasta que se pierde, i hai hombres, como los planetas, que no dejan ver su magnitud sino cuando se les mira en distancia.

»¡Cuánto deseo salir de aquí! pero aun mas el ir a unirme con Vuestra Escelencia para hablar incansablemente noches i dias. *A este trueque iria gustosísimo de diputado cerca de ese gobierno.* Aun *me insinué* para ello aunque inútilmente, cuando el buen Joaquín Campino (que estaba nombrado i habia recibido para ello la mitad de la renta) se tronchó una pierna. Seguramente esperarán a que sane porque él tiene todo el valimento i es el 51.11.16.9.8.60.57.16 de 50.9.56.7.61.9.56.60.9. (1)

»Cuando a este le sucedió ese castigo que tuvo

(1) Estas cifras, según la clave que publicamos en la primera edicion de este libro querian decir *es el director de Benavente.*

Simon mago, hubo cosas graciosas, que contará a Vuestra Escelencia Larrea. Se nombró a Cáceres que se escusó, i se ofreció don Juan Manuel Gómez (Cobos?) (1).

Entonces se buscaba mandar uno que no fuese del partido de Vuestra Escelencia i que aquí fuese temible. Oigo que ahora tratan de enviar uno, i no trasluzco quien sea el predilecto. Feliz en parte Egaña (se portaba ya mui mal con nosotros) a quien mandaron para Inglaterra (por deshacerse de él), adelantándole treinta mil pesos por sueldo de dos años!

»Si la previsión de Lynch, en que me delicio, se cumpliese, (la de que Vuestra Escelencia ha de mandar en Lima, como lo piensa el Libertador i le ha ofrecido i corresponde por ser Vuestra Escelencia capitán Jeneral de allí), entonces o iré, o veremos si de ese Estado se me puede *nombrar diputado cerca de este gobierno*, como se ha hecho muchas veces en Europa i lo aprueba el Vattel, sin que sea obstáculo el ser yo súbdito de Chile.»

IX.

Tales eran los principales acontecimientos po-

(2) El orijinal dice Gómez, pero indudablemente es Cobos, por el entusiasta liberal don Juan Manuel Cobos, a la sazón mui joven, pero que habia tomado una parte activa en la deposición de O'Higgins.

líticos i personales que se habian desarrollado en su ausente pero nunca olvidada patria, cuando el dilijente i casi humilde compañero del Libertador colombiano vagaba por las breñas andinas en demanda de una actividad necesitada por su espíritu i de un afán de gloria que en su viva naturaleza fué innata. I del tenor de las opiniones, de los avisos i de los consejos de sus mas ardientes i antiguos amigos, se desprendia con claridad, que si era sincero su deseo de dar por terminada su «misión americana», como lo habia manifestado a Bolívar después de Ayacucho, trocábase en difícil esfuerzo arrancarse del todo a los empeños, a las esperanzas i a las codicias del mando supremo de su patria, del cual se decia desposeido injustamente.

X.

A la narración de nuevos acontecimientos de orden estrictamente ligado con la persona cuya vida trazamos, si bien bajo lejano impulso, consagraremos los dos próximos capítulos de este libro que abarcan los últimos acontecimientos de su vida política con relación a Chile.

CAPITULO XX.

Apacible i laboriosa vida del jeneral O'Higgins en Montalván durante el año 25.—Los negocios secretos de su hermana doña Rosa con el ajiotista Arcos, i cómo sus mal habidos provechos se habian desvanecido.—Tranquila vida rural del proscrito.—Ajitación de sus amigos en Chile.—Gran conspiración abortada i desconocida hasta hoi, de febrero de 1825.—Notable carta del jeneral Zenteno, gobernador de Valparaiso, sobre la situación.—El mariscal Prieto i los doctores Zañartu i Echeverría ofrecen al ex-director la devolución del mando en una carta mancomunada i auténtica.—El negociante Solar revela el plán de la revolución a O'Higgins en una carta que le lleva el coronel O'Leary, enviado de Bolívar en Chile.—Llamamientos apremiantes que hace al ex-director su ex-ministro Rodríguez Aldea, i su famosa *carta al virrei de Popayán*.—Cómo este interesante documento histórico cayó en manos de los liberales i descifrándolo lo publicaron.—Por qué no estalló la revolución militar de principios de 1825.—«Faltó el hombre».—Rodríguez Aldea aconseja a O'Higgins en una carta cifrada que se gane a Blanco Encalada que bloquea a la sazón al Callao i se dirija con él a Concepción.—El ejército liberal mandado por jefes estranjeros.—Burda farsa del impostor Bellina, que se finje emisario de los coroneles Beauchef, Rondizoni i Viel, para traer a Chile al jeneral O'Higgins, i cómo éste cae hasta cierto punto en la red.—Estalla en octubre de 1825 la revolución abortada en febrero, i cómo sus principales caudillos son desterrados a Lima.—Curiosos detalles sobre este movimiento que desde esta ciudad envia a Montalván el doctor Rodriguez Aldea i sus tenaces celos con el jeneral Zenteno.—Noble i tranquila conducta de este.—El jeneral O'Higgins en Montalván.

I.

El año de 1825 fué de paz interna i de labor

sufrida para el proscrito jeneral chileno. Habia recibido la hacienda de caña de Montalván, compensación de la heredad de sus padres que en el sur de Chile perdiera, sin capitales, sin aperos, sin maquinarias, escepto un trapiche viejo de mulas, que conocimos, i lo que era peor que todo esto sin negros esclavos, que esa era la riqueza, es decir, el azúcar del Perú. Fortuna propia no tenia, porque era hombre ancho de corazón, desinteresado i compasivo. La revolución lo habia encontrado rico i la proscrición lo devolvia pobre a hogar ajeno. Ciertos dineros que en consorcio con San Martín habia enviado a Europa en 1817 para ponerse a cubierto de la miseria en futuras emerjencias, habian desaparecido en manos de un ajente infiel. Su hermana doña Rosa tenia algunos ahorros fruto de negocios un tanto tenebrosos en que figuraba el conocido ajiotista español don Antonio Arcos, junto con varios negociantes i hombres públicos que a la sombra de los préstamos al erario en apuros, se enriquecieron con tanta rapidez como es escaso el buen nombre que dejaron. Mas esas mismas dudosas sumas habian sido devueltas al Estado por jestiones enérjicas del ministro de hacienda Benavente que amenazó pegar fuego al complot si la nación no era reintegrada hasta de sus céntimos. Doña Rosa quedó pobre.

Erale, por tanto, fuerza a su hermano trabajar con asiduo empeño en formar una propiedad q

le ayudara a su sustento i a mantener su rango. Era jeneral de Chile, brigadier del Plata, gran mariscal del Perú; pero no recibia sino las cargas de tan pomposos títulos sin ninguno de sus emolumentos.

II.

Por todos estos decorosos motivos, i como lo habia prometido al Libertador en el banquete de Ayacucho, pasó el jeneral O'Higgins la mayor parte del año que dejamos recordado en las espaciosas casas que con cierto lujo tropical habia edificado sobre alta huaca indíjena, a tiro de piedra del pueblo nuevo de Cañete i 40 leguas al sud de Lima, el rejente de la audiencia de esa ciudad Arredondo. Su buena madre i su enérjica hermana, acaso mas varonil que él para la política, los negocios i las sementeras, le acompañaban.

III.

No disfrutaba Chile en ese tiempo ventura semejante a aquella tranquilidad de la labor i de los campos, porque el «año XXV» puede considerarse como clásico en los anales de aquellas ajitaciones embrionarias i dolorosas en que la repúca nacia de la independencia, como hijo de va-

lerosa pero ya aniquilada madre.—«El año XX de Buenos Aires está mui cerca de representarse en Chile», escribia al desterrado de Montalván, en los primeros dias de ese año, el comerciante arjentino don Estanislao Lynch, i éste en esa misma carta le agregaba:—«Se sublevó el primer escuadrón de la escolta en Chillán. El núm. 7 ha amagado hacer otro tanto en Concepción. A nadie se paga, i no hai con qué pagar. Rancagua está lleno de partidas. Se ha introducido furtivamente a la asamblea un pasquín que fué leido por sorpresa, denunciando esta gravísima situación. I en este estado de cosas unos apellidan a usted por salvador. Otros a Fontecilla. Otros a Freire absoluto.»

I aquel mismo personaje, en carta de mediados de octubre (el 18) del año precedente, se habia atrevido a formular este voto singular, que correspondia, sin embargo, a una aspiración mui jeneralizada entre los o'higginistas de Chile, esperando que en Ayacucho serian derrotados los españoles i en seguida los pipiolos. Las palabras de Lynch eran las siguientes, atribuidas por él a don Manuel Salas, amigo personal del Libertador: —«Quiera el cielo inspirar al gran Bolívar el enviar al jeneral Lara con mil colombianos a arreglar esto!»

IV.

En efecto, según en el capítulo precedente lo observábamos, la revolución que habia derribado a O'Higgins el 28 de enero de 1823, i derrocado en seguida la constitución de ese año el 21 de julio de 1824, continuaba enjendrándose a sí propia i dilatándose en ardientes espirales. Convocada una asamblea en noviembre del último año para dictar una constitución nueva, habia correspondido a su orijen. Nacida de los tumultos, se habia hecho tumultuaria. Don Carlos Rodríguez, tribuno del pueblo, al estilo mas de Rienzi i Masaniello, que de los Gracos, no asistia jamás a las sesiones sino armado de un fornido puñal, que él llamaba su «mondadientes», como el cardenal de Retz al suyo su breviario; i no pocas veces su lengua atrevida i caliente tuvo el lampo i los filos de su alma. Infante, tribuno i utopista a su manera, soñaba ya con la deidad de su vejez,—la federación, i arrastraba también su séquito al debate. Don Joaquín Campino, hombre poco conocido en la historia de la república, i menos que conocido poco estudiado, mereciéndolo altamente, era el mas elocuente de los convencionales i el que tenia talvez mejores dotes de hombre de Estado; pero su voz i su cordura se perdia en la grita cuotidiana de las diatribas personales. I en medio de todo

esto el bien intencionado director Freire era llevado como el mástil del naufrajio por la ola, sin que pudiese presentirse sobre qué playa sería arrojado.—«Aquí manda Benavente, escribia Rodríguez Aldea a O'Higgins el 30 de junio de 1824, i el círculo es entre Zenteno, Prieto, Blanco (don Ventura?), i a todos los gana Campino (don Joaquín). I sin ser profeta puedo decir a Vuestra Escelencia que dentro de mui breve quitan a Freire i talvez con 7.17.9.17.11.56.7.60.57» (1).

V.

La situación de la república no podia ser, a la verdad, mas alarmante, i hé aquí los términos mesurados i tristes en que la describia un hombre probo que no hablaba ciertamente el lenguaje de los conspiradores que buscan medro, sino el del patriota honrado que deplora los males de la república i se prepara honrado asilo para las horas de infortunio que van a sonar con el toque de arrebato de las pasiones i de la muchedumbre. La siguiente carta del jeneral Zenteno, a la sazón gobernador militar de Valparaíso, es un documento histórico de la mayor importancia, i como tal se publica por la primera vez.

---

(1) Asesinato.

Señor don Bernardo O'Higgins.

(Reservada).

Valparaíso, febrero 25 *de* 1825.

«Mi amado jeneral:

»Dije a usted en mi última, que en primera ocasión tendria el gusto de escribirle con alguna estensión sobre el estado interior nuestro. Este no puede ser peor. Por desgracia, debo decirlo, soi hombre de bien i creo con alguna facilidad en ciertas apariencias que llevan visos de honradez i de juicio; así me sucedió ahora meses respecto de los procedimientos de nuestra administración, a quien creia sacrificada al bien público i con las aptitudes necesarias para conseguirlo, pero me engañé. Los tres meses de gobierno absoluto, después de quitado el senado, se desvanecieron como el humo, sin haberse hecho mas que la confiscación de temporalidades para tirar los frailes a la calle i abandonar sus propiedades como bienes monstrencos, de que ni los antiguos poseedores, ni el fisco, ni nadie han aprovechado nada. Reunido el congreso en noviembre, no se ha hecho mas que consumir el tiempo en niñerías i fomentar dentro de la sala las mas animosas divisiones que pronto han trascendido al público. Entretanto, abolidos

los mas ramos de hacienda, suspenso el remate de diezmos, paralizada totalmente la aduana por falta de comercio, desacreditado el papel billete hasta el punto de perder un ochenta por ciento, ha sucedido una bancarrota espantosa i de todos modos incurable. A pocos empleados se debe menos de seis a siete meses de sueldo i yo tengo el gusto de contar ya nueve, i así muchos. De aquí un descontento jeneral, de aquí la sublevación de las tropas del sur, de las que dos escuadrones de la escolta se pasaron a Pincheira i que, aunque con el empréstito de 15 a 20 mil pesos, se ha podido sofocar un tanto el motín, pero el fuego no está estinguido i no hai ya recursos para apagarlo cuando vuelva a inflamarse. De resultas de todo, hace muchos dias que la capital se halla en ajitaciones. Los pasquines i anónimos contra el gobierno se repiten incesantemente. Incluyo a usted uno de los muchos que corren. Benavente renunció al ministerio i fué sustituido por don Francisco Ramón Vicuña. Ahora ocho dias fueron sorprendidos don Ignacio Sotomayor i un Bustamante, espiando a deshoras a varios congresales: llanamente confesaron que tenian orden de don Francisco Fontecilla, don Gregorio Argomedo i otros magnates de asesinar a Pinto, Benavente, don Joaquín Campino i doctor Vera: fueron luego presos e incomunicados Fontecilla i Argomedo: esto causó gran alboroto, ha hab

pobladas: unos pedian el castigo de los presos, otros su libertad: unos querian la disolución del congreso i otros que continuase. Pinto, entretanto, salió del ministerio, le sustituyó Vicuña i la vacante de éste, es decir, el ministerio de hacienda ha sido provista en don Ignacio Eizaguirre. En tal estado de cosas nada se hace, nada se provee i por instantes se espera el reventar. Las diarias sesiones del congreso se reducen a encarnizarse entre sí los diputados con injuriosas ofensas. El pueblo, por su lado, insulta la autoridad, *soi dissant*, soberana. Las facciones se enardecen, pero ninguna tiene caudillo. La opinión no existe porque cada hombre tiene la suya i solo reinan el desorden i la anarquía.

»Aquí tiene usted un lijero bosquejo de nuestra situación. La escena se precipita i el drama va a tener pronto un trájico i terrible desenlace. El director pierde por instantes la confianza pública; no tiene, puede decirse, la del ejército, carece de cohesiones poderosas, le falta absolutamente erario, i lo que es peor, hombres que le ayuden i dirijan: el pueblo, por su parte, tampoco tiene uno que reuna sus miradas i en tal estado i en circunstancias tan terribles ¿qué puede pronosticarse? Me estremezco al pensar en lo futuro.

»No será, pues, estraño que pronto me vea usted en esa. Es preciso huir de un desastre tan est il como ignominioso. Terminada la guerra de

independencia, no queda ya campo a una aspiración gloriosa i no tengo humor para dejarme devorar por el fuego de la anarquía. Yo debo buscar la tranquilidad i esta se halla en el último mostrador de un pueblo para quien debo ser estranjero.

»*José Ignacio Zenteno*» (1).

VI.

Tal era la realidad de las cosas narrada por un observador profundo, por un amigo sincero, por un majistrado responsable, i en abono de ésto se habrá echado de ver que él no decia a su antiguo amigo—«Venid», sino «Me voi».

El jeneral Zenteno espresaba esta vez la verdad i díjola siempre. Era hombre reservado pero profundamente sincero porque era honrado, i la franqueza en la amistad no es sino la diáfana vestidura de las almas probas.

Por esto, desde el principio de este libro eminen-

---

(1) Nos ha parecido bajo otro concepto digno de memoria, respecto del jeneral O'Higgins i de su ministro Zenteno, que fueron hombres mui avanzados en materia relijiosa, el siguiente pasaje de una carta del último, fechada en Valparaíso el 22 de agosto de 1824:

«El cónsul inglés, escitado por su gobierno en un oficio que le psaa Mr. Canning, que he visto orijinal, está jestionando sobre la tolerancia de cultos respecto de los súbditos británicos; creo que lo conseguirá, según los principios del gobierno i del *nuncio apostólico que es bastante liberal.*»

temente histórico i justificado, siguiendo invariablemente, en el intervalo de veinte años, la primera parte trazada, hacemos hablar con mas frecuencia a los actores del drama, sin atrevernos a tomar asiento de prestado en la concha acústica del consueta. Esta biografía es, en cierta manera, una historia viva; i ese será, sin duda, el único mérito que, pasada la edad de los fáciles vituperios i de las alabanzas solicitadas i obtenidas, le asignará la crítica. Es ese un método como cualquiera otro de escribir la historia; pero, sin dejar de ser el mas dramático, es el mas verídico. Todas las tumbas se abren, i cada cual llega al dintel de la posteridad, depone i calla. I entonces la posteridad juzga, i según su leal criterio, condena i absuelve.

En la vida de O'Higgins ofrecen su testimonio casi todos sus contemporáneos, desde su padre a San Martín, casi todos sus émulos, desde los Carreras hasta don Carlos Rodríguez, todos sus amigos de corazón, entre los cuales ninguno tuvo títulos mas firmes ni mas altos que el jeneral Zenteno, cuya serena palabra acabamos de escuchar.

VII.

Pero otros i mui encumbrados magnates no procedian de esa manera. Era evidente que se conspiraba, i esto con inusitada audacia i seguri-

dad. A la vista tenemos una gravísima carta autógrafa firmada colectivamente por tres de los hombres mas importantes de la dictadura, el jeneral don Joaquín Prieto i los ex-ministros Zañartu i Echeverría, escrita en Santiago el 26 de enero de aquel año i dirijida «A nuestro dulce amigo el señor don Bernardo O'Higgins», i en ella con todo desembozo los tres de consuno le invitan a una próxima i segura revolución que lo reintegraria en el perdido mando.—«En fin, mi amigo, le decian testualmente, usted nos conoce demasiado i sabe que no somos capaces de ofrecer lo que no podemos cumplir, i nos atrevemos *a ofrecerle no solo el bien del país* sino también un amor i respeto fundado ya en el convencimiento de que nadie es capaz de remplazarle. Tal es la protestación de fe que en el dia hacen sus mayores enemigos» (1).

---

(1) Esta gravísima carta existe orijinal en nuestro poder i la han visto muchas personas. En ella los tres firmantes se espresan con la mayor acrimonía contra el honrado pero vacilante Freire, i para cohonestar lo violento de sus ataques, dirijidos a un gobernante a quien servian, se espresaban de la siguiente manera:

«No estrañe usted este lenguaje contra un hombre a cuyo favor nos supondrá usted obligaciones i vínculos. Nada de esto hai. La incorporación de los Benavente lo inclinó hácia otra asociación, dejándonos en aptitud de obrar en todo conforme al voto nacional i al de nuestros corazones. A él ha sido mui caro este desvio i sus secuaces que por medio de una incorporación honrosa habrian obtenido la estimación que no merecen, hoi han vuelto a su misma nada.»

VIII.

No eran solo los hombres de la corte, de la espada i de la política los que así se vertian, porque el opulento comerciante i peruano de cuna don Felipe Santiago del Solar, que habia sido banquero de doña Rosa O'Higgins, aprovechando la partida del enviado de Bolívar, O'Leary, quien vino antes de Ayacucho en solicitud de recursos de lealtad i llevaba consigo mensajes de conspiración, decia al jeneral proscrito, una semana después de firmada la carta anterior (el 30 de enero), estas palabras que no podian ser mas terminantes sobre el inminente trastorno.—«Estamos de acuerdo muchos amigos de usted, i hemos meditado el modo como variar el teatro. Trabajamos con constancia i acierto. Se han circulado i circulan muchos papeles i de uno de ellos es la adjunta copia. Los jefes son con nosotros, i antes de dos semanas reventará la mina. Nada hai que temer. Todo, todo está dispuesto de un modo cierto e indudable».

IX.

Era esta misma época la que el impetuoso si bien solapado ex-ministro Rodríguez Aldea elijió para dirijirle su famosa carta del 12 de febrero de

1825, que interceptada por el gobierno de Chile i descrifrada por uno de sus ministros fué publicada con el título de *Espreso al virrei de Popayán*, nombre que se le puso porque en ella decia el privado al señor que en Chile era corrido le iban a hacer tal.

Encontrábanse en ese mismo documento cosas divertidas i rasgos alarmantes de la situación. Pero en cartas que no fueron interceptadas puesto que existian incólumes en Montalván i llevan la fecha del 22 de ese mismo mes, decíale en cifra estas aleves espresiones alusivas al joven almirante don Manuel Blanco Encalada que a la sazón bloqueaba a Rodil en el Callao.—«Ganarse a Blanco i venir por Concepción» (1).

---

(1) La clave decia testualmente así: 10.7.56.7.16.17.9.7.50.17 56.8.57.11.61.9.56.11.16.15.57.16.8.57.56.8.9.15.8.11.57.56.

En la carta que corre impresa al virrei de Popayán, se encuentra también el siguiente curioso pasaje:

«Ya es preciso pensar en venir. Si Vuestra Escelencia se resuelve, avíseme, porque conviene que yo vaya allá primero. No se necesita mas que querer. La mejor venida era por Concepción. Pero repito, es preciso que primero fuera yo a hablar con usted; porque habrá que escribir ciertas esquelas en cierto lenguaje. Los Binimelis los tenemos cuando queramos de apoyo i talvez solo falta Vuestra Escelencia. Por la patria, por honor, por sus amigos debe procurar venir a libertarnos.»

Este célebre documento político habia sido enviado por conducto del ex-ministro del Perú en Chile Larrea, i éste lo confió (según dijo, por *equivocación*), a un tal Oliva, quien lo entregó al pipiolo Urbistondo i éste lo remitió al gobierno de Chile. Lo descifró don Francisco Ramón Vicuña, que acababa de ser nombrado ministro del interior, en remplazo del jeneral Pinto.

X.

Hasta el honrado i pacífico doctor Marín, viendo desatarse el huracán por todos los rumbos del horizonte, escribia con dos horas de diferencia respecto de la carta de Zenteno (febrero 22) lo que sigue:

«Los dias 20 i 21 de febrero de 1825 serán memorables en nuestra historia. Lo que puedo asegurar es que la revolución principia».

Así era a la verdad; pero por fortuna la borrasca detúvose esta vez en sus comienzos, sin que se haya sabido jamás cómo logró paralizarse movimiento tan avanzado i tan comprometido. La única clave del enigma que hemos encontrado es un párrafo de carta de Rodríguez Aldea que dice a su confidente de Montalván con fecha 25 de abril estas palabras de profundo desconsuelo, escritas en cifras.—«Todo ha mudado de aspecto por la cobardía.....No ha habido hombre..... Si Blanco al menos hubiese estado aquí nos hubiésemos puesto con él. Esto no tiene mas remedio que el que de *allí venga*».....

XI.

Habíase empeñado el gobierno del jeneral Freire en sustraer al ejército, en cuanto era posible, de

los contajios revolucionarios, que eran la triste herencia dejada por la guerra de la independencia a las repúblicas americanas, i con este fin confió el mando de casi todos los cuerpos a oficiales estranjeros en cuyo honor reposaba, i aunque existen indicios de sospechas que el coronel Viel estuvo comprometido en aquellos planes de trastorno, según se vió mas tarde, no hai de ello las pruebas suficientes (1).

---

(1) Esta circunstancia del comando de jefes estranjeros, que orijinó mas tarde el nombre del «ejército inglés», dió marjen a una correspondencia verdaderamente burlesca, en que un aventurero que se tituló en Chile jeneral polaco i barón de Bellina, por sacarle algunos pesos al jeneral O'Higgins, le dirijió desde Lima a Montalván la siguienta copia de una carta finjida, que en su estrafalaria ortografía de su orijinal copiamos:

«Copia dela Letre des chefs del'armee.

»Moncher General:

»*Santiago*, 23 *de junio* 1825.

»Nous ne savons pas encor aucune nouvele de votre *arive*, et del'home ce quil pense. Nous soms *preets* a le recevoir, et a Vous donner *notre abrassements* mais ne perdais pas le *tems*, pour retourner avec l'home *bien plus promptement possible*.

»Nous sommes toutes *avous* General &

»Firma *Benjamino*.—Firma *Gorge*.—Firma *Turco*.»

La firma del *Turco* debia significar la de Rondizzoni, aunque éste no era turco, sino italiano natural de Parma, tierra del buen queso. Los otros dos son las de Viel i de Beauchef.

No obstante trama tan burda i en que se trataba nada mer-- que de que el impostor llevase a Chile a O'Higgins, éste ha cierto punto cayó candorosamente en la red, i le contestó

XII.

Pero lo que no se habia verificado, conforme a los pronósticos de todos en los dos primeros meses del año XXV, tuvo lugar a su término, por motivo harto insignificante i sin aprestos de intención, porque habiéndose suscitado en Valparaíso, por el mes de octubre, un tumulto lugareño contra un decreto del ministro de hacienda Correa de Saa, que mandaba cerrar la bahía a deshoras, sa-

---

modo siguiente:

«Señor *jeneral* don Antonio, barón de Bellina.

»*Hacienda de Montalván en Cañete, julio* 30 *de* 1825.

»Mi querido jeneral i amigo:

»He visto con *sumo placer* su estimable, 13 del que acaba, i *con la mayor satisfacción* la copia de la carta de los amigos que usted me acompaña; yo siempre recordaré *con eterna complacencia* sus patriotas i amigables sentimientos, i no dudo tendrá usted la bondad de trasmitirles oportunamente mi reconocimiento i gratitud.

»Felizmente, en seguida agregaba, debiéndose reunir el Congreso jeneral de Chile antes de veinte dias desde esta fecha, podremos saber por el primer buque de Valparaíso la elección de diputados para aquella reunión esencial, i el conocimiento de las personas electas será el mejor garante para pronosticar sobre la desgracia o felicidad de aquella república, que se consume en la efervescencia de pasiones tumultuarias hasta el estado degradante de no verse seguridad, orden, ni tranquilidad.»

A propósito de los jefes recordados, el doctor Rodríguez Aldea escribia al jeneral O'Higgins, en febrero de 1825, las siguientes palabras:—«Viel, Beauchef i Rondizzoni siempre mui unidos. No son con el gobierno, pero tampoco con Vuestra Escelencia, a escepción del primero i de Sánchez que está en Talca sin ausilios i con mucha deserción.»

lió parte de la guarnición de la capital a restablecer el orden perturbado; i aprovechándose de esta coyuntura reuniéronse tumultuosamente algunos asambleistas acaudillados por el inquieto Zañartu, Fontecilla con otros; i amparados en su mandato lejislativo proclamaron director interino al coronel Sánchez que mandaba un cuerpo numeroso (el núm. 4) en Santiago.

En el primer momento el jeneral Freire salió a reunir tropas en la campaña; pero los que habian tomado parte en el movimiento se reacciararon sin esfuerzo, i entonces los que no huyeron fueron reducidos a prisión. Cupo esta suerte al doctor Rodríguez Aldea, quien escribiendo desde Lima a Montalván decia a su jefe, el 24 de noviembre de aquel año.—«El guapo Freire se figuró que yo trataba de revolución en el cuartel i me abocó a la puerta del cuarto por dos dias un cañón a metralla..... Si yo hubiese andado en esto, agregaba, puedo decir sin lisonja que *el golpe* no se habria errado, porque desde mucho tiempo antes era yo de parecer se nombrasen tres para conciliar mayor partido i dar tiempo a que usted estuviese allá para la elección de solo uno que debia ser usted como que reune a todos los tres».

XIII.

Simpatizó el jeneral Zenteno por su parte i

su puesto oficial evidentemente con el motín de Valparaíso, sin haberlo de ninguna manera promovido; pero como hombre de honor, cuando todo estaba sosegado renunció su posición responsable i se retiró en calidad de refujiado político a bordo de la fragata de S. M. B. *Britton* surta en la bahía.

Sin embargo de esto, el doctor Rodríguez Aldea que no sufria émulos en su amor por O'Higgins, i menos en la correspondencia de éste, decíale en la misma carta arriba citada lo siguiente, que no pasaba de ser una intriga florentina:—«Zenteno *jamás será con usted sino en apariencia.* Se le escapan ciertas palabras i *jestos* que lo persuaden. El quiere que mande Pinto o Blanco. Aquí nos guardamos de él, pero conviene pagarle con la misma moneda, esto es, aparentando que está con usted».

I esto no obstante, todos al hablar así eran míseros desterrados, náufragos del mismo naufrajio en inclemente playa!

XIV.

La primera noticia de la revolución de octubre de 1825 que en la historia se llama «de Sánchez,» sin que él en lo menor la hiciera, i que nosotros no narramos aquí por ajena i por carecer de documentos nuevos sobre ella, llegó a Lima el 25 de octubre i fué trasmitida al jeneral O'Higgins a su hacienda de Montalván dos dias mas tarde. Pero

el proscrito, que no ignoraba probablemente los móviles de aquella empresa, creyó mas acertado no acercarse a Lima (1).

---

(1) El único documento inédito que sobre la revolución de Sánchez encontramos en 1860 en el archivo de Montalván es la siguiente carta dirijida a esa hacienda desde Lima el 24 de noviembre por el doctor Rodríguez Aldea al jeneral O'Higgins, a quien trata de «mi jefe, mi amigo incomparable», i en ella le refiere lo siguiente:

«En una de mi riesgosa correspondencia recuerdo haber dicho a usted que en Chile no veia hombre i sí mucha disposición i deseos: efectivamente, ha faltado el jefe o cabeza que presida, i siempre creí que todo proyecto encallase, así es que por esto i porque yo era el único a quien sin cesar espiaban i sin razón temian, me concentré al encierro de mi casa, sin salir ni aún de noche. Aquel antiguo fermento se veia calmado i se miraba morosa la deseada aparición de usted.

»Hubo largas i varias épocas en que habria bastado se dejase usted ver solo, solo en cualquier punto de Chile, tropas i vecinos se habrian unídole al instante i habrian entrado sin un tiro a gobernar sin oposición: nuestros enemigos decididos, pocos i desalentados, eran insignificantes, i los mas de ellos nos adulaban para buscar padrinazgos.

»Pasóse ese tiempo, o mas bien, se adormeció, fijando todos la idea en la mui válida noticia de que el héroe Libertador emprendia sobre Chiloé, que usted iba de jeneral en jefe i que desde allí se caeria sobre Concepción, en cuya provincia esperaban a usted a brazos abiertos.

»La chismografia diplomática de Zenteno con el ingrato i perjudicial don Rafael Correa, que se hallaba de orgulloso ministro de hacienda, preparó en Valparaiso una media revolución que no tenia objeto jeneral sino el que se quitase a Correa. Este i su íntimo, el hipócrita i enconado Vial del Rio, que también era ministro, dominaban al maquinal Freire.

»Dictaron providencias hostiles i de venganza contra Valparaíso, salió el infame Borgoño con la escolta para Casablanca i se dió orden marchase infantería a reunírsele. El Congreso ofició entonces al gobierno para que suspendiese tales medidas, ofreciéndose a tomar otras de conciliación i prudencia. Si Freire hubiese accedido a esto, nada de lo que siguió hubiese sucedido: mas él contestó a la sala con actitud punzante, en que a él solo i no a ella era peculiar el tomar medidas para la tranquilidad

El 6 de noviembre habian llegado a Lima los conjurados Zañartu, Palacios, Argomedo i otros, i en seguida aportaron al Callao el jeneral Zenteno, el coronel Viel i el doctor Rodríguez Aldea.

La reacción o'higginista habia mudado de domicilio, según se ve, instalándose en casa del proscrito, talvez a pesar suyo. I arrastrado el último ahora por deberes de amigo, de caudillo i de agradecido, vamos a verle lanzarse por la última vez en una aventura culpable que, en caso de haber sido coronada por el éxito, habria de seguro empañado su fama preclara de patrióta, haciéndole acreedor a que la curul de majistrado supremo de su patria, dejada con tanto lustre por él, fuera cubierta con el crespón negro de Marino Faliero en la galería de retratos del palacio de los Dux de Venecia. Don Bernardo O'Higgins, después de haber sido el jeneralísimo de su patria estuvo en un riesgo de ser su Coroliano, acaso su «conde don Julián»....

---

del Estado. El Congreso se incomodó i los amigos *aprovecharon la ocasión* para atraerse contra Freire a los indiferentes. El juramento al Congreso aún no se habia prestado, porque se esperaba la reunión de todos los diputados. Se llamó a todos los jefes i lo prestaron, se ofició a Freire para que concurriese i se negó, se le repite concurra al dia siguiente a las diez. En esa noche ya se pensó en deponerlo si se negaba a jurar. Todos los comandantes se brindaron, i el vecindario entraba también en lo mismo, pero en esa misma noche se salió de la ciudad Freire con Borgoño i el escuadrón de Guias, sin que se supiese su paradero. Se trata de nombrar un director provisional, mientras reunidos todos los diputados se nombra en propiedad; Zañartu era el alma del Congreso i todos con él, a escepción de Infante.»

CAPITULO XXI.

Apremiantes cartas que los desterrados de Chile dirijen a don Bernardo O'Higgins a Montalván desde Lima, i resistencia del jeneral a venir.—Ardiente carta de Fontecilla i súplicas del doctor Rodríguez Aldea.—Cómo comienza a fraguarse una espedición chilena sobre Chiloé, sostenida por Bolívar.—Pretende el Libertador que ese archipiélago pertenece al Perú, i se propone llevar las armas colombianas hasta esa latitud.—Sondea a O'Higgins sobre el particular a mediados de 1825.—Carta inédita de su ministro Unánue sobre el particular i respuesta de O'Higgins.—Escribe éste una estensa carta a Bolívar en agosto de 1825, i recados acariciadores que el último le envia desde Tinta, cerca del Cuzco.—Publicación de todos estos graves documentos inéditos.—Los chilenos se apoderan de Chiloé, adelantándose a los planes del Libertador, i queda de gobernador militar de la isla el coronel don José Santiago Aldunate.—Envia éste una carta completamente inocente al jeneral O'Higgins con su hermano don Pedro Aldunate, i los desterrados de Lima toman pié de ella para fraguar una revolución en el Archipiélago —Se embarca en el Callao don Pedro Aldunate para Ancud con el pretesto de ir a comprar un cargamento de alerce, i aviesa carta que el jeneral O'Higgins escribe al coronel Aldunate.—Revolución de Ancud el 3 de mayo de 1826 i su inmediata reacción.—Culpable conducta del jeneral O'Higgins en esta ocasión, i cómo se comprueba la participación que Bolívar tenia en estas empresas.—Gravísimas cartas de O'Higgins i del doctor Zañartu.—Conferencia de éste con Bolívar en la Magdalena.—Consejos del último i estratajema de Rodriguez Aldea.—Proclama del jeneral O'Higgins.—El jeneral O'Higgins, como en castigo, es el primero en saber la reacción de Chiloé i penosa carta en que la comunica a sus amigos.—El jeneral O'Higgins es dado de baja por Freire i puesto fuera de la lei por Blanco Encalada.

I.

Decíamos en el capítulo precedente que la re-

volución de Chile, que desde la caída del director O'Higgins se mantenia en estado latente i casi supurativo, habia cambiado de hogar e instalándose a los umbrales de su caudillo para arrastrarlo en la vorájine común, i así por desgracia suya aconteciôle.

En los primeros tiempos, durante uno, dos o mas meses, resistióse el jefe proscrito a obedecer al llamado constante de los suyos que se hallaban espatriados i violentos como él. El enérjico don Francisco de Borja Fontecilla, le llamaba en una carta llena de clamores i de epítetos el 7 de diciembre, a poco de su arribo al Perú como proscrito; el doctor Zañartu, mas tranquilo o mas flexible, le invitaba con dulzurosa maña en la medianía de enero de 1826 i el infatigable i busquillo doctor Rodríguez Aldea, todos los dias (1).

(1) Son interesantes estas cartas, por su redacción i su insistencia, i por ello íntegras las copiamos:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Lima, diciembre 7 de* 1825.

»Mi amado compañero i amigo invariable:

»Por mil aspectos me ha sido sumamente grata su afectuosa i distinguida carta. Yo no me anticipé a saludarle porque a mi arribo se me aseguró que usted venia pronto. Para entonces reservaba echarme en sus brazos i empeñarlo a vengar los ultrajes de la patria que se invoca i de sus amigos perseguidos, que hemos trabajado por distintos caminos para hacerla feliz con usted. Su honor, su deber, la consecuencia i hasta la gratitud exijen ya imperiosamente que usted emprenda la obra de todos de-

Pero el ex-director no venia, i solo le encontramos en Lima a fines de marzo, para escribir una

---

seada i de una ejecución tan segura como fácil. Para que se realice mas pronto, pedí i pedimos todos el venir por acá. Nuestras familias, un partido inmenso que allá nos queda, tienen fijos sus ojos en usted: no pueden emprender, pero sí cooperar. Les falta esa firme espada de usted, cuyo solo amago abisma a los pocos inícuos que allá quedan sin opinión i sin tino. Mil consideraciones, i ahora la principal de ocultar nuestros planes para que los espías de aquí no den aviso, nos retrae de ir para Montalván. Mi objeto i el de los demás solo sería ir a reclamar esa espada que ya usted tiene dispuesta. Sí, mi amigo, sus compañeros íntimos no pueden ya vivir seguros sin usted, i aquella república que usted creó i engrandeció, jime hoi abatida, deshonrada, i estaba a punto de acusar a usted por la demora de su libertad.—Póngame usted a los piés de las señoras i reciba el corazón i los votos de su firme compañero i amigo Q. B. S. M.

»*Francisco B. Fontecilla.*»

(Fragmento de carta del doctor Zañartu, Lima, enero 14 de 1826).

...«Parece llegado el momento en que deban decidirse los destinos de Chile. Los males de aquel desgraciado país han llegado a su colmo, i a mi juicio la venida del Libertador no tiene otro objeto. Cualquier acuerdo en que usted no interviniese desairaría sus antiguos i eminentes servicios, i acaso inufliría en el desacierto de los planes. Por esto creo conveniente su presencia, aunque me es desagradable contemplar, lo incito a que abandone su mansión tranquila i deliciosa. Pero es preciso conferenciar mucho si el caso llega. Esta casa ofrece a usted las comodidades i decencia precisa, la reunión de todos sus amigos i particularidades de nuestro país que pertenecen esclusivamente a la conversación.»

Entre varias cartas del doctor Rodríguez Aldea, damos la preferencia a la siguiente:

«Escelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.

»*Lima, diciembre* 27 *de* 1825.

»Mi jefe i mi mejor amigo:

»Don Manuel Valdés me trajo la apreciable 6 del corriente»

carta un tanto insidiosa al coronel don José Santiago Aldunate, gobernador de Chiloé a la sazón.

---

que trascribí a Chile el acápite en que usted me habla de él, para que se regocije aquella familia tan digna por su adhesión de ser amada por usted. Cuando llegue el dia feliz en que pienso incesantemente, formarán para usted i por usted los Valdés una columna de brazos i corazones. Yo conozco a todos en Chile, este es el mejor fruto que he sacado de mi adversidad.

»Convengo en que mi larga carta anterior aún no le habrá dado toda la luz que desea para analizar hechos i circunstancias, esto solo se logra hablando de viva voz, pero mi ida para Montalván no es tan exijible como dije antes, alguno de estos ociosos bien podian haberlo hecho, aunque no todos convienen. Zenteno se ha brindado a ir con instancias, pero con maña hemos logrado suspenda. Yo estoi ajitado en ver como aclaro i consigo algo de lo que dejó mi finado padre i al mismo tiempo ando en pasos para que se reconozca la deuda de los víveres con que me embrolló Urriola. Estoi como los quebrados viviendo de esperanzas de cobrar. Sin embargo de esto, de lo que dije en mi anterior i de lo que pueda hacer sobre mi familia estoi pronto a ir siempre que usted se determine seriamente (como ya debe hacerlo), a emprender sobre Chile. Al menos dígame usted en reserva si piensa en ello o no, porque esta incertidumbre es mortificante i perjudicial. De Chile me escriben que seré el primero a quien se mande pronto la licencia de regreso, porque se han buscado *poderosos resortes*. Esta noticia me ha puesto en mayores dudas. Si usted por su honor, por el bien del país, por los amigos sacrificados que allá lo esperan i estamos aquí, se resuelve a la empresa (que es bien fácil), entonces escribiré no hagan dilijencias i me trasladaré a Cañete; pero si usted no ha de ir, habré de volver al sacrificio; ¡terrible situación la mia! Yo veo que la recuperación de Chile a usted es facilísima, pero tambien veo que aunque se organice espedición, si usted no va a su frente nada se hace; la presencia de usted vale por un ejército. En fin, mi amigo, dígame usted en reserva si se determina i si ha de ser breve, si espera al Libertador o su contestación, etc.

»*José Antonio Rodríguez.*»

I en seguida en otra carta volvia a repetir al jeneral lo siguiente:

«Por estas i otras consideraciones nos arredramos de pasar

II.

Es de creer, por varios motivos i documentos subsecuentes, que los o'higginistas espatriados de Chile habian llegado a convenirse en una culpable invasión del territorio de la república, su patria, la cual seria sostenida por las armas de Bolívar. I en esto estaba su culpa, porque aquel emancipador estranjero, brioso i absorvente, fundado en el dominio directo que antes tuvieron los virreyes sobre aquel importante archipiélago, pretendia revindicarlo para el Perú i bajo sus banderas, después de Ayacucho, como lo hiciera antes de Ayacucho con Guayaquil i el Guayas, apostadero i rio antes peruanos.

III.

Con este motivo i hallándose ausente de Lima en su famoso viaje al Alto Perú, en el que tardó cerca de un año, hizo el Libertador que su ministro

---

esa hacienda, a pesar de que es vivo nuestro deseo de hablar con usted sobre sus planes i los nuestros, para que usted vuelva a hacer feliz aquel país, que fija en usted i en el poderoso ausilio del Escelentísimo Libertador toda su esperanza. Zañartu, que es el único sin familia en Santiago que pudiera comprometerse, no puede ir a verse con usted, porque aun se resiente del grave golpe que sufrió cerca de Casablanca en una violenta caída de caballo. Tendremos, pues, que valernos de la pluma para acord- tantas i tan urjentes cosas.»

del interior el doctor don Hipólito Unánue dirijiese al jeneral O'Higgins una consulta que podia tener algo de patriótico i aun de americano, pero que en el fondo perseguia la codicia de adueñarse de Chiloé para el Perú o para Colombia, cuando hacia pocos meses Chile habia buscado esa solución con sus propias armas (1).

Son estremadamente interesantes bajo su aspecto histórico estos documentos i además del todo desconocidos, por lo cual creemos de jeneral conveniencia reproducirlos íntegros de sus orijinales. La «consulta» del ministro Unánue estaba concebida en los lacónicos términos que a continuación ponemos.

---

(1) A propósito de las ideas que en aquel tiempo existian sobre la *propiedad* del archipiélago de Chiloé, ideas que en el Perú albergó don Ramón Castilla hasta su muerte, hé aquí un pasaje curioso de carta que en 1821 (con fecha 4 de mayo) dirijia el gobernador de Valdivia el teniente coronel de injenieros don Cayetano Letelier al jeneral O'Higgins, a la sazón Director de la república:

«Como los principales puntos en que pretende Quintanilla fundar su resistencia son *la dependencia que Chiloé ha tenido siempre de Lima* i sus comprometimientos especiales para con la España, me ha parecido conveniente estenderme algo sobre estos dos reparos en el oficio que ahora le dirijo i que Vuestra Escelencia verá. En cuanto al primero, esto es, que Chiloé *quede dependiente de Lima*, le he dicho a Lantaño que se cierre a la banda i no entre de ningún modo por esta propuesta; si solo que si ve mucha resistencia, proponga que quedará *bajo los auspicios del gobierno de Chile*, hasta que éste i el de Lima convengan amigablemente lo que sea mas justo i mas conforme con los deseos de los chilotes, pues si éstos, despues de instalado el gobierno liberal en Lima, quisiesen depender de él, no pondrá embarazo el de Chile i les dejará su elección libre.»

«*Lima, julio* 14 *de* 1825.

»Mui señor mio i mi respetable amigo:

»Su Escelencia el Libertador desea el que se haga una espedición a Chiloé luego que se entregue el Callao. Entonces sobrarán fuerzas i buques *para unirse con los de Chile.* Como este Estado, según noticias, se halla en muchas divisiones, cree Su Escelencia podrá Vuestra Escelencia SER LLAMADO PARA APACIGUARLAS, i en este caso, O SIN ÉL, me previene consultar con Vuestra Escelencia sobre el asunto de la espedición a Chiloé como lo ejecuto ofreciéndome con el afecto con que soi su afectísimo servidor Q. B. S. M.

»*H. Unánue.*»

IV.

El jeneral O'Higgins desde su retiro de Montalván contestó una semana mas tarde de la manera que va a verse i que compromete no poco su dignidad de chileno i de ex-jefe supremo de la nación, al ventilar un asunto doméstico i privativo de la soberanía de su patria con un potentado estranjero.

«Escelentísimo señor presidente del consejo de gobierno don Hipólito Unánue.

»*Cañete i julio* 21 *de* 1825.

»Mui señor mio i de mi mas alto aprecio:

»La respetable nota de Vuestra Escelencia 14 del corriente a que tengo el honor de contestar, será siempre para mi un agradable recuerdo del honor que me dispensa Su Escelencia el Libertador. Su contenido es digno del héroe que hace venturosa toda la América del sur. Manda una república agradecida que conoce sus intereses i es tan poderosa como jenerosa; i su benéfico proyecto de dar libertad al oprimido Chiloé aumentará los laureles de sus bien merecidas glorias. El archipiélago de Chiloé colocado por la naturaleza como para recibir i aliviar a los que atrevidos vencen las barreras del cabo de Hornos, ha sido siempre i continúa siendo un asilo ventajoso a nuestros comunes enemigos, i evidentemente mui perjudical a los intereses de los pueblos del Pacífico. El puerto de San Cárlos ha prestado descanso i servido de escala a los buques españoles, fomentando la piratería i el corso que en el pasado aniquiló el comercio de las costas de Chile haciéndose sentir hasta en las del Perú. De allí han

zarpado espediciones para el mismo Chile i se han engrosado mas de una vez los ejércitos de Pezuela i Laserna. En fin, Chiloé es el punto de apoyo de los insurrectos de nuestros buques de comercio i de guerra, además que en su actual situación apoyará el rei Fernando sus escusas ante las naciones de Europa para no reconocernos con notable daño a la resolución contraria que alguna de éstas ha indicado, cuando ya no tremole el estandarte español en parte alguna de las que fueron colonias españolas. Sí, Escelentísimo señor, la subyugación de Chiloé la reclaman inmediatamente los intereses jenerales de la patria, su crédito esterior i nuestro honor. Para la ejecución de un designio tan saludable a las repúblicas de Chile i el Perú, considera Su Escelencia el Libertador oportuno el tiempo después de la rendición del Callao, porque entonces sobrarán fuerzas i buques para unirse con los de Chile, i considera también que por las divisiones en que se halla este Estado sea yo llamado para apaciguarlo, en cuyo caso o sin él se me consulte sobre él.

»Consecuente a la voluntad de Su Escelencia i a mi constante aspiración a la felicidad común no puedo menos que observar, aunque se conmueva toda mi sensibilidad, que yo descubro en la actual administración de Chile disposiciones mui contrarias a los sentimientos e intereses de la comunidad que preside para obrar de acuerdo i con sinceri-

dad en la unión de fuerzas i buques que desea Su Escelencia: el retroceso a Coquimbo de la espedición a intermedios, es una de las pruebas inequívocas de esta verdad. Ni el gobierno de Chile, ni el jefe de estas fuerzas, apesar de meditadas combinaciones, han podido justificar hasta el presente aquel cargo, por mas que se hayan empeñado los periodistas comprados al efecto en Chile i Buenos Aires.

»Si bien se vió después salir de Valparaíso la división de la escuadra que hoi bloquea al Callao ¿quién ignora que el temor a las responsabilidades forzó esta medida arrancada por el clamor público que lamentaba la inacción del gobierno en las críticas circunstancias que se encontraba la causa de la libertad del Perú i que las amenazas populares i convulsiones serias obligaron al directorio a tomar el temperamento contrario a las ideas oscuras i miserables que separaron el ejército de Chile de las costas del Perú? Por otra parte, ¿cuáles son las fuerzas de Chile con que se cuenta para la espedición? ¿Cuáles sus recursos? No los diviso; i lo que es mas sensible, abrumada aquella república por esa carga de fierro de las facciones que la hacen rendirse a la efervescencia de los tumultos hasta la última degradación, no se encuentra un lenitivo a tamaño desorden. Constituidas en las provincias asambleas soberanas, apenas hallarán en su despecho

tropas i fondos para divertir su ambición de dominio i disolución. Por último, cualquiera que sea el orden actual de Chile, es bien sabido que el gobierno carece de opinión, que no hai absolutamente fondos, que los partidos trabajan mútuamente por destruirse i que su decantada tranquilidad no ha sido mas que una calma aparente, que debe concluir por una convulsión cuyas consecuencias no es fácil prever. Aunque el voto de la parte sana de aquellos pueblos ha deseado i posteriormente anunciado sus clamores para mi regreso a la autoridad, sin embargo, el conocimiento i esperiencia que me prestó el espinoso cargo de mi gobierno, me obligaron a la protesta de no tomar mas parte en el mando que dejé.

»Mi inclinacioón siempre fué en el campo del honor, i mi alma mui distante de esa política insidiosa que demandan aquellas provincias enfermas de envidia, de partidos i de facciones. Por este convencimiento creo necesario sujetar a examen la cuestión siguiente: ¿Si el gobierno del Perú en las difíciles circunstancias actuales de Chile, podrá conciliar la cooperación de ésta espedición a Chiloé, o si en el caso de faltar esta combinación ¿lo verificará por sí sola la república del Perú?

»Analizada la cuestión bajo estos puntos de vista, parece que se encontrarán embarazos en la resolución del problema en cuanto a lo primero, i para

lo segundo, partiendo del principio, que toda nación no debe solamente buscar lo justo sino también lo útil, me aventuro a sujetar mi opinión a lo segundo, fundado en las mas felices disposiciones por parte de esta república para obrar conforme a los intereses comunes.

»Sin embargo de todo, llegado el tiempo de la rendición del Callao, o cuando Vuestra Escelencia crea oportuno, me encontrará siempre dispuesto a servir en cuanto se me necesite o sea de su agrado, en obsequio de la patria de Su Escelencia el Libertador i de Vuestra Escelencia. Soi con los sentimientos mas repetuoso de estimación de Vuestra Escelencia S. S. Q. B. S. M.

»*Bernardo O'Higgins*».

V.

Sensible i aún desdoroso en sumo grado era todo aquello, i nosotros sin vacilar lo asentamos en la imprenta, porque jamás hicimos profesión en la historia de amenguar la verdad en el elojio o el reproche, sino de enaltecerla en la justicia.

Pero aún aquel grave compromiso no sería suficiente, por cuanto sin obligación determinada de deber o cortesía, el proscrito de Montalván escribió directamente a Bolívar la carta que va a leerse, que nosotros copiamos de nuestra propia

letra hace veinte años, i que siquiera contiene algunas salvedades i vacilaciones dignas de respeto o de atenuación ante la posteridad.

«Escelentísimo señor Libertador, Presidente de Colombia i Supremo Jefe del Perú.

»*Montalván i agosto* 25 *de* 1825.

»Mi *amado jefe* i amigo:

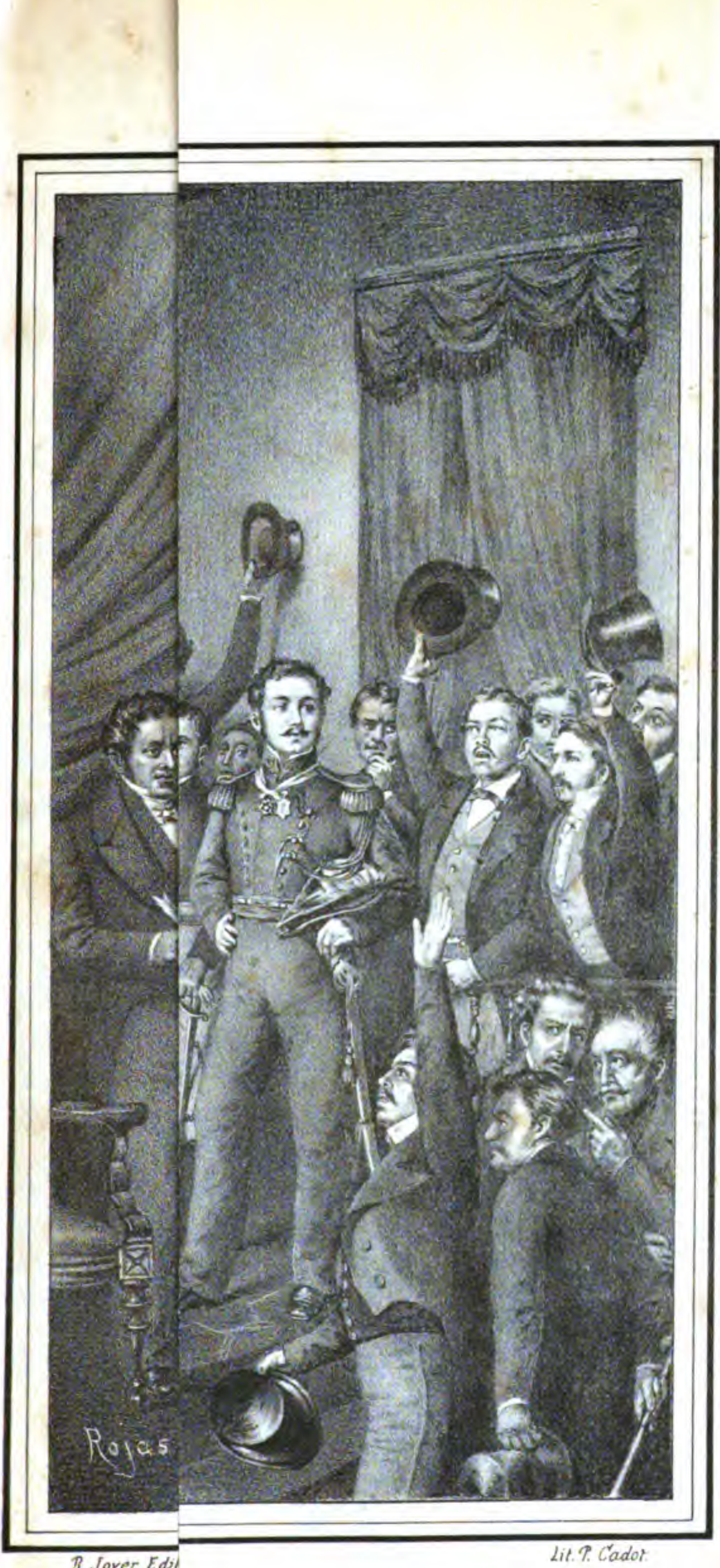
»La partida del correo de Arequipa me presenta la oportunidad que deseaba para decir a Vuestra Escelencia que he recibido del señor don Hipólito Unánue una carta en la que me espresa el deseo de Vuestra Escelencia para que se haga una espedición a Chiloé, luego que se entregue el Callao, porque entonces sobrarán fuerzas i buques para unirse a los de Chile, i como este Estado, según noticias, se halla en muchas divisiones, talvez sea yo llamado para apaciguarlo, en cuyo caso, o sin él, quiere Vuestra Escelencia se me consulte sobre el asunto de dicha espedición a Chiloé.

»No ocultándose a la sabia penetración de Vuestra Escelencia que el empeño mas cerca de mi corazón ha sido i es siempre el total esterminio de los esclavos de Fernando VII en las rejiones sud-americanas, creerá sin duda el placer sincero que recibo al leer el contenido de la espresada carta del señor Unánue.

»Se eleva mi alma, mi querido jeneral, con esta prueba tan satisfactoria de la confianza i delicadeza de Vuestra Escelencia, i eternamente me será un agradable recuerdo entre los honores que me ha dispensado su jenerosidad.

»Es tan sensible como cierto el desorden que sufre Chile, mi patrla infeliz, i mui repetidos los clamores de hombres de la primera consideración par una reforma, que los salve del incendio civil que los abrasa en la efervescencia de pasiones tumultuarias i de facciones encarnizadas que se ajitan incesantemente por destruirse mutuamente, no alcanzando remedio a tan grave mal toda la fuerza de la opinión pública, ni el apoyo de las tropas, con escepción de las de Concepción, que no han tenido oportunidad de espresar su opinión. Un cuadro tan lamentable mortifica mi alma con las mas penosas sensaciones e interrumpe aquella tranquilidad que tan deliciosamente he gozado después de la victoria de Ayacucho, i *cualesquiera que sean las dudas que pueda sentir en acceder a los deseos de mis compatriotas, como efectivamente las siento sobre la materia*, jamás la tendré en cooperar a la justa causa de la libertad, i no me detendré en espresarle estos sentimientos que francamente tuve la honra de contestar oportunamente al señor Unánue.

»Ordene Vuestra Escelencia lo que mas sea de su agrado en recompensa de la admiración que



R. Jover, Edit.   Lit. P. Cadot.

NS

tengo a su persona, i con los sentimientos de la mas respetuosa estimación i los votos mas sinceros por la conservación de una vida que tanto ha prodigado, soi, Escelentísimo Señor, de Vuestra Escelencia su mas humilde i obediente servidor.

»*Bernardo O'Higgins.*» (1)

VI.

Decíamos hace poco que el Libertador directamente nada habia propuesto al jeneral chileno sobre una invasión parcial encaminada con armas estranjeras al suelo de su patria, aún a título de revindicación americana. El Libertador se limitaba a halagar de cuando en cuando la amistad de su compañero de la sierra en 1824, i en cierta ocasión, en carta escrita en Tinta (la aldea de Tupac Amaru), el 20 de setiembre de 1825, a su confi-

(1) Sea que el gobierno de Chile tuviese noticias de estos manejos, sea que Bolívar no supiese disimular su resentimiento por lo que de su carácter i ambición decian los diarios arjentinos i chilenos, las relaciones diplomáticas entre el Libertador i el gobierno del jeneral Freire, fueron mui tirantes, especialmente después que, con vivísimo desagrado del primero, dió la vuelta sin hacer nada la espedición Pinto Benavente en 1823. Es mui posible que en las memorias de O'Leary se encuentre algo sobre estas complicaciones, i creemos esto porque en una carta escrita al jeneral O'Higgins desde Lima por el comerciante don Estanislao Lynch el 25 de setiembre de 1825, encontramos el siguiente pasaje:

«O'Leary me dice que el Libertador estaba mui incómodo con la nota que en dicha carta se habia puesto, i ha hecho, según me dice, que O'Leary escriba a Salas (don Manuel) *una carta mui fuerte para que se la lea al gobierno.*»

dente i ministro de guerra Heres, enviávale el siguiente napoleónico recado:—«Escríbale usted al jeneral O'Higgins, i hágale usted mil cumplimientos de mi parte, que estoi mui quejoso porque no me ha escrito ni una palabra.»

VII.

En cambio sus adictos de Chile, cegados por el despecho, no habian cesado de incitar al ex-dictador a una alianza estrecha de política i de armas con el Libertador, especialmente su ex-ministro Rodríguez Aldea, que no dejó de ser así su mal jenio en la cima del poder como en sus abismos.

Desde julio de 1823, estando todavia ambos en Chile (el dia 1.°), escribíale desde su escondite o desde su calabozo;—«Me parece mejor retirarse a Lima, i allí con B... con él, con él!...» I tres meses mas tarde, en carta de octubre 17 de ese año, como el satánico espíritu del Tabor, decíale otra vez, tentándolo:—«Déme algún consuelo», i en cifra agregaba: «*¿Vendrá con él?*..... Hai hombres que sueñan con el Libertador!» I por último, insistiendo en su idea favorita, concretaba su plan en esta frase de su célebre carta al virei de Popayán (12 de febrero de 1825). «Ni de Papa ni de nada a parte alguna *(¿ni a Popayán?)* A Chile o nos ahorcamos!» (1)

(1) Es mui curioso también a este respecto i a lo que se de-

VIII.

Hallábanse ahora, por uno de los incidentes de la revolución, congregados en Lima los principales promotores de aquellas empresas, i a su cabeza el tesonero i suspicaz Rodríguez Aldea, el hombre que sin disputa, después de su hermana Rosa (que en política era hombre), ejerció mayor influjo en el ánimo fluctuante, dócil e impresionable del jeneral O'Higgins. I tomando pié de esos mismos antecedentes, que debieron servirles para alejar hasta sus ojos de aquel horizonte, comenzaron a maquinar proyectos de invasión o de revuelta, cuyo objetivo sería precisamente el archipiélago de Chiloé, ya incorporado por fortuna a nuestro

---

cia del Libertador en Chile (lo cual esplica la frialdad i desconfianza de este país para con él), el siguiente pasaje de una carta escrita por el entonces coronel Riquelme, tio carnal del jeneral O'Higgins, redactada con su peculiarísima ortografía, el 12 de mayo de 1825, i en la cual, después de hablarle del *Baldio* (bandido) Pincheira, se encuentra el pasaje siguiente que copiamos a la letra:

«...ellos estan temiendo por el Livertador un *gorpe*, ello es que mandaron al *peru de Lima*, arrebucionarlo con una fuersa de ploclamas, ados su getos auriostondo (*) el otro no se sabe que saldrá desto &ª. *Todo el mundo entero* conoce el credito que tiene el eroé, del Livertador don Símon Bolivar, i que solo *su persona puesta en Chile*, acompañado por un Amigo como V. que lo llaman los principales i los pueblos, estaba todo echo. *I es preciso hacerlo en todo este año.*»

No era malo el *tio!*

(*) Don Zenón Urbistondo, exaltado pipiolo i el mismo de quien se decia que habia sido parte a descubrir la carta al virrei de Popayán.

territorio mediante la rendición de Quintanilla en enero de aquel año (1826).

IX.

Habia sido dejado en calidad de jefe político i militar de esas islas, el pundonoroso aunque ríjido coronel don José Santiago Aldunate, al mando del rejimiento núm. 4, cuyo jefe inmediato era el coronel don José Francisco Gana, i vínole al molde de los amaños de los conjurados un viaje que a Lima hizo a fines de febrero un hermano del jefe superior de la provincia llamado don Pedro Aldunate, que habia sido capitán de artillería i que, dedicado ahora a granjerías de comercio, buscaba la vida por su cuenta.

Don Pedro habia venido provisto mas que de una carta de recomendación de un simple saludo de su hermano, dirijido a su antiguo jefe, el cual decia sencillamente como sigue:

«Escelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago de Chile,* 24 *de febrero de* 1825.

»Señor:

Desde mi llegada aquí no he escrito a Vuestra Escelencia, creyendo haber vuelto pronto al Perú, como lo informará a Vuestra Escelencia mi hermano Pedro; i esta esperanza me ha hecho c-

meter esta falta, creyendo verificar mi viaje de un dia a otro.

»El viaje de Pedro es una buena proporción para no diferir esto por mas tiempo; i el suceso de Ayacucho es un nuevo motivo para felicitar a Vuestra Escelencia porque él ha puesto el sello a la independencia americana. Yo saludo a Vuestra Escelencia por tan feliz triunfo a nombre de Chile i de todos los amantes de la libertad.

»Soi de Vuestra Escelencia su atento i obediente servidor.—*J. S. Aldunate*».

X.

La respuesta del jeneral O'Higgins, datada el 22 de marzo de 1826, revela, por lo estudiado de sus términos, que los emigrados chilenos se habian apoderado de aquella frájil coyuntura para intentar algo contra la lealtad probada del jefe del Archipiélago, o por lo menos, por su tenor i por las circunstancias que se sucedieron, seria licito sospecharlo. Esa respuesta decia así:

«Señor coronel gobernador de Chiloé don José Santiago Aldunate.

»*Lima*, 22 *de marzo de* 1826.

»Mui apreciable señor mio i amigo.

»Si alguna cosa puede satisfacer la ambición de

un hombre de bien, es la de haber servido de un modo distinguido a su patria. Esta satisfacción, sin disputa, la goza usted que mui dignamente tendrá en la historia *el glorioso nombre de libertador de Chiloé,* pues que con su espada se ha abierto el camino a este merecimiento i a la gratitud de los amantes de la libertad i de la felicidad común. Yo me congratulo, i aprovecho esta oportunidad para espresarle el placer con que le trasmito mi mas *acendrado reconocimiento* por los servicios que ha prestado a mi amada patria i mi mas sinceros votos por su prosperidad i la del pueblo que le debe una nueva existencia, i el mayor bien del hombre, su libertad civil.

»Oportunamente recibí su estimable 24 de febrero de 1825, que me fué entregada por su apreciable hermano don Pedro, dador de ésta, i como he esperado el regreso de este amigo para repetirle mi sincero aprecio i estimación, se ha retardado hasta el presente que lo hago *con especial encargo al dador, dé a usted el abrazo fraternal* de su afectuoso i sincero compatriota etc.

»*Bernardo O'Higgins*».

XI.

De todas suertes, parece que el ex-capitán de la artillería de Chile faltando de la manera mas grave

a la lealtad que debia a un hermano que le honraba con su confianza i su cariño, se prestó a ir a deponerlo, o lo que es peor, a seducirlo. I en consecuencia, embarcándose el 24 de marzo en una pequeña goleta inglesa llamada *Alejandro Adams* se dirijió a Ancud con el pretesto de comprar un cargamento de alerce.

El 24 de abril, según datos inéditos que tenemos a la vista, llegaba el emisario a su destino, i hallándose el gobernador ausente en el interior de la isla i el jefe de la guarnición en Santiago, donde se habia dirijido en busca de su esposa, le fué fácil conseguir un levantamiento militar acaudillado por el valiente teniente coronel de artillería don Manuel Fuentes, que se habia batido en Maipo i en Ayacucho.

Tuvo lugar el movimiento revolucionario de Chiloé en la tempestuosa noche del 3 de mayo de 1826, apresando Fuentes, Aldunate i el capitán del 4.° don Andrés Olivares, al segundo jefe del batallón don Jerónimo José Valenzuela, a quien encontraron dormido. En cuanto al gobernador Aldunate que llegó a la ciudad a las doce de aquel dia, parece que con pocos miramientos lo prendieron i lo embarcaron prontamente junto con Valenzuela en un buque que los echó a tierra en la costa de San Antonio.

XII.

Al tenerse noticia en la capital de tan luctuoso acontecimiento, el director Freire hizo dar de baja en el escalafón al jeneral O'Higgins, así como poco mas tarde el director interino Blanco Encalada le puso fuera de la lei (1).

XIII.

Por su parte, i por la de los emigrados bolivaristas i o'higginistas de Lima, el mal aconsejado capitán Aldunate habia regresado a las costas del Perú el 6 de junio, de suerte que al saberse en Lima la esperada nueva, entregáronse los conjurados a los trasportes mas vivos de alegría. I a fin de abreviar en un capítulo que escribimos con evidente pena, vamos a dejarles a ellos mismos, por la novedad de sus revelaciones, narrar la escena de

---

(1) El decreto de Freire decia así:

«*Santiago, mayo 24 de 1826.*

»Atendiendo a que el capitán jeneral don Bernardo O'Higgins se halla actualmente en países estranjeros sin la competente autorización del gobierno, puesto que le fué concedida licencia para salir fuera de la república por el término de dos años en 2 de julio de 1823, i que espirado dicho tiempo no ha obtenido prórroga, désele de baja en el ejército, para lo que se pasará conocimiento de esta suprema resolución a la comandancia jeneral de armas, tomándose razón de ella en las oficinas donde corresponda. Imprímase.—FREIRE.—*Novoa.*»

contento, de esperanzas, i, por último, de profundo desengaño, que el corto drama anti-patriótico de Chiloé brindóles en dos meses.

Hé aquí, en efecto, los tristes términos en que el ex-director de Chile, mas por vengar ajenos agravios que por recuperar un poder que comenzaba a olvidar, comunicó a sus adeptos la nueva del alzamiento, insistiendo en que todo fuera comunicado a Bolívar, como a parte, sino como a cómplice.

«Señor don Miguel Zañartu.

»Mi caro amigo:

»En este momento acabo de recibir comunicaciones oficiales de Chiloé, cuyos habitantes, a ejemplo de las provincias de Concepción i Coquimbo, han elejido una asamblea provincial para adoptar medidas que consideran mejor calculadas a promover el bienestar del Archipiélago. Esta asamblea ha creido conveniente investirme con el supremo mando, i urjen mi pronto regreso a Chile. Hai fuertes razones para creer que las asambleas provinciales de Valdivia i Concepción uniformen sus procederes con las islas de Chiloé, i a la verdad, si acreditamos las cartas recibidas, no hai en las provincias que están fuera del alcance de las bayonetas de Beauchef i Rondizoni,

con escepción de algunos aspirantes i sus amigos que circulan a la administración, quien no suspire por una reforma que restablezca el orden i la tranquilidad que gozaban tres años hace. *Como yo siempre he comunicado a su Escelencia el Libertador todo asunto importante que de tiempo en tiempo he recibido de Chile*, suplico a usted tenga la bondad de aprovechar la mas pronta oportunidad de pasar a ver a Su Escelencia i manifestarle las circunstancias que dejo espresadas, pues como tan interesado en el buen orden i prosperidad de la América, es indudable recibirá una satisfacción. Me encuentra este acontecimiento con un corrimiento a la cara tan mortificante que no me permite escribir cuanto deseo; pero en el término de ocho dias marcho a esa con mi familia i entonces pasaré inmediatamente *a presentar mis respetos a Su Escelencia* i dar a usted un abrazo.

»Mil espresiones a nuestros paisanos, i como escribo esta en la ansiedad de comunicar tan importante noticia sin pérdida de momento, dispensará usted mis imperfecciones.

»Soi siempre su invariable amigo.

»*Bernardo O'Higgins*» (1).

---

(1) Como esta carta está copiada de un borrador, no tiene fecha, pero le corresponde por las contestaciones que a ella le dieron la del 12 de junio de 1826 en Montalván.

XIV.

Mayores i mucho mas exhuberantes en espresiones de regocijo fueron las manifestaciones de los desterrados de octubre de 1825, a los que se habia agregado ahora el coronel Sánchez i otros jefes militares.—«Viva mil veces la patria, esclamaba poseido de delirante entusiasmo el doctor Zañartu, en carta al ex-director del 13 de junio. Viva mil veces la patria! A las ocho de este dia he recibido por la estimable actividad de Mr. Thomas, la importante comunicación de usted, e inmediatamente volé con ella al palacio de Su Escelencia el Libertador, quien *la recibió con estraordinario regocijo*, prescribiéndome que mañana lo vuelva a ver después de meditar *lo que convenga hacer en tales circunstancias*. El opina que Sánchez debe ir inmediatamente a ponerse a la cabeza de su cuerpo, i embarcarse para Pisco; *que se flete un buque i que Su Escelencia escribirá a Aldunate*.

»Hoi mandaremos el plan, pero yo temo que no sea mui perfecto sino es de acuerdo con usted. Así lo indiqué a Su Escelencia cuya respuesta fué que debíamos ponernos a cubierto de cualquiera reacción.

»Sintió mucho la enfermedad de usted i me dijo que le escribiria; pero no creo conveniente de-

morar al conductor. De todos modos yo mañana insistiré en la necesidad de oir a usted para perfeccionar nuestras combinaciones, i con este convencimiento apresurará en lo posible su venida» (1).

XV.

Siguióse a esta respuesta la inevitable misiva del doctor Rodríguez Aldea llena, cual de ordinario, de emociones i de ardides, i ésta que en la presente ocasión parecia dirijida al inglés Thomas, secretario del jeneral O'Higgins, llevaba la fecha del 14 de junio i estaba concebida en los términos siguientes:

«......Después que vinieron anoche los compañeros de la comedia les dije, según convinimos, que acababa de hablar con uno que habia venido del Callao: que a éste comunicó en reserva un marino la revolución sucedida en Chiloé: que allí

(2) Por estos mismos dias fué cuando el doctor Zañartu escribió i publicó en Lima un opúsculo violento contra la administración Freire, i aunque se refujió en el anónimo, como siempre, su responsabilidad fué puesta luego en claro. Hé aquí lo que sobre este trabajo político dice el señor Barros Arana en su reciente i erudito *Catálogo de libros anónimos, etc.*:

«Cuadro histórico del gobierno del señor Freire. Lima, 1726, 1 v. 8.°

»Opúsculo de 56 pájinas, inclusos los documentos justificativos i la fe de erratas, escrito por don Miguel Zañartu, ministro de Estado en Chile bajo la administración del jeneral O'Higgins, su representante después en Buenos Aires, i desterrado al Perú en 1825 por el jeneral Freire. Aunque apasionado contra el gobierno de éste, este opúsculo merece ser conocido para estudiar la historia de Chile durante los años de 1823, 24 i 2

se veia un regocijo jeneral: que pasaron revista a 700 veteranos i nueve rejimientos de milicia: que todos gritaban con entusiasmo *¡Viva el director O'Higgins!* Que habia mucho armamento sobrante: que en el estanco habia mas de cien mil pesos en existencia: que un oficial Fuentes fué aclamado gobernardor interino: que éste i otros valientes pusieron preso al coronel Aldunate, a Azagra i al mayor de plaza, i los mandaron en un buque para Valparaíso: que Aldunate se negó a entrar por puntillo de honor: que ya estaban de acuerdo con las tres compañías de Valdivia para hacer lo mismo allí: i que por tierra habían salido varios correos para Concepción: que se hablaba allí mucho contra la crueldad de desterrar al Obispo.

»Aquí hai cartas de Gana fechadas 12 de mayo en que dice iba a salir al siguiente dia con su familia para Chiloé en el bergantín *Aquiles. Es regular haya caido.*

»Conviene mucho, mucho que el señor jeneral vuele para acá, aunque sea dejando la familia en camino.

»Nadie sabe todavía que el *incomparable* amigo don Pedro haya venido en el buque, aunque lo malician.

»Zañartu se está preparando para ir a comer a la Magdalena (1). El insiste con el mayor empeño

---

(1) Residencia habitual de Bolívar.

en que Sánchez vaya a ponerse al frente de su cuerpo, sin esperar que llegue el jeneral.—Sánchez también manifiesta el mayor deseo i quiere irse con Palacios, José María Argomedo i un oficial Bosa de su cuerpo, que vino ahora dos meses. Yo estoi sujetando: les digo que esto es mui impropio, que eso es ir a manifestar desconfianza, que es de necesidad esperar al señor jeneral para saber lo que determina i conviene: que es preciso llevar contestaciónes suyas: que no sabemos si el mando del batallón convendrá darlo a alguno en premio, etc., etc. He dado un millón de otras razónes. Sánchez se conviene en esperar; pero Zañartu i Zenteno insisten en que salga. Por fin, les he dicho que lo que conviene es tener pronto *un buque de guerra*, con todos los auxilios para que el señor jeneral disponga en el momento que llegue.

»Su Escelencia el Libertador espera con impaciencia al señor jeneral i está contentísimo.

»De los de aquí el que más conviene mandarlo a Chiloé es Claro. Sánchez es seguro; pero acaso convendrá mas formarle otro batallón con la base que hai en Valdivia.

»Urbistondo está furioso de cólera i habla sin recato.

»Sánchez i Zenteno acaban de decirme que el oficial Fuentes (si es el de artillería que estuvo en el Perú) es enemigo del Libertador. Yo recuerdo que era mui adicto al señor jeneral.

»Soi de dictamen que el señor jeneral sea el primero que vaya inmediatamente para Chiloé.

»Nada hemos podido saber del buque que dicen haber entrado ayer con bandera de Chile.»

XVI.

El mas grave de estos documentos era, sin embargo, la proclama que el jeneral O'Higgins dirijió a los chilenos el 15 de julio próximo desde Lima, i cuyo documento en la hoja impresa en que estuvo destinado a circular i que tenemos a la vista, dice con mal estilo i escasísima elevación de alma i de miras, lo que va a leerse i que ignoramos si haya corrido alguna vez hasta hoi en las pájinas de la historia.

EL CAPITÁN JENERAL DE EJÉRCITO DON BERNARDO O'HIGGINS, A SUS CONCIUDADANOS DE CHILE.

«Compatriotas: Al terminar el año tercero de mi separación de vosotros, vais a oir nuevamente el lenguaje de un ciudadano, a quien jamás podreis olvidar, porque su nombre se ligó honorablemente al de vuestra patria, por el justo título de haber derramado muchas veces su sangre para defenderla; i por hallarse su nombre inscrito el primero en la tabla sagrada de vuestra independencia.

»Esta satisfacción con que debieron haber terminado mis dias, ha sido alterada repetidas veces por el aborto de negras pasiones i el eco pestilente de la calumnia. Pero tales diatrivas virulentas lanzadas por desconocidos bajo la salvaguardia de la oscuridad, si bien inquietaban en parte el reposo, que debo a la

jenerosidad peruana, no debian interrumpir mi silencio, porque siempre esto ha sido el patrimonio de los hombres que han servido eminentemente a su patria. Sí: puedo lisonjearme que ninguno me ha escedido en deseos, i tampoco es vanagloria publicar que la fortuna ha sido bastante propicia a mis votos. Cuando la mano poderosa del tiempo haya puesto silencio a las pasiones, la imparcial historia recojerá los hechos, i la posteridad hará justicia.

»Entretanto, compatriotas, vuestro actual gobernante, después de haber perdido la existencia moral i política de la república que domina, confundido por la conciencia de su propia bajeza, olvidado de la dignidad a que lo sujeta su posición pública, i desesperado del descrédito que le ha producido su mando, se encarniza con desapiadada injusticia contra mi nombre, para desahogar de este modo la humillación de su amor propio al contemplar el paralelo vergonzoso que hará el mundo de ambos gobiernos. Él querría, como Tiberio, a quien me compara, que le sucediese un Calígula, cuyos crímenes hiciesen olvidar los suyos, i al oir el pronunciamiento del Archipiélago i las razones en que lo funda, se olvida que preside a hombres libres, i que contra esta voluntad es mui impotente el voto privado de la maledicencia.

»Ciudadanos: al que conoce el arte difícil de mandar a los hombres, no puede serle lisonjero ocupar en la escena pública un puesto contrastado por todas las pasiones. Yo bendeciré al espíritu fuerte que se encargue de esta noble empresa, i felicitaré mil veces a mi patria cuando la vea presidida por un ciudadano capaz de conducirla a sus altos destinos.

»A vosotros, chilenos, toca esta elección; i para que sea espontánea, mi espada que tantas veces sirvió *con suceso* a vuestra independencia, se desenvainará de nuevo por vuestra libertad. Pero no me hagais la injusticia de creer, que aspiro a ser colocado en el número de los candidatos. No: este será el único sacrificio que jamás *haré* por mi patria, porque seria un sacrificio estéril i acaso perjudicial. Yo os lo prometo por lo mas sagrado que respetan los hombres, i mis juramentos no se autorizan en

el ejemplo de vuestro gobernante, para ser el ludibrio de los pueblos; porque, al fin, el engaño seria a vosotros, la ofensa a la verdad, i el oprobio a mi nombre.

»Mi única ambición, chilenos, es daros patria. ¡Ah! i cuán distantes estais de poder gloriaros de tenerla! Los ciudadanos que mejor la han servido, los que le han dado existencia, ya con su sangre, ya con sus meditaciones, i con todo jénero de sacrificios, se ven unos dispersos por el mundo mendigando un asilo, sin arrastrar la conciencia de un crimen, i temiendo otros igual suerte por la falta de garantías. Si el voto público los reune para procurarlas, la autoridad convierte en crimen la virtud, i la reclamación de los derechos que les arrebatan, es el título por el que se les despoja de los que aun conservan. Si bastante magnánimos, para no humillarse con estos atentados, repiten los esfuerzos en nuevas elecciones, el despotismo anárquico pesa sobre ellos, i la fuerza se encarga de dar representantes i leyes, que, en último análisis, será el testimonio que acredite la usurpación del poder, no la espresión libre de los pueblos. Si vuestro gobernante aun recela el triunfo de la opinión pública, llama en ausilio de las bayonetas el voto ganado de alguna asamblea, para que ponga condiciones al pacto social de la república, reservándose, por este medio, un pretesto especioso para presidir siempre la anarquía; pero tan descarado en sus medidas opresivas, que a las provincias mas importantes las prohibe estas asambleas, porque no puede contar con su sufrajio.

»Hé aquí, ciudadanos, parte de lo que ha herido al Archipiélago al incorporarse a la gran familia chilena. Aquellos habitantes virtuosos me han proclamado para que presida sus destinos, i yo acepto solamente el cargo para haceros el homenaje de mi vida, en defensa del orden i de la libertad. La prosperidad pública i gloria nacional serán siempre el norte de mis acciones. Sea yo tan feliz que vea establecido en mi país el imperio de la lei i garantida vuestra voluntad, i hé aquí colmados los votos de vuestro compatriota

»*O'Higgins.*

»Lima, julio 5 de 1826.»

XVII.

Como lección i casi como castigo de estos culpables arrebatos del espíritu que no sabe esperar ni detenerse dentro de la órbita sagrada del deber, pauta i forma indestructible del verdadero patriotismo, cupo al mismo jeneral O'Higgins dejar constancia a la historia del descalabro de aquella intentona, bajo su propia letra, en carta escrita en inglés i dirijida a un amigo i confidente suyo de quien habremos de hablar mas adelante, la cual decia así:

«Señor don Juan Thomas,
Montalván.

»*Miércoles por la mañana, agosto* 13 *de* 1826.

»Mi querido amigo:

»Con el mas profundo sentimiento anuncio a usted el acontecimiento mas desgraciado que pudiera ocurrirnos en el presente estado de cosas. Sabemos con evidencia que Fuentes i la guarnición de Chiloé se han rendido a don Santiago Aldunate, bajo la mas vergonzosa capitulación, i sin haber disparado un solo tiro. Esta desgracia prueba mas i mas que la corrupción chilena se ha injerido también entre los inocentes isleños de Chi-

»Se dice también que Mr. Tupper (el coronel Tupper) salió inmediatamente después para Valdivia, cuya plaza tomó por la fuerza reponiendo a Picarte a la cabeza del gobierno.—Fuentes i otras personas habian sido conducidas prisioneras a Valparaíso en el *Aquiles*.

»Me atormenta un dolor de cabeza tan fuerte que no puedo trasmitir a usted todas las noticias del Callao por el bergantín *Sea Fish*. Solo añadiré que la constancia es la base de todos mis planes, i siempre viviré en la persuasión de que la Provindencia pondrá término alguna vez a estas desgracias.

»Tenga usted la bondad de no decir nada de esto a nuestro amigo don Pedro (Aldunate) i créame siempre suyo i su seguro servidor.

»*Bernardo O'Higgins*».

CAPITULO XXII.

Cuál fué el verdadero temple del carácter de don Bernardo O'Higgins.—Su docilidad subalterna a espíritus ajenos desde San Martín a Rodríguez Aldea.—Arrepentido de la intentona sobre Chiloé, el jeneral O'Higgins abandona en lo absoluto toda idea de recuperar el poder en Chile.—Su carta de felicitación al vice-presidente Eizaguirre i su protesta oficial contra un conato de sedición militar en Valdivia.—Alocución que dirije a los chilenos, a ejemplo de Washington, por los diarios del Perú el 7 de setiembre de 1827, corroborando su abdicación de enero de 1823.—Se retira a Montalván desengañado de la revolución americana.—Estalla la guerra civil al mismo tiempo en el Perú, en Colombia i en Chile.—Revolución de Campino en 1827, de Urriola en 1828 i de Prieto en 1829.—Cómo fué nombrado éste jefe del ejército del sur el 28 de diciembre de 1828, *dia de los inocentes.*—El jeneral Zenteno buhonero en las sierras del Perú, i su alto carácter.—Notable carta que sobre la situación del país dirije a O'Higgins al regresar a Chile en 1828.—Comprobaciones auténticas de que la revolución de 1829 fué hecha esclusivamente para el jeneral O'Higgins, i cómo la desvió Portales tentando la ambición del jeneral Prieto con el mando supremo.—Célebre conferencia de Talca i curiosos pormenores que da sobre ella don Ramón Lantaño, de Chillán.—Cómo el cambio del jeneral Prieto se va haciendo gradualmente trasparente en las diversas cartas inéditas de 1830 i 31, que de él se publican.—Dispersión de los o'higginistas.—Curiosa felicitación de Grajales a O'Higgins por haber sido nombrado «mariscal del imperio», i mas curiosas noticias publicadas en Boston sobre los ejércitos de Freire i Prieto.—«El último o'higginista.»

I.

La sublevación abortada de Ancud, que duró

tres meses i se propagó hasta Valdivia, fué el último desengaño del jeneral O'Higgins, pero fué también su postrera tentativa para recuperar el mando perdido. Mas que a ambición propia, habia obedecido don Bernardo a otros con su docilidad subalterna, tantas veces esplotada, i especialmente por dos hombres diversamente notables (San Martín i Rodríguez Aldea), que fueron como los polos imantados de su existencia política.

Por otra parte, el ex-director el 1823, no se sentia dominado de una ambición insensata i sin altura. Era tan aflictiva, tan turbada i tan menesterosa la situación de su patria, que para codiciar su mando habríase necesitado un apetito enfermizo, i quien habia conservado tantas lejítimas glorias i habia abdicado poder tan alto, no podia sentirse aguijoneado a comprometer aquellas por los azares de un dominio precario i disputado.

II.

I en efecto, todos sus actos posteriores consagrados únicamente a un desinteresado patriotismo i aun a una constante i esplícita sumisión a las leyes de su patria, revelan que aquel ilustre chileno no habia sido indigno de la admiración de sus conciudadanos i hacen acreedora su fama cívica a loor perdurable. De esta manera de ver las cosas de su suelo han quedado numerosos testimon-

entre los papeles íntimos del solitario de Montalván.

I sin ir mas lejos, cuando por renuncia del director Freire, en julio de 1826, entró a asumir el poder, en primer término el jeneral Blanco Encalada i en seguida el vice-presidente don Agustín Eizaguirre, dirijió el jereneral O'Higgins a éste una sincera felicitación, i lo mismo continuó haciendo mas tarde con todos los altos funcionarios públicos que fueron recojiendo su herencia (1).

III.

Un incidente arrancado del libro permanentemente abierto de las conspiraciones tramadas en su

---

(1) No tenemos a la vista la carta de felicitación del jeneral O'Higgins a don Agustín de Eizaguirre ni su borrador; pero la respuesta del último estaba concebida en los términos siguientes:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago de Chile*, 1.° *de setiembre de* 1826.

»Mi estimado señor:

»El honor que usted me hace de significarme su placer por mi elección de vice-presidente de la república, me renueva los motivos de gratitud de que siempre me he reconocido deudor por las distinciones que le he merecido: quisiera estar en ejercicio del empleo para hacer ver que en todo evento le he sido su verdadero amigo, que conoce que las mayores glorias de la patria son debidas a su persona: le ofrezco la mia en cuanto le sea útil, en testimonio de la verdadera amistad con que soi su A. S. Q. B. S. M.

»*Agustín de Eizaguirre.*»

favor, pero sin su noticia i menos con su consentimiento, vino a dar mayor vigor a sus demostraciones públicas de desinterés político i a afianzarlas de una manera irrevocable en nombre del honor; porque habiendo intentado uno de sus mas ardientes i menos recatados partidarios, el teniente coronel don Vicente Claro, seducir a un oficial de estima en carta prolija i apremiante, cayó ésta en manos de la autoridad, i al saberlo el jeneral O'Higgins en su retiro, dirijió al encargado de negociones en Chile en Lima don Pedro Trujillo, la siguiente carta que era una especie de ratificación póstuma de su incondicional renuncia de 1823 (1).

«Señor ministro plenipotenciario de Chile cerca del gobierno del Perú, don Pedro Trujillo.

»*Montalván, en Cañete, julio* 31 *de* 1827.

»Mui señor mio i amigo:

»Acaso estrañará usted esta comunicación a

(2) La carta interceptada a don Vicente Claro era dirijida al valiente comandante don Domingo Márquez, que mandaba un batallón en Valdivia i era compadre suyo. Abrazaba dos pliegos, tenia la fecha de Valparaiso, 1.° de abril de 1827, i terminaba de esta manera:

«Concluyo con decir a usted de parte de nuestro jeneral, que cuente con su amistad i esté seguro que ocupará siempre un lugar preferente en su corazón, el que llegará dia en que se compense a usted tan distinguidos e importantes servicios.»

que me compele un incidente que ha venido a interrumpir, en cierto modo, mi tranquilidad. Se halla uno a la vez en posición tan delicada que ni el testimonio de la conciencia, ni el sentimiento de la rectitud i buen juicio de los hombres justos bastan a satisfacer su pundonor.

»Es el caso que en este momento acabo de saber por cartas que he recibido de esa capital, que por un buque llegado de Chile al Callao se comunicaba la noticia de que el gobierno de aquel país habia sorprendido una comunicación de don Vicente Claro en que incitaba a un oficial Márquez, de Valdivia, a que hiciese una revolución en mi favor.

»No sé otra circunstancia, i dudo que Claro se haya atrevido a un *atentado semejante;* pero si así fuese, creo que la lei descargará sobre él su severidad, mientras que la opinión pública no me hará la injusticia de implicarme. Nada se necesita, a la verdad, para ver esta ocurrencia bajo su verdadero aspecto. El señor Claro incita a un señor Márquez para sublevar la tropa de Valdivia, i ¿cuál es el influjo político de estos personajes? ¿i qué se proponian lograr después de la sublevación? ¿estaban seguros del asentimiento de toda la república? I aun permitido ese caso, *¿se hallaban ciertos de mi aceptación?*

» *He renunciado solemnemente a todo mando político, jamás volveré a él, jamás, aun cuando el voto*

de la nación me proclamara. Así lo he protestado a la faz del mundo i no sé retractar mis compromisos. Nada pues tenia que prometerse el señor Claro; si ha tomado mi nombre ha sido un sedicioso, un impostor que doblemente ha delinquido contra la paz pública i contra mi quietud individual. A este *precioso bien de mi reposo* me he dedicado esclusivamente hace ya mucho tiempo: i cuando lo creia ya logrado, cuando me limitaba por ahora a celebrar en mi retiro la elevación al mando supremo del jeneral Pinto, i esperaba regresar a Lima para felicitarlo i congratular a la patria por una elección tan acertada (pues que como chileno por nacimiento i sacrificios no pueden serme indiferentes los destinos de Chile), en estos momentos pues viene a acibararme la noticia que llevo a usted espresada. Paciencia! Apelaremos a la filosofía i a la amistad de usted, rogándole que del modo i forma que le fuere agradable trasmita a su gobierno los sentimientos que animan a este viejo patriota i su mui atento amigo, etc.

Bernardo O'Higgins».

IV.

Una circunstancia mas abonaba la sinceridad i la altura de esta carta. Ya el doctor Rodríguez Aldea habia regresado, por sus empeños, a Chile i

solo quedaba al lado del proscrito en Montalván el ilustre Zenteno, que a medias con el comandante Fuentes, i ambos habilitados para una espedición de *faltes* o buhoneros ambulantes en la sierra, se preparaban a arrear sus mulas por los desfiladeros i los pueblos intermedios del Perú. I la nota que acabamos de copiar fué redactada por aquel gran chileno, de cuya letra existe el borrador que tenemos a la vista (1).

---

(1) La empresa del jeneral buhonero resultó desgraciada. El bravo Fuentes murió de fiebre tifoidea en Huancayo el 30 de diciembre de 1827, i el jeneral Zenteno llegó a Lima el 23 de marzo de 1828 con dos cargas de efectos que él mismo arreaba, después de haber visitado a Huancavélica i todos los pueblos del valle de Jauja. Hacia, sin embargo, un año que aquel gran patriota i filósofo tenia sus pasaportes para regresar a Chile, i solo después de haber buscado el pan del proscrito de esa sufrida i nobilísima manera, se resignó a regresar a Chile, el último entre todos sus compañeros de destierro, i solo para servir con altura a su patria. Hé aquí lo que el falte de Huancayo escribia al habilitador de Montalván a poco de haber regresado a Santiago, en carta de 23 de diciembre de 1828:

«Nuestra constitución, como usted habrá visto, es mas que abonada para pegarnos fuego al primer ensayo de su democratismo. Entretanto, los dos grandes partidos de pipiolos i pelucones i la tercera entidad que llaman del estanco, están en observación recíproca i como aguardando que alguno se pronuncie por sus candidatos para romper hostilidades. Sin embargo, Pinto, Prieto i Tagle, son los que gozan de mas popularidad; i seguramente se afianzaria el orden si es que se les continúa en los destinos que hoi respectivamente ocupan.

»Por enfermedad de Borgoño se invitó a Freire, como de cumplimiento, para el mando del ejército del sur, i habiéndose escusado, se ha nombrado a Prieto, quien debe marchar dentro de ocho o diez dias. Este paso debe asegurar la alianza de Pinto i Prieto, i sus consecuencias serán favorables al orden. Está por demás encarecer lo que debemos al actual presidente, no solo nos los desterrados hijos de Eva, sino el país en jeneral. Él ha neutralizado los partidos en cierto modo, sofocado las animosi-

V.

Mas no contento con estas manifestaciones oficiales e irrevocables que empeñaban su honor de caballero, el jeneral O'Higgins, sintiéndose ahora verdaderamente desterrado en su propio ostracismo i refujiado de una manera casi permanente en Montalván desde noviembre de 1826, dirijió al pueblo chileno la siguiente proclama, que era el *Farewell* de Washington a sus conciudadanos i que por encargo espreso suyo publicó el *Mercurio Peruano* del 7 de setiembre de 1826, del cual la copiamos.

«Señores Editores del *Mercurio Peruano*.

»Por la independencia de América sacrifiqué en Chile, mi patria, mis mejores años, mi salud i mis bienes; pero debo a la jenerosidad del Perú una vida tranquila, i el no mendigar mi subsistencia i la de mi familia. No tengo otra ambición que la

---

dades i encuadernado en lo posible esta máquina que parecia condenada a un eterno desquiciamiento.

»El ministro Tagle, por otra parte, infatigable en su ministerio, lleno de miras elevadas i dotado de gran probidad i firmeza, goza la mas íntima confianza del presidente; i al buen acuerdo de ambos se debe la total amortización de los vales i billetes del gobierno i la sanción de las leyes sobre la reforma militar i civil, crédito público, estinción del tribunal de cuentas, supresión de aduana interior i otras varias de conocida utilidad, cuyo planteamiento irá sucesivamente ejecutándose.»

que encuentra su alimento en mi misma alma, recordando servicios que no fueron infructuosos. Mas como en estos dias se ha escrito sobre mi en diversos sentidos, i acaso con diversos fines, séame permitido, señores editores, adoptar las espresiones de un hombre eminente, del inmortal *Washington* en su carta al marqués de Lafayette poco después de la guerra de la independencia de su patria:

«Al fin, mi querido marqués, he llegado a ser un ciudadano privado sobre las riberas del Potomac, bajo la sombra de mi viña i de mi higuera. Libre del ruido de las armas i de las afanosas escenas de la vida pública, me estoi solazando en aquellos goces tranquilos que desconoce el soldado perseguidor constante de la fama; el estadista que consume dias i noches acechando escenas para promover su propia felicidad o la ruina de otros paises, como si este globo fuese insuficiente para todos, i el cortesano siempre observando la cara de su príncipe con la esperanza de obtener una mirada. No solamente estoi retirado de los empleos públicos, sino concentrado a vivir dentro de mi mismo, en la capacidad de recorrer el paseo solitario i llevar una vida privada cual place a mi corazón. Sin envidiar a ninguno, he determinado vivir contento de todos i dejarme conducir lentamente por la corriente de la vida hasta descansar con mis padres».

»Esta carta está grabada en mi alma, será siempre mi profesión de fe política i debe servir de respuesta a los que quieran indagar los sentimientos de su servidor Q. B. S. M.

B. O'Higgins».

Lima, 6 de setiembre de 1827.

VI.

Era esta una digna retribución de su malhadada proclama a los chilenos i especialmente a los chilotes del año precedente, i el último rasgo conocido de la existencia política del jeneral O'Higgins con relación a sus pretensiones al supremo poder de Chile.

VII.

Por lo demás, el desterrado de Montalván se retiraba a tiempo de la escena de la revolución. La anarquía se habia desatado otra vez en todas partes, en el Perú como en Colombia, en el Plata como en Chile. (1)

---

(1) Todo esto pareció un movimiento volcánico por lo simultáneo. El del Perú comenzó a la vez en Piura i en Lima, con la sublevación de Gamarra i de Lafuente, i en esta de la siguiente desenfadada manera, que cuenta el doctor Zañartu en carta a O'Higgins del 6 de junio de 1829:

«Tanta secuela de desastres apuró ya el sufrimiento del jeneral Lafuente contra la administración que los produce, i ayer a

A Freire habia sucedido en Chile el contralmirante Blanco, encargado de plantear el sistema federal, error triunfante del dogmático Infante en 1826, como la constitución draconiana de 1823 habia sido la victoria empírica i precaria de don Juan Egaña, empírico de otra escuela.

Pero el ensayo i su campeón no habian retenido el campo sino pocos meses, volviendo los liberales desengañados al sistema unitario con el jeneral Pinto, electo en mayo de 1827, después de las borrascosas escenas de que fueron protagonistas los coroneles Campino i Latapiatt, que entraron a caballo a la sala del Congreso i mandaron hacer fuego sobre los representantes del pueblo.

Después de breve pausa de mediana paz, a Campino sucedió el coronel Urriola, que sublevando un batallón con Vidaurre (el Maipo) en San Fernando, entró el 20 de julio de 1828 vencedor a la plaza de Santiago.

Urriola habia vencido a los coraceros de la guardia presidencial de Pinto a orillas del Maipo;

---

las dos de la tarde mandó una comisión al presidente interino Vista-Florida para que *desocupase un puesto* que ocupaba tan mal, i fué *obedecido sin réplica*. Otras varias comisiones salieron para los consejeros Luna Pizarro, Mariátegui, López Méndez, etc., etc. El primero está ya asegurado en la chacarilla, los otros aún no han caido, pero no escaparán. Luna pidió padre para confesarse luego que lo tomaron, porque creia que iba a pagar la de Guanque i Vidaurre, permanece incomunicado.»

pero el pueblo civil de la capital, al toque de a fuego de todas sus campanas, le impuso con su actitud, i en seguida del triunfo sometióse a la lei.

VIII.

Surjió entonces una circunstancia que pudo llevar al poder casi por la mano a don Bernardo O'Higgins, porque habiendo renunciado el mando del ejército del sur el jeneral Borgoño, el presidente Pinto nombró incautamente al mariscal Prieto, quien, como se ha visto, miraba a O'Higgins no solo como a un caudillo sagrado sino casi como a un padre. Este célebre nombramiento tuvo lugar el 28 de diciembre de 1828, dia de los inocentes; i Prieto, como lo recordaba Zenteno en carta de esa fecha, partió para el sur en los primeros dias de 1829.

IX.

No cabe hoi la menor duda ante el criterio i la documentación de la historia contemporánea, especialmente después de la publicación de la *Vida de don Diego Portales* i de las piezas justificativas con que la acompañamos en 1863, que la revolución de 1829 fué hecha por el jeneral Prieto i sus principales asociados *esclusivamente* para colocar al proscrito de Montalván en la silla presidencial

de la república, i que esto lo estorbó solo la audacia, la entereza i el odio de don Diego Portales que acusaba a la administración de O'Higgins de malversación i prevaricato, delitos que aquel hombre resuelto aborreció.

I para mas eficaz comprobación de lo que en otras ocasiones hemos sostenido, damos a luz los siguientes pasajes de cartas dirijidas al jeneral O'Higgins, después del éxito de la revolución en los campos de Lircai, entendiéndose que estas misivas eran escritas por un militar de graduación, empleado en la comandancia jeneral de armas de Santiago i hermano político del jeneral don José María de la Cruz, ministro de la guerra a la sazón i enemigo acérrimo de Portales, talvez porque, como él, no tenia el culto del antiguo dictador. La carta de que vamos a estraer los interesantes pasajes que siguen a continuación, fué escrita en Santiago el 13 de noviembre de 1830 por el comandante don Vicente Claro, i publicadas por la primera vez, aquellos dicen como sigue:

«Mi apreciado primo i amigo:

»Mi principal deber es instruir a usted de las ocurrencias que a mi concepto sean dignas de su conocimiento, i debo cumplir con él, aunque usted no sea tan puntual en contestarme, de que le

disculpo por sus muchas atenciones, como me dice en su última.

»Ayer ha habido una junta de *estanqueros* en palacio. El señor ministro Portales, que primero tomó la palabra, dijo que, sin embargo de los muchos datos i avisos que tenian de todas partes de la actividad con que se trabaja en favor de O'Higgins, habian estado callando por falta de documentos, pero que teniendo ya los necesarios para acreditarlo, no podian ser mas pacientes. Que sabian que Peñafiel en el Huasco, Peña en Coquimbo, Astorga en Aconcagua, López .en Quillota, Palacio en San Fernando, etc., etc., eran los principales ajentes que trabajaban por que las votaciones recayesen en O'Higgins, i que el gobierno, a quien cruzaban las miras, estaba ya en el caso de tomar providencias.

»Yo no sé, continuó, que mas quieren estos señores: los mas de ellos están colocados, i el jeneral Prieto al frente del ejército les ofrece las garantías que no tienen los estanqueros i demás comprometidos contra O'Higgins; por consiguiente era de esperarse que los partidarios de éste abandonasen el campo para que aquellos sacasen un presidente que les diese iguales garantías; pero en vista de que se empeñan en lo contrario, estamos ya en el caso de tomar providencias».

»Aquí paró, i el señor vice-presidente (Ovalle) dijo:—¿Qué le parece a usted señor Cruz?—

señor, no estoi en esos antecedentes, contestó éste, ni he venido al ministerio a ocuparme de partidos: antes de ahora he manifestado a Vuestra Escelencia i al señor Portales, el deseo que tengo de separarme de él, i en vista de lo espuesto, seré mas pronto en verificarlo.

»No se trata de separar a usted del ministerio, se repuso, pues fiamos mucho en su honradez; queremos solamente orientar a usted de los motivos que obligan al gobierno a tomar providencias.—Ustedes hagan lo que gusten que mi resolución está tomada, contestó Cruz.

»En esta virtud se dijo por Portales que era de necesidad quitar a Peña de Coquimbo i que viniese a esta capital a contestar: quedó resuelto i también el que se llamase al gobernador Benavente de Valparaíso para que fuese a relevarle, pasando a ésta a recibir instrucciones. Del mismo modo se acordó i resolvió el que Cavareda fuese de gobernador a Valparaíso.

»Así concluyó la sesión, se procedió a poner los oficios, con la misma celeridad se pasaron en la noche *a esta comandancia de armas* para que en el acto se trasmitiesen, como se verificó. Al dia siguiente salió Cavareda para Valparaíso, i pasado mañana estará aquí Benavente.

».....Segunda sesión en palacio. A los tres dias después de la relacionada tratándose de elecciones, se trajo al jeneral O'Higgins como de los ca-

bellos a la conversación, i el ministro Portales dijo:—«Yo no sé que diablos quieren estos o'higginistas, para un ciento de ellos que están empleados, solo se presenta un estanquero, señalando al ministro Renjifo. Hasta su cuñado del señor (dirijiéndose a Cruz) es uno de los mas empeñados en cruzar las miras del gobierno i traer a O'Higgins.» —«Sabe usted, señor don Diego, le contestó Cruz con bastante incomodidad, lo que quieren es no ver a usted en el ministerio, porque usted manda celos a todos i todos desconfian de usted.»

»Siguieron contestaciones, i con el tono altanero i burlesco que le caracteriza, concluyó diciendo (don Diego) que nada apetecia mas que la salida del ministerio, pues de otro modo no podia contraerse esclusivamente a trabajar en las votaciones.—«Hará usted bien», repuso Cruz i se retiró.

»Al dia siguiente se ofreció otro motivo de disgusto entre ambos ministros. Cruz habia cedido un cuartel al comandante Soto, de Húsares, i ordenádole pasase a ocuparle con su tropa. Portales en los mismos momentos, sin conocimiento de aquel, concedió el mismo cuartel al comandante Ovalle, de guardias cívicas, i hé aquí la competencia. Llega a noticia del gobierno que dominado por Portales se inclina a sostenerle. Cruz se acaloró como debia, i se sostuvo con tanto ardor que Su Escelencia cedió a la razón aprobando su dis-

posición. No faltaban espectadores en la antesala, i el asunto se trasmitió al público» (1).

---

(1) Respecto de la actitud personal de Rodríguez Aldea (cuyas cartas curiosísimas de esta época publicamos en la *Vida de Portales*),-hé aquí lo que decia el fiel Claro al jeneral O'Higgins en esta misma carta:

«Con bastante sentimiento mio me es forzoso decir a usted que don José Antonio Rodríguez no es nuestro amigo, como equivocadamente se cree en el público. La íntima amistad que ha estrechado con Diego Benavente, Gandarillas i otros estanqueros, sobre otros datos privados que tengo, me han hecho conocer que no trabaja por el jeneral O'Higgins, i teniendo valor para manifestarse contrario a este señor, es preciso convenir que el hombre es capaz de traicionar a Cristo. Yo le estoi observando mui de cerca i no me puedo persuadir de esta verdad. Quiera el Todopoderoso que yo esté engañado!»

Sin embargo, tres meses mas tarde otro corresponsal del desterrado de Montalván, que tuvo por él no solo el culto sino el honroso i raro fanatismo de la fidelidad, el comerciante de los portales de Sierra Bella don Ramón Mariano de Ariz, le decia a ese respecto con fecha 22 de febrero de 1831, lo siguiente, que es de lealtad reproducir:

«Ya esta mañana he quedado completamente satisfecho que don José Antonio Rodríguez está sumamente mal con los estanqueros i que trabaja con empeño con nosotros, pues aunque esto me decian algunos amigos, dudaba todavía el creerlo por lo que me habia pasado con él a los principios que empezamos a trabajar por usted para las elecciones, que le diré a usted a nuestras vistas. Esta mañana me contó como le habia pillado Portales las cartas, lo que le decia al jeneral contra estos estanqueros, la correspondencia del jeneral que me manifestó, los borradores de las que él le escribia i otras cosas mas, que no pongo por ser tan lato, con lo que he quedado sumamente contento con tener un amigo mas que nos ayude, pues nos hacia notable falta para nuestras operaciones.»

Con fecha 20 de enero el mismo don Mariano hacia a su ídolo la siguiente monografía de los partidos políticos de Chile, que mejor no la habria hecho Darwin:—«El partido nuestro es O'Higgins i Tagle, i el de los estanqueros Prieto i Ovalle, el actual gobernante. Antes nuestro partido era O'Higgins i Prieto, mas éste se volvió estanquero *resertándose*.»

Es curioso también el siguiente pasaje relativo a Portales i

X.

La historia vive de las revelaciones, como la atmósfera de la luz, i en ocasiones una débil irradiación sirve para conducir a la verdad al investigador desapasionado, como basta la vislumbre de la luciérnega o el resplandor de una ténue llama encendida en el fragor de la montaña para guiar en su lóbrego derrotero de la noche al caminante. La siguiente carta, sin fecha, pero que lleva la firma de un astuto chillanejo e insigne o'higginista (don Ramón Lantaño), bastaria para esplicar el misterio de la entrevista que después de Lircai celebraron Prieto i Portales en la ciudad de Talca, si la historia no lo hubiese adivinado de antemano. Esa entrevista no tuvo, al parecer, mas ob-

---

de la misma carta de don Ramón Mariano, hombre tan injenuo como desaliñado i valiente para escribir i para criticar:

«No tengo cabeza para poder comprender que Diego Portales, un triste hombre por todas sus partes, i que usted puede ser no haya oido su nombre una sola vez antes de esta desgraciada época. Su modo de contestar a todo el mundo que lo ve, estas son sus palabras favoritas: «C......, canalla», i otras espresiones groseras de esta clase, que son propias de un hombre descortés i de ilustración, i así está en la primera majistratura, i que éste sea el hombre en el dia que dispone de las vidas i haciendas de todo ciudadano honrado i de todos aquellos que esta patria le ha costado su sangre, i que éste les tenga metido el resuello a todo hombre, a mas de cien mil almas que hai en esta capital i a mas de un millón en toda la república, que se haya apoderado de todos los caudales del sudor i trabajo de los habitantes! Con haber estancado toda la plata en piña, oro en pasta i cobre en barras i que todo lo posee él....»

jeto que retirar a Prieto de sus compromisos morales i esplícitos con O'Higgins, ofreciéndole a él el poder que aquel reservaba para el último, i así se hizo.

Entretanto, la curiosa carta de Lantaño que orijinal tenemos a la vista, contenia el siguiente pasaje que corresponde a aquella situación i a esas sospechas.

«.....También le advierto que antes de irse el señor presidente a Talca hablé con él acerca de don Bernardo, i dijo que por todo pasaria de lo que quisiese Portales, menos que dejase de venir don Bernardo i se le volviesen todos sus honores. Ahora lo he visto mui diferente, a menos que no sea para alguna política encubierta. El es bastante gaucho i puede finjir. Yo he hallado por conveniente el que esté usted instruido en estos pormenores que mucho se puede avanzar, a fin de que tengamos el gusto de ver a nuestro amigo i si don Joaquín no hace, de que me temo mucho una desgracia al estado i a la persona de dicho señor Prieto, yo se lo he dicho antes de irse a Talca, que si no lo hace veia fijamente le han de hacer revolución. Mas me avancé a decirle que su nombre no quedaria bien puesto siempre que olvidase a hombre que le debe tanto el estado de Chile i tan amigo de Su Escelencia. El me dijo que no habia dificultad para verificarlo, pero ahora he visto diferente el carácter de este señor; yo toda-

via no pierdo la esperanza de que piense diferente. Usted como entiende mejor estas cosas i tendrá mejores noticias, puede tomar las providencias a que se logre el fin deseado de todos los hombres de bien» (1).

---

(1) Esta carta contiene también el siguiente grave pasaje a cargo de Portales.—Dice Lantaño: «El principal objeto de esta entrevista fué para persuadir al señor Prieto a que no venga nuestro amigo de Lima, fundándose en que su administración anterior habia robado i que tenia documentos que lo acreditaban en su poder, que él no tenia otra cosa para no quererlo.»

Encuentran en esta parte cabida dos curiosidades noticiosas de 1829. Una es una felicitación del médico Grajales, por haber sido el jeneral O'Higgins elevado al rango de *mariscal del imperio* (sic). i otra una série de desatinos publicados por un diario de Boston a principios de 1830.

La carta de Grajales es de Madrid 7 de setiembre de 1829, i en el párrafo aludido dice así:

«Mi estimado señor: he tenido la complacencia de saber que Vuestra Escelencia se halla de *mariscal del imperio*, lo que me congratulo en sumo grado de su alta dignidad debida a sus esclarecidos servicios, que soi testigo de ellos, no solo por sus procederes militares, sino tambien por la gran humanidad que mostró i ejecutó con toda suerte de prisioneros, quienes siempre alaban su sublime caridad i jenerosa urbanidad.»

La noticia bostonense era mucho mas garrafal, i decia así testualmente:

«CHILE.—El capitán del buque ballenero *Logan*, Mr. Coffin, que dejó las costas de Chile el 23 de abril, refiere que en aquel país habia sobrevenido una guerra civil *acerca de lo que deberia hacerse con los estranjeros*. Un partido opinaba por *desterrarlos al interior*, i el otro por *espelerlos del país*. Dos ejércitos fuertes de *doscientos mil hombres cada uno* estaban a la vista, siendo uno de estos mandado por el jeneral *Fun* (Freire). Se esperaba que no correría sangre i ésta aún no habia sido derramada.

»El *bergantín pirata Aquiles* habia estado en el puerto de Talcahuano i detenido varios dias al ballenero *Reaper*, hasta que la fragata de la nación inglesa *Tribune* obligó a darle libertad.»

XI.

Pero aún careciendo de toda la luz que sobre estos interesantes cambios de la política, tan comunes en nuestro país, escaso de verdaderos caracteres como rico de ambiciones, el historiador, el filósofo i el moralista solo necesitarian echar una mirada a la correspondencia íntima que en esa época sostenia el vencedor de Lircai con su antiguo jefe i protector, para ir notando las suaves gradaciones del descenso de sus afectos i compromisos, hasta el punto de que, apoderado del gobierno definitivamente desde las elecciones de 1831, el jeneral Prieto, la proscripción del ex-director O'Higgins se hizo un hecho sedentario e inamovible en el Perú i en Chile. Nos bastará por tanto marcar las fechas de esos pasajes para darse cuenta de sus egoistas soluciones de continuidad.

XII.

«*Concepción, julio* 19 *de* 1830.

»Quiera el cielo, mi amado jeneral, darnos el placer de ver a usted entre nosotros cuanto mas antes, prestando de nuevo sus importantes servicios a esta patria amada que nunca puede tener culpa en las injusticias de los hombres. Qué pla-

cer, mi amado jeneral, para sus amigos i para todo buen chileno! Volver a recuperar el jenio de Chile, al hijo predilecto de la patria, al jeneral O'Higgins, i satisfacer al mundo entero de la injusta i torpe ingratitud de que nos acusa por su separación. Esta es toda mi aspiración, amado jeneral, i sería toda la recompensa que desearia de los chilenos por mi débil cooperación al orden, conociendo todo el bien que ella va a reportar a Chile. Yo espero en la Divina Providencia i el jenio tutelar de Chile nos dé pronto este consuelo, que creo será el mayor, el último placer de mi vida.» (1)

XIII.

«*Concepción, enero* 12 *de* 1831.

»Estas provincias se mantienen en el mejor es-

---

(1) En su correspondencia íntima de esta época el jeneral O'Higgins manifestaba mucha confianza en la lealtad del jeneral Prieto, porque aunque éste, a principios de 1830 (enero 16), habia escrito al jeneral Freire una carta poco favorable a su persona, al parecer, él se esplicaba este hecho por las exijencias de la situación, según se colije del siguiente párrafo de carta que en inglés escribia desde Montalván el 27 de febrero de 1830, a su confidente don Juan Thomas:

«I consider rather hard the maner in which G. P. expresses himself in his letter to Freire with respect to me; but let it be wat it will, the usage of words in urged circunstances, the fact is that the political horizon of Chile clears out in a more flatering way than what we could expect.»

tado de quietud i orden; solo la de Santiago creo está siempre en alguna ajitación, a causa de las próximas elecciones, por la desmoralización que siempre se deja sentir mas por allá. Usted habrá visto, mi amado compadre, que algunos amigos imprudentes toman su respetable nombre para las elecciones, lo que ha orijinado cuestiones acaloradas i disgustos en el gobierno entre algunos que no le son adictos i otros que le son mucho, i quisiéramos que se verificase el deseo que tenemos en favor de usted, mi amado jeneral, i del país que tanto necesita de la presencia del hombre grande que la supo elevar a su engradecimiento i respeto i que solo por una fatalidad intendible del país i nuestra, no podemos conseguir todavia. Mucho cuidado, mi amado jeneral, con nuestra correspondencia».

XIV.

«*Chillán, junio 20 de* 1831.

»No puede usted figurarse, compadre querido, la novedad que causó el brindis producido por usted en las circunstancias que me relaciona: el fué una confirmación de varias cartas que vinieron de esa, concebidas con imprudencia i lijereza, en las cuales se anunciaba que usted venia como un rejenerador de Chile. Este carácter produjo la exalta-

ción que a usted será fácil deducir, i aunque yo me empeñaba desde aquí en desvanecer estos embustes, podia mas la maledicencia del vulgo que siempre quiere, aun sin criterio, hacer valer sus ideas.

»En Santiago, unos suponian a usted desembarcado en Valdivia, i proclamado por aquella guarnición: otros lo consideraban desembarcado en Talcahuano i que yo volaba a recibirlo con un aparato triunfal.

»Estas patrañas que solo debian servir para alucinar niños, vestidas con aquellos colores que la malicia sabe darles, llegaron a adquirir el aspecto de certidumbre que los enemigos del orden se habian propuesto con destreza. Así es que terjiversados sus pensamientos, principalmente por el infame gavacho Pedro Chapuis en un periódico que redactaba en esa, se dió lugar a equivocaciones que ha llevado adelante la malicia, de suerte que cuando usted se propuso suavizar i que no irritara aquella sincera manifestación, la maledicencia se sobrepuso i obtuvo un triunfo aunque precario i momentáneo.

»A vista de estas intrigas ¿cómo podré dudar de los esfuerzos que han hecho i traen los anarquizadores del país en divulgar i hacer creer que los fuertes vínculos de nuestra amistad estaban ya disueltos? Conozco que esta es la rastrera táctica de que se valen para desunir dos almas que cada dia se estrechan mas por las agradables re-

laciones de una amistad imperturbable, i sus esfuerzos se redoblan en razón directa de la necesidad i conveniencia que hoi mas que nunca tenemos que conservar i radicar la estrecha liga que nos une para hacerla servir en auxilio i favor de nuestra amada patria. ¡Ah!, compadre querido, cuanto ansío el feliz momento de dar a usted un tierno abrazo! El cielo me lo ha de proporcionar mui luego, también he de tener el gusto de que este paso se dé con todo aquel decoro i dignidad que exijen su mérito i virtudes.

....

»¡Qué cuadro tan triste i difícil se presenta a un hombre como yo que, sin tener las aptitudes precisas, se ve obligado por el voto jeneral a tomar las riendas de un gobierno que desde la separación de usted casi ha sido el juguete i ludibrio de aspiraciones innobles i antipatriotas! Esta sola consideración habria sido bastante para retraerme; pero no puedo ser sordo al clamor jeneral, ni menos indiferente a los males que amagan a nuestro país. Yo marcho al sacrificio, i en esta triste jornada solo me consuela i alienta la sanidad de mis intenciones: ellas solo se dirijen a hacer a mi patria cuanto bien pueda i a consultar por todos medios su prosperidad i engrandecimientos ¡Quiera el cielo protejer mis esfuerzos, i usted ayudarme con sus luces i grandes conocimientos!»

XV.

«*Concepción, julio* 22 *de* 1831.

»Por conducto del coronel don Dionisio Acuña he recibido su apreciable fecha 13 del mes anterior, i en ella las espresivas felicitaciones con que usted me favorece por la elección que se ha dignado hacer en mi persona el voto jeneral de la república, i aunque usted sabe mejor que yo que estos destinos no merecen congratulaciones por las dificultades que demanda un exacto desempeño de ellos; no obstante, yo las acepto con todo mi reconocimiento, como que me las dirije un amigo verdadero, i mas interesado que yo en la prosperidad de nuestra patria.

»En mis anteriores he insinuado a usted que al echar sobre mí el enorme peso de este destino, no me he propuesto otra cosa que hacer a nuestro país todo el bien posible; i aunque no siempre corresponde a una buena intención el feliz resultado, yo me lisonjearé con el dulce recuerdo que produce el testimonio de una sana conciencia. Los elementos políticos que actualmente presenta Chile para establecer en él una recta administración son bastante consolatorios, pues apesar de las borrascas i disensiones que hemos sufrido, observo con placer que ya los chilenos, con el triste

ejemplo de las repúblicas vecinas, apetecen con ansia un sistema de orden i quietud, como único medio capaz de conducirlos a la felicidad.

»Este antecedente calma de algún modo las ajitaciones i desconfianzas que me inspira mi insuficiencia; pero estas no tendrán término, mientras yo no vea a usted reunido a nosotros en quieto domicilio i trabajando con sus compatriotas en promover la prosperidad de nuestro suelo con aquel entusiasmo que supo proporcionarle el primer lugar entre los hijos de Chile amantes de su engrandecimiento». (1).

---

(1) Son notables a este propósito las siguientes líneas que en unos apuntes biográficos sobre su ilustre hermano don Manuel Camilo Vial, ha publicado don Rafael Vial en *La Situación* de Lima, correspondiente al mes de marzo de 1882.

«Dado el estado en que se encontraba la educación política de Chile, dudo que los vicios de la elección fueran la causa verdadera del movimiento de 1829. A mi ver, sus principales móviles fueron el deseo que tenia la aristocracia colonial de adueñarse del gobierno, la falta de circunspección i de criterio de los liberales, el espíritu inquieto de Portales, i *el anhelo por parte de los jenerales del ejército de que el jeneral O'Higgins regresara al país i lo gobernara.*

»Prieto, Cruz, Rodríguez, mi padre i muchos otros eran, como se denominaban entonces, o'higginistas. Portales contribuyó a la caida de la dictadura que un dia habia ejercido aquél i continuaba siéndole hostil.

»La revolución triunfó, i las disidencias, con trabajo comprimidas, durante el período de la lucha, surjieron de nuevo. Don Francisco Ruiz Tagle, Prieto i con éste el ejército entero, deseaban que O'Higgins fuera traido al país. Portales se oponia tenazmente, persuadido de que si se verificaba, no tardaria en ser presidente.

»De este conflicto salió la presidencia provisional de Ovalle, candidato buscado por Portales i abogado que nunca ejerció su profesión.»

XV.

La misión política del antiguo dictador de Chile estaba definitivamente concluida, i era preciso no conocer el corazón humano ni haber oido jamás sus latidos en la vida cuotidiana o en el silencio enseñador de la historia para no comprenderlo así. Los o'higginistas habian triunfado para sí, i por consiguiente, el viejo i glorioso caudillo estaba demás. Prieto hacia el canje de su propia ambición por la de su lealtad antigua. Rodríguez Aldea pactaba; Zañartu, hombre de mundo, se desentendia; Zenteno, mas alto i mas sincero que los demás, se resignaba, i en definitiva solo quedaba uncido al carro volcádo de la antigua lealtad el pobre mercader de trapos que para honra suya acabamos de nombrar,—don Ramón Mariano de Arís, en cuyo epitafio debiera ponerse como única leyenda, grata a su memoria, esta sola palabra de verdad:—«*Fué el último de los o'higginistas.*» (1)

---

(1) Don Ramón Mariano de Arís tenia, respecto de los amigos del jeneral O'Higgins, las zozobras i los celos de un verdadero enamorado. Ya hemos visto como se manifestaba satisfecho i hasta orgulloso de su conquista de Rodríguez Aldea para las elecciones de 1831, i sin embargo por los mismos dias (enero 20 de 1831) le habia escrito estas tremendas acusaciones:—«Luego nos veremos i diré las cosas espantosas que hace nuestro *amigo* Rodríguez contra nosotros por estar *mamando* con los estanqueros en las pastas de plata, oro i cobre.»

Era, por lo visto, la lengua del corresponsal Arís como su vara

de medir, larga i angosta, i como muestra de los tiempos i de sus inquietudes, reproducimos todavía la siguiente relación gráfica i esencialmente santiaguina de una de sus entrevistas con Rodríguez Aldea.—«Efectivamente lo ví, escribia al jeneral O'Higgins el 26 de febrero de 1831, i en nuestras conversaciones me decia algunas cosas sobre las medidas que debiamos de tomar para mejor lograr nuestras elecciones, i que todo recayese en usted con mas acierto. Apesar de que él se me franqueaba con estas ideas, guardaba yo la mayor reserva i cuidado de no desmandarme en la mas leve palabra de nuestras operaciones, i solo trataba de *sacarle todo lo que podia* que nos fuese provechoso, pues con toda esta prevención, porque en mi corazón no creo de tal pleito con el gobierno, sino que los estanqueros le hayan dicho que corra la voz estar peleado con ellos para que nosotros lo veamos, nos descubramos en nuestras ideas, saber nuestras operaciones i comunicárselas al gobierno, i después cruzar nuestras obras i pensamientos, aunque pudiera equivocarme i no ser como me figuro. Él me recibió con el mayor agrado, me elojió a usted cuanto se puede decir de un verdadero amigo i que no podia hablar mas; pero apesar de esto *nada le creí*, ni le creeré, i espero corran los dias para ver sus operaciones i desengañarme. Si sigue adelante con las ideas que me ha manifestado, según eso me aprovecharé de sus luces que le sobran para *bueno i malo*, esto es, por lo que vea me tiene cuenta. Dios quiera se arrepienta de los males que nos ha hecho por la unión de los estanqueros, que de que nos veamos orientaré a usted de todo ello para su gobierno. Que se vuelva a nosotros nos es conveniente, pues nos puede servir de mucho, aunque tiene *gracia para echar a perder todo en cuanto pone mano*, pero de todos modos nos aprovecharemos de todo lo que nos parezca conveniente. Para adelante participaré a usted cuanto según lo que vaya sabiendo de su buena o mala comportación sobre este asunto, pues el hombre me tenia sumamente quemado de ver su ingratitud hácia usted. Esto se puede disimular si fuese cierta su enmienda. Al tiempo de despedirnos me dijo:—«Cuando usted quiera hablar conmigo, que sea a las once o doce de la noche o de no escríbame un papel, que le diré las horas para vernos.» Esto me pareció bien para cuando me tenga cuenta verlo. De esta vista que he tenido con él, guardo el secreto relijiosamente, i lo guardaré entre pecho i espalda; porque si algunos de nuestros compañeros lo saben que habia estado con él, se incomodarian terriblemente, de igual modo los pipiolos, i éstos se dividirían, que no es capaz usted de figurarse la odiosidad que le tienen unos i otros en jeneral, que no quieren oir su nombre, i así es que tengo hecha la intención en las vistas que tengamos

a las horas que él me cite, todas las cosas que me parezcan útiles decirlas en las juntas que solemos tener para nuestras determinaciones, pero decirlas como pensamientos mios i no nombrar a él para nada, hasta ver como se ha de acertar mejor.»

CAPITULO XXIII.

Pacificado Chile en 1830, el jeneral O'Higgins desea regresar a su patria por motivos de afección i patriotismo mas que de ambición.—Su célebre brindis del 5 de abril de 1831 en Lima.—Declara en él que acepta el mando de Prieto, su candidato para sucederle en la dictadura antes de 1823.—Correspondencia de O'Higgins i Gamarra sobre su regreso a Chile en 1831.—El Congreso de Chile aprueba una moción del diputado Marín restituyendo a don Bernardo O'Higgins en su smpleo de capitán jeneral, i en consecuencia, el presidente Prieto le envia sus pasaportes.—Carta íntima del último sobre el particular.—Vacilaciones del jeneral O'Higgins i cómo las esplica en 1834 al jeneral Zenteno, por la influencia de Portales i la triste debilidad de Prieto.—Anécdota de Arís en 1832.—Ultima carta del presidente Prieto a O,Higgins del 5 de marzo de 1836.

I.

La revolución de 1829, o'higginista en sus oríjenes i en sus hombres de espada, supeditada a su voluntad civil i omnipotente por Portales, ofreció al jeneral O'Higgins en su destierro ciertas primicias de ventura que luego se trocaron en el amargo acíbar que en las almas honradas destila la inagotable ingratitud humana, i aquella en es- ;cial de los favorecidos. Durante todo el año de

1831 habíanse cruzado influencias poderosas i en sentidos diferentes para permitir o aplazar su regreso a la patria, vivo anhelo de su alma, sin que los fascinamientos del predomio antiguo encontraran sino débil pábulo en su corazón desengañado.

Este estado de nostaljia moral en el cansado guerrero de las campañas de 1813, acostumbrado ya al ocio blando del clima, del valle i la familia, llegaba en ocasiones hasta producir el escozor de una mortificación cuando en sus cartas de amigo a amigo hacia referencias de su disputado regreso a Chile, es decir, a la cesación de su ostracismo legal. «Los enemigos del orden han circulado, escribia a este respecto a su vacilante amigo i compadre el jeneral Prieto con fecha 12 de abril de 1831 (un año cabal después de Lircai), los enemigos del orden han circulado diestramente hasta el caso de hacer creer a los mas interesados en el honor i prosperidad de las secciones de América, principalmente en esta capital, que usted i yo no éramos ya sinceros amigos, porque a usted se lo prohibia un artículo secreto, convenido en los sucesos de Ochagavía, i a ambos a dos la manzana de la discordia que nos disputábamos, pintando sus imposturas con la diverjencia de colores que los frenéticos usan en sus desconcertadas imajinaciones.—Un estado tan falso i confuso de cosas, me condujo a la determinación de

desmentirlo i manifestar mis verdaderos sentimientos por el primer medio que se me presentase, i en un convite de buenos amigos que se me hizo en celebración de la memoria de la batalla de Maipú. Antes de producir mi pensamiento se habia inculcado sobre que yo no debia diferir por mas tiempo el satisfacer a mis compatriotas i a mis amigos mis intenciones i determinaciones de regresar o no a mi patria. Por tanto, al producir mis brindis en aquella ocasión dije mi resolución, cuya substancia encontró camino en los papeles públicos, uno de los que se ha esplicado en oposición a mis principios, i finalmente lo espresado en el mismo brindis, con un grado de acrimonía referente a odios personales que por su grosería llevan consigo el desprecio que merecen i mi desaprobación porque mi objeto fué suavizar i no irritar, para curar heridas lastimosas i no ensangrentarlas mas. ¡Permita Dios que el sentido sincero de mi pensamiento pruebe tan favorable como lo deseo; porque de otro modo no será fácil prever el término de esa anarquía destructora que amenaza a nuestro precioso país.

»Por evitar esta tendencia, i para que lenguas malignas no dieren falsas interpretaciones a mis palabras, quise que todos conociesen i nadie dudase de la firme resolución en que he perseverado por mas de ocho años de no volver jamás i de ningún modo a la suprema majistratura i que al

anunciar mi regreso a Chile fuera imposible decir que era influido por motivos de ambición. Vivo contento con mi trabajo personal en el Perú, gozo de buena salud i en la sociedad tranquila de mi familia, i no de pocos amigos a quienes amo i respeto. Si pues he ofrecido sacrificar tan importantes goces en el resto de mi vida ¿cuáles pudieran ser mis motivos en decidir mi regreso a Chile? Respondan mis mayores enemigos, i confesarán de buena fe que bajo de tales circunstancias es imposible ser conducido por algunos otros que el amor a mi patria por la que usted, mi querido compadre, sabe mui bien he hecho inmensos sacrificios durante los veinte años de su revolución.»

II.

El brindis patriótico pero poco estudiado del 5 de abril de 1831, a que hacia alusión el jeneral O'Higgins en su carta precedente, adquirió considerable importancia política en aquel tiempo; i en realidad, aunque encaminado a abrirle las puertas de la patria, cerróselas a canto i lodo i para siempre, desde que su espresión injénua se acentuó de una manera especial marcando su firme resolución de volver.

Ese brindis político, o anti-político, en el cual su autor hace la confesión póstuma e importante de que el hombre destinado a sucederle en Chile.

«su candidato», como hoi suele decirse, a la presidencia desde hacia *diez años*, era el jeneral Prieto, vencedor de las vegas de Saldías en 1821, estaba concebido en los términos siguientes:

«Señores: Si hai alguna cosa que pueda satisfacer la ambición de un corazón honrado, no es ciertamente el brillo de vanos oropeles por el que se vierten torrentes de sangre, ni tampoco los perecederos metales por que tanto se afana el avaro. La aspiración a la felicidad común (séame permitido el decirlo, señores) dominó siempre mi corazón i fué la que me empeñó en posponerlo todo por el bien de la América. Cuando oigo las glorias i los triunfos de los héroes del 5 de abril, i se recuerda el bien que por sus hazañas hice a mis compatriotas, mi alma se eleva a la mayor altura de satisfacción i de gratitud a los intrépidos chilenos, a los jenerosos i valientes arjentinos i a los bravos estranjeros que atravesando los mares vinieron a regar con su sudor i su sangre el árbol santo de la libertad en las remotas rejiones del indómito Arauco.

»Sus ilustres nombres están gravados en los pechos de los amantes de *una libertad racional* que fué la columna fuerte en que se apoyó la victoria del 5 de abril, i evidentemente es la misma que en este dia memorable, en estos mismos instantes, dirije los votos públicos para que presida la República el ilustre patriota que hace diez

años deseaba verlo conducir los destinos de su patria.—Séame igualmente permitido, señores, en este gran dia no diferir por mas tiempo la cuestión que por ocho años se ha exijido de mí, i es ☞*si volveria o no a mi patria*☜ respondo, pues, decisivamente que—*SÍ*—i tan pronto como lo permitan asuntos particulares. Luego que pise mi amado suelo, dirijiré mis votos, como lo hago desde aquí, al Ser Supremo, i mis súplicas a mis compatriotas recordándoles que siendo todos hijos de la libertad e hijos de una misma patria, deben conducirse como hermanos para que gocen de la dicha i de la prosperidad que les presentaron los vencedores del 5 de abril. Brindo, señores, por los bravos de Maipú». (1)

III.

En todo lo que el jeneral proscrito decia en el

---

(1) Esta inocente i hasta candorosa manifestación que los políticos aviesos de Chile trocaron en delito, fué estudiosamente publicada en la forma tipográfica en que la reproducimos por el mismo O'Higgins o sus amigos en *El Peruano* del 8 de abril de 1831, con el siguiente encabezamiento:—«*Dia 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipú.*

«Habiéndose celebrado este dia, decia esa publicacion, una reunión entre varios amigos i buenos patriotas, en medio del triunfo de Maipú, se pronunciaron varios brindis, de los cuales hemos recojido el siguiente del jeneral O'Higgins, que insertamos por su importancia i el interés que hoi inspiran aún las menores acciones de este hombre célebre, sobre quien tienen fijas todas sus esperanzas los valientes que le acompañaron en aquella memorable batalla i en jeneral todos los chilenos amantes del engrandecimiento de su patria.»

brindis i en la carta que preceden, redactados ambos papeles con su peculiar i un tanto fatigoso estilo, resaltaban evidentemente arranques de lejítima impaciencia i aún de ira; pero mas que su enojo brillaba en ellos su sinceridad.

A la verdad, al dar la vuelta a su patria después de una década de pruebas i de desencantos, no le atraia con vehemencia sino el suelo querido en que habia visto la luz, por el cual habia tantas veces combatido i triunfado, donde tenia una heredad, raros amigos, los bosques de ultra Maule, cuna de su vida, campo de sus batallas, que habian formado la ventura de sus juveniles años, los álamos del Mapocho que él plantara en sus paseos con sus propias manos al pie de los Andes, delante del crepúsculo de la tarde.... todo eso, en fin, que es el conjunto de lo que se llama patria, revestido del imán misterioso de un anhelo desconocido e incesante, propio a los seres racionales i aun a los brutos, pasión innata de las fibras, del alma i los sentidos que respecto de los últimos llama el vulgo «querencia» i de aquellos «patriotismo», santa lei que conserva i engrandece las naciones por el amor i el sacrificio de sus hijos.

IV.

I de este natural desprendimiento no solo daba prendas el desterrado de Montalván a los que le

temian i a los que con recelo le llamaban, sino a sus amigos de mayor confianza en el Perú, ajenos en realidad a las contiendas civiles de Chile, porque habiéndole escrito desde el Cuzco, a mediados de octubre de aquel año, el presidente Gamarra, una carta llena de almíbar en infusión, por la cual le insinuaba la conveniencia de aplazar su regreso a Chile, dirijióle el jeneral O'Higgins desde Montalván, dos meses mas tarde, plazo corto para correspondencia cambiada entre la sierra i los valles de la costa, la siguiente respuesta, que a nuestro juicio rebosaba de franqueza. (1)

---

(1) En su carta citada, fecha 12 de octubre, el jeneral Gamarra, a la sazón presidente del Perú i que regresaba de Bolivia a donde habia ido a dictar la lei de sus ambiciones turbulentas, encontrábase el siguiente pasaje de afable i melíflua atracción de parte de hombre tan falso i tan astuto como él era.

«Mucho gusto tengo al saber que Chile va entrando en regularidad con el jeneral Prieto a su cabeza, amigo de usted i por consiguiente del orden i de la felicidad de aquella república. Usted hará mucho en compañía de aquel jefe, por tantas cualidades como tiene usted para el objeto, i desearia yo también que fuera usted cuanto antes a concurrir en la consolidación de su nueva marcha política; pero la amistad que tan sinceramente profeso a la persona de usted me obliga a insinuarle que para resolver su marcha con tanta prontitud, es necesario medir mucho las cosas. Yo quisiera, como he dicho, que fuera usted volando si en su país está ya regularmente cimentado el orden, i si hai garantias i seguridad que suelen no respetarse en tiempo de revolución. Si no está usted seguro de esto, quisiera que demorara usted un poco su marcha hasta vernos, i hasta que proporcione Chile mas estabilidad i mas seguridades. Sería para mí mui sensible, mui doloroso que fuese usted a envolverse de nuevo en disgustos, cuando un poquito mas tarde podria usted ser el redentor de su patria.»

«Escelentísimo señor jeneral presidente don Agustín Gamarra.

»*Hacienda de Montalván,*
22 *de diciembre de* 1831.

»Mi querido jeneral i amigo:

»Sin saber por que camino dirijir mis cartas, pues que unos decian se venia usted por este valle, lo que habria celebrado mucho para haber tenido la honrosa satisfacción de verlo en esta su Tebaida, i otros por el de Jauja, creí mas acertado esperar su regreso a esa capital, y decirle que oportunamente vino a mí su apreciable de 12 de octubre último, fecha en el Cuzco en los mismos momentos que batallaba mi espíritu en la indecisión de si emprenderia o no immediatamente mi regreso a Chile.

»Por una parte miraba aun abiertas las heridas fraticidas, que se sienten, casi siempre, mas dolorosas que las estrañas, i hacian mas ardua la empresa que me movia a la efusión de los partidos en la efervescencia de pasiones ajitatadas por la sangre vertida tan recientemente i por las prisiones i espatriación de algunos de los vencidos;—por otra parte observaba con dolor la fogosidad i empeño de los que llaman de mi par-

tido en oposición con el celo infundado de algunos, que no me conocen bien, de la nueva administración—i finalmente fatigaba demasiado mi imajinación la sola idea de que ellos creyesen que mis miras tendian a la adquisición del mando; porque persuadir lo contrario no es de un hombre a otros hombres, que el mas pequeño de ellos se lisonjea i cree acreedor a obtenerlo aunque sea por un dia.

»No es esto pretender la vanidad de no caer en la tentación; pero sí puedo asegurar de buena fe, que en estas circunstancias he negado toda entrada a esta aspiración, porque la esperiencia de lo pasado me ha permitido observar mas detenidamente el corazón humano, i señaládome el camino mas conducente a la tranquilidad de mi Patria.

»En este choque de ansiedades me alumbra la luz que me comunica la sabia reflexión de usted, mi querido jeneral, indicada en la que contesto, que inmediatamente me descargó de un peso tan duro como el de un combate obstinado, por el convencimiento de que en negocios de esta naturaleza ve mas el ojo del amigo, que el de uno propio, i ambos unidos son de una asistencia poderosa.

»A no haber sido así me habria ido a encontrar en Chile en medio de la última inquietud ocasionada, según cartas, en la reacción intentada por

el partido caido, que justamente ha aumentado el número de los expatriados i desgraciados.

»Habrá pues, mi querido jeneral, tiempo sobrado para que nos veamos, i reflexionemos sobre la materia antes de mi partida que por lo dicho permite alguna detención. Al presente habria de mui buena gana marchado a verlo, si una inflamación reumática a la cara no me lo embarazase, obligándome a tomar baños de tina, i probablemente despues los de mar; pero aprovecho mui satisfactoriamente la oportunidad que me ofrece el tránsito del correo del Cuzco por este valle, para saludarlo, mi querido jeneral, i felicitarlo por su feliz regreso a esa capital, ceñido de mejores trofeos que los laureles, la deseada oliva del filantropista i del patriota. Ella es la que debe unir íntimamente todos los partidos a la administración del gobierno. Ella en dulce tranquilidad recobrará el crédito nacional, i estenderá su brazo poderoso a la industria, a la agricultura, al comercio, a las artes i a las ciencias, i ella es la que prepara tanta dicha al Perú.

»Yo se la deseo i dirijo mis débiles votos a la Providencia Divina para que se la conceda.

»Como en la última carta que tuve del señor Zañartu me dice que para principios del mes pasado regresaria a Lima, tal vez no se encuentre con mi carta en que le significo las espresiones que usted me indica en la suya. El estaba pene-

trado de lo mismo, pues hace mucho tiempo que le habia oido referir lo mismo, i sin duda le serán nuevamente, como a mí lo son, de la mayor satisfación.

»Su jenerosa oferta a mi familia, en caso de mi regreso a Chile, i las finas atenciones de mi respetable jenerala, su digna esposa C. P. B., a mi señora madre i hermana en mi ausencia, son favores, mi querido jeneral, que nunca olvida el hombre honrado, i que agradece mas que todo el que les desea mucha salud i prosperidad i se honra en decirse, mi querido jeneral, de usted su verdadero amigo i obediente servidor Q. B. S. M.

»Bernardo O'Higgins.»

«P. D.—No habiendo pasado el correo del Cuzco en su marcha a Lima por este pueblo, se ha demorado mi carta hasta hoi juéves 29 del corriente, i aprovecho la partida del señor don Pedro Chapuis para que me haga el favor de conducirla.»

V.

De todas maneras era evidente que el jeneral O'Higgins vacilaba en regresar a Chile i al mismo tiempo sus amigos, trepados al solio con su bandera, vacilaban a su turno en llamarle. Su ostracismo, en el sentido que los griegos atribuian

a esta palabra i a su pena, tenia ahora demasiado profundas raices, para arrancarlo de súbito i de cuajo i volverlo al nativo clima. Era temido, i por eso se le alejaba.

VI.

Mas, a mediados del año subsiguiente de 1832, el doctor Marín, hombre probo educado en las ideas magnánimas de Roma i de la Grecia, político puro i de aquella especie de amigos que en la vida son los únicos dignos de ese nombre, porque sónlo en la adversidad, presentó al Congreso una moción de rehabilitación completa del ilustre proscrito, que fué patrióticamente acojida. (1)

---

(1) Esa noble moción o *proyecto de decreto,* como entonces se decia, estaba concebido en los términos siguientes:

«El diputado que suscribe, tiene el honor de someter a la consideración de la Sala de Representantes algunas reflexiones en que debe apoyarse un acto de justicia, de justicia eminentemente nacional, reclamado largo tiempo como indemnización debida a grandes servicios i a las virtudes relevantes de un hombre público. Hablo, señores, de la restitución a su empleo de capitán jeneral del distinguido ciudadano don Bernardo O'Higgins.

»Es inútil recordar a la justificación de esta cámara, los importantes servicios que debe la república i recomiendan al ilustre compatriota que acabo de nombrar. Su nombre está ligado a los hechos mas memorables de nuestra revolución política, e identificado con los mas gloriosos recuerdos de nuestra emancipación. Sin embargo, víctima de las vicisitudes inherentes a una revolución prolongada i de las animosidades que producen las disensiones domésticas, se le ha visto vivir el largo período de nueve años ausente de su patria, probando con una resignación

VII.

Alentóse con esta resolución lejislativa el tímido presidente Prieto, sometido a la voluntad de su arrogante ministro i autor político de su presidencia, don Diego Portales. Proseguia éste obstinado en cerrar las puertas de su patria, a título de sus antipatías personales, al hombre que la habia creado i que era su mandatario supremo

---

heróica su desprendimiento.

»La república toda, en desagravio del honor nacional, conoce la necesidad de llenar este deber de un modo que satisfaga la gratitud pública: por tanto el diputado que firma somete al exámen i deliberación de la cámara los artículos siguientes:

»1.° Pídanse al Poder Ejecutivo los antecedentes con que se dió de baja en el ejército al capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.

»2.° Que informe, a la mayor brevedad, sobre la conducta i adhesión a su patria que haya manifestado aquel ciudadano desde que se le borró de nuestra lista militar.

»3.° Pasados los antecedentes a que se refieren los artículos anteriores, nómbrese una comisión del seno de esta cámara para que informe sobre el siguiente

PROYECTO DE DECRETO:

»Artículo único.—En desagravio del honor nacional, en conformidad con el voto público, i como una indemnización debida a los grandes servicios, se restituye al ciudadano don Bernardo O'Higgins en su empleo de capitán jeneral de que fué ilegalmente despojado. Comuníquese al Poder Ejecutivo.—Santiago, junio 30 de 1832.

»*José Gaspar Marín.*»

Parece que el doctor Marín meditaba este o análogo propósito desde hacia dos años, porque entre los papeles del jener

cuando él ejerciera en un aposento de la Casa de Moneda de Santiago el humilde oficio de ensayador de copela.

Atreviéndose por un instante contra el férreo i casi absoluto predominio de su privado, que a la sazón rejia el gobierno local de Valparaíso en apariencias i en realidad el de toda la república, osó en consecuencia el presidente Prieto enviar a su antiguo i amado jefe la siguiente carta que ve la luz pública por primera vez i honra por lo mismo su buena intención i su obra.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago de Chile*, 17 *de julio de* 1832.

»Mi querido compadre i amigo predilecto:

»He recibido con la mayor complacencia su apreciable datada en el *Cerro Azul* a 24 de mar-

---

O'Higgins encontramos el borrador de una carta que el último le dirijió desde Montalván el 29 de junio de 1830, i en la cual se contenía esta manifestación de viva gratitud.

«¡Qué satisfactorio es al hombre de bien gozar del aprecio de sus semejantes! i qué grata su sincera correspondencia! Sí, amado compatriota, la del campeón de la honradez i del patriotismo, el doctor Marín (séanme permitido estos títulos nacidos de la verdad) recibida en esta fecha con la del 10 del corriente junio a que contesto, ha inundado mi corazón de complacencia porque le veo libre de persecuciones, de opresión i de ingratitudes que no ha merecido.—¡Quiera el cielo separar para siempre de ese suelo privilejiado plagas tan abominables, que los chilenos olviden eternamente tiempos tan vergonzosos i hagan la justicia debida a servicios tan antiguos como la revolución!»

zo último; i voi a contestarla con la misma satisfacción.

»Me he impuesto detenidamente de las reflexiones que usted se sirve hacerme en orden a su regreso a esta su amada patria i demás particulares a que se contrae. Aseguro a usted con toda sinceridad que ellas, por una parte, me han complacido i ejemplarizado al ver hasta que punto llega la nobleza i jenerosidad de sus sentimientos; i por otra parte, me han acibarado las quejas que produce i que jamás quisiera oir; mayormente cuando, por desgracia, no está en mi arbitrio acallar del modo que deseo en mi corazón. En efecto, por mas que me persuada de su justicia i fundamento, i por mas vivo que sea el interés que tomo por la mejor suerte de que es digna su persona, tengo que pasar por el dolor de no obrar, en el momento, como primer majistrado de la república, de la manera que convenia al mas justo desagravio de su honor, i aun al del país. Pero, mi querido amigo, es preciso repetir que el único obstáculo para no proceder así es la impotencia en que me ponen las leyes del Estado, que he jurado observar; al menos en cuanto al restablecimiento de su alta clase militar. Hago, si, gustosísimo, lo que está en la esfera de mi poder, ahora que la tranquilidad del hermoso Chile se halla afianzada del modo mas impenetrable, i que se manifiesta de un modo satisfactorio la mas com-

pleta reprobación de todos los buenos patriotas por la injusticia con que se procedió respecto de usted.

»Aunque el honroso pasaporte que se concedió a usted el año 23, al salir del país, era suficiente para emprender su regreso el dia que quisiese, sin tener obstáculo alguno, me he determinado a hacer estender el que incluyo lleno de un puro gozo, por si acaso hubiese usted creido que este documento era de necesidad para emprender su viaje. Verifíquelo usted, pues, el dia que usted guste, i venga a consolar con su vista el suelo chileno que lo numera entre sus mejores hijos, i a satisfacer también mis ardientes votos.

»Cuando haya llegado este momento feliz, usted se hallará en la mejor oportunidad de solicitar por sí mismo ante la nación el restablecimiento de su grado militar, honores, etc.; pues de otro modo cualquiera jestión de amigos, en su favor, no podrá tener el feliz i acertado éxito que es de esperar, i quizá seria aventurar este, si cualquiera dilijencia se practicase con espíritu imprudente i exaltado.

»En fin, el tiempo me falta para estenderme mas sobre el particular, como quisiera, para esplicarme con la sinceridad i efusión de mi alma; pero suplirá esta falta nuestro amigo Cabezas, conductor de esta. El va también encargado de presentar personalmente a usted los mas cariño-

sos recuerdos i tiernos afectos de Manuelita i toda mi familia, i de trasmitirlos a la mui amable de usted, a cuyas órdenes me ofrezco entretanto.

»Consiguiente al alto interés que tomo por su conservación, he celebrado el restablecimiento de su salud, i la admirable robustez en que me asegura hallarse su persona, que parece haberle dado en renuevo, a virtud de la piedra filosofal.

»Con tan halagüeña idea me ofrezco a usted con los sentimientos mas espresivos de sincera e invariable amistad, con los cuales se honrará siempre en titularse de usted mui afectísimo i atento seguro servidor i compadre Q. B. S. M.

»José J. Prieto».

VIII.

El honrado jeneral Zenteno, que por su parte atisbaba con ojos de lince todo aquello en que pudiera dar pruebas de lealtad al mandatario a quien acompañara durante tantos años en la buena como en la adversa fortuna, habia adelantado de un dia aquellas buenas nuevas i en esa ocasión derramó el cáliz de su alma antigua en la breve epístola que en seguida de él copiamos.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Santiago de Chile, julio 16 de 1832.*

»Mi querido jeneral:

»Después del dia 15 en que tuve el gusto de escribir a usted, han variado las circunstancias, a consecuencia de una moción hecha por el doctor Marín en la Cámara de Diputados, acerca de que se llame a usted. Seguramente la moción, que hoi es el sujeto de las conversaciones, no va a pasar en el Congreso tal cual la ha propuesto su autor; pero de todos modos, ya ha producido un buen efecto en cuanto ha servido de aguijón para que nuestro presidente haya sacudido su *jenial timidez* i hecho espedir a favor de usted el pasaporte que le presentará nuestro Cabezas.

»En este estado de cosas, suplico a usted que no aguarde un momento mas para venirse. Ya todo está salvado. La presencia de usted va a ser utilísima a la patria. El amigo que manda es algo débil, se halla casi aislado, i lo que es peor, el pasaporte lo ha comprometido con parte de su círculo: usted lo fortificará i dará valimiento, i la república, sin ser despotizada, tendrá un gobierno firme i respetable, durante el cual se podrá cómodamente organizarla i conducirla al grado de

prosperidad a que es llamada. Tales son los votos de sus muchos amigos entre quienes tiene el honor de enumerarse

»*J. I. Zenteno.*»

IX.

¿Qué aconteció en seguida entre los bastidores de palacio i de la intriga? Lo ignoramos de una manera cierta i justificada, pero sábese demasiado que si el emisario de la rehabilitación marchó al Perú, i si llegó a manos del agraciado el acto lejislativo de que hemos dado cuenta, junto con el pasaporte de oficio que le habilitaba para volver, no como jeneral i ex-mandatario, sino como simple particular, no juzgó acertado el proscrito de 1823 aceptar aquel dón arrancado a la misericordia, no de sus enemigos, sino de sus allegados.

¿Por qué?

Ese es el misterio de los tiempos, si bien no era difícil desentrañarlo al futuro historiador. La valla que atajó siempre en su camino al ex-director no fué de hecho la ingratitud del presidente Prieto, sino la inexorable enemiga de Portales.

Residia éste en Valparaíso, desempeñando desde su solitaria quinta del Barón un destino comparativamente subalterno; pero a las veces aparecíase en el centro político de la capital como el

centinela que hace la ronda del campo, i con su sola presencia solia desbaratar muchos secretos que su ausencia alentaba. I precisamente, refiriendo al jeneral O'Higgins una de estas inesperadas visitas de aquel personaje a la ciudad, en época que no se alejaba en mucho de la que dejamos arriba señalada (noviembre de 1832), apuntábala de la siguiente manera;—«Este secretario (Portales), llegó i se alojó en casa de don Estanislao Portales. Llegó al patio nuestro don Joaqín (Prieto), preguntó por Portales. Le dice el criado:—Señor, voi a avisarle. Quedando parado en el medio del patio hasta que vino la respuesta. La respuesta fué que solo venia por tres dias, que no se podia dar al público i que así no podria recibirlo; i callado la boca se volvió para su palacio.»

«A los tres dias, añadia el minucioso don Ramón Mariano de Arís, que era quien esto escribía, se fué dicho Portales. ¿Qué podemos decir de esto?» (1)

X.

Sea de ello lo que fuere, el enigma está esplicado por un hombre de alto mas probado temple

(1) La casa de don Estanislao Portales es la que lleva el número 76 en la calle de Santo Domingo, esquina de la de Morandé, i distaba por consiguiente dos cuadras del palacio anti- [illegible] de los presidentes.

que el de aquel corresponsal humilde i comedido, por el jeneral Zenteno que en largos años mas tarde escribia a su antiguo jefe estas palabras que fustigaban como con una señal de fuego el pecho de los ingratos:

«Por el contenido de su ya citada conozco palpablemente que usted me contestó a la que le dirijí el año pasado por conducto de Cabezas, que la muerte ya nos ha arrebatado, pero no habiendo llegado a mis manos esa contestación, tengo casi evidencia de que la facción reinante se apoderó de ella i que ha contribuido en parte a la persecución personal que he sufrido i aun estoi sufriendo. Hasta entonces, aunque dudaba mucho de la conducta del jeneral Prieto, la disculpaba, sin embargo, atribuyéndola a un esceso de debilidad; pero los procedimientos posteriores han demostrado que este hombre desconoce absolutamente los deberes de la gratitud i amistad, i que su primer empeño es sacrificar sus antiguos amigos a la implacable venganza de nuestros perseguidores, que con deshonra suya, se han convertido en sus *imperiosos amos*, obligándolo a desprenderse de toda antigua conexión i reduciéndolo a solo el círculo de ese club detestable, que sin mas títulos que el poder que les comunica el mismo Prieto, despotiza escandalosamente sobre él i sobre toda la república. Así es que la verdadera causa de nuestra persecución es estorbar la venida de usted, pues teme

el club que la influencia que naturalmente deberia usted tener en los consejos del presidente cruzaria sus planes, i ellos no son hombres que permitan a ningún profano participar de la dominación que se han abrogado sobre el gobierno i sobre el gobernante» (1).

(1) Carta del jeneral Zenteno al jeneral O'Higgins, Santiago, enero 24 de 1834, orijinal e inédita en nuestro poder.

La última carta del presidente Prieto alusiva a sus relaciones con el jeneral O'Higgins que hemos encontrado en sus papeles tiene fecha de marzo 5 de 1836, i de ella copiamos, por su significación, el siguiente pasaje:

«Aseguro a usted, mi amado jeneral, de mi invariable amistad, apesar de todas las apariencias i falta de correspondencia. Crea usted que todo esto no es mas que obra de las azarosas circunstancias de la revolución en que, *sin saber cómo*, he tenido que ponerme al frente, i sacrificarlo todo a la paz, honor i tranquilidad de esta patria tan cara i tan desgraciada, desde que principió su carrera de fatalidades en el año de 1823. Pero, en fin, el orden se conserva i consolida cada dia mas, sin embargo de los ejemplos funestos de que por desgracia nos vemos rodeados de todas las repúblicas vecinas, infinitamente mas desgraciadas que la nuestra en el dia. Repito a usted que para ello ha sido preciso pasar por los sacrificios mas costosos,, tal como el de aparecer en entredicho con el mas digno i amado de mis amigos, el jeneral O'Higgins, bien que en esto yo creo no haber dado el menor motivo, sino que todo este aparato lo han formado i dado lugar a que se crea por algunos necios, la falta i dificultad de esplicaciones amistosas i racionales, de la distancia i muchas imprudencias de algunos hombres que por desgracia nuestra se titularon amigos, sin serlo, mas que de su interés privado i bajas aspiraciones que marchan a la par de su nulidad i desmoralización. ¡Ah, mi amado jeneral! si usted hubiera estado aquí, aunque hubiera sido por un poco de tiempo, aprovechándose del pasaporte que le remití, de qué distinto modo vería las cosas que con su prudente penetración habria disculpado algunos actos de su amigo; pero todo lo ha rodeado i dispuesto nuestra mala suerte, i hemos tenido que aparecer como un fenómeno el mas orijinal en política.»

XI.

Pero no seria aquella prolongada decepción ni la última ni la mas acerva que trabajaria el espíritu, ya un tanto enflaquecido por las vicitudes i desencantos, del proscrito de 1823, porque un simple incidente de prensa iba a acarrearle talvez el sinsabor mas amargo de su vida, si bien encontró campo para limpiar su fama de muchas atroces invenciones del odio de partido.

Aludimos al ruidoso juicio de imprenta que en abril de 1833 suscitó el jeneral O'Higgins al célebre hombre público de Chile don Carlos Rodríguez i en el cual este resultó condenado.

A tan renombrado i poco conocido lance, consagramos el próximo capítulo de este libro que se acerca ya a su término, después de larga i varia jornada.

CAPITULO XXIV.

Antecedentes del célebre jurado de don Carlos Rodríguez en 1833.—Portales destierra a don José Joaquín de Mora i a Rodríguez a Lima por díscolos, i esplosión de estos dos hombres al encontrarse.—Carácter singular de Rodríguez i sus antecedentes.—Al desembarcar éste en el Callao, Mora publica un suelto atribuyendo el conato de revolución porque se le desterraba a los amigos de O'Higgins.—Furor que se apodera de Rodríguez con este motivo, i su famoso libelo publicado como alcance al *Mercurio peruano* del 10 de abril de 1833.—Acusa a O'Higgins de alevoso, asesino, ladrón i cuanto crímen pudo aglomerar, haciendo su biografía.—Hermoso arranque sobre el asesinato de su hermano don Manuel.—Polémica que sostiene con Mora en *La Miscelánea*, llamándole éste «bruto asqueroso» i Rodríguez «tramposo i rufián» —El jeneral O'Higgins se decide a poner término a la cuestión llevándola a un jurado de imprenta, en circunstancias que éste a nadie condenaba.—Simpatías que acompañan al jeneral O'Higgins i su célebre manifiesto que lleva el nombre de su abogado el doctor Asencio.—Don Carlos Rodríguez es condenado por calumnia i se fuga de Lima.—El jeneral O'Higgins desiste de toda persecución contra su fiador el fondero Coppola.

I.

En razón de las desconfianzas tenaces i de los sobresaltos naturales que rodeaban a la administración que Portales habia hecho nacer de un motín i que escudaba después con su voluntad

despótica i vijilante, las medidas represivas no encontraban tregua bajo su imperioso dictado, i con la misma cruel voluntariedad con que habia dado de baja a los mas ilustres jenerales de la independencia porque no prestaban pleno homenaje al vencedor de Lircai, desterró, en principios de 1831, con noticia de horas, al insigne escritor español don José Joaquín de Mora, hombre venal pero de prodijiosa facundia. I en seguida, porque en una cena de café habia ofrecido, entre copas, la espada de su hermano Manuel Rodríguez a un oficial de Húsares llamado Sotomayor, hombre hecho solo para llevar en su cinto la daga de los esbirros, (porque lo denunció), al juez de la corte superior don Cárlos Rodríguez.

II.

Era este hombre singular, que como su colega Campino aguarda el fallo de la historia, una mezcla estraordinaria de jenerosidad, de valentía i de sanguínea irritabilidad que le habia hecho merecer en el moroso suelo en que naciera el título de «loco»,—«el loco Rodríguez», como decian de su perseguidor «el loco Portales». Impetuoso, deslenguado, terrible en la venganza, fácil a la clemencia cuando era solicitado a ella, incapaz de sofrenar ninguno de sus impetuosos arrebatos, accesible a veces para perdonar una injuria

dicha de pronto; pero mucho mas dado a agredir; igual en el infortunio i en el poder, era aquel tribuno un verdadero tipo, como su inmolado hermano Manuel habia sido un verdadero adalid.

Ambos eran hijos de un empleado subalterno de cuentas que por el año de 1780 sacó de Moquegua el visitador de rentas Escobedo, para llevarlo a Chile; i casado en Santiago con una señora Ordoyza, creó en la calle de Huérfanos i en casa notoria todavía, frente a la que fué del almirante Blanco, una familia de mozos ricos de imajinación como los trópicos de su orijen, pero turbulentos, bravos i pendencieros. Don Carlos, como Manuel en su juventud, hízose desaforado carrerino, i cuando asesinaron a aquél i erijióse el cadalso de Mendoza para el jefe de su bando, consistió en ser presidario en la isla de Martín García, junto a las bocas del Paraná i cortar allí piedra para la muralla marítima de Buenos Aires, antes que doblegarse a los perseguidores de su familia i su creencia. Habia llevado en seguida al poder sus mismas cualidades i defectos, presentándose en las asambleas, en los ministerios o en los cafés con traje desaliñado, sin cuidarse de lo que decia, usando muchas veces un lenguaje tabernario i hasta indecente en la tribuna, mientras que siendo juez visitaba los lugares de dudosa reputación de aquella época, como el *parral de Gómez,* donde tuvo lugar la célebre conversación, reputada

cohecho de un corchete, que sirvió de cabeza de proceso a su destierro.

III.

Poco antes habia protestado don Carlos contra la arbitraria espulsión de Mora, i por una de esas casualidades que suelen producir, sin intención dañada, los incendios en las ciudades o cuando estallan en ira los corazones, sucedió que en el mismo dia de su llegada a Lima como proscrito, se le ocurrió a aquél escritor peninsular, adicto por de pronto a O'Higgins, atribuir por un suelto de prensa el estado alarmante de Chile, i aun la conspiración de que acusaban a Rodríguez, el mas implacable enemigo del ex-dictador, a la impaciencia que los chilenos esperimentaban por ver regresar al último no solo a sus lares sino al solio.... «Es cierto,--decia aquel imprudente comunicado, de un quinto de columna de estensión, que publicó *El Mercurio* de Lima del 6 de abril (dia de la llegada al Callao de Rodríguez i de las noticias), bajo el rubro de *Dos chilenos,*—es cierto que no ha habido lo que se llama conspiración sino un plan trazado por los hombres mas marcantes (*mercantes* dice, maliciosamente talvez, el texto reproducido por Rodríguez, que tenemos a la vista) de todos los partidos, cuyo objeto era apoderarse de la persona del jeneral Prieto, en el teatro, llevarlo a

Valparaíso i ponerlo a bordo de un buque; conferir el mando de la república al jeneral Aldunate *i llamar al jeneral O'Higgins para depositar en su mano la suerte de la república.* Este es el proyecto *que existia, que existe i existirá* hasta su consumación. La nación entera llama al jeneral O'Higgins como al único que puede emanciparla del yugo afrentoso que la agovia, lavar la mancha de degradación que la contamina i renovar los dias de gloria i prosperidad que disfrutaron los chilenos bajo su ilustre administración. La ausencia del jeneral O'Higgins es un peso para los chilenos honrados; es una acusación de negra ingratitud de que está mui lejos de ser reo la inmensa mayoría de la nación. Ella compara con ese gran patriota, los hombres oscuros que se han entronizado, a fuerza de dinero i de intrigas, en una silla que no tardará en ser ocupada por el fundador de la libertad chilena. Así lo aseguran con datos infalibles—*Dos chilenos*».

IV.

No habia nada mas imprudente, mas temerario i al mismo tiempo mas falso que aquel *factum* de prensa, porque si era cierto que en Chile se fraguaban conspiraciones una en pos de otra, eran estas no ciertamente entre los amigos del jeneral O'Higgins que habian vuelto casi en su totalidad

a las dulzuras del poder sino de los infelices que el depotismo intransijente de Portales dejaba sin pan, sin patria i sin carrera. Todos los tumultos de aquel tiempos eran esencialmente *pipiolos*.

Hemos dicho que ese *remitido* salió a luz en Lima el mismo dia del arribo del doctor Rodríguez Ordoyza, que en todo era el antítesis del doctor Rodríguez Aldea; i saltando sobre la playa como si le hubiese mordido en el corazón traidora víbora, dió aquél la vuelta inmediatamente a las imprentas de Lima para desahogar su rábia incontenible como la lava del volcan. I no encontrando pronto acceso, publicó en pliego i medio de papel florete i con dos tipos diferentes su famoso *Alcance al Mercurio peruano* del 10 de abril de 1833, tan memorable en los anales de las diatrivas políticas como *la Carta al virrei de Popayán* del doctor Rodríguez Aldea lo fué en los de las intrigas.

V.

Aquel espantoso libelo se resiste a todo análisis tranquilo. Su párrafo inicial, trazando a grandes rasgos la vida del ex-director de Chile, i después de una patética cita en verso de Rousseau, comenzaba así: «Que el *alevoso O'Higgins* i sus mui pérfidos sectarios i confidentes en el delirio de su visionaria esperanza por elevarse i ponerse al abrigo de la *execración universal* que tan jus-

tamente se merecen, se *prostituyan* a toda clase de vilezas, no es cosa mui estraña entre todos los *facciosos* de su temple; pero que tengan la impudencia de llamarse ellos solos honrados i la de calumniar a la nación chilena imputándole sus depravados designios como lo publicó el *Mercurio peruano* del sábado 6 del corriente, es el abominable i esclusivo efecto de la impunidad de solos estos *crímenes* tan insolentes como incorrejibles.

»Todos, i ellos mejor que nadie, saben mui bien que O'Higgins carece absolutamente aun de aquel prestijio pasajero que de ordinario acompaña a los *grandes malvados*, i mucho mas de la estimación de los chilenos que por ningún título merece. Su brincada elevación en la carrera pública, la debió esclusivamente a sus *torpes bajezas i execrables maldades*. De oficial de milicias de caballería de un pueblo subalterno de la Concepción, emigró a la entrada del ejército real en aquella provincia el año de 1813, i se presentó en Talca al jeneral Carrera, quien, haciéndole mucho favor, le colocó de *guerrillero*».

De su conducta en Mendoza cuando allí llegó proscrito pero lleno de gloria de las trincheras de Rancagua, decia mas adelante.—«Allí fué el principal atizador de la discordia que habia encendido desde Chile, i se sometió con la mas ilimitada i *estúpida sumisión* a San Martín para ser el feroz *verdugo de sus paisanos*».

Mas adelante, después de aseverar que su gobierno habia constituido hasta el tálamo conyugal de los ciudadanos en fuente impura de delaciones, daba por orijen a su poder dictatorial en los dias de Chacabuco—«los cincuenta o menos ciudadanos que se habian reunido en medio de los naturales trasportes de su júbilo por la espulsión de los españoles, que agacharon la cabeza al mandato del conquistador, i este fué el único título porque aquel MONSTRUO despotizó seis años la república».

VI.

I en seguida todavia agregaba respecto de su condescendencia con los arjentinos.—«Satisfecho de estas medidas mui propias de un hombre levantado *del lodo* por sus ruindades, O'Higgins delegó la suprema dirección en don Hilario de la Quintana.

»La pluma se resiste al horror de tener que referir crímenes tan execrables. O'Higgins habia ya hecho, bajo el velo de un caprichoso juicio, fusilar a los Carreras en Mendoza por la ruín deferencia de su intendente don Toribio Luzuriaga, i de los abogados Monteagudo, Galigniana i Vargas, que se prostituyeron a servir de asesores de la abominable sentencia porque se privó de la vida a tan ilustres chilenos.

»En aquellos calamitosos años nada fué c

de contener el vil desenfreno del indigno mandatario de Chile. *El asesinato i el robo de las rentas públicas i de la fortuna privada se erijieron en sistema*, i la desmoralización llegó a su colmo.

»La dilapidación de las rentas (i aquí variaba el escasísimo tipo de imprenta del *Alcance*) también es notoria en Chile como cuanto dejamos referido. Los libros de la tesorería nacional correspondientes a los años de 1818 i 1819, se dieron por perdidos para evitar la responsabilidad de los justos cargos que en todo tiempo debian resultar contra el mandatario de la república. El sostenia una compañía con el español Arcos que se retiró a Europa con mas de 500 mil pesos, todos correspondientes a su parte de ganancias que era en mucho menos de la mitad. Las mas de las especulaciones se hacian por contrabando, por privilejios o libertad de los derechos fiscales.—A pretesto de secuestrar los bienes de los emigrados realistas se despojaba a sus familias sin cuenta ni razón de cuanto se les encontraba.—En fin, los horrores de todo jénero continuaron siempre en un aumento progresivo, hasta que en 1823 la república levantada en masa declaró que el tirano debia caer i cayó, en efecto.»

VII.

Arrastrado por su odio insaciable al jefe de la

Lojia Lautarina en 1818, el furioso libelista hacia en seguida el elojio de su propio actual perseguidor, porque decia, aludiendo evidentemente a Portales:

«....Si hai *miserables* que con la máscara de liberales se presenten a tan despreciables medios bajo la patraña ridícula de que es preciso dividir a los o'higginistas del Estanco, aprovecharse de ellos para después darles en la cabeza, no hai que hacerles caso. Esos son cuentos para cubrir sus rastreras aspiraciones, i para alucinar a solo los necios. Lo que se llama Estanco neto hace tiempo que se ha pronunciado terminantemente i aun desde los principios que no quiere a O'Higgins ni a o'higginistas sino le son sometidos, abjurando enteramente de sus alevosas atrocidades. El hombre de mas influencia en el dia, sabe mui bien que, aunque cometiese los mayores estravios, todos desaparecen con el solo mérito de haber contenido aquella horrorosa facción que ya se lisonjeaba de asomar su espantosa cabeza. *El ha obrado i obra de frente: imítenle si pueden, i si no, sométansele mas bien.*»

VIII.

En medio de tan deplorable desbordamiento de lenguaje, aquel hombre cuya sangre parecia tener la impetuosidad funesta de la pólvora, consagraba

una pájina afectuosa a la llorada víctima de Tiltil, i ese era el único pasaje verdaderamente interesante de su diatriva, porque era lejítimo i era verdadero.—«Naturalmente, esclamaba, después de comentar las hazañas i servicios de su desventurado hermano, naturalmente era de esperarse que su heróico desprendimiento i sus servicios calmarian el ojo inquieto i receloso con que O'Higgins le habia mirado siempre, i le es natural con todo hombre que no se prostituye a ser complice *de sus maldades;* pero no sucedió así. Su frenética hidrofobia ya no tuvo dique. En medio aun de los regocijos del triunfo recién conseguido, hace prender a Rodríguez, i se insinúa para asesinarle al jeneral Necochea, que entonces era comandante del cuartel en que se verificó la prisión. No pudiendo obtener para tan atroz alevosía la aprobación de un militar que ha ilustrado su nombre por una vida llena de gloria sin mancha, ocurre al comandante de otro cuerpo de infantería del ejército de los Andes *el infame don Rudesindo Alvarado* quien al momento allana, por medio del español Navarro, la consumación del crimen en el camino de Quillota, donde aun permanecen los restos de Manuel Rodríguez. ¡Mi mejor amigo! ¡Viles asesinos, O'Higgins, Alvarado i Navarro, con tu muerte han hecho para siempre mui penosos mis dias! ¡Ellos saborean aun su alevosía; pero los chilenos te lloran i sus lágrimas

son para tí, como para mí, el mejor testimonio de su aprecio!»

IX.

Don Carlos daba remate por último a su desalada cólera usando tipos de proclama con el siguiente exabrupto de una brutal pero levantada franqueza.

«Nuestros lectores dispensarán que nos hayamos estendido algo mas de lo que permite un comunicado. Nuestro ánimo tampoco fué de hacerlo. La pluma ha corrido i *no ha sido posible contenerla del todo.* Creemos haber hecho demasiado en silenciar otra *multitud de atrocidades,* tanto por no acordarnos del nombre de las personas, tiempos i lugares que era preciso citar, como porque creemos bastante lo dicho, para que el público forme su juicio i se pronuncie. Si se nota en nuestras espresiones alguna exaltación, como efecto de un sentimiento personal, *no negamos que lo tenemos mui vivo;* pero también creemos que es imposible decir verdades de esta naturaleza con *mas moderación.*

«*¡Pueblos de Chile! Si estos hechos son falsos, detestadnos! ¡Si os son constantes i notorios, como os lo son en realidad, hasta cuando sufrís el vil ultraje de que se os calumnie tan atroz i repetidamente!*

»Lima, 10 de abril de 1833.

Carlos Rodríguez.»

X

Suscitóse, como era inevitable después de aquel estallido, la mas escandalosa polémica sostenida por Mora contra Rodríguez, a quien aquél llamaba en la *Miscelanea* «asqueroso bruto», i por Rodríguez contra Mora i contra O'Higgins, mediante hojas sueltas dedicadas «al mas vil bufo de la literatura española José Joaquín de Mora», a quien califica a cada paso de «gañán», «ratero», i otros epítetos innobles, terminando por estampar en uno de sus mas procaces libelos estas palabras sobre el libertador de Chile.—»Oprobio eterno a don Bernardo O'Higgins, matador alevoso, ladrón público, *facineroso consuetudinario*, hipócrita refinado, profanador habitual de la relijión del jénero humano, *vil, bajo, infame, pérfido, ruin, indigno del trato de los hombres de bien, delincuente en toda clase de crímenes, etc.*

»*Carlos Radríguez*». (1)

---

(1) El orijinal dice *Radriguez*, porque don Carlos nunca correjia pruebas.

Asusta i espanta el lenguaje de esa época, i como muestra, son curiosos los siguientes fragmentos de la diatriva del implacable Rodríguez contra Mora:

«Bien veo que solo por desahogo me quieres suponer un patrón, i esto ciertamente me pica, porque mi fiebre es por mi independencia personal. Tú, que siempre has sido i serás el *siervo de los siervos servísimo*, i que estás acostumbrado a vivi

XI.

El deber para un hombre de los respetos i de los antecedentes del jeneral O'Higgins estaba netamente trazado delante de aquel aluvión de horribles acusaciones i dicteriós. Ajeno del todo a los oríjenes de aquella afrentosa polémica, ausente talvez de Lima en el momento en que tomó repentino arranque, pero inhumanamente insultado i calumniado, el honor le prescribia debatir en la plaza pública las acusaciones que un hombre conocido le dirijia, i fué lo que hizo.

El 5 de mayo de 1833 citaba a un jurado al li-

---

en concurso de acreedores, está mui bien que lo tengas; pero yo no, i sino nómbralo. Yo ni remotamente encuentro a quien puedas darle ese título, sino es a algún ente de tu visionaria imajinación. Hai quien diga que has querido indicarme al jeneral Freire, si es así, es el mas infame testimonio que puedes levantarme: yo no le debo absolutamente nada al jeneral Freire sino es su ämistad. A mí no me ha servido *con un solo cuartillo*, ni me lo ha ofrecido, ni yo tengo una satisfacción con él en mi concepto para podérselo recibir, *aunque me lo presentase*. Creo bien que él me facilitaria cuanto pudiese i yo le pidiese; pero estoi persuadido que no llegará ese caso. Ahora cuatro o cinco meses me invitó con mucha instancia a que me fuera a vivir a su casa, se lo agradecí sin admitir. Si tú estás picado con él, *porque te cobró una letra que no le has cubierto*, i porque apesar de tus mas vivas instancias no has conseguido unirlo a O'Higgins, a efecto de que coopere a sus sucias intrigas, dile lo que quieras, sin tomarme a mí por instrumento, porque esto, a mas de ruín, es alevoso. Cuando uno habla debe ser con deseo de que le entiendan, i la línea recta es la mas corta. Nadie que me conozca puede creer que yo me sujete a nadie: amo mucho mi independencia, i prefiero mandar por un *plato de pallares a la cocineria*, antes que ser, *un vil siervo como tú*.»

belista, i este quedaba libre para responder bajo la fianza del fondero Coppola, hombre de su trato i de su amaño.

XII.

Tramitóse largamente aquel célebre proceso histórico bajo la dirección del abogado limeño don Juan Ascensio, hombre docto pero sin brillo, i habiendo exhibido el acusador sobre cada cargo documentos tan copiosos que formaron un libro, el jurado, compuesto de ciudadanos independientes, pronunció por unanimidad el fallo de «infamatorio» que en seguida, por la celebridad del caso, mas que por su importancia intrínseca, copiamos:

«Lima i agosto diez de mil ochocientos treinta i tres.—*Se declara por infamatorio en segundo grado.*—Manuel Ladrón de Guevara.—Agustín Cruzate.—Ramón Cabezas.—Manuel Ayluardo.—José María García.—Mariano Chenet.—Ambrosio Seguín.—José Antonio de Cobián, secretario.—Lima i agosto diez de mil ochocientos treinta i tres.—Habiéndose observado en esta causa todos los trámites prescriptos por la lei, i calificado por los jueces de hecho con la nota de infamatorio en segundo grado el impreso titulado «Alcance al Mercurio Peruano del sábado seis de abril último», denunciado el dia trece del mismo por el Gran Mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins, la lei

condena a don Carlos Rodríguez a la pena de dos meses de prisión, i ciento cincuenta pesos de multa; i si no tuviere con que satisfacerla, se le doblará la pena en parte segura, conforme al artículo veinte de libertad de imprenta, título cuarto. I en su consecuencia mando se lleve a debido efecto, con condenación de costas, lo que se le hará saber al espresado doctor don Carlos Rodríguez para que se presente en las Carceletas, i en el caso de no ser habido, a su fiador don José Coppola, para que exhiba la cantidad referida. Sáquese testimonio de esta determinación, i pásese con la nota respectiva al señor jeneral prefecto, a efecto de que la remita al señor ministro de estado, a fin de que se digne hacerla publicar en el periódico ministerial, con arreglo a lo prescripto en el artículo setenta i dos de la citada lei; i archívese en la secretaría de la honorable junta municipal.—ANTONIO CARRASCO.—Ante mí.—*Juan Antonio Menéndez*, escribano público» (1).

---

(1) *El Mercurio Peruano* del dia 12 de agosto daba cuenta editorialmente de la sesión i resolución del jurado, i es digna de ser conservada su versión que dice así:

«Antes de ayer se celebró en las casas del ayuntamiento el juicio relativo al libelo publicado hace algunos meses en esta capital, contra el gran Mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins. Desde mucho antes de reunirse el tribunal de jurados, la sala estaba llena de espectadores, en cuyos rostros leíamos el vivo interés que tomaban en la cuestión pendiente. La defenza del señor O'Higgins abrazó todas las épocas de su vida pública, i ofreció tan vasta masa de documentos importantes, tantas i tan curiosas narraciónes, pormenores tan interesantes i des-

XII.

Tal fué el orijen, la secuela i el fallo de uno de los mas ruidosos procesos de imprenta que hayan despertado la atención de la América española, i si bien, mas que de la sentencia, del abundante legajo de sus pruebas, resultó vindicada su honra contra el raudal de abominables calumnias que un hombre acalorado i violento le arrojó al rostro,

---

conocidos acerca de la guerra de la independencia en Chile, que, en nuestro sentir, debe conservarse i trasmitirse a la posteridad, para figurar dignamente en los anales americanos. Jamás ha habido inculpaciones mas plenamente rebatidas; jamás se ha acrisolado tan cumplidamente la conducta de un hombre público; jamás ha obtenido la verdad un triunfo mas decisivo. En el curso de la defensa observamos mas de una vez la profunda impresión que hacía en el ánimo de los oyentes la lójica invencible con que fueron pulverizados sucesivamente las calumnias del libelo acusado.

»El abogado del reo sorprendió no poco al auditorio anunciando que no era su intención defender a don Carlos Rodríguez. No lo hizo en efecto, i su discurso se limitó a escusas i justificaciónes, en ninguna de las cuales salió el nombre del jeneral O'Higgins, ni la menor indicación de que fuesen probables las injurias contra él vertidas. La réplica del defensor contrario, aunque breve, fortificó la impresión que habia hecho su discurso, i en jeneral el doctor Ascencio acreditó en esta ocasión su celo en favor de la causa de la justicia, un estudio profundo del negocio que se le habia encargado, i una presencia de espíritu nada común.

»El jurado pronunció su fallo, declarando el papel injurioso en segundo grado, i el señor juez de derecho, presidente del acto, le aplicó la pena correspondiente, que se reduce a dos meses de cárcel i una multa de 150 pesos.

»Se nos asegura que la defensa del jeneral O'Higgins verá mui en breve la luz pública. Nosotros le consagraremos algunos artículos, creyéndola digna de llamar la atención del público americano.»

no pudo menos asunto de tanta gravedad i de discusión cuotidiana i ardiente sobre su carácter, su vida i sus servicios, que impresionar penosamente al ilustre desterrado, tomando en cuenta las vicisitudes de la carrera pública de los hombres de estado, en paises que no se hallan todavia suficientemente asentados sobre la base de la moral, del deber i de la libertad verdadera (1).

(1) El jeneral O'Higgins contó con la amplia simpatía de los peruanos i especialmente de Gamarra, en esta coyuntura. Pero los chilenos i sus propios amigos guardaron, no obstante lo largo i lo grave de la diatriva, el mas egoista silencio. Hablando sobre este particular el ex-dictador a su ex-ministro Echeverría en carta de Lima de 3 de setiembre de 1833, decíale a propósito de la apatía del doctor Rodríguez Aldea: «....a no ser que su pereza se haya sobrepuesto a la noble aspiración con que en otro tiempo defendia su honra, que también era la nuestra, i trabajaba por su buena reputación vilipendiadas. Despierte, pues, nuestro amigo don José Antonio de su letargo i subsánelo vigorosamente poniendo a cubierto su honra atacada tan calumniosamente. Que se mire en mi valor que no se aterró a la presencia de un juri que jamás habia pronunciado sentencia definitiva contra reo alguno, porque solo dos votos bastan a salvar en el segundo juicio al acusado, i eran, de siete, necesarios seis para vencer al infame libelista.»

Efectivamente, la defensa del jeneral O'Higgins se publicó mas tarde en un libro de 133 pájinas con el título de *Acusación etc.*

En cuanto a Rodríguez, después de pedir la ciudad por cárcel (escrito del 20 de agosto), i de asegurar que no saldria subreticiamente de Lima ni de ningún otro punto del Perú «aunque esté el cadalso a la vista», desapareció de Lima el 22 de ese mes, i el jeneral O'Higgins, con su jenerosidad acostumbrada, pidió que se exonenerase a su fiador Coppola de ir por él a la cárcel.

El 27 de setiembre Rodríguez era llamado por pregones i un mes después (octubre 17 de 1833) el acusado se desistía noblemente de toda acusación contra el libelista prófugo.

CAPITULO XXV.

Don José Joaquín de Mora i su carrera en la América española.—Se declara *autor* de la constitución de 1828 en Chile i en Lima se hace o'higginista, después de haber sido carrerino.—Se gana el ánimo del exdirector esplotando su odio a Portales, i se propone reconciliarlo con el jeneral Freire cuando éste, a su turno, llega desterrado a Lima.—El jeneral O'Higgins con su magnanimidad acostumbrada acepta la reconciliacion, no así Freire.—Conseja de un fraile agustino.—Misión a Montalván del coronel Reyes i del comandante Arteaga, i curiosas cartas que sobre el particular se cambiaron.—Insigne mala fe de Mora i como se prueba con una inícua carta de éste el tejido de sus intrigas.

I.

Quédanos por narrar uno de los episodios mas señalados i talvez menos conocido de la vida de desterrado de don Bernardo O'Higgins, asunto que no pudo menos de traer inquieto su ánimo susceptible i fatigado, víctima casi siempre de ajenas veleidades i tenebrosas arterías, porque era hombre incauto.

Hacemos referencia a sus íntimas i para él da-

ñosas relaciones de intimidad con el español Mora i las abortadas tentativas de este consumado intrigante dirijidas a reconciliarlo con su antiguo émulo el jeneral Freire, cuando la hora de la desgracia i de la proscrición sonó también para el último en las playas del Perú.

II.

Era don José Joaquín de Mora hombre habilísimo, poeta aventajado i de tan maravillosa fecundidad que alguien decia de él «que escupia versos»; prosista eximio, dotado de admirable facilidad para todo, fuese para escribir odas inspiradas, como su célebre canto fúnebre a la memoria de los Carreras, fuese para dictar áridos testos de enseñanza para sus colejios, fuera para compajinar i dar estilo a las constituciones del Estado, como hiciéralo con la de 1828 de la cual fué redactor.

Pero hombre inquieto, pérfido, allegadizo a poderosos i habituado a cambiar su tinta por oro, hacíase peligroso a todos, por lo cual fué sucesivamente sirviendo a los diversos partidos de Chile i del Perú i contribuyendo a derribarlos (1).

---

(1) Hé aquí una de las primeras manifestaciones de la amistad de Mora hácia el jeneral O'Higgins, que encontramos

III.

Arrojado por Portales de Santiago, donde enseñaba i ensañaba, escribia e intrigaba a mediados de 1831, decíale de él al jeneral O'Higgins su confidente Rodríguez Aldea, en carta del 12 de febrero de aquel año, que «era (Mora) bueno para pagar su pluma secretamente», i luego le agregaba esta frase ciertamente de mayor honor.—«Ojalá lograse usted que escribiese una historia de la revolución o al menos de su administración, dándole documentos. Era esto mui importante por ahora i para la posteridad. Mora sirve a quien le paga i de quien espera».

Por su parte, el insigne pero venal literato castellano no se escusaba ante sí propio su importancia, porque en una carta suya un tanto posterior, que orijinal tenemos a la vista, decia al jeneral chileno estas palabras.—«Parece que aunque ten-

---

los papeles del último i que lleva la fecha del 4 de enero de 1832:

«Nada se ha adelantado sobre Chile, sinó los comentarios que cada cual hace en virtud de las últimas cartas. Que Prieto está mal con el Estanco parece indudable; cuál será el éxito de esta discordia, no es dable preverlo. Un comentario que se ha hecho sobre la permanencia de Portales en Valparaíso me gusta porque concuerda con el carácter conocido del hombre: dicen, pues, que Portales le está preparando allí el golpe mortal; que este se dará en la capital, durante su ausencia, i que si sale mal tomará las de villadiego. *Se non é vero é ben trovato.*»

go muchos amigos en Chile, ninguno de ellos me perdona el crimen de haber declarado quo soi *el autor de la constitución*. Me consolaré de esta desgracia, la cual seguramente no me ha disminuido el apetito ni el sueño» (1).

IV.

Hemos ya dado cuenta de la manera imprudentísima como a principios de 1833 envolvió el aventurero español al jeneral O'Higgins, cuya amistad solicitó con ahinco después de haber cantado a los Carreras, i quemado incienso a Freire, en la polémica con que provocó al impetuoso don Carlos Rodríguez. I ahora, con sus propios documentos le exhibiremos empeñado, para el logro de sus miras personales, i con el fin de asentar a firme su importancia de mediador, en reanudar a la faz de Chile la rota amarra de la amistad entre los dos caudillos que habian sido mas populares en Chile.

Elijió Mora para iniciar su empresa un dia apropiado, el 12 de febrero de 1834 i con esa fecha escribió al jeneral O'Higgins, retirado desde hacia algunos meses en Montalván, las palabras que copiamos a continuación i cuya fecha recomendamos no olvidar.

«De Chile, le decia, he tenido cartas en que me

(1) Carta de Mora a O'Higgins, Lima, febrero 18 de 1

dicen lo mismo que probablemente dirán a usted. Además, por un inglés que ha atravesado todo el país, he sabido que desde el Bio-Bio hasta el desierto de Atacama no hai mas que un grito de execración i un preparativo universal para *el alzamiento.* Algunos de los que manejan los resortes secretos de la oposición, opinan que es indispensable *una reconciliación de usted con Freire.* Sobre esto les respondo cosas algo duras. Les digo que usted no debe ir a su país en virtud de una transacción, sino de un llamamiento uniforme de la nación entera, i que si ésta no lo hace así, no es digna de que usted pise su suelo.»

V.

No satisfecho probablemente con sus primeros esfuerzos para obtener un avenimiento que no era sino una decoración mas en el drama de la revolución, sin objeto práctico posible i aun contraproducente para los diverjentes propósitos de los partidos, envió Mora a Montalván a principios de julio de aquel año un emisario, i cupo esta mala estrella al honrado coronel don Pedro José Reyes, uno de los caidos de Lircai, soldado de valor pero de mediocre prestijio en todo lo demás.

Hé aquí la credencial que aquel Warwick peninsular dió a su confidente.

«*Lima,* 1.° *de julio de* 1834.

»Señor don Bernardo O'Higgins.

»Mi apreciable amigo i señor: el coronel Reyes informará a usted del paso que han dado los chilenos adictos a usted i de su resultado.—Creo que está firmada la rejeneración de Chile, i que no habrá un dia mas glorioso para usted que aquel en que acredite lo que tantas veces ha dicho con tanta sinceridad como nobleza de alma, a saber, que no hai rencor en su corazón.—Ahora sí que, como otras tantas veces, tiene usted en su alma i en sus manos la gloria i la ventura de su país.—Si antes de mi marcha a Bolivia tengo la satisfacción de ver consolidada esta gran obra, habré logrado el objeto de tantos deseos como he exhalado, i tantas dilijencias como he hecho en favor de la paz i la reconciliación.—Queda de usted afectísimo amigo Q. B. S. M.

»*José Joaquín de Mora.*»

VI.

Dió la vuelta el coronel Reyes, de Montalván a Lima, desairado en cuanto a la consecución prática del acuerdo que se buscaba, porque en realidad desde que el jeneral O'Higgins no aspiraba ya a mando, no cumplia a su ambición apaciguada la tercería que se le brindaba, i si hubiese sido cierto que uño i otro pretendian llegar, c

en 1822, a la etapa suprema, era evidente que recíproca i fatalmente se escluian.

Sin embargo de esto, i manteniéndose dentro de la cortesía i aun de la teoria política de la reconciliación, el asilado de Montalván respondió al oficioso de Lima con fecha 8 de julio asegurándole, a propósito «del sincero deseo (así decian sus palabras) que anima al jeneral Freire de abrazar a su antiguo compañero. El mio nadie lo duda, nadie lo ignora porque desde que el referido jeneral llegó al Perú, lo han oido de mi boca i lo han escrito bajo de mi misma firma a Chile».

VII.

I poco mas adelante, como el emisario Reyes volviese a insistir por carta en su demanda, envióle el jeneral por respuesta la que en seguida reproducimos íntegra por las muchas peripecias de carácter privado i de situación pública que ilustra aquella edad oscura de la vida de dos chilenos ilustres pero incompatibles.

La carta aludida dice así:

«Señor coronel don Pedro José Reyes.

»*Hacienda de Montalván,*

«*Agosto* 12 *de* 1834.

»Mi mui apreciado amigo:

»Es evidente, i usted sabe también como yo, que

hai cosas que dependen de uno, i otras que no; que somos dueños de nuestras opiniones, de nuestras inclinaciones, de nuestros deseos, de nuestras aversiones, i en una palabra de nuestras operaciones; pero no depende de nosotros tener salud, riquezas, reputación, grandes dignidades, ni todas las demás cosas que están fuera de nuestro alcance i que no podemos hacer. Las que personalmente dependen de nosotros, son por su naturaleza libres i no hai obstáculos que embarazarlas puedan, i por el contrario, las que nos son debidas, sujetas a servidumbres embarazosas i amenudo sometidas a caprichos ajenos.

»Es, pues, necesario no confundir las ideas, porque si se considera libre lo que está naturalmente bajo de sujeción, i se mira como propio i personal lo que depende del capricho de otros, se encontrarán a cada paso obstáculos i embarazos que conduzcan a mil incomodidades.

»Dije pues, a usted, que para fines del mes pasado tendria la satisfacción de abrazar a nuestros amigos en Lima, si como esperaba pudiera cubrir mis débitos con la venta de los artículos preparados para llenar este objeto para los gastos del dia de esta hacienda, i para los inevitables de Lima. Esta promesa condicional i sujeta al tiempo, no ha podido efectuarse, porque tampoco se ha realizado la venta de los efectos en cuestión, i en lugar de cubrirse los débitos se han aumentado sobre

nera i hecho impracticable mi bajada a esa capital, porque era preciso perder hasta la vergüenza para aparecer sin pagar deudas que a mas andar tienen ese término.

»Es pues inevitable, por lo presente, suspender deseos que no se pueden garantir, i para conservar buena intelijencia i tranquilidad desechar repugnancias para las cosas que no dependen de nosotros, porque no pudiéndose obtener las que deseamos con vehemencia, su privación hará sentir las incomodidades i disgustos que he leido con el mayor sentimiento en su estimable carta del corriente, a que contesto con la franqueza que me es natural, i pertenece a la verdad. ¿Se duda acaso de mi sinceridad, de mi natural inclinación a la paz, a la unión i deferencia al jeneral Freire, principalmente cuando usted afirma que se ha pronunciado de un modo satisfactorio? ¿No he dado pruebas evidentes por palabra, por escrito i por repetidos papeles públicos, de haber relegado al olvido las animosidades i defecciones producidas en la efervescencia de las pasiones que desnaturalizaron nuestra cara patria, para entregarla en manos de una fación ominosa, que ha encadenado a sus sectarios, siempre enfermos de avaricias i sedientos de venganzas, con grillos de oro i anillos ponzoñosos de detracción, de la mentira i de la calumnia? ¿No he dado pruebas evidentes en un retiro oscuro, pero satisfactorio a mi con-

ciencia i a mis principios, de mi desprendimiento i aún odio a los oropeles i mandos que no son ya necesarios a mis compatriotas, i que están en oposición con mi resolución de no volver a un puesto, que si bien produjo la libertad e independencia de mi patria, me acarreó también tantas amarguras i enemistades? I finalmente, sino bastase la notoriedad de mis mas vivos deseos por la unión i amistad de todos mis compatriotas que en las tempestades políticas hayamos corrido la triste borrasca de la discordia, usted, mi apreciado coronel, es un testigo personal de mi incesante clamor a este objeto, i mui en particular en lo que toca al jeneral Freire, mucho antes de haberme usted indicado la disposición de este jeneral, a satisfacer una amistad que animaba dos guerreros cuyos esfuerzos por la libertad no fueron inútiles a la patria.

»Si todas estas cosas, por mi parte, no son de suficiente fe política, menos lo serian la materialidad de un festín que solo puede ser festín para los niños i las mujeres porque los divierte; pero que a los hombres de peso i contemplación no ofrece otro valor que el que dan a las representaciones teatrales. No es por este medio que se restablece la paz i la unión interrumpida por una serie de años, la verdadera base que haya de darle solidez i consistencia, parte del principio siempre adoptado en esta clase de transacciones, que es sa:

facer mutuamente los errores políticos i los dicterios prodigados en el ardor de las contiendas políticas, i borrar para siempre hasta la memoria de las causas i de los nombres que dividieron el alma que residia en los hombres honrados, que eran el apoyo del orden i de la prosperidad pública. Este paso preliminar es el de que buena fe abre los brazos i los estrecha hasta el corazón del amigo, i este es el que recobra i sella para siempre una verdadera amistad.

»Si se ha esplorado mi voluntad (resuelta muchos años hace en lo interior al olvido de lo pasado, a la paz i a la equidad que ordena la suprema lei), se encuentra igualmente que en las cosas esteriores i del mundo se ha pronunciado con la nobleza que corresponde i es tambien notorio en Chile i el Perú.

»Ahora hable la imparcialidad. El jeneral Freire ¿ha escrito i firmado alguna cosa conducente a una conciliación que haya de satisfacer los votos de Chile, i los de sincera amistad? Siendo públicos los motivos, notorios también deben ser sus desenlaces. Se dirá quizás que el llenó este deber en la licencia i pasaporte que firmó para mi venida al Perú. I bien ¿han pasado por el mismo crisol las cosas sucedidas posteriormente? La nación chilena no puede ser indiferente a este deber sagrado, sino lamentarse en su retardación, porque sabe por esperiencia que la columna mas sólida

del poder nacional es la gloria nacional, i que el mas sagrado patriotismo i espíritu público mas inflexible se vivifican mas velozmente, por la memoria de los triunfos de la patria i las hazañas de sus hombres. Dejemos pues, que las cosas de verdad ocupen con propiedad este lugar, i entonces se dirá también con propiedad que esta paz i esta unión no son superficiales ni están edificadas en la arena, i a la posteridad tocará recordar que se obraron estas cosas en el siglo diez i nueve, entre los compatriotas de Rengo i Tucapelo, de Colocolo, de Caupolican i Lautaro.

»Se hacen ya demasiado largas i molestas estas reflexiones, pero no hago mas que reproducir lo mismo que intentaba a mí llegada a esa capital, que no pendiendo de mí, hago lo que puedo por la pluma para satisfacer los cargos amargos de lo que contesto, apesar de hallarme fuertemente atacado de un mal de garganta, que comprende la cara i la vista i atormenta demasiado al que siempre es su invariable amigo i seguro servidor,

Q. S. M. B.

Bernardo O'Higgins».

VII.

No desmayaba Mora por su parte en su quimérica pero ostentosa maquinación, i las dos ca-

siguientes escritas al correr de su amplia i elegante pluma, que diseñaba caracteres gráficos en el estilo i en el papel, pone de manifiesto la tenacidad de sus planes personales.

La primera era de principios de agosto, i decia como sigue:

«*Lima, 6 de agosto de* 1834

»Señor don Bernardo O'Higgins.

»Mi apreciado jeneral i amigo; con el conocimiento que usted tiene de la sincera amistad que le profeso, del interés que tomo en sus glorias i de la imparcialidad con que debo juzgar de un negocio en que no me inspira ninguna mira ambiciosa, ni nada que redunde en mi bienestar personal, no le parecerá estraño que le abra mi corazón sobre la resolución que ha tomado de suspender su venida a Lima. Nadie es testigo mas inmediato que yo de la constante disposición que usted ha tenido de reconciliarse con el jeneral Freire. Se lo he dicho a él mismo mil veces; lo he dicho a todos los chilenos; lo he escrito a Chile, gloriándome en que me honrase con su amistad un hombre animado por tan nobles sentimientos, i saliendo, en cierto modo, por garante de que la reconciliación tendria efecto inmediatamente que el jeneral Freire quisiese prestarse a ella. Por esto no puedo espresar a usted la satisfacción con que

vi partir de aquí a mi amigo el coronel Reyes, seguro de que su regreso sería el anuncio de un suceso, que, como usted sabe, ha sido el objeto constante de mis deseos. La última carta de usted ha deshecho tan lisonjeras esperanzas, i no puedo disimularle que ha anegado de pesadumbre mi corazón.

»Yo conozco la magnanimidad de usted i estoi seguro que no han disminuido en lo mas pequeño las disposiciones conciliatorias que siempre me ha manifestado, pero no todos pueden juzgar a usted tan acertadamente como yo, que le he merecido una confianza sin límites. La mayoria de los hombres se inclina por lo común a calificar en un sentido adverso las acciones ajenas, i aunque me es duro hacerle a usted esta confesión, no puedo negarle que hai quien, desconociendo la rectitud de sus principios, interpreta la demora de su viaje, de un modo que aflije a los amigos de usted. Reyes i yo estamos por consiguiente siendo el objeto de los comentarios que la preocupación i el espíritu de partido dictan a los malévolos, porque los dos hemos asegurado en los términos mas positivos que por parte de usted no se presentaria ningun obstáculo a la reconciliación.

»En esta no miro yo, ni mira nadie, un hecho privado; sino una medida de que quizá pende la ventura de una nación entera.. La unión de usted i Freire es el voto universal de Chile: es el golpe

mas funesto que puede darse a la facción dominante; es en fin el soplo animador que dará vida i enerjía a la opinión pública de aquel país. Los que se interesan en que esta unión no se realice van a cantar el himno del triunfo, van a consolicar su despotismo, i quizá a sacrificar nuevas víctimas.

«Yo pensé salir de aquí a bordo de una corbeta de guerra francesa que sale el 10 para Cobija: pero habiendo otro buque para el 18, he preferido este retardo, por varios motivos, siendo uno de ellos la esperanza que aún conservo de que cediendo usted a los consejos de la amistad desinteresada revoque la determinación que tanto nos ha sorprendido, proporcionándome al mismo tiempo la satisfacción de darle un abrazo antes de mi partida

»Reciba usted las mas afectuosas espresiones de mi mujer, ofrezcame a los piés de esas señoras, i disculpando la libertad que me he tomado, i a que me creo autorizado por la pureza de las intenciones que me animan, mande a su afectísimo amigo, etc.

José Joaquín de Mora.»

VIII.

La segunda correspondia a la medianía de aquel mes, i su tenor corria como sigue:

«*Lima*, 16 *de agosto de* 1834.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»Mi apreciado jeneral i amigo, me aprovecho de la ida de los señores Arteaga i Barril a ese punto, para saludar a usted de despedida, por si acaso no tengo la satisfacción de verlo antes de mi marcha, que ya no tiene dia seguro desde el 20 de este.

»Estos señores darán a usted una idea de la urjente necesidad de su venida a esta ciudad: tan necesaria es en efecto, que todo lo creo perdido, si no se verifica, digo *todo*, incluso la confianza i el amor de los chilenos, pues ya no hai mas remedio a los males de aquel desgraciado país sino la unión de los dos hombres que pueden salvarlo. Pero no es esto en lo que yo fijo mas la consideración, sino en las glorias de usted cuyos enemigos van a desencadenarse contra usted i contra todos los que nos hemos alistado bajo sus banderas. El celo que me mueve al escribir estas líneas es tan puro i desinteresado, que basta a justificar mi atrevimiento de meterme a consejero. Debo hacerlo, aún a riesgo de parecer importuno: conozco todos los recursos de que saben echar mano la calumnia i la malevolencia i preveo el triunfo de estos feroces enemigos, i el desaliento incurable del partido vencido, si se ve desaparecer su única esperanza. Los

malos que estan aquí i que ya han columbrado algo de lo que pasa ¡cuántos comentarios no escribirán a Chile sobre el suceso! Los amigos de usted ¿cómo podrán esplicarlo?

»Casi estoi arrepentido de haber escrito lo que precede porque no puedo creer que usted resista a tantas i tan justas consideraciones, a la inmensa satisfacción de tapar para siempre la boca a sus contrarios, i al inefable convencimiento de haber sostenido su palabra i de no haber omitido nada en favor de los buenos principios. Me dicen (i debo creerlo) que Freire desea el momento con ansia, que procede de buena fe i que parece desengañado completamente de los errores antiguos.

Por lo que a mi toca, usted tiene suficientes motivos para creer que este acontecimiento será uno de los mas felices que puedan ocurrirme en el curso de mi vida. Además, no quisiera emprender mi marcha sin tener la satisfacción de estrechar a usted entre mis brazos.

»Mi mujer saluda a usted i a esas señoras a cuyos piés tendrá usted la bondad de ofrecerme, quedando siempre a sus órdenes su afectísimo amigo i servidor Q. B. S. M.

José Joaquín de Mora.»

IX.

Ninguna de estas jestiones dió un definitivo re-

claro entendimiento i esperiencia de los hombres, habia escrito con anterioridad de meses a Chile declarando en el seno de la intimidad que Freire i O'Higgins *jamás se reconciliarian*, lanzando esta sentencia de una manera especialísima. (1)

Es digna de ser conservada, a la manera de un retrato a lo vivo de hombre que ha desempeñado tan conspicuo papel en Américá, en Chile i en el Perú, en Bolivia, en España, su patria, i aun en

---

(1) Es un hebo histórico que pipiolos i conservadores, carrerinos i o'higginistas fraternizaron a virtud de la *lei de los caidos* (que es tan exacta como la de la gravitación descubierta por Newton), después de la revolución de 1829, i especialmente en las elecciones de 1831 contra Portales i contra Prieto.

Pero desde que el jeneral Freire llegó desterrado al Perú encontrándose allí desterrado por el jeneral O'Higgins, no podia sino empeorar su causa juntándose. Tan cierto es esto que el 12 de febrero de 1831, cuando el vencido de Lircai vagaba desvalido por los mares de la Oceanía, uno de los mas constantes consejeros de O'Higgins le escribia desde Santiago estas palabras. «Copie usted de su letra ese *apuntito* (era un tejido horrible de calumnias) para que Zañartu escriba un comunicado *contra Freire* i vengan para acá muchos ejemplares para Concepción i demas provincias. Yo no tengo tiempo....

Tenemos motivos para creer que el jeneral O'Higgins no aceptó semejante perfidia.—Pero no por esto nos parece que jamás ocurrió entre los dos desterrados el siguiente lance que corre a cargo de un padre agustino de Lima i que se publicó en 1872 en la *Corona del héroe* páj. 167.

»He oido referir al señor don José Zapiola que hábiendo estado en el Perú mientras el destierro de don Bernardo, un padre agustino con quien acostumbraba confesarse el jeneral, le contaba entre otros rasgos jenerosos i cristianos del ilustre proscripto el siguiente: saliendo una mañana de la iglesia de San Agustín, después de haber comulgado, se encontró con don Ramón Freire i otro chileno cuyo nombre no recuerdo, i al verlo, impulsado por un noble sentimiento, se acercó a ellos, los abrazó i les rogó olvidasen sus pasadas diverjencias, considerándose en adelante como verdaderos hermanos.»

Lóndres donde en su vejez le conocimos, allegado a poderosos, junto con sus hijos (1853), la carta en que sencillamente el español consigna su política, su encono i su alma. I como tal, aunque larga, vamos a reproducirla íntegra, previniendo que ella fué dirijida a una persona de la familia del autor de este libro i que por consiguiente no pertenece a la colección de papeles del jeneral O'Higgins de que hemos estraido los mas valiosos hilos del estambre de esta relación.

La epístola en cuestión i con cuyo testo ponemos fin a este capítulo dice así, con todas sus vulgaridades i crudas impertinencias, advirtiendo que su fecha es *anterior* a sus ajencias de acomodador de voluntades en el Perú.

XI.

«Señor don Ignacio Vicuña.

»*Lima*, 25 *de febrero de* 1834.

»Mi escelente amigo: hace algunos dias respondí al apreciable paquete de 18 de diciembre, refiriendo a usted las molestias que me habia ocasionado el malvadísimo cojo Campino, comprometiéndome con este gobierno en época tan crítica: por fortuna el que está a la cabeza no es hombre que se deja llevar de chismes, i el cojo calumniador

no ha sacado de esta empresa, sino una nueva dosis de infamia. No dude usted un instante que va llamado por el Estanco i que el gran proyecto del dia es reconciliar a Freire con sus antiguos amigos: proyecto que se realizará inmediatamente que Portales suba a la presidencia. Sobre esto seré después mas largo.

»Ahora recibo las estimadas de usted de 5, 7 i 10 de enero, i no cesaré de darle gracias por la confianza con que me honra, i por los datos curiosos que me comunica. No debe usted dudar que la suerte de Chile me interesa sobre manera, aunque he jurado no pisar su territorio en ninguna combinación posible de circunstancias, i por ahí sacará la consecuencia que mi amor es desinteresado.

»Con la muerte del opresor de mi patria (Fernando VII) se me han renovado los deseos i las esperanzas de restituirme a su seno, para lo cual solo espero saber el triunfo del partido de la reina, i el abatimiento del de don Carlos, que no dudo se ha de verificar, pues toda la Europa se interesa en ello. Sin embargo, la suerte de Chile nunca podrá serme indiferente i en cualquier punto del globo en que me halle pueden contar mis amigos chilenos con los pocos servicios que pueda prestarles este ser insignificante i nulo.

»Paso ahora al asunto principal de las cartas de usted. Yo quisiera poseer toda la clemencia de Marco Tulio, toda la lójica de Condillac i toda la

autoridad del concilio de Nicea para persuadir a usted de esta verdad. *Jamas se reconciliará Freire con O'Higgins*, a la que añado por via de comentario, que antes de consentir Freire en esta reconciliación, consentiria en ver su patria reducida a cenizas; que Freire no puede disimular su natural simpatía con Benavente i Gandarillas; que la inmensa mayoría de chilenos residentes en Lima, incluso los enemigos de Freire, piensan como él en esta parte, i por último que escepto un solo chileno todos los de aquí me detestan, i me han abandonado solo porque han conocido el empeño con que he trabajado por la conciliación. O'Higgins no ha podido hacer mas de lo que ha hecho; su jenerosidad llegó hasta el punto de autorizarme a obrar en su nombre como mejor me pareciese, sin la menor restricción. ¡Qué mas puede hacer un hombre honrado! Jamás en mi presencia ha pronunciado O'Higgins una palabra en contra de Freire. Una noche estando en Cañete el bárbaro i perverso Chappuis se puso a quitarle el pellejo a Freire. Yo lo defendí con calor: nos fuimos de palabras, i acabada la sesión rogué a O'Higgins que me dispensase. Su respuesta fué *me ha llenado usted de gusto: yo no puedo aprobar que en mi presencia se hable mal de un patriota chileno.*

«Esto se llama ser héroe; i ahora compare usted esta conducta con la de don Ramón, en cuya boca no se oyen mas que horribles denuestos contra el

Guacho, acusándolo de los escesos mas horribles, tanto en su conducta pública como en la privada. Pero esta es la fábula de la culebra que queria roer la lima. Mientras mas lo muerden, mas se consolida su reputación. (Amigo, soi mas o'higginista que usted mismo).

«Un hombre que ha llegado a tal altura, i que escita la veneración de cuantos oyen pronunciar su nombre, está mejor en la oscuridad que en el mando, si éste ha de ser efecto de una combinación degradante. Si Chile no se alza espontáneamente en favor de quien le dió cuanto tiene, Chile no es digno de verlo en la silla: amuélese Chile, o coma el pan de la ignominia, que es el que merece. Tan canalla es la facción chilena que reside en Lima, que hace pocos dias que ha reimpreso en el *Telégrafo* un asqueroso libelo contra O'Higgins, sacado del *Faro del Bio-Bio*, añadiéndole un comentario en que ataca de frente al pobre Reyes. Cada uno de estos esfuerzos es un nuevo triunfo, pues el pueblo del Perú admira i ama a este gran patriota, de cuyas virtudes ha estado siendo testigo por espacio de tantos años.

»Renuncie usted, pues, amado amigo, a su proyecto favorito, i póngalo en el *número de los imposibles*. Trabajen ustedes por O'Higgins solo, i no mezclen su nombre con otro alguno, i mucho menos con el de quien...... pero prudencia. Basta que tenga una mujer como la que tiene, para que

yo lo respete, apesar de la negra ingratitud con que ha pagado mi amistad, prefiriendo la del inmundo, vicioso, corrompido i brutal Carlos Rodríguez. Bien sé que esta franca explicación debe ser a usted mui dolorosa: pero creeria faltar a la amistad, si no lo desengañase de un error, i sino deshiciese una esperanza quimérica que jamás puede verse realizada. El plan secreto de Campino, Freire i Rodríguez es empujar a Portales (de cuyos talentos hacen los mas altos elojios), reconciliarse con él i sostenerlo en el mando, persuadidos de que este es el mejor medio de alejar para siempre a nuestro amigo. Usted me anuncia la próxima llegada de Bilbao, Cotapos, etc.; pues bien, acuérdese usted de mi profecía. Todos estos van a ser enemigos de O'Higgins, i mios, sin embargo de que el primero salió de aquí mui o'higginista. Pero ya sabrán volcarlo los otros, los cuales apesar de estar divididos entre sí (porque Izquierdo i Freire se detestan) sin embargo coinciden en calumniar i aborrecer a don Bernardo. Yo he tomado el partido de aislarme; no salgo de mi casa, consagrado a mis discípulos i a una familia que adoro. Don Bernardo está en los baños de Cerro Azul, de donde me escribe con frecuencia.

»Amigo, volúmenes pudiera yo escribir sobre esa facción inícua si dejara correr la pluma. Podria demostrar como se demuestra una figura matemática, que O'Higgins es el único hombre que puede

salvar a Chile; que si su partido se uniese con el de Freire él seria mui en breve víctima de su nobleza; que en Chile no puede haber felicidad mientras exista en su territorio un solo átomo de carrerismo i estanco; que lo que ha hecho Prieto vendiendo al que lo sacó de su oscuridad, lo habrian hecho todos menos Cruz; que los pelucones de Chile, Tagle Alcalde, etc, forman la raza mas estúpida de cuantos pisan la superficie del globo; que se necesita un siglo i cuarenta i tres liceos, para borrar de Chile el espíritu de corrupción i de venalidad introducido i propagado por el pillo de los pillos, es decir, Portales, el cual ha dicho a un estranjero amigo mio, que los chilenos no pueden ser gobernados sino teniendo en una mano la bolsa i en otra el palo; finalmente, probaria que O'Higgins es un hombre demasiado grande para una nación como la suya en que se aguanta al burro acicalado de Prieto, i al truan bufonesco de Portales, con la asquerosa escolta de Benaventes, Renjifos i Tocornales que lo rodean.

»La política de los o'higginistas es absurda. Deben obrar por su hombre, i no por ningun otro: deben minar al mundo con papeles, demostrando que la nación está envilecida, i que solo puede sacarla de su envilecimiento el que la sacó de la esclavitud: que mas quieren morir que capitular; que mas mas vale sufrir la esclavitud de un enemigo descubierto, que recibir abrazos de amigos

traidores. Este debe ser tu sistema, hombre honrado, tú, que estás dando tantas pruebas de tu impertérrita constancia. O'Higgins no debe sostenerse en la opinión de Echeverria ni del chillanejo: sino en el convencimiento universal de una nación que, si es conocida en Europa, es porque su nombre se liga con el de O'Higgins. Hai alturas de las cuales no es posible bajar una pulgada, sin caer hasta el abismo.

»Napoleon vencido por toda la Europa, no quiso contentarse con la Francia de Luis XIV ni ceder un palmo de lo que habia conquistado. Bien sé que la nueva jeneración chilena apenas conoce a O'Higgins: pero su partido debe hacerlo conocer, propagando sus noticias biográficas, tan honoríficas i tan gloriosas: también sé que muchos temen que si vuelve a mandar se vuelva a rodear de los mismos hombres que la rodeaban antes, pero deben considerar que el mundo ha dado muchas vueltas desde entonces, i que en la desgracia O'Higgins ha sabido conocer los amigos fieles, de los amigos ingratos: testigo de ello es el bajo i prostituido Correa del Saa, que le debe su fortuna, i después le ha pagado como todos sabemos.

»Me he estendido demasiado, movido por mis buenos deseos en favor de ese país. Añadiré una sola reflexión. O'Higgins en su primera época lució como guerrero i como patriota: ahora se halla en el caso de lucir como administrador i como gober-

nante. Ha visto mucho, i ha estudiado profundamente las instituciones, i diré a usted en confianza que uno de sus proyectos favoritos, para el cual cuenta con una de las primeras casas de Londres, bastaria para colmar de felicidades a esa república.—Continue usted favoreciéndome con su correspondencia: no me olvide cuando vea usted al amigo don Pedro i créame su invariable (1).

José Joaquín de Mora.»

---

(1) «El amigo don Pedro», era don Pedro Félex Vicuña, hermano de don Ignacio, i a quien Mora se fué debiendo, como a otros, una buena cantidad de dinero. Si nuestra memoria no nos engaña, era esta una suma de cuarenta onzas de oro, porque Mora en todas partes, en Santiago, en Lima, en La Paz, en Londres, etc., pedia a todo el mundo dinero prestado i jamás lo devolvia. Era ese su negocio.

CAPITULO XXVI.

Profundamente desengañado de los chilenos i de sus propios partidarios, el jeneral O'Higgins se encierra en Montalván, pasando solo cortas temporadas en Lima.—Respeto con que le rodean los peruanos.—Una carta del ministro Pando.—Manifestaciones de Gamarra, i carta que le escribe desde Puno a fines de 1830.—Episodio diplomático contado por el doctor Zañartu.—Maña con que desde 1829 el jeneral Santa Cruz se prepara para dominar el Perú.—Carta que escribe desde Arequipa a O'Higgins a su regreso de Chile en aquel año.—Santa Cruz, protector del Perú, se propone encontrar en el jeneral O'Higgins un protector personal respecto de Chile.—Sus astutas lisonjas, i cómo Mora le ayuda a seducir el blando carácter de O'Higgins.—Condena éste la guerra que declara Portales i presiente su fin i el desastre de Paucarpata.

I.

La larga vida de proscrito de don Bernardo O'Higgins no habia estado exenta, según se ha vísto en esta relación, auto de testigos i de contemporáneos, de emociones, de inquietudes, de acervos dolores, de profundos desengaños, lote de quien habiendo sido afortunado i pródigo de favo-

res en la cima, cae en pos, volcado el carro de la fortuna, entre sus ruedas i en el polvo.

El mayor número de sus amigos le habian vuelto la espalda en la hora del éxito cobijado estudiosamente bajo su nombre.

Sus enemigos habian ido a insultar sus canas a las puertas de su propio hogar de desterrado, i no se habia alzado en su defensa una sola voz, escepto la de un escritor advenedizo i la de un abogado por contrato a tanto el pliego.

II.

En cambio, el antiguo Director de Chile, favorecido por el Perú con un don valioso de gratitud, habia encontrado tanto en sus gobiernos sucesivos i precarios como en su ciudad culta i estable, la compensación de aquel respeto que sus compatriotas en la adversidad le negaban. Su posición doméstica i social era a este respecto mui semejante a la que por esos mismos años i hasta su fin mucho mas prolongado encontrara entre nosotros el ilustre jeneral Las Heras, prócer i libertador arjentino.

Sin que él de ninguna manera lo solicitara ni aun lo permitiera su jénero de vida retirada i melancólica, los presidentes del Perú tenian a honra ser sus amigos, jactábanse de pedirle consejo i de tributarle todo jénero de homenajes, sin que jan

fueran parte a recordarle que si vivia en mediana holgura era esta debido a la munificencia de su misericordia.

III.

Aun el inquieto i veleidoso Gamarra, eterno busca-pleitos con sus vecinos, con Colombia en 1828, con Bolivia en 1830, con Chile en 1833, tenia a pechos hacerle confidente de su política de reconciliación i le brindaba afectos para con su patria, o los finjia. La siguiente carta inédita de este insigne perturbador americano responde a un interés histórico, i por ello le damos cabida íntegramente.

Puno, diciembre 22 *de* 1830.

«Señor jeneral don Bernardo O'Higgins.

»Mi querido amigo i compañero.

»Con el mayor gusto he leido la carta estimable de usted de 27 de noviembre i quedo impuesto mui exactamente de todo su contenido. Mucho celebro que *nuestra querida república chilena* esté reorganizándose con juicio, i reconcentre el orden con prontitud; pero yo no estaré contento mientras no vea en el gobierno una persona que inspire confianza por la práctica en los negocios i por respeto personal. Diré mas francamente, si

usted no cierra los ojos i se resuelve a hacer un nuevo servicio a sus compatriotas, estoi seguro que cualquiera asomo de orden i de tranquilidad será efímero i mui efímero.

»Felizmente creo que la opinión en este orden esta jeneralizada en Chile. Si a usted lo llaman, me atreveré a aconsejarle que no vacile un momento en marchar para ponerse a la cabeza de aquella hermosa república. Al Perú mismo le interesa este paso, porque teniendo en aquel gobierno al jeneral O'Higgins, será Chile *nuestra amiga sincera i aliada.* Por tanto, ruego a usted, mi querido compañero, que llegado el caso, vaya a su patria deponiendo prescindencias delicadas.

»Al fin me ví con el jeneral Santa Cruz, i aun después de francas esplicaciones sobre resentimientos personales, no hemos podido arreglar nada, porque en los negocios públicos se nos ha presentado con pretensiones imprudentes, i aun atrevidas. ¿Quién creerá que este caballero para darnos su amistad i alianza, nos haya pedido el pequeño regalito del puerto de Arica? En la primera conferencia que tuvimos en presencia de las dos legaciones, salió con esta tercera entidad i fué necesario no seguir adelante, i yo resolví inmediatamente mi retirada: pero en el momento de montar me mandó algunas insinuaciones de franqueza, i la legación boliviana, alcanzándome a la primera jornada, me ha protestado venir am-

pliamente autorizada para transijir con el Perú en un sentido justo i equitativo.

»En efecto, ayer se pusieron las bases de un modo privado, porque a nada se puede dar todavia carácter oficial hasta que vengá el exequatur del gobierno a las credenciales del ministro boliviano, i ellos están mui racionales i útiles a ambos estados.

»Si hasta la llegada del exequatur no manda el presidente de Bolivia nuevas instrucciones, será este negocio completamente concluido en dos meses, i yo espedito en este gobierno para pasar a la capital a dar a usted un fuerte abrazo.

»Entónces acordaremos, mi querido amigo, sobre otro proyecto marítimo que lo considero útil por todos aspectos. Entretanto séame permitido ponerme a los piés de las señoras i de repetirme su mui adicto i fiel ámigo i servidor.

»*Gamarra.*» (1)

---

(1) Como episodio de política chileno-peruana de aquellos tiempos, reproducimos tambien el siguiente pasaje de una carta de don Miguel Zañartu, a la sazón ministro de Chile en el Perú, i dirijida al jeneral O'Higgins desde Lima a Montalván el 17 de setiembre de 1829.

»En la últïma comida que se dió a Gamarra sucedió lo siguiente. Cuando me tocó brindar dije: «Que el ilustre jefe llamado a presidir los destinos de este hermoso pais, después de cerrar las puertas de Jano, desgraciadamente abiertas por las disensiones con Colombia, convierta sus miradas al sur, i no permita que corra por mas tiempo estérilmente la sincera amistad que ofrece al Perú la república a que pertenezco, que su ilustrada política sepa poner en movimiento los inmensos re-

IV.

Por lo demás, el desterrado de Montalván ponia estudioso afán en no acercarse a la lava ardiente i resbaladiza de la política peruana. Nunca dejó de considerarse sino como un simple huésped en aquel país volcánico, i amoldó siempre sus procedimientos a esa mira. Pasaba por lo mismo los largos veranos de los trópicos, jeneralmente desde setiembre a abril, en su estancia de Montalván, i durante la breve temporada invernal hacia una vida estrictamente doméstica en su modesta casa de la calle de Espaderos, situada entre la plaza i el templo de la Merced, su iglesia favorita.—«Yo, i que como usted sabe mi querido compañero, escribia al jeneral San Martín el 27 de mayo de 1836, aludiendo a los alborotos de Gamarra i Orbegoso de aquella época, yo que

---

cursos de ambos paises, i abrir una época de prosperidad acompañada del reconocimiento.

»Concluida la mesa me contó Riglos el gran efecto que habia producido en Gamarra este brindis. Que le habia preguntado a La Fuente el motivo por qué no se habian hecho los tratados. Que éste le contó sucesivamente mi historia, agregándole que aún estaba pendiente por Alvarez una satisfacción que me era mui debida. A la hora del té me pidió una entrevista para el dia siguiente, de la que resultó una carta para Pinto la mas satisfactoria, diciéndole entre mil espresiones lisonjeras a mí, que estaba mui dispuesto a celebrar los tratados i que celebraria infinito fuese yo la persona que los realizase, i que me habia pedido suspendiese mi viaje hasta nueva orden de mi gobierno.»

fuí siempre tan solícito en tomar armas en la guerra de la independencia, en las contiendas civiles soi un gamo, que ni el mas diestro cazador ni el mas veloz gamo me encuentra ni me alcanza. Tomé, pues, las de Villadiego, i a favor de las tinieblas de la noche atravesé con mi familia rios casi a nado, evitando la vijilancia de contrarios, bandidos i salteadores que cubrian los pasos i caminos principales, hasta llegar a mi Tebaida de Montalván, creyendo no oir ni saber lo que pasaba en esta rejión de contiendas i guerras civiles.»

V.

Esto no obstante, no fué siempre dueño de evitar en su retiro el proscrito chileno que la ola de las revoluciones de que vivia rodeado, como náufrago en un arrecife, llegara de tarde en tarde a turbar su buscada tranquilidad con sus enojos; i los siguientes documentos de desagravio i de gabelas revolucionarias dan testimonio de que la hospitalidad peruana no fué siempre para él lecho de rosas.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*Lima*, 13 *de noviembre de* 1832.

»Señor:

»He sabido, con grave dolor, haberse esparcido

la voz de que yo habia tratado a usted mal cuando se sirvió hablarme sobre su asunto; i hubiera pasado inmediatamente a su casa sino me lo hubiesen impedido mis dolencias. Me valgo, pues, de la pluma para tener la honra de decir a usted, que lo único que le repuse fué que no estaba en mi mano hacer que la cámara decidiese el negocio, i que me parecia imposible pudiese verse en esta lejislatura. Lo mismo habia manifestado a cien individuos que me habian hablado sobre preferencia, poniéndome en un verdadero suplicio, cual es el de quedar comprometido como moroso o parcial, cuando en mi ánimo solo reina el deseo de la justicia, de la prontitud en el despacho, i cuando mis esfuerzos para obtenerlos han sido tan inútiles que he dejado presidir al señor Vijil repetidas veces por si era mas feliz.

»Lo cierto es que mi intención jamás pudo ser la de agraviar a un sujeto tan altamente recomendable como es usted, ni la de faltar a aquellas atenciones que le son debidas por mil títulos, i particularmente por el aprecio i respeto que constantemente le he profesado. Si inadvertidamente he tenido la desgracia de ofender a usted, señor, me será sumamente penoso, i le pediré millones de escusas, protestando con toda la sinceridad de mi carácter que nada puede estar tan lejos de mi voluntad. Si esta declaración no fuese bastante, estoi prontísimo a dar a usted cuantas satisfacciones

exija, rogándole se persuada que no hai sujeto en Lima a quien yo tribute mayor estimación i respecto que al señor O'Higgins.

»En medio de tantos sinsabores que me cercan, éste ha sido amargo en demasía. Sírvase usted creerlo, i aceptar la espresión de la alta consideración con que soi su mui atento obediente servidor.

»*J. M. de Pando.*»

VI.

REPÚBLIRA PERUANA.—SECRETARÍA JENERAL DE SU ESCELENCIA EL PRESIDENTE.

Fortaleza de la Independencia,
a 7 de enero de 1834.

(Circular).

Señor:

«Su Escelencia el presidente de la república, ha estrañado que siendo Usía un jeneral del Perú no se haya presentado al gobierno en las actuales circunstancias en que una sedición ha atacado la tranquilidad pública i las autoridades legales. En esta virtud me ordena diga a Usía que inmediatamente se dirija a esta plaza, bajo la mas estre-

cha responsabilidad, la que será mucho mayor si Usía sirve en alguna cosa a los sediciosos.

»Soi de Usía atento obsecuente servidor.

»*José Villa.*

»Señor jeneral mariscal don Bernardo O'Higgins.»

VII.

«AYUDANTE DE ESTADO MAYOR JENERAL EN COMISIÓN.

»*Cañete, octubre* 1.° *de* 1835.

»Considerando Su Escelencia el jefe supremo que al salir el ejército a la próxima campaña, queda esta provincia espuesta a las incursiones de los bandidos, ha dispuesto se organice un escuadrón para la custodia de ella; i para lo que se espera del amor al orden i civismo de Usía haga el pequeño sacrificio de contribuir, para la formación de dicho cuerpo, con cuatro hombres i dos caballos; i recojerá Usía todas las lanzas, carabinas i sables que haya en la estensión de su hacienda.

»Igualmente se dignará Usía contribuir con los trescientos pesos que le cupieron en el último reparto hecho, pues las circunstancias así lo exijen.

»Con este motivo ofrezco a Usía todo el r

peto que me merece i me suscribo su atento obsecuente servidor Q. S. M. B.

»*José de Arturo.*

»Al ilustrísimo señor jeneral mariscal don Bernardo O'Higgins.»

VIII.

Pero en medio de las ardientes fluctnaciones i rápidos sacudimientos de aquella tierra sin brida i sin asiento en que los hombres pasaban, a la manera de fugaces meteoros, por las calles de Lima, por los aposentos de palacio o por las estrechas veredas montañosas que entre Arequipa, Ayacucho, el Cuzco i la capital se cruzaban, i en no pocas ocasiones a través de los potreros sembrados de caña de la tranquila heredad de Montalván, sin dejar mas huella que el polvo de su grandeza transitoria o de su fuga, hubo en el torbellino de los caudillos que aparecian i desaparecian un hombre bajo muchos conceptos notable que ejerció positivo i durable influjo sobre el espíritu del jeneral O'Higgins.

Ese hombre fué don Andrés de Santa Cruz, presidente de Bolivia desde 1830 a 1836, protector del Perú desde ese año al de 1839 que comenzó en Yungai.

IX.

Dotado de la fina i recelosa suspicacia del indio aimará, paciente i metódico en sus cálculos, hombre de gran espera mas que de planes atrevidos, habia comprendido el hijo de la cacica Calaumana, nacido a orillas del Titicaca, desde época remota, que Chile seria el único obstáculo a sus ambiciones dispuestas a largo plazo, i cuando después de haber desempeñado en el último país una misión diplomática i rehusado gustar en la posada Casablanca los guisos que le ofreciera el posadero italiano Ferroni, a quien diera antes un castigo a bordo de un buque en el cual el último servia como cocinero (tanta era su desconfianza i su cautela!), escribió desde Arequipa al jeneral O'Higgins la siguiente afable pero astuta e insidiosa carta en que se preparaba el camino para obtener su oportuna ayuda, ora fuera en el poder, ora como simple ausiliar desde las playas del destierro.

Ese documento es altamente característico especialmente atendida su data i su fecha, i dice así:

«Señor jeneral don Bernardo O'Higgins.

»*Arequipa, febrero* 13 *de* 1829.

»Mi estimado jeneral i noble amigo.

»De regreso en esta ciudad del hermoso país de usted tengo la satisfacción de saludarle i abrir nuestra franca i amistosa correspondencia. Empezaré por dar a usted alguna idea de su patria.

»Las continuas vacilaciones que ha padecido aquel estado i el recuerdo de los buenos tiempos que disfrutaron bajo el mando de usted, me hace conocer que al fin será usted llamado por un pronunciamiento jeneral. Esta idea es para mí tan segura, cuanto que sabiendo mui pocos las relaciones que me unen a usted, he podido rastrear la opinión pública, i concluido por convencerme de que la memoria del jeneral O'Higgins es tan amada en Chile como la de un padre ausente. Así que podrá servir a usted de la mejor satisfacción el que tiene los mejores amigos en su país, i que son los que tienen el primer lugar en la sociedad. En lo demás, las turbaciones son consiguientes a la falta de unión i respetabilidad al gobierno; pero al través de estos mismos desórdenes en la administración, aquello progresa admirablemente i soi seguro que usted mismo desconoceria el grado de

opulencia en que se ve Chile a espensas de su floreciente comercio i de su posición jeográfica; pues hoi está siendo el centro de la navegación de toda la América del sur.

»Aunque a pesar mio tuve que desprenderme de aquella tierra encantadora por obedecer a los impulsos de la naturaleza i porque no se me arguyese de enemigo de mi propio país, felizmente he chancelado con este compromiso. Bolivia envuelta en todos los horrores de la anarquía, i nombrando sus ejecutivos sucesivamenre me ha abierto este campo.—Hállome al mando de las fuerzas del sur.—Es en este destino que espero ocupará usted en cuanto guste a su fino i mas sincero amigo.

«Andrés Santa Cruz.»

XI.

No se engañaba ni en sus presentimientos ni en sus ardides el pérfido meztizo paceño. El jeneral O'Higgins, que pasó entre sus contemporáneos por hombre de índole dura, vengativa i hasta cruel, en manera alguna éralo tal sino todo lo contrario. Nunca hizo de él una definición mas gráfica ni mas exacta el jeneral San Martín, que bien le conocia, cuando en su ancianidad sijilosa i cuando ya sus camaradas de lójias i campañ-

habian desaparecido de la escena de la vida, dijo:—«En O'Higgins hai mucho mas cera que acero.»

A la verdad, tan cierto era esto que en todas las situaciones de su vida, aun en las mas altas, habia necesitado don Bernardo del sostén, del consejo i casi del dominio de un espíritu mas resuelto o mas suspicaz que sostuviese el vacilante suyo. En los primeros años de la revolución habian sido su guia en lo político Miranda i el doctor Rosas, en lo militar Mackenna, amigo de su ilustre padre i por quien sintiera el mas alto respeto, tributo debido a sus talentos estratéjicos i a su virtud cívica.

Dominóle en seguida por completo San Martín, después la Lojia, mas tarde un abogado dilijente i sagacísimo, que habia sido encarnizado realista, fiscal de persecuciones en 1814, i quien tan aprisa ganóle la fácil voluntad, que en tres años era ya (cosa increible en aquel tiempo!) su privado sin rivales, su ministro, su todo—«el chillanejo Rodríguez».

XII.

I por ese mismo camino, el español Mora en Lima, solo en primer término, i en seguida, sostenido por aquel avieso confidente, el protector Santa Cruz, se adueñaron profundamente de su ánimo, ya en decadencia, así como en su propio ho-

gar tuvo un perfecto tirano que le gobernara por la voluntad i la abnegación. Su madre era una mujer dulcísima; pero su imperiosa hermana doña Rosa, ejercia tan irresistible dominio sobre su asequible naturaleza, que sus punibles tratos de comercio con el español Arcos, el ministro Rodríguez Aldea i el comerciante peruano Solar, fueron, al fin, la causa mas eficiente del descrédito moral de su hermano, incapaz de reprimirla ni aun de aconsejarla, trayendo todo eso aparejado a la postre su ruina.

XIII.

Suplantado a sus antiguos favoritos, Mora i por el intermedio de éste el protector, cuando la guerra que preparó Portales comenzó a divisarse de una manera alarmante por el acantonamiento de tropas en Quillota bajo Vidaurre a principios de 1837, escribíale en consecuencia el último desde Tacna el 18 de abril de ese año estas palabras que traicionaban su indecible ansiedad por evitar todo rompimiento, conforme a sus planes ya madurados de 1829: (1)

---

(1) Apropósito del acantonamiento de Vidaurre en Quillota, el jeneral O'Higgins decia a Santa Cruz en 1836 estas palabras que resultaron proféticas:
«Dicen que Vidaurre es mui decidido por Portales; pero ya

«El Perú i Chile (decíale el Protector) deben agradecer a usted su celo en conservar la paz que nuncá debiera haber debido alterarse entre ellos, conducta digna de un eminente patriota i de un *filántropo* distinguido que sabe olvidar los resentimientos personales en favor de la causa de la humanidad i de la civilización.»

I a fin de dar mayor aliento a la lisonja, el listo Mora escribíale sin necesidad en inglés desde Lima un mes mas tarde (mayo 26 de 1857) llamándole con instancia a esa ciudad, a nombre del Protector, esclamando:—«You cannot have an idea of the high opinion (*that*) this man (Santa Cruz) entertains of your wisdom and uprightness.» (1)

---

dudo que tenga decisión por persona alguna, *con su jenio inconstante i revolucionario*».

En esa misma época, i dando testimonio de los sentimientos que le dejamos atribuidos, contando a San Martín que el jeneral Freire se hallaba en Chile condenado a muerte, O'Higgins le decia en carta de 20 de diciembre de 1836, lo que sigue:

«Pero creo i me complazco en esperar sea perdonado de todas veras por la revolución i persecuciones que me hizo».—Prueba evidente de que ni ese perdón ni su reconciliación consiguiente hubieran tenido lugar en el Perú en la época en que ambas cosas negoció Mora.

(1) «No puede usted tener idea de la alta opinión que Santa Cruz abriga de vuestra sabiduría i de vuestra probidad».—Santa Cruz habia decorado también a don Bernardo con el título de *Gran dignatario supernumerario de la Lejión de Honor*, que plajió a los franceses, i que el último tuvo la debilidad de aceptar. Aquel pomposo título estaba concebido en los términos siguientes:

«Andrés Santa Cruz, gran ciudadano, restaurador i presidente de Bolivia, capitán jeneral de sus ejércitos, jeneral de briga-

VIX.

I sin detenerse en todo esto, que era simplemente felón, el pérfido aventurero invitaba con infinita maña a emprender en tierra estraña i enemiga de su patria una cruzada, lo cual era simplemente infame, aconsejándole anticipase desde el Perú, la misión fatal i el delito de Vidaurre.—«Mucho tengo que hablar con usted decíale en esa propia carta del 26 de mayo i mucho deseo que se venga a esta. *Es tiempo de ocuparnos sériamente en la ventura de Chile i esta*

---

da de Colombia, gran mariscal i pacificador del Perú, supremo protector de los estados sud i nor-peruanos, condecorado con las medallas del ejército libertador, de los libertadores de Quito, de Pichincha, de Junín, de Cobija i con la del libertador Simón Bolívar, gran oficial de la lejión de honor de Francia, fundador i jefe de la lejión de honor nacional, etc., etc., etc.

»Atendiendo a que el gran mariscal don Bernardo O'Higgins se ha hecho acreedor a la gratitud nacional, i a la recompensa con que la patria distingue a los que la honran con sus méritos, servicios i cualidades, en uso de las facultades que me concede el decreto de 15 de setiembre de este año, he venido en nombrarlo *Gran dignatario supernumerario* de la lejión de honor nacional, i por tanto, ordeno i mando lo reconozcan por tal, guardándole i haciéndole guardar todas las distinciones i preeminencias que por este título le competen, de los que empezará a gozar desde el dia de su instalación en dicha orden. Tómese razón de este despacho donde corresponda.

»Dado, firmado de mi mano, sellado i refrendado por el secretario de la lejión de honor en Lima, a 21 de noviembre de 1836. —ANDRÉS SANTA CRUZ.—El secretario de la orden, *Pio de Tristán*».

Poco mas tarde, por un auto especial, el gobierno federal del Perú otorgó al jeneral O'Higgins una especie de salvo con-

no puede provenir de otras manos que las de usted. El conflicto actual no puede terminar de un modo decisivo, sino es *con la caida de aquella administración, i la salida de la espedición es la coyuntura mas favorable para darle el último golpe,* sea antes de embarcarse, como sucedió en España, sea despues de dar a la vela, cuando el gobierno no pueda contar con las fuerzas que ahora tiene reunidas. De todos modos, es preciso hacer algo i que usted no abandone a una patria que le ha costado tantos sacrificios, en la época en que mas lo necesita. Escriba usted pues a sus amigos, si retarda

---

ducto contra las depredaciones de sus tropas, en el siguiente documento:

SECRETARÍA JENERAL DE SU ESCELENCIA EL PRESIDENTE PROVISORIO.

Casa de gobierno en Lima, a 13 de diciembre de 1838.

Ilustrísimo señor gran mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins.

Señor jeneral:

«Pudiendo suceder que por los diferentes bandos que se han publicado relativamente a los chilenos, sorprendieran a Usía Ilustrísima las autoridades i demás comisionados en el complimiento de ellos; i deseando el gobierno evitar se moleste de modo alguno a un jeneral de las circunstancias de Usía Ilustrísima, me ha ordenado Su Escelencia el presidente provisorio de la república, dirijirle esta nota a fin de conciliar con este documento la seguridad i respetabilidad de Usía Ilustrísima, lo que cumplo ofreciéndome de Usía Ilustrísima su mui atento servidor.

Lorenzo Baso».

su viaje, i envíeme sus cartas *que marcharán por conductos mui seguros*. La opinión está progresando mucho en aquel país. Ahora acabamos de saber que habiendo salido de Valparaiso el *Aquiles* i la *Valparaiso* hácia el sur, donde se decia que se habia presentado nuestra escuadra, salió inmediatamente otro buque a llamar a aquellos dos, de resultas de haberse notado síntomas de alboroto en el país. En estas circunstancias no se puede concebir la existencia del gobierno, sino es atribuyéndola a falta de una buena dirección en la acción de sus contrarios. Démosle nosotros esta dirección, i habremos hecho un gran servicio a Chile.»

XV.

A la verdad, i fuera de estas sujestiones innobles i ardides de ajena estirpe, el jeneral O'Higgins, colocado en la posición escepcional en que se hallaba, sentíase animado de razones propias, elevadas las unas, estrechas pero inevitables las otras, para mirar con alarma i con disgusto aquella primera guerra entre dos pueblos vecinos, bien avenidos al cambio de sus ricos productos naturales. Prócer en uno i otro país, fundador de la existencia política de ambos pueblos, huésped respetado en el territorio del uno, tenazmente proscripto sin merecerlo de aquel en que naciera, interesado por

lo mismo en el bien común de los dos, veia por otra parte que aquella arrojada empresa de invasión podia fracasar, como en efecto sucederia en breve (i dos veces, en el Barón i en Paucarpata) comprometiendose así para él intereses sagrados i su propia ya necesitada tranquilidad i la de los suyos.

Pero por una lei natural de las humanas pasiones que obedecen como la sangre líquida a la circulación i los cuerpos sólidos a la gravedad, a sus propios enconos, lo que sin duda mas vivamente acariciaba sus predilecciones i le arrastraba con mayor ahinco hácia la paz era que la guerra fuese emprendida esclusivamente por aquel mozuelo a quien conociera en Santiago en un laboratorio i en Lima en pobre escritorio de comercio, el cual, levantado ahora en alas de su audacia, habíale cerrado las puertas de su patria para lanzar a ésta, sin contrapeso ni frenos, en las terribles aventuras de las guerras de intervención.—«Se opina, escribia a este respecto al jeneral San Martín desde Montalván el 20 de diciembre de 1836, que el ministro Portales no se conforma con nada porque habiéndose dispuesto para la guerra, teme su caida en la paz. Quiera la bondad de la Providencia tocarle en el corazón para que se arrepienta de encender guerras i enemistades que conducen a la última ruina de nuestra común patria. A los que nada les ha costado i quieren elevarse sobre las

ruinas de los que se sacrifican por su caro suelo, poco les importa el honor nacional, la prosperidad de la América i la pública tranquilidad, porque no teniendo títulos para gobernar i gozar a sus anchuras de sus aspiraciones, quieren por la fuerza sobreponerse a la razón i a la justicia.»

I desahogándose con mayor intimidad i cercanía en el seno de un amigo, cuando supo el jeneral O'Higgins, cerca de un año mas tarde, que la infortunada espedición del jeneral Blanco habia partido de los puertos de Chile en setiembre de 1837, esclamaba testualmente, si bien en estraño idioma:— «El miserable Prieto tendrá que responder ante el tribunal de la humanidad i ante la suprema justicia de Dios por la sangre que va a derramarse o ya ha sido vertida en un país hermano. Ya no me engañará mas i espero que toda comunicación entre él i yo cesará en adelante.» (1)

XVI.

En otro sentido, aquella invasión de los valles del Perú iba a verificarse en ocasión en que ha-

---

(1) Carta al inglés don Juan Thomas.—*Montalván, octubre 24 de 1837.*

Sus palabras testuales eran estas:

«The miserable Prieto is to answer before the great tribunal of mankind and before the supreme justice of God for the blooshed he is to cause or perhaps already caused in a brother country. He will no longer decieve me and I hope no further intercourse between him and me!»

biendo empeñado fuertemente su crédito i su honor para implantar una nueva maquinaria de cilindros en su injenio de azúcar, creia que por la primera vez iba a ver, si no la hartura, la tranquilidad sin deudas i aquel bienestar escaso pero suficiente que permite servir a los necesitados.

I ahora, despeñado otra vez de esos ensueños de fortuna gratos a su ya cansada vida, hablaba en sus cartas de arrear sus vacas de Montalván a Lima para poner allí una lechería con que mantenerse.—«No creí que Prieto hubiera tocado el último grado de insanidad, escribia a su hermana doña Rosa, hablándole juntamente de su enojo i de esos menudos particulares domésticos, de permitir salir de los puertos de Chile la invasión. Prieto es perdido para siempre, conforme al éxito de las invasiones que en mi opinión sucumben....»

I así, por desdicha estuvo al suceder, en la fatal jornada de Paucarpata que tuvo lugar solo dos meses mas tarde.

CAPITULO XXVII.

El jeneral Santa Cruz confía mas para obtener la paz en la mediación personal del jeneral O'Higgins que en los tratados de Paucarpata.—Notable carta que con este motivo escribe el primero al último.—El jeneral Bulnes en Lima i entusiasmo patrio que se apodera de O'Higgins a la vista de nuestro joven ejército.—Su ternura en los cuarteles, i brindis de los oficiales con su sangre en un banquete de setiembre de 1838.—Su asistente de Rancagua, Soto, se escapa con el ejército, pelea heroicamente i saca tres heridas en Yungai.—Característica carta de este bravo al jeneral O'Higgins.—Continúa éste haciendo esfuerzos por la paz i cartas que cambia con el jeneral Bulnes después de la salida de Lima, a influjos de Santa Cruz.—El jeneral O'Higgins persevera en condenar la guerra hasta la víspera de su muerte, denominándola «guerra portalina»; pero no puede refrenar su entusiasmo al recibir la noticia de la victoria de Yungai.—Cartas inéditas de los jenerales Bulnes i Cruz en que le comunican esta victoria.—Felicitación del jeneral O'Higgins al presidente Prieto.—Esterilidad de la guerra i como con la elevación de Gamarra el gobierno chileno adquiere un enemigo peor que Santa Cruz.—Notable carta del jeneral Cruz a O'Higgins desde Huancayo sobre el particular.—Carta de Riva-Agüero a O'Higgins sobre el mismo tema i como el último comienza a esperimentar la insolencia de los vencedores.—Despojos i contribuciones.

I.

Después del pacto de Paucarpata, que fué un tratado de comercio ventajoso, pudiendo haber sido una terrible capitulación militar hija de una

desesperación heróica pero burlada, i del hambre irremediable, el protector Santa Cruz, que en esa ocasión grave diera pruebas de una cordura cercana a la magnanimidad, cifró todas sus esperanzas de paz en el blando intermediario que para el caso habia venido pacientemente preparando desde hacia diez años; i con tales fines escribióle la siguiente carta hasta hoi inédita que revela su íntima alegría i pone en trasparencia su mas antigua, constante i acaricida aspiración: la paz con Chile.

«Señor gran mariscal don Bernardo O'Higgins.

»*Paucarpata*, 18 *de noviembre de* 1837.

»Mi apreciado jeneral i amigo:

»Tengo el gusto de incluir a usted copia del tratado de paz con que me ha cabido la dicha de poner término a nuestras desavenencias con Chile. Nadie mejor que usted podrá dar su verdadero precio a esta inesperada i feliz conclusión. Usted verá en las cláusulas del tratado como se ha puesto en salvo el honor de uno i otro gobierno, i cuán escrupulosamente se ha evitado toda idea que pudiera dejar entre ellos semilla de resentimiento i enemistad, *i recordando mis incesantes deseos de conciliación, no vacilará en creer que* ~~

ta paz me es infinitamente mas grata que hubiera podido serlo la victoria misma.

»En una conferencia que tuve con el jeneral Blanco el mismo dia de mi llegada, en este punto, quedaron allanadas fácilmente todas las dificultades que la cuestión presentaba, i es justo confesar que he hallado en él una noble franqueza, cual podia desear para el resultado satisfactorio que hemos obtenido.

»Desde ahora *considero como desarraigado para siempre todo jermen de descontento entre la confederación i Chile*, i tanto por el interés con que miro aquel país, como por el alto aprecio que doi a la paz de que tanto necesitamos, miro este acontecimiento *como el mas feliz i honorífico de mi vida.*

»Siendo usted tan interesado en la felicidad de ambos paises, me apresuro en poner en su noticia tan plausible suceso, reiterando el sincero afecto con que soi su cordial amigo.

»*Santa Cruz*».

II.

Mas no sucedió de esa manera, porque despertada en todos los ámbitos de la república la altivez jeneral del chileno, en aquello que concierne a su honra esterior de nación independiente, el

convenio de Paucarpata fué anulado, sometido a un consejo de guerra su jefe, i aumentado con tal rapidez el ejército, que a mediados de julio de 1838 el jeneral Bulnes aportó a las playas de Arica, bajo los auspicios i solemnes promesas de un puñado de caudillos peruanos. Era esta la abigarrada muchedumbre de ambiciosos que venia tomando parte en todos los trastornos ocurridos desde 1829 i que ahora seguian provisionalmente las banderas de aquel jefe.

III.

El ejército chileno, como es demasiado sabido, lejos de encontrar aliados, fué recibido a balazos en las calles de Lima, cuya ciudad tomó por asalto el 21 de agosto de aquel año con poco mas de cuatro mil hombres, miéntras que Santa Cruz concentrándose desde Tupiza a Jauja se adelantaba sobre Lima con siete a ocho mil soldados aguerridos.

IV.

Encontrábase en Lima el jeneral O'Higgins a la llegada de los chilenos, o vino inmediatamente a su encuentro; i fué tal el alborozo del venerable anciano al estrechar a aquellos soldados, siempre vencedores, contra su pecho, que contínuame

te derramaba lágrimas, cuando, al pasar por la puerta de los cuarteles, las guardias batian marcha i formaban a su paso la parada de honor que le correspondia como a capitán jeneral de la República.

El soldado de Rancagua i Chacabuco, arrojó de esa suerte a un rincón de su aposento de filósofo sus teorías humanitarias, sus proyectos de reconciliación, sus amarguras de proscrito, i viviendo en la mas estrecha comunidad de miras con el ilustre conductor del ejército a quien regaló su hacienda de las Canteras en prenda de paternal cariño, hízose su mas constante i afectuoso consejero. El jeneral chileno devolvíale aquella ofrenda del alma patriota con los sentimientos de la mas respetuosa admiración, juntamente con aquellos de sus jefes a quienes, como al jeneral Cruz, el viejo capitán habia puesto por la primera vez una espada en la mano.

Los jóvenes oficiales de Guia, que en breve serian los vencedores de Yungai, le rodeaban también en su mansión o en los cuarteles, a que con frecuencia asistia como si hubiera sido el Colocolo de aquella leyenda heróica que llevaba la sangre i el acero de Arauco a los lugares de donde habian partido los decretos i las huestes de su sumisión incásica. Refiérese a este propósito que en un banquete de espansión patriótica que tuvo lugar a poco de haber entrado el ejército chileno

a Lima (en los dias de setiembre de 1838) por un accidente cortóse un dedo el jeneral O'Higgins, i mezclando su sangre al vino todos los concurrentes libaron sus copas al padre de la patria i al mas grande de los soldados de Chile.

El anciano jeneral en medio de una conmoción indecible, interrumpida por sus sollozos, se limitó a decir, que así como esas pocas gotas vertidas por acaso, habria querido derramar la escasa sangre que aun le quedaba por la gloria de su amada patria. (1)

---

(1) No pudiendo salir en persona a campaña por sus años i sus achaques el jeneral O'Higgins, consintió en que partiese en las filas su antiguo, fiel i bravo asistente Soto, que le acompañaba desde Rancagua en 1814 i le sobrevivió muchos años en Montalván. Soto peleó valerosamente en Yungai, i hé aquí la característica carta que sobre el particular escribió con tal motivo a su antiguo jeneral i patrón.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»*1.° de marzo de 1839.*

»Mi apreciado señor de toda mi atención i respeto: tomo la pluma con el mayor gusto para saludar a usted como igualmente a su señora madre i hermana i a toda la demás familia de esa ilustre casa; quedando yo bueno i siempre a sus órdenes.

»Mi señor, *doi parte a usted que me he portado en la batalla con el mayor entusiasmo* i he salido *con tres heridas pequeñas* de las cuales me hallo ya mejor; yo pensaba marcharme para esa capital; pero no lo he verificado porque el jeneral *me ha suplicado* lo acompañe hasta que se concluya la campaña, que pienso será dentro de dos meses su conclusión i entonces me marcharé para esa; bajo la cubierta de usted escribo a don Domingo a quien he dejado *mis intereses*, i usted me hará el favor de remitírsela a dicho señor, i exijirle a que me conteste que si *han corrido detrimento mis intereses o no, para mi gobierno*, será favor que espera de usted su mui atento servidor Q. B. S. M.

»*Juan José Soto*».

V.

No por esto cejó el venerable anciano en sus esfuerzos encaminados a evitar los sacrificios a la larga estériles de una sangrienta batalla, i apénas hubo penetrado Santa Cruz en la ciudad abandonada en difíciles condiciones por los chilenos, en los primeros dias de noviembre, dirijió a su antiguo amigo el Protector que bajaba de la sierra, enorgullecido con su superioridad numérica i el abandono de la ciudad i del Callao por sus sitiadores, la siguiente carta que con su característica contestación reproducimos:

«Escelentísimo señor Protector de la Confederación Perú-boliviana, capitán jeneral presidente de Bolivia don Andrés Santa Cruz.

»*Lima*, 10 *de noviembre de* 1838.

»Señor mi jeneral mui respetable:

»Si un buen hermano mira a dos hermanos suyos poseidos de iras i llenos de furia, con armas mortíferas en las manos, resueltos a destruirse mutuamente, sin suficiente causa ni motivos, aunque no puede haber causa alguna justificativa de una impiedad de tan cruel determinación; séame permitido, mi respetable jeneral, preguntar ¿cuál

deberia ser la conducta de este buen hermano en tales circunstancias? ¿Permaneceria inmoble con los brazos cruzados frio e indiferente espectador de una contienda, i de un choque tan ofensivo i desnaturalizado? Todo hombre sereno i sin pasiones, racional i humano, esclamaria sin un momento de duda: *ciertamente que no;* i en la evidencia de esta verdad, ¿cuál es pues entonces, el deber de un buen hermano, bajo de semejantes circunstancias? La respuesta es clara: interponer sus respetos, ocurrir e invocar a sus hermanos, para que suspendan las armas, detengan la ira que fué causa de tomarlas, i sometan sus quejas a esplicaciones fraternales e imparciales en manos de tiernos relacionados, deseosos de terminar sus desgraciadas diferencias de un modo calculado a destruir hasta las semillas de futuras discordias. Bajo de estas impresiones, i teniendo como tengo un amor verdaderamente paternal a los bravos que se apresuraron a la batalla i destrucción de unos contra otros, siendo todos hijos de países a los que estoi íntimamente unido por los mas fuertes vínculos de amor, gratitud i afecto, i no dudando me miran i consideran como a un sincero buen hermano, profundamente interesado en su honor, su bienestar i felicidad, siento pues ser una obligación mia la mas sagrada que en lo posible pueda recaer sobre un hombre en mi situación i por las relaciones contraidas con am...

partes, interponerme para mediar en crisis tan tremenda i llamar la atención de los ilustres i respetables jefes belijerantes me permitan suplicarles la atención de una medida en que se oigan i se convengan tratados que calmen i corten sus contiendas i disensiones, convencido que en tal caso, una guerra fratricida sea terminada, por una paz honrosa a ambas partes i calculada a restablecer i eternizar esos cordiales sentimientos, i profunda armonía entre pueblos que su Creador les ha dado, cuanto es posible para unirlos con los vínculos mas poderosos de mútuo interés.

«¡El cielo lo conceda! miéntras ruego humildemente al Todopoderoso inflame sus corazones i dirija sus juicios sanos i benéficos, para aceptar mi proposición i por tanto intitularme a las bendiciones que Dios promete a los pacíficos que procuran propagar la paz entre los hombres.

»Tiene el honor, mi respetable jeneral, de ser siempre de V. E.

»Su verdadero amigo i obediente servidor que besa sus manos.

Bernardo O'Higgins.»

«Señor don Bernardo O'Higgins.

«*Lima, noviembre* 11 *de* 1838.

»Mi estimado amigo:

»La carta de usted, fecha 10, que acabo de recibir es la espresión de los nobles sentimientos de un patriarca de la revolución americana. Quiero responderla de la manera franca que exije el grave asunto de su contenido.

»Me lisonjeo de que usted, que conoce mis sentimientos de mui atrás, i testigo de mi política desde que mando en el Perú, ha tenido muchos motivos de juzgar de mis intenciones, i de cuan injustamente se me han hecho acusaciones indebidas con respecto a Chile. No tengo por lo mismo ningún estímulo a continuar esta guerra, que considero tan funesta a los pueblos de la Confederación como para los de Chile, i mas funesta para el crédito de la América.

»En consecuencia i en comprobante de estos sentimientos he admitido con mucho gusto la proposición que usted se ha servido hacerme con el noble carácter de ciudadano de ambos pueblos, que no pueden dejar de reconocer en usted el mejor amigo de su bienestar, como ha sido el fundador de su libertad. Contando con estas mis disposiciones que son invariables, cualesquiera que

sean las circunstancias, puede usted creerme siempre mas dispuesto a hacer la paz que a continuar la guerra.

»Si yo lograse además que el pueblo chileno se persuada de que nunca fuí ni soi su enemigo, quedaria mas satisfecha mi ambición, que con victorias sangrientas que no desea i que desdeña su afectísimo amigo i mui atento servidor.

»*Santa Cruz.*»

VI.

En posesión de un documento que para el jeneral O'Higgins, colocado en un intermedio escepcionalmente favorable para provocar avenimientos, era mas que una esperanza, una iniciativa de paz, dirijió sucesivamente el último al jeneral en jefe de las tropas chilenas que se hallaban todavía en las cercanías a Lima las dos cartas que a continuación copiamos:

«Señor jeneral en jefe del ejército restaurador don Manuel Bulnes.

»*Lima,* 11 *de noviembre de* 1838.

»Mi querido jeneral i amigo.

»Tengo la indecible satisfacción de incluirle copia de una carta que dirijí, en el dia de ayer, a

Su Escelencia el jeneral Santa Cruz, i también copia de su contestación, que acabo de recibir en este momento.

»El contenido de esta contestación hace al Protector mas honor i refleja sobre su persona mas gloria verdadera, que los laureles sangrientos de una victoria. Está plenamente penetrado que su primer deber es promover el bienestar i felicidad de los pueblos, por todos los medios a sus alcances, i que por ningún otro medio se puede obtener este objeto sino por la paz, *una paz honrosa*, porque de otro modo no podrá ser durable.

»Hace quince años que tengo el honor de conocer al jeneral Santa Cruz, i en estos últimos he tenido también muchas oportunidades de saber sus opiniones políticas, i no me detendré en decir que estas, en lugar de ser hostiles, son mui amigables a la prosperidad de Chile; i diré, finalmente, que si no estuviera plenamente convencido de esta verdad, no hubiera jamás pensado en interponer mis servicios para terminar la desgraciada contienda que ha existido ya por demasiado tiempo.

»La carta de Su Escelencia el Protector no me deja otra cosa que desear sino que usted, mi querido jeneral, con igual benevolencia a la del protector, me dispense, como no lo dudo, el mas alto título, que, en mi modo de pensar, es el de promotor de la paz.

»Dios nuestro Señor nos la dé, i a usted, mi querido amigo, la salud i prosperidad que le desea su mui atento obsecuente servidor Q. B. S. M.

»*Bernardo O'Higgins.*»

«Señor jeneral en jefe del ejército restaurador don Manuel Búlnes.

»*Lima,* 13 *de noviembre de* 1838.

»Mi querido jeneral i amigo.

»Las cartas adjuntas que tengo la satisfacción de acompañarle, fueron escritas bajo las esperanzas que llegasen a sus manos antes del movimiento de su ejército sobre Chancai. No habiendo sucedido así, tomo ahora la pluma para decirle que no ha ocurrido posteriormente cosa alguna que tienda en lo menor a disminuir mi ansiedad por la paz, porque al reflexionar sobre el número de nuestros compatriotas que han perecido por enfermedades, que se habian aumentado progresivamente de un modo alarmante, por efectos del clima, en tres meses, los mas favorables del año, no puedo evitar el sentimiento de la mas profunda ansiedad respecto a la suerte de su ejército en el término de los seis meses que siguen, en caso de su permanencia en ellos, por la costa abajo la parte menos sana i la mas ardiente del Perú, se sumiese, pues, en fiebres, disenterías males de

hígado, es evidentemente demasiado triste para terminar la existencia del bravo soldado chileno; tan triste, a la verdad, que no es necesario mucho esfuerzo para prevenir tan melancólica catástrofe, i usted, mi querido jeneral, que se ha criado desde la edad de quince años i pasado, puedo decir, toda la vida en los campos de batalla entre valientes soldados, debe sentir, tan fuertemente como yo siento, este peligro evidente i sufrir igualmente la misma ansiedad por economizar i salvar las vidas de sus valientes compañeros i amigos, mui especialmente cuando creo que la guerra entre Chile i el Perú puede terminarse sin mas derramamiento de sangre, con honor i provecho de todas partes.

»Puede usted, mi querido jeneral, confiar en la aserción de uno con cuyo nombre la gloria del soldado chileno está identificada.

»Tenga usted, pues, la bondad de consultar materia tan grave con el señor Egaña i el señor jeneral Cruz respecto a la proposición que he hecho i demás contenidas en las adjuntas comunicaciones referidas, i favorecerme con su contestación, bien sea por el conductor de esta o por otra mas pronta i oportuna, i disponer de la voluntad de su amigo verdadero i obediente servidor Q. B. S. M.

»Bernardo O'Higgins».

VII.

Pero el jeneral Bulnes, que obedecia a un plan determinado i fijo, a una consigna que se habia hecho de hierro después de los tratados de Paucarpata—«la destrucción de la Confederación»—hubo de declinar toda propuesta de acuerdo con el artificioso Protector, i en consecuencia respondióle en los términos que en seguida van a leerse.

«Señor jeneral don Bernardo O'Higgins.

»*Huacho, noviembre* 20 *de* 1838.

»Mi respetable jeneral i amigo de todo mi aprecio.

»La paz es un bien tan importante, sobre todo para los pueblos que se hallan en las circunstancias que están Chile i el Perú, que es imposible no desearla ardientemente. El gobierno de Chile la ha querido siempre i la quiere hoi lo mismo, así como sus ajentes que satisfacemos en esto no solo las instrucciones, sino también a los votos de nuestro corazón; pero hai distintas clases de paz, i cuando se atraviesan intereses vitales para un pueblo, no puede desearse otra paz que la que asegure la existencia i el honor nacional.
»Chile no tiene pretensiones exajeradas, i de-

fiende una causa eminentemente justa, cual es la de su independencia i seguridad, causa que arrastra la simpatía de todos los pueblos americanos para quienes no hai esperanzas de seguridad, tranquilidad e independencia, si se tolerase la conquista de los estados vecinos i se reconociese el derecho de ir, a mano armada o bajo cualquiera pretesto o con cualquier nombre, incorporándolos a un solo Estado.

»Nunca habia creido que estábamos mas cerca de terminar nuestra contienda por un avenimiento que en las circunstancias actuales. Una sola cuestión grave podia alejar la paz, i esta parecia terminada desde que el jeneral Santa Cruz habia ofrecido pública i solemnemente, no violentar a los pueblos del Perú para que adoptasen la confederación, sino, por el contrario, dejarlos en completa libertad para decidir de su suerte. Aprovechando esta feliz oportunidad, se ha propuesto, por parte del gobierno de Chile, un medio de concluir inmediatamente la guerra admitiendo la misma promesa de aquel jefe; pero he recibido el triste desengaño de ver que un ofrecimiento tan esplícito i notificado al universo en los papeles oficiales del gobierno protectoral, no debia entenderse en un sentido obvio i como suena, sino de un modo que, en último resultado, significase que los pueblos del Perú habian de querer precisamente confederación. Tomar por base de un ave-

nimiento la promesa formal de que el Perú habia de decidir en absoluta libertad de su suerte, i convenirse de que esta decisión emanase de congresos reunidos por el mismo jeneral Santa Cruz, o lo que es lo mismo, por los jefes que él nombrase, seria una burla indigna de la justicia i circunspección con que debe procederse cuando se trata de la suerte de dos naciones. Mas justo i sobre todo, mas sensato, seria suscribir el reconocimiento liso i llano de la confederación Perú-boliviana, que fundar este reconocimiento en una manifesta ilusión.

»Por parte del gobierno de Chile, se ha propuesto para terminar la guerra, el medio de dejar al Perú en libertad retirándose de su territorio los ejércitos belijerantes, i quedando el país bajo la autoridad que debe rejirlo, según la constitución política que existia antes de lo que se llama confederación. Desechado este arbitrio, no habrá embarazo, por nuestra parte, en admitir otro que se le sustituya, i que concilie los intereses esenciales i el honer de ambas naciones.

»Cual sea éste, no me ocurre por ahora, porque en el que he propuesto solo encuentro conseguidos estos objetos. Vuelvo a decir que nos animan los mas sinceros i ardientes deseos de paz, i que en cualquiera circunstancia me encontrará usted dispuesto a admitir toda proposición que se me haga sobre este particular, siempre que, como de-

jo espuesto, sea compatible con los intereses esenciales que Chile no puede abandonar.

»Se han equivocado mucho los que han llegado a creer que en esta guerra fatal, han tenido parte rivalidades comerciales, u odio a alguna persona. Así es que aprecio como debo la jenerosa declaración que hace el jeneral Santa Cruz de que jamás le han animado rivalidades contra el pueblo chileno.

»Solo me resta, mi respetado jeneral, rendir a usted las gracias mas espresivas, por los pasos dignos de un americano i de un chileno, que se toma la pensión de dar, a fin de cortar nuestra desgraciada desavenencia.

»Los agradezco sobremanera, i serán del mismo modo agradecidos por todos sus compatriotas i por cuantos se interesen en el bien de la humanidad. Suplico a usted que no deje de continuar sus buenos oficios sobre este particular, i que siempre que pueda honre con sus comunicaciones, dirijidas a este objeto, a su mui atento i obediente servidor Q. B. S. M.—*Manuel Bulnes.*»

VIII.

Volvió a insistir, si bien mui débilmente, el jeneral O'Higgins en sus esfuerzos por la cesación de las hostilidades, en cartas del 15 de diciembre de 1838 i del 10 de enero de 1839, dirijidas al

jeneral Bulnes i que o no llegaron a su poder o le encontraron ya vencedor en las gargantas de Yungai. El viejo jeneral chileno se batia evidentemente en retirada, pero volvia incesantemente sobre su idea fija i primitiva de que aquella guerra no tenia mas propósito que la ambición tumultuaria de un hombre público que a esas horas no era ya sino una sombra que nadie recordaba. «El desgraciado Portales se embriagó tanto, decía en su última ya citada epístola i que por no alargar no copiamos, con el poder estraordinario de que se vió poseido por la rueda de la ciega fortuna, que según la opinión de muchos, calculó que en esta guerra fatal en que se intentaba destruir a su rival, tendria oportunidad favorable para adquirir su *Dictadura perpetua.*»

Vana ilusión de la óptica de los tiempos i de los rencores! Nadie en esas horas recordaba ya al hombre, los móviles i los propósitos de aquellas campañas cuyos laureles no caerian sobre su tumba sino en las sienes de los que habia odiado. «Don Diego Portales, decia con solemne i grave elocuencia con este motivo un honrado escritor chileno algunos meses mas tarde, don Diego Portales, el autor de la guerra, el jenio infatigable que habia creado ejércitos, que habia hecho silenciar la opinión interior que aquella encontraba en los chilenos, que le habia procurado aliados poderosos, que habia sido el alma, el móvil, la

columna que habia elevado i sostenido a este mismo gobierno; don Diego Portales descansaba silencioso en su tumba; todos recojian los laureles que él les preparó i ni una sola voz, ni una sola musa elevó una copa de vino para recordar su nombre i hacer libaciones a sus manes.» (1)

IX.

La decisión de la contienda quedaba en consecuencia librada al cañón, i los que conocian toda la patriótica elasticidad que era capaz de adquirir el alma entusiasta del jeneral chileno, alma de criollo i de irlandés, comprenderán cuán intensa debió ser su alegría al recibir el primer boletín de la victoria.

Hé aquí cuales fueron los heraldos de tan espléndido triunfo para don Bernardo O'Higgins, i las cartas que, a la manera de partes oficiales enviados a un jeneralísimo retirado a su tienda, le enviaron los dos jefes que condujeron el ejército chileno a la victoria.

---

(1) PEDRO FÉLIX VICUÑA.—*Paz perpetua a los chilenos*, folleto de 28 de julio de 1840.—El jeneral O'Higgins no cesó nunca de condenar la guerra contra el Perú como estéril i como obra esclusiva de la inquieta ambición de Portales. En carta del 18 de setiembre de 1842, al jeneral Prieto, un mes antes de su muerte, llamábala todavia «guerra portalina», i afirmaba que, entre *lo que se ve i lo que no se ve* de Bastiat, habia costado a Chile nueve millones de pesos.

«Excmo. señor don Bernardo O'Higgins.

»*Huaraz*, 27 *de enero de* 1839.

»Respetado jeneral i amigo:

»Nuestros comunes esfuerzos por la paz han sido desgraciadamente infructuosos, como usted sabe, i la obstinación del jeneral Santa Cruz le ha conducido a su ruina. Créame usted, jeneral, que en el mismo campo de batalla, hubiera accedido de nuevo a una paz honrosa, por evitar el derramamiento de sangre americana, a no haberse cerrado la puerta a toda negociación, después del ningún suceso de las jenerosas i liberales propuestas hechas en Huacho por el plenipotenciario chileno. ¿Qué hacer, pues, en tal caso, sino empeñarse en atraer al enemigo a una batalla decisiva que terminase con un solo golpe tantas desgracias?

»Este grande objeto (me es sumamente satisfactorio decir a usted) lo he conseguido, i de un modo que ha sobrepasado mis esperanzas, en la memorable jornada del 20 del corriente, de que supongo a usted instruido a la fecha por varios conductos; mas, por mucho que hayan ponderado a usted lo grande i glorioso de esta batalla i lo decisivo de sus resultados, es imposible que nadie

llegue a hacerse cargo de la realidad, sin haber examinado con ojo ejercitado las inaccesibles posiciones que hemos vencido i sin presenciar el arrojo i entusiasmo indescribible de nuestros soldados. La batalla duró como cinco horas i media; i todas las armas i todos los individuos se distinguieron a porfía, dejando todo el numeroso ejército enemigo muerto, herido o prisionero, sin poder escapar mas que el jeneral Santa Cruz i unos trescientos hombres de caballería, que iban heridos muchos de ellos i que continuaban dispersándose en su tránsito.

»Ello es que tenemos en nuestro poder como doscientos oficiales prisioneros, inclusos los jenerales Guarda i Bermúdez i un número considerable de jefes: que murió en la acción el jeneral Quirós, i que salió herido Bermúdez: estandartes, banderas, parque, tren, bagajes, caja militar, etc., ha caido igualmente en nuestro poder. En fin, mi jeneral, nada ha quedado de la confederación en todo el norte; i a nadie puede ocultarse que después de tan completa derrota, seguirán la misma suerte el sur i aun Bolivia, sin ningún esfuerzo de nuestra parte.

»Sin embargo, he mandado marchar hace dias una parte del ejército hácia Jauja, i yo mismo sigo con el resto, a fin de quitar de una vez hasta la mas remota esperanza a los enemigos de nuestra causa. Entretanto el jeneral La Fu-

se encamina por la costa con una fuerte división; i todo me hace creer que no pasará mas de un mes sin que tenga el gran gozo de abrazar a usted, mi respetado jeneral, en el seno de la mas perfecta paz, que es todo el fin de mis deseos i la única aspiración del gobierno de nuestro país.

»Sírvase usted ponerme a los piés de esas señoras i recibir el afecto i amistad con que soi de usted su mui atento, obsecuente i seguro servidor,

»*Manuel Bulnes.*»

X

El jeneral Cruz por su parte i en carta de la misma fecha, le decia;

«Cuando llegue ésta a sus manos ya tendrá usted la noticia del desenlace de nuestra campaña; desenlace que si es admirable al comparar el estado i recursos de ambos ejércitos, lo es mucho mas al ver las posiciones que ocupaba el contrario; posiciones tan fuertes que parece que la naturaleza se esmerase en su formación para probar la constancia i arrojo del soldado chileno. Después de seis horas de un combate sostenido por ambas partes con ardor i después de la toma o vencimiento de tres puntos al parecer inespugnables, el Dios de las batallas concedió la victoria a nuestra constancia.

»Ha quedado en nuestro poder todo el parque i equipo del ejército, el jeneral Bermúdez i Guarda, heridos, el jeneral Quirós muerto, ciento i tantos oficiales prisioneros. El jeneral Santa Cruz ha escapado solo con cuatro ayudantes; i el jeneral Morán, a quien seguian con veinte soldados de caballería, va herido en una pierna, de modo que la batalla, se puede decir con seguridad, ha decidido la campaña.

»Amigo, era preciso pasar por el sentimiento de sacrificarnos americanos con americanos, o mas bien diré, hermanos con hermanos, para cimentar la paz después de los sucesos que han trascurrido. El enemigo de Chile era demasiado fuerte i se hallaba demasiado enorgullecido para poderse prometer una paz racional de otro modo. Usted sin duda no tenia presente estas circunstancias cuando creia poderse acordar antes de un suceso como el pasado. Yo, en su interés por evitar llegase a este estado, no veia otra cosa que un buen americano, i que como padre de nuestra patria trataba de ahorrar la sangre de sus hijos; pero también veia que el amor paternal le hacia no ver los impedimentos que se presentaban para que se pudiese acordar una avenencia honrosa a ambos, no dejando de tener poca parte en esto los temores que hácia mi existencia le asistian.

»Yo siento que en el todo no haya sido posib

ver realizados sus deseos, pero al menos debe limitar su sentimiento al saber que las víctimas han sido menos de las que deberia haber habido en un combate como el ocurrido, pues en lo mas reñido de él, se han hecho prisioneros i de esta clase solo existen ya los oficiales, i a éstos se les asiste cual permiten nuestras escaseces, minorándoles el trabajo que no podemos evitar, con las consideraciones con que se les trata.»

XI.

Sin abandonar por completo su clamor de paz, el jeneral O'Higgins se dejaba arrebatar en su respuesta de los sentimientos que le hemos atribuido i que habian sido siempre la base de su existencia de patriota, delante del espléndido triunfo de Yungai.—«No me es desconocido, decia el 26 de febrero al jeneral Bulnes, contestando su carta precedente, el valor heróico que usted i su invencible ejército ostentaron en ese dia memorable, pues que he oido relacionar en lenguaje mas fuerte que el que la modestia de usted le ha permitido hacer uso, lo he oido con la mas alta satisfacción de algunos de los que por seis horas fueron sus oponentes e inmediatos espectadores de las proezas de usted, haciendo la mas cumplida justicia a usted, a nuestro amigo i compañero el

jeneral don José María de la Cruz i a su invencible ejército restaurador.»

XII.

Pero donde el proscrito de 1823 dejó a su alma todo su camino para manifestarse en su alegría fué en su carta de felicitación al presidente de Chile, que era el órgano mas lejítimo i mas antiguo de su confianza, i la cual en sus términos sencillos así decia:

«Excmo. señor jeneral presidente don Joaquín Prieto.

»*Lima, 5 de marzo de* 1839.

»Señor i mi respetable jeneral:

»Su mui apreciable carta 5 de marzo de 1836, fué la última que tuve la honra de recibir, i contestado en 15 de abril del mismo año, habiéndole continuado mis sencillas pero sinceras comunicaciones hasta abril de 1837; pero la victoria de Yungai vuelve a poner la pluma en mis manos, no para distraerlo de sus graves atenciones, sino para felicitarlo por un triunfo en que nuestra querida patria ha obtenido todo cuanto podia desear, su honor, su seguridad i la independencia del Perú, por lo que Chile ha hecho tan grandes como jenerosos sacrificios.

»Con la mayor satisfacción he oido relacionar el valor heróico i proezas del jeneral en jefe del ejército restaurador don Manuel Bulnes, i del jeneral en jefe del estado mayor jeneral don José María Cruz, lo he oido con admiración en un lenguaje mas fuerte del que la modestia del jeneral en jefe le ha permitido hacer uso, i esto de algunos de los mismos oponentes que no se retiraron del campo de batalla hasta que toda resistencia era en vano.

»Los ilustres nombres de Bulnes i Cruz serán siempre dos columnas poderosas en que descanse la república de Chile, porque es evidente que los baluartes mas firmes del poder nacional, son la gloria nacional, los hechos de sus hijos i las hazañas de sus héroes, glorias que ahora enlazan de nuevo a pueblos hermanos, i glorias que serán siempre vivas a la sombra de una paz perpetua, que ha sido desde el principio, i ahora mas que nunca, mi constante ruego al Todopoderoso; i usted mi respetable jeneral que ha hecho enormes sacrificios por tanta ventura i seguridad de su cara patria, tenga la bondad de admitir los votos mas sinceros por su prosperidad i engrandecimiento del que es respetuosamente e invariable su verdadero amigo, compadre i obediente servidor Q. B. S. M.

»Bernardo O'Higgins.»

XIII.

Algunos esfuerzos hizo todavia el Nestor chileno en el campo de los contendientes por traerlos a un acuerdo definitivo después de la batalla. El Protector, a su paso por Lima, presentóle otra vez las principales bases de una sumisión que equivalian a la sanción de la victoria de Chile, quedando disuelta la Federación, libre el Perú, independiente Bolivia i el mismo pretendiente alejado de la escena de la América.—La única cláusula complementaria de estos proyectos de tratado era la cesión que el Perú haria a Bolivia del puerto de Arica mediante el pago de dos millones de pesos.

En vano seria todo sin embargo, porque el edificio habia sido minado por su base, i al desplomarse no quedaron juntos ni los escombros necesitados para labrar el sepulcro del titán caído. «Ya se acabó la confederación, escribia al jeneral O'Higgins desde Quito uno de los que habia sido aplastado por ella, como por la Dictadura de Bolívar en 1823 (el inquieto Riva-Agüero), i el gobierno de Chile ha colocado en el mando del Perú un hombre que el país no queria ni podia querer. I bien ¿qué ventajas ha conseguido el gobierno de Chile en ese cambio?»

I esa, en el fondo de la situación, como en el de todas las cosas humanas en que el fervor de las

pasiones oculta a los hombres la luz de la eterna filosofía que preside su linaje i a sus agrupaciones, era la verdad, al precio de tanta sangre comprada.

De su comprobación se encargaria el porvenir hasta la hora tenebrosa en que, después de una segunda guerra provocada, encuéntranse el uno en frente del otro, el país redimido i el pueblo redentor.

XIV.

Pero ¿qué decimos? dos meses después de Yungai la escisión estaba hecha, según amplios documentos que hace poco hemos dado a luz (1), i según aparece, a mayor abundamiento, de este notable pasaje inédito de una carta escrita a don Bernardo O'Higgins por el probo i patriota jeneral don José María de la Cruz, desde Jauja el 12 de marzo de 1838, *cincuenta dias* después de la jornada de Yungai. «Por lo tanto creo seria echar un borrón a nuestra empresa, si condescendiésemos que a la sombra de nuestras bayonetas, se entablasen pretensiones de este gobierno. Yo soi de sentir que nuestra comisión está concluida, i que aun las demandas propias, respecto a este estado, deben de posponerse hasta el regreso del ejército. Usted me dirá su opinión en esta parte

(1) *Mercurio* de julio de 1880.

(seguro de su reserva), pues como mas enterado en los negocios de estado, deseo ilustrar mi mediana razón en un asunto que considero de la mayor importancia i trascendencia. La venida del presidente Gamarra, solapada bajo el pretesto de arreglar los gobiernos de los departamentos del sur, creo que no tiene otre objeto que el de imponer a Bolivia con un aparato hostil, i bajo él i el de la preponderancia que le da nuestra sombra, entablar sus negociaciones. Esta cuestión deberia ser ventilada bajo varios puntos de vista, sin perder nunca el a que se ha dirijido al dar cuenta de su política; mas no teniendo tiempo para entrar en esplicaciones, me limito a lo dicho, i porque considero que a esta fecha debe haber descubierto usted el objeto a que se dirije hoi la política».

XV.

El mismo proscrito de Montalván comenzó a esperimentar en breve, como prócer i como chileno, las impertinencias i vejaciones de la nueva situación creada por el heroismo chileno, entre las cuales son dignas de especial mención una contribución especial de quinientas arrobas de azúcar enfardeladas, i la insolente petición de devolver como un pobre diablo cualquiera, las condecora-

ciones con que le habia distinguido el Protector Santa Cruz (1).

---

(1) Son sumamente curiosos i peculiares estos documentos por cuya razón los copiamos íntegros en seguida con la característica respuesta del jeneral O'Higgins que va al fin.

«*Lima, 11 de mayo de 1839.*

»Escelentísimo señor don Bernardo O'Higgins.

»Las notorias escaseces del erario i la obligación en que se halla el gobierno de satisfacer los gastos que con urjencia demanda la satisfacción de los haberes del ejército de Chile que regresa a su país, me han decidido a solicitar del patriotismo de los ciudadanos recursos estraordinarios, en virtud de la autorización que se me ha dado por Su Escelencia el presidente de la república para levantar un empréstito garantido con el fondo creado por decreto de 24 de abril último. En su consecuencia, ha sido Usía Ilustrísima considerado, en el mandado levantar en la provincia de Cañete, con la cantidad de quinientas arrobas de azúcar; las mismas que deberá Usía Ilustrísima poner enfardeladas en el puerto de Cerro Azul a disposición al gobierno para el primero del entrante junio, en intelijencia de que se le abonará a dos pesos la arroba de azúcar, que es el precio convenido con los demás prestamistas, i además el costo de su traslación al mencionado puerto, i el de su enfardelaje, por los fardos del ramo, con mas el interés de uno i medio por ciento mensual declarado a dicho empréstito.

»Mas si a Usía Ilustrísima no le fuere posible la entrega del referido número de arrobas en el término prefijado, i tuviese por conveniente hacerlo en dinero de contado en la proporción i cantidad designadas, se servirá manifestarlo para disponer su recibo, pues el gobierno espera de su decisión por la dicha i prosperidad del país que se prestará gustoso a este servicio, así como Usía Ilustrísima debe estar persuadido de que la presente administración llenará con puntualidad sus compromisos, dispensando la consideración que merezcan los mas exactos en llenar el deber que les exije la patria en sus apuradas exijencias.

»Dios guarde a Usía Ilustrísima.

»*Antonio G. de la La Fuente*».

XVI.

Nobilísima vida i por demas gloríosa cumplida carrera habia sido la de aquel ínclito patriota chileno; i era tiempo de hallarle término en el re-

---

REPÚBLICA PERUANA.

»*Subprefecto de la provincia de Lima, a 4 de abril de 1839.*

»Señor don Bernardo O'Higgins.

»Su Señoría el jeneral jefe superior de los departamentos del norte, ha dispuesto últimamente inponga a usted la multa de dos mil pesos, por no haber dado cumplimiento a su decreto publicado por bando el 22 de febrero, que ordena que todos los individuos pertenecientes a la lejión de honor creada por el jeneral Santa Cruz, exhiban sus medallas. Yo puedo evitar a usted esta pena, si en el momento remite a esta subprefectura la suya, como lo espero.

»Dios guarde a usted.

»*Guillermo Carrillo*».

«Señor don Guillermo Carrillo.

»*Lima, 5 de abril de 1839.*

»Mui señor mio:

»A las diez de la mañana de este dia se ha aparecido en mi habitación el juez de barrio a entregarme un papel de usted dirijido a don Bernardo O'Higgins,—digo papel, porque no viene en forma oficial, ni de carta; no en cuanto a lo primero porque desconoce mis fueros, ni tampoco a lo segundo porque la materia de que trata no es de naturaleza confidencial; sino mui erra-

poso o en la tumba. El jeneral O'Higgins, que habia dado los primeros sablazos de la independencia, retirándose en abril de 1813 con una guerrilla de las Canteras, delante de la invasión de Pareja, asistia ahora a la última proeza militar de

---

da i despreciativa de mi persona i de mis justos títulos; i por si usted ha querido denigrarlos estando en una persona *nacida en el suelo de Chile*, también me permitirá decirle no ser esta la conducta de un buen americano; i diré mas, que este chileno los tiene sagrados e intachables, porque fué el primero que mandó sus armas para plantar el árbol de la libertad en esta noble e ilustre capital, que es el mayor i mas grande de los títulos para considerarse un verdadero peruano i con mas razón que muchos i muchos.

»La soberanía de la gran nación peruana repetidas veces ha dado pruebas eminentes i jenerosas de las gracias i distinciones que le ha prodigado, i ningún poder ha tenido motivos para desconocerlos; pero basta de una materia que el papel de usted, contra mi carácter, me obliga a contestar, i vamos a lo principal. ¿Qué medallas son las que usted me pide? ¿Qué placa ni banda me ha dado el jeneral Santa Cruz? ¿Ni cómo podia aceptarlas estando en contradición con las leyes de mi país natal? Si usted, señor mio, se hubiera informado como debia de este asunto desagradable antes de dirijirme su precitado papel fechado ayer 4 del corriente, no tendria que pasar ahora por una vergonzosa repulsa; ni al ver entre los agraciados lo que a mi se conferia de gran dignatario supernumerario en el papel oficial titulado el *Eco del Protectorado* número 37 del sábado 3 de diciembre de 1836, hubiera pasado la vista por mi contestación oficial, habria encontrado las espresiones de *permiso requerido por la constitución de mi país nativo*, sin el que no podia tener la honra de gozar de la distinción que se me conferia, ni esto se encuentra en el referido *Eco*, como se verá en el que escribe la recepción de los ministros de la lejión, no encontrarse mi nombre. I si allí no recibí las medallas en cuestión, que eran donde debian entregárseme i ponerse al prestar el juramento ¿cómo pues pedirme lo que no he recibido?

»Una sola pregunta pondrá fin a esta inopinada cuestión. ¿Ha visto usted alguna vez en diez i seis años que tiene de Perú ese don Bernardo O'Higgins, colgar en su pecho, ni en su cuerpo, placas, bandas, cordones de honor, cruces, medallas, cin-

sus compatriotas, después de un largo cuarto de siglo bien llenado de labores, de sacrificios i de glorias.

¿Quién tenia mejor derecho que él para descanzar su cana cabeza a la sombra del hogar i de la patria?

El último desenlace se acercaba.

---

tas i otras zarandajas, que ha ganado por su espada? Ninguna, ni habrá quien pueda testificarlo. ¿Entónces que se dirá i qué nombre darle a ese ataque rudo que me hace en su papel? I finalmente ¿cómo podrá usted hacerme creer la orden última de Su Escelencia para sacarme la multa de dos mil pesos, cuando nada menos que anoche mismo he estado dos horas en sociedad en su palacio i en su respetable compañía, sin decirme ni por ilusión tal mandato? Su papel de usted es de ayer 4 del corriente que se me ha entregado hoi 5 a las diez de la mañana, como queda referido, i anoche mi visita a Su Escelencia; vea usted si tengo razón para dudar de la aserción de usted, i recelar haya gato encerrado, como vulgarmente se dice en este tropiezo que es el primero que acontence en el Perú al que no lo merece i mucho menos merece le diga usted las últimas palabras con que concluye su papel: «Yo puedo evitar a usted esta pena si en el momento remite a esta subprefectura la suya, como lo espero.» Esto no tiene contestación porque seria tocar lo mas eminente i sublime del ridículo, i si algo he dicho sobre lo demás es para decir a usted—no se vuelva a dirijir al que no le compete oirlo, i sin embargo, soi su atento servidor Q. B. S. M.

»*Bernardo O'Higgins*».

CAPITULO XXVIII

La vida pública del jeneral O'Higgins comienza i acaba en una batalla.—El senado de Chile lo reinstala por segunda vez en todo sus títulos i honores el 8 de agosto de 1839.—Fallece este año su amada madre i se apodera de su ánimo el mas vivo deseo de regresar a Chile, junto con un profundo misticismo.—Impiden la realización de sus deseos sus compromisos pecuniarios i su honor.—Revelaciones íntimas sobre su noble pobreza hasta la carencia del pan cuotidiano.—Carta de su hermana doña Rosa i levantado carácter de esta chilena.—«El jeneral con polleras».—Residencia del jeneral O'Higgins en Montalván.—La casa, el menaje i el cuadro de la Deposición por Monvoisin.—Aspecto físico del jeneral O'Higgins en sus últimos dias.—Su sistema de vida.—Su aficion a los caballos, a la música i al cigarrito—Gentleman i huaso.—Proyectos de mejora i de progresos públicos en que trabaja por sujestiones de la sociedad de agricultura de Santiago.—Colonia de Magallanes.—Libertad de cultos.—Inmigración europea.—Unificación de la república.—Amor i admiración del jeneral O'Higgins por los araucanos.—A fines de 1840 siente los primeros síntomas de una enfermedad mortal.

I.

La batalla de Yungai, librada el 20 de enero de 1839, habia sido para el capitán jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins, como el último lampo de su gloria militar; i en el ocaso de su vida el resplandor de aquella última victoria de

las armas de su patria, posábase sobre su rugosa frente como el signo precursor del último descanso.

Acababa el gran soldado de cumplir 60 años; pero las fatigas de la guerra, las enfermedades de un clima, si bien blando, enemigo, habian minado su robusta organización, al paso que intensos pesares enflaquecian su ánimo antes esforzado. A la ausencia de la patria, este mal que mata el alma como la tisis mata el pulmón o la fiebre el cerebro, habia seguido la ausencia del hogar. Su anciana madre, la tierna i bondadosa doña Isabel Riquelme, la beldad desposada del tálamo de un virrei, habia fallecido en Lima a los 75 años de edad, en los precisos dias (21 de abril de 1839) en que el joven ejército de Chile volvia triunfante a ocupar aquella metrópoli libre. Así sucedió que soldados chilenos cargaron el féretro de la que habia llevado en su seno al primer soldado chileno que recordarán las edades. El jeneral Bulnes i su brillante estado mayor presidieron el 4 de mayo las exequias de la madre del ilustre proscrito, cuya pompa hizo recordar las que en pasados años se habian celebrado en aquella corte a la muerte de las altivas virreinas españolas.

El jeneral O'Higgins, que habia concentrado en su madre, en su hermana i en su hijo, aun de corta edad, todas esas afecciones que son imperecederas en el corazón del hombre, se sintió he

do de muerte por aquella pérdida que despojaba su mansión de todos los encantos de la ternura, pues en el alma que aun quedaba para amarle en la tierra, la de su ardorosa i arrogante hermana doña Rosa, si bien cabia todo lo que la abnegación tiene de sublime, no encontraban sino difícil i pasajero albergue aquellos sentimientos delicados de la mujer que parecen ser solo el don de quienes han sido esposas o han sido madres.

En cuanto a su hijo único, que deberia darle mas tarde tantos nobles testimonios de su filial afecto. tratábale don Bernardo todavia con esa austeridad del viejo i rudo veterano que educa bajo las armas al que debia llevar consigo una herencia de gloria, prefiriendo esconder su ternura para mejor cumplir los deberes de una forzada disciplina.

Por esto, el mismo anciano confesaba en sus cartas de esa época que habia creido perderlo todo en el mundo, perdiendo una madre que el cielo le habia conservado largos años como la compensación de tantas amarguras i de tantos desengaños. Para llenar aquel vacío solo quedaba al solitario de Montalván el recuerdo de su patria, de quien se llamára siempre el hijo mas consagrado, i las recientes hazañas de sus soldados, a quienes, a la vez, él llamaba «sus hijos». La gloria solo podia consolar de la muerte a aquella alma antigua!

II.

Desde que espiró la madre del jeneral O'Higgins, no tuvo éste, en consecuencia, otro pensamiento que el de regresar a Chile. Yungai era un digno pórtico para servir de entrada al que otra vez habia penetrado en su patria por los arcos graníticos de Chacabuco. El jeneral Bulnes, que se complacia en obedecer sus consejos con una solicitud casi filial, le invitaba, además, vivamente para que apresurara su regreso, temeroso, por una parte, de que los achaques de la ancianidad lo arraigasen en un suelo que no era el suyo, i seguro, por la otra, de que el gobierno i la nación chilena se apresurarian a salir delante de los pasos del proscripto de 1823, batiéndole las palmas de la gratitud, después de la gloria de sus servicios, i del olvido magnánimo (¿por qué no decirlo?) después de la espiación.... I en efecto, con fecha 8 de agosto de aquel mismo año, el Senado de Chile habia declarado por unanimidad reinstalado al capitán jeneral don Bernardo O'Higgins en todos sus honores i grados militares.

El desterrado de Montalván veíase detenido, sin embargo, por razones de honra que solo los que conocian todo el pundonor de su alma podian comprender. El jeneral O'Higgins, a pesar de la munificencia del Perú, que le habia permitido te-

ner pan i techo para los suyos, hallábase comprometido por una deuda personal que le exijia, por lo menos, el esfuerzo de dos años consecutivos para chancelarla con los productos de su hacienda de Montalván. (1)

Sin descubrir, sin embargo, su embarazosa situación, el ilustre anciano resolvió salvarla a toda costa, i solo aguardó que las últimas columnas del ejército chileno se hubiesen embarcado con rumbo a Chile, para dirijirse a su propiedad de caña de azúcar en el valle de Cañete. Él mismo quiso despedirse personalmente de cada jefe, de cada oficial, de cad ι soldado; i así, los nobles reclutas que volvian ya a la patria con el nombre de héroes, podian contemplar desde la borda de los trasportes a la vela la figura de un anciano que les tendia sus brazos en señal de adios. No de otra suerte, un cuarto de siglo atrás, el capitán jeneral O'Higgins, entonces en la flor de sus años i en la cúspide del poder, habia despedido desde la playa de Valparaíso al Ejército Libertador que

---

(1) Aun dos años después de esta época, el jeneral O'Higgins no se encontraba enteramente libre de sus compromisos, reagravados éstos en parte por sus enfermedades posteriores.—«Quedo buscando, escribia confidencialmente el 14 de noviembre de 1841 al jeneral Prieto, fiadores por la suma de 15,000 pesos que pesan sobre mí al dos por ciento mensual de interés, lo que me deja sin arbitrio o alivio alguno, porque mis acreedores me prestaron sin otra garantía que la de mi palabra; i al salir del país no podria dejarlos sin ellas, porque somos mortales i mis escaseces son demasiado públicas».

condujo San Martín hasta Pichincha. Gloriosa coincidencia de un mismo santo e incomensurable patriotismo!

En los últimos dias de 1839, el jeneral O'Higgins se dirijió apresuradamente a su pacífico retiro de Montalván, en el valle semitropical de Cañete, 40 leguas al sud de Lima.

III.

Compónese la hacienda de Montalván (hecha famosa no menos por la liberalidad con que el Perú la obsequió a uno de sus mas conspícuos libertadores, que por haber servido de asilo a este mismo durante un tercio de su vida) de una angosta faja de tierra cultivable que se estiende por el espacio de mas de una legua entre el pueblo de Cañete, villa pintoresca i cabecera del valle de ese nombre, i el puerto de Cerro Azul en la orilla del mar. Dos canales de regadío, llamados de Mamala i Santa Rita, cierran sus costados por el sur i norte, terminando al poniente en la playa del Pacífico. Las casas de la hacienda, situadas en la estremidad opuesta, forman casi una parte de los arrabales del pueblo, pues las separa de su plaza principal un espacio de menos de 300 varas.

La hacienda, entonces como ahora, estaba esclusivamente consagrada al cultivo de la caña de azúcar, i por consiguiente se halla dividida en

queños cuarteles que apenas serian considerados como «potrerillos» en nuestras vastas haciendas. El jeneral O'Higgins, habia dado, sin embargo, a cada uno de éstos nombres que recordaban alguna gloria americana o consagraban alguna reminiscencia grata a su corazón de guerrero. Todavía se denominan algunos de aquellos cercados: «el potrero de «San Martín», el de «Bolívar», el de «Junín», el de «Maipo» i otros. (1)

---

(1) Aunque tenia uno o dos mayordomos, el jeneral administraba personalmente la parte industrial de la hacienda, hasta en lo relativo a las recuas de borricos. La siguiente carta a su dependiente de Lima, sacada de un paquete de los rezagos que con el nombre de *reliquias* llegaron a Chile en mayo último, lo confirma.

«Señor don Carlos Durán.

»*Montalván, 14 de noviembre de 1835.*

»Mui señor mio:

»El arriero Ramón Pedraza conduce 20 barriles de ron, catorce son del blanco i los demás de color, los primeros son de 25 i algunos de 26 grados, i los segundos, es decir, los de color, son de 23 i 24 grados.

»Mándeme usted con este arriero una docena de rejas de arado i dos docenas de lampas de la misma clase de las que usted me mandó anteriormente, unas i otras se venden en la calle de Santo Domingo; las primeras a 14 pesos docena, i las segundas a 6 pesos 4 reales docena; también encargo a usted un par de tijeras grandes de tusar. Para que pueda volver a mandar ron es necesario vengan los barriles vacios por la primera recua de borricos que regrese. Ojalá se compraran algunos mas pues ya van estando demasiado viejos los que van.

»Desea a usted toda salud su afectísimo servidor, etc.

B. Higgins.»

Las casas de la hacienda tienen las proporciones i la arquitectura especial de todas las antiguas mansiones semi-feudales, semi-asiáticas del Perú. Edificadas por el famoso rejente Arredondo (el mismo que fué a Quito a ahogar en sangre la rebelión de 1809) sobre las ruinas de un antiguo templo o palacio de los indíjenas, dominan el valle en un alto terraplén, al que da acceso desde un espacioso patio una doble escala de ladrillo i madera. Por lo demás, la casa se compone de un solo i espacioso cuerpo, con un salón vasto i artesonado en el centro, salas dilatadas en ambos lados i un ancho corredor, en forma de galería abierta, que corre por todo su frente, mirando al norte.

El salón habia sido en épocas remotas dorado en su techumbre i molduras, pero hasta el paso de la división Lynch de Pisco a Lurín, en diciembre de 1880, no conservaba mas adorno que dos escelentes retratos puestos el uno frente al otro sobre sus entradas principales. Ostentábase el del jeneral O'Higgins sobre la puerta de dos piezas situadas a la derecha, que jeneralmente se hallaban destinadas para los huéspedes, por ser las mejor ataviadas de la casa, mientras que el de Bolívar, obsequio del *Libertador*, adornaba con sus tintes sombríos la entrada de las modestas estancias que habitaba el jeneral i que años mas tarde (1860) ocupaba el tenedor de libros de la hacienda. La *casa-paila*,

o la fábrica donde se beneficia la azúcar, ocupa un costado de la casa i tiene en su portada la fecha de 1788; pero evidentemente la casa de habitación es de una época mas moderna.

Con los reducidos capitales de que podia disponer un hombre de guerra que habia salido proscrito de su patria; sin el ausilio de una maquinaria adecuada i sin contar con otros elementos de trabajo que los brazos de cincuenta o sesenta negros esclavos, el jeneral O'Higgins, cuya benignidad personal para con sus subalternos corria parejas con su probado desinterés, no alcanzaba mas rendimiento de aquel fundo que unos diez o doce mil pesos anuales, producto de seis mil arrobas de azúcar i de algunos toneles de aguardiente; pero esa misma suma se consumia en las propias faenas o en el pago de deudas i de réditos antiguos. Consta de los libros de Montalván, de la correspondencia del jeneral i de los testimonios unánimes de los hacendados del valle, que el jeneral O'Higgins, a quien se suponia una fortuna colosal i escondida, vivia rodeado de estrecheces i aun de conflictos tan graves que mas de una vez le obligaron a golpear, para atender a sus gastos mas precisos, a la puerta de algún honorable vecino. (1)

(1) La correspondencia íntima del jeneral O'Higgins con su hermana doña Rosa está llena de sijilosos pasajes que revelan los conflictos en que vivian ambos, junto con su austera deli-

Por lo demás, los que se hagan cargo de lo que era la agricultura del Perú en la época que la arroba de azúcar se vendia a catorce reales, comprenderán la diferencia que existe con la opulencia del dia. Bajo el intelijente i asíduo manejo del último propietaric de Montalván, rendia este fundo, con el trabajo de trescientos chinos, mas de sesenta mil pesos libres anualmente, pero en los años a que nos referimos ese acaso era el valor de toda la propiedad.

Ese rendimiento en manos de los habilitadores italianos que hoi lo poseen como dueños ha subido al doble o triple de la última cifra.

---

cadeza.—«Yo no veo la ventaja, decia al hermano la hermana en 1836, que te resulta con haberte quedado este verano tan fuerte en la hacienda. Si por lo que se debe, mejor se podia buscar desde aquí, i vender al jeneral Santa Cruz la plata labrada, i es regular la compre en el momento para hacer el convite a su madama, que pasadas estas funciones, talvez no la quiera comprar».

Parece que el jeneral aceptó, al fin, este sacrificio doméstico, porque poco después aparece entre sus papeles una esquela de Mora que dice lo siguiente: «El Protector me ha encargado pedir a usted la factura de la vajilla de plata de que cree quiere usted deshacerse, suponiendo que contendrá los precios. Tenga usted la estrema bondad de remitírmela con el portador o de indicarle la hora en que podrá ir mañana a recojerla.»

El 3 de enero de 1838 volvia a escribir doña Rosa a su hermano. «*En este mes no se ha podido pagar la casa* porque no hai mas venta que uno u otro pan de azúcar»; i el 30 de marzo el jeneral le contestaba que esperaba ver pasar de un momento a otro a su vecino don Antonio Joaquín Ramos, «i tendré que pasar por la vergüenza, la decia, de no pagarle *treinta o cuarenta pesos* que le debo de una carreta que le compré hace seis meses. Hoi es sábado, añadía, *i no hai un real* para pagar los jornaleros»...

I estos eran los hermanos que porque tenian un campo c eriazo dado de limosna, vil i perseverante chismografía rer

Tal era el sitio a que se habia retirado el jeneral O'Higgins antes de emprender su vuelta a la patria, i si no hemos escusado los prolijos detalles que acabamos de apuntar, es porque ellos contribuyen a poner en su verdadera luz la existencia cara i preciosa a cuyo fin vamos en breve a asistir. (1)

---

sentábalos nadando en egoista opulencia!

El 3 de junio de ese mismo año decia todavia doña Rosa al jeneral desde Lima.—«Nada te puedo mandar porque la casa *no tiene ni un peso.* Solo te mando tres *mechas* para que te sirvan para el camino cuando te vengas i unos cigarros»......

Por fortuna, en ese mismo año el fundador de la independencia de Chile iba a tener «para cigarros». El 7 de mayo de 1838 estrenó su nuevo trapiche de mulas, i a este propósito, rebosando de lejítima alegría, escribia a su hermana a Lima. «Apenas puedo espresarte el placer que he sentido ayer por la mañana al ver trabajar la maquinaria. Era una vista llena de interés. La marcha majestuosa de la rueda, por una parte, i en los cilindros *diez dulces cañas* a la vez, causaba la *mayor admiración* a los espectadores que habian venido del pueblo i de las otras haciendas del valle». I la buena señora le contestaba una semana mas tarde (mayo 12). «¡Cuánto gusto tenemos de ver tu apreciable i ver por ella concluido el trabajo de tu injenio que tanto te ha costado! ¡Quiera el Supremo Creador de todas las cosas, concederte muchos años de vida i a mamá (su madre) salud para que lo gocemos, aunque para mi le pido lo que fuese su voluntad!»

(1) No conocemos antecedentes de Montalván anteriores al rejente Arredondo, con cuyos herederos el jeneral O'Higgins tuvo, después de la paz con España, un pleito que ganó. Por lo demás, es ese un nombre mui común en el Perú i en otras partes de la América. En el departamento de Amazonas hai un Montalván i otro en Venezuela. En España los hai en Avila, jurisdicción de Papatrigo, en Córdoba (aldea de 450 habitantes) i en Teruel, a 18 leguas de Zaragoza. En Vizcaya existe también una torre llamada de Montalván, a 7 leguas de Pamplona i en Toledo se conserva en ruinas el famoso castillo de ese nombre en que el rei don Juan II comió caballo i cuya carne le supo bien. «Bien creereys letor que aquel caballo del Rey don

IV.

En los dias a que nos referimos (1839), el jeneral O'Higgins habia cumplido 61 años, i ostentaba todavía en su rostro i en su apostura toda la lozanía que parece fuera común a los hombres i a las selvas de nuestro Mediodia. Cuando mas joven, habia sido un hombre arrogante sin ser hermoso, tal cual lo ha bosquejado delante de la historia el pincel de un artista famoso, concibiéndolo en el mas sublime momento de su vida. En esa época, i modelando su semblante i figura por el retrato que acabamos de decir existe suspendido en los viejos muros de Montalván, el jeneral O'Higgins tenia la ruda belleza de su raza i de su carrera. Era en todo un hombre de tipo céltico. Tenia, como su padre, el rostro ancho, sério i a la vez espresivo de los hombres del norte. Su frente era levantada. Su cabeza, cubierta de cabellos de un castaño lijero, veíase peinada según la moda que habia creado el Imperio, con profusas

---

Johan quél i otros cavalleros comieron en el castillo de Montalván que les tomaran estos con mejor apetito».—*(Gonzalo Fernandez de Oviedo)*.—HISTORIA DE LAS INDIAS, vol. IV, lib. 47 cap. V.

Habiéndose traido a Chile posteriormente (mayo de 1882) las últimas prendas del menaje de Montalván pertenecientes al jeneral O'Higgins, para dar de ellas la mas fiel noticia posible nos ha parecido oportuno publicar una reseña que de ella hemos hecho en forma de apéndice.

guedejas entrelazadas con un abandono militar, cual se admira de los marciales retratos de Murat i de Marceau. Su nariz era corta i deslucida, pero su boca encendida i bien dibujada tenia la atractiva voluptuosidad que habia popularizado el rostro encantador de su madre. Su barba era redonda i tenia esos perfiles blandos que acusan la ausencia de las pasiones estrechas, pero que traicionan también cierta debilidad del espíritu.

En cuanto a su busto, no tenia nada que admirar, porque era hombre de proporciones mediocres, encuadradas en una espalda abultada i anchá. No poseia ese garbo especial del jinete chileno que tan populares hizo en nuestros campos a los tres hermanos Carrera sus rivales; i tanto en los salones como en su despacho echábase de menos en él aquel aire ya majestuoso ya terrible que también sabía asumir el *criollo* San Martín. El jeneral O'Higgins conservaba siempre algo de la frialdad i de la mesura del *gentleman* inglés.

Per en la cuenta de dias a que hemos llegado, siguiendo la relación de esta vida ilustre, comenzaba a operarse en el aspecto del jeneral chileno una estraña mudanza. Su cabeza cana iba despoblándose de tal suerte que le era preciso entrelazar con el ausilio del arte las hebras de pelo que se desprendian sobre sus sienes; sus mejillas, antes abultadas i tersas caian sobre sí mismas, como se observa todavía en el retrato que existe de su

padre en la sala de los virreyes del museo en Lima. Su cuerpo se encorvaba de una manera estraordinaria, i en todo se veian los síntomas de una acelerada i casi repentina decrepitud. El jermen de la muerte, como en breve vamos a verlo, estaba ya escondido en sus entrañas.

V.

Los hábitos del anciano desterrado de Montalván participaban de sus gustos semi-ingleses i semi-chilenos. El jeneral O'Higgins, nacido en las orillas del Ñuble, educado en Europa, hijo de un potentado irlandés i de una hermosa criolla americana, tuvo, se puede decir así, una doble naturaleza i un sistema misto de aficiones i costumbres. Era un araucano de aquellos cuya memoria nos conserva la epopeya, fundido en el molde de uno de esos héroes de la primitiva Erin, cuyas hazañas cantan todavía en sus arpas eólicas los bardos irlandeses.

En su traje se ostentaba su afición de raza a la simplicidad así como sus inclinaciones por los usos semi-selváticos en cuyo contacto se habia creado, i los que siempre admiraba por una especie de vanidad de cuna. Vestia jeneralmente de paño azul con esquisito aseo, pero con estrema sencillez. De ordinario, cubríase con el *poncho* chileno, traje que preferia a la antipática cap

los españoles. Solo los dias festivos, residiendo en el campo, solia ponerse levita para asistir a la misa. Cuando montaba a caballo se ceñia invariablemente espuelas, pues su máxima de *huaso* era, que mientras mejor era el caballo mas aguzadas debian ser las espuelas del jinete; i en tales casos, por lo común, siguiendo la costumbre del país, solia llevar a la cintura un lijero espadín, que habia pertenecido al jefe de la espedición de Cantabria, don Fausto del Hoyo, i que el almirante Blanco le habia presentado como un trofeo de la *María Isabel.* No era, sin embargo, el jeneral O'Higgins un jinete de primer orden, según otras veces lo hemos dicho, haciéndole este reproche de soldado: pero conservaba, aun en el Perú, su afición a los caballos, i por muchos años mantuvo en sus pesebreras un favorito que le habia obsequiado Bolívar i otro llamado el *Huamanguino,* en el que habia hecho, al lado de aquel caudillo, la campaña de Junín.

En su sistema material de vida resaltaba antes que todo su laboriosidad i la sobria regularidad de sus apetitos. Se levantaba por lo común a las siete de la mañana, almorzaba a las diez, haciendo poco consumo de viandas pero bebiendo en profusión el té, según la costumbre inglesa que habia adquirido en su juventud. Su comida era también frugal, i apesar de lo que se ha dicho, su abstinencia del vino i de los licores era tal que diez

años después de su muerte, sus dependientes tuvieron ocasión de solazarse con algunos cajones de esquisito jinebra que el almirante Hardy habia obsequiado al jeneral en 1820, i que se habian conservado intactos en la bodega de Montalván.

Pasaba las horas del dia alternativamente en su escritorio o atendiendo a las faenas de la hacienda; pero de noche invariablemente escribia tres o cuatro horas, i de aquí nos ha venido ese cúmulo inmenso de papeles inéditos, redactados por él con una visible dificultad, pero que acusan todos algún propósito noble o algún desahogo de una alma herida i honrada.

A las once de la noche se retiraba jeneralmente a su dormitorio i solia distraer su soledad i la fatiga de su espíritu con las melodías del acordeón, instrumento propio de la afición de seres tiernos, que él habia aprendido a tocar en sus dias juveniles. Delante de la mesa en que escribimos, tenemos a la vista la caja de cedro, forrada de terciopelo oscuro, en que el viejo soldado guardaba aquel utensilio amigo, solaz de sus penas.

Antes de acojerse al lecho acostumbraba «echar su cigarrito», dormitar una o dos horas en un sillón, pues conservaba este hábito desde sus campañas, bien que nunca dormia en su vejez mas de siete horas (1).

(1) El jeneral O'Higgins no era gran fumador. Cuando joven

Aunque pasaba años enteros en el campo durante su residencia en el Perú, el jeneral chileno no adoptó nunca las distracciones que son mas peculiares en aquellas comarcas. No tenia afición alguna al juego de naipes, i cuando mas, en algún pasatiempo doméstico, solia apuntar algunos centavos al *monte*, prefiriendo siempre para su elección toda carta que salia opuesta al *rei*, ser aborrecible, que aquel hijo de un *virrei*, no pudo jamás contemplar sin ira, aun en las grotescas parodias de las cartas de juego.

No era tampoco adicto a visitar a sus vecinos, i en realidad no conservaba mas relaciones en el valle, que las del ilustre sabio don Hipólito Unánue, cuya hacienda de San Juan de Arona deslindaba con la suya. En cambio, se complacia en ofrecer a sus amigos tan fastuosa hospitalidad como sus medios lo permitian, ostentación lejítima en la que, sin embargo, su hermana doña Rosa le sobrepujaba con esceso.

Por su situación, en el centro del gran camino de Lima a Arequipa, las casas de Montalván eran un hospedaje obligado para los viajeros i particu-

---

gastaba costosos habanos con sus amigos; pero en la vejez estos le retornaban en cigarrillos de su tierra, así como su anhelosa hermana cuidaba de proveer de *mecha* su yesquero.—«Va en una cajita de cartón, le escribia, según ya oimos, el doctor Rodríguez Aldea el 12 de febrero de 1836 (aniversario de la batalla de Chacabuco) una esterita de cigarros de hojita para que usted vea cuán curiosos están nuestros paisanos de Chillán»

larmente para los militares, los hombres que mas viajan en el Perú. Por esto, bajo su techo se hospedaron sucesivamente Bolívar i Santa Cruz en la guerra de la independencia, Salaverry, Lafuente (1) i muchos otros en las turbulencias civiles; pues quienes no pasaban a saludar o pedir consejo al magnate americano allí albergado, sabian que su fastuosa hermana les habia de hacer sentar a una opípara mesa i dormir en regalados lechos.

En cuanto a sus hábitos puramente caseros, el jeneral O'Higgins solo se permitia quebrantarlos un solo dia del año: tal era el aniversario de Chile en que él mismo presidía la mesa i bebia la primera copa a la salud de la patria, cuya independencia él habia sido el primero en jurar i hacer jurar a sus conciudadanos. En los dias de su natalicio i de su hermana solia también reunir a

---

(1) Sobre el alojamiento de éste i del jeneral Torrico hai una partida curiosa en el libro diario de Montalván, correspondiente al mes de octubre de 1842, época en que tuvo lugar la famosa batalla de *Agua Santa*, en la vecindad de Pisco, i en la que ocurrió la singularidad de que ambos jefes se creyeron vencidos, huyendo cada uno en opuestas direcciones. Sin embargo, Lafuente *avisado* de su victoria, en la fuga, volvió sobre sus pasos i se puso a perseguir a Torrico por el camino de Lima.

Ahora bien, las partidas del libro de Montalván dicen así:

Por un almuerzo para el jeneral Torrico i su estado mayor, 35 pesos 1 real.

Por una comida para el jeneral Lafuente i su estado mayor, 21 pesos 6 reales.

Natural es deducir de aquí que el jeneral Lafuente seguia de cerca la pista a su rival, pero según parece ni el susto de la derrota ni el orgullo de la victoria disminuia el apetito de los unos ni de los otros.

su mesa algunos convidados del valle o del pequeño pueblo de Cañete.

Durante el verano pasaba jeneralmente una corta temporada en la caleta de Cerro Azul tomando baños de mar; i en 1860 divisábanse aun en los altos farellones que cierran al sud aquel puerto desabrigado, escrito su nombre i por su propia mano en las piedras azulejas que han dado nombre a ese lugar.

Tal era el sistema de vida íntima adoptado por el viejo soldado de Chile durante su retiro en el Perú, i el que observó con mas o menos interrupciones durante veinte años. De esa misma suerte empleó todo el año de 1840, que él esperaba hubiese sido el último de su cautividad en estranjera playa.

Por esto mismo, fué aquella temporada la mas laboriosa i la mas activa de cuantas habia pasado lejos del bullicio i del ocio de Lima.

VI.

Preocupaba entonces de una manera profunda el ánimo del jeneral O'Higgins una série de trabajos relativos a Chile, cuya realización era el mas ardiente anhelo de su vida.

Aquel noble anciano, después de haber servido a su patria con su sangre i su fortuna en los campos de batalla i con su abnegación i su someti-

miento al albedrío del pueblo en el solio del poder, queria consagrarle el fruto de sus meditaciones i de su amor hasta en esas postreras horas de la existencia, que tantos hombres preclaros, como Bolívar i San Martín mismo, han consagrado al desaliento o al escepticismo. Téngale en cuenta la posteridad al jeneral O'Higgins esta dote sublime de su carácter i de su patriotismo:—la FÉ. Jamás desconfió de su patria en la ausencia i en la proscripción, jamás desconfió de sí mismo en la ingratitud i en el olvido!

Uno de los pensamientos que mas acariciaba la mente del viejo jeneral, era el que todavía es un problema para nuestra política i nuestra sociabilidad, pero que desde los primeros años de su gobierno habia sido para su espíritu adelantado un principio fijo de administración, i mas que esto, un hecho resuelto de política. Hablamos de la *unificación de la república*, por la asimilación política de sus razas, que hoi mismo perseguimos con tan precario fruto en la Araucanía.

Ya desde 1819 el jeneral O'Higgins habia adoptado este principio como una condición de su gobierno, i veintidos años mas tarde escribia lo que sigue al jeneral Cruz, tan conocedor de los negocios de nuestras fronteras, preocupado siempre con llevar a cabo aquellas miras.—«No trepido en asegurar (decia en esa carta que tiene una fecha memorable, la del 5 de abril de 1841, i que pu-

blica el prebendado Albano en su Memoria biográfica, páj. 189), no trepido en asegurar que siempre he considerado como la mas importante de estas medidas, la *unión* de todos los chilenos, Sur i Norte del Biobio, como Oriente i Poniente de la cordillera, en una gran familia.»

Es curioso observar que el escritor filántropo de Montalván no esceptuaba de su teoría a los patagones ni a los habitantes de la Tierra del Fuego, pues él afirmaba en sus escritos que era preciso ser lójicos i cumplir con la Constitución de la república, que asignaba como límite sur de ésta el *Cabo de Hornos.*

Complacíase además en llamarse *araucano,* i decia que sus primeros camaradas en la escuela de Chillán habian sido esos indomables indios cuya historia habia sido la primera que habia aprendido. (1)

---

(1) «*My first playmates were araucanians, and the history with which I first became acquainted was that of the heroes of that indomptable people*».—(Carta del jeneral a don Juan Thomas, un inglés tan escéntrico como laborioso e ilustrado que acompañó por mas de diez años a O'Higgins en Montalván i en Lima, en cuya ciudad, según hemos creido contarlo en la primera parte de este libro, le llamaban «el obispo inglés». Mr. Thomas era médico de profesión, filántropo, i de oficio proyectista, aunque empírico; i fué él quien sujirió algunas ideas orijinales a don Bernardo, como la de introducir el camello en Chile, edificar un templo a Neptuno, establecer *muelles flotantes* en Valparaíso, unificar con los chilenos a los *patagones*, i otras cosas peregrinas a que el último, sin duda por complacencia, accedia. Mr. Thomas vivió algunos años en la hacienda de Bella-Vista, propiedad de don Juan Begg, i en 1829 hizo su testamento, fir-

Otras de sus empresas favoritas i cuya afición parecia haber heredado de su padre, era la *colonización del sur por europeos.* El hijo del repoblador de Osorno, no habia olvidado que aquel ilustre estadista debió su caida a la calumnia que le pintó en la corte de Madrid como ajente de la política de la Inglaterra, al introducir en los mismos sitios que hoi pueblan diversas colonias protestantes, algunos industriosos católicos irlandeses; i como para vengar aquella injuria de la intriga, se empeñaba ahora en proseguir la obra comenzada. Su deseo habia sido ceder su propia hacienda de las Canteras para una empresa de ese jénero, i aun en años anteriores habia celebrado un contrato dirijido a ese fin con un ajente inglés. Pero en todas épocas conservó sobre este particular una activa correspondencia con el jeneral Doyle, uno de los principales potrocinantes de la emigración irlandesa, i con sus amigos de Chile.

La lectura de los viajes del almirante Dupetit-Thouars i la navegación que en 1840 hicieron por el Estrecho de Magallanes los vapores *Chile* i *Perú* fueron incentivo para que el jeneral O'Higgins se ocupase también de preferencia en llamar la

---

mándose *Juan Thomas de Buena Vista.* Sobrevivió, sin embargo, al jeneral O'Higgins i vino a Chile, después de su fallecimiento, trayendo al canónigo Albano la mayor parte de los materiales i documentos de la biografría que el último publicó de su común amigo, pieza curiosa que en otra ocasión hemos llamado «canasta de humitas».

atención de nuestro gobierno a la importancia de dos medidas, de las cuales la una es ya un hecho i la otra una exijencia urjentísima de nuestra prosperidad. Nos referimos a la *colonia militar de Magallanes* i al remolque de los buques de vela por naves a vapor en aquellas aguas. El jeneral O'Higgins habia querido hacer a sus propias espensas los primeros reconocimientos para plantear la última de estas indicaciones: tan grande i tan justa era la importancia que le atribuia. Mas tarde los hechos se han encargado en todo de darle razón.

Fuera de estas empresas que tenian relación con la prosperidad material de Chile (lo que le valió en sus últimos dias el diploma de miembro honorario de la *Sociedad de Agricultura* de Santiago), el jeneral O'Higgins consagró muchas de sus vijilias a dilucidar cuestiones cuya sola iniciativa harian un alto honor a su jenio cívico. Su amistad con el conocido mejicano Cañedo, que vino a solicitar la UNIÓN de los pueblos de América en 1840, le hizo trabajar con empeño en la realización de ese sueño de oro que la América persigue hasta hoi como un vano fantasma:—el CONGRESO AMERICANO.

Al mismo tiempo, escribió muchas pájinas sobre temas que hoi mismo serian una novedad i casi un escándalo entre nosotros, pero que habian sido sus convicciones i casi su cartilla de aprendizaje

en la niñez. Entre estas reformas atrevidas que él miraba, empero, como mui naturales, debemos contar en primera línea el *enjuiciamiento criminal por jurados*, la creación de *un banco nacional* i la *libertad de cultos*.

De ese jénero árduo i patriótico fueron las tareas a que estuvo consagrado el jeneral O'Higgins durante el último año que la Providencia habia concedido a sus fuerzas físicas para alentar su espíritu ya sentenciado a estinguirse.

Es esta faz de su existencia la última de que vamos a ocuparnos para cerrar un cuadro luciente con tanta gloria, i cuyas sombras nunca parecen arrancar de la figura misma que en él descuella.

VII.

Hemos dicho que durante todo el año de 1840 el jeneral O'Higgins habia permanecido en Montalván ocupado de sus labores rurales, que debian facilitarle su regreso a Chile, i de sus trabajos sobre el porvenir de éste, que darian realce a su vuelta al suelo patrio. Mas, apesar de que sus esfuerzos eran mas activos que de ordinario, su salud se mantenia intacta i sin mas achaques que los que eran propios de su edad.

Sin embargo, cuando montaba a caballo o se entregaba a otro ejercicio que ajitase sus mú[illegible]

los, solia sentir un estraño cansancio que ahogaba su respiración. Juzgó al principio que fuese aquel malestar el síntoma de una enfermedad de *asma;* pero la violencia con que ésta apareció en los primeros dias de enero de 1841, le obligó a pensar en una cura séria, a cuyo fin resolvió dirijirse a Lima, donde debia consultar a su médico, el acreditado doctor Young.

La enfermedad del jeneral O'Higgins era, desde luego, mortal. Tenia su asiento en el órgano que mas habia trabajado en su impresionable organización, i que, por consiguiente, debia ser el primero en ceder a la decrepitud. Su mal era una hipertrofia al corazón, enfermedad tan rara i poco conocida de la ciencia en el blando clima del Perú, como es frecuente i fatal en nuestras ciudades mediterráneas de Chile.

VIII.

El jeneral O'Higgins abandonó por la última vez su tranquilo retiro de Montalván a fines de enero de 1841, dejando a su varonil hermana a cargo de sus intereses. Llegado a Lima, púsose inmediatamente en cura i supo que su mal era grave. Él aseguraba a su médico, sin embargo, que éste no podia ser antiguo, pues atribuia su orijen inmediato a la violencia que le habia impuesto un caballo desbocado que no pudo conte-

ner por el espacio de mas de una legua en la pampa llamada de *Lobos,* a poca distancia de Cerro Azul. Su compañero de escursión en aquella vez, don José Borne, nos ha referido, en efecto, que habiendo logrado contener el caballo en un páramo de arena, encontró al jeneral casi exánime de fatiga en aquel sitio, i solo pudo recobrar sus fuerzas después de haber bebido algún espíritu.

Con la enfermedad del jeneral O'Higgins iban a desaparecer los últimos restos de su felicidad. La idea de su regreso a Chile, que tanto acariciaba su corazón, comenzaba a alejarse como una sombra querida pero engañosa. Sus intereses, cuya situación era tan precaria, iban a decaer junto con su salud, i lo que era mas doloroso, se veia obligado para atender a ambos a dividir su hogar, dejando a su fiel hermana i única compañera de su vejez en Montalván.

No era menos desdichada la condición de esta digna señora. El quebranto de salud que sufria su hermano la traia sumerjida en una profunda congoja.—«Parece que mi corazón me lo avisaba, le escribia a Lima desde Cerro Azul el 6 de febrero de 1841; desde que estoi aquí no se me ha apartado un punto el pensamiento de tu enfermedad. Noches enteras he pasado sin dormir pensando en ella. Hoi he estado sobresaltada i por esto no he querido bañarme».

Con esa tierna volubilidad del corazón de la mujer, sus sentimientos i sus espresiones cambiaban delante de las mas leves apariencias de una mudanza en la salud del ausente hermano. Habíale escrito éste el 7 de marzo que se sentia mejorado i que era posible que su mal no pasase de una afección al hígado; i el dia 13 le dirijia aquella estas alborozadas palabras de congratulación. —«El gozo no me da lugar sino para dar gracias a Dios por la mejoría de tú salud. Se acerca el dia de mi señor San José, i si Dios me concede la salud ese dia, le ofreceré la comunión para que Dios me conceda la gloria de verte bueno».

IX.

Era doña Rosa Rodríguez (llamada a veces «O'Higgins» por el nombre de su hermano, i otras «Riquelme», según su apellido materno) una honorable señora que tenia todas las virtudes de un corazón elevado i los defectos que enjendra en una organización ardiente, esa situación anormal de la mujer:—el celibato, especie de bilis del alma que seca en la criatura la fuente de toda sensibilidad para dar espesa savia al orgullo. Su principal defecto era su sexo, pues tenia en todo una organización masculina, en lo físico como en lo moral, i por esto los dependientes de Montalván, que solian esperimentar a veces los enfados de su

carácter irritable, llamábanla, teniendo además en cuenta su estremada semejanza física con su hermano,—«el jeneral con polleras».

Doña Rosa, apesar de esto, era una mujer de un corazón jeneroso, compasiva con los humildes, altiva con los grandes, caprichosa en su trato, pero no en sus afecciones, con lòs que juzgaba sus iguales. Su mas noble prenda moral era la fidelidad, pues nunca pudo echársele en cara ninguna inconsecuencia en sus amistades, i en cuanto a su consagración doméstica a la madre i al hermano, rayó siempre en lo sublime. Cuando en el poder, su amor al fausto la condujo a alianzas mezquinas i a negociaciones vedadas que ya hemos espuesto otras veces, no sin imponer a la historia el rubor de una mujer dominante i especuladora que comprometia por el lucro el lustre de un gobierno de otras suertes benemérito. Pero no fué la vil avaricia, como lo comprobó hasta la hora de su muerte, la que le impulsó en ese sentido, pues dominábale solo el amor al lujo i a la ostentación, defecto propio del ánimo femenino i que las humillaciones anexas al estado célibe habian arraigado i hecho mas vehemente.

Por lo demás, nunca tuvo otras afecciones ni otros odios que los que cupieron en el ánimo de su hermano, siempre dispuesto a la clemencia. Su corazón se habia hecho como un reflejo de aquella naturaleza pródiga de bienes que solo fué cruel

por influjos ajenos, i tan asimilada estaba su existencia a la del hombre que habia dado tantos dias de gloria a su familia, que en sus últimos años de cristiana i de devota solo solia irritarse por los agravios o los desaires que recibia aquél. «Como saben que estás enfermo (le escribia a Lima desde Montalván el 28 de mayo de 1841, i aludiendo a las dificultades que encontraba el jeneral en la tesorería de Chile para cobrar su sueldo de capitán jeneral), cometen toda clase de injurias, a ver si te pueden matar a cóleras. Miserables! Ellos cargan sobre sí la ignominia con sus injusticias. No hagas caso de esos caribes, que no hace mas su envidia que acrisolarte mas i mas cada dia. Pero si yo fuera tú, les haria una amenaza que daria a la imprenta la clase de conducta que están llevando contigo; i verás como tiemblan!»

Tal era la última compañera que el destino habia deparado al jeneral O'Higgins, el hombre mas adulado de la suerte i de los cortesanos en la época que fué poderoso; i aun aquella respetable matrona no quedaria sobre la tierra sino para ser su custodia delante de la almohada de su lenta agonía i el único corazón, junto con el de un hijo agradecido, que iria a llevar la ofrenda de sus lágrimas sobre su olvidada tumba.....

CAPITULO XXIX.

El jeneral O'Higgins recobra su salud en Lima a mediados de 1841 i se prepara de nuevo para su regreso a Chile.—Sus últimas cartas cambiadas con Rodríguez Aldea, i cómo este le aconseja que se haga nombrar jeneral en jefe del ejército de Chile.—Preparativos íntimos.—El jeneral O'Higgins redacta una proclama de adios a los peruanos i trabaja el borrador del discurso que se proponia pronunciar al llegar a Valparaíso. —Fija el 27 de diciembre de 1841 para embarcarse en el vapor *Chile*, i en la víspera esperimenta un violento ataque de aneurisma.—Un tanto recobrado en febrero de 1842 intenta verificar su viaje, i recae.—Se traslada al Callao i esperimenta dos ataques mortales el 28 de setiembre i el 3 de octubre.—Vé llegar su último fin con la profunda resignación del cristiano.—El último dia del jeneral O'Higgins —Sus funerales i su epitafio.—Juicio sobre el carácter, la vida i los servicios del capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.—«El primer soldado i el primer patriota de Chile».

I.

A mediados de 1841, i después de haber pasado seis meses separados, el jeneral O'Higgins resolvió hacer venir a su hermana a Lima, puesto que ni su mal decrecia ni los intereses comunes podian ser debidamente atendidos por aquella causa.

Habitaba entonces el jeneral chileno la casa

que hoi tiene el núm. 9 en la calle de Espaderos, doscientas varas distante de la plaza principal de Lima por el rumbo del sur. Tenia en ella solo una limitada comodidad, pero en esta vez la habia hecho refaccionar lijeramente, a fin de esperar aquella visita de su hermana que acaso presentia iba a ser la última i «porque, según él mismo lo decia en carta del 9 de junio, ya que te vienes a sentar en tus muebles viejos, vengas siquiera a encontrar alguna limpieza.»

En consecuencia, doña Rosa llegó a Lima en los últimos dias de junio, i desde entonces el jeneral su hermano no pensó sino en restablecer activamente su salud para emprender su regreso a Chile.

II.

Por estos mismos dias sentíase el ilustre proscrito ya mui recobrado i contaba por seguro con que no terminaria el año 41 sin respirar las vivificantes brisas de la patria. Lleno de recojimiento relijioso por el beneficio de su salud restablecida, se habia entregado con una rara enerjía a las prácticas místicas, al punto de no faltar un solo dia de la iglesia, pues alternativamente oia misa en las iglesias de San Agustín i la Merced, que eran las mas próximas a su casa. Su correspondencia de esa época está impregnada también de

ese espíritu profundamente relijioso que se apodera de las almas fuertes, cuando sintiéndose abandonadas de los incentivos que las han alentado en la tierra, necesitan volverse hácia lo alto a fin de encontrar el estímulo que les niega la perecedera naturaleza. «Cuide usted, su interesante salud, mi querido amigo, (escribia a su antiguo confidente el doctor Rodríguez Aldea el 5 de junio de aquel año en que este hombre notable debia desaparecer de la escena de la vida) como lo hago yo con la mia, penetrado de la mas profunda gratitud al Dios de las misericordias, por la estraordinaria protección que abundantemente nos ha conferido, rodeados tantas veces de eminentes peligros. I crea usted, que mientras viva haré cuanto esté a mis alcances para manifestar mi gratitud por tan desmerecida bondad i merced. Es cierto que la carga de años que pesa sobre mi infatigable naturaleza pudiera justificarme en decir que me labra títulos al descanso en el resto de mis dias; pero con el ejemplo de mi respetable padre ante mis ojos, no trepido en espresar que no seria digno de ser su hijo, si no trabajara mientras dure mi vida en beneficio de la América i mui especialmente de nuestra tierra nativa por la que él trabajó tanto i sobre la que derramó copiosos beneficios.

»Después del fallecimiento de mi santa i amada madre, quedé resentido de un dolor al corazón

que crecia lentamente, i fué forzoso soltar el arado para curar tan alarmante amenaza. Hace cinco meses que con esta resolución vine a Lima a consultar facultativos los mas peritos, i a la sombra de sus luces i de mis constantes observaciones recojidas de mi propia esperiencia i lectura de libros medicinales, de profesores modernos i de primer orden venidos recientemente de Inglaterra, véame usted, después del favor de Dios, restituido a la salud. Hace quince dias que descansa mi corazón libre de ese dolor i de esa angustia que fatigaba la vida. Ya no hai tristes recuerdos de calamidades, injusticias e ingratitudes tan comunes en nuestras sociedades. Todo está olvidado, gracias a Dios, i en su lugar una nueva alegría que nace en mi alma que crece con la esperanza de ver a usted en octubre o noviembre próximo i abrazar a mis amigos i compatriotas, antes que ellos o yo bajemos al hoyo del olvido» (1).

---

(1) Las afecciones del jeneral O'Higgins por su privado de 1823, fueron tan profundas como inmutables.—«Aprovecho estos momentos de descanso en mi enfermedad, le escribia calorosamente el 1.° de febrero de 1836 a Santiago, para significarle lo que ha herido mis sentimientos, i, para decirlo de una vez, ha envenenado mi salud; esa desconfianza tanto mas culpable, permítame usted esta libertad, en quien yo confiaba i conoció la estensión de un corazón que era todo suyo. ¿Es posible, permítame usted otra vez decirle, es posible que sus talentos, su juiciosidad i su esperiencia se hayan nublado hasta el estremo de dudar de mi amistad? La misma razón que usted da de no escribirle, es la evidencia mas clara de mi singular afecto a su amistad. ¿Querría usted que en épocas tan aciagas i tan lamentables

III.

Semejantes i aun mas nobles sentimientos resplandecen en una carta confidencial que escribió al presidente Bulnes en los dias que consideraba

---

como la de estos últimos años, por una simple carta de saludos cargara usted con la execración de mis injustos perseguidores? Yo que he cuidado tanto no se pierda algunos de mis amigos por mí ¿habria querido echar leña en la hoguera de los celos, de las venganzas i de la mas ciega detracción? No ha visto usted que apesar de los años, que por justificar a mis amigos, he vivido en los desiertos i en las quebradas, lo que no pueden mover mi paciencia».

Por su parte, el fiel ministro, tan desengañado como su caudillo, le habia manifestado a su regreso a Chile, después de los sucesos de Chiloé, su desapego de los negocios públicos con estas palabras (Santiago, abril 5 de 1835). «Creo que esta carta llegará a manos de usted, si es que mis anteriores no han tenido esa suerte, como debo inferirlo cuando no he tenido contestación alguna. No hablaré a usted de cosas políticas, porque ya he repetido varias veces que estoi fuera de todo círculo i entregado a una vida oscura i privada, consagrado a mi estudio, que si bien me dá para subsistir, deteriora mucho mi salud. He tenido una larga esperiencia de desengaños, i lo que veo con respecto a usted me fortifica mas en los propósitos de aislamiento. Si los que van a esa i escriben, se han dignado hablar de mí, sabrá usted algo mas de lo que ahora indico».

Pero como la política es una enfermedad incurable como cualquiera otra, acercándose el regreso del desterrado a Chile, decíale Rodríguez en su última carta que de él se conservaba en el archivo de Montalván, remitida con don José Zapiola, i con encomienda *libre de flete*, el 11 de mayo de 1841. «Según mi cálculo, esto madura quieto (la política, no la encomienda). Si usted viniera apoyándose esclusivamente en el odiado estanco, pierde su crédito i al fin lo deponen... Si viene imparcial, los estanqueros tratarán de revolucionarlo. No hai medio! Solo podia solucionarse estando usted al frente del ejército. Ya se lo tengo insinuado i se lo digo nuevamente».

No era zurdo el célebre chillanejo!

como la víspera de su deseado regreso a la patria. —«No solo me encantan, le decia el 14 de noviembre de 1841, refiriéndose a la política reparadora del presidente de Chile, los ardientes deseos de usted i buenos amigos que me distinguen demasiado, sino también congratulo a usted, mi querido amigo, por esa confianza jeneral que disfruta el gabinete en que permanece la concordia i mejor disposición en los espíritus, hasta el caso de una *amnistía* jeneral por causas políticas i con la firme resolución de obrar severamente, como seria mui justo, respecto de los que pudieran abusar de ella. Yo venero en esa amnistía bajada del cielo, la bondad del Regulador Supremo de las sociedades humanas i diviso en la aurora de su ilustrada administración, mi querido jeneral, la deseada prosperidad con que evidentemente el Eterno quiere bendecir a nuestra patria i a sus conductores, inspirando en su corazón sensible los nobles i humanos deseos que usted me dice habia adoptado. Medidas son éstas, que sin duda podemos asegurar tienden mas eficazmente al engrandecimiento nacional que la destrucción de uno, dos o todos los partidos que siempre obran sobre la masa jeneral de la sociedad.

»Tengo el consuelo de haber trabajado incesantemente para evitar todos los males que desgraciadamente i con demasiado dolor mio, tuvieron lugar; he dado consejos oportunos i desinteresad---

no se quisieron seguir, fuese por debilidad o talvez celos inconsiderados; sin embargo, ellos eran buenos i sinceros. I puesto que ahora se consultan medios saludables de apacible unión, i lo que es mas, se trabaja por una perfecta reconciliación, no puedo dudar i debemos esperar que pocos tiempos bastarán para llegar al alcance de la felicidad jeneral que cicatrice tantas heridas i eleve a Chile a un grado de prosperidad de que al presente apenas se puede formar concepto».

IV.

Al mismo tiempo el ilustre proscrito se preocupaba de los detalles de su regreso con una solicitud que era tanto mas hermosa cuanto que todo su afán tendia solo a la modestia i al olvido de sí mismo, «Le ruego, mi querido jeneral, decia al presidente Bulnes con este motivo, que al arribo de mi tierra natal no se me trate ni considere como un ostentoso huésped, a quien por graves circunstancias la política exije ciertas ceremonias, como a los embajadores, ajentes diplomáticos i otros caracteres públicos, sino con la sencillez que en su propio suelo i en la misma casa paterna se recibe en la familia a un buen padre, un buen hijo, buen hermano i un buen ciudadano, después de una larga ausencia. Un abrazo cordial vale mas que todas las pompas i demostraciones este-

riores que agradan solamente por pasatiempo. Por otra parte, añadia, usted conoce bien, mi querido jeneral, que mi jenio apartado del bullicio, i por cerca de veinte años entregado a los goces de la vida contemplativa, resiste la ostentación, necesaria en la vida pública, i que las circunstancias escasas en que me encuentro no permiten corresponder con el decoro que se debe. Yo espero i no dudo, mi querido jeneral, que condescienda con el favor que le pido, sin otra distracción, i la mayor de todas, que el cordial abrazo que espero darle en su mismo palacio el dia de mi llegada a esa capital».

V.

Tan adelante habia llegado el jeneral O'Higgins en sus aprestos de viajes i tan anheloso estaba su corazón por emprenderlo, que ya tenia redactados sus sentidos adioses al pueblo que le habia ofrecido tan jenerosa hospitalidad. I aun mas; figurándose que pisaba ya el suelo querido que rescatara con su sangre, habia concebido hasta la forma de la arenga de respuesta a los votos que se imajinaba iba a ofrecerle la Municipalidad del puerto de su desembarco ¡Pobre anciano! Ni esta última ilusión de su amor a la patria llegó a ser sino un sueño de su lecho de muerte!

No podemos menos, entretanto, de confiar a las edades aquellas palabras de una honrada cordiali-

dad, que hemos copiado con dificultad de los borradores mismos en el que el jeneral proscrito las estampaba con el estilo sincero pero forzado que le era peculiar.

«La hora está a la mano, decia a los peruanos, en que para llenar los vivos deseos del jefe supremo i de los hombres honrados de mi tierra natal i principalmente la imperiosidad de restablecer mi salud amenazada, me encuentro obligado a despedirme de un país, en que he pasado diez i nueve años de la mas tranquila, i puedo asegurar la mas feliz época de mi vida; un país en que uniformemente he esperimentado, no solamente la mayor hospitalidad i cariño, sino también las mas fraternales i afectuosas atenciones. Como hombre no puedo ser estraño a mis diferentes defectos; pero como el que mas, tengo el honesto orgullo de declarar que la ingratitud no está en el número de esos defectos. Debo al Perú una deuda de gratitud que la vida mas larga no bastaría a recompensarla; pero sea larga o corta, no perderé jamás oportunidad alguna de satisfacerla en cuanto me sea posible. Hasta qué estensión mis pasados servicios hayan redimido esa deuda, no toca a mí decirlo, porque vuestras bondades han espléndidamente sobrepasado esos servicios; pero también diré que cuando la verdadera historia de nuestra revolución se haga notoria, es decir, cuando nuestra madre común, la tierra, me reciba en su seno,

pocos concebirán la magnitud de dificultades i la fuerza de oposición contra que he tenido que lidiar durante toda mi vida pública, i entonces verán todos que si no hice mucho mas bien que el que hice, no fué mia la culpa».

V.

Las palabras que meditaba dirijir al pueblo i al cabildo de Valparaíso eran las siguientes, que parecian estar destinadas como respuesta a un discurso de bien venida.

«Acepto las felicitaciones que me tributa el honorable señor que me favorece i saluda a nombre de un pueblo que tan tiernamente amé desde su infancia política, un pueblo que compañero i sembrador en una misma viña, me electrizó en la patria emancipación i finalmente un pueblo que ahora me encanta en su marcha prodijiosa, i no se hará violencia al persuadirse del movimiento de placer en que palpita mi corazón ardiente por su dicha i engrandecimiento. Por preparado que viniese después de veinte años de ausencia de mi cara patria, era imposible no ser sorprendido bajo las mejores circunstancias de un cielo claro, a la vista espléndida de la mas pintoresca ciudad de las que habia visitado en otras partes del mundo, con la importante diferencia, que todos los edificios que adornan las alturas de Valparaíso tiener

verdaderos colores de frescura i alegría de la juventud, miéntras que los otros del mundo antiguo de que he hablado, dan pruebas evidentes de la decadencia que atiende a las edades. Si me ha encantado la belleza de los edificios que adornan a Valparaíso, no he sido menos complacido con el movimiento de afanes comerciales i actividad que ostenta en sus calles principales. Valparaíso es sin duda el fruto evidente que la libertad civil ofrece a sus defensores. Valparaíso justifica a la faz del mundo la irresistible aprobación de nuestra justa i sagrada revolución. Ella no conoce estraños ni estranjeros, sino hermanos i conciudadanos, sea cual fuere el lugar accidental de su nacimiento; i ved ahí el fruto de la adopción de los grandes principios proclamados desde el dia venturoso de nuestra independencia. Valparaíso ha recibido su recompensa del Soberano Regulador de las sociedades humanas. I yo no cesaré de elevar humildemente votos los mas sinceros por su prosperidad i porque, siguiendo su marcha progresista de empresa i navegación, pueda abrir pronto las puertas de Magallanes a las naciones que hayan de visitarlo i quieran llegar pronto a las primeras aguas del Pacífico.

»Dignaos, honorable señor, participar estos sentimientos a los señores de la comisión, como mis agradecimientos i salutaciones por las bondades con que me distinguen».

VI.

Concluidos todos sus aprestos de viaje, entre los que figuraba un modesto traje de cuartel, compuesto de una casaca i pantalón de paño azul sin bordados, que aun se conserva en un armario de Montalván, junto con su lujosa casaca de capitán jeneral, don Bernardo O'Higgins estaba listo para emprender su regreso a Chile en los últimos dias del año cuarenta i uno. En consecuencia, habia tomado pasaje en el vapor que hacia la carrera mensual entre Valparaíso i el Callao i que debia partir de este puerto el 27 de diciembre. Su salud se hallaba considerablemente restablecida. Pero desgraciadamente las ventajas adquiridas mediante la medicina, eran solo un síntoma engañoso, pues debian atribuirse mas a la benignidad del clima que a un cambio favorable en los órganos afectados.

Mas, fuese obra de la fatalidad o acaso el resultado de las mismas emociones que se sucedian en el pecho del viejo guerrero al contemplarse ya en la ruta que conducia al regazo de la patria, seis horas antes de embarcarse, le sobrevino un violento ataque que le postró profundamente, no concediéndole ya sino pasajeras treguas hasta su muerte.

Dejemos contar a él mismo este penoso con-

tratiempo en una carta empapada de resignación cristiana que escribia el 4 de febrero de 1842 a su amigo de infancia el doctor Albano.—«No sé que oculto arcano, le decia, es el que obstruye el camino de mi regreso. Casi evidentemente se insinúa la bondad eterna, siempre protectora de una criatura indigna de tan eminente piedad para detener mis pasos. A medida que se enciende cada dia mas mi corazón en los vivos deseos de ver a mi patria, a mis amigos i compatriotas, crecen los embarazos i las dificultades; mas hai el consuelo que yo los recibo en la calma que ofrece la gracia en la vida contemplativa.—Debí haberme embarcado en el vapor *Chile* el 27 de diciembre último, i en ese mismo dia soi atacado de una irritación interior de sangre que el favor de Dios cortó a los seis dias, i que sin duda habria sido funesta si me embarco. Convalecía en la esperanza de verificarlo en el presente vapor *Perú*, conductor de esta carta, i hace cuatro dias que vuelvo a ser sorprendido de una fatiga al pecho i al corazón, que me hizo temer la última hora, si no me ampara i favorece la infinita piedad del Dios de las misericordias que prontamente me restituye a la salud, i como que me inspira a no vacilar en su soberana disposición que yo venero humildemente por indigno que sea».

VIII.

Desde su violento ataque de fines de diciembre de 1841, el jeneral O'Higgins no volvió a recobrarse. En febrero de 1842 intentó de nuevo emprender su viaje, como acabamos de verlo, pero su médico de cabecera, el doctor Young, se oponia tenazmente a esa suprema resolución. Así, el ilustre enfermo languidecía en el clima húmedo i suave, pero relajante de Lima, hasta que se resolvió trasladarle al Callao, donde la influencia vivificante del mar se hace sentir mas de cerca. De esta suerte pasó aquél con algún alivio los meses de abril a agosto i parte de setiembre de 1842.

La minoración de sus dolencias le permitió en esa época dar cima a muchos de los trabajos relativos a la prosperidad de Chile que hemos dicho habia emprendido en Montalván hacia cerca de dos años, i el 5 de agosto pudo remitir a Inglaterra estensas memorias sobre emigración i navegación del Estrecho de Magallanes, que fueron hasta su postrer momento sus planes favoritos (1).

---

(1) A propósito de estas empresas, sobre las que mantenia una activa correspondencia con el presidente Bulnes, le decía éste con fecha del 28 de agosto de 1842 las palabras siguientes: —«Pero por ahora lo mas interesante i urjente, es el que usted venga cuanto antes según se me propone: aquí producirá usted con su presencia todo el efecto que debe esperarse de sus miras grandes i benéficas, sin que deba aflijirle, entretanto, ningún re-

Pero la misma fatiga que este contínuo esfuerzo le imponia i el sordo cáncer de su mal le iban postrando rápidamente hasta que en la noche del 28 de setiembre le sobrevino en el Callao un ataque que se juzgó mortal. El abultamiento de los tejidos del corazón le causaban una opresión tan penosa que se temia verle ahogado por momentos, mucho mas teniendo presente lo sanguíneo de su complexión.

Recobrado apenas de este acceso, volvió a repetirle con mas fuerza el 3 de octubre, i en consecuencia le trasladaron aceleradamente a Lima, donde seria mas fácil atender a los casos estremos que presentaba su enfermedad.

IX.

Sin embargo, sus fuerzas se sostuvieron todavía por espacio de dos semanas. Consagró estos dias el ilustre moribundo esclusivamente a las prácticas que debian ataviar su alma para el viaje de la eternidad. Habia hecho colocar en una pieza anexa delante de su lecho un altar portátil en que oia todas las mañanas las misas llamadas de San

---

cuerdo desagradable por no haberlas llevado a cabo durante un gobierno todo de ajitación i de gloria. Usted hizo, mi jeneral, aun mas de lo que debia i podia; i esto debe satisfacerle plenamente hasta el fin de sus dias, que Dios quiera conservarlos por largo tiempo».

Gregorio, i durante el dia i parte de la noche tenia a su lado un joven dependiente (que era empleado en 1860 en el Consulado de Lima, con el nombre de Carpio) i a quien hacia leer a pausas los oficios destinados por la iglesia a los agonizantes.

En la mañana del 23 de octubre el resignado enfermo se sintió singularmente recobrado, i se hizo, en consecuencia, vestir i trasladar a un sillón cerca de su cama. Era la influencia de ese misterio singular, especie de reconciliación entre la vida i la tumba, que se llama la *mejoria de la muerte*........ A las once de la mañana se sintió, en efecto, asaltado de una congoja mortal, su semblante cubrióse con la sombra de los cadáveres i su respiración se hizo tan difícil que cuando le trasladaron a su lecho le creyeron ya muerto. Los circunstantes, entre los que se encontraba su hijo, su hermana i el caballero chileno don Antonio Joaquín Ramos, uno de sus albaceas, le oyeron proferir únicamente la palabra *Magallanes!*....... como una última invocación que salia ya del sepulcro hácia los remotos confines de aquella patria que tanto habia amado i cuyas playas no le era dado besar antes de exhalar el último suspiro! Una de sus sirvientes llamada Patricia, que no se apartaba un instante de su lado i que él habia llevado consigo al Perú, por ser una indiecita de Arauco, referia, sin embargo, en 1860, que cu-

do se encontró trasladado a su lecho pidió su mortaja diciendo: «*Este es el hábito que me envia mi Dios*», i añadia que esas fueron sus últimas palabras.......

Pocos minutos después, el jeneral O'Higgins, el soldado de Rancagua i de Maipo i el gran ciudadano del Consulado de Santiago en 1823, era un yerto cadáver.......

X.

«Así falleció, dice su propia hermana en una carta al jeneral Prieto del 14 de noviembre de 1842, el hombre cuya memoria no solo vivirá en Chile sino en toda la América, sin poderse decir si era mejor su espíritu que su corazón, porque su espíritu i su corazón solo vivian en el bien i para el bien. Murió santamente, resignado a sufrir los males de su penosa enfermedad, i espero en que ya reposa en el seno paternal de Nuestro Señor Jesucristo única verdad i vida nuestra».

En distinta carta de la misma fecha al coronel López, aquella huérfana señora daba los siguientes detalles sobre la penosa agonía de su deudo. «La naturaleza de su enfermedad, decia, hizo sus dolores físicos tan acerbos que no hai voces para espresarlos, pero su paciencia i sufrimientos fueron tales que los que lo rodeaban solo podian calcular la estensión de sus sufrimientos por la terrible fatiga

que lo oprimia i que no podia ocultar apesar de que jamás se le oyó la menor queja».

I en otra parte añadia la aflijida matrona estas palabras que serán siempre gratas a todo corazón chileno.—«Llenó sus dias ejemplarmente, consagrado a la penitencia, a las distribuciones de piedad i ansiando siempre hasta el último momento por el bien de su patria, contra la que jamás exhaló una queja, a pesar de ver olvidados por ella sus servicios».

XI.

Dos dias después, el 26 de octubre, el ilustre desterrado de Chile fué sepultado modestamente en uno de los nichos del cementerio jeneral de Lima, i un mes mas tarde se celebraron sus exequias con inusitada pompa en la iglesia de la Merced.

La ostentosa hermana del difunto prócer de Chile, que se habia visto obligada a vender su vajilla de plata durante su enfermedad, recurrió al último arbitrio del orgullo humillado pára rendir culto a aquellas cenizas que reposaban lejos del suelo de la patria i en una tumba de prestado (1).

Contrajo una deuda de honor de dos mil pe-

---

(1) Solo con fecha 14 de octubre de 1842, es decir, diez d... antes de su fallecimiento, se decretó por el gobierno de Ch...

sos para costear sus funerales, i tuvieron éstos la honra que era debida por el pueblo a un americano ilustre i por el gobierno a un gran mariscal de le república. Una parte de la guarnición de Lima, a las órdenes del coronel Dueñas, hizo el servicio esterior de la iglesia, mientras que el presidente Lafuente i las corporaciones asistian a la ceremonia de espiación delante de un túmulo elegante del que pendian enlutadas las banderas de las tres repúblicas que el jeneral O'Higgins habia contribuido a libertar (1).

XI.

Veinte dias después que esos honores eran tributados en Lima al campeón de Chile, el vapor Perú traia a Valparaíso la funesta noticia de su pérdida.

Un luto jeneral se esparció por toda la república delante de aquella tumba en cuya lápida todos los ojos parecian leer como único epitafio esta palabra acusadora—*Ingratitud!*

La prensa nacional, sin embargo, rindió un sin-

---

pago de dos años de sueldos vencidos del jeneral O'Higgins, pago que jamás se ha verificado i cuyo decreto él no alcanzó a saber. Si los hubiera recibido siquiera dos meses antes, es seguro que en el acto se habria venido a Chile.

(1) La prensa de Lima, reducida entonces casi esclusivamente al diario *Comercio*, publicó en su número del 27 de octubre una corta reseña biográfica del jeneral O'Higgins.

cero homenaje de duelo por aquella desgracia pública; el ejército i la administración vistieron luto especial i acordó el gobierno que en época oportuna se hicieran espléndidos honores a sus manes, mientras que los mas conspícuos de los miembros de los poderes públicos del país enviaban a los deudos del ilustre difunto, los mas encarecidos pésames de la nación i de sus propias almas por aquella desgracia nacional.

XII.

Tal fué la vida ilustre, la suerte vária i tormentosa, el fin tranquilo pero ingrato del eminente chileno a cuya olvidada memoria hemos consagrado estos volúmenes en los que no se encontrará tampoco un solo hecho sin una cita autorizada, ni sentada una sola verdad sin un documento fehaciente.

I sin embargo, hasta aquí, ningún juicio de la historia ha sido mas vacilante, ningún fallo de la posteridad mas sujeto a contradiciones que el pronunciado sobre aquel hombre preclaro tan ostensible en sus actos, tan descubierto en sus pasiones, tan vehemente aun en los arranques mismos de su entusiasmo i de su franqueza.

XII.

Cosa admirable i a la par estraña! Después del

trascurso de largo medio siglo, aun las opiniones de los hijos i de los nietos de la jeneración libertadora del *Año X* no han llegado a adquirir aquella uniformidad ni aquella calma que hacen de la posteridad un tribunal i de sus inspiraciones una sentencia. Los Carreras, San Martín, Manuel Rodríguez, Infante i otros tantos ínclitos varones, juzgados cada dia, ensalzados unas veces, deprimidos otras, no han entrado todavia a tomar el puesto de los grandes Seres en el templo de la inmortalidad, porque la envidia o la ingratitud, asidas a sus túnicas de gloria, detiénenlos en sus radiantes umbrales.

Pero de todos esos espíritus sublimes el que ha sido rechazado con mas ira del pórtico de la justicia nacional, el que ha sido mayor número de veces condenado por la turba que le cerraba el paso, era precisamente aquel que se mostraba en la esfera de su hora, mas resignado a la tardanza de su justificación i de su gloria.

Hubiérase dicho que los compatriotas de don Bernardo O'Higgins hacian con su nombre histórico lo que habian hecho con sus huesos. No querian colocarlo sobre el pedestal de sus grandes próceres por no abrir el arcano oscuro de sus hechos, como no se queria sepultar aquellos bajo el mármol o bajo el bronce de la gratitud por no romper la bóveda humilde i solitaria en que hasta hace poco yaciera.

XIII.

Mas nosotros, sin jactancia ni temor, hemos creido cumplir con este deber de la conciencia pública i de la justicia de la patria. Hemos exhumado el ser moral del hombre cuya vida hemos trazado con minucioso empeño desde el pañal de su cuna al sudario de su agonía.

La historia ha formado ya i compajinado en su lugar preciso cada una de las hojas de tan árduo proceso.

A las jeneraciones cumple ahora el cargo de estampar al pié de las últimas su sentencia inapelable.

Entrando ahora, en cuanto a nosotros cabe, a llenar aquella misión tan árdua que nos asimila, como simples átomos de un gran todo, a los siglos del porvenir, no vacilamos en declarar, como lo hicimos en la primera pájina de este libro, que el jeneral don Bernardo O'Higginis, como CHILENO i como SOLDADO, no reconoce ningún igual en los fastos de la patria.

Si no descollaron en él las dotes de una intelijencia superior, tuvieron nido en su pecho todas las virtudes eminentes de un gran corazón. Inferior a su émulo José Miguel Carrera en el jenio, esa revelación misteriosa del poder sobrehumano de los grandes ánimos, i subalterno de San Ma

por el carácter i la voluntad, tuvo sobre aquellos altos espíritus el mérito sublime del PATRIOTISMO.

Pocos le habrán sobrepujado en sus servicios militares i políticos al país en que viera la primera luz, pero de seguro ninguno habrá podido aventajarle en su puro, su inmenso, su inmaculado amor a la patria.

Nada hai en verdad mas hermoso ni mas grande que esa admirable unidad del afecto acendrado e incontrastable que exhibió el jeneral O'Higgins en todas las épocas de su vida por todo lo que simbolizara para él esta palabra májica, ídolo de de su corazón: la PATRIA!

La patria!, su grito de guerra cuando por la primera vez armó su brazo con el sable de las batallas en 1813; la patria!, su invocación heróica en las calles de Rancagua, abriéndose paso por entre las huestes enfurecidas de sus tiranos; la patria!, el suspiro de todos sus dias de proscrito allende los Andes; la patria!, le deidad irresistible que le llevó, cubierto todavía con la sangre de Cancha Rayada, al campo de Maipo; la patria!, la diosa de los mares que le hizo enseñorearse en el Pacífico, poniendo al tope de todos los mástiles que cruzaban el océano redimido la estrella de Chile; la patria!, a la que humilló su orgullo de majistrado i de guerrero en la memorable abdicación de su poder; la patria!, su última victoria al lado de Bolívar en el campo de Junín; la patria!,

en fin, a la que consagró veinte años de destierro sin que jamás ni sus mas caros confidentes le oyeran siquiera el murmullo de una queja contra esa ingratitud insigne que le hizo vivir en su vejez casi sin techo i le mantuvo veinte años en un sepulcro prestado!

XIV.

Estúdiese la vida del jeneral O'Higgins en cuanto se ha dicho, no en su pró, i sí al contrario por sus mas acerbos enemigos i jamás se encontrará sus entre graves faltas de hombre i majistrado, talvez con una sola escepción, que fuesen encaminadas contra su patria, contra la gloria de Chile, contra su paz, su ventura de cada dia, su engrandecimiento eterno en las edades venideras.

En este sentido, un solo espíritu acaso fué digno de asimilarse al suyo entre la hueste gloriosa de sus contemporáneos; pero aquel patriotismo que el sacrificio hizo inmortal brilló solo como un lampo de luz que apagó muerte prematura, sin que hubiese sido puesto a prueba por los años i las adversidades. Por esto, i a fin de hacer aun esa difícil justicia del antagonismo, no vacilamos en decir que la voz inexorable de la historia al recordar los mas altos hechos del civismo chileno, se verá obligada a invocar, a la par el nombre de una víctima ilustre i de un inmolador mas:

todavía: los nombres de Manuel Rodríguez i don Bernardo O'Higgins, los dos grandes patriotas de la era moderna de Chile.

I encarando aquí la acusación mas grave, mas constante i la que mas ocasionada ha sido a cubrir el nombre del gran capitán chileno con el crespón de los odios populares—la acusación de la crueldad— nosotros absolvemos al hombre del cargo i acusamos solo, delante de los hechos que nosotros mismos hemos puesto en evidencia, al político, al funcionario, al afiliado de las lójias.

XV.

Nó! el jeneral O'Higgins no fué cruel, i sí, al contrario, blando i magnánimo, bien que se cometieron bajo su administración crueldades horrendas, baldón injusto de su nombre, tales como la inmolación de los Carreras, de Manuel Rodríguez i las de las víctimas inermes del Chocó. I sostenemos este juicio porque nos ha parecido que hemos demostrado hasta la última evidencia que en todos esos actos el primer Director de Chile no tuvo nunca la intención ni la culpa de la iniciativa, sino el fatal sometimiento al mal consejo, la obediencia tenebrosa de los clubs, la debilidad orgánica de su intelijencia limitada, que le constituia muchas veces en satélite funesto de voluntades superiores. Don José de San Martín, el jenio

por escelencia de la sagacidad i el hombre que en mayor escala esplotó todo lo grande i todo lo pequeño que habia en la naturaleza del jeneral O'Higgins, acostumbraba decir, según ya lo espresamos, i acaso como una espiación póstuma, acaso como una absolución que confiaba a la posteridad, estas palabras que tuvieron la sinceridad de un testamento.--«En el carácter del jeneral O'Higgins habia mucho mas cera que acero».

Lo hemos aseverado otras veces, el jeneral O'Higgins para hacer víctimas en su derredor se hacia primero él mismo la víctima de otros.

Fué el brazo de la *Lojia Lautarina*, pero no fué su cabeza, menos su corazón.

Tuvo la frajilidad del cómplice pero jamás la culpa del delincuente.

XVI.

I no es la benignidad de la historia ni las escusas de una justa gratitud las que defienden de este cargo al mas ilustre soldado de Chile. Es la acusación misma la que lo disculpa. El jeneral O'Higgins, no ha sido ciertamente acusado de cruel i sanguinario sino en el preciso período de su tormentoso gobierno de Director Supremo. Antes de 1818 i después de 1822, nadie le denuncia: lo que pone en evidencia que no fué su alma la cruel sino su funesta política, llamada de las

circunstancias i que tan en voga estuvo en aquella época azarosa. Mui al contrario, su espíritu era de suyo bondadoso i tenia aun el entusiasta candor de su raza.

En las cartas que en su niñez escribia a su padre, el altivo virrei del Perú, como en las últimas piezas que de él nos han quedado escritas, se descubre que su mano obedecia siempre a las inspiraciones de una alma honrada i benévola. En sus últimos años, su sensibilidad tocaba en los límites de la ternura, i toda su vida amó con tal intensidad a su madre, que puede decirse que la estinción de ese amor, cuando le fué arrebatada aquella existencia querida, comenzó a ser la estinción de su propia existencia, sobreviviéndola solo tres años.

Era, a mas, en estremo induljente con los que le servian i compasivo con los pobres i los humildes, al punto de no tener lo necesario para sí, siendo dueño de una fortuna que en manos mas egoistas o menos desinteresadas habria sido pingüe. Al acercarse al fin de sus dias donó la única i valiosa propiedad que conservaba en Chile a un valiente capitán, cuyas recientes hazañas queria en cierta manera premiar, temeroso talvez de que esa lei de ingratitud que se ha llamado el *pago de Chile* se estendiese también a su favorecido; i por último, siendo un soldado que ocupaba la mas alta graduación militar en los ejércitos de tres repúblicas,

Brigadier en el Plata, Capitán jeneral en Chile i Gran Mariscal en el Perú, jamás percibió un maravedí de sueldo i tuvo que poner a empeños su vajilla para curarse de su postrer enfermedad, miéntras sus exequias se celebraron de favor i casi de limosna.

¿Hai otro ejemplar mas sublime de virtud cívica en los fastos de la América?

XVII.

Juzgado como hombre de corazón, el jeneral O'Higgins siempre se alzará entre sus contemporáneos como una gran figura i aún mas alto que Bolívar i San Martín, segun la profunda observación del insigne escritor colombiano Bello, que conoció de cerca a estos dos jenios, tan grandes por su gloria como por su egoismo.

Pero contemplado únicamente como hombre de intelijencia es solo una mediocridad, por mas que le hayan exaltado los cortesanos de su fortuna. Era tardío en concebir i mas moroso en dar forma a sus concepciones. Fatiga leer una pájina de sus escritos, i a diferencia del brillante Carrera, era tal la dificultad de su redacción que aún para los brindis mas sencillos acostumbraba componer tres i mas borradores.

Tenia escelentes ideas políticas bebidas en su educación inglesa, pero carecia por completo d-

ese raro discernimiento del administrador i del estadista, que era el rasgo mas pronunciado de la organización de San Martín, quien por esto le dominó a mansalva, como le dominaron alternativamente Zañartu, Zenteno i el doctor Rodríguez Aldea, durante su gobierno civil, i su propia hermana doña Rosa, mujer tan arrogante como sagaz, bajo el techo doméstico.

XVIII.

Lo volvemos a decir, el jeneral O'Higgins fué solo un gran SOLDADO i un gran PATRIOTA, i por lo tanto fué un gran CHILENO.

Nadie ni mas bravo, ni mas magnánimo, ni mas abnegado como hombre de guerra. En todas las batallas campales, en todos los encuentros de guerrillas en que el se ha hallado, siempre es la primera figura. En el Roble es herido, como Ney, peleando con un fusil cual simple soldado; en Rancagua se bate como leon dentro de una trinchera, durante 36 horas, i se abre paso sable en mano por entre enjambres de enemigos; en Chacabuco es el primero en comprometer la batalla i saca su manta de guerra acribillada de balazos; en Cancha Rayada vuelve a ser herido buscando la muerte en las filas enemigas; en Maipo, no pudiendo ya pelear a caballo, se hace conducir al fuego en un carruaje. Es el bravo de los bravos, i los que

fueron valientes como él, fueron los que aprendieron a serlo a su lado como Freire, Bueras, Benavente i otros ilustres capitanes de arma blanca.

XIX.

Intentando hacer el retrato del jeneral O'Higgins, hemos trazado casi únicamente su justificación, porque al historiador de conciencia le es preciso proceder como al pintor de telas, que limpia primero las manchas de la figura que va a restaurar con su pincel. Por otra parte, i como lo hemos dicho ya, lo que mas resalta en la vida de este hombre ilustre es la parte que en ella ha usurpado la acusación i la calumnia; por manera que defendiéndolo de cargos injustos, hemos restituido a sus verdaderas formas el conjunto de su carácter i de su existencia.

Entretanto, cualquiera que sea el colorido de simpatía o de rencor con que las edades venideras revistan esta figura que nunca dejará de ser encumbrada, las dos virtudes preclaras que hemos señalado como constitutivas de su ser, el VALOR i el PATRIOTISMO, brillarán en su frente como una fúljida corona de gloria i de justicia.

XX.

I siempre que los chilenos, a ejemplo de aquel

gran pueblo que ha personificado su revolución en un ínclito nombre llamando a *Jorje Washington* —«el primero en la paz i el primero en la guerra»,—recuerden las glorias de su emancipación política, no podrán menos de esculpir en sus anales con el buril eterno de la justicia que el jeneral don Bernardo O'Higgins fué.—

«EL PRIMER SOLDADO I EL PRIMER PATRIOTA DE CHILE.»

CAPITULO XXX

Profunda emoción con que es recibida en Chile la noticia de la muerte de don Bernardo O'Higgins.—Dolor íntimo.—Luto i honores.—El gobierno presenta una lei de gratificación i queda aplazada para el año próximo.—Combátela de una manera desatentada el diputado Palazuelos en 1843, i la lei es aprobada en julio de 1844.—Pasan veinte años sin darle cumplimiento.—El autor de este libro, después de haber obtenido la cesión a Chile de la tumba del héroe, mediante la jenerosidad de su hijo, presenta en junio de 1864 una moción reviviendo la lei del 44.—Oposición de detalles i entorpecimientos que se suscitan con motivo de la guerra con España.—Moción que, terminada ésta, presentan el 3 de agosto de 1868 el diputado Rosas Mendiburu i el autor.—Se aprueba sobre tabla por el Senado i se nombra una comisión presidida por el almirante Blanco Encalada para repatriar los restos.—Se hace ésta a la vela el 9 de diciembre de 1868 en tres buques de la armada.—Dilijencias anticipadas en Lima por los ministros Godoy i Barrenechea.—Exhumación de las cenizas el 28 de diciembre de 1868.—Honores que se le tributan hasta su partida del Callao el 30 de diciembre.—Escolta de los buques de todas las naciones, del *Huáscar* i de la *Independencia*, esta última hasta Valparaiso.—Recepcion de los restos en Valparaiso el 11 de enero de 1869 i su traslación a la capital al dia siguiente.—Discursos oficiales en el trayecto.—La palabra de la ciudad de Santiago.—Los funerales i los adioses del 13 de enero.—Conmovedora despedida del jeneral Blanco en la orilla de la fosa.—Para dar cumplimiento a la lei de glorificación, el intendente de Santiago don Francisco Echáurren Huidobro nombra una comisión de ciudadanos para erijir una estátua a don Bernardo O'Higgins.—Trabajos de la comisión hasta el arribo del monumento a Chile.—«La corona del héroe».—Solemne inauguración el 19 de mayo de 1872.—El último discurso del obrero i del autor al pié del monumento erijido «al primer soldado i al primer patriota de Chile».

I.

La noticia del fallecimiento del capitán jeneral don Bernardo O'Higgins, llegada a Chile en la mediania de noviembre de 1842, entristeció todos aquellos corazones en que la larva de la política no habia depositado su fatal simiente, i nosotros recordamos entre las primeras angustias de la niñez consciente, que se enlutó en Santiago la morada destinada a su hospedaje, vertiéndose lágrimas copiosas por su memoria. (1)

II.

El gobierno del jeneral Bulnes decretó por su parte el 24 de noviembre que el ejército vistiera luto durante ocho dias i que se elevara al Congreso, que en ese momento celebraba sesiones estraordinarias, para que se honrara sus manes i se perpetuara en un monumento el recuerdo de sus ínclitos servicios.

Hízose así en efecto. Pero los chilenos de aquel tiempo o habian vivido en demasiado cercano contacto con la atmósfera de plomo de los odios

---

(1) Esa casa era la que hoi posee el ministro de justicia don Eujenio Vergara en la calle de la Merced, i que recientemente habia edificado lujosamente nuestra abuela, la viuda del jeneral Mackenna.

póstumos, o no eran todavia bastante ricos para pagar su gratitud i su gloria.

Presentóse, en efecto, en noviembre de 1842 un proyecto de lei por el gobierno, cuyo primer artículo se hallaba noblemente concebido en estos términos: «La nación reconoce como un deber honrar las cenizas i perpetuar la memoria del héroe de la independencia, capitán jeneral de la República don Bernardo O'Higgins.» Pero la resolución lejislativa quedó aplazada para el próximo año, el eterno «mañana» de los pueblos del mediodía, desde el íbero al árabe.

Presentóse con esta tardanza, en la sesión del 24 de julio del año subsiguiente de 43, el informe de la comisión favorable al proyecto del Ejecutivo, i habiéndolo sostenido con palabra tranquila i conmovida el diputado don Manuel Montt, lo impugnó con impropia i burlesca descompostura de sentimiento i de lenguaje el representante don Pedro Palazuelos, hombre que sacrificaba sus mejores partes a un retruécano. Propuso este estravagante personaje que en lugar de una estátua se construyera un puente que, llevando el nombre de «O'Higgins», haria que le recordaran todos los que «por él pasaran»....

III.

Quedó con esto aplazado el asunto hasta el

«mañana» del año venidero, en una de cuyas sesiones lejislativas, presidiendo la Cámara de Diputados el jeneral don Francisco Antonio Pinto (la del 5 de junio de 1844), el proyecto conmemorativo fué aprobado por unanimidad i promulgado como lei de la República el 13 de julio de ese año.

Disponia ese acuerdo que los restos del jeneral O'Higgins serian repatriados con los honores debidos a su rango; que se sepultaria en el departamento mortuorio destinado a guardar en el cementerio las cenizas de los presidentes de Chile; que su retrato seria conservado en la sala de gobierno, i que se le erijiria una estátua en el paseo de la Cañada que él mismo habia delineado un cuarto de siglo hacía.

IV.

Pero pasaron veinte años, pesadamente contados desde esa promulgación, i la resolución nacional dirijida a hacer póstuma i por lo mismo barata justicia a hombre tan ilustre i agraviado, vivió solo como letra muerta en nuestros anales i talvez como remordimiento entre algunos de sus contemporáneos.

V.

Al fin, la hora de la justicia pareció acercar

junto con la de la historia, i después de escribir la primera parte de su vida en 1860 en su propio hogar de Montalván quien hoi la termina, cuando tuvo por la primera vez un asiento en el Congreso como diputado por la Ligua, presentó el 13 de junio de 1864 una moción, que en sustancia revivia la lei de 1844, disponiéndose solo que en lugar de la frájil tela que deberia guardar su efijie en la casa de gobierno, se diese su nombre a uno de los buques de guerra que en aquellos dias de aprestos militares tenia dispuesto la nación se construyeran. (1)

VI.

En razón de las ajitaciones internacionales de aquel tiempo, la obra reparadora sufrió diversos retardos i contratiempos, especialmente a causa de la invasión de las Chinchas por la escuadra española del almirante Pinzón i de las complicaciones americanas que de ese acto surjieron. Pero no obstante la resistencia que algunos di-

---

(1) Esa moción, así como los numerosos documentos inéditos que la acompañaban, fueron publicados en ese tiempo en un folleto de 64 pájinas con el título de *Los últimos dias del jeneral O'Higgins*, cuya parte narrativa forma hoi, con leves alteraciones, dos de los capítulos de este libro, al cual desde aquella época pertenecian. En cuanto a los documentos, no los reproducimos por haberse dado todos a luz en ese folleto i algo mas tarde en la *Corona del Héroe*, obra nacional de que hablaremos mas adelante.

putados levantaron, no al proyecto sino a su oportunidad o a sus detalles, la Cámara popular lo aprobó por unanimidad el 18 de junio de ese año, i el Senado con igual decisión el dia 20, solicitándose por el benemérito senador don Manuel Camilo Vial, hijo de un antiguo i ferviente o'higginista, que el proyecto de lei fuera devuelto a la cámara de orijen sin esperar la aprobación del acta, a fin de significar con ese apremio cuánto anhelaba el Congreso de Chile se consumase la obra histórica i patriótica que se proseguia.

VII.

En consecuencia de toda esto, el autor de la moción que previamente habia obtenido para su país la cesión del valioso monumento mortuorio que el hijo único del capitán jeneral don Demetrio O'Higgins i Puga habia hecho labrar en Roma con mármol de Carrara al escultor Rinaldo Rinaldi, empeñó su entonces juvenil actividad en que se nombrara el representante de la Cámara que, conforme a la lei, debia figurar en la repatriación de los restos del héroe. I así quedó obtenido, nombrándose el 9 de julio de 1861 para ese honorífico puesto al diputado don Domingo Santa Maria por 28 votos. El Senado designó dos dias mas tarde con el mismo objeto a su distinguido miembro don Rafael Larraín Moxó.

VIII.

La complicación de los acontecimientos que envolvió a Chile en la contienda del Perú con España, es decir, el marasmo que en aquella época se llamó «la segunda guerra con España», entorpeció todavia por tercera vez el lleno de aquellos votos que habian comenzado a ser gratos al pueblo.

Mas apenas se hubo sosegado la tormenta i restauràdose un tanto la fortuna pública comprometida en la lucha i en la tregua, los diputados don Ramón Rosas Mendiburu, hombre patriota i único hijo sobreviviente de quien fuera en Penco el primer inspirador político del jeneral O'Higgins, el preclaro don Juan Martinez de Rosas, propuso en consorcio con el autor de la moción de 1864, un acuerdo destinado a revivirla i que estaba concebido en los sencillos términos que a continuación copiamos:

«Honorable Cámara:

»Los diputados que suscriben tienen el honor de proponer a la honorable Cámara el siguiente proyecto de lei, que creen innecesario fundar porque lo suponen sancionado de antemano por la conciencia i el corazón de todos los chilenos.

»ARTÍCULO ÚNICO.

»Autorízase al Presidente de la República para invertir hasta la cantidad de 25,000 pesos con el objeto de trasladar a Chile las cenizas del capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.

»Santiago, agosto 3 de 1868.—*R. Rosas Mendiburu*, diputado por Puchacai.—*Benjamin Vicuña Mackenna*, diputado por Valdivia.»

IX.

Aprobada por unanimidad ese dia la moción, i el 5 de agosto en el Senado, promulgóse el 21 de ese mes, votándose la suma solicitada para dar cumplimiento a la lei pendiente desde 1844.

Nombró el gobierno para tales fines una comisión de honor, i por renuncia o imposibilidad de los representantes designados en 1864, quedó aquella compuesta de la siguiente manera:

Presidíala el ilustre almirante don Manuel Blanco Encalada, que así, acercándose a la edad de ochenta años, queria ir a pagar el último tributo de su amor a su antiguo jefe i compañero. Como representante del arma de caballeria iría el coronel don Erasmo Jofré, antiguo capitán de la escolta directorial; a nombre de la infantería irian los coroneles Silva Chaves i Carvallo, de la

llería el comandante don Marcos Maturana (hoi jeneral), i de la guardia cívica el coronel don Manuel Renjifo. En clase de capellán, destinado a servir en la travesía la capilla ardiente de los muertos, se embarcaria el sacerdote don Mariano Casanova, i como cirujano encargado de presenciar la exhumación el doctor, don Wenceslao Diaz. En calidad de secretario tomaria parte en la comitiva el diputado don Federico Puga, i siete jóvenes oficiales pertenecientes a diversos cuerpos, en calidad de ayudantes. El ministro de la guerra don Francisco Echaurren dió patriótico impulso a todos estos aprestos i ordenó se entregaran a la comisión cinco mil pesos para sus gastos de representación en Lima.

X

Verificado todo con laudable i reparadora celeridad, la escuadrilla encargada de transportar las venerandas cenizas del héroe se hizo a la vela de Valparaíso en el 44.° aniversario de Ayacucho el 9 de diciembre de 1868, i el 18 de ese mismo mes echaba sus anclas en la rada del Callao.

Componíase aquella de las corbetas *Chacabuco*, *Esmeralda* i *O'Higgins*, a bordo de la cual habia izado su insignia el almirante Blanco Encalada, prefiriendo el barco que en obedecimiento al voto

del Congreso llevaba ya el nombre del ilustre organizador de la primera escuadra de Chile.

XI.

Habia adelantado en Lima las ceremonias i medidas de detalle necesarias el dilijente representante de Chile don Joaquín Godoi, de acuerdo con el cortés ministro de relaciones esteriores don José Antonio Barrenechea, secretario del rudo pero caballeroso presidente don José Balta. Era este soldado de la escuela i del molde de Castilla, i por lo mismo no amaba a Chile; pero supo al menos colocar su propio país a la altura de un augusto deber.

Como resultado de estos pasos previos, el ministro de relaciones esteriores habia dirijido al de Chile una semana antes del arribo de la comisión de honor la siguiente nobilísima nota que autorizaba la repatriación de los restos de un gran soldado cuyo nombre conservaba el Perú inscrito bajo sus banderas con la mas alta graduación de sus Estatutos militares.

«*Lima, diciembre* 11 *de* 1868.

»He dado cuenta a Su Escelencia el presidente de la nota de 7 del actual, en la que Usía Honorable se sirve poner en mi conocimiento que

gobierno, autorizado por una lei, envia a esta república una comisión que debe haber salido el 8 de Valparaíso, compuesta del personal que Usía Honorable menciona, i presidida por el vice-almirante don Manuel Blanco Encalada, con el objeto de exhumar i trasladar a Chile los restos del ilustre capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.

»Profundo pesar causa a Su Escelencia la separación de esas venerables reliquias del suelo del Perú en que han reposado tantos años; pero reconociendo los justos títulos que asisten a Chile para reclamarlos i poseerlos, se apresura a deferir a la petición del gobierno de Usía Honorable i se han dictado, en consecuencia, las órdenes respectivas para que la comisión sea recibida en el Callao como corresponde, i pueda en seguida llenar cumplidamente sus fines; disponiendo al mismo tiempo que se tributen a los restos del ilustre patriota los honores a que sus grandes hechos i su elevado rango lo hicieron acreedor.

»Oportunamente me será grato ponerme de acuerdo con Usía Honorable i con la comisión para los procedimientos que deben observarse, suscribiéndome mientras tanto de Usía Honorable mui atento i obediente servidor,

»*J. A. Barrenechea*».

XII.

Verificóse la exhumación de las cenizas del héroe, estrayéndolas con las formalidades acostumbrada del humilde nicho de ladrillo que las habia guardado durante veinte i dos años, el 28 de diciembre, i en ese acto tierno a la vez que melancólico el ministro Barrenechea interpretó con la mayor elevación de espíritu i de lenguaje el jeneroso sentimiento de su país que se despojaba de una reliquia que para él era una gloria casi doméstica.—«Mas feliz que Temístocles, dijo el orador oficial del desterrado de Montalván, el gran mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins ha muerto en el seno de los amigos de su patria». I en seguida agregó estos elocuentísimos conceptos dirijidos a los chilenos que le escuchaban conmovidos. «Vuestro capitán jeneral nos pertenecia: pero él era, ante todo, vuestro. Por eso os lo devolvemos. Sin embargo, esas cenizas os dirán que están naturalizadas en el Perú. Ellas son el glorioso recuerdo de una gloriosísima unión. ¡Singular destino el del capitán jeneral, gran mariscal O'Higgins! En el poder, en la proscrición i en la tumba sirviendo a la misma causa, a la gran causa de la unión americana! Hoi que los héroes descansan en vuestro cementerio lo olvidan todo para no recordar sino los méritos del capitán jeneral i que,

imparciales i tranquilos, lo aguardan para fraternizar en la tumba, hoi él puede dar su despedida a La Mar i a Gamarra que lo han acompañado aquí.

»I vos, señor vice-almirante, marino peruano, jefe de la segunda escuadra aliada, vosotros todos, señores, los que componeis la comisión que ha de llevar los restos de don Bernardo O'Higgins, si, como compatriotas i herederos del gran capitán de Chile, sois nuestros leales amigos, estad seguros de que, hijos también del gran mariscal del Perú, mereceis nuestra mas cordial fraternidad. El gobierno peruano espera que, después de un próspero viaje, entregueis a Chile este precioso depósito como prenda de unión i de amistad sincera».

XIII.

Inmediatamente después de exhumados de su ya raido sarcófago los descarnados huesos del vencedor de Maipo i de sí mismo, fueron estos conducidos en esa tarde, i mediante la entrega formal que por medio de una acta hizo de ellos el director de turno de la Beneficencia don Manuel Pardo, a la iglesia de Santo Domingo, i celebráronse en ella el dia 29 exequias solemnísimas por el descanso del alma del cristiano, con asistencia de cuanto la ciudad de Lima encerraba de alto i de ilustre. I como para testificar la clemencia que

por sí solo el trascurso del tiempo impone al hombre, cupo a un sobrino del jeneral don Ramón Freire, i jeneral como él, el honor de ofrecer el supremo adios a los manes del héroe chileno en el viaje tardio de regreso a sus nativos lares.

XIV.

Acompañaron al convoi que en la tarde de ese mismo dia condujo la fúnebre urna al Callao, el ministro de la guerra don Juan Francisco Balta, hermano del presidente, el prefecto de Lima, el jeneral don Tomás C. Mosquera, antiguo edecán de Bolívar, junto con un numeroso concurso de ciudadanos de todas las naciones; i al dia siguiente 30 de diciembre, instalado el sagrado depósito en una capilla ardiente preparada en la *O'Higgins*, dióse por el almirante, a la hora del mediodía, la señal de la partida.

Tocaba ahora ofrecer los honores de su compañía a los buques de guerra estranjeros surtos en la bahía, i en pocos instantes vióse ésta cubierta de gallardas naves que, empavesadas a media asta, seguian la estela de la capitana. Aquellas quillas en número de seis eran: el monitor *Huáscar*, la fragata *Apurimac*, i las corbetas *Tuscarora* (de los Estados Unidos), *Malaca* de Inglaterra i *Mégère* de Francia. Adelante de todas estas, que se detendrian en el cabezo de la isla de San Lorenzo

haciendo los saludos de cañón que el duelo internacional señala, iba la esbelta fragata acorazada *Independencia*, que, obedeciendo a un sentimiento altamente honroso, habia dispuesto el gobierno peruano escoltase los restos del gran mariscal de su nación hasta Valparaíso.

XV.

Después de una travesía que el respeto, el convoi i el aquilón del sud hacia lenta i laboriosa, la escuadra hizo su aparición en la rada de Valparaíso al amanecer del lunes 11 de enero de 1869, i dos o tres horas mas tarde, poniéndose en triple fila los botes de la escuadra, se descendió de la *O'Higgins* la urna funeraria; i al ruido del cañón i de los lúgubres acordes de la magnífica banda del acorazado peruano, fué aquella entregada a las diversas comisiones dispuestas para recibirla, a las diez de la mañana en punto.

El procurador de la ciudad don Andrés H. Rojas fué el primero en saludar los restos queridos con las palabras del patriotismo conmovido por la veneración i por las lágrimas, i en seguida hasta su traslación solemne a la capital, que tuvo lugar el dia 12 de enero de 1869, se sucedieron en el uso de la palabra, conforme a un programa fijado de antemano, los señores Adolfo Ibáñez, Jacinto Chacón i Mariano Casanova en la estación de Valpa-

raíso. Detúvose el trén mortuorio en Limache para escuchar las salutaciones de su gobernador, don Francisco del Pedregal, i oir en Quillota los adioses del alcalde don David Olmedo. A las 5 el convoi entraba a la estación central de Santiago.

XVI.

Formaban carrera en la Alameda de Santiago aquella tarde el Buín i cuatro batallones de infantería al lujoso carro que para aquel preciso fin se habia encargado a Europa, el cual desde entonces lleva el nombre de su estreno; i al desfilar la solemne procesión, las tropas presentaban las armas, como en Lima i el Callao, i sentíase el ruido sordo de las salvas.

En el acto de depositar la urna en el andén de la estación, el procurador de ciudad de la capital don José Antonio Argomedo, hijo de uno de los mas ilustres patricios de la revolución i representante del ayuntamiento, como su projenitor en 1810, prorumpió en estas hermosas palabras, que eran solo el comienzo del tributo de la justicia:

«Ha brillado al fin para Chile el dia de la justicia, aquel en que recibe i honra los venerables restos del gran padre de la patria, el capitán jeneral don Bernardo O'Higgins!»

XVII.

Depositadas las cenizas aquella noche en la nave mayor de la Catedral i guardadas allí con los debidos honores, tuvo lugar al dia siguiente, 13 de enero de 1869, la inhumación definitiva en el sarcófago romano que con la oportunidad debida habia sido instalado (1).

(1) Este monumento, que costó en Roma catorce o quince mil duros, está coronado por una gran urna que custodian los jenios de la guerra i de la historia. Ambas figuras son de un trabajo escultural notable. Varios bajo relieves adornan el basamento, i la plancha que da vista al patio de honor del Cementerio contiene en mármol la deposición de O'Higgins, conforme al cuadro de Monvoisin.

Como por via de contraste, léese junto a éste el siguiente humilde epitafio que era el mismo que, dictado por un fraile agustino de Lima, mucho mas católico que clásico, se leia en una pequeña plancha ovalada, de bronce, en el nicho del cementerio de Lima, i así decia:

AQUÍ YACE ESPERANDO LA RESURRECCION DE LA CARNE

EL ESCELENTÍSIMO SEÑOR DON BERNARDO O'HIGGINS

DIRECTOR I CAPITÁN JENERAL DE LA REPÚBLICA
DE CHILE, SU PATRIA, BRIGADIER DE LA DE BUENOS
AIRES I GRAN MARISCAL DE LA DEL PERÚ.

ILUSTRÓ TAN ALTOS CARGOS CON VIRTUDES CATÓLICAS,
MILITARES I POLÍTICAS, SUPERIOR EN LA VIDA A LA FELICIDAD
I A LA DESGRACIA,

MURIÓ CON LA SERENIDAD DEL JUSTO EN 24 DE OCTUBRE
DE 1842,

LLORADO POR LOS POBRES, HONRADO I ADMIRADO POR LOS QUE EN LAS
TRES REPÚBLICAS VIERON SUS GLORIOSOS ESFUERZOS POR LA
INDEPENDENCIA I LIBERTAD DE LA AMÉRICA.

Pronunció la oración fúnebre de la ceremonia relijiosa el joven orador sagrado don Salvador Donoso, i en el curso de la via, en nombre de las corporaciones civiles, usaron sucesivamente de la palabra el diputado don Ramón Rosas Mendiburu por la Cámara a que pertenecia, en nombre del Senado su presidente don Álvaro Covarrubias, en el del Gobierno el ministro de la guerra don Francisco Echaurren, en representación de los Tribunales de Justicia don Francisco Vargas Fontecilla, de la Universidad don Diego Barros Arana i del ejército el coronel don Victor Borgoño.

Pero quien al borde de la fosa enterneció hasta los sollozos i las lágrimas a la inmensa muchedumbre que allí se agolpaba, fué el preclaro almirante que habia traido en sus brazos aquellos santos despojos. «I yo, esclamó el venerable anciano, dando por terminada su honrosísima mision. ¡I yo! qué os diré sagradas reliquias del jefe, del compañero, del amigo! Si desde la alta mansión te es dado ver mi corazón, encontrarás en él grabadas las mas profundas impresiones de gratitud a tí, que pusiste en mis jóvenes manos la primera escuadra i me colocaste en el glorioso camino de servir a mi patria de un modo tal como siempre lo he deseado!

»Faltaba por término de mi larga carrera traer tus preciosos restos al seno del magnánimo pueblo que entusiasta te proclama su primer ciudadano!

»Gracias doi al cielo por habérmelo concedido! Ellos van a ser depositados en este mausoleo que trasmitirá a la posteridad los altos hechos del héroe i la gratitud de sus conciudadanos!»

XVIII.

Cumplidos al fin de tan noble manera los votos del pueblo chileno i las disposiciones de la lei, quedaba solo, para llenar ésta en todas sus partes, la tarea de erijir una estátua al fundador de la independencia en el sitio en que ya ostentaban las suyas, con anterioridad no poco disputada, Carrera, Freire i San Martín.

XIX.

Habia confiado previamente este cargo el intendente de Santiago don Francisco Echaurren Huidobro a una comisión de treinta ciudadanos, que celebró su primera sesión el 15 de agosto de 1868, i la última nombró por su presidente al almirante Blanco Encalada, para vice al presidente del Senado don Álvaro Covarrubias i por secretarios a los señores Juan del Sol, Benjamín Ortúzar, Guillermo Matta i al autor de este libro de póstuma glorificación.

Poniendo en juego la debida actividad en una ciudad en que el talón suele hacer mayores pro-

dijios que el talento, reuniéronse en Santiago en el espacio de un mes unos ocho mil pesos, de los cuales 4,798 figuraban en la lista del secretario autor de la moción de repatriación i de la erección de su tumba en la ciudad, alcanzando las erogaciones de todo el país a la suma de 11,972 pesos.

XV.

Con esta base, la comisión que presidia el almirante Blanco encargó la construcción de la estatua al ajente consular de Chile en Paris don Francisco Fernández Rodella, ordenándole que llamase a concurso a los mejores artistas de Europa, dándole por base de costo la suma de 75 mil francos i por único programa, sujeto a las modificaciones del arte, el que consta de las siguientes líneas:

«El momento histórico elejido es aquel en que el jeneral O'Higgins encerrado en la plaza de Rancagua en 1814 por cuádruples fuerzas españolas, se abrió paso, espada en mano, a la cabeza de los pocos héroes que sobrevivian a una carnicería de 36 horas».

XXI.

Partió el pliego que llevaba estas indicacio

el 10 de octubre de 1868, i solo tres años mas tarde se recibia la obra terminada en los talleres del acreditado escultor Carriere-Belleuze, cuyo modelo habia sido escojido por una comisión de peritos. Su costo en Europa fué de 87,715 frs. 35 cs. equivalentes a veinte mil pesos en Chile.

Invirtiéronse en su erección ocho o diez mil mas, i cúpole en suerte hallarse al cargo de los desempeños de la ciudad, en calidad de intendente, al ciudadano que ocho años hacía habia puesto su mayor esfuerzo en iniciar aquel largo trayecto de ovaciones tributadas a la gratitud i a la gloria.

XXII.

Frájil es la memoria del hombre e inclinadas a empequeñecer lo nuevo que rompe la rutina las voluntariedades del vulgo, pero es difícil que la ciudad de Santiago olvide fácilmente las ceremonias de la inauguración de la estatua ecuestre de don Bernardo O'Higgins que presenciaron no menos de sesenta mil de sus habitantes el domingo 19 de mayo de 1872. «El pueblo de Santiago, decia una relación oficial de aquella festividad patriótica, el pueblo de Santiago ha presenciado el domingo la mas grande ovación que recuerda su historia.

»La inauguración del monumento del capitán general don Bernardo O'Higgins se ha verificado

con una pompa estraordinaria i en medio del mas patriótico i sublime entusiasmo.

»La capital ha dado el mas elocuente testimonio de gratitud hácia la memoria del preclaro ciudadano i heróico soldado que supo conquistar para Chile un puesto entre las naciones independientes del globo, dándole una personalidad de que antes carecia».

XXIII.

La mayor novedad de aquel póstumo i grandioso homenaje del pueblo habia consistido en una procesión civil organizada en la sala municipal de la ciudad i que, encabezada por el presidente de la república don Federico Errázuriz i todas las corporaciones del estado, desfiló por entre las tropas tendidas en batalla desde la plaza de armas al óvalo central de la Alameda, recorriendo la calle de Ahumada, que habia sido espontáneamente decorada por el comercio i la intendencia, con un esplendor nunca visto.

Lucian entre los vistosos uniformes de los jenerales del ejército i los brillantes penachos de los ajentes diplomáticos las sobrias túnicas de los almirantes Simpson i Bynon, dos reliquias del mar, engarzados por el brazo, mientras que un pelotón de veinticinco inválidos presididos por el sarjento Rufino Saez, escoltaba la bandera negra de Ran-

cagua, que sobre fornido mástil llevaba el último de los combatientes de aquel heróico asalto, simbolizado e inmortalizado por la historia i por la estatua.

Entre los fúnebres pliegues del paño que don Bernardo O'Higgins ondeó en las torres de la ciudad asediada en aquel memorable dia de infortunado pero indomable heroismo, se leia esta divisa:—*Gloria a los héroes de Rancagua!*

XXIV.

La comitiva oficial habia partido a las tres de la tarde de la sala municipal, i solo a las cinco, cuando un brillante i tibio sol de otoño iluminaba como un mar de olas vivientes el inmenso trayecto, ocupaba el Presidente de la República i su comitiva la cómoda tribuna que en torno habíase erijido para escuchar, en medio de la admirable compostura del pueblo, los discursos oficiales.—Pronunciaron éstos el ministro del interior señor Altamirano, el secretario de la legación arjentina don Santiago Estrada, el jeneral don Ramón Antonio Dehesa, que dominado por la emoción i por los años, solo pudo balbucear unas cuantas palabras de tierna veneración, i el jefe civil de la ciudad.

XXV.

I como el discurso del último, por breve i compendioso, pronunciado al fín de la gran festividad reparadora, incorpora suficientemente la lójica, la perseverancia i el éxito de esta obra de espiación que el amor a la gloria i a la justicia ha venido solicitando durante los veinte i dos años que hoi se cumplen (1860–82), será talvez lícito asignarle la última pájina de tan prolija leyenda, que es la misma que le cupo en la *Corona del Héroe*, i dice así: (1)

---

(1) La *Corona del Héroe* fué un hermoso libro de lujo que con láminas encargadas espresamente a Europa mandó publicar en 1868 el ministro de la guerra don Francisco Echaurren, i al cual el intendente de Santiago en 1872, dió la última mano ayudado por una comisión de jóvenes tan laboriosos como entusiastas. Es un libro de 650 pájinas que contiene muchos i preciosos documentos i aún facsimiles de autógrafos del jeneral O'Higgins. Es una obra que, por lo mismo, completa, bajo muchos conceptos la presente, especialmente por su estensa documentación contemporánea. El índice de sus materias con la foliación que estas ocupan, está distribuido de la siguiente manera, que esplica mejor su contenido:

«Escelentísimo señor.

»Señores:

»El gran soldado cuya efijie levanta hoi sobre mármoles el amor de la posteridad, nació en apartada orilla i vió rodar su cuna en hogares escondidos.

»Fué huérfano!

»Conducido a la omnipotencia por la pujanza de su brazo valeroso, por su constancia antigua, por su patriotismo sublime, su propia magnanimidad le abrió en una hora las puertas del destierro.

»Fué proscrito!

»Olvidado, escarnecido, sometido por el odio a tenaz repudio, bajó a la tumba en tierra estranjera envuelto en el sudario de la ingratitud, i así yació veinte años, dentro de un cubo humilde de ladrillos.

»Fué mártir!

»Pues bien! La hora de la suprema reparación ha llegado. I es esta la que llenos de emoción i reverencia estamos consagrando todos en esta ceremonia augusta.

»El pueblo chileno que ha erijido con sus dádivas este monumento de amparo i de justicia ha dicho al huérfano:—«¡Yo soi tu familia!»

»La ciudad de Santiago, en cuyo nombre pronuncio estas palabras, ha apartado el recinto de

mayor honra en la redondez de su area i ha dicho al proscrito: —«¡Hé aquí tu hogar!»

»La posteridad, por último, a que todos los aquí presentes mas o menos pertenecemos, estrajo ya de su oscura fosa las heróicas cenizas, dióles ayer blando reposo en la tierra de su amor, i ahora dice al mártir en nombre de la gloria;— «¡Hé aquí tu altar!»

»Salve, señores, al ínclito huérfano que en los campos de batalla fué siempre héroe!

»Salve al magnánimo proscrito que en la playa del destierro fué siempre chileno!

»Salve a la víctima sublime que vivió amándonos i murió bendiciéndonos!

»Salve, tres veces salve! a don Bernardo O'Higgins «padre de Chile» i desde hoi huésped glorioso del pueblo de Santiago!»

FIN.

APÉNDICE

LAS VERDADERAS I LAS FALSAS RELIQUIAS

DEL CAPITÁN JENERAL

DON BERNARDO O'HIGGINS

«Hoi se han desencajonado i arreglado los trajes, cuadros, libros, correspondencia, vajilla de plata, útiles i objetos que pertenecieron al ilustre jeneral don Bernardo O'Higgins en la época de su ostracismo i muerte acaecida en el Perú. Todas estas preciosas reliquias, que tienen un gran valor histórico para el patriotismo chileno, han llegado cuidadosamente acomodadas del Perú i serán distribuidas al Museo Nacional, Biblioteca, Academia de Bellas Artes i Tesorería de la Casa de Moneda».—(Correspondencia de Carmona, MERCURIO del 5 de mayo de 1882).

I.

Con la natural curiosidad de quien ama estas tres cosas añejas, por lo jeneral poco amadas,—los pergaminos, las mortajas i los muertos, —nos encaminamos hoi, conducidos por la bulla de los diarios, estos modernos gansos del Capitolio, al de Chile; i después del formulario usual de preguntas de todos los hombres

chicos que golpean a una casa grande, llegamos de escalera en escalera, de pasadizo en pasadizo i de ventana en ventana a los salones de la oficina de estadística.

Encontramos allí a su jefe, nuestro antiguo i buen amigo don Francisco Solano Astaburuaga, que, con su intelijente i bondadosa prolijidad acostumbrada, se ocupaba en clasificar, limpiar i aderezar el contenido misceláneo de una docena de cajones i baules de la China que yacian sobre el tapiz, algunos de los cuales tenian en la tapa, con marca de fuego, este májico nombre: «O'Higgins».

...Una larga hora pasamos allí con el dilijente jefe de la estadística haciendo la estadística de aquellos mamotretos, i vamos a dar cuenta de los principales, conforme al índice curioso que alguien, que por cierto no era bibliófilo ni anticuario, formó en Lima o en Montalván, a manera de póstumo inventario de lo que se ha llamado por la prensa *las reliquias del jeneral O'Higgins.*

Comenzaremos por la mas antigua.

II.

Retrato del virrei O'Higgins.—Este es el único objeto perteneciente al padre del jeneral chileno que se ha encontrado en el menaje de su postrer morada. Pero propiamente no es de la época del virrei sino mui posterior. Cuando don Ambrosio murió en Lima en marzo de 1801, don Bernardo Riquelme (que así se llamaba su hijo, por su orden) se hallaba en Cádiz, i solo vino a Chile tres años mas tarde sin pasar por el Perú. Por consiguiente, no tuvo ocasión de poseer nada de lo que aquel magnate dejó a su muerte i de que dispusieron sus albaceas o los alguaciles del rei de España, porque, como es sabido, aquel gran hombre murió embargado. Este retrato no es, por consiguiente, sino una copia moderna de un boceto a lápiz trabajado en 1796, año en que don Ambrosio se recibió del mando del Perú, el cual existe en nuestro poder i que por el atrevimiento de su dib

revela la mano de un artista verdadero. El boceto tiene la fecha de 1796 i las iniciales N. R., que a no haberlas tenido habríamos creido fuera obra del pintor sevillano don José Pozo, que vino en la espedición de Malaspina, seis años antes i dejó trabajos mui elegantes en la América, i entre otros, un grupo de patagonos dibujado a la sepia, que es una verdadera joya i que nosotros conservamos con particular afición, como la única pintura hecha en... la Patagonia.

Entretanto, de este retrato del virrei hizo para nosotros un buen artista en París un grabado de almirable ejecución en papel de China, el cual en un millar de copias aguarda desde hace doce años su turno de ir al libro, como tantos otros aprestos que van quedando ya atrás como rezago de cansado viaje.

III

La casaca amarilla del virrei.—En primer lugar, esta casaca no es amarilla, sino de paño blanco que el tiempo ha vuelto amarilloso, i no fué jamás del virrei. Es la casaca de capitán jeneral recamada de oro i sembrada de estrellas (la estrella de Chile) de don Bernardo, a cuyo cuerpo, un tanto pequeño i regordete, se ajustaba perfectamente. Es esta, por consiguiente, una reliquia histórica de la mayor importancia, porque probablemente era la que el director llevaba el 28 de enero de 1823 al deponer el mando, i por lo mismo la tuvo en su cama (al decir de sus sirvientes) junto con su mortaja de San Francisco al deponer la vida el 24 de octubre de 1842.

Ésta casaca estaba en un ropero de Montalván, i hacian tan poco caso de ella los sirvientes que solia andar por las camas de los alojados.

IV.

La casaca azul.—Es ésta el «peti azul» que el jeneral se hizo «armar» en 1840 en Lima para regresar a Chile. Tiene pocos bordados, su abotonadura de metal con el escudo chileno corres-

ponde a la época, i si probándola en el cuerpo (como sin cuidarse de la polilla lo hiciera en el suyo por amor a la patria i a la estadística nuestro compañero de conversación) se nota que esta abarca menos carne que la anterior, es porque el jeneral se enflaqueció de una manera mui notable en los últimos cuatro años de su vida. A los 60 años se volvió un viejo flaco, encorvado i hasta abatido.

V.

La plata labrada es toda de don Bernardo i es la misma que en sus pobrezas intentó vender a Santa Cruz, cuando este conquistador se proclamó protector e hizo venir a su señora de La Paz a Lima. Pero Santa Cruz era demasiado cicatero para comprar esa vajilla, a no ser con una carta mui fina, i a esto se debe que hayan quedado unos cuantos platos, fuentes, la campanilla, el *tacho* para el agua de afeitarse del jeneral, i uno o dos mates i bombillas de su hermana doña Rosa, todo lo cual, como cosa que no vale sino lo que pesa, van a echarlo a la callana (íbamos a decir a la canalla) de la casa de moneda, cuando en el Museo Real de Berlín guardan hasta las medias sucias de Federico II i su bastón remendado con lacre por él mismo...... Cosas de nuestra tierra i de los tiempos en que de todo se hace plata, hasta de la plata!

VI.

Entre los objetos de plata figura una media docena de placas pequeñas que, vistas con cuidado, tienen forjada a martillo la representación de alguna parte del cuerpo, como una mano, un pié, un abultado vientre femenino i otras cosas que *pro pudor* no nombramos i que en el inventario figuran como *insignias de caciques*......

Son las tales *insignias* simples ex-votos copiados de los paganos que los enfermos católicos ofrecen a los santos de su devoción, colgándolos con una cintita a su efijie, a fin de obten

curación del miembro afectado. En España, en Portugal, en el Perú i especialmente en el Brasil, los altares de las iglesias están cuajadas de estas ofrendas que hacen el negocio de los plateros i se venden al peso en sus vidrieras. Recordamos uno de estos ex-votos de la iglesia de la *Victoria do Bom Fim*, en la ciudad de Bahía, ofrecido a San Antonio por una negra que «ficou o seu filho (hijo) pelo ombrigo»...i la ofrenda consistia en un vientre como el de los caciques... Para mayor comprobación de que éstos provienen de un santo milagroso (probablemente del oratorio de Montalván) se encuentran entre las «insignias» una aureola de plata de la que llevan los santos de bulto, i éste sería de seguro algún *San Bernardo* o mas probablemente una *Santa Rosa* de Lima de la devoción de don Bernardo, de doña Rosa i de las negras esclavas de Montalván.

VII.

Los retratos de doña Isabel, doña Rosa i don Bernardo son auténticos i obra del «mulato Jil», el Monvoisin de su época en Santiago. Todos pertenecen al año 19, según el letrero que tiene el de la madre del director, que dice así testualmente: «Doña Isabel *Ricaelme* Fexit Josephus Gil Anno Libertatis 1819». De todo lo cual resulta que el mentado mulato Jil sabia tanto de pintura como de ortografía.

VIII.

El retrato de Bolivar es auténtico, sombrío i melancólico, pero imponente; pintura de escuela quiteña que hemos conocido en el salón de Montalván, donde la dejara el jeneral como un recuerdo personal de su amigo el Libertador. Es, por consiguiente, una reliquia de inmenso valor.

Frente a ese retrato i sobre una puerta existia el de don Bernardo. No así el del virrei de que hemos ya hablado, sino una miniatura que hace veinte años hicimos reproducir para alguna obra futura i que se publicó en la Historia de Santiago. Este

retrato es mucho mas semejante que el de que antes hemos hablado, porque no discrepa del que existe (o existia) en el Museo de Lima i del cual hai una copia fiel en el del Santa Lucía.

IX.

El retrato de San Martín es una verdadera preciosidad histórica, no por su ejecución, que es del estilo de Jil, sino porque le representa en el apojeo de su carrera, es decir, jurando la independencia del Perú el 28 de julio de 1821. Desde ese momento, cumplida su misión, San Martín, como el sol que ha pasado su cenit, corre rápidamente a su ocaso i desaparece en la penumbre de las grandes obras incompletas, de los misteriosos desfallecimientos, de los incomprensibles egoismos.

Esta tela, como los dos retratos de O'Higgins i el de Bolívar, valen por todos los mamotretos, que, incluso una ba... de plata magullada, se estrajo de la antigua morada del proscrito de Montalván.

X.

Habria sido también una tela digna de nuestra galería de pinturas el *cuadro colosal de la deposición de O'Higgins* que pintó Monvoisin, i que compró don Demetrio O'Higgins por tres o cuatro mil pesos, cuando aquel distinguido pintor hizo *quemazón* de sus obras maestras i de sus mamarrachos, todo en la misma pira.

No puede colocarse en estricta justicia la deposición de O'Higgins en el número de los últimos, porque hai en su composición mui nobles fisonomías i arrogantes actitudes que traicionan al autor del cuadro de la caída de Robespierre.

Todas las figuras son de tamaño natural, i la de O'Higgins, destacándose en el centro en la actitud de arrancarse la banda del pecho, tiene mucha majestad. Desgraciadamente todas las figuras de la derecha han desaparecido por completo quedando apenas diseñada la del director. Las de la izquierda se halla-

dianamente conservadas, i talvez lo mas acertado sería no restaurar todo el cuadro, porque ello equivaldria a hacerlo de nuevo, sino cortarlo en dos trozos, dejando en uno la figura imponente del director i en el otro el grupo de los patricios.

Por fortuna, i para el caso que se juzgase acertado restaurar por completo la tela, se corserva su reproducción exacta en una escelente litografía que acompaña el testo del *Ostracismo de O'Higgins.* Por otra parte, existe en la galería de Urmeneta el hermoso cuadro de Caro sobre el mismo tema, que, aunque mas pequeño, tiene mas estudio histórico, mas corrección de detalles i el peculiar vigor de colorido de este notable artista nacional.

XI.

De la demás lencería que ha merecido el nombre de «reliquias», solo es apreciable el cuadro que representa al infortunado hijo único del jeneral O'Higgins, don Demetrio, joven que tuvo el culto de la memoria de su padre i un sincero amor por Chile, a cuyo suelo obsequió en vida el sepulcro que habia hecho construir en Roma para el cementerio de Lima.

Todo lo demás que aparece como perteneciente a la galería de pinturas de Montalván, son pobrísimos cuadros de ocasión, comprados por don Demetrio durante su viaje a Europa (1860-62), especialmente en Nápoles i Florencia.

XII.

En cuanto a los *retratos de Pizarro i Almagro*, corren éstos parejas con las insignias de caciques, porque son tanto esos personajes como el mariscal de Francia que nos mandó la reina Isabel II, es don Pedro de Valdivia i el bodegón de la calle del Cerro, su *palacio*.....

Pero el bautizo de los últimos es mucho mas curioso, porque las dos figuras representan dos caballeros florentinos del tiempo Lorenzo de Médicis, i uno de ellos es mui parecido al que corre r el de César Borgia, lindos mozos los dos que ni sombra son

del rudo trujillano que conquistó el Perú cuyo retrato, copiado del Archivo de Indias, tenemos en nuestro Museo, i menos es el otro la efijie del pobre viejo tuerto, tan feo como bravo, que descubrió a Chile.

XIII.

I otro tanto podríamos decir de la *máquina eléctrica portátil*, de los *relojes de sobremesa* i de las *pistolas de desafío* de Lefaucheux, porque aun siendo éstas del taller del padre del actual fabricante, apenas alcanzarian a la época de don Demetrio. En cuanto a ser de don Bernardo, que se crió con las pistolas de chispa, i de don Ambrosio con las de mecha, eso seria como decir que la carabina de Ambrosio habia sido propiedad del último por el nombre......

XIV.

Esceptuando, por consiguiente, los retratos ya nombrados del virrei i de don Bernardo (duplicado), de doña Isabel i doña Rosa, el de Bolívar i San Martín (seis en todo) i el cuadro de la deposición, del que no quedan sino semi-podridos fragmentos, todo lo demás, en materia de lienzos, es tan podre cosa i se halla en tan mal estado que dudamos merezca los honores i el costo de ponerles marcos. Además, todas esas telas son *posteriores* a la existencia del ilustre soldado de Chile, i, por consiguiente, no son sus reliquias, como no lo son la mayor parte de los libros truncos que han venido de Cañete por derecho de patriótica conquista i devolución. Igual valorización hacemos de los papeles relativos al manejo de la hacienda de Montalván, que apenas, a nuestro juicio, valdrán la pena de un rebusque. El trajín grande lo hicimos nosotros hace veintidos años, repasando diez i nueve cajones con mas de veinte mil papeles, en lo que empleamos un largo mes, sacando las rodillas peladas en los ladrillos i los ojos inflamados en los borrones. Ayudónos en parte el actual intelijente gobernador de Magallanes, nuestro amigo

Francisco Sampayo, que desde entonces creemos comprometió su vista.

XV.

Pero si nada de eso es digno de las paredes ni de los armarios de un Museo, inclusas las zarandajas i hasta las prendas estraviadas de galantería que han venido, como una pañuelera de raso que traiciona su orijen parisiense en el nombre que trae bordado de relieve, «*Josephine*»... el rebuscador paciente encontrará tirados por algún rincón dos mediocres litografias iluminadas que representan las batallas de Chacabuco i Maipo i que tienen al pié unidos los escudos de Chile i de la República Arjentina.

Eso es talvez lo de menos valor intrínsico que ha venido de Montalván. Pero se halla asociada a esta humilde ofrenda la memoria de un grande hombre i presta ocasión para recordar un rasgo de su elevado carácter, que hoi es cosa de provecho recordar.

Esos cuadritos fueron del jeneral Zenteno, i cuando se halló éste en Lima pobre i desterrado en 1827 por su fidelidad a su antiguo jefe, se los envió a Montalván junto con otros de mucho mayor importancia, que desgraciadamente se han perdido, acompañándolos, con un mes de intervalo, con las cartas que en seguida van a leerse, copiadas de sus orijinales conservados en nuestro poder i que ponen término apropiado a este inventario de reliquias:

XVI.

«Mi jeneral:

»La penuria de mi situación me ha arrastrado a tocar el triste recurso de hacer traer mis libros para venderlos. Me han venido también *mis cuadros;* pero hai uno entre ellos que por su asunto i rareza creo que cometeria un sacrilejio si lo vendiera.

Tal es el plano de la batalla de Maipo, que en su clase es acaso el único monumento histórico que existe de esa inmortal jornada; i su posesión pertenece esclusivamente al *primer jeneral de Chile*. Por este motivo me tomo la confianza de remitirlo a usted, junto con los planos de las batallas de Ayacucho i de Pasco, con mas *dos o tres láminas* de grabados franceses que completan el juego de cinco cuadros.

»Admita usted, mi jeneral, esta pequeña prueba del afecto i consideración que le tributa su mui atento amigo,

»*Zenteno.*

»Lima, enero 24 de 1827.

»Escelentísimo señor capitán jeneral don Bernardo O'Higgins.»

XVII.

«*Lima, febrero 22 de 1827.*

»Señor don Bernardo O'Higgins.

»Mi jeneral:

»El otro dia me tomé la confianza de ofrecer mis servicios personales en la hacienda i ahora que he meditado mas en ello, ratifico mis ofrecimientos, se entiende en el caso de salir Mr. Rossel i de no estar usted comprometido en favor de otro. No creo sea obstáculo el que no entienda aquellos labores, porque tampoco son de una esfera tan sublime que no se presten fácilmente a la intelijencia de un hombre de alguna educación. *Mucho menos creo abatir con esto la clase o rango a que antes he pertenecido; al contrario, anhelo el trabajo para no prostituirme, i para no prostituir mis destinos públicos necesito hoi de trabajar para vivir con honra.* Yo apelo a la noble filosofía con que usted desde la silla suprema de una república que usted solo ha

hecho célebre i poderosa, vino a servir a las órdenes de un jefe que en celebridad i mérito no podia entonces igualar a usted. Es cierto que usted servia a la patria, pues yo pretento servirme a mí mismo, con la circunstancia de que trato de hacerlo a la sombra i bajo los auspicios de mi antiguo jeneral. *Debo confesar a usted que mi amor propio se resiente con la idea de que, agotados mis pocos recursos, me voi a ver un dia en la necesidad de servir bajo la dependencia de un comerciante o de cualquiera otro estraño.*

»Si, pues, en el caso que he supuesto de salir Mr. Rossel i no estar usted comprometido, fuese aceptable mi proposición, ofrezco, por mi parte, todos los esmeros de mi actividad i un celo infatigable para el aumento de sus intereses. *Tampoco quiero sueldo sino aquellas ventajas o facilidades que fuera de él prestan los hacendados a sus administradores.*

»Una palabrita mas con la franqueza de amigo. Me figuro a usted, al ver ésta, revistiéndose de su innata bondad e indecible delicadeza, i tomar la pluma para contestarme, ofreciéndome su mesa, hacienda, etc., pero no en clase de administrador. Pues bien, mi jeneral, *hablemos a lo soldado.* Yo admiro la magnitud de la jenerosidad de usted; infinitos otros, con menos títulos a su amistad que yo, publican sus muchas liberalidades; *pero yo no soi calculador para vivir a costa ajena. Libre por carácter i principios, solo quiero depender de mi trabajo, i porque creo que aplicándolo a su hacienda puede ser útil a usted i a mí, es que me tomo la confianza de ofrecerlo; en otro sentido ya me abstendria de abusar de la amistad de usted.*

»Dispense usted lo fastidioso de esta carta, i aceptando mis votos por la pronta mejoría de mi señora Rosita i salud de usted i mi señora doña Isabel, disponga usted, mi jeneral, de su mui obediente afectísimo servidor Q. B. S. M.

»*Ignacio Zenteno*».

XVIII.

I a la verdad, tratándose de las reliquias verdaderas de un grande hombre, esas dos cartas de un jeneral chileno que ganó su vida ejerciendo (1827) el oficio de buhonero en las sierras del Perú antes que prostituir su honor esclarecido al ocio o la limosna, ¿no son las mas preciadas reliquias de una edad sublime i ya pasada?

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, mayo 7 de 1882.

VIDA DE O'HIGGINS

ÍNDICE

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.



CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

CAPITULO XVII.

CAPITULO XVIII.



CAPITULO XIX

CAPITULO XX

CAPITULO XXI

CAPITULO XXII

CAPITULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPITULO XXV

CAPITULO XXVI

CAPITULO XXVII

CAPITULO XXVIII

CAPITULO XXIX

CAPITULO XXX

AVISOS

HISTORIA JENERAL DE CHILE (1810 A 1813)

POR LOS SEÑORES

Lastarria, Tocornal, Benavente, Miguel Luis i Gregorio Víctor Amunátegui, Sanfuentes, García Reyes, Santa María, Barros Arana, Con Toro i Errázuriz.

O SEA INDEPENDENCIA I ORGANIZACION DE LA REPÚBLICA.

HISTORIA DE LAS CAMPAÑAS
DE TARAPACÁ, TACNA, ARICA I LIMA

POR B. VICUÑA MACKENNA.

RELACIONES HISTÓRICAS

coleccion de artículos i tradiciones sobre asuntos nacionales

POR B. VICUÑA MACKENNA.

EL 20 DE ABRIL DE 1851
UNA BATALLA EN LAS CALLES DE SANTIAGO

Por B. Vicuña Mackenna.

LAS DOS ESMERALDAS

RELACION DE LA CAPTURA DEL PRIMER BUQ... ...MBRE, I NARRACION DETALLADA DEL MEMOR... COMBATE DE IQUIQUE EN 21 DE MAYO DE 1879

Por B. Vicuña Mackenna

VIDA DEL CAPITAN JENERAL
DON BERNARDO O'HIGGINS

(SU DICTADURA.—SU OSTRACISMO.)

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI I B. VICUÑA MACKENNA.

Dirijirse a Rafael Jover, Santiago, o a sus ajentes en provincias.

